LA NACIÓN Y SU HISTORIA
AMÉRICA LATINA
SIGLO XIX

Guillermo Palacios
coordinador

EL COLEGIO DE MÉXICO

LA NACIÓN Y SU HISTORIA

INDEPENDENCIAS, RELATO HISTORIOGRÁFICO Y DEBATES SOBRE LA NACIÓN: AMÉRICA LATINA, SIGLO XIX

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

LA NACIÓN Y SU HISTORIA
INDEPENDENCIAS, RELATO HISTORIOGRÁFICO Y DEBATES SOBRE LA NACIÓN: AMÉRICA LATINA, SIGLO XIX

Guillermo Palacios
coordinador

EL COLEGIO DE MÉXICO

980.02
NI 249

La nación y su historia. Independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación : América Latina, siglo XIX / Guillermo Palacios, coord. — la. ed. — México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2009.
413 p. ; 22 cm.

ISBN 978-607-462-014-6

1. América Latina — Historia — Guerras de independencia, 1806- 1830 -- Fuentes. 2. América Latina -- Política y gobierno — Historiografía — Siglo XIX. 3. Estado nacional — América Latina — Historia — Siglo XIX. I. Palacios, Guillermo, coord. II t.

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.

Primera edición, 2009

DR © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-014-6

Impreso en México

CONTENIDO

Cubierta
Portadilla
Portada
Créditos
CONTENIDO
Presentación
La nación argentina entre el ser y el acontecimiento. La controvertida plasmación de una visión genealógica del pasado nacional
Las luchas narrativas de una nación escindida. La historiografía colombiana del siglo XIX
Apropiación del pasado, escritura de la historia y construcción de la nación en México
La invención de la historia nacional en el Perú decimonónico
La construcción historiográfica de la nación ecuatoriana en los textos tempranos
El pueblo soberano *versus* la plebe proselitista. Discurso historiográfico y etnización política en Bolivia, 1825-1922
Emblemas de Brasil en la historiografía del siglo XIX: Monarquía, unidad territorial y evolución natural
De la historia natural a la historia nacional: la *Historia Física y Política* de Claudio Gay y la nación chilena
Venezuela, 1830 y 1858: Los contenidos historiográficos de dos debates constitucionales
Colaboradores

PRESENTACIÓN*

El volumen que el lector tiene en sus manos es de alguna manera una consecuencia de los trabajos publicados en *Ensayos sobre la* nueva *historia política de América Latina, s. XIX* (El Colegio de México, 2007). La idea era simple: se trataba de ver hasta qué punto esa 'nueva historia, o nueva historiografía, como prefieren algunos, era capaz de lanzar una nueva mirada a la historia de la historiografía decimonónica en América Latina y a su emergencia en el contexto de la formación, lenta, difícil, enmarañada, de las naciones soberanas. Se buscaba descubrir, desde perspectivas actuales, las relaciones entre un parto y el otro, los vasos comunicantes que pudieran vincular la construcción del relato historiográfico de los avatares de la edificación de entidades nacionales y viceversa, y mostrar, en su caso, el compromiso de esa historiografía, o, si se quiere, de ese esfuerzo por construir un pasado específico, con un proyecto de nación.

En dicha búsqueda se esperaba que la nueva' historiografía y sus temas predilectos —soberanía, ciudadanía, representación, sociabilidades y circulación de ideas, territorialidad, pero también sistemas simbólicos, emblemas e imaginarios sociales, etc.— dieran una nota diversa a lo que sabemos sobre las relaciones entre la historia y la constitución de los Estados y de las sociedades nacionales en el siglo XIX iberoamericano. No era una idea nueva (si es que las hay), sino una propuesta de usar una nueva mirada para escudriñar un tema antiguo. Al mismo tiempo, nos parecía que una visión comparativa de diversas situaciones historiográficas iberoamericanas podría dar lugar a futuras indagaciones e investigaciones en la materia y ser útil tanto a investigadores como a estudiantes universitarios. Por otro lado, preferimos usar 'relato historiográfico' y no 'historia (si bien usemos este término en un sentido lato en

diversas ocasiones a lo largo de esta presentación), para diferenciar lo que parece ser un momento pre-moderno de la práctica de narrar el pasado, y su profesionalización, ya en los últimos años del siglo XIX o en los primeros del XX.

* * *

Es evidente que el relato historiográfico que se produce en las jóvenes naciones iberoamericanas durante la segunda mitad del siglo XIX es resultado de las visiones de las élites, muchas veces visiones encontradas. No creemos que haya necesidad de ahondar en este punto. Es la historia de las élites la que primero se inventa, como forma de justificar no tanto al Estado nacional sino a sus ocupantes, y desdibujar la presencia de los adversarios y, sobre todo, de los grupos subalternos. En ese sentido, el término, tan común, construcción del Estado nacional' debe ser entendido como consolidación de las élites criollas' en el periodo post-independencias. Aquí la historia es un terreno de batalla, un campo vivo —no un pasado inerte— donde se definen identidades y se reclaman derechos y obligaciones que generalmente abren el camino a la conducción del aparato estatal y al control de la sociedad que éste organiza o trata de organizar. El relato es un arma con la que se reivindica un pasado que justifica las aspiraciones de determinados grupos o facciones, que descubren o inventan raíces, genealogías, y linajes que otorgan privilegios a unos y se los niegan a otros. En varios de los casos discutidos en este volumen, la narrativa sobre el pasado no es más que una de las vertientes de la lucha política que se desarrolla en el presente de los autores. Es una narración muchas veces impugnada por actores de lo que se narra o por sus descendientes, que 'corrigen determinadas versiones y obligan a cambiarla en aras de una cuestionable precisión sobre los hechos y, en particular, sobre los protagonistas. Y no raro, como en los casos ecuatoriano y venezolano, para mencionar sólo dos ejemplos, para poder escribir la historia de la historiografía iberoamericana decimonónica es necesario primero cimentar la plataforma de luchas políticas que sirven de marco y contexto para la elaboración o reelaboración del relato historiográfico.

Con la excepción de Claudio Gay, el científico francés contratado por el gobierno chileno para escribir una historia natural del país, los autores de las narrativas históricas decimonónicas en Iberoamérica —como también lo fueron en Europa occidental— son, casi en su totalidad, juez y parte en la materia que narran: allí están Bartolomé Mitre y Lucas Alamán, miembros de la nata de la sociedad postcolonial, entre otros, para confirmarlo. (Y aun en el caso de Gay, si bien se mira, quienes lo contratan son las élites chilenas que esperan, con razón, y en función de su activa participación en la construcción del relato, que la obra

final refleje su posición dominante en la historia chilena). Mientras se apoyan en el pasado remoto que construyen para fundar sus razones, escriben al mismo tiempo una historia que están viviendo en su momento, o que está umbilicalmente ligada a su contemporaneidad, y de la cual participan como actores de primera grandeza. Es una historia en construcción, una verdadera historia del presente. Y como tal, es una historia, o un relato historiográfico, cuyo tono de optimismo o pesimismo con relación al pasado y al futuro de la nación depende en buena medida de la suerte que sus redactores corren en los momentos de la elaboración del texto. El pasado se pinta en tonos tenebrosos si el presente es desfavorable a quien lo narra, y, por lo contrario, es glorioso si la suerte le ha sonreído al tratadista. Se le puede ver como el camino hacia la democracia y la modernidad o, por el contrario, como la ruta hacia el desastre y la decadencia de la idea republicana.

Al interior de esto hay una idea de la historia, iluminista y progresista, que choca constantemente con y se erosiona ante las realidades concretas que les toca vivir a muchos de los autores del relato historiográfico decimonónico, en particular a los que pierden en determinado momento la oportunidad de comprobar, con sus experiencias vitales, el rumbo justo de la historia y se ven obligados a racionalizar la derrota en un curso temporal en el cual la propia razón auguraba la victoria. Se busca lo 'racional' en la historia, el encaje' natural —o providencial— de sus partes, de su presentación auto-explicativa que no deje dudas sobre la lógica del proceso Por eso, algunos pasados' habría que evitarlos, ponerlos a un lado como momentos excepcionales, anómalos, fuera de la norma histórica', descalificarlos de alguna manera sin descalificar al mismo tiempo la justicia general de la Historia, con mayúscula. Pero el contraste entre el ser y el deber ser es por lo general implacable; esto es, entre lo que la historia muestra del devenir iberoamericano 'real' y lo que debería mostrar conforme a los modelos ideales que en algún momento impulsaron las ideas de organización política de las nuevas repúblicas.

Es un lugar común la noción de que el relato historiográfico moderno está íntimamente ligado al hallazgo o construcción de lo heroico como acto fundacional, como un mito elaborado a partir de materiales de la experiencia. Sin esto el pasado no es digno de convertirse en un 'tratado de historia. Y sin ese tratado, como sin esa gesta heroica, los fundamentos de la nación, según los modelos vigentes en el mundo occidental decimonónico, no pueden ser instaurados. Lo hacen los mexicanos, los chilenos y los peruanos, entre otros, con el pasado indígena. Para amalgamarse, las nacionalidades necesitan 'raíces' que celebrar, proezas que conmemorar y éstas generalmente se forjan junto con la definición de un otro', hostil, antagonista, extraño y extranjero, sea éste el

imperialista europeo o, también, el indio ‘bárbaro’ —no el heroico e inmaculado del pasado remoto, sino el que, convertido en parte de la chusma y de la plebe, ‘estorba el camino de la civilización. De allí que esos relatos historiográficos fundamenten identidades ‘nacionales’ y, al mismo tiempo, se basen en ellas para justificarse como narraciones ‘nacionalmente’ diferenciadas. En el caso de Brasil, la identidad nacional se forja como un cinturón defensivo contra la ‘anarquía republicana que rodea al territorio del imperio por todos sus costados. Pero a veces, como es el caso mexicano después de la guerra de 1848 con Estados Unidos y de la pérdida de la mitad de su territorio, esas nacionalidades, y finalmente la construcción de un relato historiográfico ‘nacional’, también son resultado de traumas colectivos, que amalgaman un sentimiento de unión y una identidad común nacidos de la derrota y de la humillación, y que son necesarios, imprescindibles aun, para evitar la desaparición de la propia idea de nación.

Pero, aun cuando se trate de procesos semejantes de construcción societaria con apoyo en la elaboración de relatos historiográficos, no hay como dejar de notar las diferencias existentes en los casos tratados. Hay narraciones que ‘reconstruyen el pasado necesario contra viento y marea, como parte de la contienda política, afrontando las dificultades de la desgracia momentánea, sin apoyos ni alicientes, mientras que otras lo hacen con el patrocinio de Estados que necesitan menos de los fundamentos historiográficos para una consolidación que ya se obtiene por otros caminos. Es el caso de Chile y Brasil, no por coincidencia las dos entidades nacionales que se vanaglorian de su consolidación y del orden interno que guardan durante los largos periodos de anarquía por los que atraviesan las otras naciones iberoamericanas; caso semejante, si bien no idéntico, es el de Colombia y de los privilegios documentales concedidos a Restrepo por las autoridades nacionales para elaborar su historia.

El volumen hace alusión a las independencias iberoamericanas en el subtítulo porque son ellas las que marcan un hito en las visiones que las élites regionales lanzan sobre el pasado con vistas al futuro pero en una operación que busca cimentar su poder en el presente. Ellas, las guerras de independencia y los procesos inmediatos que les siguen, son el punto de partida de la ‘historia nacional' y la relación de esa historia nueva con el pasado colonial será en muchos casos, como sabemos, materia prima de la disputa entre liberales y conservadores. Se trata de estabilizar el pasado, de ‘fijarlo’ de una vez por todas de acuerdo a determinada posición al interior de la sociedad y del Estado. Por eso, la cuestión de la Verdad’ es un elemento central en muchos de los relatos analizados por los autores del volumen. Varias de las reconstrucciones del pasado se centran en el momento fundacional de la guerra, y en diversos casos la tarea del autor es partir de lo que existe, generalmente considerado una

‘mentira’, para, a través de un proceso de precisión y ajuste de los ‘hechos’, llegar a la Verdad’, para repartir con justicia —y aquí la historia muestra su faz de juez y árbitro— laureles y espinas. Restaurar la ‘verdad’ de los hechos y de los procesos equivale a recuperar una entidad del espíritu, una especie de ‘alma’ que la nación necesita conocer y hacer funcionar para ella misma poder operar a contento. Una operación que con frecuencia se realiza por medio de relecturas ideológicas de la historiografía nacional temprana, a la luz de las disputas políticas de la segunda mitad del siglo entre liberales y conservadores, centralistas y federales, etc., para poner ‘la verdad de los hechos en su sitio. De aquí vendrán los esfuerzos por implantar relatos historiográficos hegemónicos, lo que se logra aparentemente en los países de temprana consolidación de un Estado que monopoliza la soberanía, como Chile y Brasil, mientras que en Colombia, en Ecuador o en Venezuela la posibilidad de un discurso hegemónico estará a la deriva en el mar de divisiones entre las élites locales. México parece ser un caso intermedio, en el que las pugnas entre liberales y conservadores no obstan para la construcción, en lo general, de un discurso historiográfico unitario.

La historia Verdadera parte de la falsedad primigenia para llegar a la luz que la consagra como la liga que amalgama a la sociedad y fundamenta al Estado. Un conocimiento que se delinea también por medio de la exploración geográfica, por la definición de límites y confines que son a su vez fronteras de nacionalidades y de historias compartidas al interior del territorio. No sólo por eso, sino porque la base territorial, es obvio, constituye el espacio del ejercicio de la soberanía de los Estados nacionales. No en balde muchos de los conflictos entre las nuevas naciones iberoamericanas durante el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, se deben precisamente a disputas por la extensión de esa soberanía territorial. Territorio, sí, pero también la descubierta de la historia natural y del apoyo que ésta puede prestar a la construcción de identidades nacionales de cuño político y cultural. Las ciencias de la naturaleza —la biología, la botánica, la química, la geología, etc.—, pero también la arqueología en el caso peruano, se usan para apoyar la construcción de una historiografía en la que la dimensión física de la nación, su flora y fauna, sus relieves y depresiones, además de las costumbres de sus habitantes, son centrales para la definición de la identidad nacional.

A la cuestión de la verdad habría que agregar tal vez el problema del olvido’. Ya se hizo referencia líneas arriba a los esfuerzos intelectuales de diversos políticos/pensadores de la segunda mitad del siglo XIX por encajar en un cuadro explicativo derrotas y retrocesos aparentes que niegan una razón histórica que apuntaba hacia la consolidación de sociedades y Estados modernos y

progresistas, a semejanza de los modelos europeos del momento. La solución es desnaturalizar esos episodios, recluirlos al cajón de las ‘incoherencias' de la historia. Otra opción, como lo muestra el caso venezolano de los debates parlamentares de 1858 discutido en este volumen, es recurrir al olvido’ —más de veinte años antes de la famosa conferencia de Renan sobre la definición de la nación y requisitos para su existencia— para borrar del registro histórico los ‘desvíos’ que habían retorcido el camino de la república y llevado a su degeneración y decadencia temprana, y que dejaban en evidencia la incapacidad de las élites para construir un sistema político viable. Había que volver a las etapas heroicas de las guerras y de la emergencia de líderes y proceres, releer sus acciones y actitudes y hacer, literalmente, tabula rasa del pasado.

Pero las historiografías decimonónicas, además de —y tal vez más que— justificar la existencia del Estado nacional, justifican una determinada organización de la sociedad, con segmentos privilegiados y sectores excluidos o marginados, esto es, explican y legitiman la injusticia al etnificar políticamente la historia, como en el caso boliviano, o entonces, como en el de Brasil, intentan resolver en la narrativa desigualdades que existen en la realidad social, apelando a imágenes de armonía social y de participación equivalente de los diversos componentes raciales de una nación en la consolidación de su soberanía. Por ese camino, el leitmotiv historiográfico de la opresión colonial no sólo sirve a las élites criollas como motivo explicativo y factor justificante de la independencia, sino que, convertida también en fuente del embrutecimiento* permanente del indígena, se transforma en la piedra de toque para legitimar su exclusión. La herencia de un indígena ‘degenerado’ era obra de la colonia y contra ella nada podía hacer la nación soberana —e *inocente*—, como no fuera buscar, por un medio u otro, su extinción, ya fuera a través de la educación europeizante, del mestizaje o, mejor aún, del blanqueamiento y de la castellanización extensiva.

Buena parte de los autores de los capítulos focalizan una o varias obras capitales de la historiografía decimonónica de los países que les tocó tratar, y estudian los sentidos que esas obras otorgan a las sociedades postcoloniales. Palti se ocupa de manera central de la *Historia de Belgrano y la independencia argentina*, de Bartolomé Mitre. Vélez Rendón focaliza su estudio en la *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional*, de José Manuel Restrepo, y en sus relecturas decimonónicas más importantes. Zermeño parte de la *Historia de Méjico* de Lucas Alamán para discutir la formación de una historia unitaria, dotada de rasgos comunes tanto para conservadores como para liberales. Thurner, quien retrocede hasta mediados del siglo XVIII para trazar la perspectiva de la invención de la historia de Perú basándose de manera particular en José Hipólito Unanue, centra buena parte de

su trabajo en la obra de Sebastián Lorente, con destaque para su *Historia Antigua del Perú*. Buriano encuadra su estudio entre dos monumentos historiográficos, el *Resumen de la Historia del Ecuador*, de Pedro Fermín Cevallos, y la *Historia General de la República del Ecuador,* de Federico González Suárez. Irurozqui, si bien incursiona en el análisis historiográfico de la novelística, culmina sus reflexiones en la *Historia General de Bolivia*, de Alcides Arguedas. Mana Ligia Prado alterna el análisis de obras históricas, como la *História Gemido Brasil*, de Francisco Adolfo Varnhagen, vizconde de Porto Seguro, con el análisis de la iconografía que apoya en la plástica consolidación del Estado nacional, y de la novelística romántica referida al indígena, en agudo contraste con los resultados del análisis de Irurozqui sobre el mismo asunto en Bolivia. Sagredo prefiere ver la construcción de una identidad nacional chilena, base de la edificación del Estado nacional, a través de la *Historia fisica y política de Chile*, de Claudio Gay. Serrano, por su parte, se zambulle en el análisis de dos debates parlamentarios y en el uso que sus participantes hacen de la historia nacional.

El volumen está organizado a partir de una sección que agrupa los estudios que discuten con mayor detalle problemas propiamente historiográficos (Palti, Vélez y Zermeño), con un trabajo (Thurner) que integra esa problemática —si bien reniegue de su denominación— pero que se enlaza con y sirve de bisagra a los que le siguen, que agrupan a los países andinos, y que agregan a lo historiográfico el análisis del contexto empírico de la producción del relato, en particular el tratamiento de la cuestión indígena o del ‘indio’ (Buriano, Irurozqui). La tercera porción agrupa tres estudios que se identifican, paradójicamente, por su temática diferenciada: abre con el estudio de Prado, que acompaña a Irurozqui en el tratamiento de la literatura nacionalista y la visión del indígena y le agrega la perspectiva iconográfica, también presente en Thurner, sigue con Sagredo y su análisis de la historia natural de Chile y de las cuestión territorial, también tocada por Prado, y culmina con Serrano y los debates historiográficos en el Congreso venezolano en dos fechas capitales, 1830 y 1858.

GUILLERMO PALACIOS
Coordinador

Nota

* Agradezco la colaboración de la licenciada en Historia Laura Rojas Hernández en varias fases de la factura de este volumen.

LA NACIÓN ARGENTINA ENTRE EL SER Y EL ACONTECIMIENTO.
LA CONTROVERTIDA PLASMACIÓN DE UNA VISIÓN GENEALÓGICA DEL PASADO NACIONAL[1]

ELÍAS JOSÉ PALTI
Universidad Nacional de Quilmes-Conicet

Mientras preparaba su expedición libertadora, Simón Bolívar expresaba el sentimiento de refundación (con las esperanzas, y también incertidumbres, que esto conlleva) que la idea de la quiebra de vínculo colonial suscitaba.

> ¿Se pudo prever, cuando el género humano se hallaba en su infancia, rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error, cuál sería el régimen que abrazaría para su conservación? ¿Quién se habría atrevido a decir: tal nación será república o monarquía, ésta será pequeña, aquélla grande? En mi concepto ésta es la imagen de nuestra situación. Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte.[2]

Había que crear, pues, como el Dios bíblico en el Génesis, un nuevo mundo de la materia informe. Poner un orden en la geografía llana, que había perdido todos sus puntos de referencia junto con la administración colonial, significaba, fundamentalmente, para Bolívar, definir los límites y la naturaleza de los nuevos estados.

Las naciones latinoamericanas encontrarían así un inicio claramente identificable en el calendario. A diferencia de las naciones europeas, cuyo origen mítico se hunde en el fondo de los tiempos, en esta región del planeta habrían

sido una construcción reciente y, en consecuencia, relativamente arbitraria. Sin embargo, una vez instalados, los nuevos estados requerirían, para su afirmación, fundarse en principios de legitimidad menos contingentes que los azares de las batallas en el curso de las guerras de independencia. La lucha contra el pasado colonial se trocaría entonces en una lucha no menos ardua por negar (o, al menos, velar) la eventualidad de sus orígenes como nación y encontrarles basamentos más permanentes (y, por tanto, históricamente incontestables).

Surgiría entonces la idea de que los nuevos estados sólo dieron forma institucional a naciones largamente preexistentes cuyo linaje la historiografía respectiva habría de develar. Cada historia nacional, tal como habría de concebirse a lo largo del siglo XIX, se nos revelaría como un *curso unitario y evolutivo* por el cual aquel principio particular que supuestamente caracteriza a la respectiva nacionalidad se desenvuelve progresivamente a lo largo de periodos sucesivos que expresan otras tantas fases lógicas necesarias en su desarrollo. No obstante, configurar un concepto tal no sería en absoluto sencillo en el contexto de sociedades posrevolucionarias como las nuestras. En principio, la idea de una *identidad nacional* presupone las de *unidad* (es decir, la existencia de ciertos rasgos comunes que puedan reconocerse por igual en los connacionales de todos los tiempos, regiones y clases sociales) y de *exclusividad* (que tales rasgos distingan a éstos de los miembros de las demás comunidades nacionales). Una característica adicional es que tal principio particular debe ser, empero, reconocible como universalmente *valioso*, es decir, encarnar valores incontestables que justifiquen por sí su existencia y su defensa ante cualquier posible amenaza interior o exterior. La historia nacional genealógica tendrá, pues, además, un carácter eminentemente *autocelebratorio*. “Un pasado heroico, la gloria...”, decía Renan, “...éste es el capital social sobre el cual se basa una idea nacional”.[3]

Sin embargo, en la América hispánica ninguno de aquellos elementos a los que usualmente se apela como base para tales construcciones genealógicas (lengua, etnicidad, tradiciones), parecía susceptible de llenar las exigencias de *unidad y exclusividad* requeridas. Aparentemente, no habría forma de justificar racionalmente (más allá de la pura contingencia de la suerte en el campo de batalla) por qué, por ejemplo, Bolivia o Paraguay son naciones independientes y no lo son las provincias del litoral argentino; cuáles son, en definitiva, los fundamentos objetivos en los que se sostendrían los nuevos estados. El problema crucial radicaba, de todos modos, en otra parte. Y esto nos remite a la tercera de las características de las narrativas genealógicas de la nación: menos aún podía tal historia ser celebratoria de tradiciones con las que se quiso romper brutalmente y a las que por mucho tiempo se buscó erradicar.

Lo cierto es que la plasmación de una narrativa histórica fundada en el supuesto de identidad nacional será aquí un fenómeno sumamente tardío. Con la excepción notable de Brasil y Chile, habrá que esperar hasta fines del siglo XIX para encontrar las primeras "historia nacionales" que ofrecezcan una visión sistemática y coherente del pasado nacional. Resulta paradójico, pues, que Benedict Anderson afirme hoy que en América Latina las "comunidades de criollos desarrollaron tempranamente concepciones de la nacionalidad [*nationness*] *mucho antes aun que en la mayor parte de Europa*"[5] En realidad, según muestra José Carlos Chiaramonte,[5] hasta 1850 la idea de "nacionalidad" fue por lo menos ambigua. De hecho, la lucha por la independencia fue planteada en términos de un enfrentamiento entre *españoles-americanos y españoles-europeos,* cada uno de ellos encarnando respectivamente los principios de la libertad *versus* los del despotismo.[6] Según sus mismos actores, no se trataba tanto de una lucha nacional como de un enfrentamiento entre *principios* opuestos. Por lo mismo, no se definían aún criterios de identidad más allá de la espontánea adhesión a la causa de la independencia.

Esta carencia tenía, en parte, fundamentos conceptuales. Como el mismo Anderson señala para el caso europeo (y no hay razón para pensar que ello no es válido también para el latinoamericano), el ideario iluminista podía servir de legitimación a la lucha por la independencia, pero no ofrecía un marco adecuado para moldear formas de "comunidad imaginada" del tipo de las naciones modernas.[7] En efecto, cuando el porteño Mariano Moreno decía, siguiendo su vena contractualista, que una vez roto el vínculo con la metrópoli, "la soberanía retrovertía en el pueblo", no buscaba, ni lo creía tampoco necesario, aclarar a qué "pueblo" se refería: ¿al de Buenos Aires?, ¿al del virreinato?, ¿al conjunto de los españoles-americanos?, o, finalmente, ¿al de la totalidad de los súbditos del monarca, incluidos los españoles-europeos?; ¿sólo a la "gente decente"?, ¿a las clases bajas blancas?, ¿o, también, mestizos, indígenas y esclavos? Lo que definitivamente no parecía posible imaginar era algo parecido a lo que hoy llamamos "pueblo argentino". La idea de que la independencia dio forma institucional a naciones preexistentes (y que Anderson parece compartir) será, en efecto, una construcción historiográfica muy posterior. Ni las condiciones históricas ni los marcos conceptuales necesarios para ello estaban todavía disponibles.

Aun así, es cierto que la urgencia por delimitar las respectivas identidades nacionales aparecería como ineludible tan pronto como las guerras por la independencia llegaran a su fin. Disipado el fantasma del enemigo común que servía hasta entonces de aglutinante del frente revolucionario, surgiría

claramente el peligro de la disolución política y la “guerra social” prevista por Bolívar.[8] Con el fin de afirmar los nuevos estados surgiría la necesidad de consolidar lo que hasta entonces no era sino un patriotismo americanista vago en una “conciencia nacional” a la que se subordinaran otras formas de identidad (regionales, de casta, etcétera).[9]

La apelación a la historia es consecuencia de ello. Ella, en fin, contenía, según se pensaba, las claves para la edificación del nuevo ordenamiento institucional. Ya el *British Packet* (el periódico de la comunidad inglesa en Río de la Plata) advertía que “las instituciones que no están fundamentadas o sostenidas por las costumbres no pueden durar en ningún pueblo”.[10] Y Rivada-via reconocía al menos el poder legitimante de la escritura histórica (de la “gloria” contenida en el respectivo “heroico pasado”, según pedía Renan) cuando en 1812 ordenó, por decreto, “se escriba la historia de nuestra feliz revolución, para perpetuar la memoria de los héroes, las virtudes de los hijos de América del Sud, y la época gloriosa de nuestra Independencia civil, propiciando un nuevo estímulo, y la única recompensa que puede llenar las aspiraciones de las almas grandes”.[11] Pero no será sencillo para la nueva élite surgida tras la revolución, descubrir el germen primitivo de las libertades modernas tan costosamente conseguidas en tradiciones forjadas, según ellos denunciaban, en el despotismo hispánico. Lo sugestivo del decreto rivadaviano es que hable de “independencia civil” (no “nacional”) y se refiera vagamente a los “hijos de la América del Sud” en general. Más relevante aun para nuestro tema es que la historia a la que se apela no vaya más allá del relato de la lucha por la independencia. Tampoco el Himno Nacional Argentino señala hechos dignos de ser mencionados, anteriores a la serie de batallas contra “el tirano opresor”.[12]

El bagaje de ideas románticas que inunda a Buenos Aires en la década de 1830, proveería finalmente a la llamada Generación del 37, las herramientas conceptuales para articular estos tanteos históricos imprecisos en una visión genealógica coherente. Ésta se propondría así superar el persistente divorcio entre el nuevo Estado y las tradiciones y la cultura locales. Una nación que se desconoce, pensaban sus miembros, no podría afirmar ningún orden institucional. No obstante, a pesar de su retórica historicista, difícilmente (y sólo tardíamente) habrá de superar tales limitaciones que surgían de aquel rechazo al pasado colonial en bloque que se impuso por la lógica misma del proceso revolucionario.[13] Así permanecerá desgarrada entre, por un lado, su vocación (que compartía con la generación revolucionaria que les precedió) por erradicar los principios sociales tradicionalistas heredados de la colonia y,[14] por otro, su crítica a la idea iluminista de que un pueblo pueda modificar su naturaleza y sus

costumbres a voluntad (idea que, pensaban sus miembros, no podía sino llevar, como efectivamente lo hizo en los años veinte, a la anarquía).[15] "Los pueblos tienen su ley de progreso y desarrollo",[16] decía Alberdi, ley que los revolucionarios de Mayo habrían violentado. La causa última de ello, sin embargo, radicaría en otra parte. Más que el rechazo "ilustrado" del pasado, serán los antagonismos *presentes* los que habrán de reactivar esa marca de contingencia en los orígenes de su formación nacional, sellando un persistente divorcio entre la élite letrada y las tradiciones y cultura locales.

En efecto, la maduración del proyecto romántico en un modelo historiográfico consistente presuponía una visión marcadamente racionalista y evolutiva de la historia argentina que la ruptura con el rosismo (al que, aunque ya reconocido como bárbaro, seguirían identificándolo como la expresión auténtica de la realidad local y encarnación de la nacionalidad) haría imposible sostener.[17] A sólo un año de su formación como tal, los miembros de la Generación del '37 marcharían uno a uno a un exilio que, como pronto descubrirían, sería inesperada e insoportablemente prolongado. La historia local se les aparecería entonces como empeñada en contradecir las más elementales exigencias de la razón y obstinada en burlar las leyes universales que guían su transcurso. En este contexto, la elaboración historiográfica del pasado argentino según el concepto genealógico de la nacionalidad resultaría inviable. ¿Cómo narrar una historia que, sencillamente, parecía no haber conducido a nada, o peor aun, a Rosas? Según decía Mitre citando a José Rivera Indarte, "el sistema de Rosas es capaz de falsificar los monumentos nacionales y de hacer imposible la historia".[18] Fracasado el efímero proyecto de tornar al "tirano" en una suerte de agente involuntario de la razón, para los miembros de la Generación del '37, mirar al pasado sería hundir la vista en un vacío tan profundo como el desierto descrito por Sarmiento en *Facundo*.[19]

Habría así que esperar a que el sistema de alianzas montado por Rosas comience a revelar fisuras para que los pensadores argentinos pudieran aventurar algún intento por revalorizar el propio legado histórico. En una serie de cartas a Pedro de Ángelis, publicadas en 1847 en Montevideo, Esteban Echeverría, al mismo tiempo que señalaba los primeros síntomas de desavenencias entre los caudillos del litoral y Rosas, sentaría las bases para una historia genealógica. Éste creía entonces ver en el régimen municipal colonial, el germen local de los principios democráticos que la historia posterior debía desarrollar. Su formación ofrecía, según entendía, el hilo conductor invisible que ordenaba el transcurso histórico nacional argentino en una unidad de sentido orgánico a lo largo de sus incesantes cambios y fisuras. Instancia que hundía sus raíces en los orígenes

mismos de la colonización, sería el primer esbozo de esa democracia incipiente que habría de emerger en mayo y se proyectaría hacia el futuro como el ámbito primario de participación cívica desde donde la Joven Generación ejercería su misión docente. El régimen municipal sería, en fin, el ámbito institucional a partir del cual el sujeto-ciudadano moderno se iría progresivamente constituyendo en las pampas.

> Quiero, ante todo, reconocer el hecho dominador, indestructible, radicado en nuestra sociedad, anterior a la revolución de Mayo y robustecido y legitimado por ella [...] Quiero que a ese núcleo primitivo de asociación municipal, a esa pequeña patria, se incorporen todas esas individualidades nómadas que vagan por nuestros campos; que dejen la lanza, abran allí su corazón a los efectos simpáticos *y* sociales y se despojen a poco de su selvática rudeza. El distrito municipal será la escuela donde el pueblo aprenda a conocer sus intereses y sus derechos, donde adquiera costumbres cívicas y sociales, donde se eduque paulatinamente para el gobierno de sí mismo o la democracia, bajo el ojo vigilante de los patriotas ilustrados: en él se derramarán los gérmenes del orden, de la paz, de la libertad, del trabajo en común encaminado al bienestar común.[20]

Dicho proyecto aportaba así el diseño de un modelo racional de nación que no significaba un rechazo llano de su realidad pasada y presente tal como ella se manifestaba. Rosas mismo ocuparía dentro de este esquema su lugar legítimo en la historia, como el del quizás rudo pero imprescindible caparazón para un aún débil organismo en cuyo seno germinaban nuevas formas de vida democrática que la joven generación iría desarrollando. En fin, él mismo permitía concebir la presencia en la historia local, de una instancia de continuidad que definiría su identidad, aquel oculto soporte unitario que articularía en una unidad de sentido una historia en apariencia escindida.

Hacia 1850 Sarmiento buscaría ya, en *Recuerdos de Provincia*, “revivir las tradiciones antiguas, recuerdos de un tiempo mejor” que, para él, era ahora la mejor “protesta contra el estado presente”.[21] Finalmente, caído Rosas, Mitre funda el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata. Se inicia entonces la publicación de la *Galería de Celebridades Argentinas* con la que se intentará llenar el vacío historiográfico argentino (“este vació criminal”, asegura Mitre, que “pone en evidencia nuestra incuria y nuestro atraso en materia de estudios históricos”).[22] En ella apareció el primer esbozo de la obra que finalmente habrá de clausurar esta brecha en la desigual producción intelectual del romanticismo criollo (ya por entonces muy sólida en lo que hace a su obra literaria y doctrinaria, pero sumamente precaria e incipiente en cuanto a realizaciones historiográficas): la *Historia de Belgrano y la independencia argentina* de Mitre. Ésta representa el más acabado de los intentos por reunir conforme un mismo principio explicativo, los diversos acontecimientos que irrumpen en el transcurso de la historia nacional.

Articulada en torno a la idea de la preexistencia de la nación, Mitre logra allí limar las aristas conflictivas del pasado argentino, mostrando sus diferentes periodos (la colonización, la revolución, la anarquía, Rosas, la organización nacional) como momentos que encajan armónicamente entre sí y se siguen lógicamente unos de otros. Y es en el primero de ellos, como corresponde al credo romántico, que se definen los rasgos distintivos que habrán de marcar todo el desarrollo posterior. De esta forma, la historia nacional argentina recuperaba una unidad de sentido, dentro de la cual sus distintas fases forman una trama compacta y homogénea. El hecho revolucionario perdía así su carácter disruptivo, marcando sólo un hito en un despliegue unitario. "La revolución argentina", aseguraba, "lejos de ser el resultado de una inspiración personal, de la influencia de un círculo, o de un momento de sorpresa, fue el producto espontáneo de gérmenes por largo tiempo elaborados, y la consecuencia inevitable de la fuerza de las cosas".[23] Finalmente, en la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, su segunda gran obra histórica, Mitre define cuál fue el valor y cuál la significación histórico-universal del surgimiento de dicha nacionalidad en el marco más global del progreso evolutivo genérico de la especie: difundir los principios de la libertad que, de otro modo, hubieran permanecido recluidos en América del Norte.

Tenemos, pues, definido allí un concepto genealógico de la nacionalidad. Ésta se nos revela con el carácter de unidad y exclusividad que supone toda narrativa tal, y, al mismo tiempo, como encarnando valores de validez incondicional. Sin embargo, cabe recordar que las primeras dos ediciones de la *Historia de Belgrano* (que datan de 1856 y 1858-1859, respectivamente) quedaron inconclusas, y sólo en la cuarta de ellas (publicada casi treinta años mástarde) alcanzó su forma definitiva. Y esto es sintomático de los problemas que se suscitaron en el proceso de su elaboración. La empresa que se inicia tras la caída de Rosas destinada a reconfigurar la imagen de un pasado desgarrado por los enfrentamientos civiles, no podría sobrevivir al fuerte contraste que significó la fractura producida entre Buenos Aires y la Confederación. Embarcados Mitre, Sarmiento, Alberdi y los demás ex compañeros de exilio en una lucha que terminaría enfrentándolos entre sí, todo intento por articular una visión sistemática del propio transcurso histórico como nación, quedaría entonces nuevamente comprometido. Sólo la definitiva consolidación del Estado nacional permitiría concebir una historia tramada genealógicamente. La consecución de un *orden político* proveería no sólo las bases institucionales, sino, fundamentalmente, las condiciones epistémicas que permitieran tornar a la nacionalidad visible como objeto de la realidad. Éste señalaría, en fin, el término de este persistente divorcio de las élites ilustradas argentinas con sus tradiciones

y su legado histórico, volviendo ya decisivamente menos cruentas las controversias históricas que todavía se agitaban. Aun así, dicho proceso, como veremos, no estuvo ausente de contradicciones.

RAZÓN Y REVOLUCIÓN EN LA *HISTORIA DE BELGRANO* DE MITRE

La visión histórica de Mitre destila ya, en efecto, una fe inquebrantable en la marcha espontánea de la historia. Como señala Tulio Halperín Donghi:

> Para Mitre el mal no tiene presencia histórica; es, o pura apariencia, o condición necesaria para un bien mayor destinado a ser revelado sólo en el porvenir. Sería ocioso denunciar la falta de hondura trágica de una concepción de la realidad histórica que deliberadamente recusa validez a cualquier visión trágica; sería igualmente ocioso denunciar en ese optimismo la expresión de una fe antes que la conclusión alcanzada a partir de una libre exploración de la realidad; eso era precisamente lo que era, y para entender la obra histórica de Mitre es preciso tomar totalmente en serio esa fe profana e inquebrantable que la informaba.[24]

Sin embargo, esta comprobación suele dar como resultado una imagen demasiado compacta y lineal de su obra historiográfica, ocultando las tensiones que transitan su texto. Esta se encuentra atravesada por contradicciones que tienen dos orígenes. El primero de ellos, del hecho de que su concepto genealógico de la nación cristalizara, en realidad, tardíamente (sólo aparece formulado en la tercera edición de la *Historia de Belgrano*, de 1876), cuando muchos de los supuestos típicamente románticos sobre los que dicho concepto se sostenía se encontraban ya fuertemente cuestionados. En la segunda mitad del siglo XIX el clima intelectual se había modificado profundamente, presentando tendencias contrastantes al respecto. Al mismo tiempo que, por un lado, las ideas nacionalistas reciben con el *Risorgimento* un impulso fundamental, comienza, por el otro, el proceso que culmina en la conferencia famosa dictada por Renan en 1882, titulada “¿Qué es una nación?”, y por el cual se desmontarían las concepciones de las nacionalidades como entidades objetivas. La *Historia de Belgrano* resulta incomprensible fuera del contexto de estas transformaciones (y las ambigüedades y contradicciones que éstas generaron). La obra de Renan, en particular, contiene claves fundamentales para reconstruir el lecho de ideas a partir del cual se concibió dicha obra.

En su reseña del desarrollo de las diversas nacionalidades europeas, Renan mostraba claramente que ninguno de los supuestos factores en que la nacionalidad se basa (como la unidad de lengua, raza, religión, geografía, etc.),

puede explicar cómo las naciones se formaron y delimitaron mutuamente. Frente a cualquier criterio que pretendía utilizarse para definir "objetivamente" una nación, Renan encontraba siempre contraejemplos que lo refutaban (es decir, de naciones que albergaban pluralidad de razas, o lenguas; o bien, de razas o lenguas compartidas por naciones que eran, no obstante, claramente diversas entre sí; y así sucesivamente). A fin de constituirse como un todo homogéneo y único, toda nación, decía, debió antes ser capaz de rellenar sus fisuras internas y "olvidar" los antagonismos que la dividieron históricamente ("el olvido, y yo diría, el error histórico", aseguraba Renan, "son factores esenciales en la creación de una nación, y por ello el progreso de los estudios históricos es con frecuencia peligroso para la nacionalidad").[25] Según las interpretaciones tradicionales, Renan volvía así a un concepto "subjetivo", de matriz iluminista, de la nacionalidad. La misma se trataría de una construcción política "artificial". No obstante, estudios más recientes han discutido este enfoque.

Benedict Anderson llamaría la atención sobre la peculiar sintaxis de la expresión de Renan cuando afirma la necesidad de "olvidar" para poder constituir una nación. Éste dice que el pueblo francés *doit avoir oublié* (debe haber olvidado) en vez de, como sería más lógico, *doit oublier* (debe olvidar). Y esto es profundamente significativo. Lo que Renan señala allí es que el olvido es al mismo tiempo una condición para la constitución de una nación (un deber) y la prueba de su existencia como tal (un hecho): la "nación" se constituye a sí misma en el propio acto de "olvidar" sus antagonismos; y, sin embargo, para que haya "olvido" es necesario que exista ya un *sujeto* que "olvide".[26] Renan insistiría en este doble carácter de la nacionalidad.

> Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas que, a decir verdad, no son más que una sola, constituyen este alma, este principio espiritual. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos, la otra el consentimiento actual, el deseo de vivir en común, la voluntad de continuar haciendo valer la herencia indivisa que se ha recibido. El hombre, señores, no se improvisa. La nación, como el individuo, es la culminación de un largo pasado de esfuerzos, sacrificios y devoción.[27]

Los componentes objetivos y subjetivos de la nación (materialidad y voluntad) reenvían uno al otro permanentemente. La imposibilidad de establecer parámetros objetivos para definir a la nación, lleva así a radicar la cuestión en el ámbito de la voluntad subjetiva. Empero, ésta presupone siempre la existencia de formas sustantivas objetivas de organización social, las cuales no pueden, a su vez, explicar su propio origen y conformación sin apelar a un elemento volitivo subjetivo, y así *ad infinitum*. No es, en última instancia, el supuesto "voluntarismo iluminista" de Renan, sino esta circularidad, esta oscilación entre sujeto y objeto, entre presente y pasado, lo que termina por abrir una primera

brecha en el discurso genealógico de la nación revelando las aporías que el mismo contiene.[28] Como veremos, la narrativa histórica de Mitre replica esa oscilación entre lo "subjetivo" (el "pueblo") y lo "objetivo" (la "nación"), aunque en éste responderá menos a un proyecto de desmontar las aporías del concepto genealógico de la nacionalidad que a las vacilaciones conceptuales y vaivenes de su trayectoria política e intelectual. Y esto nos conduce a la segunda de las fuentes de tensiones que se observan en su obra.

El segundo aspecto conflictivo que deja su marca en la *Historia de Belgra-no* tiene que ver con el hecho de que la confección de la misma se prolongó por más de treinta años llenos de eventos que determinaron profundas transformaciones políticas y sociales. Y el pensamiento histórico de Mitre no permaneció inalterable ante las mismas. De hecho, el texto final de dicha obra guarda aún las huellas de un muy controvertido proceso de elaboración.

Su parte mejor conocida es el capítulo I, titulado "Sociabilidad argentina", que es aquel en que Mitre define los principios que habrían guiado la evolución nacional e identifican la nacionalidad argentina desde su origen (la colonización), recortándola claramente dentro del mapa sudamericano. De allí que, tras el derrumbe del orden colonial, su delimitación espontánea respecto de aquellos otros "organismos nacionales" que le eran incompatibles (Bolivia, Paraguay, Chile, etc.) resultaría inevitable, puesto que estaba determinado por las leyes orgánicas de su constitución natural. Este representa así el más acabado de los intentos realizados en dicho país en el siglo pasado por reunir conforme un mismo principio explicativo los diversos acontecimientos que jalonan el transcurso de la historia nacional.

Mediante una serie de oposiciones Mitre iría revelándonos cómo se fue constituyendo el núcleo primitivo de las formas locales particulares de sociabilidad; cómo el despotismo español se trasmutó en esas tierras en el germen fecundo de la libertad.[29] El resultado será una "democracia rudimental"[30] que encerraba tanto el embrión de la posterior disolución como también las fuerzas cohesivas que prefiguraban sus formas institucionales definitivas cuya realización Mitre creía estar ya vislumbrando.[31] De esta forma, la historia nacional argentina recuperaba una unidad de sentido dentro de la cual sus distintos periodos forman una trama compacta y homogénea.

Ahora bien, como dijimos, este capítulo es un agregado posterior; sólo aparece en la tercera edición de 1876. Según Vicente F. López, con quien Mitre sostuvo la polémica historiográfica más sonada del siglo XIX en Argentina (polémica que, para algunos, constituye la piedra basai de la tradición histórica local), éste le roba el mencionado concepto, que le provee un contenido

“filosófico” a su narrativa, de su propio relato de 1872-1873. En todo caso, lo cierto es que dicho capítulo, en contra de lo que afirman las lecturas tradicionales de esta obra, que suelen ver al resto de la misma como una mera ilustración de lo que allí se afirma, no se concilia con ésta. En realidad, contradice muy obviamente su proyecto original (según se plasma en las dos primeras ediciones de 1856 y 1858-1859). El objeto original de la obra era destacar la efectividad de la acción humana en la determinación de los acontecimientos históricos.[32] Mitre hace esto explícito en el curso de su polémica con Dalmacio Vélez Sarsfield, producida en 1864, con relación a la desobediencia de Belgrano, cuando éste se niega a acatar al gobierno porteño que, tras las derrotas sufridas en el Alto Perú, le había ordenado retirarse a Córdoba (y decide enfrentar al enemigo en Tucumán, donde triunfa). Vélez Sarsfield condena esta acción de Belgrano alegando que, de todos modos, como luego se comprobaría, la independencia de las provincias norteñas igual se habría de producir.

Mitre no niega esto último; pero, asegura, “su resultado habría sido muy diverso para la nacionalidad”.[33] Según afirma:

> Bien que la independencia fuese un hecho fatal que tenía que cumplirse, y más tarde se hubiese repuesto de aquel contraste, no puede desconocerse, aun suponiendo como se dice que el ejército invasor no hubiese pasado de Córdoba en aquella ocasión, que las Provincias de Tucumán y Salta se perdían para la Nación, como se perdió el Alto Perú, a pesar de la decisión con que respondió al llamamiento de Buenos Aires, y del propósito en que perseveró por largo tiempo de formar con nosotros un cuerpo de nación. Esto ocurrió porque abandonamos el teatro de guerra por varias ocasiones, entregándolo al enemigo; separando esfuerzos y produciendo así una solución de continuidad que determinó una nueva nacionalidad, no obstante la prodigiosa resistencia de Arenales y otros, de que hablaremos a su tiempo. Toda solución de continuidad de la revolución, ha dado siempre el mismo resultado: en el Paraguay, en la Banda Oriental, como en el Alto Perú.[34]

Como vemos, se trata de un concepto opuesto al que formula en el capítulo inicial de la versión de 1876, por el que su obra será conocida. Según afirma aquí, si Belgrano hubiera acatado la orden del gobierno, la independencia probablemente se habría igualmente producido, pero las provincias del noroeste argentino hoy formarían parte de Bolivia. La nación argentina, lejos de ser un fatalismo geográfico o natural, aparece así como el resultado contingente de un curso determinado por la serie de sus accidentes. Y es esto precisamente lo que lo torna relevante. En definitiva, para Mitre, si la acción de Belgrano fue decisiva, es decir, tuvo una importancia histórica, es porque definió el modo y el alcance de la nacionalidad argentina. Fueron sus aciertos militares y, sobre todo, políticos, los que determinaron la constitución de la “nueva entidad” llamada pueblo argentino (que no existiría antes de mayo). Sólo esta percepción hace

comprensible y confiere densidad histórica a lo que llama “el drama de mayo”.[35]

Lo cierto es que este hincapié en la significación histórica de la acción de los actores, y, por consiguiente, del carácter “construido” de la nacionalidad, dotaba a ésta de un aire de precariedad incompatible ya con las necesidades de un orden que, veinte años más tarde, comenzaría a afirmarse.[36] Y es ese mismo orden el que, como decíamos, haría al mismo tiempo posible imaginar la “nacionalidad argentina” como una entidad objetiva,[37] que existe en sí y por sí, independientemente de la voluntad de sus miembros, y precede incluso a su constitución efectiva como tal (la que sólo vendría a dar forma institucional a una realidad preexistente).[38] Esto lleva a Mitre a adicionar su famoso capítulo inicial en el que traza la genealogía de la nacionalidad desde sus orígenes remotos, en los que residiría la simiente de toda su evolución posterior y contendrían, por tanto, la clave última para comprender su trayectoria efectiva. Éste, como vimos, contradice claramente el proyecto original de la obra. En la versión final habrían así de yuxtaponerse dos diseños contrapuestos.

Esto obliga ya a revisar aquella imagen tradicional de esta obra que tiende a obliterar las tensiones que la recorren. Pero la superposición en su texto final de dos diseños contradictorios entre sí revela algo más que eso. El punto crítico aquí es que tampoco entonces, en 1876, la idea de Mitre de la evolución argentina era tan lineal como ese primer capítulo sugiere. En definitiva, si no logra rearticular retrospectivamente su narrativa, borrando las huellas de los distintos momentos en su proceso de elaboración, se debe a que aún entonces Mitre mantiene una relación problemática respecto de su propia realidad presente. De hecho, éste nunca habría de alinearse plenamente con el nuevo consenso que por esos años se afirma en la élite (hay que recordar que, cuando escribe ese primer capítulo, Mitre acababa de salir de la cárcel por su participación en la revolución de 1874). Esto se observa más claramente analizando otro de los capítulos, menos conocido, que añade en esa misma edición, y que formará el núcleo de su controversia con Vicente E López.

La polémica entre Mitre y López (1881-1882) es particularmente ilustrativa de las relaciones entre su pensamiento histórico y su concepto político. El argumento central de López contra Mitre consiste en que, en su tercera edición de la *Historia de Belgrano*, este último hace “filosofía” sin saberlo (la oposición entre ambos, cabe aclarar, se planteó en términos de una lucha entre dos escuelas, la “filosófica”, representada por López, y la “científica”, representada por Mitre).[39] Como ya señalamos, según López, Mitre tomó las pautas de interpretación, el concepto filosófico que preside dicha obra, de una serie de artículos que aquél publicara entre 1872 y 1873 en la *Revista del Río de la Plata*

sobre “El año XX” (y que luego serían reunidos y publicados con el título de *Ensayo sobre la revolución de Mayo).* Sin embargo, es importante destacar que López no se refería aquí tanto al tan mentado capítulo I, como a otro suceso, mucho menos conocido, que aparece relatado en el capítulo VIII de la tercera edición, y que será el motivo central de disputa entre ambos: el debate producido en el Cabildo el 22 de mayo entre Paso y el fiscal Villota. Para López, este debate marcó la instancia crucial en el proceso revolucionario; constituía “la parte verdaderamente capital y propiamente histórica de la Revolución de Mayo”.[40] Allí Paso encontró la “fórmula jurídica” (la doctrina del *Negotiorum Gestor*) que abrió finalmente el curso a la revolución. Mitre sólo haría suyo este aporte original de López, que consistió, según sus palabras, en la “apreciación del género oratorio histórico” en el marco del cual tendría lugar la acción revolucionaria, y al que define como “casuístico”.[41]

En su respuesta a López, Mitre arguye que aquél, en realidad, confunde su *fórmula jurídica* con su *fórmula política*, que es previa a lo jurídico.

> La *forma* de la revolución de Mayo fue, pues, rigurosamente legal, y su *fórmula jurídica*, por lo que respecta a sus preliminares, a su teatro de operaciones y a sus medios de acción, fue la del derecho municipal... Pero la revolución era en sus tendencias esencialmente POLÍTICA; su *fórmula política* (no jurídica), fue la que se puso a discusión en la asamblea popular, y la que con la sanción del voto de la mayoría se hizo ley, que se impuso y se convirtió en autoridad y fuerza gubernamental. .. Ésta es la noción fundamental que se ha ocultado a la clara penetración del señor López, y lo ha llevado a desconocer la *fórmula política* —que en cierto modo niega—, confundiéndola con *la. jurídica.*[42]

Más importante que el discurso de Paso, dice, es el previo de Castelli en el que postula el principio de que “La España ha caducado”, lo que trasladaba la discusión del plano jurídico al *político.* Para Mitre, el problema en debate en el Cabildo porteño era “el de la soberanía y el pueblo”,[43] no el principio de la soberanía popular (que Villota no cuestiona), sino cómo identificar al sujeto de la voluntad. Mitre coincide, pues, en que la jornada del 22 de mayo marcó aquella instancia crucial de la que, en definitiva, nace la nacionalidad argentina. Con su estrategia polémica, el fiscal Villota había, efectivamente, derrumbado los argumentos patriotas, llevando toda la situación a un punto muerto. En su respuesta a Castelli, el fiscal admitía el principio de soberanía popular, para plantear, en cambio, la cuestión, más fundamental, de a qué “pueblo” se refería dicho principio (¿a todos los súbditos del monarca?, ¿a los habitantes del virreinato?, ¿o sólo al pueblo de Buenos Aires?). Y el discurso de Paso no resolvía el punto. Lo cierto es que éste, para Mitre, era, en el fondo, indecidible; lo que llevaba a trasladar toda la cuestión al ámbito de la política y de la acción revolucionaria (que es siempre, dice, contraria a derecho).

> Pero esta confrontación prueba algo más, y es que el discurso del doctor Paso no fue *jurídico* sino *político*. El accidente que, según el señor López, le imprimirá aquel carácter, no fue sino un mero argumento subsidiario, un recurso oratorio, que no constituye su fondo, ni del cual se deduzca ninguna consecuencia jurídica; por el contrarío, sus premisas y conclusiones son: que la cosa se debía hacer, que era necesaria, y que se haría de todos modos con doctrina jurídica o con teoría política, o sin ellas; fue más que político, acentuadamente revolucionario, lo que es contrario de jurídico, o sea arreglado a estricto derecho.[44]
>
> Esta fue la teoría que desenvolvió Castelli con fogosa elocuencia en la tribuna Municipal del cabildo del año X en presencia del caso ocurrente: y fundándola en el derecho positivo, tuvo también en esta parte del discurso su faz jurídica, como el de Passo, bien que de una manera accesoria como éste. El punto en discusión era la soberanía, y si hay en el mundo algo que pueda calificarse de principio político, es éste, como que de él fluyen todas las consecuencias y aplicaciones.[45]

Encontramos aquí la raíz de las diferencias políticas entre Mitre y López. Como vemos, Mitre pone a un lado los supuestos de orden genético del romanticismo para reencontrarse así con la problemática original planteada al modelo contractualista ilustrado. Pero en esto se nos revela mejor hasta qué punto éste se alejaría ya más drásticamente de aquél: es tal operación la que le permitiría, justamente, abordar aquello que era inabordable para él. Tanto el ideal contractualista-ilustrado como el concepto genealógico-romántico de la nacionalidad, al que todavía se adhería López, suponían ya la existencia de un pueblo preconstituido. Para Mitre, en cambio, la política indica esa instancia fundacional por la que un pueblo se constituye como tal, esto es, remite al plano de la articulación histórica de los valores y normas que identifican a una comunidad. Este carácter creativo de sentidos de identidad es lo que define una acción propiamente histórica.[46] En definitiva, lo que Mitre le critica a López es que, con su *reducción jurídica* de la *política* priva de significación histórica la acción de los actores, y, con ello, vacía la gesta de mayo de todo contenido dramático.

> Tal ha sucedido al señor López en su composición histórica: ha suprimido en ella el papel del protagonista, y así nos la presenta desprovista de su antecedente necesario y de su explicación indispensable. En efecto, el señor López, en su *Historia de La Revolución Argentina*, nos ha hablado de todo largamente [...] y de lo único que se ha olvidado es... de hablarnos de la revolución del 25 de Mayo!
>
> Mayo es el punto de partida histórico de la revolución y de la razón de ella; lo que le da significado, la explica y le imprime su sello característico, desde su primera manifestación democrática hasta sus últimos estremecimientos en medio de las convulsiones de la guerra civil.[47]

En esto Mitre retoma una idea de José M. Paz, quien en sus *Memorias* aseguraba que Belgrano había sido superior a San Martín, porque San Martín formó soldados, pero Belgrano formó *ciudadanos*.[48] En su paso por el interior, el ejército del Norte sembró la semilla de la libertad, constituyendo así una

comunidad nacional en torno a valores y principios compartidos.[49] La suya fue una “propaganda militar” (“la propaganda militar de la revolución”, decía, “no se emprendió revolucionaria sino militarmente”);[50] su campaña constituyó, en fin, la forja en que se habría de fundir esa “nueva entidad”. De allí que (como señaló en su polémica anterior con Vélez Sarsfield) las fronteras nacionales luego se demarcaran siguiendo la línea más allá de la cual su acción proselitista no pudo penetrar.[51]

Como vemos, una vez que dejamos de lado esa imagen compacta de la visión histórica de Mitre se nos descubre un universo mucho más rico y complejo. Y también problemático. Lo cierto es que la versión definitiva de la *Historia de Belgrano* se encuentra cruzada por una tensión esencial que no alcanza a resolverse en esta obra, superponiéndose en su texto dos diseños incompatibles entre sí (uno *genealógico* y otro que podemos llamar *proselitista*). Sin embargo, esta yuxtaposición de modelos contrapuestos en su texto final revela algo más que las vicisitudes de su proceso de elaboración. En última instancia, la revolución de 1874 que lo tuvo como protagonista (y da el marco histórico preciso para su reelaboración de la *Historia de Belgrano*) tuvo efectos contradictorios en la reformulación de su perspectiva historiográfica. Al mismo tiempo que abrió las puertas a la plasmación de un concepto genealógico de la nacionalidad, el suceso revolucionario vino a reactivar, precisamente, aquella instancia —el fondo de contingencia de todo desarrollo propiamente histórico— que toda narrativa genealógica debe obliterar a fin de articularse.

El punto es que son precisamente estas tensiones presentes en su texto las que hacen esta obra significativa históricamente. En sus fisuras se nos revela el carácter controvertido que asumió el proceso de afirmación de un Estado centralizado que tuvo lugar en Argentina en la segunda mitad del siglo XIX, y cómo esto volvería aun entonces problemática la concepción de una idea de la nacionalidad que proveyera a dicho Estado un basamento simbólico. Ésta permanecerá así oscilante entre el Ser y el acontecimiento, desgarrada entre, por un lado, su afán por afincar su identidad en fundamentos más permanentes y, por otro, la revelación perturbadora, que recurrentemente habrá de acosarla, de la radical contingencia de sus orígenes, y la consiguiente arbitrariedad —y precariedad— de su configuración presente como tal.

BIBLIOGRAFÍA

Alberdi, Juan Bautista, 1984, *Fragmento preliminar al estudio del derecho*,

Buenos Aires, Biblos.
Anderson, Benedict, 1991, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres y Nueva York, Verso.
Breuilly, John, 1985, *Nationalism and the State*, Chicago, The University of Chicago Press.
Chiaramonte, José C., 1991, *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana*> en Cuadernos del Instituto Ravignani, 2, Buenos Aires, Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires.
Comité Argentino para el Bicentenario de la Revolución Francesa, 1990, *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
Echeverría, Esteban, 1953, *Dogma Socialista*, Buenos Aires, Jackson.
——, 1972, *Obras completas*, Buenos Aires, Antonio Zamora.
Eujanián, Alejandro, 1999, "Polémicas por la historia, El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882", *Entrepasados*, vol. VIII, núm. 16, pp. 9-24.
Halperín Donghi, Tulio, 1987, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana.
——, 1996, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.
Hobsbawm, Eric, 1991, *Nations and Nationalism Since 1780. Programme, Myth, Reality*, Cambridge, Cambridge University Press.
Kamenka, Eugene (comp.), 1973, *The Nature and Evolution of an Idea*, Camberra, Australian University Press.
LaCapra Dominick y Steven Kaplan (comp.), 1987, *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca y Londres, Cornell University Press.
López, Vicente F., 1916, *Debate histórico*, Buenos Aires, La Facultad.
Mitre, Bartolomé, 1859, *Historia de Belgrano*, Buenos Aires, Ledoux y Cía.
——, 1916, *Comprobaciones históricas*, Buenos Aires, La Facultad.
——, 1938-1960, *Obras completas*, Buenos Aires, Edición Ordenada por el H. Congreso de Nación Argentina.
——, 1978, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires, Eudeba.
Monteagudo, Bernardo de, 1953, *Horizontes políticos*, Buenos Aires, Jackson.
Palti, Elias José, 2003, *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión naciónal"*, Buenos Aires, FCE.
Paz, José María, 1988, *Memorias postumas*, Buenos Aires, Hyspamérica.
Renan, Ernest, 1947, *¿Qué es una nación?*, Buenos Aires, Elevación.

Romero, José Luis (comp.), 1977, *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*, Caracas, Ayacucho.
Sarmiento, Domingo Faustino, 1948-1951, *Obras Completas*, Buenos Aires, Luz del Día.
——, 1975, *Civilización y Barbarie. Vida de Facundo*, Madrid, Editora Nacional.
Snyder, Louis, 1954, *The Meaning of Nationalism*, Nueva Brunswick, Rutgers University Press.
The British Packet, 1976, Buenos Aires, Hachette.
Zea, Leopoldo (comp.), 1986, *América Latina en sus ideas*, México, Siglo XXI.

Notas al pie

[1] Este trabajo forma parte de una obra mayor, actualmente en elaboración, cuyo título tentativo es “La nación como problema en el pensamiento romántico argentino. Los lenguajes políticos plurales y la visión histórica de la *Generación del ‘37”*.

[2] Simón Bolívar, “Carta desde Jamaica” (1815), en Romero (comp.), *Pensamiento político*, p. 89.

[3] Renan, *¿Qué es una nación?*, p. 40.

[4] Anderson, *Imagined Communities*, p. 50 (hincapié en el original). Anderson lo explica citando a Masur: “cada una de las nuevas repúblicas de Sud América habían sido unidades administrativas desde el siglo XVI al siglo XVIII” (Anderson, *Imagined*, p. 52).

[5] Véase Chiaramonte, *El mito de los orígenes*.

[6] *El triunfo de la libertad sobre el despotismo* (1817) era precisamente el título del libro del patriota venezolano Juan Germán Roscio.

[7] Anderson, *Imagined*, p. 65.

[8] Todavía en 1820 Bernardo de Monteagudo confiaba en que “la opinión del país es fuerte, universal e inequívoca sobre su independencia y libertad civil”. Lo que aseguraba, para él, tal unidad era “la memoria de los ultrajes de tres siglos, el temor de que ellos se repitan con toda la impetuosidad de la venganza reprimida” (Monteagudo, “Estado actual de la revolución” (10/7/1820), en *Horizontes políticos*, p. 189). Años más tarde, empero, luego de su experiencia frustrante como superministro de San Martín en Perú, el cuadro que pinta cambia radicalmente. “Después de una espantosa revolución, cuyo término se aleja de día en día, no es posible dejar de estremecerse, al contemplar el cuadro que ofrecerá el Perú cuando todo su territorio esté libre de españoles y sea la hora de reprimir las pasiones inflamadas por tantos años: entonces se acabarán de conocer los infernales efectos del espíritu democrático: entonces desplegarán las varias razas de aquella población, el odio que se profesan” (Monteagudo, *Horizontes políticos*, p. 218).

[9] Según palabras de Echeverría, se trataba de forjar “un dogma que conciliase todas las opiniones, todos los intereses, y los abrace en su vasta y fraternal unidad” (Echeverría, “Ojeada retrospectiva”, en *Dogma Socialista*, p. 15).

[10] *The British Packet*, p. 46.

[11] Citado por Jaime Jaramillo Uribe, “Frecuencias temáticas de la historiografía latinoamericana”, en Zea (comp.), *América Latina en sus ideas*,, p. 23.

[12] El Manifiesto del 25 de octubre de 1817 del Congreso Constituyente evita explícitamente toda consideración histórica para legitimar la independencia, dado que asegura que las mismas “pueden suscitar contestaciones problemáticas”, prefiriendo, por el contrario, apelar a argumentos más pragmáticos que denuncian la situación de actual miseria, “a hechos que forman un contraste lastimoso de nuestro sufrimiento con la opresión y servicia de los españoles” (“Manifiesto del 25/10/1817 del Congreso Constituyente”, en José Luis Romero (comp.), *Pensamiento político*, p. 207).

[13] ”E1 día que dejamos de ser colonos, cayó nuestro parentesco con la España: desde la República somos hijos de la Francia”, aseguraba Alberdi en 1837 sin que ello le pareciera inconsistente con su proclamado historicismo (Alberdi, *Fragmento preliminar*, p. 153).

[14] De este modo, tendían a instaurar en la historia nacional argentina una cesura que separaría dos épocas, cada una de las cuales remitiría a filiaciones diversas. Según decía Alberdi en 1837: “Nosotros hemos tenido dos existencias al mundo, una colonial, otra republicana. La primera nos la dio la España, la segunda la Francia. El día que dejamos de ser colonos, cayo nuestro parentesco con la España: desde la República, somos hijos de la Francia” (Alberdi, *Fragmento preliminar*, p. 153).

[15] “Esto”, admitía Alberdi, “importaría poco, si la vida social pudiera plagiarse como los escritos. Pero la vida social es adherente al suelo y a la edad, y no se importa como el lienzo y el vino” (Alberdi, *Fragmento preliminar*, p. 146). Asimismo, decía “quiere ser fecunda, y cuando no es la realización de una mudanza moral que le ha precedido, abunda en sangre y esterilidad, en vez de vida y progreso” (Alberdi, *Fragmento preliminar*, p. 137).

[16] Alberdi, *Fragmento preliminar*, p, 147.

[17] Si todavía en el *Fragmento preliminar* Alberdi podía decir que “nuestra situación es, a nuestro modo de ver, normal, lógica, dialéctica” (Alberdi, *Fragmento preliminar,* p. 147), una vez en el exilio esto ya no será posible. Comenzaría entonces a desarrollar la idea de la necesidad de una regeneración radical de la población nativa mediante la inmigración masiva de europeos.

[18] Mitre, “Estudio sobre la vida y escritos de D. José Rivera Indarte”, en *Obras completas*, vol. xii, p. 427.

[19] “Ahora, yo pregunto: ¿qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver..., no

ver nada? Porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte" (Sarmiento, *Civilización y Barbarie*, p. 92).

[20] Echeverría, "Carta segunda", en *Obras completas*, p. 204.

[21] Sarmiento, "Sud América" (1/4/1851), en *Obras completas*, vol. IV, p. 404.

[22] Mitre, *Historia de Belgrano*, vol. I, p. 32.

[23] *Ibid.*, pp. 278-279.

[24] Halperín Donghi, *El espejo de la historia*, p. 124.

[25] Renan, *¿Qué es una nación?*, p. 27.

[26] Como afirma John Breuilly: "Si se toma el punto de vista de Renan de este modo [como la reafirmación de un puro voluntarismo] el mismo es un sinsentido. La afirmación reiterada de la frase yo soy francés' es vacua a menos que se la conecte con alguna noción de qué significa ser francés. A su vez, tal significado puede tornarse políticamente significativo sólo si es compartido por un cierto número de personas con una organización efectiva. Es más bien este significado compartido y su organización política las que constituyen una forma de nacionalismo, antes que las elecciones individuales de los franceses" (Breuilly, *Nationalism and the State*, p. 8).

[27] Renan, *¿Qué es una nación?*, pp. 39-40.

[28] Sobre el proceso que lleva al dislocamiento del concepto genealógico de la nacionalidad, véase Pal ti, *La nación como problema*. Por otro lado, cabe destacar que la élite argentina estaba particularmente actualizada respecto de las nuevas corrientes de ideas que circulaban en Europa. Resulta interesante, por ejemplo, que ya en los años setenta, muy poco después de su aparición en Francia, López reseñe en las páginas de la *Revista del Río de la Plata* la obra *Los orígenes de la Francia contemporánea*, de Taine (sobre la recepción de Taine en la Argentina, véase Fernando Devoto, "Taine y *Les Origines de la France Contemporaine* en dos historiografías [francesa y argentina] finiseculares", en Comité Argentino, *Imagen y recepción*, pp. 221-246). En cuanto a las lecturas de Mitre, las palabras de Tulio Halperín Donghi son elocuentes: "no sólo había leído por ejemplo la *Ucronía* de Renouvier, sino que era capaz de ubicarla con precisión en el marco del renacimiento neokantiano que la había inspirado" (Halperín Donghi, "La historiografía argentina, del Ochenta al Centenario", en *Ensayos de historiografía*, p. 50).

[29] Mientras en Perú, decía Mitre, la llegada de los españoles generó una sociedad altamente estratificada (reproduciendo y acentuando las pautas sociales

tradicionalistas hispánicas), en el Río de la Plata, en cambio, ésta fue perfectamente igualitaria (dada la ausencia de indígenas que pudieran ser sometidos) desde sus comienzos. Mientras allí los colonizadores provinieron de las zonas más atrasadas de España, entre los que aquí se acercaron abundaban los nacidos en "comarcas laboriosas", puertos de mar y grandes ciudades (Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, p. 24). Finalmente, dentro del que sería el virreinato del Río de la Plata se distinguen pronto las zonas litorales (en un creciente contacto con las grandes rutas comerciales que las disposiciones monopolistas españolas no pudieron evitar) y las interiores (que se mantuvieron en su afección por los hábitos introducidos con las corrientes colonizadoras provenientes de Perú). En fin, las condiciones naturales del medio, la naturaleza de las poblaciones arribadas y la lejanía de la metrópoli, habrían allí de dar lugar a un espíritu localista, inspiraciones liberales, y una inclinación por el trabajo personal desconocidas en otras zonas del imperio colonial español.

[30] "Todos los elementos mancomunados y hasta cierto punto ponderados constituían una naturaleza turbulenta y laboriosa por necesidad, con instintos de independencia individual y de libertad individual" (Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, p. 24). De esta forma se preanunciaba la revolución. "La colonia y la metrópoli no formaban una sustancia homogénea", aseguraba Mitre (Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, p. 63).

[31] Mitre retomaba aquí el concepto original de Echeverría, refomaulándolo. "El espíritu guerrero", decía, "promovería disturbios en la colonia naciente"; el "espíritu municipal", por el contrario, "encontraría su aplicación en la actividad de la vida colectiva, y la preparación para el trabajo" (Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, p. 23). Ambas tendencias, latentes durante el periodo colonial, habrían de desenvolverse una vez conquistada la independencia, signando su lucha nuestro proceso de formación como nación moderna. El primero de ellos (belicista), más elemental y rudimentario, tomaría la delantera. Sólo progresivamente sería desplazado por el espíritu democrático-orgánico más refinado heredado de las instituciones municipales coloniales.

[32] Más específicamente, Mitre se proponía despejar la "terrible duda" con que muere Florencio Varela, esto es, si los revolucionarios de Mayo actuaron verdaderamente con el objeto de dar la independencia a los argentinos. Mitre intentaba así demostrar cómo se gestó, en las postrimerías del régimen colonial, la idea de independencia. Belgrano, según muestra, habría jugado un papel central en esta gestación.

[33] Mitre, "Estudios Históricos. Belgrano y Güemes", en *Obras completas*,

vol. XI, p. 295.

[34] Mitre, *Obras completas*, vol. XI, p. 328.

[35] Mitre, *Comprobaciones históricas*, vol. II, p. 196.

[36] Cabe aclarar que el tipo de nacionalismo que subyace aquí es aquel que los estudiosos del tema definen como "primer nacionalismo" o "nacionalismo oficial". Al respecto, véase Anderson, *Imagined Communities*; Hobsbawm, *Nations and Nationalism*, John Plamenatz, "Two Types of Nationalism", en Kamenka (comp.), *The Nature and Evolution* y Snyder, *The Meaning of Nationalism.*

[37] Las interpretaciones hoy en boga, teñidas por el así llamado "giro lingüístico" y de orientación decididamente "antigenealógica', tienden a realizar el carácter arbitrario de ideas tales como la de identidad nacional en tanto que construcciones intelectuales ("comunidades imaginadas"). "Una comunidad", dice Keith Baker, "existe sólo en la medida en que hay algún discurso común por el cual sus miembros pueden constituirse ellos mismos como grupo" (Baker, "On the Problem of the Ideological Origins of the French Revolution", en LaCapra y Kaplan (comp.), *Modem European Intellectual History*, p. 203). Ciertamente, es el propio discurso histórico el que crea la idea de la preexistencia de la nacionalidad sobre la que se funda, que forja en el imaginario colectivo una conciencia de la propia "identidad nacional". Sin embargo, lo dicho constituye sólo una mitad de la verdad. La otra mitad es que una ficción tal como la idea de nación no es algo que surja o se modifique arbitrariamente, como tampoco ninguna otra producción ideológica. El hecho de que la nación pueda recortarse y tornarse visible como objeto presupone ciertas condiciones históricas de posibilidad. Parafraseando a Baker, tal "discurso común" sólo existe, a su vez, en la medida en que existe ya cierta comunidad efectiva entre sus miembros. En este caso, como dijimos anteriormente, la emergencia de un discurso sobre la nacionalidad, con las características que estamos analizando (los "nacionalismos oficiales"), supuso y acompañó el proceso de constitución de determinado tipo de comunidad, como es la de los estados nacionales.

[38] Resulta sintomático al respecto, el hecho de que Mitre responda a López con relación a la acusación de éste de haberle robado el concepto con el que elabora su primer capítulo de la versión de 1876, en el que se condensa la idea de la nacionalidad argentina, que lejos de representar un aporte original de López, formaba parte ya del sentido común de los argentinos; "estas nociones que pertenecen ya a la moneda corriente de las ideas en circulación", dice, "no se disputan entre los hombres de cierto nivel intelectual". Su aporte respecto de López, aseguraba, residía en haber trasladado estos principios, que, como decía,

ya nadie disputaba, “al terreno de la comprobación y el análisis” (Mitre, *Comprobaciones históricas*, p. 62).

[39] En un interesante estudio de esta polémica, aparecido recientemente, Alejandro Eujanián muestra cómo, así planteada, la misma resulta trivial (Eujanián, “Polémicas por la historia”).

[40] López, *Debate histórico*, vol. I, p. 96.

[41] *Ibid.*, p. 100. Al omitir este evento, dice López, Mitre “no dio al lector una idea, en fin, del fondo filosófico de aquel cuadro en que la acción de los hombres y la acción de las ideas estaban tan vinculadas” *(ibid.*, p. 101).

[42] Mitre, *Comprobaciones históricas*, vol. II, pp. 169-170.

[43] “Esta doble fórmula, que comprende en sus dos términos la sustitución del antiguo régimen y la inauguración de la vida nueva con su razón de ser, se refunde en dos palabras: PUEBLO y SOBERANÍA” *(ibid.*, p. 187).

[44] *Ibid*, p. 180.

[45] *Ibid.*, p. 189.

[46] Esto lo llevó a una polémica con Sarmiento con respecto al valor de la poesía. Frente al sanjuanino, que en *Viajes* condena la poesía como una suerte de ejercicio ocioso, Mitre la reivindicaría remitiendo el término a su acepción originaria: *poiesis*, que la define como la instancia creativa del lenguaje anterior a su cristalización conceptual. La “política” a la que Mitre intenta rescatar de su reducción jurídica por parte de López era esencialmente eso: *poiesis* (creativa de identidades y proveedora de sentidos de comunidad).

[47] *Ibid.*, p. 184.

[48] Paz, *Memoriaspóstumas*, vol. I, p. 191.

[49] “Sus progresos en la opinión de los pueblos fueron lentos, pero seguros. Su vasta correspondencia da una idea de sus trabajos en este sentido. A todos escribía de su puño y letra, y en sus cartas, por lo general cortas, aunque no precisas, nunca descuidaba intercalar una línea sobre los deberes del patriotismo, difundiendo así por el medio más eficaz, las ideas y los sentimientos que quería inocular en los pueblos” (Mitre, “Biografía del General Belgrano”, en *Obras completas*, vol. XI, p. 251).

[50] *Ibid., p.* 329.

[51] Paraguay sería un caso particular, puesto que su campaña, aunque derrotada, bastó para “inocular” los principios revolucionarios. Así, aunque derrotado militarmente, había triunfado en el plano moral. “Sabedor Velasco de todo lo que pasaba en el campamento paraguayo, se apresuró a presentarse en él para contener con su presencia los progresos de la revolución, neutralizando la influencia poderosa de Belgrano. Pero ya era tarde; las ideas revolucionarias se

habían identificado con los hombres, y Belgrano, el rechazado de Paraguay, el capitulado de Tacuary, tenía en el Paraguay más poder que su gobernador, y podía decir con propiedad: ‘Venció, vencida Roma” (Mitre, “Biografía del General Belgrano”, en *Obras completas*, vol. XI, p. 181).

LAS LUCHAS NARRATIVAS DE UNA NACIÓN ESCINDIDA.

LA HISTORIOGRAFÍA COLOMBIANA DEL SIGLO XIX*

JUAN CARLOS VÉLEZ RENDÓN
Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia

La historiográfia decimonónica colombiana tuvo entre sus temas centrales la revolución de Independencia y los primeros años de vida republicana.[1] Como buena parte de los intelectuales colombianos de ese siglo, los historiadores no pudieron escapar a la fuerza cautivante que provocaba la "gesta patriótica", un proceso fundacional de una nueva realidad política convertida, según el historiador Germán Colmenares, en el punto de partida en el que se "hallaban contenidas todas las promesas"[2] y, al mismo tiempo, en el tema al que retornaron constantemente los polemistas a lo largo del siglo XIX.

Los historiadores que durante el siglo XIX estudiaron la revolución pertenecían a diferentes generaciones. Se trataba, en algunos casos, de personajes educados entre el escolasticismo y la ilustración, y con una fuerte influencia del pensamiento hispánico liberal, que presenciaron, a veces en la condición de protagonistas, las luchas por la emancipación de España y que se sintieron comprometidos a dejar un registro historiográfico del proceso. En otros casos se trataba de personajes que maduraron con los debates suscitados por la recepción del socialismo utópico en Nueva Granada y con las reformas liberales de medio siglo. En general, eran historiadores inmersos en una época de cambios políticos radicales: conocieron de manera indirecta la Independencia de Estados

Unidos de Norteamérica y la Revolución francesa, fueron testigos de las luchas de independencia en Hispanoamérica y de las vicisitudes políticas que vivió Nueva Granada luego de consagradas las instituciones republicanas, y alcanzaron a experimentar la "revolución" de mitad de siglo XIX.[3]

Uno de los historiadores más destacados de la denominada generación "iluminista" o de la "Independencia" es José Manuel Restrepo (1781-1863), autor de la *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional*, publicada inicialmente en París en 1827. De esta obra se ha afirmado que marcó un punto de inflexión en relación con los modos predominantes de escribir historia hasta ese momento en Nueva Granada y constituyó un canon explicativo de la revolución de independencia. Tal como lo explica el historiador Jorge Orlando Meló, no sólo se deslindó de una convencional narración de hechos sino que introdujo "un punto de vista unificador", una interpretación general, unas relaciones causales y unos parámetros para la escritura de la historia del proceso independentista, que se mantuvieron como guía por lo menos durante todo el siglo XIX.[4] Según Germán Colmenares, la obra se convirtió en una "prisión historiográfica", es decir, estableció "un repertorio fijo e inalterable de los hechos" de la revolución de independencia, que cerró los caminos de la investigación de los acontecimientos sociales del periodo durante casi dos siglos.[5]

En su momento, la obra de Restrepo sirvió al propósito de legitimar lo que denominó "gloriosa transformación política" derivada de las luchas de independencia y, al mismo tiempo, fijó las pautas y estimuló un debate de largo alcance en el que participaron protagonistas de los hechos, ensayistas, políticos e historiadores. Sin salirse del canon establecido por Restrepo, las reinterpretaciones y resignificaciones del proceso militar y político de la independencia y de los primeros años de vida republicana, formuladas entre otros autores por José María Samper (1828-1888), Joaquín Posada Gutiérrez (1797-1881) o José Manuel Groot (1800-1878), dieron origen a una disputa intelectual que se desarrolló dentro del terreno historiográfico, tanto por la valoración de la herencia colonial, por el sentido de las luchas de independencia y por el desarrollo de las instituciones republicanas, como por la legitimidad y orientación del Estado y por los factores que constituyeron la nación.

Cada una de las reinterpretaciones y resignificaciones de la historia por parte de Samper, Posada y Groot se escribió en medio de un proceso político turbulento que incidió en las relecturas que concibieron sobre el tema. Los autores, vinculados por diferentes "lazos emotivos" al pasado que describían,[6] expusieron puntos de vista diferentes, influenciados por la intensa actividad

militar, política e ideológica que presentaba Nueva Granada al promediar el siglo XIX. Si bien recogen y exaltan los conflictos surgidos y desarrollados desde los años de la revolución, los leen con la lente del acontecer político de mediados del siglo XIX.

Este ensayo se propone realizar una reflexión sobre la obra pionera de Restrepo y sobre las relecturas que concibieron Samper, Posada Gutiérrez y Groot. Se trata de describir la manera como en Colombia se configuró un campo historiográfico contencioso, estimulado por la actualidad política que vivió cada uno de los historiadores mencionados. Desde esta perspectiva, se identificará la manera como interactuaron reflexión intelectual y proceso político, para resaltar la forma como este ultimo le dio "consistencia a las ideas construidas en el discurso".[7] Esto, por otro lado, permitirá demostrar que, en el caso colombiano, más que constituirse un relato historiográfico hegemónico durante el siglo XIX, lo que se pone en evidencia con las obras de aquellos autores, es el reflejo más o menos nítido de la escisión política que atravesaba a la sociedad colombiana al promediar el siglo XIX.

El texto está dividido en dos partes, que corresponden a momentos centrales de producción historiográfica en el siglo XIX: los años inmediatos al triunfo de la revolución de independencia y los de mitad de siglo. En la primera parte presento la *Historia* de José Manuel Restrepo, obra pionera y central en la historiografía decimonónica dedicada a la revolución de independencia. En la segunda parte presento respectivamente las obras de Samper, Posada Gutiérrez y Groot, que constituyen las primeras relecturas del texto de Restrepo, pero inscritas en debates políticos e ideológicos que imprimieron un sello particular a la historiografía de la época. En cada una de estas partes se hará hincapié en algunos temas que fueron objeto de reinterpretaciones y polémicas que dan cuenta del tono que, a mediados del siglo XIX, adoptaron en el plano historiográfico las luchas por la forma en que se debía organizar el Estado y la definición de los elementos constitutivos de la nación.

LA REVOLUCIÓN SE HACE HISTORIA

La recreación intelectual de la revolución de independencia en Nueva Granada comenzó casi al mismo tiempo en que se desataron los acontecimientos que paulatina y espontáneamente fueron dirigiéndose hacia la ruptura total con el gobierno del Consejo de Regencia establecido en Cádiz. La declaratoria de independencia absoluta estimuló, de manera simultánea, discusiones que se

desarrollaron por medio de periódicos, hojas sueltas y panfletos que tenían por objeto inmediato conquistar la opinión popular en favor de alguno de los bandos en que se dividieron los patriotas, enfrentados por la decisión de la separación absoluta del gobierno español y del rey, y por la definición del carácter centralista o federalista que debería adoptar el nuevo gobierno.[8]

Aunque se concibieron interpretaciones de acontecimientos aislados, las propuestas de comprensión integral del proceso revolucionario sólo se produjeron luego de la finalización de las luchas de independencia y de la consagración constitucional del republicanismo. Habían transcurrido apenas siete años desde que se desarrolló la batalla que marcó la derrota de las tropas españolas por parte de las fuerzas patriotas en Nueva Granada, cuando en París se publicó la primera obra de historia que se refería a los acontecimientos asociados al proceso de la independencia. La *Histoire de la Colombie*, escrita por Pierre Lallement (1728-1829) y editada por la Librería Alexis Eymery en 1826,[9] dedicaba los tres capítulos de la primera parte a aspectos referidos al descubrimiento y la conquista, y al régimen colonial; y los trece capítulos de la segunda parte los empleó para referirse a las "causas y preludios" de la "Revolución" en algunos de los acontecimientos que la caracterizaron, en el Congreso de Angostura y otros actos fundacionales, así como en el reconocimiento dado a la nueva República de Colombia.[10]

Al promediar mayo de 1827, cuando el país se sobreponía con dificultad a las vicisitudes de la vida republicana, la *Gaceta de Colombia*, el diario oficial de la nueva república, registró la recepción de la obra de Lallement con una referencia general a su contenido. Aunque el anónimo comentarista no desestimaba el propósito del libro y apreciaba el buen concepto que Lallement tenía de la república, anotaba que un "extranjero" que nunca había visitado el país no podía menos que "escribir una historia equivocada", llena de "errores" y de "imprecisiones".[11] Mucho más contundente con la valoración de la mencionada obra fue el propio Libertador Simón Bolívar, entonces presidente de la República de Colombia, quien la calificó como "faramalla". Según cita de Peru de la Croix, para el Libertador, la obra, en materia de estilo, era "concisa" y "correcta", pero carecía de valor como obra de historia; es decir, le faltaban "detalles", los hechos estaban "truncados" o eran "falsos", la crítica y el juicio que hacía de ellos eran "erróneos"; en fin, según Bolívar, desplegaba una "política trivial" y "rastrera".[12]

Es posible que estos comentarios hubiesen obrado como una sentencia condenatoria contra la obra de Lallement, que pasó a segundo plano, y su tardía traducción (1998) da cuenta del desinterés por ella en Colombia. No ocurrió lo mismo con una obra publicada casi simultáneamente por un patriota de origen

americano, que ocupó la atención de los colombianos y exaltó el ánimo de los protagonistas de los hechos. Después de elaborar un diario político militar de los acontecimientos ocurridos desde 1819 y de compilar documentos y realizar entrevistas con los protagonistas de los hechos, José Manuel Restrepo publicó en París, en el año de 1827, la *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional*.[13]

Restrepo era un abogado formado en Santafé, con conocimientos de geografía que le permitieron colaborar en el *Semanario de la Nueva Granada*, publicado por el sabio Francisco José de Caldas, director de la muy reconocida Expedición Botánica. Durante los años iniciales de la guerra de independencia (1810-1814) fue secretario de Juan del Corral y de Demetrio Tejada, presidentes del estado de Antioquia, y diputado por el mismo estado al Congreso de las Provincias Unidas. Durante la reconquista española (1814-1816) debió exiliarse primero en el interior del país (Popayán y Rionegro) y luego en el exterior (Kingston y Nueva York), de donde regresó a Colombia en 1819, año que marcó el final de la dominación española. Instaurada la república, ocupó el cargo de gobernador político de la provincia de Antioquia y en 1821 participó en el Congreso Constituyente que consagró la existencia de la República de Colombia, en la que se reunían Nueva Granada y Venezuela. Posteriormente fue nombrado por Simón Bolívar como secretario del Interior, época durante la cual escribió la primera edición de la *Historia*.[14]

La *Gaceta de Colombia* se aventuraba a afirmar que la obra de Restrepo sería "la verdadera historia de Colombia". Consideraba que por las "luces, rectitud y consagración al trabajo", así como por la disposición de "todos los documentos correspondientes" que servían de soporte a su obra, el secretario del Despacho del Interior publicaría una historia "exacta, verídica e imparcial", pese a que había sido "ájente en el curso (de la) gloriosa transformación política". Por su parte, Bolívar manifestaba que, a diferencia de la obra del francés, la de Restrepo sí era "una Historia"; aunque advertía que contenía "algunos errores de concepto y aun de hecho en varios de sus relatos, particularmente sobre operaciones militares y descripción de batallas y combates", afirmaba que el libro era "rico en pormenores históricos", poseía una "abundante colección de detalles", no hacía "gracia de ninguno de ellos" y los sucesos principales los refería todos "con exactitud cronológica".[15]

Entre los rasgos que se destacaban de la obra de Restrepo, y que él mismo reivindicaba en su *Historia*, estaban la "exactitud", la "veracidad" y la "imparcialidad". Como muestra de su imparcialidad y por su condición de protagonista en algunos de los acontecimientos que narraba, de funcionario

gubernamental cercano a los más destacados gestores del proceso y de estrecho colaborador de Bolívar, en la obra se refería a sí mismo en tercera persona, aunque no faltó la ocasión en que se pusiera en entredicho su "imparcialidad" en la presentación de ciertos hechos en los que trataba de justificar, aun contra las evidencias, el papel desempeñado por Bolívar.[16] Por lo demás, como su obra se publicó cuando buena parte de los protagonistas de las luchas por la independencia seguía viva y en plena actividad militar o política, hubo una exaltación de los ánimos y se suscitaron reclamos por la manera como narraba los hechos. Se hicieron solicitudes de rectificación y aclaración por parte de los protagonistas y de los deudos de los involucrados en narraciones de situaciones "poco gloriosas". En su diario, el propio Restrepo afirmaba que aunque la obra "tuvo aceptación", algunos de sus juicios "hirieron el amor propio" de muchos de los "actores" de la revolución. En Cartagena, por ejemplo, algunos personajes no quedaron conformes con la descripción de lo sucedido a principios de 1815, cuando "la causa de la libertad se puso en peligro" por la conducta de algunos generales y de personas principales de la ciudad. Para el historiador Jorge Orlando Meló, uno de los personajes heridos en su orgullo fue el patriota José Fernández Madrid, quien acudió ante Bolívar para lograr que Restrepo modificara su versión de la caída de la república en 1816. José Manuel Marroquín también comentaba que no pocas de las afirmaciones hechas por Restrepo en su *Historia* fueron "contradichas e impugnadas", ya fixera por familiares y deudos de los individuos de "quienes refiere acciones poco honrosas" o por escritores que se consideraban "mejor informados" y que pretendían "poner las cosas en su verdadero punto".[17]

La radicalización de la política partidista a finales de los años veinte reforzó la necesidad de volver la mirada a la revolución de independencia —y en consecuencia a la obra de Restrepo—, sobre todo entre quienes tomaron parte en ella como miembros del mismo ejército libertador y ahora integraban las facciones que se disputaban el poder y requerían argumentos en su favor para consolidarse políticamente. Se publicaron ensayos que tenían por objeto incidir en la opinión de manera inmediata, pero que se remontaban a los hechos de la independencia, sin salirse del marco explicativo ya trazado por Restrepo. Tal es el caso, por ejemplo, de las *Meditaciones colombianas*, ensayos publicados por Juan García del Río (1794-1856) en el transcurso del segundo semestre de 1829. Aunque se trata de reflexiones políticas motivadas por las discusiones sobre el tipo de instituciones formales que debería adoptar la Gran Colombia en el año de 1830, para sobreponerse a la inestabilidad y garantizar el orden político, contienen una interpretación de la revolución de independencia que retomaba la

obra de Restrepo y convalidaba su percepción del proceso.[18]

La muerte de Bolívar en diciembre de 1830 y el final de su proyecto político de la Gran Colombia en el año siguiente, exacerbaron las “pasiones partidistas”. Como lo ha planteado el historiador Marco Palacios, las disputas “se proyectaron hacia atrás, en las distintas lecturas que fueron haciéndose de la “Patria Boba” (1811-1816) y hacia delante, en los discursos constitucionalistas fuertemente entrelazados a las narrativas posteriores”.[19]

Puede afirmarse que la primera relectura de la historia de la revolución, motivada por estos hechos, la concibió el mismo José Manuel Restrepo. No existe un consenso acerca del momento en el cual el entonces superintendente de la Casa de la Moneda comenzó a preparar una segunda edición revisada y ampliada de su obra, pero se estima que fue después de 1832. Tal como quedó registrado en la “advertencia” de esta segunda edición, terminó de prepararla en 1848, pero fue publicada hasta 1858. Las razones declaradas que justificaban esta nueva edición, tenían que ver con los errores tipográficos que contenía la primera y con la posibilidad de dar una versión mucho más precisa y completa de los acontecimientos, sobre todo de los ocurridos en Venezuela, pues en el lapso se publicaron libros que, como el mismo autor reconoce, contribuyeron a su labor pese a la “parcialidad” o al “odio” que “respiraban” algunos de sus autores: la *Geografía general para el uso de la juventud de Venezuela* de Feliciano Montenegro, la *Historia de Venezuela desde 1797 hasta 1830* de Rafael María Baralt y Ramón Díaz, publicada en 1841, *Los recuerdos sobre la rebelión de Caracas* de José Domingo Días, publicados en 1829, y la *Historia de la Revolución hispano-americana* de Mariano Torrente, publicada en 1830.

Entre la documentación adicional que exhibe en esta segunda edición hay cuadros estadísticos sobre población, recursos naturales y demográficos; mapas (ya incluidos en la primera) y anotaciones sobre la geografía que dan cuenta de las riquezas, diversidad y situación de la patria; datos sobre guerra, gobierno, administración y finanzas públicas procedentes de archivos oficiales y de corresponsales que le franquearon documentos de sus respectivos archivos privados. Para acceder a esta información en los archivos oficiales, contó con el beneplácito y “la bondadosa protección que dieron” a su “empresa” los presidentes de Nueva Granada entre 1832 y 1849: Francisco de Paula Santander, José Ignacio Márquez, Pedro A. Herrán y Tomás C. Mosquera, así como sus respectivos secretarios. En este sentido, Restrepo no sólo reunía los documentos que ilustraban el proceso de creación de la república, sino que representaba el punto de vista institucional en tanto el cuerpo documental de su historia estaba constituido por los informes de gobierno, partes oficiales, decretos y leyes del

Estado que se instauró desde la revolución. Sin embargo, existen razones más poderosas, aunque no declaradas, que parecían justificar esta segunda edición. Una de ellas, y tal vez la más importante, es la muerte de Bolívar y la disolución de la Gran Colombia. Mientras que la primera edición sólo abordaba la historia del virreinato de Nueva Granada desde 1740 hasta 1819 y de la capitanía de Venezuela entre 1728-1819, la segunda edición incluía una tercera parte dedicada a la República de Colombia entre 1819, fecha de su creación, y 1839, cuando las repúblicas de Ecuador, Nueva Granada y Venezuela acordaron los términos de liquidación de la deuda adquirida por la entidad que las reunió como una sola república. Además de esta novedad, quienes han tenido la posibilidad de comparar las dos ediciones afirman que Restrepo se revisó a sí mismo, matizó algunas de sus observaciones, sustituyó calificativos sobre algunos protagonistas y moderó su valoración del papel de la Iglesia durante los años de la revolución.[20]

A diferencia del efecto que generó la publicación de la primera edición, esta reedición exaltó mucho menos los ánimos pero anunciaba una discusión de mayor calado intelectual. Según advierte el propio Restrepo en su *Autobiografía*, la obra al parecer "gustó generalmente", aunque agregaba con algún desencanto que recibió "pocas críticas" y ningún periódico la había analizado, ya fuera para "elogiar su mérito" o para "censurar sus defectos"; la explicación que daba para ese silencio era comprensible: "Esto acaso habrá provenido de la dificultad que hay para escribir un artículo bien razonado sobre la materia".[21] Lo que tal vez no sospechaba Restrepo es que las críticas favorables o negativas a su libro se harían de manera implícita o explícita en otras obras de carácter historiográfico que, a finales del decenio de 1850, estaban madurando en la mente de algunos de sus contemporáneos.

Los comentarios acerca de la *Historia* de Restrepo se derivan de la animosidad de la época, pero no se debe pasar por alto el exaltado interés por la publicación de una historia sobre los hechos de la independencia escrita por un patriota, la discusión sobre la validez y la objetividad de una obra cuyo autor era, a su vez, protagonista de algunos de los hechos que narraba, y la valoración de la obra a partir de criterios historiográficos propios de la época, como la verdad y la imparcialidad. Pero, ¿qué motivo justificaba que se concibiera en Colombia una obra de carácter histórico sobre un pasado tan inmediato que se confundía todavía con la actualidad?, ¿cuál fue el aporte de la obra de Restrepo a la comprensión de un proceso militar y político que, en cierta medida, estaba todavía en marcha?, ¿qué características tiene la obra de Restrepo, que mereció una aprobación inicial del "héroe" de la gesta patriótica y de parte del

establecimiento oficial colombiano, al punto de constituirse en *la* historia de la revolución?, ¿qué tan duradero fue ese reconocimiento?, ¿cómo incidió en el debate intelectual e historiográfico?

EL "CUADRO" DE LA REVOLUCIÓN

Desde la perspectiva de Simón Bolívar, era apenas natural que se concibiera de manera tan rápida una obra sobre un proceso político y militar todavía en marcha, que dedicaba especial atención al héroe de la gesta. Para el Libertador resultaba válida aquella afirmación según la cual "la posteridad para con los grandes hombres" empezaba mucho tiempo antes de su muerte, razón por la que su historia podía escribirse durante su vida.[22] Aunque Restrepo dedicaba la obra al Libertador, es probable que vislumbrara el real alcance que tenía, pues era consciente de que el Estado emergente de la revolución requería algo más que un triunfo militar para obtener el reconocimiento y la legitimidad, no sólo entre sus ciudadanos, sino también en el concierto de países que contaban con tal reconocimiento. En su opinión, se justificaba la escritura de una historia de la revolución, considerando, por un lado, la ausencia en el continente de una "historia general" de tales acontecimientos, escrita por "testigos imparciales"; por otro lado, el interés de todos los hombres y en particular de aquellos que consideraba "filósofos observadores" en unos sucesos "exóticos" e inéditos emprendidos por los "ilustres guerreros" y por los "políticos" que fundaron la República; finalmente, porque dicho proceso contenía "lecciones muy útiles a la posteridad". Se trataba, según sus palabras, del ascenso de hombres que sin experiencia en la guerra y en los asuntos de gobierno ocuparon desde entonces un "lugar distinguido entre los capitanes y los políticos más celebres"; la transformación de pueblos capaces desde entonces de darse leyes e instituciones que les permitieran asegurar la libertad y el surgimiento "de repente" de "nuevos Estados" que comenzaron a brillar entre las "potencias" conocidas.[23] Según lo ha explicado el historiador Germán Colmenares, el tema central de la *Historia* de Restrepo es la formación del Estado, desarrollado a partir de tensiones internas superpuestas que cumplen una función narrativa. La "tensión" que estructura la obra es la existente "entre el imperio de la ley, el afianzamiento de instituciones permanentes, y las pasiones individuales y colectivas", que conspiraban contra el propósito de "mantener incólume, mediante un cuerpo permanente de leyes, la integridad de una nación".[24] Restrepo, en efecto, expone detalladamente el arduo proceso por medio del cual se constituyó la soberanía de la nueva república: un

proceso militar, político, normativo y administrativo, que tuvo como punto culminante el reconocimiento dado por otros estados a la nueva república, pero que debió superar enormes obstáculos impuestos por el “egoísmo”, las “rivalidades”, el “espíritu del vértigo”...

Para historiar el proceso, el secretario del Despacho del Interior de la República concibió entonces lo que denominó “un cuadro” de la revolución. El “cuadro”, en su segunda edición, está compuesto por tres partes: la primera que corresponde al virreinato de Nueva Granada (1740-1819), la segunda a la capitanía de Venezuela (1728-1819) y la tercera dedicada a Colombia (1819-1831), es decir, a la entidad que reunió como una sola república aquellas unidades administrativas coloniales. Cada parte está subdividida en capítulos que, a su vez, están organizados cronológicamente por años, aunque hay que advertir que no hay una exposición consecutiva ni se les destina el mismo espacio a los hechos que se describen, pues no todos eran “dignos de historiar”. Así por ejemplo, el primer capítulo de la obra, que parte de la creación del virreinato de la Nueva Granada, aborda las causas de la independencia; se inicia en los años de 1741 y 1742 con las hostilidades de la armada británica contra las colonias españolas; sigue con el año de 1765, en el que los indios de Quito hicieron “movimientos revoltosos”; se ocupa del año de 1767 en el que fueron expulsados los jesuitas del Nuevo Reino de Granada; agrupa los años de 1770 a 1776 para mencionar algunas reformas de Carlos III; pasa al año de 1781 para registrar con mayor detalle los “alborotos” de la Villa del Socorro, mejor conocidos como el “movimiento de los comuneros”; y así continúa de manera intermitente hasta llegar a 1809. Desde este año, cuando la obra se refiere al proceso de independencia, hay una organización cronológica consecutiva que se mantiene hasta los apartados finales del último capítulo, que aborda la disolución de la Gran Colombia.[25]

Para crear la impresión de un proceso unitario e integrado, Restrepo apeló a usos y técnicas de la narración literaria que le permitían dar cuenta de acontecimientos militares y políticos que se desarrollaban de manera simultánea en diferentes lugares de Perú, Nueva Granada y Venezuela. Conformaba y condensaba series de hechos, organizados cronológicamente, que relacionaba con otras series mediante giros del tipo: “entre tanto”, “mientras esto ocurría”, “al mismo tiempo”. Los vacíos o los saltos temporales los justificaba informando que en esos días se “ofrecían muy pocos sucesos dignos de historiar”. Esta estrategia narrativa le permitió organizar, unificar y hacer inteligible un cúmulo de hechos que no siempre estaban relacionados, y exponerlos dentro de una estructura que fijaba periodizaciones, relaciones de “causas”, cadenas de acontecimientos relevantes y perfiles de “protagonistas” de primer orden, todo

ello con el propósito de exaltar un proceso militar y político que condujo a la instauración de la República de Colombia.

La secuencia lógica con la que Restrepo organizó su *Historia* entraña una interpretación de la revolución como un proceso inevitable hacia la independencia. Más que la contingencia, Restrepo advierte una "necesidad" en los hechos que explican el desenlace lógico para una serie de circunstancias específicas. En su versión, la revolución fue motivada por unas causas, asociadas todas ellas al gobierno que se ejercía desde la metrópoli, que constituyen el repertorio a partir del cual se va cristalizando la "leyenda negra" acerca del pasado colonial en Nueva Granada. Para el autor, los neogranadinos, los venezolanos y los "americanos del Sur" estaban "impelidos" hacia la independencia, por lo que consideraba "causas y motivos harto poderosos":

> La exclusión, no por ley, sino por la práctica del gobierno español, de los principales empleos civiles, militares y eclesiásticos; el orgullo y altanería de los españoles europeos empleados en las colonias, en los diferentes ramos de la administración, que despreciaban altamente a los criollos blancos, a pesar de que eran sus hijos y descendientes, lo mismo que a las castas; las prohibiciones de la Inquisición, sus visitas domiciliarias y sus procesos contra los hombres ilustrados y pensadores; la prohibición de enseñar en los colegios y universidades la buena filosofía, las matemáticas y algunos ramos de las ciencias políticas y morales. Reemplazadas por el despreciable e inútil fárrago de la peripatética; el sistema restrictivo de la España, que no permitía trabajar minas de hierro ni establecer manufacturas que perjudicaran a las de la metrópoli; el monopolio y comercio exclusivo que la madre patria pretendía ejercer sobre todo el continente americano, que en las guerras europeas era sacrificado al primer cañonazo que tiraba la Gran Bretaña; el ejemplo halagüeño y seductor de los Estados Unidos de Norte América que bajo instituciones sabias y benéficas había prosperado rápidamente y aumentado sus habitantes con una asombrosa progresión: he aquí las principales causas que impelían a los Granadinos y Venezolanos hacia una Revolución que los hiciera independientes de la España, nación que despreciaban los criollos más de lo que ella merecía, según a ha observado un viajero célebre.[26]

La revolución de independencia es entendida como un parteaguas para estos países: con la instalación de una Junta Suprema de Gobierno en Quito en agosto de 1809, así como con los hechos del segundo semestre de 1810 en Santa Fé de Bogotá, que propiciaron la conformación de una Junta Suprema qué desconoció como autoridad al Consejo de Regencia de Cádiz y las Cortes de la Isla de León, Restrepo establece un antes y un después en el proceso político de las colonias americanas. Las alusiones a un "orden antiguo" y "sistema antiguo" para referirse a la época del gobierno colonial, así como las referencias a un "nuevo orden", a un "nuevo sistema de gobierno" para aludir al "nuevo tiempo" político proclamado, son categorías de discontinuidad que expresan el significado que para Restrepo tuvo la Independencia. Así pues, la cronología, la causalidad y la organización sistemática de los hechos militares y políticos concebidas en la obra de Restrepo, describen, legitiman y dan un sentido a la acción de los

patriotas asociada a la búsqueda de la “independencia”, la “libertad” y la “igualdad” de las ex colonias.[27]

Debe considerarse, empero, que para Restrepo el paso de un sistema de gobierno al otro no estuvo exento de dificultades. Conviene mencionarlas, pues las razones que expone el autor mantienen una vigencia política extraordinaria durante la primera mitad del siglo y se convierten en base para el debate posterior. El trayecto de la revolución concebido por Restrepo muestra un movimiento inicialmente errático, conducido por hombres “inexpertos en la guerra y en la política”, que sumió a estos países en un “mar de sangre”. La erosión del antiguo orden estuvo marcada en su opinión por factores que dificultaron el aseguramiento inicial de la independencia: por un lado, los “gérmenes activos de división y anarquía” que adoptaron la forma de la federación; por otro lado, el “genio del mal”, el “espíritu del vértigo” encarnado en los “demagogos” con afanes de reconocimiento; por último, la “plebe” que se “insolentó”, la “hez del pueblo”, la “ignorancia de los pueblos”, en fin, el “pueblo soberano” que convirtió en más de una ocasión la revolución en revuelta y, por tanto, en “desorden”, “anarquía” y “caos”.

Para José Manuel Restrepo, uno de los desafíos que enfrentó “la revolución” fue el legado del gobierno español que, por la época de la insubordinación política, se manifestaba de diversa maneras. Por ejemplo, con la declaración de independencia emergieron provincias que fueron creadas “al arbitrio” por el gobierno español, que reclamaron “soberanía” sin contar con recursos, población y capacidad suficientes para constituir una autoridad fuerte que liderara la guerra contra la Corona. Para Restrepo —que en su momento fue delegado de una de esas provincias—, las juntas independientes y soberanas que se conformaron “aún en ciudades y parroquias miserables”, introdujeron la “división”, la “rivalidad” y la “rebeldía” entre las ciudades, así como “odios duraderos” entre las provincias. Por ejemplo, a diferencia de Cundinamarca o Antioquia, que contaban por lo menos con lo que Restrepo consideraba atributos básicos para alcanzar el “rango” de estados, también surgieron autoridades provinciales en Mariquita, Neiva, Casanare, Panamá o Chocó que reclamaron soberanía pero que no tenían cómo “establecer un gobierno independiente y completo en los diferentes ramos de la administración pública por falta de hombres instruidos y de rentas”. En estas circunstancias, Nueva Granada “no tenía pues la fuerza física y moral, ni podía orientar los recursos que tenía en su seno” hacia la guerra para consolidar la revolución.[28]

Para Restrepo, cuando este provincialismo adoptó las “ideas foráneas” del “federalismo” y las consagró constitucionalmente, se limitaron las posibilidades

para constituir un Estado fuerte que realizara la guerra y conquistara la independencia. La razón principal es que en Nueva Granada no existían las circunstancias propicias o ideales para el funcionamiento ideal del sistema federal, es decir, no había estados "políticamente iguales", "verdaderamente independientes" y que tuvieran los recursos para financiar la administración pública y sostener la guerra. Uno de los casos particulares que mencionaba era el de Cartagena, que para concebir su proyecto constitucional se inspiró en los principios de Montesquieu y de Destutt de Tracy, diseñados para estados poderosos, capaces de sostener "mucho aparato y lujo de funcionarios", para gobernar a ciudadanos virtuosos, y no para "una provincia pobre, habitada por hombres que tenían los vicios que inspiran la esclavitud, la ignorancia, el fanatismo y sobre todo la diferencia de castas".[29] Tan importante como este factor resultaba la debilidad de la Presidencia, una institución nueva limitada por la existencia de provincias fuertes y por una Constitución federal que no resultaba viable en un entorno de guerra a muerte. Por esta razón, para Restrepo en Nueva Granada no se pudo "establecer el centralismo en guerra, en hacienda y en otros ramos más importantes". Aunque se había establecido un "gobierno general" que estuvo representado tanto por un presidente como por un triunvirato, lo cierto es que el poder ejecutivo era débil y carecía de los instrumentos para crear un ejército, para establecer una tesorería y exigir la obediencia de los pueblos. Por esto, los fracasos iniciales para consolidar la independencia no se debían tanto al hombre que se hallaba al frente de la administración como a los "obstáculos insuperables" que ponían las provincias y a las "trabas que oponía la Constitución federativa a la marcha sencilla y vigorosa del gobierno".[30]

Otro factor que condicionó la revolución y que fue motivo de debate posterior era la situación de atraso de la población después de siglos de dominación colonial. Para Restrepo, la "masa general" de granadinos y venezolanos estaba sumida en la "más profunda ignorancia" y en el "abatimiento": el indio reducido era "abyecto, ignorante en sumo grado, estúpido y esclavo de los curas y corregidores"; el esclavo tenía la "ignorancia y los vicios que trae consigo la esclavitud"; el mulato, por el contrario, estaba dotado de viveza y de habilidades que lo hacían apto para muchos destinos; en fin rasgos todos que explicaban o justificaban el poco entusiasmo del "pueblo" por la causa de la revolución en sus primeros años. Si bien para Restrepo las élites ilustradas y moderadas fueron las gestoras de la revolución, la causa de la independencia nunca habría triunfado sin el "concurso" del pueblo, sobre todo después de 1816, cuando la reconquista violenta de los españoles inclinó definitivamente al pueblo en favor de la causa

patriota. Son frecuentes los pasajes en los que narra las oportunidades en las que el “pueblo”, con la orientación de los generales, peleó y combatió “con gloria” por la “bella causa de la independencia, la libertad y la igualdad de su querida patria”. Al tiempo que valora positivamente las acciones de los llaneros, que resultaron cruciales en su momento para ganar las batallas con las que triunfó la revolución, también narra y parece justificar las ocasiones en las que poblaciones no acostumbradas a la milicia, al hambre y la escasez, a los saqueos de las tropas vencedoras y en general a las inclemencias de la guerra, desertaban de las filas y huían a los montes. En cualquier caso, es evidente que el funcionario devenido en historiador quería destacar que la revolución se propuso construir, no sin dificultades, un “espíritu público de los pueblos” que permitiera la identificación del “interés particular de cada ciudadano con el general del Estado”.[31]

Sin embargo, cuando describe las acciones del “pueblo”, que denotaban independencia o autonomía política, el tono paternalista de Restrepo desaparece para dar lugar a valoraciones y comentarios descalificadores. En estas circunstancias, “el pueblo” se convierte en la “plebe” cuyas acciones tornaron en más de una ocasión a la revolución en “revuelta”. En efecto, cuando se “lisonjeaba” al pueblo con ideas de libertad que “no entendía”, emergía el “pueblo soberano”, es decir, se “insolentaba” la “plebe”, se expresaba en el escenario público la “hez del pueblo”, irrumpía la “ignorancia de los pueblos” en las plazas públicas, en fin, reinaba “la anarquía”, el “caos” y el “desorden”.[32] Restrepo es mucho más severo con los líderes que, en su opinión, se aprovechaban del pueblo para lograr objetivos mezquinos y personales. Contrario al “espíritu de moderación” que caracterizaba a los “primeros revolucionarios”, que hicieron una revolución de la noche a la mañana sin derramamiento de sangre, aparecieron los “agitadores”, los “azuzadores”, los “demagogos” y “los corifeos” del movimiento popular para encender los ánimos, provocar el tumulto y lograr sus aspiraciones políticas. Con estos parámetros juzga la actuación de Nariño y de sus más estrechos colaboradores en el año de 1810, entre los que se encontraba uno de los líderes populares más connotados: José María Carbonell.[33]

Restrepo es menos considerado con los pueblos decididamente realistas que se convirtieron en verdaderos obstáculos para la independencia, o con las guerrillas tardías conformadas por “malhechores” que turbaban la tranquilidad pública. Esto es evidente en las descripciones poco favorables que realiza a lo largo del texto sobre los pueblos del sur de Nueva Granada (pastusos y patianos) que se organizaron en guerrillas realistas; o sobre las poblaciones que apoyaron tardíamente a las diezmadas fuerzas españolas (los llaneros venezolanos de

Calabozo); o sobre los que promovían “guerras de colores” o se aprovechaban de las circunstancias para lograr aspiraciones personales y “egoístas”.[34]

Éstos son, en fin, algunos de los rasgos y características centrales de la obra de Restrepo que, aún en la actualidad, es reconocida y se le sigue valorando como fuente clave para para el estudio de la revolución de independencia. Aunque la *Historia* de Restrepo se constituyó en un punto de referencia obligado para todos los que quisieron seguirlo en su oficio, también definió un campo para el debate histórico e intelectual a lo largo del siglo XIX. Las descripciones, valoraciones y razones que expuso, dieron lugar a un campo historiográfico contencioso en el que se batieron liberales radicales, conservadores pesimistas y apologistas de la Iglesia y del clero de Nueva Granada.

LAS “LUCHAS LITERARIAS”

El debate historiográfico sobre la independencia comenzó propiamente al promediar el siglo XIX. La difusión en Nueva Granada de las obras de Eugène Sue y Edgar Quinnet, así como la lectura de autores que integraban la corriente del socialismo utópico, como el conde de Saint-Simon, Charles Fourier, Pierre Joseph Proudhon, avivaron el debate político e indirectamente crearon un clima de opinión que incidió sobre la percepción existente del pasado de la república.[35] Sin embargo, las que crearon el entorno intelectual favorable a la reinterpfetación y revaloración del proceso de Independencia y la instauración del Estado republicano, fueron la “revolución” de 1848 en Francia, la “revolución liberal” de 1849 en Nueva Granada y la guerra civil que se desarrolló en el país entre 1860 y 1863. En un entorno polarizado políticamente, la relectura de la independencia se alimentaba, en algunos casos, de representaciones tomadas de la situación europea, aunque resultaran difícilmente aplicables al proceso político, a los actores sociales y políticos involucrados en él y a los hechos a que dieron lugar en Nueva Granada. Así pues, supusieron un “extrañamiento de la realidad” propia en favor de representaciones derivadas de modelos extraños, principalmente europeos.[36]

De la Revolución de 1848 se ha dicho, por ejemplo, que destruyó los esquemas explicativos de los franceses y que tuvo, adicionalmente, “un efecto catalizador en el mundo hispánico”. También se ha afirmado que en Nueva Granada tal efecto trascendió el campo político, alcanzó el intelectual y “tuvo inmediatas repercusiones políticas y sociales, sobre todo en la juventud universitaria y en la clase artesanal de la capital de la República”. Se ha

advertido además que la ruptura entre liberales y conservadores, “definitivamente anclada después de 1849”, radicalizó las interpretaciones de la independencia, al punto que se llegó a “disfrazar la comprensión de la independencia de una manera mucho más grosera que antes”. Entre estas apreciaciones quiero resaltar la afirmación de Jorge Orlando Meló, según la cual “la agudización de los conflictos políticos de mediados de siglo condujo a una creciente subordinación de la historia a las necesidades de la polémica ideológica”.[37]

JOSÉ MARÍA SAMPER: EL “HIMNO” DE LA EUFORIA LIBERAL

En la Nueva Granada, el 7 de marzo de 1849 los liberales liderados por José Hilario López retomaron electoralmente el poder político, en unos comicios que fueron seriamente cuestionados por los opositores conservadores, quienes no pudieron impedir el inicio de un periodo de reformas políticas, económicas y sociales inspiradas en el liberalismo. Se trataba de una época de exaltación social y política, de fuertes controversias partidistas e ideológicas, en las que tomaron parte artesanos de las principales ciudades del país.

En el contexto del ascenso y la toma del poder gubernamental por parte del liberalismo, José María Samper (1828-1888) concibió los *Apuntamientos para la Historia Política y Social de la Nueva Granada*, publicados en 1853.[38] Samper pertenecía a lo que él mismo denominó “segunda generación de republicanos”. Era un abogado, militante en las filas del partido liberal, en donde se destacó por su anticlericalismo y antimilitarismo, y por su discurso en favor de la libertad de prensa y de mercado. Se formó políticamente en las escuelas republicanas, en las sociedades democráticas y en los clubes políticos liberales; se nutrió intelectualmente con las influencias literarias del socialismo utópico y del romanticismo europeo, y participó en el gobierno del presidente José Hilario López como funcionario en el Ministerio de Relaciones Exteriores.[39]

En la introducción de su obra, Samper anotaba que el siglo que se prolongaba hasta 1850, en cuyo transcurso se habían cumplido “estupendas revoluciones sociales” —entre las que incluía la de 1849 en la Nueva Granada—, debía ser estudiado a profundidad con el fin de que los pueblos comprendieran su situación e identificaran las instituciones que más les convenían. A su juicio, este propósito se debería cumplir con mucho mayor esfuerzo en Nueva Granada, pues se carecía de una historia que cubriera el periodo de 1810 hasta mediados

de siglo, pues los “apuntamientos y nociones” que existían al respecto, adolecían de “inexactitudes sustanciales del todo inaceptables”. Aunque no se equiparaba con José Manuel Restrepo, a quien consideraba capaz de emprender la “empresa” de una historia de Nueva Granada, sí consideraba que su obra debía ser complementada con los sucesos que el longevo historiador no había abordado.[40]

Consecuente con sus anotaciones, Samper concibe una periodización que comprende desde la revolución de independencia hasta mediados del siglo XIX. En esta periodización subyace una idea de la historia como proceso hacia el progreso, es decir, hacia la democracia, que en su caso estaba representada por el ascenso al poder del liberalismo en 1849.[41] La obra está organizada en 55 capítulos, pero el autor destaca en ellos seis momentos que consideraba cruciales en la historia de Nueva Granada. En primer lugar 1810, año de la declaración de independencia o, en palabras del autor, época de la “epopeya”, de “conquista para la libertad, de heroísmos i combates, de abnegación, de patriotismo i de convulsión radical”. En segundo lugar 1821, año de promulgación de la Constitución que consagra la unión de Nueva Granada y de Venezuela, que el autor entiende como la época de “organización, de triunfo i de laboriosidad para crear una nación libre Í soberana donde sólo había existido un pueblo tributario i abyecto”. En tercer lugar 1828, año de agitación partidista por el enfrentamiento evidente de figuras como Bolívar, Santander, Páez y Flores, que lleva al primero a ocupar su lugar como presidente, con el fin de neutralizar las aspiraciones “divisionistas” de los segundos, y que el autor considera como la época de “fermentación popular, de traidoras ambiciones al lado de sacrificios generosos, de baldón para Colombia i de triunfos efímeros para la arbitrariedad” así como de la “ignominiosa soberanía del sable”. En cuarto lugar, el bienio 1830-1831, años en los que, ante la muerte de Bolívar, el poder es tomado transitoriamente por el general venezolano Rafael Urdaneta, quien representaba el ala militar de las facciones de la época; el autor tituló estos años como los de la “usurpación por la fuerza brutal i de restauración por la soberanía del pueblo”. En quinto lugar 1837, año en el que llega a su fin el gobierno de Francisco de Paula Santander y se inicia un periodo de gobiernos protoconservadores; según Samper, es la época que “inauguró el engaño del pueblo, el reinado de la oligarquía i el cuarto poder”. Por último 1849, época que para el autor “entraña la resurrección de la libertad, el desarrollo de la prosperidad nacional, el progreso de la civilización republicana influyendo en la marcha de todo el continente colombiano Í la fundación real de la democracia como gobierno del siglo”.

La obra de Samper no conmovió el escenario político e intelectual como lo hiciera en su momento la *Historia* de Restrepo. Aunque Samper advierte que su libro fue leído con “agrado” por la juventud y por las mujeres, reconoce que no despertó el interés de los “literatos titulados”. Sin embargo, debe notarse que lo que él mismo denominó como el “himno levantado (...) para cantar los grandes heroísmos i las grandes virtudes que constituyen la epopeya de la libertad granadina”, representa uno de los puntos de partida para la relectura de la revolución de independencia y de la vida republicana, relectura que incidirá en parte de la historiografía colombiana por lo menos hasta mediados del siglo XX. Los *Apuntamientos* fueron también, como él mismo lo denominó, el principio "serio y formal” de su carrera literaria. En efecto, en 1861, Samper publicó en París *Ensayos sobre las revoluciones políticas*,[42] una obra con una argumentación más moderada que combina la descripción histórica con la argumentación “filosófica” y “crítica”, y que resume su posición sobre el significado de la revolución y del proceso político subsiguiente. Aunque estas obras no superan a la de Restrepo y corresponden a lo que se ha denominado “interpretaciones liberales estereotipadas de América Latina”,[43] debe advertirse que contienen una resignificación de la historia, a partir de una valoración diferente de los protagonistas, de las instituciones y del proceso político a lo largo del la primera mitad del siglo XIX. ¿En qué consiste esta relectura?

En su argumentación identifica inicialmente los conflictos que durante la colonia se crearon, al punto de desencadenar la revolución. En un pasaje en el que sintetiza su versión, dice que el régimen colonial había suscitado “rivalidades locales”, “engendrado odios profundos entre las diversas razas y castas”, “concentrado la propiedad territorial en muy pocas manos”, favorecido el enriquecimiento del clero “dándole un ascendiente político irresistible”, y mantenido a la clase media y las clases populares en la ignorancia. Se preguntaba, entonces “¿Cómo evitar que se produjesen con frecuencia conflictos eclesiásticos y religiosos; que hubiese movimientos populares contra las clases antes privilegiadas; que los hombres de color no pareciesen amenazantes por algún tiempo y en muchas circunstancias turbulentas?”.[44] En este relato el conflicto, antes que considerarse como una anomalía, se exalta como factor fundamental del cambio y del progreso, así sus expresiones alcancen algún nivel de dramatismo.

Al igual que Restrepo, Samper comparte entonces la idea de que la revolución era “necesaria”, “inevitable” y “lógica”, aunque sus argumentos parecen discurrir por el terreno propio de una filosofía de la historia. Para el abogado militante en las filas del liberalismo, existía una “verdad” incuestionable: “la

revolución estaba en la lógica del tiempo y de los antecedentes, en las necesidades de la situación, en todos los espíritus y en la organización misma de las colonias". En su opinión, la revolución era "inevitable" y "forzosa"; de un contenido "más social que político"; hacía parte de la "evolución de la civilización" más que de "pueblos incomunicados y estancados". Para el autor de los *Apuntamientos y* de los *Ensayos*, la revolución de independencia también fue espontánea, súbita e imprevista, aunque hubo una oportunidad que la propició. Más que atroz, la revolución fue "fecunda", "extraña" y "original", en la medida en que se hizo simultánea y oportunamente en el sur del continente por personas que si acaso tenían comunicación entre sí. Tenía, además, un sentido natural, pues los acontecimientos se desarrollaron en correspondencia con las "situaciones precedentes" y con los "hechos posteriores". En síntesis, fue "un hecho supremo destinado a establecer y hacer efectiva la responsabilidad de la política española por sus faltas de tres siglos, y a modificar profundamente, al mismo tiempo, la situación política y social del mundo, mediante nuevos elementos de fuerza y equilibrio y la inauguración del derecho público de la libertad".[45]

Contra la narración de Restrepo, que sostenía que la revolución fue obra de unos cuantos ilustrados, Samper advierte que fue "un hecho *social", y* como tal no era imputable "al cálculo de ningún hombre o partido".[46] Aunque en el desarrollo de su argumentación reconoce el papel del "elemento filosófico" propio de los hombres inteligentes que encabezaron la revolución, exalta el componente "popular o de las multitudes" que la aceptaron instintivamente "como arrebatadas por la impulsión, el soplo y la electricidad de la idea revolucionaria". Considera que, a diferencia de los primeros, que no fueron sinceros del todo con el movimiento, el pueblo fue "candorosamente sincero" en la medida en que no tenía la "idea" y todo lo que hizo fue de acuerdo con su sentir, sus creencias y sus tradiciones.

En contraste con Restrepo, que alude directamente a personajes, Samper presenta en su obra la acción de agentes históricos, tales como los criollos, los mestizos, los militares, pero hace pocas referencias a los personajes concretos. En este sentido, hace una disección de la categoría pueblo, para traducirla en términos raciales con el fin de diferenciar su comportamiento durante la revolución. En su opinión, los criollos guiaron la revolución, mientras las castas sólo obedecían a quienes en razón de su inteligencia y su audacia lideraron el movimiento. Los indios fueron instrumentos de la reacción. Los mulatos y zambos libres integraron las filas de la revolución, mientras que los mestizos sirvieron a los dos bandos. También destaca el papel de los llaneros, quienes

fueron el “gran recurso” de la independencia. No sobra notar que menciona a las mujeres y resalta que mientras en cuestiones políticas podían equivocarse, su sensibilidad para la justicia las llevó a desempeñar un papel admirable en la revolución, apreciación que difiere de la que más tarde presentará el historiador José Manuel Groot. Aunque no negaba la asociación del “pueblo” con las turbas y las “tradiciones viciadas y viciosas” derivadas de siglos de dominación colonial, introduce una serie de matices que hacen que su versión de este actor de la revolución sea diferente de la de Restrepo. La revolución fue, pues, un hecho social, “fue una obra del pueblo”, como dice que son todas las revoluciones.[47]

La revolución se explicaba en parte considerando las “situaciones precedentes” en Nueva Granada, es decir, valorando el papel de los comuneros —encarnación del pueblo— en las revueltas de finales del siglo XVIII. Este episodio —que para Restrepo no superaba la categoría de “alboroto”—, era para Samper síntoma de las “tendencias revolucionarias” que desde entonces se advertían y que dificultaron los objetivos del gobierno colonial. En su opinión, la “tremenda insurrección” integrada por “10 000 comuneros armados a la diabla”, demostró a los gobernantes que había “gérmenes” revolucionarios que sólo fueron neutralizados en ese momento por la intervención de sacerdotes y por compromisos que luego fueron deshonrados por las autoridades”.[48] En el momento de la independencia, los pueblos revelaron en la revolución la “índole” de su raza, la naturaleza de la educación que habían recibido, el tipo de aspiraciones que tenían y la “consistencia o debilidad de sus elementos de vida, conservación y progreso”, es decir, que el pueblo de Nueva Granada había actuado según sus tradiciones de raza y civilización: “todas las cualidades heroicas, toda las aspereza y los defectos propios de la vieja raza española, se manifestaron en la lucha, haciendo juego con las cualidades y los defectos de las demás razas que habían entrado en la composición de las sociedades hispano-colombianas”.[49]

Notoriamente afectado por la Francia de 1848, insiste en que las “influencias” de la revolución americana de 1810 fueron las de la Francia de 1789, a diferencia de Restrepo que realzaba la influencia de la revolución de Estados Unidos de Norteamérica. Mientras que los “acontecimientos del norte” apeñas fueron conocidos en las colonias, pues el gobierno español impedía el ingreso de libros y periódicos que provocaran la imitación o que despertaran “el espíritu de independencia”, la “revolución francesa' produjo “un contragolpe infinitamente más poderoso”. Las razones que explican ese contragolpe se derivan de las afinidades de lengua, “raza y civilización”, es decir, que “los pueblos” eran

mucho más franceses que anglosajones. Por lo demás, para el autor de los *Ensayos* la revolución angloamericana, a la que califica como mezquina y poco heroica, fue motivada por derechos comerciales, mientras que la francesa lo fue por los derechos del hombre y la solidaridad de su causa con la de todos los pueblos oprimidos, aspecto que recalca a contrapelo de quienes aseguraban que se trataba de una revolución por la libertad. “Su aliento (entonces) pasando sobre el océano en lenguas de fuego, enardeció la sangre de los hispano-colombianos”.[50]

El abogado y ensayista Samper demuestra en sus escritos iniciales fidelidad a los principios liberales que postulaban la reforma del Estado para conducir a la sociedad hacia el progreso y la civilización. Entre tales principios estaba el de la federación, que su partido puso en práctica en Nueva Granada en el momento de la escritura de los *Ensayos*. Para Samper, la palabra federación tiene una connotación positiva: “es la síntesis de toda sociedad y toda ciencia, puesto que significa asociación de fuerzas libres, diversas pero en escalas armónicas, superpuestas desde el sedimento social del individuo hasta la gran personalidad de la nación”. Para el abogado, el “carácter y la naturaleza” de Hispanoamérica era “confederada”, es decir, existía el carácter de separación y unión simultánea en la geografía, en los recursos y en la sociedad, “pero enlazado por una ley general en armonía y reciprocidad”. Por esta razón, para Samper era apenas natural que la “idea federalista” se manifestara “más o menos temprano” y “con mayor o menor energía”, y que se presentara como una “solución que espíritus muy notables consideraron necesaria y que a los pueblos, fuese por vanidad o por instinto de sus necesidades, les pareció la más natural”. Ahora bien, compartía el diagnóstico formulado por Restrepo sobre su aplicación improcedente en la Nueva Granada, en momentos en que se requería mayor unidad para derrotar al enemigo español. Desde esta perspectiva, para Samper la idea federalista tuvo una “gran desgracia”: fue “preconizada en algunos Estados por los hombres que menos podían comprenderla, representarla y glorificarla”.[51]

Por último, para Samper la situación social y política que desencadenó la revolución fue completamente positiva para la nación. En su opinión, la revolución tuvo que “crear un pueblo” donde había turbas ignorantes, entumecidas y aisladas; tuvo que disciplinarlo para que no se deslumbrara ni se aturdiera con la luz del sol de la libertad. Si bien no le atribuye autonomía, sí considera que después de la independencia fue un sujeto político protagonista en la lucha por la democracia. Difería, entonces, de esa idea según la cual “el pueblo” había sido objeto de manipulaciones, y afirmaba que todo lo que había hecho en la dirección hacia el “progreso”, había sido oportuno; aunque tampoco

dejaba de señalar que la revolución también “se extravío por en medio de abismos”, pues hubo fuertes luchas porque algunos jefes del movimiento “no comprendieron que la revolución implicaba la república democrática, es decir, un cambio profundamente radical en la condición social y política”. Así entonces, para Samper, cada pronunciamiento, cada guerra civil no era más que “un nuevo combate armado entre la *Colonia*, que resiste y quiere vivir, como la hiedra en los escombros, y la democracia, que avanza, cobra bríos y espera sin cesar”. Y sentenciaba que estas luchas sólo acabarían el día que la colonia fuera arrancada de raíz. “Entre tanto, cada lucha, por funesta que sea transitoriamente, será en definitiva una ventaja para los intereses permanentes, cuya base no puede ser otra que el DERECHO en su más completo desarrollo”.[52]

Joaquín Posada Gutiérrez: las memorias de la “decadencia” de la república[53]

El panorama historiográfico neogranadino se nutrió de nuevo con otra coyuntura política que, como se apreciará, también incidió en la resignificación del pasado colonial, de la independencia y del proceso político republicano. Luego del gobierno liberal de José Hilario López, entre 1851 y 1855 se dividieron los integrantes del partido liberal, y se produjeron un pronunciamiento armado de los conservadores y un golpe militar que desestabilizaron la política granadina y, en cierto sentido, propiciaron el regreso del partido conservador a la presidencia de la república, en cabeza de Mariano Ospina Rodríguez. Sin embargo, el presidente Ospina no pudo finalizar su mandato; entre 1860 y1863 el país vivió una nueva guerra promovida por el liberal Tomás Cipriano de Mosquera, cuyo resultado final permitió al liberalismo la toma del poder del Estado por la vía de las armas y la puesta en marcha de una serie de reformas que dieron lugar al periodo denominado el *Olimpo radical*. Conforme el esquema político administrativo del federalismo, se debilitó el Estado central, se adoptaron medidas contra la Iglesia, y se fortaleció la autonomía de los estados confederados. Influenciados por estos sucesos, Joaquín Posada Gutiérrez y José Manuel Groot escribieron sendas obras de historia que aportan respectivamente una versión pesimista y conservadora de la independencia y del proceso político subsiguiente.

Joaquín Posada Gutiérrez (1797-1881) había nacido en Cartagena de Indias y se educó en Europa durante la época del imperio napoleónico. Tuvo una activa participación en las guerras de independencia al lado de Bolívar y en las

facciones moderadas que fueron dando forma al partido conservador durante la inestable vida política republicana de la primera mitad del siglo XIX. Sus últimas acciones como militar las realizó en el gobierno conservador de Ospina Rodríguez. Con “las impresiones” que lo “afectaban” en 1863, es decir, luego del triunfo de la “revolución”, de la “desaparición” del “principio de legalidad” y de la imposición de “la fuerza como base de acción” política, comenzó a escribir con “ánimo patriótico”, el que consideraba un testimonio verídico de lo que vio y de lo que supo durante su vida, con el fin de que se escribiera una historia “imparcial” de la Gran Colombia y de Nueva Granada. El resultado fue *Memorias histérico-políticas. Ultimos días de la Gran Colombia y del Libertador*,[54] publicadas en su primer tomo en diciembre de 1865 y el segundo en 1881.

Desde una perspectiva lamartiniana, el longevo general cartagenero asociaba el papel de la historia al que desarrollaba un juez “que ve, que escucha y que pronuncia”; en este sentido reclamaba para la historia una “conciencia”, porque ella sería más tarde la del género humano. En consonancia con esta apreciación de la historia, advertía que su labor se reducía a suministrar con ánimo “patriótico” una memoria de los hechos que había protagonizado para que se escribiera una historia imparcialmente; pretendía también ofrecer “escritos verídicos que le sirvan de derrotero, para que pueda encontrar el rumbo por entre los escollos de la mentira”. Todo esto suponía poner en evidencia los responsables de los hechos que habían puesto a Nueva Granada en el camino del “desastre” y de la “ruina”.[55]

Tal como ocurría con la obra de Restrepo, los argumentos de Posada Gutiérrez se apoyan en juicios morales, a partir de los cuales va concibiendo lo que se ha denominado “una visión judicial del proceso histórico”.[56] No sólo daba su propia versión de los hechos y explicaba y justificaba sus propias acciones, sino que también establecía responsabilidades sobre el destino que había tomado la república y sobre los responsables de los males que la afectaban. Esto se aprecia, de alguna manera, en ese contraste permanente, por un lado, entre los hechos “tal como sucedieron” y la manera como deberían haber ocurrido según lo exigían las necesidades de la nueva república, y por el otro, con la historia de la América anglosajona; desde esta perspectiva, los déficits y carencias de las repúblicas del sur del continente resultaban evidentes.

Las *Memorias* de Posada Gutiérrez comprenden un lapso similar al de Samper, pero para demostrar no un proceso hacia la democracia sino lo contrario: la decadencia de la república. La obra se refiere a los primeros decenios de vida republicana en la Gran Colombia, aunque indirectamente

también presentan una valoración del pasado colonial y de la experiencia de las luchas de independencia. El primer tomo de las *Memorias* se refiere a hechos políticos ocurridos en el decenio de 1820, entre el Congreso Constituyente de Cúcuta que dio origen en 1821 ala Gran Colombia, hasta la muerte de Bolívar y la desagregación en las repúblicas de Ecuador, Nueva Granada y Venezuela en 1831. El segundo tomo comprende los hechos que van de 1830 a 1853. A diferencia de Restrepo, que escribe de la revolución como la gesta patriótica en busca de la independencia, la libertad y la igualdad, y de Samper que la concibe como la marcha paulatina hacia la democracia de Nueva Granada, Posada se propone describir "el origen y desarrollo de los partidos" desde el año de 1826 hasta 1853, para explicar las razones que condujeron a sucesos nefastos, es decir, a la disolución de la Gran Colombia en 1830 y a la toma del gobierno por la vía armada por parte del partido liberal.[57]

La mirada sobre la revolución que concibe Joaquín Posada Gutiérrez es entonces la del testigo de la gesta heroica que es protagonista, a su vez, de las luchas entre las facciones partidistas y de su efecto sobre la estabilidad de la Nueva Granada. Consecuente con la periodización de su obra, Posada Gutiérrez diferencia la revolución de la independencia de las que él mismo denominó "olimpiadas revolucionarias", que fueron las que emprendieron los "facciosos" luego de instaurada la república. La primera fue una "guerra heroica" constituida por "batallas gloriosas", cuyos protagonistas fueron "guerreros de eterna y honrosa recordación" que dieron "renombre a su patria con hazañas inmortales". El resultado de estas guerras fue la "aparición" de "Colombia, hija de la victoria" que entraba "con honor en la sociedad de las naciones independientes" y que presagiaba "una larga vida de paz y de dicha".[58] Las "olimpiadas revolucionarias", por su parte, correspondían a esos movimientos de carácter subversivo, a esas rebeliones y tumultos adelantados por "facciones militares", que vinieron a defraudar "esperanzas halagüeñas" y a "hacer infructuosos tantos sacrificios", dejando a la patria "nadando en lagos de sangre". En tales tumultos, las administraciones de las nuevas repúblicas quedaban expuestas a los cambios de empleados y a la ruina de los "inventarios" y las precarias arcas públicas. En la sociedad se instalaban el robo, el pillaje, las expoliaciones y las iniquidades como práctica política habitual. En ellas, en consecuencia, predominaba la "putrefacción moral", de tal manera que todos aquellos actos se incrementaban en cada revolución, a tal punto que "se han excedido en (ellos) los mismos hombres que antes los condenaron en sus adversarios".[59]

Posada hace particular mención de las guerras que tuvieron como punto de partida las acciones apoyadas por el general Francisco de Paula Santander, pues

destruyeron “la moralidad del ejército”; las emprendidas por el general Páez en Venezuela (Valencia y Caracas) en abril de 1826, ya que desencadenaron esa “fatalidad que pesa como mano de hierro” sobre las repúblicas hispanoamericanas; y las emprendidas por el general ecuatoriano Juan José Flores al sur del país. Dice, por ejemplo, que si estas últimas no hubieran ocurrido, “Colombia, la verdadera, probablemente existiría libre, respetable y respetada, el Libertador no se habría extraviado, y los escándalos subsiguientes no habrían quizás aparecido”. En su opinión, fueron estas guerras en conjunto lo que provocó la “disolución” de la república y la pérdida de un futuro prometedor a cambio de “la bancarrota oprobiosa y sin remedio”, de “la postración física y moral”, la “ruina” y la “destrucción”.[60]

Posada Gutiérrez retoma las ideas centrales y el argumento de Restrepo sobre el federalismo, pero lo desarrolla con el tono dramático que le imponía una periodización que llegaba hasta la época (1853) en la que de nuevo se adoptaba constitucionalmente este principio de gobierno de la república. El planteamiento general de Posada Gutiérrez consiste en demostrar que el hecho de que las ideas federales produjeran beneficios en la América anglosajona, llevó a creer a algunos patriotas que tales ideas eran una especie de “divinidad” que obraba “milagros” en cualquier lugar de Hispanoamérica donde se aplicaran. En consecuencia, los patriotas de toda América “doblaron la rodilla ante el ídolo monstruoso y le eligieron estatuas en todas partes”. Para el autor éste fue un “error fatal, origen de los espantosos desastres” que vivieron las repúblicas de Hispanoamérica: “¡Calamidad funesta que ha hecho de tan hermosos países vastos cementerios, osarios profundos, y de sus ciudades catacumbas, y de sus campos desiertos y de sus apacibles habitantes, tigres feroces”.[61]

En Colombia y en Nueva Granada en particular, las ideas federalistas propiciaron la “patria boba”, causaron la desintegración de la república que soñó Bolívar y condujeron al país hacia la “ruina” a mediados del siglo. En efecto, Posada Gutiérrez consideraba que la federación, más que las armas realistas, propició la reconquista de la Nueva Granada por las fuerzas españolas entre 1814 y 1816. Asimismo, detrás de la rebelión contra el gobierno de Santa Fé de Bogotá iniciada por el general Paez en Venezuela en 1826, y de las actitudes divisionistas de Francisco de Paula Santander en Nueva Granada y del general Florez en Ecuador, subyacía el “espíritu de la federación”. El mismo “espíritu” que emergió en Perú en 1829, cuando el general Lamar se rebeló contra Bolívar y alimentó las pasiones de las gentes que habitaban el Alto Perú contra el gobierno central. El clamor por la federación provocó, en fin, la división en la república y el final del proyecto que Bolívar había concebido para los países que

había liberado.

Adicionalmente, para Posada Gutiérrez, la federación fue uno de los orígenes de las “facciones” que forjaron identidades y lealtades políticas mucho más fuertes que el espíritu de unión entre los pueblos que constituían la Gran Colombia y posteriormente Nueva Granada. La idea federal hizo mucho más fuertes las rivalidades entre las facciones partidistas, introdujo “la rivalidad sorda” entre granadinos, peruanos y venezolanos y agregó un “combustible más al incendio que se preparaba” en Nueva Granada. Mientras que para muchos de sus contemporáneos, en la federación estaba la solución a los problemas políticos derivados de una independencia inesperada, para otros, como Posada Gutiérrez, en ella residió la ruina del sueño de libertad de Bolívar y, aún peor, de cada nuevo Estado que nacía conforme tal principio: federación era pues la palabra “ominosa (...) que el infierno inventó para la ruina de Hispano-América”.[62] Posada mantiene una impresión más o menos parecida a la de Restrepo sobre el pueblo, en la que prima una percepción paternalista. Esto no es obstáculo para que valoren negativamente las acciones que por su cuenta emprendían los sectores populares después de iniciada la revolución. Lo que frecuentemente califican como “populacho” o “plebe”, es una masa, más o menos inerte, que se movía al ritmo de los agitadores políticos. Tanto más que “el pueblo”, en su obra resultan destacables los que denominó “parlantes del civismo”, figura que evoca a los “demagogos” y “agitadores” de Restrepo, a los que el militar cartagenero asignaba gran responsabilidad por el declive de la república. Posada fue un crítico severo de sus contemporáneos, sobre todo de los que “abrazaron” las ideas del liberalismo, así como de las nuevas generaciones asociadas al socialismo utópico. De manera implícita, vinculaba a los “parlantes del civismo” con los jóvenes que veían “como plausible y muy *liberal*, el desacato a cuanto hay de respetable, y a los mayores en edad, dignidad y gobierno”; los que producían la “algazara incivil” que, como novedad, se acostumbraba en el Senado; los que expresaban “el desarrollo que ha tenido el elemento democrático”; en fin, los que promovían la “anarquía reinante en las ideas, que traía por consecuencia las polémicas de muladar y las disputas acaloradas de taberna, que las más de las veces terminaban en pujilato”. De estos parlantes del civismo decía que la patria no les debía “el menor sacrificio” en la independencia y que ostentaban el “patriotismo con palabrería”, a diferencia de “los que combatimos (a los españoles), siguiendo los pasos del Grande Hombre”, que no necesitaban tales ostentaciones. En una crítica explícita a la “religión de la humanidad” y a las experiencias sociales como los falansterios, consideraba que ninguna de ellas superaba la obra civilizadora de la religión cristiana, particularmente el papel de los jesuitas. Por ejemplo, en un pasaje de

su obra dedicado a exaltar la labor civilizadora de esta comunidad, se preguntaba: “¿Qué religión, qué nación, ha hecho jamás cosa que siquiera se parezca a esto? ¿Los ideales *Falansterios* del ultrasocialismo, pueden comparársele?”.[63]

Como parece lógico en alguien que se formó en Europa, Posada recibió la influencia de las ideas procedentes de la literatura política de la época que, de alguna manera, reflexionaban sobre el mundo nuevo que surgió de las revoluciones americana, francesa e hispanoamericana. En su obra se notan ideas de algunos de los pensadores de moda: cita, por ejemplo, a historiadores contemporáneos suyos como José Manuel Restrepo, Rafael María Baral y Ramón Díaz, y César Cantú. También cita extensamente, para rectificar o reconfirmar algunos sucesos, a contemporáneos suyos que escribieron memorias y ensayos políticos, como José María Obando, Tomás Cipriano de Mosquera, Juan García del Río, entre otros. Pero también hace referencia a Chateaubriand, para justificar la función civilizadora de la Iglesia en América. Cita a Destutt de Tracy para justificar a Bolívar y para ponderar las acusaciones de absolutismo que se le hacían, así como para establecer la relación existente entre el mejor gobierno, la libertad y la felicidad del pueblo. Cita a Washington, al que consideraba como “modelo de los verdaderos liberales”, para justificar y defender que en la Gran Colombia se expresaran libremente ideas favorables acerca de la monarquía. Mencionando la personalidad benévola de Bolívar, quien “no podía guardar rencor veinticuatro horas contra sus mayores enemigos”, cita a Maquiavelo en ese pasaje en el que dice que el Príncipe debe hacerse querer y respetar, y que en caso de no poder lograr ambas cosas, debe preferir hacerse temer. Por lo demás, es evidente que leyó *Vida de los hombres ilustres* de Plutarco, de donde tomó ejemplos y referencias del mundo griego y romano que usa en sus memorias, sobre todo cuando alude al ideal republicano. Llama la atención que, al lado de las referencias a la revolución estadunidense y a la francesa, se presenten alusiones al mundo clásico y a la época medieval. En ciertas circunstancias, de hecho, el parangón con el mundo clásico, con Grecia y la Roma imperial parecía un instrumento adecuado para “leer” la política en esos días. Bolívar, al parecer, consideraba que la disolución de la Gran Colombia se asemejaba a la del imperio romano; sus contemporáneos relacionaban a Bolívar con César; Posada Gutiérrez hablaba de los triunviros, de Tiberio, de Nerón de Caligula y Cómodo en una clara referencia a los opositores a Bolívar.[64] Desde esta perspectiva, la revolución, que era apreciada como el origen de un futuro promisorio, fue disolviéndose lentamente en los avatares de las luchas políticas entre las diferentes facciones.

Tal vez por estas apreciaciones en las que se advierte la decepción de Posada, su obra se inscribe dentro de lo que se ha llamado el "pesimismo conservador de mediados de siglo". Las *Memorias* son, como lo dice Jorge Orlando Meló, el testimonio de una persona "que había vivido las grandes esperanzas de la época de la independencia, rodeado entre 1820 y 1830 por personajes históricos de primera magnitud, verdaderos héroes que no pudieron sin embargo consolidar una república ordenada y sólida". Posteriormente, le correspondió presenciar y testimoniar "la constante decadencia" de la Nueva Granada, gobernada por "políticos y militares de segunda categoría".[65]

Así pues, Posada caracterizaba el desencanto con la política, derivado de lo que había sido concretamente la experiencia republicana. La inestabilidad de las repúblicas, el faccionalismo, el caudillismo y la inmoralidad eran algunos de los rasgos que contradecían el horizonte de libertad que se dibujaba apenas fueron expulsados los españoles. Su lectura del presente y del pasado expresaba la desilusión y el desencanto de los que, inspirados en la Ilustración, creyeron en la racionalidad que domesticaría las pasiones de los hombres, en la eficacia de las leyes para controlar las ambiciones desmedidas de los caudillos y en la acción de los ciudadanos que evitaría la guerra civil. En su lugar, había sido testigo de la exacerbación de las "pasiones políticas", de la "violación de la ley en nombre de la misma ley" y de la "barbarie del pueblo", exaltado por los profesionales de las juntas electorales. Para este autor, nacido en la plena vigencia de los ideales de la Ilustración: "La lógica de la razón había sido atropellada por las argucias de las pasiones, y la patria perecía bajo los golpes que le daban los unos y los otros, cegados por las rivalidades, por el encono, por el odio y por el orgullo de triunfar humillando a su adversario".[66]

José Manuel Groot: la revaloración de la colonial y de la Iglesia

Otra obra clave dentro de la historiografía colombiana del siglo XIX que se modela en los años de la guerra de 1860-1863, es la *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada* de José Manuel Groot (1800-1878).[67] El autor, nacido en Santa Fe y educado por preceptores ilustrados, comenzó a trabajar a mediados del decenio de 1820 en la administración de Francisco de Paula Santander, como oficial escribiente en la Secretaría de Guerra de Marina y tuvo relación con las logias masónicas y con la literatura de autores ilustrados. Durante el decenio de 1830 fue reconocido por sus labores educativas, por sus pinturas y cuadros costumbristas, y empezó su acercamiento con la práctica y las ideas católicas,

que se estrechó en la misma medida en que en el entorno político se gestaban las reformas liberales. Desde finales de los años cuarenta escribió en periódicos de orientación católica, en los que criticó aquellas ideas, los postulados en que se apoyaban y sus principales difusores en Nueva Granada; asimismo, defendió los dogmas católicos y el papel de la Iglesia ahí. Empezó a adquirir notoriedad pública por sus escritos apologéticos de la Iglesia católica y por la concepción de una historia que reivindicaba el lugar de dicha institución en la "civilización" de Nueva Granada.

El juicio de Groot sobre la historiografía existente de Nueva Granada era mucho más drástico que los emitidos anteriormente por sus colegas. En la introducción a su *Historia Eclesiástica* afirmaba que la historia conocida hasta ese momento era "incompleta", "falsificada" y "falseada". Si bien no se refería explícitamente a Restrepo, en el interior de su texto controvierte numerosas afirmaciones suyas, aunque también es cierto que lo cita frecuentemente para reforzar sus argumentos. También alude a otros autores para referir las falacias que los propagandistas habían diseminado contra la Iglesia y el clero de Nueva Granada. Con este panorama, el apologista de la religión católica afirmaba que resultaba "poco honroso para un país cristiano y civilizado carecer de la historia de su Iglesia" y aceptar las calumnias que algunos escritores contemporáneos habían formulado sobre el clero, sindicándolo ante las nuevas generaciones "como enemigo de las luces y hostil a la causa de la Independencia americana".[68] Con base en estos argumentos, Groot se proponía "restablecer la verdad histórica desfigurada y aun falsificada con respecto al estado eclesiástico", al "antiguo gobierno español" y a algunas figuras como Antonio Nariño, de quien se habían publicado "falsas ideas" sobre su actuación en la época transcurrida entre 1810 y 1815.

Aunque Groot se mantuvo al margen de las autoridades políticas, sobre todo cuando eran liberales, debe advertirse que contó desde 1858 con el apoyo del presidente conservador Mariano Ospina Rodríguez, para acceder a documentos oficiales del gobierno (archivos del virreinato y de la real audiencia). Sin embargo, fue mucho más relevante e influyente el apoyo, el respaldo y la confianza de los jerarcas de la Iglesia, que le autorizaron la consulta de archivos eclesiásticos, que aportan el grueso de la documentación de la *Historia Eclesiástica*. En este sentido, debe notarse que el pintor de cuadros costumbristas fue de los primeros historiadores en consultar archivos, cuyos documentos no habían sido usados hasta ese momento.

Groot escribió entonces tres tomos, el primero fue publicado en 1869 y los dos restantes en 1870. Según el historiador Sergio Andrés Mejía Macía, la *Historia Eclesiástica* fue concebida inicialmente en un momento de "relativa

satisfacción política” derivada de una reacción conservadora que había puesto limites a las reformas liberales emprendidas entre 1849-1853, pero “terminó siendo dirigida contra” el movimiento del liberalismo radical que apoyaba a Tomás Cipriano de Mosquera. Por esta razón, para Mejía Macía, el “tono (...) frecuentemente amargo, sentencioso y agresivo cuando toca en política, admonitivo y sistemáticamente polémico (...) sólo puede explicarse como una reacción de Groot contra la contingencia política de la década de 1860”. De este modo, Groot expuso a los neogranadinos anticatólicos y heterodoxos, la sucesión de hechos desde el pasado nacional para demostrar “que la Iglesia católica neogranadina, detentora de las claves de la Revelación en virtud de la Sucesión Apostólica (tenía) también la clave de la redención de la nación”. En consecuencia, la nación, al margen de la Iglesia, como lo querían los liberales, se dirigiría a “los infiernos de la anarquía y el estancamiento”.[69]

Uno de los propósitos declarados de Groot, era la revaloración del pasado colonial. La *Historia Eclesiástica* tiene 105 capítulos, de los cuales 43 están dedicados a la época colonial y los restantes al periodo que comprende desde los hechos del “bienio crucial” en 1808, hasta la conspiración septembrina y la disolución de la Gran Colombia en 1830. A diferencia de Restrepo, de Samper y de Posada, el educador y polemista Groot se remonta a la época colonial para resaltar la obra creadora y civilizadora de la Iglesia y del gobierno español. En una narración a veces pesada, Groot incluye y cita textualmente numerosos documentos y transcribe, sin referencia, pasajes completos de obras sobre el tema, escritas por un predecesor suyo que también había estudiado la época colonial (Joaquín Acosta). Así, la narrativa histórica de Groot pone de relieve los acontecimientos en los que la Iglesia y la Corona ocuparon un lugar central y, de esa manera, construye una historia con hechos que otorgan un significado y un sentido diferentes a los asignados por aquellos autores. Para Groot, la revolución también era un proceso inevitable pero, a diferencia de sus colegas, no por la situación de “abyección” y “atraso” en que tenía España a las colonias, sino, al contrario, por la madurez que éstas habían alcanzado. Más que una crisis, lo que advierte es países con riquezas y “civilización” suficientes como para seguir permaneciendo en una condición colonial. Para él, en efecto, las “américas” habían alcanzado “un estado en el cual no podían permanecer bajo el pupilaje colonial”. Las razones eran diversas: por un lado “habían alcanzado un punto de incremento que las colocaba en el rango de las naciones, así por sus riquezas, como por su población y estado de civilización”. Por otro lado, debido a estos rasgos y a la “extensión prodigiosa”, difícilmente podían ser bien gobernados desde la distancia, pese a la actitud magnánima del que consideraba un soberano siempre dispuesto a escuchar a sus vasallos; en consecuencia, los países debieron

“sufrir mucho” a unos mandatarios que con mucha frecuencia abusaban de su poder, amparados en el lento trámite de los recursos ante la Corte. Por último, para Groot existía ya “un orgullo nacional”, una “nacionalidad por naturaleza y por civilización”. Desde esta perspectiva, “en todas las provincias se contaban hombres notables por sus luces y talentos, y el mismo hecho de la Revolución prueba que los había, porque sin esas inteligencias no la habría habido”. Este último argumento demostraba mucho más para el autor santafereño, “que las declamaciones de algunos escritores contra la ignorancia y la abyección en que dicen que nos tenían sumidos el gobierno español, son falsas, son calumniosas; porque es verdad que, de los espinos, como dice el Evangelio, no se cogen uvas”.[70]

Quienes lideraron el movimiento eran “hombres inteligentes” que, ante la incapacidad de las autoridades establecidas para controlar a la “plebe”, hicieron los mejores esfuerzos para evitar el descontrol. Sin embargo, el movimiento lentamente fue adquiriendo una dinámica tal que dividió radicalmente a los patriotas. Se pregunta Groot por qué resulta extraño que el devenir de Nueva Granada haya sido el de las guerras civiles, si “a los ochenta días de ser libres ya estábamos divididos, con aspiraciones y rivalidades”. En su opinión, desde su “cuna”, los partidos en Nueva Granada habían traído impreso un mismo carácter y habían procedido de la misma manera: “la índole natural y el distintivo carácter de nuestros demagogos han sido la hipocresía, el fraude y el odio al catolicismo”.[71]

Para Groot, la “civilización” de Nueva Granada era obra en gran parte de la labor de la Iglesia y del clero, pero tales logros habían sido desconocidos o ignorados por escritores cuyo principal objetivo consistía en desfigurar la historia. En relación con el papel de la Iglesia y del clero durante la revolución, afirmaba que, aun contra el deber ser de una Institución que no había sido atacada por el rey, el clero tomó el partido de la causa patriótica, predicó en favor del nuevo gobierno y se sometió a sus leyes. Sin embargo, Groot considera que desde esos años iniciales del proceso emancipatorio, se forjó un “espíritu apasionado” contra el “estado eclesiástico” y contra el clero “bajo pretextos hipócritas”. Para Groot, el clero de la Nueva Granada había sido “celoso por los intereses de la religión (y) también era bastante ilustrado y patriota para no sacrificar la razón y la justicia de la causa a un ciego fanatismo”. No obstante, juzgaba Groot que muchos de los hombres públicos acogieron de manera equivocada ideas de filósofos europeos, según las cuales “la irreligión era indicio de ilustración y talento”. En estas apreciaciones equivocadas debían buscarse, por ejemplo, la principal causa de la “decadencia y el retroceso de la opinión de

los pueblos en los años de 1814 a 1816”, y no como aseguraban algunos escritores, “en el fanatismo atizado por el clero”.[72]

En el campo historiográfico afirma, por ejemplo, que el historiador José Antonio de Plaza, pasaba por alto sucesos en los que la jerarquía eclesiástica y el clero bajo figuraban en favor de “la causa del pueblo”, como ocurrió en el caso del obispo de Quito en los sucesos de 1810. También alude a Restrepo para desvirtuar la idea según la cual el “fanatismo”, es decir el clero, le había hecho la guerra a la causa de la república, “presentándola al pueblo como incompatible con la religión”. En cualquier caso, aseguraba que si tales afirmaciones habían prosperado se debía a las “imprudencias” de los patriotas, que “enajenaron la opinión de muchas gentes y de eclesiásticos respetables y virtuosos que habían abrazado con entusiasmo y buena fe la causa patriótica desde el 20 de julio (de 1810)”.[73]

El tema de la federación es retomado en sus textos por José Manuel Groot con el mismo horizonte valorativo de Restrepo, para reforzar uno de sus intereses: darle dimensión a la provincia de Cundinamarca y defender las tesis de Antonio Nariño, presidente de la provincia a comienzos de la revolución, quien pretendía constituir un gobierno centralista para agrupar en su órbita las demás provincias de Nueva Granada. Al respecto, el polemista conservador llama la atención sobre que en los años iniciales de la independencia, salvo Cundinamarca, las provincias que se proclamaron a sí mismas “estados soberanos” no contaban con atributos básicos para alcanzar tal estatus: “Era cosa curiosa ver a todas las provincias pidiendo auxilios de armas, de gente y de dinero a Cundinamarca; y Cundinamarca mandándolos para todas partes, y no pidiéndolos entretanto a ninguna de ellas. ¿Qué clase de soberanías eran éstas que no podían tener seguridades sino a expensas de Cundinamarca y al mismo tiempo con celos y rivalidades con este Estado?”.[74] Claro está que no faltan las referencias a las circunstancias en las que quienes se denominaban “altezas serenísimas” le declararon a Nariño una “guerra terrible” que llenó de odio a los patriotas y evitó que la revolución triunfara prontamente.

Para Groot, “la divertida historia de la federación” empezó entonces cuando comenzaron las rivalidades entre soberanías y se prolongó durante el decenio de 1820. Mencionaba que así como los patriotas americanos se sintieron ofendidos cuando la Junta de Sevilla se tituló a sí misma Suprema de España e Indias, lo mismo ocurrió cuando la Junta de Santafé se llamó Suprema del Reino, hiriendo las susceptibilidades de las juntas de las demás provincias. Desde entonces, el “empeño de la federación en la otra patria (fue) erigir soberanías tan ridiculas como miserables, en que los pueblos eran sacrificados para que los petulantes

hicieran papel a su costa y los perdidos sacasen provecho”.[75] Las “chispas” de la federación persistieron hasta que los que las provocaron lograron su cometido. Por otro lado, para Groot el “pueblo” estaba decididamente en favor del rey y no habría participado en la revolución de no ser por los ofrecimientos populistas de algunos de sus agitadores. En su opinión, “las gentes profesaban sentimientos de fidelidad al Rey, y el nombre de éste no se habría podido suprimir al empezar la Revolución sin que ella fracasase en el acto”. Con una actitud paternalista, el pintor de cuadros costumbristas no deja de advertir el efecto que produjeron los hechos de la revolución en una población no acostumbrada a ella. Refiriéndose a una proclama que expidió en octubre de 1812 el gobierno de Cundinamarca en la que se hacían preparativos de guerra, decía que la población estaba “aterrada”, pues no sabía de lo que se trataba. Eran personas “acostumbradas a la rutina pacífica y sosegada de los tiempos anteriores en que habían nacido y se habían criado, sin saber aquello de matarse los hombres, sino cuando llegaba el caso de ajusticiar a alguno; y entonces, todos se encerraban en sus casas a rezar el día de la ejecución, y cuando el pueblo presenciaba esos actos de justicia, quedaba horrorizado por mucho tiempo”. Los santafereños no sabían de “saqueo” o “degüello” y creían imposible una situación en la que los soldados entraran a las casas, “matando gente y cometiendo excesos sobre las personas”.[76]

Más allá de este estupor de los santafereños, advierte que la revolución reveló y puso mecanismos de acción política a disposición del “pueblo”. Muestra, a su disgusto, la manera como sectores populares se aproximaron y aprendieron la política: “(...) las gentes de entonces no tenían el criterio de las de ahora, nacidas y criadas en las borrascas políticas, acostumbradas a discurrir sobre cosas públicas, hasta las mujeres del pueblo, y con conocimientos extraños entonces al común de las gentes, porque los males no se los habían hecho necesarios”.[77] Para Groot, desde los sucesos de julio en la Nueva Granada, la gente del “populacho” comenzó una actividad inusitada y desconocida en otras épocas: asistía a la calle para hacer demandas, se reunía en las plazas y en las oficinas públicas para reclamar el castigo de los antiguos gobernantes, insultaba y maltrataba a personas de una condición social superior. Como Samper, dedica reflexiones a las mujeres, pero para descalificar sus acciones, particularmente las de las “verduleras”, que “eran las más encarnizadas contra los españoles”. En fin, tal era la situación que, cuando el pueblo se llamaba a sí mismo “soberano”, “ponía en apuros” a las mismas autoridades con sus “multiplicadas exigencias y peticiones”.[78]

Ahora bien, tal como lo argumentaron Restrepo y Posada Gutiérrez, el pueblo “resultaba” ser un objeto de manipulaciones por parte de quienes en la época

asumieron su liderazgo. En efecto, el pueblo simple era “empujado” por los “azuzadores y chisperos”, que le “soplaban al oído” las voces y peticiones que debían hacer en la plaza pública. Se cuestionaba si en circunstancias en las cuales resultaba “tan fácil corromper a la plebe”, el pueblo “olvidaba” la religión o eran los azuzadores quienes “se la hacían olvidar”, pues aquéllos llegaron a cometer acciones “indignas de un pueblo medianamente civilizado”.

Groot también establece continuidades entre los “chisperos” del tiempo de la independencia y los “azuzadores” posteriores, a quienes les cabían serias responsabilidades por el devenir de la política en la Nueva Granada. Decía que los que se “apellidaban tribunos del pueblo” eran como un “croquis de los demagogos que más tarde habían de venir”, con la única diferencia de que los primeros no “repudiaban la moralidad”. Así pues, desde que los demagogos y chisperos alborotadores empezaron a tomar el nombre de “tribunos del pueblo” y “declamaban con inaudita fogosidad”, se introdujo un germen de anarquía y caos que no había sido posible combatir. Así mismo, muestra cómo se empezaron a establecer redes políticas que posteriormente tendrían incidencia en la política neogranadina: “Los principales directores de la máquina popular eran: el escribano García, llamado por antonomasia *el Patriota*; el doctor don Francisco Javier Gómez (alias*paneld)*; don José María Carbonell; el doctor Ignacio Herrera y otros. Así era que el pueblo estaba siempre a disposición de los chisperos, quienes se entendían inmediatamente con ciertos gamonales, maestros de oficio, carniceros, revendedores y pulperos, que tenían a su disposición las masas para conducirlas a gritar donde era menester”.[79]

Como empresa editorial, la *Historia Eclesiástica y Civil* fue financieramente difícil y por poco no llega a feliz término. Los principales lectores de su obra pertenecían al clero católico y a sus círculos de influencia social. Tal como lo demuestra el historiador Luis Javier Ortiz Mesa, el principal número de “suscriptores” de su obra procedía del clero de la católica Antioquia, en donde el obispo José Joaquín Isaza emprendió una labor de divulgación que no realizó ninguno de sus similares en el país. En Bogotá la obra también despertó el entusiasmo, incluso del propio gobierno liberal que compró 25 ejemplares para la Biblioteca Nacional.[80] Es probable que los sacerdotes fueran sus principales divulgadores, aunque no debe descontarse que después de 1886, cuando los conservadores retornaron al poder del gobierno central, la obra hubiera encontrado un nicho oficial para publicitaria.

CONSIDERACIONES FINALES

Con motivo de la publicación de la *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada* de José María Groot en 1869, en la *Revista de Colombia* se formulaba la siguiente sentencia historiográfica: "La historia, obra del provenir e hija del tiempo, no debe recibir el sello de la época en que se escribe, ni hacerse el eco de las pasiones que agitan a los partidos, ni encargarse de proclamar principios que no forman una serie ordenada de verdades morales eternas; los que la hacen servir para estos fines sobreviven generalmente a su efímera obra".[81] El autor de la frase, aunque emitía su opinión fundado en una pretensión corriente en la época, pasaba por alto la que parece ser justamente la denominación de origen de la historiografía colombiana del siglo XIX: su estrecha relación con la política, es decir, su cercanía con la contingencia, con la inmediatez de las luchas partidistas por el Estado y por la nación, y con las corrientes ideológicas que las alimentaban.

El recorrido sucinto por las obras de José Manuel Restrepo, José María Samper, Joaquín Posada Gutiérrez y José Manuel Groot muestra un rasgo distintivo de la historiografía colombiana que se concibió en los primeros cincuenta años de vida independiente: se enmarca dentro de lo que hoy se conoce como "historia del presente". Los historiadores se ocuparon preferencialmente de hechos inmediatos en el tiempo, inscritos todavía en la memoria fresca de la sociedad, y cuyo desenlace parecía no haber ocurrido en el momento de publicación de las obras. De ahí esa sensación de inevitable actualidad que se desprendía de los textos de historia estudiados. Se debe resaltar también que los autores fueron actores directos o indirectos de los hechos que documentaron. Se trataba en algunos casos de militares que participaron en las luchas de Independencia, que se desempeñaron como funcionarios durante la instauración del Estado republicano y posteriormente como militantes en las facciones partidistas que se enfrentaron durante buena parte de la primera mitad del siglo. Esto explica, en parte, que los historiadores mencionados no pudieran desprenderse emocionalmente cuando formularon sus reflexiones sobre el pasado colonial, sobre la revolución y sobre la república, lo que aquí se advierte, no como una anomalía sino como un rasgo característico. En unos se nota por el tono exaltado que adoptaban los relatos sobre una revolución que consideraban inacabada, en otros se siente en el carácter agónico y pesimista que emanaba de una narración evidentemente desencantada por la inestabilidad en que había derivado la república.

El tema central de estas obras es la revolución de independencia y el proceso político republicano hasta mediados del siglo XIX. Aunque la independencia es entendida como una ruptura política, debido al particular "lazo emotivo" y político que establecieron con ese pasado, las lecturas y relecturas de la historia

de Nueva Granada no conducen a una igual valoración de los hechos, de los personajes y organizaciones, así como de las instituciones que se adoptaron en el proceso. Este balance también pone en evidencia la influencia de la contingencia sobre la historiografía colombiana del siglo XIX. Restrepo, Samper, Posada Gutiérrez y Groot escribieron sus obras en medio de la turbulencia política que caracterizó al país desde que triunfó la revolución y sus gobernantes quisieron sentar las bases del Estado republicano. Aunque se ocupan de los hechos relacionados con la revolución y con la vida política subsiguiente, los leyeron influenciados por el acontecer político, principalmente de mediados del siglo XIX. Los autores de esta historiografía en su mayoría adoptaron los parámetros de operación historiográfica de la obra de Restrepo, pero acogieron claves interpretativas del momento específico en el que escribieron sus respectivas obras: un momento de notoria efervescencia política e ideológica en Nueva Granada.

En este recorrido también se advierte la existencia de un debate historiográfico en ciernes. Los autores indicados, aunque no fueron los únicos que se refirieron a la historia política de Nueva Granada, participaron por medio de sus obras en un debate de largo aliento para definir el sentido del siglo XIX en Colombia, es decir, la resignificación del pasado colonial, la comprensión de los hechos de la independencia y la definición del modelo de Estado más propicio para el país. Cada uno de los autores presentaba argumentos encontrados, documentación adicional para controvertir afirmaciones de los antagonistas, puntos de vista divergentes sobre temas sensibles, en los que subyacía una posición sobre el mejor modelo para orientar el Estado y una tesis sobre las fuentes de la nacionalidad colombiana.

Si bien la historiografía escapaba a la controversia inmediata y explícita de la hoja suelta, del artículo de periódico y del debate político alimentado por la animosidad de la época, en aquellas obras se intuye un litigio por temas que en el lapso de cincuenta años gozaban de enorme actualidad y vigencia. No es de extrañar, entonces, que uno de los temas centrales de esta historiografía sea el federalismo. Su actualidad y vigencia se deriva del hecho de que fue una bandera de las facciones y de los grupos políticos que al promediar el siglo XIX adoptaron la ideología liberal y lograron ponerla en práctica desde 1846. La historiografía hace el eco del debate político y pone interés especial al analizar este aspecto, rastreándolo desde los años iniciales de la revolución de independencia. Tampoco sorprende que el tema del “pueblo” resulte central en una historiografía dedicada a la revolución. Como parece obvio, la percepción, la descripción y la valoración que conciben los historiadores, ponen en evidencia los prejuicios y las prevenciones de una élite ilustrada ante la organización y la movilización de

grupos subordinados que desde finales del decenio de 1840 adquirieron gran protagonismo político de la mano de las facciones liberales más radicales. Estos temas, aunque no eran los únicos, fueron centrales en el litigio historiográfico que impidió, por lo menos durante el siglo XIX, concebir un relato hegemónico sobre el pasado colonial, sobre la independencia y sobre los años iniciales de la república. La historiografía colombiana debió esperar hasta principios del siglo XX para que se concibiera una obra histórica unificadora de las versiones acerca del proceso, obra que debió despojarse de los matices, singularidades y énfasis propios de las concebidas por aquellos autores.[82]

BIBLIOGRAFÍA

Abrahamson, Pierre Luc, *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Acosta, Joaquín, *Historia de la Nueva Granada.* Medellin, Bedout, 1971.

Baker, Keith Michael, *Inventing the french revolution. Essays on french political culture in eighteenth century.* Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

Certau, Michel de, *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 1993.

Colmenares, Germán, *Las convenciones contra la cultura*. Bogotá, Tercer Mundo, 1987.

——, "La Historia de la Revolución por José Manuel Restrepo: Una prisión historiográfica". En Germán Colmenares y otros, *La Independencia. Ensayos de historia social.* Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986.

Colom González, Francisco, "El fuste torcido de la hispanidad: el ideal democrático y la construcción de ciudadanías iberoamericanas". En *Estudios Políticos*, 15, Medellín, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, julio-diciembre de 1999.

Croix, L. Peru de la, *Diario de Bucaramanga* (introducción, notas y apéndice glosado por monseñor Nicolás E. Navarro). Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 1949.

Furet, François, *Pensar la Revolución Francesa.* Barcelona, Petrel, 1980.

García del Río, Juan, *Meditaciones Colombianas.* Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1945.

Groot, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada.* Bogotá, Biblioteca de Autores Colombianos, 1953, 6 v.

Guerra, François-Xavier, *Modernidad e Independencia*. *Ensayos sobre las*

revoluciones hispánicas. Tercera edición. México, Fondo de Cultura Económica/Mapfre, 2000.

Henao, Jesús María y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria.* Bogotá, Escuela Tipográfica Salesiana, 1911-1912, 2v.

Hinds, Harold Earl, *José María Samper: the tought of a nineteenth-century new granadan during his radical-liberal years,* Michigan, University Microfilms International, 1976.

Jaramillo Uribe, Jaime, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX.* Bogotá, Temis, 1964.

Lallement, Pierre, *Histoire de la Colombie.* París, Librería Alexis Eymery, 1826.

Liévano Aguirre, Indalecio, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra existencia.* Bogotá, Tercer Mundo, 1964.

Lomné, Georges, "La patria en representación. Una escena y sus públicos: Santa Fe de Bogotá, 1810-1828". En François-Xavier Guerra, Annick Lempériére *et ai Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX.* México, Fondo de Cultura Económica/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1998.

Lomné, Georges, "Una palestra de gladiadores'. Colombia de 1810 a 1828: ¿guerra de emancipación o guerra civil?". En Gonzalo Sánchez y María Emma Wills. *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro.* Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000.

Marroquín, José Manuel, "Don José Manuel Restrepo". En Enrique Ortega Ricaurte (dir.), *Historiadores de América.* Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1950.

Mejía Macía, Sergio Andrés, "Estudio histórico de la *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada* de José Manuel Groot (1800-1878)". En *Historia y Sociedad 1.* Medellin, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellin, diciembre de 2000.

Meló, Jorge Orlando, "La literatura histórica en la República". En *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas.* Medellin, Autores Antioqueños, 1996.

Obando, José María, *Apuntamientos para la historia.* Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana (s.f.).

Ocampo López, Javier, *Colombia en sus ideas*. Tomo II. Bogotá, Universidad Central, 1999.

Ortiz, Luis Javier, "José Manuel Groot. Editar, publicar y vender un libro en el siglo XIX. Su correspondencia con José Joaquín Isaza, Obispo de Antioquia". En *Estudios Sociales*, 6. Medellin, Fundación Anrioqueña para los Estudios Sociales, septiembre de 1993.

Palacios, Marco, “Un ensayo sobre el fratricidio colectivo como fuente de nacionalidad”. En Gonzalo Sánchez y María Emma Wills (comps.). *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro.* Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000.

Plaza, José Antonio de, *Memorias para la historia de la Nueva Granada desde su descubrimiento hasta el 20 de julio de 1810.* Bogotá, El Neogranadino, 1850.

Posada Carbó, Eduardo, “Historia de las ideas en Colombia desde la conquista hasta 1950”. En *El desafio de las ideas. Ensayos de historia intelectual y política en Colombia.* Medellín, Banco de la República/Eafit, 2003.

Posada Gutiérrez, Joaquín, *Memorias histérico-políticas. Ultimos días de la Gran Colombia y del Libertador.* Tomo I. Madrid, Biblioteca Ayacucho, Madrid, 1920.

Quijano Otero, José María, *Compendio de historia patria*. Segunda edición revisada y ampliada. Bogotá, Medardo Rivas, 1883.

Restrepo, José Manuel, *Historia de la Revolución de Colombia.* Medellín, Bedout, 1969.

——, *Autobiografía. Apuntamientos sobre la emigración de 1816 e índices del Diario Político*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1957.

Rodríguez, Jaime O., *La Independencia de la América española.* México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 1996.

Samper, José María, *Apuntamientos para la historia política de la Nueva Granada*. *Desde 1810 hasta la administración del 7 de marzo*. Bogotá, El Neogranadino, 1853.

——, *Historia de un alma.* Bogotá, Biblioteca Popular Colombiana, 1946.

Tovar, Hermes, “Guerras de opinión y represión en Colombia durante la Independencia (1810-1 820). En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 2. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1983.

Thibaud, Clement, “Formas de guerra y construcción de identidades políticas. La guerra de Independencia (Venezuela y Nueva Granada, 1810-1825)”. En *Análisis Políticoi* 45. Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, enero-abril de 2002.

Urdaneta, Rafael, *Memorias del General Rafael Urdaneta. General en jefe encargado del gobierno de la Gran Colombia*. Madrid, América (s.f.).

White, Hayden, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona, Paidós, 2003.

Notas al pie

[*] Este ensayo se inscribe dentro del programa de Sostenibilidad 2005-2006, del Grupo Estudios Políticos del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia (Medellín-Colombia), apoyado por el Comité para el Desarrollo de la Investigación de la misma institución. Agradezco los comentarios de los historiadores Beatriz Patiño y Gregorio Saldarriaga, que han enriquecido este texto.

[1] También se publicaron obras dedicadas a la época colonial, pero que no ofrecen una apreciación sobre los hechos de la Independencia y la formación del Estado republicano. Véase: Plaza, *Memorias para la historia de la Nueva Granada*; Quijano Otero, *Compendio de historia patria*; Acosta. *Historia de la Nueva Granada.*

[2] Según Colmenares, "Muchos se sentían herederos inmediatos de una revolución que parecía ponerlos en posesión de la historia, de sus mecanismos de cambio político y social", Colmenares. *Las convenciones contra la cultura*, pp. 19-21.

[3] Sobre la generación "iluminista" o de la "Independencia", véase Rodríguez, *La Independencia de la América española*, pp. 15-16. Para Javier Ocampo tal generación se dividía, a su vez, en la generación *precursora*, la generación *heroica y* la generación *fundadora o de los caudillos.* Ocampo López, *Colombia en sus ideas*, pp. 595-596. Sobre la influencia del pensamiento hispánico liberal, véase Colom González, *El fuste torcido de la hispanidad.*

[4] Meló, "La literatura histórica en la República".

[5] Colmenares, *La Historia de la Revolución por José Manuel Restrepo*, p. 11.

[6] Véase White, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos.*

[7] Thibaud, *Formas de guerra y construcción de identidades políticas.*

[8] Al respecto, véase Posada Carbó, "Historia de las ideas en Colombia desde la conquista hasta 1950"; Tovar, *Guerras de opinión y represión en Colombia durante la Independencia (1810-1820)*, Lomné, *La patria en representación. Una escena y sus públicos: Santa Fe de Bogotá, 1810-1828*, pp. 323-324.

[9] Lallement, *Histoire de la Colombie.* Existe una traducción al español a cargo de Diego Villegas, publicada por la Cámara de Comercio de Medellin en 1998.

[10] La Ley fundamental de la República de Colombia, expedida en Angostura

en diciembre de 1819, consagraba la unión de Venezuela y Nueva Granada. En 1832 se disolvió aquella república y emergieron las de Ecuador, Nueva Granada y Venezuela. Aquí se hará alusión a la historiografía de Colombia o de la de Nueva Granada, teniendo en cuenta la cronología y siguiendo el criterio de cada uno de los autores estudiados.

[11] Suplemento de la *Gaceta de Colombia*, 291, Bogotá, 13 de mayo de 1827, p. 6.

[12] Croix, *Diario de Bucaramanga*, p. 131.

[13] De la *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional* se han publicado cuatro ediciones: la primera de ellas en 1827, en los talleres de la Librería Americana (París); la segunda, corregida y ampliada por el propio autor, en la Imprenta de José Jacquin (Besançôn-Francia), apareció en cuatro tomos en 1858; la tercera, publicada en ocho tomos, corresponde a una colección oficial de difusión masiva denominada Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, editada en Bogotá en 1950; la última edición fue publicada en 1969, por Bedout de Medellín-Colombia. En este ensayo me apoyo en la edición publicada en 1969. También escribió y publicó *Ensayos sobre la geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en la Nueva Granada* (1809); *Diario político y militar* (publicado de manera póstuma en 1954), *Historia de la Nueva Granada* (una "continuación de la Historia de la Revolución", publicado de manera póstuma en 1963), *Memoria sobre amonedación de oro y plata en la Nueva Granada desde 1753 hasta 1859* (publicado en 1963) y ensayos científicos sobre el cultivo del café, el sistema métrico, entre otros temas.

[14] Fue secretario del Interior hasta enero de 1830. También fue presidente del Consejo de Gobierno, director de la Academia Nacional, superintendente de la Casa de la Moneda (1825, y entre 1834 y 1859 con algunas interrupciones), así como director de Crédito Público (entre 1839 y 1841). Los datos biográficos son tomados de Marroquín, "Don José Manuel Restrepo"; Restrepo. *Autobiografía*. También se utilizaron los datos de las breves presentaciones sobre el autor, en cada una de las ediciones consultadas de la obra.

[15] Véase, respectivamente, *Gaceta de Colombia*, 291, Bogotá, 13 de mayo de 1827, p. 6; Croix, *Diario de Bucaramanga*, pp. 132 y 134.

[16] Según De la Croix el propio Bolívar afirmó que Restrepo era parcial cuando abordaba algunos hechos en que se vio involucrado, como los ocurridos en Cartagena al tomar posesión de la Popa y se abrieron las hostilidades contra la tropa de Cartagena. Croix, *Diario de Bucramanga*, p. 135.

[17] Véase, respectivamente, Restrepo, *Autobiografía*, p. 36. Según la narración

de Restrepo, el general Mariano Montilla y el brigadier Castillo desobedecieron las órdenes del gobierno general y pusieron en riesgo las actividades de los patriotas. Croix, *Diario de Bucaramanga.* Las anotaciones correspondientes al día 2 de junio. Meló, *La literatura histórica en la República.* Marroquín, "Don José Manuel Restrepo", p. 15.

[18] El ensayo pretendía crear una opinión favorable a la monarquía constitucional, aunque apela a la historia reciente para sustentar sus argumentos. García del Río, *Meditaciones colombianas.* También se publicaron Urdaneta, *Memorias del General Rafael Urdaneta* y Obando, *Apuntamientos para la historia.*

[19] Palacios, *Un ensayo sobre el fratricidio colectivo como fuente de nacionalidad*, p. 426.

[20] Véase Meló, *La literatura histérica en la República*, pp. 47 y 51.

[21] Restrepo, *Autobiografía*, p. 50.

[22] Croix, *Diario de Bucaramanga*, pp. 134-135.

[23] Restrepo, *Historia de la Revolución*, p. 15.

[24] Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*, pp. 180-181.

[25] Por otro lado, mientras a los sucesos correspondientes al año de 1741 el autor les destina el espado equivalente a cinco páginas, a los sucesos correspondientes al año de 1810 les dedica el equivalente a treinta páginas aproximadamente, desequilibrio explicado por el autor debido a la ausencia de hechos "dignos" de investigar.

[26] Restrepo, *Historia de la Revolución*, volumen I, pp. 37, 44-45. El referido es Humbdolt.

[27] *Ibid*., pp. 113, 128, 195 y 261.

[28] *Ibid*., pp. 147, 150, 165, 183, 190-191, 198 *y* 294. Volumen VI, p. 420.

[29] *Ibid.*, pp. 165, 204.

[30] *Ibid.*, volumen I, p. 340; volumen II, pp. 99-100.

[31] *Ibid.*, volumen II, p. 101; volumen III, p. 305; volumen IV: p. 422; volumen V: pp. 10, 227.

[32] *Ibid.*, volumen I, pp. 136, 140, 189, 193.

[33] *Ibid*., pp. 183-186.

[34] *Ibid.*, pp. 195-197; volumen IV, pp. 407-408; pp. 419-424, volumen V, pp. 19-24; 156-160; 295.

[35] Véase una aproximación general al tema en Abrahamson, *Las utopias sociales en América Latina en el siglo XIX.*

[36] Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*, pp. 27-28.

[37] Véase, respectivamente, Guerra, *Modernidad e Independencia*, p. 377. Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, p. 174. Lomné, *Una 'palestra de gladiadores*, pp. 291-292. Meló, *La literatura histórica en la República*, p. 63.

[38] Samper, *Apuntamientos.*

[39] Por sus posturas políticas radicales se vio obligado a salir intermitentemente del país cuando sus adversarios tomaban el control del poder gubernamental. Sin embargo, durante el decenio de 1860 experimentó una conversión política, ideológica y religiosa que lo llevó a suavizar sus posturas radicales y a reencontrarse con todo aquello que en sus años juveniles atacó decididamente. Véase José María Samper, *Historia de un alma-*, Hinds, *José María Samper: the tought of a nineteenth-century new granadan*, pp. 95-164.

[40] Samper, *Apuntamientos*, p. 584. Desconocía Samper que Restrepo estaba preparando una reedición de su *Historia* que incluía la parte correspondiente a la Gran Colombia y que además estaba escribiendo una historia de Nueva Granada, que fue publicada de manera postuma.

[41] Véase Meló, *op. cit.*

[42] Samper, *Ensayos sobre las revoluciones políticas*. Los ensayos son artículos difundidos inicialmente en el periódico el *Español de Ambos Mundos*, que se publicaba en Londres, a los que se les agregó un artículo etnográfico sobre la población de Nueva Granada, con el objeto de informar al público europeo sobre los pueblos latinoamericanos y esclarecer el contenido democrático de las revoluciones en el subcontinente. Aunque el autor explica que su obra es una reflexión sobre Hispanoamérica (a la que llama Colombia) es evidente que muchas de sus reflexiones son formuladas pensando en Nueva Granada. Véase Posada Carbó, *Historia de las ideas en Colombia desde Lt conquista hasta 1950*, pp. 42-43.

[43] Hinds, *José María Samper: the tought of a nineteenth-century new granadan*, p. 17.

[44] Samper, *op. cit.*, pp. 202-203.

[45] Samper, *Ensayos sobre la revoluciones políticas*, pp. 131, 141; 165-166, respectivamente.

[46] *Ibid.*, p. 141. Las cursivas aparecen en el original.

[47] *Ibid.*, pp. 136; 159-160; 170; 187. *Cjr*. Samper, *Apuntamientos*, pp. 30-31.

[48] Samper, *Ensayos sobre las revoluciones políticas*, pp. 144-145.

[49] *Ibid*, p. 185.

[50] Samper, *Ibid.*, pp. 137-140.

[51] *Ibid.*, pp. 171-172, 174-175. *Cfr.* Samper, *Apuntamientos*, p. 56.

[52] Samper, *Ensayos sobre las revoluciones políticas*, pp. 179, 182-183 *y* 203.

[53] Este acápite se apoya en mi artículo "Las tribulaciones de un patriota desencantado". En *Historia y Sociedad*, 12. Medellin, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellin, noviembre de 2006.

[54] De las memorias se han publicado cuatro ediciones. La primera, publicada en dos tomos, uno en 1865 y el otro en 1881. Una segunda edición, en tres tomos, fue publicada por Ayacucho de Madrid, pero de ella se excluyen los capítulos que tratan del periodo que va de 1830 a 1863. La tercera edición es de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana del Ministerio de Educación Nacional. Una cuarta fue publicada, en tres tomos, en 1971, por Bedout en Medellin. Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas.* Este texto se apoya en la publicación de Ayacucho.

[55] Posada Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 18, 21-22.

[56] Melo, *op, cit.*

[57] Posada Gutiérrez, *op. cit* pp. 15 y 20.

[58] *Ibid.*, p. 15.

[59] *Ibid.*, pp. 42, 218.

[60] *Ibid.*, pp. 79, 17, 44.

[61] *Ibid.*,, p. 325.

[62] *Ibid.*,, pp. 46, 81. "La federación arrebatando a la muerte su guadaña y seguida de las furias del Averno lo arrasa todo, dejando escrito con letras de sangre sobre los escombros y sobre los osarios, una sola frase: 'Estados Soberanos', en cambio de la más horrorosa desolación". *Ibid.*, volumen II, p. 108.

[63] *Ibid.*, pp. 96, 142, 106-107, 116.

[64] *Ibid.*, pp. 106, 185, 188, 295, 258.

[65] Meló, *La literatura histórica en la República*, p. 6.

[66] Posada Gutiérrez, *op. cit.*, p. 172.

[67] La primera edición fue editada en el taller de Foción Mantilla y en el de Medardo Rivas en Santa Fe de Bogotá. Se tiene conocimiento de una segunda edición publicada en 1889, por este último editor. En 1953 se reeditó la obra en seis tomos dentro de la colección de la Biblioteca de Autores Colombianos del Ministerio de Educación Nacional. Las referencias a esta obra son tomadas de esta última edición.

[68] José Manuel Groot, *Historia Eclesiástica y Civil*.

[69] Mejía Macía, "Estudio histórico de la *Historia eclesiástica y civil"* pp. 71 y

73.

[70] Groot, *Historia Eclesiástica y Civil*, tomo III, p. 46.

[71] *Ibid.*, pp. 109, 390.

[72] *Ibid.*, pp. 395-396; 409; tomo IV, p. 411.

[73] *Ibid.*, pp. 56, 63, 189, 302.

[74] Groot, *op. cit..*, tomo III, pp. 219-220.

[75] *Ibid.*, *pp.* 93, 194-195.

[76] *Ibid.*, p. 52.

[77] *Ibid.*, pp. 52, 247-248.

[78] *Ibid.*, pp. 78-79 y 84.

[79] *Ibid.*, pp. 80, 88, 90-91, 97, 384.

[80] Véase Ortiz Mesa, "José Manuel Groot. Editar, publicar *y* vender un libro en el siglo XIX. Su correspondencia con José Joaquín Isaza, Obispo de Antioquia". Estudios Sociales, 6.

[81] *Revista de Colombia*, año 1, número 1, citada en Groot, *op. cit.*, p. 66.

[82] Henao y Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*.

APROPIACIÓN DEL PASADO, ESCRITURA DE LA HISTORIA Y CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN EN MÉXICO

GUILLERMO ZERMEÑO PADILLA
El Colegio de México

INTRODUCCIÓN

La emergencia del saber histórico en México durante el siglo XIX se debe no solamente a un factor literario —la evolución de un tipo de escritura— sino también a un factor de índole político. Por esa razón podemos preguntarnos: ¿Qué aspectos de la antigua República de las letras sobreviven en el nuevo régimen político? ¿Cómo se reformula el saber histórico tradicional en el nuevo régimen político? ¿Qué problemas enfrentan para dotar a la historia de una nueva legitimidad? La pugna entre liberales y conservadores fue uno de los factores activos que intervinieron en la construcción del campo histórico durante el siglo antepasado. Pero la cuestión también puede plantearse a la inversa: ¿Qué aspectos del saber histórico tradicional son reformulados en el contexto del establecimiento del saber científico positivista?

Es indudable que el siglo XIX intentó crear un lenguaje historiográfico propio. Se podría decir que durante este periodo se conformó un estilo nacional de escribir historia. La formación de un estilo significa que por encima de las diferencias político-ideológicas se desarrollaron los principios de una identidad disciplinaria. El discurso de la historia no fue inventado en el siglo XIX. El

término “historia” no apareció por primera vez en el siglo XIX. Sin embargo, durante este lapso su valoración fue modificada y se utilizó más en un día o en un año que a lo largo de las épocas anteriores. Son escasas las palabras acuñadas por el siglo XIX referidas a la historia. No obstante, el siglo XIX alteró el valor y la frecuencia de las palabras, y convirtió en un bien general lo que antes se circunscribía a un pequeño grupo o a alguna corporación.

Es importante tener en cuenta que la historia no encarna necesariamente a través de discursos individuales y racionales, sino a través de palabras sueltas o frases aisladas que se imponen a fuerza de repetirse hasta configurar un uso generalizado. Así, puede decirse que el vocabulario de la historia que se conformó a partir del siglo XIX no sólo ha llegado a crear y pensar por cada uno de los mexicanos, sino que es capaz de generar emociones y de dar orientación a la personalidad, tanto más cuanto se ha convertido en un hecho natural. Hay libros que no trascienden el lenguaje de un grupo en la medida en que refieren a su cohesión interna, pero no a la vida entera. En cambio hay libros como los de historia que pueden llegar a formar parte del lenguaje de una colectividad debido a la toma de poder de ese grupo; son libros, entonces, que se apoderan de todos los ámbitos públicos y privados. En ese momento la historia se vuelve monocorde: se convierte en un hecho natural y por tanto esencial, en un lenguaje que tiende a tomar las partes por el todo.

EL PRESENTE HACE HABLAR AL PASADO

En 1821, año de su independencia, México nace a la historia como nación. A partir de entonces el nuevo México hizo hablar al pasado “no mexicano” —esto es, al pasado precolombino y virreinal— de otra manera. Aunque es verdad también que el pasado novohispano había hecho hablar de otra manera a los antiguos mexicanos. La pregunta entonces es cómo “los nuevos mexicanos” se apropiaron del pasado. Se apropian no sólo de temas y periodos, sino convierten en “historiadores mexicanos” a los cronistas españoles e indígenas. La historiografía nacional, en ese sentido, se funda en un anacronismo. Intentaremos describir brevemente este proceso.

Estrictamente hablando no hay historia de México mientras no exista México como nación. Por eso no hay que confundirse con la historia del jesuita Francisco Javier Clavijero. Su “México” no es el México cuya historia comienza a trazarse en 1821 .*La Historia antigua de Mexico* de Clavijero persigue otros fines y se refiere a los “mexicanos originales”, a los pobladores antes de la invención de América, a los habitantes del suelo “americano” antes de la llegada

de los conquistadores españoles. Clavijero escribe su historia para responder a las historias que le parecen ofensivas e indecentes, para hacer la crítica de ciertas versiones ilustradas sobre los “salvajes americanos”. Clavijero, criollo español americano, se siente aludido, pero también busca corregir los errores históricos que a su juicio encuentra en las páginas de autores como el prusiano Cornelius Paw, el naturalista francés Buffon y el escocés Robertson. Es una historia de la tierra y sus pobladores, de su antigüedad y de sus formas de gobierno y artes de hacer las cosas (cultura), del antiguo México hasta el día y año de la conquista (mayo de 1521). Lo hace siguiendo las convenciones del *ars histórica* de su tiempo, y prosigue la historia de su correligionario José de Acosta.

La ambigüedad del término “México” se origina en *La Declaración de Independencia*,, firmada el 28 de septiembre de 1821. Con esta *Declaración* se pone oficialmente en circulación el nombre de México ampliando su significado. La palabra México ya no refiere únicamente a los antiguos pobladores del valle del Anáhuac sino también a los que llegaron después de Europa. *La Declaración* toma prestado un nombre antiguo españolizado para denominar a una nueva entidad.

¿En qué sentido y hasta dónde un evento jurídico-político puede afectar la forma de escribir la historia? En principio se trata de dos eventos no simultáneos. En primer lugar es la *Declaración* —resultado de movimientos sociales y políticos, tanto internos como externos— la que funda a la nación; sólo después comienza a escribirse su historia. El primer paso supone el cambio de nombres de la misma entidad: se sustituye Nueva España por México. Este giro implica escribir una nueva historia, pero no necesariamente presupone un cambio inmediato de los instrumentos con que se hace la historia ni cómo se escribirá.

La *Declaración de Independencia* contiene, a su vez, una frase con una referencia histórica explícita. En ella se afirma lo siguiente: *La Nación Mexicana que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia, ni libre el uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido.*[1] Se trata evidentemente de un anacronismo; no hace justicia a la verdad histórica en cuanto al establecimiento de las relaciones entre gobernantes y gobernados durante el virreinato novohispano. Muchos de los que se dicen oprimidos en 1821 y fundamentan la necesidad de la independencia pudieron en el pasado inmediato ser miembros de los opresores. Históricamente, la nación era inexistente antes de 1821; la nación mexicana, por tanto, no es sujeto de atribución moral y así no es verdad que la nación esté saliendo de la opresión después de tres siglos. Llama la atención que la fecha de 1821 coincida con la fecha de la conquista, tres siglos antes. Esta simetría pudiera contener un valor simbólico. La retórica de la *Declaración* sólo expresa la voluntad manifiesta de fundar una nación. Posee la dimensión de un

futuro al que se aspira más que ser propiamente la expresión de una experiencia pretérita.

Al margen de su contenido de verdad lo importante es que la referencia histórica evoca un sentimiento de humillación que apela a su contraparte: la necesidad de contar la historia de la emancipación o salida de la opresión. Esta historia se tiñe por tanto de una coloración dramática para que sea verdadera; será la historia de héroes y villanos, de proceres y traidores; una historia en la que deberán brillar los precursores de la independencia y de la libertad.[2] Una historia fincada en dicho sentimiento de humillación buscará en el pasado los motivos de su edificación y redención. Por eso, en sus inicios, exhibirá fuertes motivos escatológicos y providencialistas.[3]

Fray Servando Teresa de Mier publicó en 1813 la *Historia de la Revolución de Nueva España antiguamente Andhuac o verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*. Como vemos no aparece todavía el nombre de México como el recipiente natural de esta historia. Algunos años antes se había publicado en Italia *La historia antigua de México* del jesuita expulso Francisco Javier Clavijero. Como se dijo, no es una historia de México sino del antiguo México, es decir, una narración del periodo anterior a 1521. La intención de Clavijero se dirigía además a la defensa de la grandeza de los americanos frente a la denigración de la cultura hispánica por los *philosophes* de la Ilustración. Se trata en ese sentido de una historia apologética.

Por eso considero que la historia de México comienza a escribirse hasta que México como una nueva entidad política desarrolla su propia experiencia, traza en medio de la incertidumbre su camino político y social. Ahora bien, en la medida en que toma prestado el nombre de los antiguos mexicanos habitantes del Anáhuac, el país va creando una relación ambigua con los descendientes de los antiguos pobladores, quienes paulatinamente dejarán de ser llamados indios para convertirse en los indígenas modernos. Una de las cuestiones de la futura historiografía será saber qué hacer con ese pasado y ese presente de los antiguos pobladores del Anáhuac.

No es sencillo determinar el significado de la palabra historia en ese momento. Existen diversos géneros que podrían confundirnos, y aparecen títulos que llevan el nombre de historia o relación de hechos. Sin embargo lo decisivo radicaría en poder establecer las nuevas relaciones entre el discurso histórico y la nueva entidad política. Y por lo menos cuando ocurre la independencia de México la historia como relato verídico de los hechos del pasado no tiene un lugar central en los saberes del antiguo régimen. Ese lugar es ocupado principalmente por la filosofía y la teología, por un lado, y la historia natural, la

medicina, el derecho, por el otro; de modo tal que en ese sentido el saber histórico tiene una función secundaria o subordinada. La historia es importante sobre todo para los funcionarios civiles y eclesiásticos; sirve de apoyo para elaborar discursos y argumentaciones, para descubrir en el presente la confirmación de los designios inscritos en la providencia —historia eclesiástica — o en las obras del pasado: historia civil. La investigación del pasado como la conocemos actualmente no está desarrollada por completo.

UNA POLÍTICA DE LA HISTORIA

La figura del intelectual como se le conoce en la actualidad no existe durante la primera mitad del siglo XIX. En cambio, sí puede apreciarse la figura del "ideólogo" desarrollada a partir de la Revolución francesa.[4] Del mismo modo, la figura del historiador durante este periodo no coincide plenamente con la del profesional de la historia consolidada en el siglo XX en los centros de investigación y de enseñanza.[5] Por eso nos preguntamos acerca de los rasgos que singularizan al historiador del siglo XIX en México.

En principio se puede encontrar que el individuo que se ocupa del estudio del pasado es también predominantemente un funcionario de Estado. Funcionario, como sabemos, de un Estado en gestación, que emerge de las cenizas del imperio español bajo la dominación borbónica. Un Estado en formación que utilizó el estudio de la historia para dotar a la nación de su propia aureola. La gestación política de la nación cifrada alrededor del dilema entre monarquía o república,[6] implicó que los nuevos gobernantes, ya desligados de sus obligaciones con Madrid, tuvieran que hacerse cargo también de los antiguos archivos, en particular de las antigüedades mexicanas heredadas por la Corona española a la nueva entidad política.

Lucas Alamán (1792-1853) representa uno de los ejemplos más acabados de esta figura de historiador-funcionario. Poco después de la emancipación política de México en 1821, Lucas Alamán se hizo cargo del Despacho de Gobernación y Relaciones Exteriores en 1823. En la *Memoria* presentada ante el Congreso en 1823 Alamán establece a mi parecer algunas de las pautas del historiador del futuro. En primer lugar, otorga a la estadística un valor primordial para la adecuada administración del territorio y de la economía nacional. Como veremos, su utilización no representa una innovación original del nuevo régimen político.[7]

Un segundo aspecto es la importancia atribuida al desarrollo de la educación

pública para la formación de una ciudadanía consciente de sus libertades individuales.[8] En tercer lugar, Alamán menciona la necesidad de crear un organismo dirigido a la administración de la memoria nacional. La administración de los bienes de la nación y la generalización de la educación aparecen como dos aspectos que subyacen a la necesidad de construir una memoria histórica apropiada a la emergencia del nuevo régimen político. No aparece todavía el interés en escribir una historia de la nación mexicana, porque su precondición —la nación— no existe sino como una promesa en ciernes. En cambio, está ya presente la cuestión de qué hacer con el legado del antiguo régimen político con todo y sus legajos.

Alamán hace referencia, por ejemplo, a los archivos administrativos del régimen virreinal recién colapsado. En relación con ese cúmulo de papeles en completo desorden considera la conveniencia de formar un "archivo general"; pero al pensar en su utilidad no lo hace en primera instancia en función de los "historiadores" sino del "público" en general. Distingue del legado novohispano el archivo vivo[9] del "archivo muerto" o conjunto de piezas y objetos de toda clase coleccionados durante el virreinato. Hace mención expresa de dos coleccionistas, Boturini y Dupaix, quienes se preocuparon en conservar un tipo de objetos extraños y curiosos. Piezas que habían dejado de cumplir una función en el presente y, sin embargo, a juicio de Alamán, no por ello eran menos apreciables.

La pregunta natural que surge es acerca del proceso que condujo a estimar como valiosas a esas "antigüedades mexicanas" así como aquellas "de los primeros años de la dominación española". Es de notar que no se trata del gusto particular de algún individuo por estas curiosidades, sino del interés de un funcionario público en establecer una política de Estado respecto a tales objetos para colocarlos en el espacio adecuado para su exhibición. Es una política de Estado en la medida en que incluye no solamente a la ciudad-capital sino a todas "las demás ciudades de provincia". La necesidad de encontrarles un lugar adecuado a dichos objetos radica en que los "estudiosos" puedan leerlos y examinarlos sin trabas ni dificultades en beneficio "de la nación" y de intereses de los particulares.[10]

En la *Memoria* presentada ante el Congreso destaca el hecho de que existen entonces personas curiosas interesadas en analizar esos objetos, y que sus actos pueden llenar una necesidad de la nación. Esto significa que la formación futura del discurso histórico nacional corre al parejo con la formación política de la nación. A diferencia de lo que se ha pensado,[11] se muestra el interés primordial en estudiar el origen del hombre americano, las culturas precolombinas y, sólo

después, comenzará a haber mayor interés en el virreinato.[12] La administración colonial está todavía demasiado próxima como para someterla al escrutinio histórico, es constitutiva de todos aquellos que participan en la construcción de la nación. Más aún, se puede decir que la iniciativa de Alamán no hace sino proseguir una tradición imperial establecida antiguamente por el Consejo de Indias. La única diferencia es que ahora Alamán lo hace en nombre de la nueva nación mexicana.[13]

Así, como funcionario de un Estado en gestación, Alamán se pregunta en 1823 acerca de qué puede y debe hacer con el legado recibido por la administración anterior. Como ministro del interior y del exterior es receptor de una herencia compuesta por una población, un territorio y un pasado conformado por objetos en desuso pero que despiertan asombro y curiosidad, especialmente a partir del siglo XVIII. *Estadística*, *Educación* e *Historia* se constituyen en tres pilares básicos para la construcción de la nación. Estas tres instancias se corresponden con la creación de espacios adecuados para cada una de las operaciones. La formación de estos espacios requerirá tiempo y recursos, y sin duda también intervendrán los avatares políticos. Alamán cuenta en su haber personal con una amplia experiencia en el campo de la minería, y relaciones personales con un amplio espectro de personalidades científicas de la escena europea. En su opinión, el nuevo gobierno requiere disponer de cuentas claras y exactas del universo político, social y cultural. La nación debe construirse sobre la base de inferencias probadas y no meramente especulativas.[14] Alamán, hijo de su época, en cierto modo no hace sino dar continuidad a algunas de las premisas de la España ilustrada de los Borbones: dotar al aparato de Estado de una mayor racionalidad y capacidad de contender con las otras potencias.

POLÍTICA E HISTORIA

Ahora bien, en la medida en que la figura del “historiador” es marginal y emerge desde los recintos del gobierno, la formación del discurso histórico estará fuertemente afectada por las configuraciones sociopolíticas de las élites. En especial, desde la década de 1830 los rasgos de los dos bandos políticos —conservador y liberal— se hacen más evidentes. No obstante, la formación del discurso histórico de la nación no respetará en lo fundamental las ideologías políticas. Dentro de un tejido más o menos unitario podrá haber cierta preferencia por algunos periodos, temas o personajes, que evocan viejas disputas entre antiguos y modernos.[15] Salvadas las diferencias, emergerá un tipo de

escritura histórica más o menos unitario.

En las oscilaciones que podría haber entre gobiernos centralistas o federalistas dominará un tipo de iniciativas como las de Lucas Alamán acerca de la necesidad de tejer un discurso unitario representativo de la nación. Poco a poco un discurso histórico centrado en el presente inmediato dará lugar a la exploración y estudio sistemático del pasado colonial y prehispánico. En esta labor destacarán sobre todo personajes del partido conservador.[16]

Es reveladora, por ejemplo, la forma como el mismo Lucás Alamán dos décadas después, hacia 1850, estableció el vínculo entre patria y nación. Frente al bando liberal se definió como un "conservador" porque tiene interés, dice, en "conservar la débil vida que queda de esta pobre sociedad, a quien habéis herido de muerte". Acusa a los liberales de haber despojado "a la patria de su nacionalidad, de sus virtudes, de sus riquezas, de su valor, de su fuerza, de sus esperanzas... nosotros queremos devolvérselo todo; por eso nos llamamos conservadores".[17]

Entre el despojo y la restitución de las virtudes y riquezas del pueblo mexicano Alamán cifra el dilema de la nación. Esta apreciación tiene lugar después de la experiencia traumática de la guerra con los Estados Unidos (1846-1848). A la luz de estos acontecimientos el estudio del pasado cuenta con un valor y una importancia adicionales. Ya no se trata solamente de la conservación y examen de objetos curiosos, sino que estos mismos contienen el poder de representar los valores y virtudes de la mexicanidad. Así, podría ser paradójico para quienes piensan la modernidad solamente como contraposición a la tradición, que un funcionario e historiador moderno convierta a la tradición en un valor para el presente. Son las formas ancestrales, de acuerdo con Alamán, las que configuran las virtudes y dotan de fortaleza a un pueblo.

Espíritu nacional y espíritu patriótico se hermanan alrededor del discurso histórico. La historia de la nación es una de las formas, entre otras, de recuperar y restituir las "virtudes" del mexicano plasmadas en su pasado. También, parecería que la guerra y, en particular, las derrotas, llegan a constituirse en la ocasión ideal para plantear las interrogaciones históricas clásicas: ¿De dónde se viene? ¿A dónde se va? Y la cuestión acerca de las fortalezas y debilidades del mexicano pueden ser respondidas únicamente si se revisa su pasado. Esta sola pregunta pone en juego el acervo cultural relacionado con el pasado (patrimonio histórico) e incluye otra cuestión acerca del modo "correcto" de hacerlo.

Hasta aquí podría plantearse que la historia que se escribe durante este periodo corre al parejo con la gestación política de la nación. Es una historia que no contiene profundidad histórica, porque en esencia se trata de una historia del

presente. Pero a partir de la guerra con Estados Unidos se inicia propiamente un periodo reflexivo que sienta las bases para la formación de un discurso histórico nacional.

ESCRIBIR UNA NUEVA HISTORIA

El desarrollo de la estadística es un buen indicio para observar las bases de la construcción del nuevo discurso histórico. El "arte de razonar por medio de las cifras", como denominó Condorcet a la estadística,[18] es en esencia una práctica desarrollada en el antiguo régimen. Se concibe como un saber universal que desconoce el color de las banderas políticas. El atributo principal de la estadística no consiste tanto en el manejo de los números sino en la búsqueda de las regularidades, tanto en el mundo natural como social. Si se aplica este dispositivo al análisis histórico, significa que si se realiza de manera metódica se pueden extraer las verdades necesarias para "domesticar el azar" en el presente.[19]

Después de Alamán, José Justo Gómez de la Cortina (1799-1860) es otro de los personajes "conservadores" interesados en desarrollar las artes del gobierno al servicio de la nación. No se trata tampoco de un "historiador" como lo conocemos hoy en día. El Conde de la Cortina es un funcionario público —gobernador del Distrito Federal en 1835-1836, ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda en 1837-1838—, un empresario ligado al ramo de los ferrocarriles y, finalmente, un individuo interesado en la ciencia y la cultura.[20] Fue fundador en 1833 del Instituto de Geografía y Estadística con sede en su domicilio privado. Ese año, Manuel Ortiz de la Torre estableció por primera vez las normas para descubrir por medio de la estadística las características del "mexicano medio".[21] Dos años después, en enero de 1835, el Instituto fue reconocido oficialmente por el Gobierno. En 1839 asumió la forma de Comisión de Estadística Militar debido al interés expreso del Ministerio de la Guerra, y sólo hasta 1850 al Instituto se le conoce como Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.[22] El Conde de la Cortina coincidía con Lucas Alamán en que por medio de la estadística se puede tener un mejor gobierno al descubrir las leyes o constantes en el funcionamiento del mundo social.[23]

Diez años después de la independencia aparece también la necesidad de redactar "historias" de los estados, del "distrito y territorios de la federación". Lo interesante es que esta iniciativa forme parte de un instructivo para recabar los datos estadísticos del país. La estadística se convirtió desde el siglo XVIII en una

ciencia estratégica para gobernar. El inventario del pasado corre al parejo en ese sentido con el de la población, recursos naturales, etcétera. En este “instructivo” se anuncia el orden temporal que debe guiar la recopilación de los datos históricos y su narrativa. Se ha de hacer a partir de tres épocas: “la anterior a la conquista”, “la del gobierno español” y “la de la independencia, manifestándose por sus fechas respectivas y circunstancias dignas de notarse los descubrimientos de los terrenos que sucesivamente se fueron haciendo, el establecimiento y reformas posteriores en la administración civil y eclesiástica, y en los diversos ramos de civilización y prosperidad, y los principales sucesos acaecidos hasta hoy, con particularidad los de la tercera de las tres épocas mencionadas, esperando los individuos que hayan obtenido celebridad en ella por su beneficencia pública, buen gobierno, literatura, brillantez de sus armas, o por cualquier otro aspecto, y los lugares famosos por las acciones de guerra, pronunciamientos y demás ocurrencias notables”.[24]

Además de la creación de la Sociedad de Geografía y Estadística (1833) que anuncia la necesidad de crear un lenguaje histórico depurado y exacto que dé cuenta del ser de la nación mexicana, en 1835 se fundan las Academias Nacionales de la Lengua y de la Historia. En ese año, José María Gutiérrez de Estrada, siendo ministro del Interior y del Exterior, en su *Memoria* ante el Congreso, al igual que Alamán, asume un proyecto de Estado relativo a la instrucción pública y el desarrollo de las academias de ciencias, artes y humanidades. Teniendo en cuenta la relevancia de difundir el conocimiento a través de publicaciones periódicas, promueve la *Revista Mexicana* para dar a conocer las cosas notables que hay en México en cuanto a su historia, costumbres, avances en las ciencias naturales y exactas y demás artes como el militar y la agricultura, sin olvidar aquellas dedicadas a la “belleza”. Al ministro le interesa sobre todo dar a conocer sus progresos (“adelantamientos”) en todos los ramos, pero también sus dificultades. Confía en que con la propagación de estas “luces” se disipen los errores “que ejercen la poderosa influencia en el atraso que sufrimos”. En cuanto a la conservación y cuidado de las ruinas, códices, manuscritos y restos de la antigüedad mexicana, sería “vergonzoso”, dice, no continuar con trabajos como los de Guillermo Dupaix de 1806. Sería “vergonzoso” dejar en la oscuridad “la historia de los primeros tiempos de la Nación, y los usos, costumbres y gobierno de nuestros antepasados. Pero nuestras fatales discordias, así como han impedido los progresos de nuestra industria, han paralizado las mejoras”. Reconoce, empero, que su investigación está llena de dificultades pues se trata de objetos que “manifiestan un gusto muy estraño y singular”, que recuerdan a los egipcios.

En el discurso de Gutiérrez de Estrada se destaca el programa (que me

permito citar *in extenso* por su importancia) que han de desarrollar principalmente las diferentes academias de la lengua, de la historia[25] y de las artes en cuanto a la necesidad de

> ilustrar la historia de nuestra nación, purgándola de los errores y fábulas de que tanto adolecen las que se han escrito hasta ahora, aclarando las contradicciones que en ellas se encuentran a cada paso, comparando los datos acerca de los hechos que se refieran de distinto modo, distinguiendo en cada uno la mayor o menor probabilidad, y poniendo en claro los acaecimientos más notables, sus efectos, su influjo en el estado moral y físico de la nación, y sus conexiones con los demás del mismo continente y de otras partes del mundo.
>
> La obscuridad de los tiempos y de los sucesos anteriores a la conquista, hace más indispensable un estudio profundo de los pocos medios que nos restan para averiguarlos y darles mayor claridad y certeza que la que hasta aquí se ha conseguido. La historia posterior a la conquista se reduce únicamente a la nomenclatura de los Virreyes que gobernaron la Nueva España; y nadie ha escrito la de los tres siglos de la dominación española, que era la más importante y útil para nosotros. Los acontecimientos que ocurrieron en esta época han quedado sepultados en los archivos o en las crónicas de las órdenes religiosas, y sin embargo, era muy conveniente saberlos, tener noticia de la legislación, de los usos y costumbres introducidas entre nosotros, del sistema adoptado por el Gobierno de España para la administración de las Indias, de las variaciones que ha tenido, de sus causas y motivos, y de las consecuencias que produjeron, para que, a la luz de lo pasado, hubiéramos podido guiarnos y marchar con alguna mayor seguridad en nuestra nueva carrera.
>
> A estas razones de necesidad y conveniencia, deben añadirse las del lustre y honor que resultarán a la República de que se escriba su historia y se saquen del olvido los hechos de nuestros antepasados, refiriéndose con verdad, cuál fue la suerte que tuvieron, sus padecimientos, o la quietud y seguridad de que gozaron; y las causas que influyeron en su atraso o adelantamientos. Los demás puntos que debe abrazar la historia darán a conocer las producciones de nuestro país, su población, su riqueza, el carácter de sus habitantes, los establecimientos que posee, el estado de su ilustración y de su industria, y la prosperidad y el engrandecimiento a que es llamado por la Providencia entre los demás de este continente.
>
> Deseoso el Gobierno de elevar este monumento de gloria en nuestra patria, con el objeto de que se reúnan desde luego los materiales necesarios para su construcción, ha excitado el celo y patriotismo de varias personas recomendables por su saber, talentos y dedicación al estudio de nuestras antigüedades, eligiéndolas para formar con ellas una *Academia nacional de la historia*, que tenga por instituto la adquisición de materiales históricos, especialmente los documentos originales, obras inéditas, y de cuanto exista en los archivos públicos y bibliotecas particulares.
>
> El Gobierno se lisonjea de que prosperarán pronto los trabajos de la Academia, y que sus individuos justificarán la confianza que ha depositado en ellos, y la buena reputación de que disfrutan.[26]

Gómez de la Cortina encabeza a un grupo de cerca de 30 personalidades de la política y la cultura que van a participar en las producciones de revistas y periódicos y en la formación de Liceos y Academias. Se atribuyen asimismo la función de “censurar el lenguaje y estilo de todas las obras”, tanto del gobierno como de los cuerpos científicos y de escritores en general.[27] Desde el gobierno se instituye así el derecho a la crítica ajustada a las necesidades de la nación en proceso.

El interés de Gómez de la Cortina en la historia data como en Alamán de la década de 1820. En 1829 publicó una *Cartilla historial o método para estudiar*

la historia, reeditada en México en 1840 y dedicado a los alumnos del Colegio Militar.[28] Ahí plantea la necesidad de hacer de la historia una ciencia similar a la astronomía capaz de revelar el sentido y dirección de los hechos futuros.[29] En 1844 participó en una polémica sobre la historia con José María Lacunza (1809-1869). La polémica se originó por la necesidad de renovar los planes de estudio en la enseñanza de las humanidades.[30] Por primera vez se estableció la enseñanza de la historia de México a nivel superior. Lacunza recibió el nombramiento de primer catedrático de historia. Brevemente, en la discusión aparecen dos temas de interés: la actualización de los métodos de enseñanza y la escritura de la historia. Sobresale el interés por dejar de hacer de la historia una simple relación de hechos para descubrir sus relaciones causales. Se puede considerar como la "primera querella" moderna de corte historiográfico en México.[31] En 1829, como se advirtió Gómez de la Cortina ya había planteado la necesidad de hacer de la historia una ciencia similar a la astronomía.Esta pretensión implicaba modificar la sintaxis y gramática de la escritura sobre el pasado.

Motivado también por la derrota en la guerra con los Estados Unidos (1846-1848) la elaboración del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* de 1853-1856 está inspirado en un sentimiento de humillación: desde sus primeras páginas se nos recuerda la derrota y las pérdidas territoriales frente a los Estados Unidos. De ahí la necesidad de elevar el espíritu patriótico mediante el inventario histórico y territorial después de la derrota. La historia adquiere una función análoga a la de los geógrafos y estadísticos en cuanto a establecer las medidas de la nación y así disponer de mejores bases para futuras guerras.[32]

El *Diccionario* fue producido por el mismo grupo de la década anterior, pero integrando a nuevos jóvenes interesados en la historia, como Manuel Orozco y Berra y Joaquín García Icazbalceta. Este último acababa de traducir la obra de William Prescott sobre la conquista de Perú. Así, en la lista de colaboradores de los 10 volúmenes aparecen personalidades de diversas generaciones y profesiones: políticos, empresarios, funcionarios públicos, gentes civiles y de iglesia. Todos comparten la idea de que el desarrollo de una cultura histórica objetiva era también base para el progreso de la nación.[33] La producción del *Diccionario* se inspiró en un diccionario histórico español de 1846-1848 dirigido por Francisco de Paula Mellado, quien a su vez había tomado como modelo la versión francesa de Marie Nicolás Bouillet, el *Dictionnaire Universel d'His to ire et de Géographie* de 1842.[34]

Los primeros volúmenes de este diccionario comenzaron a circular en 1853. En su concepción se trata de la adaptación de una tecnología desarrollada en

Europa a partir del siglo XVII a la situación de una nación moderna en construcción, que pone su esperanza en el pasado para darse la consistencia de la que carece en el presente y para recibir una orientación para el futuro.[35] La producción de estos libros monumentales deja ver que así como se requieren geógrafos para delimitar el territorio y las riquezas naturales, y estadísticos encargados de inventariar y calcular el material humano y moral de la nación, hacen falta historiadores que regresen el pasado al presente para saber qué es un mexicano, o si se quiere, qué se puede esperar de un mexicano. Estos individuos han de ordenar, clasificar y reseñar las antigüedades mexicanas y novohispanas para conformar una memoria exacta de la nación. Así, situado en los linderos de "lo nacional", la novedad de este programa radica en el propósito de fijar los hechos históricos y desarrollar paso a paso una narrativa capaz de inscribir a la historia mexicana en la historia de la humanidad.[36] Esta narrativa de largo alcance es la que propiamente desarrollarán los liberales unos años después.

Hasta aquí parece que la escritura de la historia sigue un proceso unitario y coherente. Se muestra una mayor presencia de los conservadores en la historia que de los miembros del partido liberal, más atentos a la historia del tiempo presente. Sin embargo, el triunfo del partido liberal en las guerras de reforma (1857-1867) pone las bases para el desarrollo de una versión liberal de la historia de México. Se verá como a la *Historia de Méjico* de Alamán se contrapondrá la de Justo Sierra, *Evolución Política del Pueblo Mexicano* (1902); frente a la versión del *Diccionario Universal* mencionado aparecerá un nuevo *Diccionario* de Francisco Sosa.

Retomaré al final la historia de Justo Sierra, pues parece ser la culminación de un proceso historiográfico que tendrá gran importancia incluso en el futuro de la historiografía del siglo XX. Pero por ahora quisiera subrayar que aun cuando sus interpretaciones puedan diferir en la valoración de personajes y procesos históricos, las versiones liberal y conservadora comparten en esencia modos similares de cocinar la historia. Los ingredientes pueden variar, pero ambas comparten la idea de un historiador-juez del pasado y formas narrativo-literarias dramáticas.

Así, podemos decir que las bases de un nuevo discurso histórico se establecieron en México antes de la desaparición de la antigua Universidad Pontificia y su transformación en la nueva universidad en 1856 bajo la impronta liberal positivista.[37] Es verdad que la enseñanza de la historia no trasciende todavía durante este periodo en los planes de estudio de todos los colegios de la ciudad de México.[38] Sin embargo, como veremos, se establecen las bases "metodológicas" para la formación de un nuevo lenguaje histórico que dé cuenta

de la nación como un todo unitario.[39] Se tratará, en esencia, de limpiar de errores y contradicciones lo que se considera un tipo de "literatura espúrea".[40] De esa manera, antes de la "profesionalización de la historia" se perfila un nuevo discurso científico sobre el pasado con el trasfondo político de la formación de la nación.

CIENCIA Y VERDAD DE LA HISTORIA

Al remitirle sus dos primeros libros del *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, el historiador Carlos M. Bustamante (1774-1848) le escribe el 2 de febrero de 1825 a Simón Bolívar, libertador de Perú. Ahí se autodescribe como el nuevo Bernal Díaz: están escritos "en verdad, y a presencia de testigos *y* personas suncrónas (*sic*) de la revolución; creo que soy el Bernal Díaz de estos tiempos, soldado sincero que escribió lo que vio sin alivio".[41] Con ello, Bustamante cree legitimar su oficio acudiendo a un criterio antiguo para fundar su nueva historia. Esta no es la principal razón que separaría a Alamán de Bustamante. Lucas Alamán representa una nueva generación. Alamán, al realizar la semblanza y el balance de la obra de Bustamante indicó que no trataba más que de presentar un "fiel retrato" de éste, tal como verdaderamente había sido. Ésa era la mejor manera de hacerle justicia. La exposición de la "verdad pura" era no sólo "un deber del escritor, sino también el único medio de honrar la memoria del Lic. Bustamante vindicándolo de las inculpaciones que durante su vida se le han hecho".[42]

El *Cuadro histórico* de Bustamante, según Alamán, no era historia verdadera; de hecho, aclara Alamán, Bustamante mismo no pretendió "escribir una historia, sino reunir materiales para ella, no merece por esto grave censura. El lenguaje de éste y de los demás escritos [...] es a veces poco correcto, mas sin embargo puro aunque le hace parecer afectado el uso de algunas voces anticuadas cuya significación no conocía bien y de otras que sin necesidad ha introducido tomadas del foro o del latín, tales como *deturpar* por desacreditar o deshonrar, *formidar* por causar o tener temor pues en ambos sentidos la emplea y algunas vulgares como *apechugar* por emprender o acometer. El estilo es fácil, fluido y claro: a veces elegante y no pocas veces animado y sentimental". En opinión de Alamán, las obras de autores como Bustamente se "leerían con más gusto" si se hubiese dedicado simplemente a hacer la edición correcta del texto, "omitiendo las frecuentes notas del editor, pocas de las cuales son necesarias, las más son inútiles y no pocas impertinentes; pero lo que es verdaderamente intolerable es el

abuso de intercalar en el texto sus propias observaciones, sin distinguirlas de aquél *y* dilacerarlo con largas interrupciones, suprimiendo lo que le parecía innecesario". Encuentra también en la obra de Bustamante muchas imprecisiones y errores, incluso desorden en el formato de la página, en el orden de las notaciones, las citas y referencias. No se trata simplemente de erratas de imprenta sino de alteraciones de los originales, cortando periodos, arreglándolos a su modo. Domina en sus obras el desaseo en la presentación, descuido en el uso de las fuentes, falta de reflexión.[43] Finalmente, critica la inexactitud en la presentación de los hechos y la infidelidad en el uso de las fuentes, ya que incluso "los originales han padecido notables alteraciones".[44] No sin un toque de ironía concluye Alamán: "Muy de desear será que Bustamante tenga imitadores, que trabajando con la constancia que él lo hizo, sepan evitar sus faltas."[45] En suma, Bustamante pertenecía a la vieja escuela de historia que todavía tenía a Plinio y Tito Livio como sus modelos. En cuanto a su noción de verdad histórica su referente seguía siendo Cervantes. En una de sus publicaciones de 1842 *(El Gabinete Mexicano)* suscribió lo dicho por Cervantes en *El Quijote.*

> Deben ser (dice) los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, ni el rencor, ni la afición no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir.[46]

En la misma obra histórica de Alamán se encuentran también los rasgos que caracterizarán a la nueva historiografía. Además de considerarse testigo ocular de los acontecimientos de la independencia de México, al escribir la *Historia de México* en 1849, afirma que no ha sido otra su intención más que la de "presentar los hechos con verdad y exactitud".[47] En la obra histórica de Alamán —viajero en Europa tras las huellas y los pasos del barón Guillermo de Humboldt (1769-1859) y del abate Gregoire y Haíiy— se encuentran ya los rasgos básicos que caracterizan a la nueva historiografía. Personalidades como Lucas Alamán y el Conde de la Cortina, o Alejandro Arango y Escandón, Francisco Arrangoiz, Gregorio Mier y Terán o Mariano Icazbalceta, además de preocuparse en 1850 de la situación económica y política nacionales están convencidos de que el desarrollo de una cultura histórica objetiva constituye una base fundamental para progresar.[48]

Los criterios para fijar los hechos históricos fueron desarrollados por una generación más joven que la de Alamán. Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) nace y crece en el mismo proceso de gestación de la nación. El colectivo que da forma al *Diccionario* con pretensiones de universalidad enfrenta el

problema de cómo producir un tipo de escritura que no dependa de las condiciones regionales, lingüísticas o etnográficas de los grupos y comunidades que componen la nación. Esta condición solamente se cumple si los juicios emitidos consiguen ser la expresión no de un individuo particular ni tratarse de un caso asilado o meramente conjetural; hace falta que se desarrolle un "sujeto trascendental", árbitro imparcial, no partidista, de los hechos históricos. En forma análoga a la obra de agrimensura y delimitación territorial de los ingenieros y geógrafos, la obra de la historia ha de ser capaz de tomarle las medidas exactas al ser de la nación.

Se adivina que la forma que ha de asumir esta clase de escritura se ha de asemejar al lenguaje de los juzgados republicanos también en gestación durante la década de 1850. El historiador y polemista del periodo "positivista" Francisco Bulnes (1847-1924) es un buen ejemplo de la nueva forma republicana de historiar:

> Pero la historia no es ni puede ser generosa, sino justiciera; la clemencia le está prohibida; su tarea no es de hacer desaparecer a los hombres en el sepulcro sin epitafio, sino desenterrar, investigar, escudriñar, procesar, agobiar, abrumar, remoler a los hombres, tamizarlos entre las mallas de una crítica sin piedad, sin límite, sin vacilaciones, sin más temor que el de no haber descubierto lo bastante para formar la lección que debe servir a los hombres del presente para preparar su porvenir. La historia es una ciencia tan recta como las matemáticas y en donde la humanidad debe leer claramente su destino escrito de preferencia con los errores de su pasado.[49]

La emisión de los juicios históricos se asemeja a los juicios formulados en las cortes de justicia republicanas.[50] Los materiales impresos del pasado son utilizados para debatir sobre las acciones punibles o meritorias de los hombres del pasado. Esta práctica está presente tanto en García Icazbalceta como en Francisco Bulnes, quien en un momento se defendió apelando a la historia crítica: "A los que juzgan mis defectos de historiador, se les ha pasado que mis trabajos no son de historia, sino de crítica histórica. Es cierto que en toda historia debe haber alguna crítica y que en toda crítica histórica es preciso que haya historia; mas la crítica tiene por objeto depurar lo que se llama historia y formular con ella generalizaciones que sirvan de enseñanza a los hombres de Estado y a los pueblos".[51] En el trasfondo aparece la sombra del historiador francés Hypolite Taine.

A primera vista, esta forma de escribir la historia se asemeja a la historiografía antigua que intenta cumplir una función pedagógica. Sin embargo, el lugar del Príncipe en la sociedad cortesana ha sido ahora ocupado, durante el periodo nacional, por la figura del ciudadano o por su forma más abstracta: el pueblo. Así, el espacio ocupado por la historiografía nacional es un equivalente

funcional de los juzgados republicanos en la medida en que la escritura de la historia tiene como misión no sólo in-formar sobre el pasado, sino ante todo formar las mentes y los cuerpos de los ciudadanos.[52] Así como en la década de 1820 se podía tener a las "señoritas" como posibles lectoras (Bustamante, *Mañanas en la Alameda*), a partir de fines de la década de 1860, los niños aparecen como los principales consumidores potenciales de la historia de México. La función peda gógica de la historia aparece de la mano de los escritores-pedagogos. Un magnífico ejemplo se tiene con José Rosas Moreno, escritor de fábulas para niños y de una versión de la historia para niños.

En forma de verso *y* siguiendo la mnemotécnica o arte de memorizar repitiendo, entrega su versión de la historia entendida como "la sincera y fiel narración verdadera del pasado, escarmiento y gloria del hombre, maestra y buen testigo, espejo del alma humana, premia el bien, castiga el mal, arroja luz sobre el pasado, y al futuro le muestra su paso, al llegar al ocaso, la luz se prende en otro hemisferio". La contemplación del pasado puede entregar valiosas "Lecciones para evitar los males del porvenir". La historia se divide en historia universal o del mundo e historia nacional. La historia antigua es aquella que se interna en una edad que nos "asombra". La historia de nuestros siglos es la moderna. La de la religión es la historia sagrada. En cambio la historia profana es la que estudia al hombre con sus pasiones y sus luchas. Crónica es la relación de sucesos sin enlace ni objeto determinado, si es por años, son anales, si décadas si por diez. Efemérides es la historia de un día. Biografía es la historia o vida de un hombre. Ciencias auxiliares de la Historia son: la Geografía, Cronología, Arqueología, Numismática, Heráldica.[53]

La Historia, "Maestra de la Humanidad": con este eslogan se llega a 1910. En 1912, a diferencia de 1853, se le atribuye a la Historia (con mayúscula) una función civilizadora, propia de los pueblos más avanzados. "Sin la historia no habría detrás de nosotros sino un inmenso vacío que dejaría nuestra vida como aislada en la eternidad del tiempo", dice un autor mexicano en 1912. Es curioso, no obstante, que en la lista de historiadores notables mencione desde Heródoto, Tucídides, Macauly y Gibbon, Guizot y Michelet, William Prescott hasta los alemanes Mommsen y Ranke, sin considerar un solo mexicano.[54]

Dentro del proyecto de escritura de una historia de la nación lo más difícil es separarla de su raigambre política. Para la segunda mitad del siglo XIX hay una identificación entre tipo de historia y partido político. Tras el triunfo de los liberales, Lucas Alamán permanecerá como un escritor satanizado y sepultado por la retórica liberal de un Justo Sierra, quien se erige como el historiador sobre la cenizas de su presunto adversario.[55] Si aspira a representar a la nación deberá

ser imparcial cuando intenta ser portavoz del pueblo; objetiva, cuando intenta inscribir a los mexicanos como parte de la mexicanidad; finalmente, debe insertarse dentro de una secuencia civilizatoria de perfeccionamiento constante de la raza humana. Con base en estos dispositivos, la trama preferida para relatar el pasado será la de la lucha de contrarios, amigoenemigo, familiar-extranjero. Se privilegiará la historia política y militar al intentar explicar el avance y los triunfos de los rubros más avanzados frente al atraso de otros. México se encuentra en el segundo caso.

García Icazbalceta, por ejemplo, discrimina los periodos históricos en función de su tensión dramática. A mayor tensión dramática provocada por los enfrentamientos entre los bandos, se tendrá más público interesado en la historia. Por esa razón, los momentos de mayor conflicto —la conquista y la independencia— momentos de enfrentamiento y de rupturas, son más apreciados por los historiadores que el largo y lento trayecto del periodo novohispano.[56] Sin comprender el funcionamiento y evolución de la historiografía, Icazbalceta juzga que debido a esa lentitud los historiadores de entonces se contentaban con la cronología o mero establecimiento de los hechos.[57] Después de la independencia, la historia se muestra inmersa en la inestabilidad e incertidumbre, lo cual favorece el poder evocativo y la atracción por la lectura de la historia. En ese sentido, no se puede pasar por alto que se escribe historia en medio del auge de la novelística.[58] Cuánto facilita, dice Icazbalceta, la labor del historiador "el contar con una completa unidad de acción y de interés, y por término el magnífico desenlace de la entrada del ejército en la capital".[59] Después de la tempestad viene la calma. En los historiadores del periodo existe en ese sentido la conciencia de escribir una historia justiciera pero que al mismo tiempo atraiga el interés de los lectores.

La forma del juzgado civil nos ilustra sobre la doble función que jugará la producción histórica después de 1850. Al tiempo que se imparte justicia sobre el pasado se promueve la formación del ciudadano universal mexicano. En consecuencia, la investigación y escrituración del pasado deberán proporcionar igualmente la ilustración para comportarse adecuadamente en el presente. En lo expuesto se alcanza a advertir una paradoja: la historia regulada por los criterios científicos deberá cumplir tareas análogas a las que cumplía la historia en el periodo prenacional, es decir, la de ser maestra para la vida. Al tiempo que instruye sobre la naturaleza del pasado, ha de promover en el aprendiz nuevos hábitos de pensamiento y razonamiento.

Así, la historia enmarcada por la búsqueda de "regularidades" adquiere en el periodo nacional una función pedagógica altamente moralizadora. Al seguir los

lincamientos impuestos en los jurados republicanos la historia se constituye en un espacio de escritura orientado a inculcar en el pueblo un espíritu de justicia universal. Esos espacios —en palabras de uno de sus voceros— materializan "a los ojos del vulgo la idea de responsabilidad de la conducta humana; obliga a todos a sentir solidaridad para la protección mutua; constituye una cátedra de moral social que se levanta en comarcas a donde no llegan sino tenues rayos de civilización".[60]

EL POSITIVISMO Y LA HISTORIA

Se considera la alocución pronunciada por Gabino Barreda el 16 de septiembre de 1867 como el inicio del proyecto estatal positivista en materia de ciencia, instrucción pública y educación.[61] Empero, si se revisa su "oración cívica" se podrá ver que no hace sino reiterar y exaltar principios de la ciencia moderna esgrimidos anteriormente por el Conde de la Cortina sintetizados en las nociones de regularidad, evolución, progreso y finalidad. Quizás la novedad del discurso de Barreda radica en la importancia dada al aspecto "filosófico normativo" de la nueva escritura de la historia.[62] El ministro de Instrucción Pública del presidente Juárez aparece entonces como su artífice y orquestador. Se advierte también que su discurso, a diferencia del conservador, no está marcado por la melancolía sino por el optimismo producido por el triunfo militar ante las tropas del ejército de Maximiliano de Habsburgo. En ese sentido, el predominio cultural resultado de un triunfo militar puede dotar a la escritura de la historia de un mayor grado de chovinismo y de reforzamiento del sentimiento de grandeza y eternidad. La historiografía liberal no hace sino continuar el modelo historiográfico "conservador", pero al mismo tiempo intentará borrar sus huellas al situarlo del lado de los perdedores.[63] Se implanta a continuación como el modelo hegemónico de interpretación histórica; un modelo de ciencia histórica de cuño positivo, es decir, un saber dependiente de leyes y que mantiene su fe en la unidad del método científico. El proceso de implantación de la "filosofía positivista" en las formas de la historia se inició con la reforma y desaparición de la antigua universidad en 1856 y el ascenso al poder académico de los positivistas.[64]

No se trata de enunciados programáticos aislados sino de la formación histórica de un consenso alrededor de la forma de proceder frente al pasado. En una de las primeras síntesis "teóricas" sobre el modo moderno de escribir la historia elaborada por Manuel Larráinzar (1809-1884) en 1867, el año en que

Barreda pronunció su discurso, se encuentra una definición de la historia en la que se mezclan las enseñanzas de las autoridades clásicas y modernas (Mably, Chateaubriand, Lamartine) y otros autores franceses menos conocidos. Entre sus rasgos sobresalen: *a*) El establecimiento exacto de los hechos mediante la consulta de las "fuentes más puras" a fin de extraer "la verdad"; *b*) los hechos deben exponerse "en el lenguaje más adecuado, para que puedan llegar a la posteridad sin cambio ni alteración alguna"; *c*) el discurso del historiador "debe parecerse a un espejo fiel, que reproduce los objetos tales como los recibe, que no los altera ni muda, ni en la forma ni en el color" en referencia a Lamartine, y *d*) el historiador, a la manera de un juez, "ve, examina y falla", y por esa razón ejerce una verdadera "magistratura".[65]

Dentro de una concepción evolutiva de la historia los hechos políticos y militares tienen una relevancia especial en la medida en que su cometido principal es explicar por qué unos pueblos triunfan y otros fracasan. Esta valoración de los hechos no es una novedad del periodo "positivista", ya que sus rasgos se encuentran en historiadores del periodo "conservador" como Manuel Orozco y Berra y Joaquín García Icazbalceta. Por ejemplo para Icazbalceta la perspectiva política y militar permite identificar los momentos culminantes de una historia concebida como cambio y aceleración, y este aspecto es el que tiene un mayor interés para los lectores de historia.[66] En este sentido, a mayor inestabilidad en el presente se incrementa el interés por el pasado y viceversa, a mayor estabilidad menor atracción por el pasado.[67]

La Historia como destino se inicia en Icazbalceta con la entrada triunfal del Ejército Trigarante en la ciudad de México en 1821. En cambio, para los liberales, el ingreso de Juárez y de su ejército en la ciudad de México en 1867 señala la celebración de la "segunda independencia", en este caso del ejército francés. Aun siendo distintos y distantes en el tiempo se trata de dos episodios de naturaleza militar que obligan al narrador a dejar atrás los anacronismos acostumbrados de la historiografía premoderna o la simple enumeración cronológica de los hechos.[68]

¿Cómo valorar entonces la contribución específica del positivismo en la historiografía moderna? ¿En dónde se podría situar el gesto estabilizador o "conservador" de los liberales? Considero que ese rasgo se encuentra básicamente en el programa de reforma social, siendo la reforma de las ciencias y del pensamiento su condición necesaria.[69] De ahí que la implantación del positivismo se mueva en tres planos: el lógico (de lo más simple a lo más complejo), el pedagógico (establecimiento de este orden en la mente del niño) y el histórico (una teoría de la evolución de los tres estados).[70] Este procedimiento

se entroniza en México después del triunfo militar de los liberales en 1867. En el campo de la historia, por ejemplo, el programa diseñado por Larráinzar para escribir una historia general de México desde la independencia,[71] puede verse como la base del desarrollo de la obra cumbre de la historiografía del régimen liberal positivista: *México a través de los siglos* (1884-1889), coordinada por el general Vicente Riva Palacio.

El rasgo predominante del giro positivista no se relaciona tanto con la formación de una ciudadanía republicana. Este aspecto ya está presente desde el origen de la nación. Después de la declaración de intenciones de Lucas Alamán de 1823, la década de 1840 puede verse como la etapa de los cimientos de la nueva historia nacional. El triunfo liberal de la década de 1860 no hace sino continuar y hacer extensivo a todo México el programa previamente trazado por los conservadores. Riva Palacio sintetiza este proceso:

> La historia en los tiempos que alcanzamos, ha tomado un carácter más elevado y más noble: no es ya la relación más o menos florida de los acontecimientos que han pasado, ni el inocente pasatiempo del escritor y de los lectores; es el examen filosófico y critico de las causas que han producido los grandes acontecimientos, el estudio de las terribles y consecutivas evoluciones que han traído a la humanidad y a los pueblos al estado de civilización y de progreso en que se encuentran; es el conjunto de datos ciertos para despejar esas importantes incógnitas que persigue la sociología.

En Riva Palacio se encuentran también los elementos para comprender cómo el saber histórico moderno quedó envuelto en la “ontología positivista”:

> Y es porque se realiza en nuestros días una evolución científica: la filosofía metafísica después de haber sustituido a la escuela teológica, cede el campo a la ciencia positiva, en cuyo periodo entra ya resueltamente la humanidad. La historia, que no podía quedar fuera de ese movimiento, toma un nuevo aspecto tomando como segura base no los razonamientos a priori ni los sistemas preconcebidos, no el conocimiento de hechos sin más dependencia entre ellos que la cronológica, sino las relaciones que necesariamente enlazan entre sí a todos esos acontecimientos y que los determinan, que los convierten de cifras aisladas en antecedentes y consiguientes de profundo y exacto raciocinio» en causas y efectos de un gran proceso sociológico... Por eso ya en la historia los grandes sucesos no se consideran como el fatal cumplimiento de inescrutables designios de la providencia [...] Los datos para la resolución del problema se buscan en los luminosos archivos de la ciencia.[72]

La construcción de esta nueva ciencia de Estado basó uno de sus principios en la posibilidad de desarrollar un lenguaje universal sobre lo mexicano, a partir de fijar en tinta con exactitud hechos y descripciones unitarias de los eventos sucedidos. Esta fue precisamente la pretensión de la obra histórica escrita por Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*7[3]

CONCLUSIONES

El desarrollo de una nueva ciencia de la historia comenzó a cobrar mayor relevancia durante la década de 1840 y es obra, fundamentalmente, del partido conservador. En torno del vocablo “ciencia” se agrupó una doble dimensión soteriológica después de la derrota con Estados Unidos: *1*) la de liberarse del sentimiento de humillación mediante el engrandecimiento de la patria, y *2*) la de prepararse “científicamente” para futuras batallas. La falta de cohesión interna podía ser subsanable en el campo simbólico mediante la formación de un discurso histórico y geográfico homogeneizador. Esta función se realizó mediante la operación de coleccionar todas la piezas en un lugar apropiado (El Archivo Nacional, los museos, los monumentos, los diccionarios, etcétera), y la labor de investigación para dar a conocer la verdadera historia de México. La generación de Lucas Alamán y del Conde de la Cortina se sintió llamada, en ese sentido, a sentar las bases del discurso histórico nacional que hiciera justicia a los progresos en la construcción política de la nación. Dejó a las siguientes generaciones la labor de proseguir la tarea y llevarla a su conclusión.[74]

La resignificación en México del término historia durante este lapso se puede seguir de la mano del partido conservador en una coyuntura sociopolítica y militar específica: la derrota de México frente al ejército estadounidense entre 1846 y 1848. Uno de los efectos colaterales de la derrota mexicana consistió en profundizar la necesidad de edificar una historia nacional sobre nuevas bases epistemológicas. En primera instancia, el discurso se dirigió a los militares encargados de defender a la patria y progresivamente este imperativo se hará patrimonio de la ciudadanía en general, en especial gracias a la intermediación de la hegemonía político-militar liberal.[75] En ese sentido, fue la causa militar y no sólo la política la que sustentó y alimentó primariamente a la nueva historiografía de cuño nacionalista.

La distinción entre liberales y conservadores que se desarrolló en el campo político es insuficiente para entender la formación del discurso histórico moderno.[76] Los precedió a ambos la formación e incorporación del canon de la ciencia como requisito para gobernar a una nueva entidad política emergente. El a priori científico ocupa paulatinamente el a priori teológico moral del antiguo régimen. El estudio histórico de la estadística constituye una guía adecuada para identificar la desvinculación paulatina de la ciencia y la moralidad. Sin embargo, este proceso fue más complejo de lo previsto. La historiografía nacional asumió una función para la cual supuestamente no estaba destinada: la de servir de maestra para la vida. La historia, en otro escenario, continuó siendo un saber moral o una ciencia de las costumbres. De ahí la importancia de la historia en los planes de enseñanza y de educación cívica.

Uno de los principales logros de la historiografía liberal consistió en desarrollar una versión de la historia como proceso, pero como si se tratara de una esencia. Ecos de esta formación historiográfica se siguen encontrando en muchas obras históricas del periodo profesional. La historia de México aparece como si se tratara de una naturaleza humana inmutable. Pero el mismo proceso histórico moderno en el que se inscribe la historia nacional deja ver la contingencia en las formas de producción del pasado.[77]

La aparición de la historia en el siglo XIX corrió paralela al desarrollo de la ingeniería y geografía físicas y humanas ocupadas en el reconocimiento y transformación del espacio (incluido el cuerpo de los individuos); en tanto la historia se dedicaría al conocimiento de la transformación de las cosas y los objetos físicos y humanos a través del tiempo. Sin dejar de prestar atención a la importancia estratégica de la "nueva ciencia" en el ámbito político y militar, el desarrollo de la historiografía en el siglo XIX semeja en el campo de la escritura, como señala De Certeau, los procesos de colonización y conquista que ocurren en otros terrenos: para el "engrandecimiento" y "ornato" de la patria.[78]

Edmundo O'Gorman ha sido quizás uno de los escasos historiadores del periodo profesional que reveló el carácter ambiguo de la historiografía de cuño liberal. Sus ensayos circularon al lado de esta tradición y emergen como piezas raras sobre un fondo interpretativo liberal-positivista de la historia nacional. Esta interpretación fue tenazmente construida a partir del triunfo liberal sobre el partido conservador, pero también sobre el ejército francés en decadencia durante la segunda mitad del siglo XIX. En su ensayo *La supervivencia política novo-hispana. Monarquía o República* O'Gorman ha contribuido a revelar esa borradura encubierta en la forma del saber liberal: la que denomina como supervivencia de la tradición en la modernidad, es decir, aquel territorio marcado por la repetición y reiteración de lo ya sabido reforzado en prácticas rituales cotidianas. Estas prácticas fueron aludidas, como vimos, por Alamán cuando frente a la impaciencia de los liberales mencionaba la necesidad de devolver el pasado a los mexicanos. Esta tesis recordada por O'Gorman al conmemorarse el centenario del triunfo liberal,[79] no recibió la acogida debida en la década de 1970 debido al peso que tenía entonces en las universidades la versión positivista alternativa a la versión liberal: el materialismo histórico.

BIBLIOGRAFÍA

Alamán, L., 1823, *Memoria del secretario de Estado y del Despacho de*

Relaciones Exteriores e Interiores que presenta al soberano Congreso Constituyente sobre los negocios a su cargo, 8 de noviembre de 1823, México, Imprenta del Gobierno en Palacio.

——, 1997, "Noticias biográficas del Lic. Carlos María Bustamante y juicio crítico de sus obras", en Andrés Lira, *Lucas Alamdn,* México, Cal y Arena (Los imprescindibles).

Alamán, Lucas, 1942, *Historia de Méjico,* 3 vols., México, Editorial Jus, [1849-1852].

Alamán, Lucas *et al.* (1853-1856), *Diccionario Universal de Historia y de Geografía,* México, Tipografía de Rafael-Librería de Andrade.

Almonte, J.N., 1852, *Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles,* México.

Bertrand, Michel, 2003, "Écrire l'histoire, fonder la Nation: héros et conscience national dans le Mexique du XIXe siècle", en Sophie Dulucq et Colette Zytnicki (coords.), *Décoloniser L'Histoire. De "l'histoire coloniale" aux histoires nationales en Amérique latine et en Afrique (XIX-XXe siecles),* París, PSFHO-M.

Bulnes, E, 1904, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el Imperio,* México, Librería de Charles Bouret.

Bustamante, C.M., 1982, *Diario Histórico,* III, 1, 3 (Rina Ortiz, ed.) México, INAH.

Bustamante, C.M., 1842, *El Gabinete Mexicano,* México, Imprenta de Lara.

Cifuentes, B., 2001, "José Justo Gómez de la Cortina frente a la lengua oficial de México", en Laura B. Suárez de la Torre, *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860),* México, Instituto Mora-UNAM.

Clavijero, Francisco Javier, 1974, *Historia antigua de México,* prol. Mariano Cuevas, México, Editorial Porrúa, 4ª edición, [1780].

Comte, A., *Discurso sobre el espíritu positivo,* Buenos Aires, Aguilar, 1982 [1844].

Coser, L.A., 1968, *Hombres de ideas. El punto de vista del sociólogo,* México, FCE.

Cuevas, M., 1940, *Historia de la nación mexicana,* México, Talleres Tipográficos Modelo.

Charle, C, 1990, *Naissance des "intellectuelles" 1880-1900,* París, Les Éditions de Minuit.

Chávez Orozco, L., "Lucas Alamán", en *Historia de México (1808-1836),* México, INEHRM, 1985 [1947].

De Certeau, M., 1993, *La escritura de la historia,* México, Universidad

Iberoamericana.
De la Torre Villar, E. 2001, “La vida y obra de José Fernando Ramírez”, en José Fernando Ramírez, *Obras Históricas*, vol. I: *Época Prehispánica*, México Universidad Nacional Autónoma de México.
Dublán y Lozano, Manuel y José María Lozano, 1876, *Legislación mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la Independencia de la República*, México, Imprenta del Comercio.
Florescano, E., 2002, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus.
García Icazbalceta, J., 1854, “Historiadores de México”, en *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, tomo IV, México, Tipografía de Rafael-Librería de Andrade.
Gómez de la Cortina, J J., 1845, *Diccionario de Sinónimos Castellanos*, Mexico, Imprenta de Vicente García Torres.
Gutiérrez de Estrada, J.M., 1835, *Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores presentada ante el Congreso el 26y 30 de marzo de 1835*, México, Imprenta del Águila.
Hacking, I., 1991, *La domesticación del azar*, Barcelona, Gedisa.
Jiménez Maree, R., 2003, *La pasión por la polémica. El debate sobre la historia en la época de Francisco Bulnes*, México, Instituto Mora.
Kolakowski, L., 1993, *La filosofía positivista*, México, REI.
Larráinzar, J.M., 1992, “Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días”, en J.A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en tomo a la historia*, México, UNAM, [1970].
Lira, A., 1997, “Prólogo”, *Lucas Alamán*, México, Cal y Arena.
Mayer Celis, L., 1999, *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, México, El Colegio de México.
Mier, Fray Servando Teresa de, 1990, *Historia de la revolución de Nueva España antiguamente Anáhuac o Verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*, Londres. Edición del CNRS-CEMCA-Umversidad de París III-Sorbonne Nouvelle, Publications de la Sorbonne, [1813].
Morales, L.G., 1994, *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional 1780-1940*, México, Universidad Iberoamericana.
O’Gorman, E., *La supervivencia política novo-hispana. Monarquía o República*,

México, Universidad Iberoamericana, 1986, [1967].
——, 1975, “Introducción” de Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, México, Editorial Porrúa.
Ortega y Medina, J.A., 1992, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, UNAM, [1970].
——, 1992, *La historia hoy.*
Ortiz de la Torre, M., “Instrucción sobre los datos para formar la estadística”, 30 de septiembre de 1831.
Ortiz Monasterio, José, 1999, “La obra historiográfica de Vicente Riva Palacio”, tesis de Doctorado en Flistoria, México, Universidad Iberoamericana.
Pi-Suñer Llorens, A., 1996 (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, México, UNAM.
Pi-Suñer Llorens, A., 2001, “Una gran empresa cultural de mediados del siglo XIX: el *Diccionario Universal de Historia y Geografid*, en L.B. Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, Instituto Mora-UNAM.
Ramos Pedrueza, A., 1922, *Conferencias*, México, Eusebio Gómez de Puente.
Riva Palacio, V., 1996, *Los ceros. Galería de contemporáneos*, México, Instituto Mora, 2ª ed., [1882],
——, 1998, “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, en J. Ortiz Monasterio, selec. y prol., *Vicente Riva Palacio*, México, Cal y Arena.
Rivera, A., 1922, *Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y sobre la revolución de independencia escritos en Lagos*, México, SEP.
Rivera Cortés, R., 2000, “La difusión de la ciencia en México en el siglo XIX. El caso de la segunda época del *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*”, tesis de Licenciatura en Historia, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
Roldan Vera, E., 1995, “Conciencia histórica y enseñanza: un análisis de los primeros libros de texto de historia nacional, 1852-1894”, tesis de Licenciatura en Historia, UNAM.
Ruiz Castañeda, Carmen, 1974, *El Conde de la Cortina y “El Zurriago Literario” Primera revista mexicana de crítica literaria (1839-1840, 1843 y 1851)*, México, unam-Centro de Estudios Literarios.
Sánchez Vázquez, R, 2001, *Génesis y desarrollo de la cultura jurídica mexicana*, México, Editorial Porrúa.
Valadés, J.C., 1987, *Alamán. Estadista e historiador*, México, UNAM, [1938].
Vázquez de Knaught, J., 1975, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México.
Zea, L., 1975, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*,

México, FCE, [1943-1944].
Zermeño Padilla, G., 2002, *La cultura moderna de la historia*. *Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México.

Notas al pie

[1] Acta de Independencia firmada el 28 de septiembre de 1821.

[2] Véase Michel Bertrand, “Écrire l’histoire, fonder la Nation: héros et conscience national dans le Mexique du XIXe siècle”, Sophie Dulucq et Colette Zytnicki (coords.), *Décoloniser L’Histo ire. De “l’histoire coloniale” aux histoires nationales en Amérique latine et en Afrique (XIXe-XXe siecles)*, Paris, PSFHO-M, 2003, pp. 125-139.

[3] No obstante, este sentimiento cambia de signo al asentarse la dominación liberal a fines del siglo. Vicente Riva Palacio hace un llamado a dejar de negar el pasado colonial ominoso: “La Nueva España no fue la vieja nación conquistada que recobra su libertad después de trescientos años de dominio extranjero; fuente de históricos errores y de extraviadas consideraciones filosóficas ha sido considerarla así, cuando es un pueblo, el mexicano, cuya embriogenia y morfología deben estudiarse en los tres siglos del gobierno español, durante los cuales, con el misterioso trabajo de la crisálida y con heterogéneos componentes: españoles, indios, mestizos... formóse la individualidad social y política que, sintiéndose robusta, proclamó su emancipación en 1810”. Citado por Juan Ortega y Medina, *La historia hoy*, 1992, pp. 14-15. .

[4] Véase, Lewis A. Coser, *Hombres de ideas. El punto de vista del sociólogo*, México, FCE, 1968, pp. 200-216.

[5] El antecedente más inmediato a la aparición del “intelectual” en el marco de la nación republicana es el “caso Dreyfus”. Véase, Cristophe Charle, *Naissance des “intellectuelles” 1880-1900*, París, Les Éditions de Minuit, 1990.

[6] Véase Edmundo O’Gorman, *La supervivencia política novo-hispana. Monarquía o República*, México, Universidad Iberoamericana, 1986 [1967].

[7] Lucas Alamán, *Memoria del secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores e Interiores que presenta al soberano Congreso Constituyente sobre los negocios a su cargo*, leída en la sesión del 8 de noviembre de 1823, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, p. 22. El artículo 161, apartado VIII, de la Constitución de 1824 señala también la obligación de los estados de informar sobre la población para la elaboración confiable de censos y tablas estadísticas. *Cf.* Leticia Mayer Celis, *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1999,

p. 46.

[8] Alamán, *op. cit.*, p. 34.

[9] *Ibid.*, p. 39.

[10] *Idem.* Véase también Luis Gerardo Morales, *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional, 1780-1940*, México, Universidad Iberoamericana, 1994.

[11] Enrique Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2002, p. 353.

[12] Durante las primeras dos décadas después de 1821 domina, por un lado, la historia antigua, y en ello las obras de autores como Clavijero y Boturini serán una referencia constante. Por otro lado se desarrolla una especie de historia del tiempo presente en la cual preocupa ante todo el significado y curso del proceso de independencia. Ejemplos de estas historias son las de José María Luis Mora (1794-1850) *México y sus revoluciones* (1826-1836); Carlos María Bustamante (1774-1848), *Cuadro histórico de la revolución mexicana comenzada el 15 de septiembre de 1810por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla* de 1843 y *Mañanas de la Alameda de México publicadas para facilitar a las señoritas el estudio de la historia de su país* (1835-1836), y Lorenzo de Zavala (1788-1836), *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830* (1831-1832). Son historias de la independencia, y de la conquista hasta 1521.

[13] Para las prácticas de conservación en el antiguo régimen véase Manuel Josef de Ayala, "Historia", en *Diccionario de Gobierno y Legislación de Indias*, ed. Marta Milagros del Vas Mingo, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1990, pp. 127-131.

[14] Alamán, *op. cit.*, p. 54. Un signo de "modernidad" en Alamán era la necesidad de racionalizar la burocracia estatal.

[15] Véase José Antonio Maravall, *Antiguos y Modernos. Visión de la historia e idea de progreso hasta el Renacimiento*, México, Alianza Editorial, 1986.

[16] *Cf* Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en tomo a la historia*, 2ª ed., México, UNAM, 1992 [1970], pp. 74-132.

[17] Citado en Andrés Lira, "Prólogo", *Lucas Alamán*, México, Cal y Arena, 1997, p. 58.

[18] Mayer Celis, *op. cit.*, pp. 15; 22.

[19] Ian Hacking, *La domesticación del azar*, Barcelona, Gedisa, 1991. *Cf.* Mayer Celis, *op. cit.* p. 21.

[20] *Cf* Juan N. Almonte, *Guía de forasteros y conocimientos útiles*, México, 1852, pp. 588-591. El Conde de la Cortina y General de División fue miembro

de las Academias Españolas de la Lengua y de la Historia; publicó un *Diccionario de Sinónimos Castellanos*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1845.

[21] Mayer Celis, *op. cit.*, pp. 42 y 56.

[22] *Cf.* Capítulo II del libro de Mayer Celis. Para un estudio crítico del Instituto durante el periodo del "positivismo", véase Ricardo Rivera Cortés, "La difusión de la ciencia en México en el siglo XIX, El caso de la segunda época del *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*", tesis de Licenciatura en Historia, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2000.

[23] "Ciencia es el conocimiento claro y cierto de alguna cosa, fundado en principios evidentes por sí mismos, o en demostraciones. Es el resultado de la comparación que hace el entendimiento humano de todas las nociones que adquiere, reduciéndolas a principios o reglas constantes". Citado en Mayer, *op. cit.*, p. 22.

[24] Manuel Ortiz de la Torre, "Instrucción sobre los datos para formar la estadística", 30 de septiembre de 1831.

[25] Por circulares de la Secretaría de Relaciones se crearon la Academia de la Lengua el 22 de marzo de 1835 y la Academia Nacional de Historia el 23 de marzo de 1835. Manuel Dublán y José María Lozano, *Legislación mexicana*, tomo III, México, Imprenta del Comercio, 1876, pp. 35-37. Entre las tareas de la Academia de la Lengua están el cuidar y conservar la pureza de la lengua, promover la edición de los clásicos, formar el diccionario de las voces hispano-mexicanas, "la formación del Atlas etnográfico de la República en la parte perteneciente a idiomas. Censurar el lenguaje y estilo de todas las obras que pasen a su censura el Gobierno, los cuerpos científicos o los mismos autores. Y finalmente establecer premios anuales de elocuencia y poesía. De este modo cree el Gobierno que podrá contenerse la lastimosa decadencia en que se halla nuestra lengua y que han ocasionado tanto la falta de educación general, como el abuso que se ha hecho de las malas traducciones de que ha inundado a la República la codicia de los libreros extranjeros".

[26] José María Gutiérrez de Estrada, *Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores presentada ante el Congreso el 26y 30 de marzo de 1835*, México, Imprenta del Águila, 1835, pp. 41-46. Ortografía actualizada.

[27] Véase Carmen Ruiz Castañeda *El Conde la Cortina y "El Zurriago Literario". Primera revista mexicana de critica literaria (1839-1840. 1843y 1851)*, México, UNAM-Centro de Estudios Literarios, 1974; Barbara Cifuentes "José Justo Gómez de la Cortina frente a la lengua oficial de México", en Laura

Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto Mora-UNAM, 2001, pp. 373-384; Leticia Mayer Celis, *La tan buscada modernidad científica. Boletín del Instituto Nacional de Geografía y Estadística de 1839*, México, UNAM-IMAS, 2003; Manuel Dublán y José María Lozano (comps.), *Colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la República*, tomo I, México, Imprenta del Comercio a cargo de Dublán y Lozano, hijos, 1876, pp. 35-36.

[28] Eugenia Roldán Vera, "Conciencia histórica y enseñanza: un análisis de los primeros libros de texto de historia nacional, 1852-1894", tesis de Licenciatura en Historia, UNAM, 1995, p. 18.

[29] Mayer Celis, *op. cit*p. 119.

[30] Para el tema de la enseñanza de la historia en México de 1821 a 1960 véase el texto clásico de Josefina Vázquez de Knaught, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1975.

[31] En Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en tomo a la historia*, 2ª ed., México, UNAM, 1992 [1970], pp. 74-132.

[32] "Cuando por todas partes del mundo se nos desconoce y se nos calumnia; cuando nosotros mismos no sabemos ni nuestros elementos de riqueza, ni nuestras esperanzas de progreso, ni nuestros recuerdos tristes y gloriosos, ni los nombres que debemos respetar o despreciar; una obra que siquiera ensaye pintar todo esto, que intente reunirlo en una sola compilación, que se proponga juntar las piedras dispersas de ese edificio por formar, merece incuestionablemente la aprobación y el apoyo de cuantos han nacido en este suelo." *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, t. I, p. IV. Al respecto véase, Mayer Celis, *op. cit.*

[33] José C. Valadés, *Alamán. Estadista e historiador*, pp. 472-83.

[34] Antonia Pi-Suñer Llorens, "Una gran empresa cultural de mediados del siglo XIX: el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *op. cit.*, pp. 408-418.

[35] Guillermo Zermeño Padilla, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002, pp. 157-165.

[36] "Introducción", *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, p. I.

[37] Este proceso se puede rastrear en documentación recogida en el libro de Rafael Sánchez Vázquez, *Génesis y desarrollo de la cultura jurídica mexicana*, México, Editorial Porrúa, 2001, pp. 568-603.

[38] Como se aprecia en un registro del año de 1852 respecto al Colegio Nacional de San Gregorio y San Ildelfonso. Sólo en el Liceo Franco-Mexicano

aparecen las materias de Historia y de Geografía antiguas, romanas, medievales y modernas. En cambio en el Colegio Científico español-mexicano aparecen en la sección de Letras las materias de Historia Sagrada, Geografía e Historia universales. En la Nacional y Pontifica Universidad aparecen las cátedras tradicionales de teología y filosofía, medicina y cánones. La historia sigue vinculándose a las "letras" y si acaso a la de geografía. Juan Nepomuceno Almonte, *Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles*, México, Imprenta de I. Cumplido, 1852. Edición facsimilar del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997.

[39] Véase Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.), *En busca de un discurso integrador de la Nación, 1848-1884*, México, UNAM, 1996.

[40] Cf. Mariano Cuevas, *Historia de la Nación mexicana*, México, Talleres Tipográficos Modelo, 1940.

[41] Carlos María Bustamante, *Diario Histórico*, III, 1, 3ª ed. de Rina Ortiz, México, INAH, 1982, p. 32.

[42] Lucas Alamán, "Noticias biográficas del Lic. Carlos María Bustamante y juicio crítico de sus obras", en Andrés Lira, *Lucas Alamán, op. cit.*, p. 244.

[43] Todas las referencias pertenecen a Lucas Alamán, "Noticias biográficas del Lic. Carlos María Bustamante y juicio crítico de sus obras", *op. cit.*, pp, 257-258.

[44] *Ibid.*, p. 263.

[45] *Ibid.*, p. 265.

[46] Carlos María Bustamante, *El Gabinete Mexicano*, México, Imprenta de Lara, 1842, p. 137. Se puede consultar también con mucho provecho el disco compacto coordinado por Josefina Z. Vázquez y Héctor C. Hernández (eds.), *Diario Histórico de México, î822-1848*, cd-1, México, CIESAS-E1 Colegio de México, 2002.

[47] Citado por José C. Valadés, *Alamán. Estadista e historiador*, México, UNAM, 1987 [1938], p. 467. Véase también Lucas Alamán "Prólogo", *Historia de México*, en Obras de Lucas Alamán, Carlos Pereyra (dir.), México, Jus, 1942.

[48] José C. Valadés, *Alamán. Estadista e historiador, op. cit.*, pp. 472-483.

[49] Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el Imperio*, México, Librería de Charles Bouret, 1904, p. 870. Véase también, Rogelio Jiménez Maree, *La pasión por la polémica. El debate sobre la historia en la época de Francisco Bulnes*, México, Instituto Mora, 2003. No se trata de un caso aislado. Véanse también las referencias de Ernesto de la Torre Villar sobre "La vida y obra de José Fernando Ramírez", en José Fernando Ramírez, *Obras Históricas, vol. I: Época Prehispánica*, México, Universidad Nacional

Autónoma de México, 2001, pp. 90-91.

[50] Antonio Ramos Pedrueza (1864-1930), “El jurado como institución nacional (Estudio leído en el Primer Congreso Jurídico Nacional)”, en *Conferencias*, México, Eusebio Gómez de la Puente, 1922, pp. 97-122. “Sólo hay una lógica para la investigación de la verdad; y no existiendo diferente camino para llegar a la certidumbre, tratándose de un juicio penal o tratándose de cualquier otro hecho de la vida ordinaria, no hay razón para que existan dos lógicas; la judicial una, la usual otra”, p. 99. Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el Imperio*, *op. cit.*, p. 870. Rogelio Jiménez Maree, “Historia y retórica: la pasión por la polémica en Francisco Bulnes”, tesis de Maestrú en Historia, México, Instituto Mora, 2000.

[51] Francisco Bulnes, “Crítica histórica”, en *Páginas Escogidas*, prol. y selecc. de Martín Quirarte, UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, México, 1968, p. 3.

[52] Eugenia Roldán Vera, “Conciencia histórica y enseñanza; un análisis de los primeros libros de texto de historia nacional. 1852-1894”, tesis de Licenciatura de Historia, FFL-UNAM, 1995. De la misma autora, “Les origines de l’histoire nacional au Mexique. Les premiers manuels scolaires (1852-1894)”, en Michel Bertrand y Richard Marin (dirs.), *Ecrire rhistoire de l’Amérique latine y XIXe-XXe siècles*, Paris, CNRS, 2001, pp. 107-130.

[53] José Rosas, *Nuevo compendio de la Historia de México, escrito en verso y dedicado a la infancia mexicana. Primera parte. (Los toltecas)*, México, Imprenta del autor, 1877, pp. III-IV.

[54] Pedro Maldonado Olea, “La historia, maestra de la humanidad”, conferencia impartida en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística el 27 de junio de 1912. *Boletín de la Sociedad*... 5ª época, t. V, n. 5. México, Imprenta Arturo García Cubas, 1912, p. 265.

[55] Justo Sierra, *Evolución del pueblo mexicano*, pp. 184-185.

[56] La ausencia de las relaciones políticas internas y externas durante un periodo entorpece la tarea del escritor y lo deja “sin uno de sus principales recursos; y aun cuando a fuerza de ingenio haya conseguido inspirar vida a la narración de hechos aislados y muchas veces insignificantes, viene todavía a estrellarse contra la necesidad de interrumpirla a cada paso el hilo de los sucesos, con la noticia del cambio de virrey. No hay ingenio que baste para disimular esta repetición continua del mismo acontecimiento, espresado (*sic*) por necesidad casi siempre con las mismas palabras [...] con grave perjuicio de la unidad del plan y del interés de la narración; a lo que se agrega que en muchos casos el principal personaje no hace más que aparecer y retirarse, sin dejar en pos de sí

memoria alguna, ni en bien ni en mal". Joaquín García Icazbalceta, "Historiadores de México", en *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, t. IV, México, Tipografía de Rafael-Librería de Andrade, 1854, p. 137.

[57] *Ibidem.*

[58] "Al silencio y tranquilidad de aquellos siglos, sucedieron los tormentosos días de la guerra de independencia. El historiador que antes no acertaba a dar movimiento a su narración, tropieza ahora en el estremo (*sic*) contrario. Muertos los primeros caudillos todo interés, toda unidad de acción desaparece en el confuso laberinto de guerrilleros y ladrones. Preséntase Morelos y por algún tiempo reanima el interés y restablece la unidad; pero cuando a su vez también sucumbe, entonces ya no queda sino un inmenso caos de pasiones desenfrenadas, en el que solo aparece como un punto luminoso la breve, pero inmortal campaña de Mina [...] Pero lo que perdía la historia en atractivo, ganaban ciertamente los pueblos en reposo y bienestar". *Ibidem*.

[59] *Idem.*

[60] Antonio Ramos Pedrueza, *Conferencias*, México, Eusebio Gómez de Puente, 1922, p. 121.

[61] Leopoldo Zea, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, FCE, 1975, pp. 105-147.

[62] Roldán Vera, *op. cit.*, pp. 26-7. Para una ampliación de la noción "normativa" del positivismo y Ja semántica polivalente del término véase Leszek Kolakowski, *La filosofía positivista*, México, REÍ, 1993.

[63] Un ejemplo de la "depuración" del legado historiográfico "conservador" es la obra del presbítero de Lagos, Agustín Rivera, quien inspirado en las reglas de la "crítica" de Jaime Balmes escribió una "biografía y juicio crítico de don Lucas Alamán como político y como historiador", en *Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y sobre la revolución de independencia escritos en Lagos*, México, SEP, 1922, pp. 239-284. Aun cuando sus escritos corresponden al periodo anterior fueron republicados en 1921-1924 como parte del programa educativo y cultural de José Vasconcelos dentro de la colección "Clásicos Universales", al lado de Homero, Platón, Dante, Tolstoi, Esquilo, Plutarco, etcétera.

[64] Rafael Sánchez Vázquez, *Génesis y desarrollo de la cultura jurídica mexicana*, México, Editorial Porrúa, 2001, pp. 568-603.

[65] José María Larráinzar, "Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días". Estudio presentado ante la

Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1865, en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, UNAM, 1992 [1970], p. 153.

[66] Joaquín García Icazbalceta, "Historiadores de México", *op. cit*., p. 137.

[67] *Idem.*

[68] *Idem.*

[69] Se requiere una historia cultural del positivismo para comprender mejor la recepción y aplicación de un modelo sociológico antiliberal (al menos en el sentido de la filosofía de John Stuart Mill), estabilizador, es decir, en esencia antiutópico. De acuerdo con Kolakowski "Comte favoreció el golpe de Estado de Napoleón III porque pensaba que una dictadura privada de doctrina puede, con el tiempo, si se la completa con una ideología social adecuada, transformar la sociedad en el espíritu orgánico, restaurar la unidad deseada de la vida política y de la fe". Kolakowski, *La filosofía positivista*, pp. 68-69.

[70] Augusto Comte, *Discurso sobre el espíritu positivo*, Buenos Aires, Aguilar, 1982 [1844].

[71] José María Larráinzar, *op. cit.*, pp. 142-255.

[72] Vicente Riva Palacio en su biografía sobre el historiador José María Roa Bárcena. José Ortiz Monasterio (coord.), Vicente Riva Palacio, *Los ceros. Galena de contemporáneos*, México, Instituto Mora, 2ª ed., 1996, [1882], p. 308. Vicente Riva Palacio, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", en José Ortiz Monasterio, selec. y prol., *Vicente Riva Palacio*, México, Cal y Arena, 1998, pp. 476-477. Para profundizar en la obra historiográfica de Riva Palacio véase José Ortiz Monasterio, "La obra historiográfica de Vicente Riva Palacio", tesis de Doctorado en Historia, México, Universidad Iberoamericana, 1999.

[73] La *Evolucion política del pueblo mexicano* sintetiza y culmina la interpretación "liberal" de la historia nacional de México. Se trata de dos textos publicados entre 1900 y 1902, que fueron recogidos más tarde en 1940 en forma de un solo libro. Es la obra del ministro de Educación de Porfirio Díaz, que logró sobrevivir en el siguiente régimen de la Revolución mexicana.

[74] Alamán falleció en 1853, precisamente cuando aparecía el primer volumen de esta obra enciclopédica.

[75] Véase Tadeo Ortiz de Ayala, *México considerado como nación independiente y libre*, 1832; José Justo Gómez de la Cortina, *Cartilla historial o método para estudiar la historia*, Madrid, Eusebio Aguado, 1829 (México, 1840). Un análisis detallado de estos textos se encuentra en Eugenia Roldán Vera, *op. cit.*

[76] Por ejemplo Luis Chávez Orozco en la década de 1930 no consigue

descubrir la unidad que subyace a la contradicción tradición-modernidad, a partir de la cual cree comprender la obra de Lucas Alamán. Luis Chávez Orozco, "Lucas Alamán" en *Historia de México (1808-1836)*, México, INEHRM, 1985 [1947], pp. 267-301.

[77] Véase Michel de Certau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993, pp. 27-2$. Es un dato que es posible encontrar en uno de los principios desarrollados por Augusto Comte (1798-1857). La misma ciencia (y en consecuencia la historiografía moderna) es parte de la historia de la ciencia. De modo que el establecimiento de las leyes del desarrollo histórico poseen también un carácter sociológico y, en consecuencia, histórico. En ese sentido, el "positivismo" de Comte, es una forma de "historicismo". *Cf.* Kolakowski, *La filosofía positivista*, pp. 70-71 y 87-88.

[78] De Certau, *La escritura de la historia*, pp. 78-79 y 84-90.

[79] Edmundo O'Gorman, *La supervivencia política novo-hispana. Monarquía o República*, México, Universidad Iberoamericana, 1986 [1967].

LA INVENCIÓN DE LA HISTORIA NACIONAL EN EL PERÚ DECIMONÓNICO

MARK THURNER
Universidad de Florida

Más que ofrecer una relación de los pormenores de la "historiografía peruana"[1] en el siglo XIX, este capítulo intenta trazar a grandes rasgos las principales líneas narrativas y conceptuales que posibilitaron la invención de la "historia peruana", entendida como un discurso narrativo autorreferencial (es decir, el sujeto escritor escribe "la vida" de un sujeto singular colectivo del cual se imagina ser miembro o crítico íntimo), cuya eficacia descansa sobre los efectos literarios realistas generados por la enfática repetición de su nombre propio (en este caso, "Perú" y "peruano") en las cada vez más amplias esferas y tiempos "de la nación". Al colonizar espacios y tiempos enunciativos (ciencia, pasado, política, futuro, economía, presente, educación, familia, comunidad) con su nombre, la historia nacional se naturaliza, volviéndose moderna identidad y universo referencial de los sujetos así nombrados (en este caso, "peruanos"). Lo que interesa aquí no es tanto esbozar la "historiografía" como "herramienta en la construcción del Estado nacional" sino indagar sobre los elementos literarios y conceptuales que hacen posible pensar (hasta hoy) que "Perú" es un sujeto colectivo singular (es decir, un sujeto madre con múltiples miembros, todos identificables por el mismo nombre propio) y "genético" (es decir, transgeneracional y autorreproductivo) que "tiene historia" y sobre el cual se puede "escribir historia" o erigir "historiografía peruana". En suma, ¿como es posible que algo llamado "historia peruana" exista y se preste a ser estudiada, escrita y vivida? Y

de allí volver sobre la cuestión de “la invención de la historia nacional” ya que los historiadores de hoy son y somos el “futuro pasado” de esa moderna invención.[2]

El papel matriz que desempeña el nombre propio en la narrativa histórica fue bien comprendido por el filósofo e historiador Sebastián Lo rente (1813-1884), y es por esta razón más que por ninguna otra que (a pesar de haber nacido en España) puede considerarse el fundador de la “historia peruana” contemporánea. Lorente hizo por el discurso histórico lo que los libertadores San Martín y Bolívar habían hecho por el discurso político: sus pronunciamientos y sus escritos hicieron que “el Perú” perteneciera a “los peruanos” y viceversa. Esto es, las historias de Lorente, publicadas entre 1860 y 1879, convirtieron para siempre a “todo el Perú” en el territorio eterno y soberano del saber y ser de “todos los peruanos”. Lorente inventó la “historia peruana” como el “relato completo” de todas las cosas memorables jamás alcanzadas por “los peruanos”, en un territorio literario o imaginado, proyectado retroactivamente y hacia el futuro. Lo hizo con un estilo inspirador y ameno, y con la aprobación del sistema educativo del Estado. Su “historia crítica de la civilización peruana” contemplaba “el desarrollo nacional” como la sublime “armonía entre todos los elementos civilizados”, desde el pasado más remoto y primitivo hasta el presente y hacia el futuro, estableciendo así el marco genealógico perdurable del discurso histórico peruano contemporáneo (y el plano de todos los museos nacionales del Perú). Era, además, muy consciente de la vital importancia de su labor para la nación: “para nosotros —escribe— la historia [...] de la civilización peruana [...] es la más importante después de la historia sagrada.”[3] Al igual que el francés Jules Michelet, Lorente trabajó dentro de “la concepción de la historia de un pueblo como un todo unitario que se va desenvolviendo desde un momento original hacia un destino, y que se manifiesta en la identidad armónica del alma nacional”.[4] Gracias sobre todo a Lorente, en la década de 1880 Perú poseería una narrativa histórica nacional propia, cuya genealogía era antigua y cuyo futuro sólo estaba limitado por el alcance providencial de su glorioso nombre. ¿Cómo ocurrió todo esto? ¿Y cuáles han sido sus efectos?

Lorente vivió y escribió en el Perú durante la próspera pero truncada “era del guano” (1845 a 1880) y fue el más prolífico e influyente historiador del Perú del siglo XIX. Partisano en la “Revolución liberal” del Perú (1854-1855), Lorente logró el favor de los más poderosos presidentes y ministros del Perú del siglo XIX y fue durante la llamada época liberal (desde el régimen de Ramón Castilla al de Manuel Pardo) cuando se formaron tanto la moderna República Peruana como la “historia peruana”. Por entonces director del colegio liberal más importante del

Perú (Nuestra Señora de Guadalupe), con cátedras en historia natural en la Facultad de Medicina y en historia de la civilización peruana en la Universidad de San Marcos, donde fue el decano fundador de Letras, Lorente escribió, casi sin ayuda, la primera generación de libros de texto de filosofía y de historia (y de muchas otras materias), institucionalizando y dando a la vez coherencia filosófica a la nueva historia nacional.

Aparte de su gran peso institucional y pedagógico, Lorente destacó entre los historiadores peruanos de su época por su pensamiento filosófico y la fluidez de su escritura. La mayoría de los "historiadores" del Perú durante este periodo se caracterizaron por ser eruditos, analistas, bibliógrafos, biógrafos, costumbristas o ensayistas. Los más estrechos competidores de Lorente fueron Manuel de Mendiburu (1805-1885), Mariano Felipe Paz Soldán (1821-1886) y Ricardo Palma (1833-1919). El general Mendiburu compiló un notable "diccionario biográfico-histórico" de grandes hombres y de los hechos y épocas que los rodearon, sin embargo no se trataba de historia en el sentido contemporáneo. Paz Soldán, reconocido por los historiadores profesionales por haber introducido el uso sistemático de la nota a pie de página y editado la primera revista de historia del Perú, *La Revista Peruana*, recopiló numerosas fuentes para la historia del Perú independiente, pero según él mismo reconoció, su *Historia del Perú Independiente* (1868) no era sino "anales o crónicas" incompletos de los hechos que pudo documentar.[5] Ricardo Palma compiló los *Anales de la Inquisición de Lima* (1863-1897), pero admitió que el trabajo era poco más que "el armazón de un libro filosófico-social, que otro más competente escribirá. El autor se conforma con que no se le niegue el mérito de haber, pacientemente, acopiado los datos. La tela y los materiales son suyos. Que otro pinte el cuadro".[6] Las *Tradiciones* de Palma se caracterizan por ser pequeñas viñetas, diálogos, la trascripción de documentos históricos y anécdotas, muchas de las cuales están tramadas en los modos verbales festivos y a menudo satíricos del *costumbrismo* liberal. Tanto los *Anales* como las *Tradiciones* son los frutos literarios de una abundante investigación en archivos y bibliotecas, cuando Palma era director de la Biblioteca Nacional, y no hay duda de que sus trabajos han sido ampliamente leídos en la Lima del siglo XX como una forma de *historia* popular. En contraste con los escritos de estos tres autores, los trabajos de Lorente no son biográficos, recopilaciones de fuentes ni aburridos anales, y tampoco se caracterizan por la anécdota literaria o la viñeta. Las historias de Lorente son filosóficas, multidisciplinarias, evolutivas y empíricas, y "pintan cuadros" narrativos de la trayectoria completa de la "historia peruana". Lorente no hace alarde de erudición, pero sus textos merecían sin duda el nombre de historia en la época

contemporánea mundial. Mendiburu, Paz Soldán y Palma admitían tener una visión más limitada de la historia (crónica política, compilación, biografía, cronología), así como una incapacidad confesa para escribir historia "filosófica" o "social". Lorente era todo lo contrario: su visión de la historia era filosófica o historicista y su manera de escribir era sintética. Es más, Lorente fue el único historiador en el Perú del siglo XIX que pudo finalizar y ver publicadas una serie de libros que abarcaban la totalidad de la "historia peruana", desde la "época primitiva" hasta la "era contemporánea". Sus indispensables libros de texto y su "historia general" circularon profusamente en las escuelas, librerías y salones del Perú, e influyeron decisivamente en el diseño de los planes de estudios nacionales del país, a nivel secundario al igual que universitario. Aunque sólo sea por esta razón, su trabajo constituye la mejor descripción, tanto de la vanguardia académica como de las tendencias oficiales y no oficiales del pensamiento histórico y su enseñanza en el siglo XIX en el Perú.

LA MUTACIÓN POÉTICA DEL SUJETO SOBERANO: DEL LIBRO DE LOS REYES AL LIBRO DEL PUEBLO

La "historia peruana" poscolonial puede entenderse como una poética republicana y una enseñanza del conocimiento de sí mismo, que respalda la formación progresiva de ciudadanos y nacionales "ilustrados" y "libres" que, adecuadamente informados de su historia, puedan "realizar su destino" como "hombres peruanos". Esta poética fue posible gracias a la revolución de la independencia pero requirió el destronamiento conceptual del antiguo "Libro de los Reyes" o historia dinástica, un hecho literario que no pudo llevarse a cabo hasta la "Revolución liberal" y la generación de Lorente. Similar al caso de Francia[7] pero marcada por una diferencia colonial, "decapitar al Rey" en el campo conceptual de la historia nacional implicaría, sin embargo, asumir una profunda deuda con su antecesor y sombra. En su *Diccionario para el pueblo* (1855), Juan Espinosa, soldado e intelectual revolucionario, redefinió la "historia" en estos términos republicanos:

> 'La historia', dice un autor que no recordamos, es el libro de los reyes; pero es preciso que esté escrito por hombres libres y amigos de la verdad/ Este autor debió.ser cortesano; porque si no hubiera dicho: 'La historia es un maestro de escuela que enseña a leer a las sociedades modernas en el libro en que aprendieron a deletrear las antiguas.'[8]

Por las razones esbozadas anteriormente, no hay duda de que Lorente fue el

más destacado “maestro de historia” del Perú republicano. El comprendió que la manera de escribir historia era histórica, es decir, que la nueva “Edad de las Revoluciones” presuponía una nueva poética histórica del pueblo y para el pueblo, y ya no simplemente anales “cínicos” o “desinteresados de los hechos”. La historia era un espejo filosófico y literario de los grandes cambios y verdades del hombre. En el Perú la atrevida nueva edad del “hombre contemporáneo” nació de la revolución de independencia, ya que “existía [...] una unión íntima, pero secreta [...] entre la causa de la independencia y la de la república [se] confundían la caída del coloniaje con la abolición de la monarquía: la causa del Rey era diametralmente opuesta a la causa de la patria; el pueblo propendía instintivamente a la república, y los patriotas más ilustrados eran en general republicanos entusiastas”.[9]

La vieja “causa del rey” y el colonialismo habían estado sostenidos por la vieja historia cortesana o “Libro de los Reyes”. Como señaló Espinosa, la era republicana de la revolución demandaba una historia magistral y “antigua” del y para el pueblo. Y en *Historia antigua del Perú* (1860), Lorente dejó claro por qué la “historia antigua” era ahora de lectura obligada para la republicana y moderna “sociedad peruana”:

> Si la civilización antigua del Perú ofrece un interés general a los hombres de todos los países, tiene para nosotros el de la actualidad y el del porvenir. Ella está personificada en monumentos que aún subsisten, vive en nuestras costumbres e influye sobre nuestra marcha social y política; quien la ignora, no puede comprender nuestra situación, ni dirigir la sociedad con acierto. La influencia que su conocimiento está llamado a ejercer sobre nuestros sentimientos, excede en importancia a las luces que nos da para comprender el presente. Por la grandeza pasada presentiremos la futura; y conociendo mejor lo que puede ser el Perú, cooperaremos con mayor resolución a su engrandecimiento.[10]

Lorente no estaba solo. La práctica o “causa política y social” de la antigüedad republicana fue esbozada en las *Antigüedades Peruanas* (1851), de Mariano Eduardo de Rivero (con Jacob von Tschudi). A diferencia de la tradición cortesana e imperial del “Libro de los Reyes”, más tarde rechazada por Espinosa, donde las crónicas estaban rutinariamente dedicadas al rey, al príncipe o al virrey, el primer libro republicano de “antigüedades peruanas” estaba apropiadamente dedicado al Congreso del Perú y a “la causa de la soberanía nacional”. Esta causa no era otra que “la causa de la memoria en contra de la perdición”. El epígrafe del libro cita esta línea de Casimir Perrier: “Los monumentos son como la Historia, y como ella inviolables. Ellos deben conservar la memoria de los grandes sucesos nacionales y ceder tan solo a los estragos del tiempo.”[11] Rivero (1798-1857) fue director y fundador del primer museo nacional de historia natural del Perú independiente y aseguró el

financiamiento del Congreso para subsidiar la impresión de láminas litográficas en la Viena imperial, gracias a la mediación de su colega suizo el peruanista Jacob von Tschudi, miembro de la Real Academia de Ciencias de Vlena. En el prefacio del libro, Rivero deplora la lamentable herencia colonial de destrucción y negligencia; escribe:

> Siglos han transcurrido sin que el Perú posea una colección de sus antiguos monumentos arqueológicos, que el tiempo, la codicia y superstición destruyeron en parte. Estos testigos mudos pero elocuentes, revelan la historia de sucesos pasados y nos muestran la inteligencia, poder y grandeza de la nación que rigieron nuestros incas [...] La historia de las naciones [...] no solo interesa por saber a que grado de poder y cultura llegaron estas [...] sino también, para instruirnos de sus progresos [...] y preparar a los pueblos para el goce de una libertad nacional.[12]

El frontispicio del segundo volumen de *Antigüedades peruanas*, presentado como sustento para la "imaginación generosa" de los peruanos y de su congreso (ya "que Babilonia, Egipto, Grecia y Roma no son los únicos imperios que merecen servir de pábulo a una imaginación generosa"[13]), es una magnífica representación de la historia sumamente prometedora del Perú. (Ilustración 1)

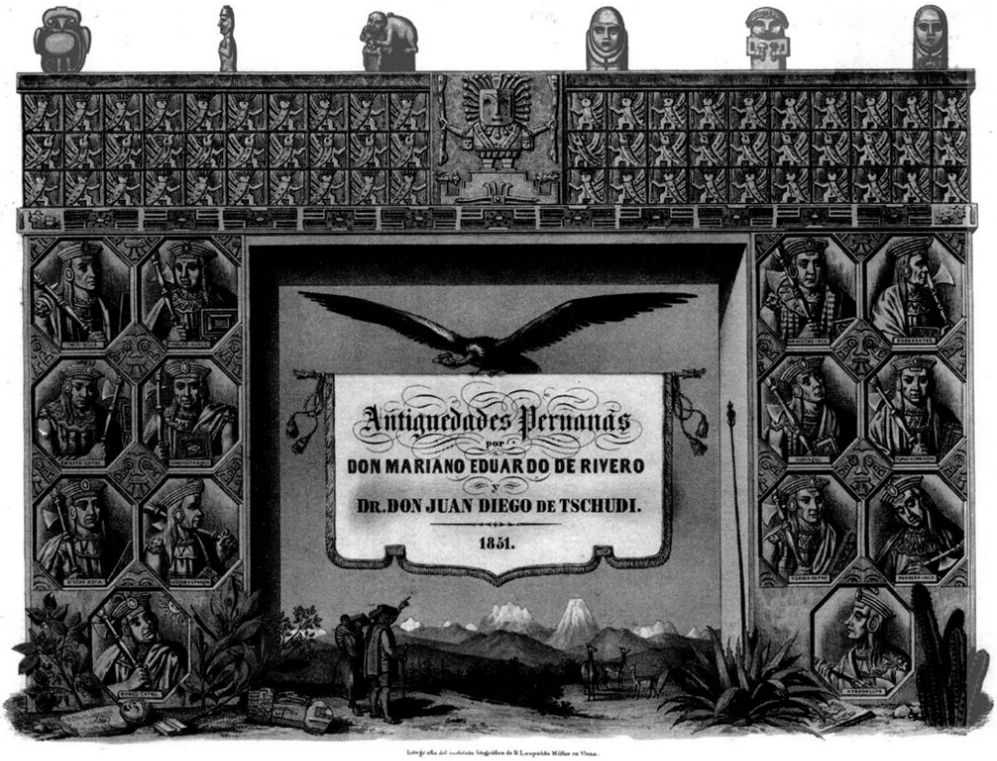


Ilustración 1

En este sepulcro neoclásico y romántico-científico de y para la generosa imaginación de los peruanos, la antigua ruina de la *Puerta del Sol* en Tiahuanaco

(hoy Bolivia) se levanta triunfal y simboliza el umbral republicano hacia el futuro nacional. La bucólica familia india y la fauna y flora nativas “dan vida” a la generosidad del paisaje de la tierra autóctona, mientras la gloria de los antiguos reyes incas y la cantería presagian la mayor bienaventuranza aún por venir. Pero la antigua Puerta del Sol, que representa el arco triunfal republicano de un sepultado “Perú antiguo”, es a la vez un “espejo” que pronto se convertiría en símbolo o “logo” nacional.[14] De la misma manera en que los efímeros arcos triunfales virreinales e imperiales, construidos para las ceremonias reales en los siglos XVII y XVIII, eran majestuosos “espejos del príncipe” dedicados a la educación del príncipe o del virrey,[15] el viejo arco republicano de Rivero es un “espejo del pueblo” dedicado a la causa de la memoria e iluminación de la “soberanía nacional”.

Este espejo republicano y antiguo del pueblo es una mutación de la vieja historia imperial o “Libro de los Reyes” y su discurso colonial. Los catorce reyes incas que adornan la Puerta del Sol que figura en las *Antigüedades Peruanas*, son copias exactas de aquellos que adornaban la representación imperial española de los “emperadores peruanos” o “monarcas” incas y “ultramarinos” del Perú, de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, publicado en Madrid en 1748 (Ilustración 2). El grabado fue compuesto por artistas peruanos y españoles, pero en muchas formas se trata de la interpretación creativa en imágenes de la teoría y grandeza de la historia dinástica, y corresponde muy cercanamente a la poética de *Lima fundada o la conquista del Perú* (1732), de Pedro de Peralta Barnuevo. La ilustración representa la sucesión del rey Fernando VI, como fue imaginada y celebrada en Lima en 1746 (tres años después de la muerte de Peralta). Los “emperadores peruanos” están enmarcados por el “Teatro Político” del mundo civilizado hispano, simbolizado con el suntuoso pórtico flanqueado por representaciones piramidales de las “Columnas de Hércules” (ya que Peralta y otros historiadores españoles habían confirmado que el fundador de España era “egipcio” y no “griego”). Ángeles suspendidos sostienen la providencial cadena de oro o “hilo de la historia” que “forja” la Fe, que une los pendones de las dinastías inca y española del Perú, desde el inca fundador Manco Cápac al nuevo rey Fernando VI. En esta representación de la historia dinástica del Perú, el inca Atahualpa aparece como el XIV emperador peruano y ofrece su cetro real al Sacro Emperador Romano Carlos V, quien blande su espada, aquí nombrado XV Emperador del Perú. El pendón de Carlos V muestra la Santa Cruz, el sagrado emblema adoptado por la Casa de los Austria; su cristiana luz absorbe y reemplaza la luz pagana, aún brillante, del sol idolatrado por Manco Cápac, representados respectivamente, en el primer pendón real en el ángulo inferior

izquierdo de la ilustración.

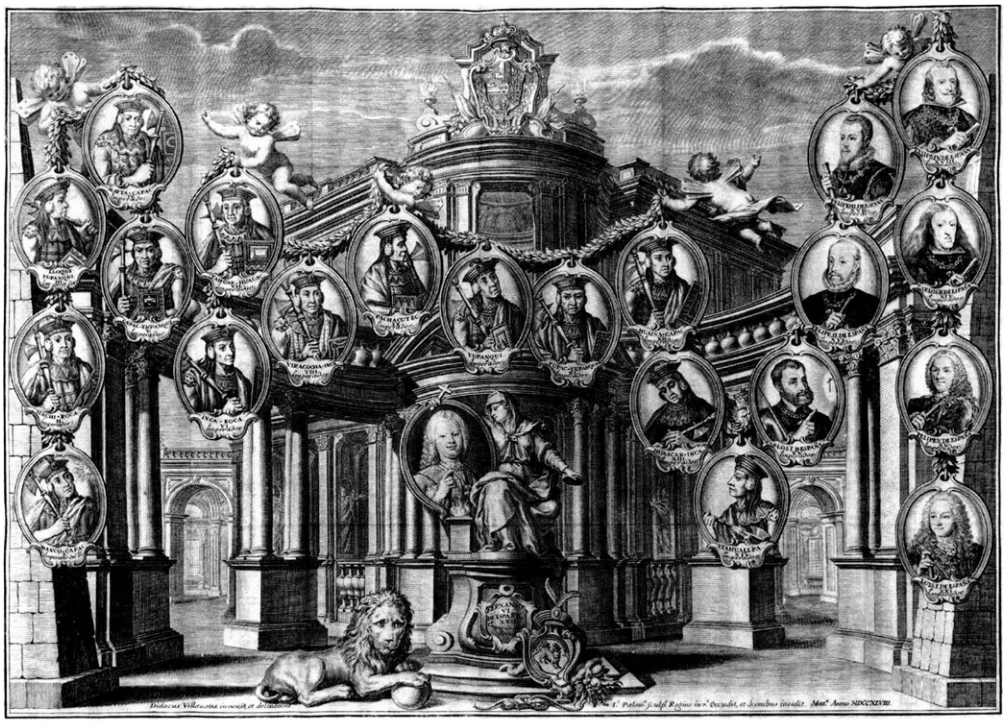


Ilustración 2

La ilustración de 1748 de los “emperadores peruanos”, es un bello “cartel” desplegable encartado en el Apéndice de la *Relación histórica del viaje a la América meridional*, de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, acertadamente titulado “Resumen histórico del origen y sucesión de los incas, y demás soberanos del Perú, con noticias de los sucesos más notables en el reinado de cada uno”. El *Resumen histórico*, cuyo autor fue Ulloa, es en esencia una trascripción abreviada y contemporizada del relato del Inca Garcilaso de la Vega sobre la dinastía de los incas, con varias adiciones notables. “Los otros soberanos del Perú” son añadidos a la historia dinástica, de tal manera que “Carlos I de España, V de Alemania” o “El Sacro Emperador Romano”, es aquí presentado como “el XV Monarca del Perú” y “el XV Emperador del Perú”. En efecto, se agrega una nueva dinastía “peruana” a los anales de la historia universal: aquella que comienza con “Carlos XV del Perú”. Pero, ¿quién presidía su coronación peruana? La ilustración proporciona la respuesta: la Fe. De hecho, la figura alegórica de la Fe, forjadora de la “dinastía peruana”, está en consonancia con la historia en dos partes de Garcilaso de la Vega sobre los incas y la conquista española, en donde la “tiranía de Atahualpa” y la intervención de la Virgen María hacen posible un *translatio imperii* de los “Incas, Reyes del Perú” a Carlos V “emperador romano y del universo”. “Carlos XV del Perú” va seguido

por una larga lista de “gobernadores del Perú”, que comienza con Francisco Pizarro e incluye a todos los virreyes del Perú. Destaca que Atahualpa es restaurado como “el último inca” del “imperio peruano” ya que, antes de su ejecución, tenía en su poder la “borla colorada” o insignia roja, que se consideraba el equivalente inca de un sello dinástico. Se dice que a la muerte de Atahualpa, Pizarra se adueñó del sello y lo pasó a otro de los hijos de Guayna Cápac, llamado Manco I. Pero “Manco Inca” devolvió el sello real a Pizarra quien, a su vez, se lo hizo llegar a Carlos XV del Perú. En la ilustración puede verse en primer plano, en la parte inferior a la izquierda de la Fe, la “borla colorada” con tocado inca, mientras que abajo a su derecha reposa el León, emblema del Reino de Castilla y León, con su zarpa descansando sobre el orbe.

Una muy buena razón por la que el español Ulloa es encumbrado posteriormente por la élite criolla de Lima como “nuestro historiador nacional”, es el tratamiento que da al inca fundador Manco Cápac. Remando contra la corriente de los críticos de la Europa noroccidental del siglo XVIII, que entonces sostenían que el primer inca era seguramente de origen “extranjero”, Ulloa afirmaba que Manco Cápac debió ser un “príncipe” descendiente por línea paterna de una antigua pequeña “nación” cerca de Cuzco, que entonces se extendió bajo su gobierno. La crónica de Ulloa estaba en franca consonancia con el renacimiento y los sistemas dinásticos y disposiciones de la “noble ciencia de los príncipes”, así como con el discurso colonial del “indio desgraciado” o “miserable”, tan típico de los pronunciamientos de los virreyes, magistrados e inspectores en el Perú (y México).[16] En este discurso, los indios comunes eran rutinariamente descritos como perezosos de mente y cuerpo y fácilmente influenciables por las exigencias de impostores sediciosos, que se presentaban a sí mismos como herederos vengadores de la dinastía inca. En la historia de Ulloa, como en el discurso de los magistrados coloniales, existe casi siempre un abismo temporal y moral entre el glorioso pasado inca y el misérrimo presente indígena. En líneas generales, este abismo refleja la división de la estructura social en nobles y plebeyos. No obstante, en el siglo XVIII, y ahora que los incas estaban convirtiéndose en las “antiguas” tumbas de la memoria republicana, ese abismo fue efectivamente temporalizado. Sin embargo, reclamos “utópicos” en el pasado inca, hechos por rebeldes indios a fines del siglo XVIII, sugieren que en algunos casos el pasado inca estaba cualquier cosa menos sepultado.[17]

El abismo colonial de carácter temporal entre el minúsculo nativo viviente y el glorioso inca fallecido dejó su marca en el “generoso” arco republicano de Rivero. Dicho arco (véase arriba ilustración 1) constituye un ilustrativo contraste con la arquitectura de la historia imperial de las dinastías (véase arriba

ilustración 2) pero es, a la vez, una sucesión. Ninguna virgen alegórica (la Fe) ni tampoco los Angeles rondan alrededor del arco republicano del “antiguo Perú”, ahora representado con el asombroso realismo y supernaturalismo de la estética neoclásica y romántica peruana que, en efecto, no deja lugar a la *dinastía ultramarina.* La bóveda palaciega de un imperio dinástico universal que flota sobre “el orbe político” gracias a los Ángeles y la Fe, ha sido devuelta en la curvatura de las alas de los ángeles y vuela sin ataduras a través del océano. Ahora efímero, el palacio dinástico es desplazado por la antigua y firme Puerta del Sol en Tiahuanaco, anclada firmemente en “el país”. Aquí, en el territorio originario de la dinastía inca, éstas están talladas en la piedra antiquísima frente a la grandeza humboldtiana y la sublimidad del paisaje ecuatorial andino (volcanes, flora, fauna), descrito científico-románticamente, como pronto veremos, por el criollo peruano Hipólito Unanue hacia fines del siglo XVIII. Son ahora “nuestros incas” porque están muertos, sepultados en “la tierra”. Esculpidos en piedras monumentales, los incas que vivieron en las páginas y en la imaginería del dinástico Libro de los Reyes y su “Imperio Peruano”, encontraron así una vida peruana de ultratumba en la historia republicana. En su calidad de arcaicos, los incas sirven ahora de marco de referencia civilizadora al futuro de “la generosa imaginación de los peruanos”. La diminuta familia al pie del gran umbral incaico-republicano de la “civilización peruana” es un núcleo bondadoso y bucólico, que mira hacia arriba y hacia adelante. Bajo el antiguo arco de la república, puede buscar ahora la libertad que ejerce su atracción desde la generosa tierra nativa y las alas del magnífico cóndor. El “hombre peruano”, ex indígena, señala hacia el futuro, cuyo nombre es el libro de “Antigüedades peruanas”. El cóndor, que enarbola el título “soberano del reino aviar” y “soberano de estas regiones”, ha desplazado a la Fe y los ángeles como soberano símbolo natural, llevado por el aire, de la noble grandeza del Perú. En primer plano y más allá del antiguo umbral, atrae la fecundidad y majestuosidad de la tierra natal: las llamas, la “hoja divina” o planta de coca, la chinchona, planta de la que se extrae la cura milagrosa de la malaria, o los altísimos volcanes que propagan fertilidad por todo el territorio.

En resumen, el arco incaico-republicano de Rivero ejecuta una mutación o movimiento poético, pues en él el paisaje del reino dinástico nativo está listo para que su suelo sea embaldosado por el buen maestro de la historia. La tierra es el lecho de muerte del título y el libro “Dinastía ultramarina” y, al mismo tiempo, la tumba sagrada de los incas.[18] El museo arqueológico de Rivero para “la imaginación generosa”, se convierte así en el paisaje doméstico que da “fondo nacional” al aula de historia de Espinosa y Lorente, en donde los peruanos modernos pueden estudiar cómo los antiguos peruanos aprendieron a

deletrear “civilización”. La visión de Rivero fue de este modo un “nacionalismo oficial”, aunque en una modalidad republicana poscolonial cuya “historia antigua” necesitaba dar cabida a los “soberanos” incas “peruanos”.[19]

EL LIBRO DE LOS REYES PERUANO

Quizás el ejemplo peruano más brillante de la poética histórica dinástica de “El Libro de los Reyes” a finales de la colonia es el trabajo del talentoso “Astrónomo e Ingeniero del Reino”, matemático, poeta y rector universitario, el criollo Pedro de Peralta Barnuevo (1664-1743). Peralta ha sido también ampliamente malinterpretado como adulador de los reyes y virreyes españoles y como escolástico anticuado sin una conciencia criolla moderna y, por ello, su trabajo ha sido a menudo juzgado por los historiadores profesionales como carente de rigor empírico. Pero como Jerry Williams ha sostenido recientemente, la obra de Peralta muestra deliberadamente las marcas coloniales del hibridismo y la ambigüedad criollas. Su pensamiento es, diríamos hoy, entre barroco e ilustrado, es decir, entre neoplatónico y neoclásico, y los defectos de su investigación son, en gran medida, producto de una biblioteca limitada y de falta de fondos.[20] En realidad, las crónicas de Peralta proporcionan los mejores instrumentos para comprender el arco de los “emperadores peruanos” de Juan y Ulloa, y para pensar en la poética de la “historia peruana” de cualquier época, incluso hoy.

Admirador de la “teoría del discurso” de Antonio Solís, Peralta escribió historias paralelas de España y del Perú, dedicadas al príncipe y al virrey, pero no auspiciadas por ellos. La *Historia de España vindicada* (1730) es una defensa historicista criolla de un imperio en crisis, cada vez más atacado por los poderes y los intelectuales de la Europa noroccidental, pero también cuestionado por los marginales del mismo imperio. Quizás sea la única historia de España escrita por un súbdito colonial, y Peralta es muy consciente tanto de su lugar de provinciano dentro del imperio, como del atrevimiento de su empresa. La historia está dedicada al príncipe Fernando VI (1713-1759), quien heredaría el trono en 1746 de su padre Felipe V. Pero Peralta nunca recibió del rey una petición expresa que auspiciara el trabajo, y no hay pruebas de que el príncipe o el rey jamás leyeran la obra, a pesar de que se enviaron copias a España.[21]

La dedicatoria al príncipe que precedía la historia de España de Peralta fue firmada por su protector local y colega académico Angel Ventura Calderón y Cevallos. La dedicatoria dio la oportunidad de reflexionar sobre la naturaleza y

utilidad de la historia por venir, y el elocuente discurso de don Ángel aprovechó ampliamente esta oportunidad.

> Entre todos los ilustres Trabajos que emprenden los hombres es el de la Historia uno de los más gloriosos a un tiempo, y los más útiles; como que todo se dirige a la honra, y al ejemplo. Es una empresa formada a dos hazes de inmortalidad; la que da a los pasados con el nombre, y la que previene a los futuros con la regla. Aun hace más que la misma heroicidad, y se estiende a más que todas las hazañas: porque es la misma heroicidad fecunda, y es todas las hazañas inmortalizadas.[22]

La historia, escribió Calderón y Cevallos, "ofrece junto y reflectado todo lo que separado y desnudo dieron los sucessos: y lo que aun la vista no pudo distinguir confuso, lo da ordenado su memoria. No solo compense lo que le falta de existencia en los hechos, sino que lo mejore, cuanto excede la realidad de las luzes a la evidencia de los casos". La historia no es solamente el espejo de todo lo grande en la vida, es aún más grande que la vida porque es la brillante suma de "todas las hazañas inmortalizadas".[23] Y ¿qué es el rey? El rey era precisamente la suma de "todas las hazañas inmortalizadas" de su real estirpe. Por ello el rey era "una historia animada". El príncipe debía no sólo "imitar" las hazañas de sus reales antecesores sino "mejorarlas", es decir, ser más grande que ellas y así ofrendar a la mayor gloria de su linaje sus virtudes o "cualidades". Al igual que los príncipes bienhechores, el historiador "mejoraba" y "memorizaba" las hazañas confusas y olvidadas de la vida real. La historia misma era "dinástica", ya que era "una copia" del rey para el príncipe. Al igual que los príncipes, los nuevos libros de historia debían "mejorar" las historias del pasado. La soberana indivisibilidad del objeto de la historia (las hazañas inmortalizadas) era un reflejo de la soberana indivisibilidad del sujeto de la historia (el linaje real de héroes, santos y reyes depositado en la figura del príncipe, símbolo del porvenir y "cabeza de la nación"). Esta era la "teoría" de la *Historia de España vindicada*, de Peralta Barnuevo.

En muchas formas, la escritura posterior de la historia en el Perú poscolonial sustituirá simplemente nuevos elementos retóricos o "unidades de discurso" por los esbozados por Peralta (pueblo por rey, nación por príncipe, progreso o desarrollo por estirpe real, hechos por hazañas) con el resultante de que su estructura poética más profunda se mantiene mayoritariamente inalterada, mientras que sus contenidos filosóficos y políticos sí se modifican de acuerdo con el alcance de los campos semánticos de los nuevos términos. La función poética unificadora del nombre propio (la "Nave Política" de la narrativa histórica) y el largo "hilo" de la genealogía (el "mapa intelectual de todas las edades") se mantendrán como los sellos distintivos del discurso histórico "nacional" del Perú. Lo mismo sucederá con la poética de la enseñanza:

narrativa inspirada que inspira a su vez la acción y el amor de los nuevos sujetos soberanos de la historia: los peruanos. La historia de Peralta anticipa también una convención poética que todavía caracteriza la historia social y nacional: el contexto "explicativo" provisto por el esbozo geográfico de "el país".

En efecto, Peralta transforma todo el proyecto de la vindicación de España en una vindicación del Perú. Esto se debe a que el Perú, con sus hijos ilustres, era ahora un tributo maduro a la virtud histórica de España y su Imperio. Así, la relación entre el Perú y España era ahora la misma que entre Hispania y Roma en tiempos del Imperio Romano, cuando Hispania era la "provincia más noble" del Imperio Romano. En síntesis, la España moderna era un gran imperio, como Roma, difundiendo entre sus provincias más favorecidas (entre las cuales "Perú" fue el mejor y más rico) las virtudes humanistas de "la pluma y la espada". El Perú podía convertirse en lo que era España. La periodización epocal de la historia de España, que Peralta distribuye en una serie de "estados", partiendo de una libertad primitiva para luego pasar a la "conquista" romana, seguida por la "monarquía" española y finalmente por la era "moderna" (que incluye la invasión morisca, la reconquista y el Imperio), podía aplicarse de manera general a la arquitectura de una historia peruana. En resumen, la historia de España de Peralta ejecutaba *un translatio studii et imperii* hacia el Perú y Lima.

La historia del Perú de Peralta Barnuevo se escribe, o más bien se canta, en verso. Dedicada al virrey del Perú, *Lima fundada o la conquista ¿leí Perú* es un "poema de verdad" épico que canta la fundación del Virreinato del Perú y su "Ciudad de los Reyes del Perú". Se trata, esencialmente, de una transposición de la historia del Inca Garcilaso a la lengua poética de los *cantares de gesta* épicos, pero en este caso es Peralta quien canta sobre el "Orbe Peruano". Como en la narración del Inca Garcilaso, Peralta cuenta que Pizarro pasó la "borla colorada" del "tirano" ejecutado Atahualpa a su legítimo heredero, Manco Inca, en Cuzco, pero que Manco se la había ofrecido a Pizarro. El discreto Pizarro se excusa diciendo que primero debe consultar con su emperador Carlos V, ya que no es rol de un capitán intervenir en las modificaciones de los imperios. Lo que Pizarro hace luego es

Y *con asombro de ambos hemisferios, Un imperio formar de dos imperios.*

Ante los ojos de la divina Providencia, y gracias al genio militar y al tacto político de Pizarro, se forma un imperio a partir de dos. Pizarro se dirige

entonces a la costa a fundar Lima. La real ciudad peruana de Peralta es la unión de dos imperios en uno, el distinguido depósito de dos soberanías. Notablemente, Peralta hace referencia a Lima como "la Ciudad de los Reyes del Perú". Aunque el significado del nombre es ambiguo (puede ser leído como la Ciudad de los Reyes en el Perú, que de por sí tiene dos lecturas distintas, una religiosa y otra realista, o como la Ciudad de los Reyes peruanos) es evidente que Peralta insinúa la última lectura, esto es, que Lima es el "asiento" de los reyes incas y españoles. Esta real unión limeña y criolla está de acuerdo con la ilustración de Juan y Ulloa de 1748 descrita arriba (ilustración 2), que al igual que la *Historia de España vindicada* de Peralta, es también un don y espejo ofrecido al ascendente príncipe Fernando VI. Esta imagen de Lima como la unión de las historias dinásticas de los monarcas del Perú incas y españoles, también fue desarrollada en ceremonias reales o fiestas en las calles de Lima, algunas de las cuales fueron descritas por el mismo Peralta.[24]

La magnífica dedicatoria de Peralta en *Lima fundada* inmortaliza al virrey del Perú en virtud de la "geometría del honor" que le une con el conquistador del Perú y fundador de Lima como "dos imperios en uno", Francisco Pizarro. Tanto el conquistador como el virrey son considerados "héroes" del Imperio Peruano.[25] Pero la cadena poética de la "geometría del honor" de Peralta se aleja mucho más en el tiempo, llegando hasta el fundador mismo de la dinastía inca: Manco Cápac. Por supuesto, la fuente de Peralta fue la *Primera parte de los comentarios reales de los incas* (1609). En efecto, la obra del Inca Garcilaso había sido recientemente reimpresa en Madrid (1723) con un nuevo y erudito prólogo dedicado a la educación y gloria de Felipe IV. La historia del Inca Garcilaso era ahora un texto esencial en los proyectos culturales criollo y borbónico que sostenían las crónicas de Peralta: restaurar la legitimidad y la grandeza de los imperios español y peruano.

La historia del Inca Garcilaso triunfó en Europa por diferentes razones. Está escrita en el idioma renacentista de la *historia magíster vitae* de Cicerón, "un discurso que a la vez transmite el ejemplo e impele al lector a actuar, imitando (o ignorando) el ejemplo".[26] Su éxito puede adjudicarse al hecho de que narraba una historia reconocible y ya fabulada del ascenso y caída ejemplares de los "reyes" incas, que respondía a las convenciones de la historia dinástica y a la epistemología thucydideana, renovada por los historiadores renacentistas, según la cual la "verdadera relación" de los hechos requería que el autor fuera un testigo ocular. Pero el texto también circulaba en el siglo XVIII en ediciones resumidas en inglés y francés, donde era erróneamente leído como una crítica a España. Por otro lado, tras su segunda edición española de 1723, el texto de

Garcilaso circularía en Perú como una obra reivindicativa “nacional”, sirviendo principalmente a restaurar los proyectos imperiales peruanos en América del Sur. La *Historia General* del Inca Garcilaso no está dedicada al rey católico, sino a la madre del Rey de reyes, puesto que la Virgen María o “el Marte español” había sido el elemento decisivo de la batalla de Cuzco.[27] Fue “con su celestial favor las fuertes armas de la noble España poniendo plus ultra en las columnas, y a las fuerzas de Hércules abrieron por mar y tierra puertas, y camino a la conquista y conservación de las opulentas provincias del Perú”. Su favor celestial era necesario, ya que “las armas Peruanas [eran] mas dignas de loar que las Griegas, y Troyanas”.[28] Los españoles tenían el ejército más grande que el mundo jamás hubiera visto porque estaba al servicio del gran emperador Carlos V, quien, al sagrado servicio del Rey de reyes, había “conquistado ambos mundos”. El Inca Garcilaso da crédito a Pizarro por haber castigado a Atahualpa por sus indecibles crímenes de fratricidio y regicidio, “rescatando” así al “Imperio Peruano” de su ruinoso reinado de tiranía y devastación. La ejecución de Atahualpa por Pizarro en Cajamarca no es de ninguna manera un regicidio, sino la administración de justicia. La intervención de Pizarro hace posible la perpetuación del “trono peruano” en el legítimo *translatio* del trono del difunto Huayna Cápac, tras la ejecución del “tirano” Atahualpa, vía Manco Inca hacia el bondadoso y magnífico “emperador romano” Carlos V. De forma notable, la narración de la conquista por el Inca Garcilaso, vista como un traspaso providencial de la soberanía inca hacia Carlos V que, bajo los auspicios celestiales de la Virgen María, era ante todo un traspaso de la soberanía hacia Dios, se mantuvo vigente en Madrid hasta avanzada la década de 1780, cuando apareció en representaciones teatrales oficiales para los hijos del monarca Borbón.[29] Asimismo, la “imagen majestuosa” que había inspirado la famosa ilustración de Juan y Antonio Ulloa de 1748 sobre los “monarcas peruanos” también era garcilacista: aquella ilustración condensaba iconográficamente el “Libro de los Reyes” peruano, proveyendo de una arquitectura narrativa más profunda al arco republicano de Rivero, ya que en este Libro los “incas” habían sido peruanizados como reyes renacentistas. Así, el Libro peruano de los Reyes peruanos se prestaría al Libro peruano del Pueblo peruano. Sin embargo, el traspaso narrativo de la soberanía, de los reyes peruanos al pueblo peruano, no pudo imaginarse sin la ayuda de un sujeto mediador: el país.

EL NOMBRE PROPIO DE LA NATURALEZA: LA INVENCIÓN DEL PAÍS DE UNANUE

La narrativa dinástica garcilacista del reino alimentó la imaginación histórica peruana desde la publicación de los *Comentarios Reales de los incas* a principios del siglo XVII hasta bien entrado el siglo XIX. Sin embargo, a finales del siglo XVIII, el proyecto borbónico y criollo de una restauración imperial ilustrada generó las condiciones para la emergencia del *país* en tanto objeto científico y sujeto histórico. Aunque los orígenes de la geografía histórica del "país" son antiguos (las influencias más frecuentemente citadas son Tácito y Heródoto), esta forma clásica de historización de "la tierra" y de su nombre cobró vigor bajo los auspicios dinásticos e imperiales durante el Renacimiento, inspirando, como hemos visto, la *Historia de España vindicada* de Peralta (1730). Sin embargo, el interés creciente entre los sabios españoles y criollos por la astronomía, la climatología, la geología, la antigüedad, la medicina y la historia natural del hombre, produjo un nuevo lenguaje del "país" para la historia peruana. Al igual que en otras regiones de Europa, la "Naturaleza" y "la gran cadena del Ser" eran conceptos clave, y las antiguas nociones platónicas y aristotélicas de armonía, plenitud y gradación fueron temporalizadas y transformadas en nociones científicas en el discurso histórico sobre el "país".[30]

Sin ser la única, la voz peruana más influyente de la historia natural ilustrada del país fue la del sabio criollo José Hipólito Unanue (175 5-1833).[31] Diferentes estudios han señalado la importante contribución que hizo el Barón von Humboldt a la elaboración y difusión de un icónico paisaje románticocientífico para la imaginación histórica americana,[32] pero lo que suele dejarse de lado es que Unanue estableció firmemente las bases de un discurso imaginativo sobre la historia natural de la antigüedad peruana, sus climas y sus hombres, diez años antes que Humboldt llegase a las costas americanas. Y fue Unanue quien, en el caso del Perú, teorizó respecto del "don" particular de la imaginación americana, ardiendo bajo el sol ecuatorial y perfectamente preparado para autogobernarse con brillantez. Como pronto veremos, la historización o particularización universalista que hace Unanue sobre el *país* del Perú movió los cimientos del trono tambaleante del reino dinástico universal de "El Libro de los Reyes", abonando el terreno epistemológico para la siembra de la historia republicana del Pueblo y la Patria.

Aunque Unanue era un consumado estadista que más tarde colaboraría como el primer ministro de Hacienda del Perú independiente bajo el protectorado de José de San Martín y del libertador y dictador Simón Bolívar, su pensamiento histórico puede comprenderse mejor como "patriótico criollo" que como republicano o revolucionario. Unanue estuvo al servicio de los últimos virreyes del Perú, y su historicismo cortesano se basaba en el estudio de la Antigüedad y

las ciencias naturales, así como en lo que Jorge Cañizares Esguerra ha llamado "epistemología patriótica criolla".[33] Unanue fue un colaborador primordial del primer periódico histórico, literario y comercial del Perú, el *Mercurio Peruano* (1791-1794), considerado frecuentemente por los historiadores como el faro del pensamiento iluminista en Sudamérica. Algunos científicos sociales han citado al *Mercurio Peruano* como el periódico que desarrolla el nacionalismo criollo y la "esfera pública" peruana, pero en realidad se trataba de la publicación científica y comercial de una asociación llamada *Amantes del país*, dirigida a la élite iluminada cortesana, universitaria, clerical y mercantil, auspiciada por el virrey español en Lima.[34] Aunque el *Mercurio Peruano* probablemente no fuera un punto de origen significativo del nacionalismo republicano en el Perú, en sus páginas se registran ciertas pautas de un discurso histórico ilustrado, y en cierta forma estas pautas sentaron las bases poéticas de la historia republicana, haciendo posible que historiadores nacionales posteriores lo reconozcan como un predecesor de su propio discurso. En efecto, el primer estandarte de los editores del *Mercurio Peruano* no era periodístico, sino histórico y científico. El editor Jacinto Calero y Moreira declaraba en sus inicios que el propósito del periódico era rectificar el hecho preocupante de que

> un reino como el Peruano, tan favorecido de la naturaleza en la benignidad del clima, y en la opulencia del Suelo, apenas ocupe un lugar muy reducido en el quadro del Universo, que nos trazan los Historiadores. El reparo de esta falta es el objeto primitivo del *Mercurio*... La Historia, no tomada por principios generales, o por relaciones desnudas de unos hechos tal vez alterados; sino contraída a la dilucidación, y conocimiento práctico de nuestros principales establecimientos: la Historia, digo, en estos términos, será la primera, que suministre materiales a mi Papel periódico.[35]

El amado "país y reino" imaginado y sostenido desde las páginas del *Mercurio Peruano* era considerablemente más grande que la aún inconcebible, indeseable y minúscula República del Perú de después de 1824, y los lectores o "público" eran escasos. En el *Mercurio Peruano*, "país" no es un sinónimo de la futura "nación" o del territorio del Perú. Por el contrario, el "país" incluye no sólo la expansión "natural" del Virreinato del Perú tal y como era en 1791, sino también, más como un sueño del retorno historicista, los gloriosos logros del "Gran Perú", cuya verdadera manifestación histórica no era el Tawantinsuyu de los incas sino el aún más grande virreinato o "Reinos y Provincias del Perú", que llegó a clamar para sí casi toda Sudamérica. Tras este *país* peruano imaginado como reino natural venía la patria de América o Nuevo Mundo. El giro histórico del *Mercurio Peruano* revelaba entonces una sensación de declive entre las élites limeñas y un deseo de recuperar, mediante estudios históricos, geográficos y estadísticos, el pasado glorioso del Virreinato del Perú de los siglos XVI y XVII.

Como se lamentaba el editor del *Mercurio Peruano* en el primer número, “este grande Imperio, cuya fundación por los Incas queda envuelta en las tinieblas de un conjunto de fábulas y de una tradición incierta, ha perdido mucho de su grandeza local desde el tiempo en que se le desmembraron por la parte del Norte las Provincias que forman el Reyno de Quito, y sucesivamente las que al Este, constituyen el Virreynato de Buenos-Ayres”. Despejar las tinieblas y renovar la historiografía respondía entonces a una reivindicación del desmembrado “Imperio Peruano”.

Lo que resulta más destacable en el discuiso histórico del gran Perú de finales del siglo XVIII es que los conceptos de “país” y “patria” eran historizados separadamente, o al menos en adición a “nación”. En la década de 1790 y hasta que San Martín declaró la independencia en Lima (1821), el uso de “nación” o “nacional” entre los criollos peruanos hacía casi siempre referencia a la transatlántica “Nación española” de la cual formaban parte. “España” era la “madre patria”, mientras que “el Perú” (grande o pequeño) era el “país” y América la “patria”. Entonces, “país” y “patria” todavía no habían desplazado a “Madre patria” o “nación”, sino que se habían añadido a ésta como espacios científicos legítimos del discurso histórico. En muchas maneras, esto fue una consecuencia lógica y esperable de las reformas administrativas borbónicas, que buscaban realizar un trazado científico con el fin de explotar mejor los recursos naturales e históricos de sus dominios. La “Madre patria” no sería entonces desplazada hasta cerca de 1824, lo que explica en parte por qué la retórica de la guerra de la independencia del Perú solía enfrentar a la “patria” y sus revolucionarios “patriotas” contra la “nación” (hispano-americana) y su leal “Ejército Nacional”. La asociación revolucionaria de la “patria” con “nuestra historia” ya había sido anunciada en 1792, cuando el exiliado jesuita peruano Viscardo y Guzmán, al escribir sobre el tricentenario del primer viaje de Colón, proclamó que “el Nuevo Mundo es nuestra Patria, su historia es la nuestra”.[36] Sin embargo, la declaración americanista de Viscardo *y* Guzmán no era republicana, ni saludaba la llegada de una República del Perú poscolonial; por el contrario, reclamaba la antigua patria natural de la imaginación histórica criolla para la causa de la liberación del continente *y*, si esto no era posible, para una alianza con Gran Bretaña.

Como queda entonces claro, la línea del *Mercurio Peruano* era patriótica, pragmática y naturalista, en el sentido hispánico-criollo descrito por Cañizares-Esguerra, lo que significa que resultaba una fuente confiable de autoconocimiento y a la vez un espacio en donde se podía “defender al país” de las mentiras “extranjeras” o “europeas” (es decir, no hispánicas, ya que España era la parte materna de “la nación” y no era considerada parte íntegra de la

moderna “Europa”). Su principal tarea era corregir los errores y distorsiones historiográficas y crónicas de viajes provenientes del noroeste europeo (principalmente Francia, Gran Bretaña y Holanda), diseminando en cambio un conocimiento histórico, práctico y verdadero del Perú.[37]

El ensayo programático de Unanue, *Idea general de los monumentos del antiguo Perú e introducción a su estudio* apareció publicado en la edición del 17 de marzo de 1791 del *Mercurio Peruano.* La *Idea general* fue posteriormente desarrollada y complementada en un segundo artículo intitulado *Geografía física del Perú* el 5 de enero de 1792. Una década antes de la llegada de Humboldt al Perú, los ensayos de Unanue no sólo inauguraron el estudio histórico-científico de los “monumentos antiguos”, sino también una nueva imagen natural y estadística del Perú en tanto “país”, haciendo posible la “historia nacional” republicana, en la medida en que el *país* o la tierra es la página sobre la que se escribe la historia del pueblo. En *Idea general*, Unanue comienza con los lamentos del historiador por los archivos perdidos durante la conquista española, debido a la avaricia que llevó a los conquistadores a saquear las tumbas incaicas. Los “quipus” (sistema mnemotécnico de cuerdas y nudos de los incas) conservados en “los archivos de Cuzco, Cajamarca y Quito” han sido “reducidos a polvo”. Entonces, “se ve un observador obligado a recurrir al cotejo, o llamémosle interpretación, de los fragmentos y ruinas antiguas, para completar el imperfecto retrato que nos trazó Garcilaso de su antiguo imperio”.[38] Al igual que en Egipto, los restos de los grandes monumentos de los incas han sobrevivido a los estragos del tiempo. Y en “el reconocimiento de las obras que erigieron por magnificencia, o por necesidad, ofrecen ciertamente una nueva luz capaz de esclarecer la oscuridad en que yace sumergida la parte histórica y civil de la Monarquía peruana, en todo el tiempo que precedió a su conquista”.[39]

Resulta notable aquí la nueva identidad empírica del etnohistoriador o el estudioso de la antigüedad, visto como un “observador” que recurre a los restos materiales de la cultura porque la memoria es falible y los archivos (los quipus) se han perdido. Este “observador” es también un etnógrafo, ya que “las tradiciones y reliquias de sus antiguos usos y costumbres [...] aún permanecen entre los Indios modernos, que tenazmente conservan y rescatan sus antiguallas”.[40] Más destacable aún, para Unanue, es que entre estas costumbres se cuentan técnicas de irrigación, agricultura colectiva y tejido. Unanue observa cómo los pastores modernos utilizan todavía los primitivos quipus para mantener un recuento de sus tropeles, mientras que por las danzas, las canciones y, sobre todo, el idioma quechua, resulta posible “conjeturar el grado de civilización a que ascendieron, y aun la duración su imperio”. Unanue invita entonces a los

lectores del *Mercurio Peruano* a unírsele “a subir hasta los tiempos heroicos del Perú”.[41] Unanue es el primer etnohistoriador del Perú: utiliza la práctica todavía corriente de compaginar fragmentos de tempranos textos coloniales con “observaciones” de ruinas antiguas de antes de la conquista como si pudiesen ser leídos como testimonios o testamentos de verdad, “completándolos” luego con observaciones etnográficas. Constituye así en la imaginación científica una suerte de museo viviente indígena como fuente certera de conocimiento histórico, es decir, un interlocutor viviente para la interpretación de las ruinas, con un ojo clínico que le permite “completar” los registros “imperfectos” dejados por el Inca Garcilaso de la Vega y “los demás historiadores”.

En la segunda entrega de su ensayo en el *Mercurio Peruano* sobre el estudio moderno del antiguo Perú, Unanue inicia la historia del país con nombre propio (que luego será renovada y canonizada por Jorge Basadre). El concepto fundamental de esta historia es éste: sobre una Naturaleza sin tiempo llamada “Perú” (traducido en términos contemporáneos: una formación geológica y climática que, en realidad, no es más que un territorio político naturalizado) donde los monumentos incaicos han sido erigidos y se conservan.

> El primer objeto que se presenta a la contemplación de un Filósofo en la Historia de los Monumentos del antiguo Perú, es el retrato de la organización y diversas disposiciones de su vasto territorio. Destinada su pluma a rastrear en los despojos del tiempo y los humanos el grado de cultura a que ascendió aquella Nación famosa, que sin los auxilios del Egipcio, el Fenicio o ni el Griego supo establecer leyes sabias, y sobresalir bajo de ciertos aspectos en las Artes y las Ciencias; parece indispensable examine el suelo sobre que yacen las ruinas [.. .dado que] las calidades de las Regiones influyen en los espíritus que las pueblan, sin el conocimiento físico del Perú jamás podrían bosquejarse las eminentes ventajas de sus pasados, o presentes moradores.[42]

La observación de Unanue está fijada en la tierra y sus habitantes de manera similar a la de Peralta que se fijaba en la España antigua, ya que la tierra revela las [4] calidades” del territorio, y éstas deben de ser interpretadas por el historiador como “ventajas eminentes” que “influyen” en sus habitantes pasados y presentes. No hay nada “científico” u observable allí, ya que Peralta pudo hacer lo mismo con una tierra distante a través de los textos eruditos de otros. Pero la poética de la visión ilustrada de Unanue penetra aún más profundamente hacia una “Naturaleza” sublime anterior a los monumentos y los hombres. Esta visión primigenia y geológica encuentra en la Naturaleza el nombre propio del Perú. En efecto, al dar un nombre a la tierra natural más allá del tiempo, Unanue encuentra la veta del oro, ya que el subsuelo rico e inagotable es la fundación mito poética sobre la que se erigen todos los “mapas nacionales”, “museos nacionales” y “monumentos nacionales”. Tras Unanue, el Perú se transforma en

un país eterno o fuera del “tiempo”, el suelo sobre el que debe sostenerse la “historia peruana”.

> En el instante en que nombramos al Perú, empiezan a desaparecer de nuestra vista sus Pueblos y Ciudades, y se aniquilan hasta los soberbios chapiteles de la opulenta Lima [...] Penetrando los oscuros siglos que ya dejaron de existir, en busca de los fragmentos de los edificios de los Incas para contemplar la historia de sus Monumentos; hemos venido a parar en aquellos días en que la huella humana no había surcado aun las arenas de esta Región afortunada, ni el brazo labrador sus fértiles campiñas. Solo aparece la Naturaleza, rodeada de un silencio misterioso.[43]

Unanue presenta entonces descripciones científicas y emotivas de la gran diversidad de las regiones peruanas, argumentando que el Perú posee en su seno climas africanos, asiáticos y europeos, y se encuentra entre las tierras más bendecidas y universales del mundo. En efecto, el tema de la diversidad climática o ecológica y la plenitud (gradientes altítudinales ecuatoriales) se convertirán en marca registrada del pensamiento histórico y antropológico del Perú (identificado hoy en día con John Murra), y aunque este tema ya había sido desarrollado con anterioridad por los historiadores españoles Acosta y Herrera, Unanue es fundacional en tanto su mirada es científica, sus análisis exactos, y su nombre “peruano”.

En *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*, publicado por primera vez en 1805, Unanue satiriza las teorías europeas sobre estética, clasificación de razas, color de piel y un determinismo climático o medioambiental ignorante y provinciano. Esbozando una historia mundial alternativa del “ingenio”, Unanue elabora una ingeniosa teoría “fisiológica” de la percepción basada, irónica pero sorpresivamente, en teorías europeas (sobre todo en Leibniz y Montesquieu). Para Unanue, las capacidades especiales de percepción características de los nativos de la América circumecuatorial, hipersensibles y faltos de voluntad, tenían como efecto positivo paradójico el aguzar la imaginación, por el hecho fisiológico de que las imágenes de los objetos llegaban con más velocidad y fuerza a imprimirse en el hiperactivo sistema nervioso de los hombres que han nacido bajo “la influencia” del clima ecuatorial. Más precisamente, la crítica de Unanue del historicismo colonialista y las certezas raciales del noroeste europeo, combinados con su teoría tropical de la hiperpercepción, tenían claras implicaciones en el reciente revuelo de especulaciones históricas rodeando los orígenes de Manco Cápac.

Juzgando las afirmaciones del Inca Garcilaso de la Vega como fantásticas, eruditos prestigiosos del noroeste europeo como William Robertson, Guillaume Raynal y Alexander von Humboldt especularon que quizá Manco Cápac no

hubiese sido “peruano” en absoluto. Como hemos visto, Ulloa había respondido a estas afirmaciones arriesgando que Manco Cápac debía de haber sido el “príncipe” de una pequeña “nación” cercana a Cuzco, pero la lógica de su explicación era dinástica. En el discurso histórico clásico, recuperado por historiadores del Renacimiento y del Neoclásico como el Inca Garcilaso y Peralta Barnuevo, todas las “civilizaciones” y “naciones” tenían un origen, y por ende sus fundadores, incluso si estos eran “míticos” o “fantásticos”. Los nombres de los antiguos fundadores se derivaban por lo general de mitologías y leyendas sobre “orígenes nacionales”, quedando sujetos a un análisis histórico y “poético”. Un brillante contemporáneo de Peralta Barnuevo, el napolitano Giambattista Vico (1668-1744), aparentemente desconocido de aquel aunque por un tiempo vasallo también del “Imperio Español” (por intermedio del reino de Aragón), argumentó en su *Nueva ciencia* que las “naciones” europeas u occidentales casi siempre habían sido fundadas por “héroes hercúleos”. Más aún, estos héroes gigantescos no eran necesariamente “hijos de la tierra”, es decir, hombres de la nobleza local que, como nos explica Vico, responden al significado original del término “indígenas”. Como sostenía Peralta en su historia de España, “Hércules de Egipto” había fundado “Hispania” o “España” en tiempos antiguos, sentado las bases para la coronación de su primer rey nativo, apropiadamente llamado “Hispano”. La lectura “crítica” que hace Vico sobre la “poética” de los antiguos anales sugería que las “naciones” asiáticas o del este eran frecuentemente fundadas no por héroes hercúleos, sino por sabios “zoroastrianos”. Entonces, por analogía, la historia clásica planteaba evidentes interrogantes derivados de sus formulaciones fundacionales Este-Oeste, y estos interrogantes parecían haber sido planteados por los historiadores peruanos: ¿Qué tipo de fundador había tenido la “nación peruana”? ¿Se trataba de un héroe occidental o de un sabio oriental? ¿O quizás ambos? ¿Había nacido en “el Perú” o se trataba de un viajero de otra tierra? Y si era extranjero, ¿de qué “civilización madre” provenía?

Influido por los eruditos orientalistas alemanes e ingleses del siglo XVIII, Humboldt, el prestigioso contemporáneo de Unanue, especulaba con que Manco Cápac y el lenguaje Quechua fuesen de origen oriental. Humboldt insinuó que Manco Cápac había traído las “leyes asiáticas” al Perú: benignas, bien adaptadas, pero despóticas. El barón destacó sus tesis orientalistas sobre los orígenes de los incas en este famoso pasaje:

> Hombres barbudos y de tez más clara que la de los nativos de Anáhuac, de Cundinamarca o del altiplano de Cuzco, hicieron su aparición sin nada que indicase su lugar de nacimiento. Presentando su rango de sumos sacerdotes, de legisladores, de amigos de la paz y de las artes, que florecían bajo sus auspicios, provocaron un cambio repentino en la política de las naciones, que saludaron su llegada con

> veneración. Los sagrados nombres de estos seres misteriosos eran Quetzalcóatl, Bochica y Manco Cápac... La historia de estos legisladores, que he intentado develar en este trabajo, está repleta de milagros, ficciones religiosas y todos aquellos personajes que implican un significado alegórico. Algunos estudiosos han pretendido descubrir que aquellos extraños eran náufragos europeos... pero una simple reflexión respecto del periodo de las migraciones toltecas, de las instituciones religiosas, de los símbolos de culto, del calendario, y la forma de los monumentos de Cholula, Sagamozo y Cuzco, nos llevan a concluir que no fue en el norte de Europa donde fraguaron sus leyes Quetzal coa ti, Bochica y Manco Cápac. Todas las consideraciones nos llevan hacia el este de Asia, hacia aquellas naciones en contacto con los habitantes del Tibet, con los tártaros chamánicos y con los ainus barbudos de las islas de Yezo y Sajalín.[44]

Cañizares-Esguerra sugiere acertadamente que las hipótesis orientalistas del prusiano sobre el origen de los incas implicaron un desarrollo positivo en el discurso histórico americanista, no tanto por romper con la tradición renacentista de comparar a incas y aztecas con los romanos *y* los griegos,[45] sino porque constituían una crítica antropológica a las visiones despectivas de historiadores europeos altamente influyentes como Raynal, Robertson o De Pauw, los cuales consideraban a las diferentes culturas y climas americanos como inferiores a los europeos en prácticamente todos los aspectos. El influyente Raynal opinaba que Manco Cápac y Mama Ocllo eran “más blancos que los nativos” y que probablemente fuesen “descendientes de navegantes de Europa o las Islas Canarias, arrojados por una tormenta a las costas del Brasil”.[46] En una palabra, los incas, al igual que los criollos, eran blancos degenerados que reinaban sobre los primitivos nativos. Sin embargo, vista como derivada de las grandes civilizaciones del antiguo Oriente, la civilización americana quizás tuviese una consideración más favorable. Aunque constataremos que en el siglo XIX, los criollos peruanos criticarán e incluso despreciarán la teoría orientalista de Humboldt de la interpretación de los orígenes de la civilización americana.[47] Unanue fue el primero.

Aunque ambos se conocieron brevemente en Lima, Unanue no compartió la visión de Humboldt sobre la cuestión de los orígenes. Manco Cápac era “peruano” por razones que tenían que ver con la influencia del clima ecuatorial en el sistema nervioso de los seres humanos.

> A los que nacen en este Nuevo-Mundo ha tocado el privilegio de ejercer con superioridad la imaginación, y descubrir cuanto depende de la comparación. Yo por imaginación no entiendo aquellas fuertes y tumultuosas impresiones excitadas sobre nuestros órganos por objetos análogos, u opuestos a nuestras pasiones, y en los que grabadas profundamente recurren perpetua e involuntariamente, casi forzándonos a obrar como a los brutos, sin deliberación, ni reflexión. Enriendo el poder de percibir con rapidez las imágenes de los objetos, sus relaciones y cualidades, de donde nace la facilidad de compararlos, y exprimirlos con energía. Por este medio se iluminan nuestros pensamientos, las sensaciones de engrandecen, y se pintan con vigor los sentimientos. De aquí esta elocuencia asombrosa con que suelen explicarse los salvajes de América: las comparaciones naturales, pero fuertes de sus

> discursos, y la viveza en sus sentimientos. Después que hemos oído algunas de las arengas de los guerreros de Arauco, estamos persuadidos que Colocolo no fue menos digno del razonamiento de Ercilla, que Néstor del de Homero... De aquella misma preciosa fuente nace la destreza y pericia en la escultura y pintura, sin mas enseñanza que su genio. En este modo de expresar nuestras imágenes e ideas, hay en México, Quito, y el Cuzco una multitud de artistas capaces de competir con los más provectos de Europa, y también de superarlos, si tuvieran la instrucción que estos reciben. Aquí en Lima, en el Colegio del Príncipe, suelen verse muchachos indios aprendiendo a leer, que con un lápiz copian las estampas de Klauver tan perfectamente, que es difícil descubrir un rasgo de diferencia. Me persuado que la imaginación, este precioso don de la naturaleza difundido en América, brilla en especial en los lugares circunvecinos al Ecuador. Pocos legisladores ha habido, dice un escritor que pudiesen como Manco-Cápac percibir las inclinaciones de sus vasallos, compararlas con sus necesidades, y convertirlas en su propio provecho, por constituciones llenas de sagacidad y benevolencia.[48]

La ley de Manco Cápac no era sin embargo una extensión del despotismo oriental, sino el producto de la aguda imaginación y la razón comparativa de un "legislador" nativo. Más aún, Oriente y África del Norte, y no Grecia, fueron los orígenes de la belleza y la civilización occidentales, y estos dones culturales habían llegado al Perú por intermedio de España.

LA DEFENSA REPUBLICANA DE LA ANTIGUA "CIVILIZACIÓN PERUANA"

La defensa patriótica y criollista de Unanue y su sutil crítica a las tesis orientalistas y occidentalistas europeas sobre los orígenes de los incas encontrarán un eco resonante en el Perú republicano y poscolonial. Como ha demostrado Cañizares-Esguerra para la Hispanoamérica del siglo XVIII, los grandes monumentos ofrecían a los estudiosos de la antigüedad americana un terreno firme de crítica sobre el cual defender a la "civilización americana", y así atacar las visiones con frecuencia desdeñosas de historiadores filosóficos europeos como Amedée François Frezier, Raynal y Robertson, cada uno de los cuales negaba o menospreciaba la existencia de estructuras arquitecturales significativas, es decir, restos de alguna civilización desarrollada en el antiguo Perú.[49] Sin embargo, era inevitable que la nueva crítica arqueológica y naturalista también se dirigiese contra "nuestro" Inca Garcilaso de la Vega.[50] Para Rivero, Lorente y otros eruditos de su generación posterior a la colonia, el Inca Garcilaso no había sido lo suficientemente severo. Retomando la opinión del explorador francés del siglo XVIII Charles-Marie de la Condamine, Rivero señalaba que el Inca Garcilaso se había dejado llevar demasiado seguido por un cegador y excesivo "amor patrio".[51] Los cronistas españoles podían ser incluso peores, por lo que una ofensiva confusión o conflicto de intereses contaminaba

al “observador” moderno. El “examen crítico” de monumentos, artefactos y restos óseos, las investigaciones lingüísticas y la relectura crítica de las crónicas podrían eventualmente enderezar las cosas.[52]

Así, en el siglo XIX, la región del lago Titicaca, y más precisamente Tiahuanaco y su Puerta del Sol, se convirtieron en la Meca de los Andes para los sabios viajeros, románticos y científicos en busca de los orígenes de la “civilización peruana” y su fundador mítico, Manco Cápac. Los había guiado hacia allí el libro de la época de la conquista *Crónica del Perú* (1575), de Pedro Cieza de León. En *Vue des Cordillères*, Humboldt proponía al visitante avisado “recorrer los bordes del lago Titicaca, en el distrito del Callao, y los altiplanos de Tiahuanaco, teatro de la antigua civilización americana”,[53] para verificar la crónica de Cieza. Leonce Angrand, Alcide d’Orbigny, Jacob von Tschudi y Ephraim George Squier se cuentan entre aquellos que respondieron al reto de Humboldt. Cada uno de estos exploradores publicó relatos de viaje o informes científicos, con dibujos de las ruinas. Squier parece haber sido el primero en sacar fotografías, que sirvieron de base a los dibujos de la Puerta del Sol que figuran en su *Peru: Incidents of Travel and Exploration in the Land of the Incas* (1877) (Ilustración 3). La fotografía de Squier registra el “ojo imperial” de la “vanguardia capitalista” durante los más escépticos finales del siglo XIX, cuando los generosos frontispicios como los de Rivero y Tschudi estaban fuera de moda.[54] La Puerta del Sol de Squier lleva también la marca del discurso colonial en la figura del indígena encorvado a la base de la “Gran Puerta Monolítica”. Este tipo de discurso difiere sin embargo del inscrito por Rivero en su “generoso” arco republicano. En este caso, el indígena ya no viene a representar a “nuestros” incas, sino que está configurado como un sigiloso “espía de nuestros actos” que protege los artefactos contra el robo de anticuarios extranjeros como Squier, pero cuya presencia también “autentifica” la experiencia de Squier en tanto viajero en un mundo exótico. Aquel indígena no es una fuente de información etnográfica, sino el signo de las tradiciones coloniales de revueltas indígenas (la insurrección de Tupac Amaru), y representa al campesino supersticioso que obstaculiza la acumulación de las colecciones de los anticuarios.[55] Squier había sido un estudiante ambicioso del historiador yanqui William Prescott, y fue el autor de importantes libros sobre los túmulos indígenas del Misisipi y sobre antigüedades nicaragüenses. Para Squier, Tiahuanaco era nada menos que “la Baalbek del Nuevo Mundo”.[56] Claro que Baalbek era fenicia, lo que sugería orígenes extranjeros y preincaicos.

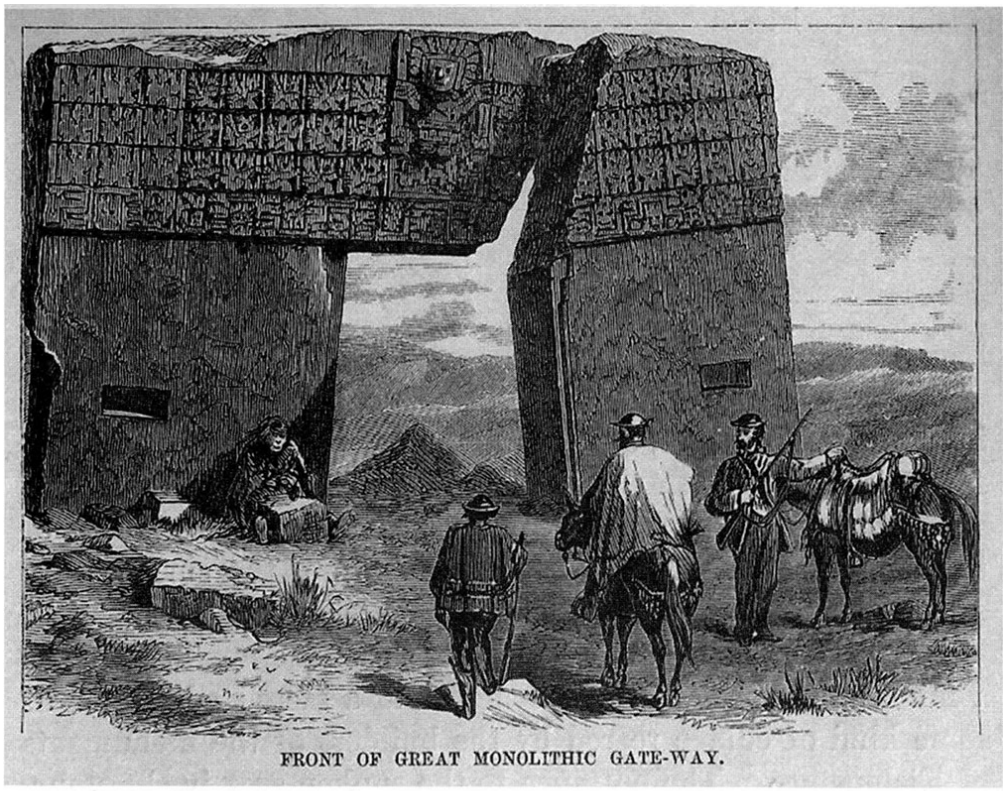


Ilustración 3

Muchos eruditos sospecharon que Tiahuanaco había sido el centro de una civilización preincaica muy antigua, que quizás estuviese en el origen del nacimiento de la dinastía inca y su culto del sol. La Puerta del Sol misma fue considerada como un antiguo monumento de este culto, ya que tenía inscripciones que representaban lo que parecía ser una deidad solar con bastones de serpientes en cada mano y flanqueada por dos figuras en forma de cóndor. El trabajo en la piedra era monumental y en más de un sentido superior a la manipostería de los incas en Cuzco. Tumbas cercanas contenían algunos restos funerarios, que en parte fueron excavados y examinados. Otorgándole confirmación dinástica a una sospecha arqueológica, el Inca Garcilaso había argumentado que los testimonios nativos de la nobleza local indicaban que Manco Cápac provenía de estas regiones. ¿Pero eran verificables las afirmaciones del Inca Garcilaso? Prestigiosos viajeros filósofos, científicos naturalistas e historiadores, como Walter Raleigh, Raynal, Humboldt, John Ranking, Prescott o d'Orbigny, todos habían cuestionado las credenciales "peruanas" de Manco Cápac.

Para el muy influyente William Prescott, Manco Cápac fue simplemente "el producto de la imaginación vana de los monarcas peruanos". Prescott había señalado que no le interesaban los orígenes de esta "raza superior", puesto que

aquello era asunto de “anticuarios especuladores”, y no de verdaderos historiadores. Aunque el historiador yanqui nunca visitó Cuzco, y de haberlo hecho no lo hubiese visto (era ciego), Prescott no pudo evitar especular respecto de que los vestigios de Sacsahuamán y Cuzco eran una prueba material del “despotismo de los incas”. Al final, sin embargo, para el historiador yanqui los orígenes incas deben encontrarse en “una tierra de oscuridad más allá del dominio de la historia”.[57] No obstante, los lectores de Prescott en el Perú republicano tomaron muy en serio a esta “tierra de oscuridad”. Esa tierra caía dentro del campo óptico de la historia nacional, y sin duda fue indispensable para su elaboración definitiva. Por eso Lorente escribe, muy republicanamente, en una aparente referencia a Prescott:

> pudiera inferirse de todo esto que los antiguos tiempos del Perú en parte tenebrosos y en parte fabulosos están fuera del dominio de la historia. Más aún entre las nubes de la primera época, cuando la tradición enmudece, y los quipos no existen, se vislumbra la civilización primitiva en las tumbas, en las ruinas y en el suelo; y la cultura de los Incas, que se revela por todos estos medios, pudo ser también contemplada por el observador europeo, cuando estaba en todo su vigor y aun puede estudiarse en los monumentos esparcidos por todo el país, y en las costumbres que dominan la vida de los indios; el idioma mismo hace revelaciones importantes sobre toda la antigüedad. No podemos por lo tanto renunciar a una historia tan instructiva como interesante que presenta al Perú bello, rico y grande en el tiempo como lo es en el espacio; ni mirar con desdén altas glorias, origen de la prosperidad actual y garantía de la grandeza futura; como nunca se han mirado con indiferencia los primeros tiempos de Grecia y de Roma que la imaginación pobló de fábulas, y en que la historia apenas puede desprenderse de las tinieblas. Por eso, si bien presentida mas conocida la grandeza del Perú, y perdida hasta ayer su existencia en la de la metrópoli, 110 había ni los vivos deseos ni la conciencia clara, que multiplican las historias de las grandes naciones independientes.[38]

En total oposición al desdén positivista de Prescott para los orígenes “oscuros”, el Manco Cápac de Lorente llevaba la luz brillante del “espíritu nacional”. El relato de Lorente difiere sin embargo también de la historia del Inca Garcilaso, donde Manco Cápac es el héroe-rey sin precedentes que funda la civilización peruana. En la historia republicana e “independiente” de Lorente, Manco Cápac no es dinástico, sino un “reformador” iluminado e imbuido con el espíritu nacional.[59] Esta visión ingeniosa y revisionista de Manco Cápac se inspiraba en la “epistemología patriótica” criolla de Unanue.[60] Formado en la medicina moderna, Lorente no compartía la teoría de Unanue sobre la imaginación sensorial tropical, aunque su argumento de que Manco Cápac debe de haber sido peruano está inspirado en una aprehensión y una identificación con el “espíritu nacional”. La visión histórica de Lorente era también menos melancólica que la de Rivero. La posición de Lorente sobre la identidad de Manco Cápac estaba clara:

> El origen de Manco [Cápac] no será dudoso para el que con animo imparcial interrogue la historia. El hombre que tan perfectamente conocía los lugares, y las personas, que tan penetrado estaba del espíritu nacional, y que con tal sabiduría amalgamó los elementos de la civilización anterior, nació sin duda en el Perú. Su obra lleva el sello de la raza nacional, y el del país; es la expresión de su época, tal como la podía comprender un hombre de genio.[61]

Para sostener su lectura de Manco Cápac, Lorente recurrió, al igual que lo habían hecho los criollos del siglo XVIII, a formas de memoria nativas no literarias y al testimonio oral inca registrado en los primeros informes españoles. Lorente no trata estas referencias como simples "fábulas", sino como evidencia cultural. De esta manera, "la nacionalidad de Manco [Cápac], que se deduce de razones tan concluyentes, y que hasta cierto punto se revela en todas las tradiciones, se prueba también por testimonios directos. Los quipocamayos de Pacaritambo, donde principió según todas las apariencias la misión del primer Inca, le suponían engendrado allí por un rayo del sol". Aunque para Lorente, Manco Cápac no era un monarca sino "solo un reformador de instituciones", este hecho no reduce su gloria. En realidad, la grandeza de Manco Cápac reside en el "ingenio" y "espíritu comunal" de la primitiva civilización peruana antes de los Incas. "Porque Manco halló al Perú preparado para recibir sus benéficas instituciones [...] no perderá nada su merecido renombre [...] Nadie podrá disputarle la incomparable gloria de los grandes bienhechores de la humanidad, y la de los grandes legisladores [...] la gloria sobre todo de haber asegurado para siempre la unidad del Perú, base de su futura grandeza".[62]

La descripción que hace Lorente de Manco Cápac como un "reformador" y unificador ilustrado más que como el fundador de una dinastía o un rey inca vino a abonar el suelo arado por Unanue. Los Incas del Libro de los Reyes encontraron en su historia una antigua tumba nacional, una buena muerte ceremonial en la sucesión republicana. La "civilización peruana" ya no era la invención de algún monarca, sino la larga historia de la más elevada y natural expresión del alma y del "espíritu nacional" del pueblo peruano, construyendo una civilización en su tierra de origen, restaurándola en el territorio de los incas luego de la conquista española, añadiendo nuevos elementos para de ese modo entrar en la modernidad sin tener que pasar a través del lamentable feudalismo de la "Edad Media" europea. Aunque la "clara idea de la Nación" se encontraba oscurecida por el imperio extranjero, su "nombre primitivo" no había sido borrado por la conquista. El germen providencial de "la nueva nación" fue sembrada en la "riqueza imperecedera del país" y en la "cultura de los incas". El nombre de la civilización peruana se mantuvo a través de todos estos cambios, como las "monadas" neoplatónicas de Leibniz. La arquitectura patriótica de la historia republicana ahora se elevaba sobre el majestuoso edificio del Libro de

los Reyes, y era el deber histórico de Lorente elaborarla como una genealogía conmovedora de la civilización nacional. En el cincuenta aniversario de la independencia del Perú, Lorente publicaría diversas crónicas "para el uso de los colegios y las personas ilustradas", y en una de ellas escribiría que ahora, al igual que en el pasado, "la grandeza tradicional, el suelo privilegiado, las reformas emprendidas y el espíritu nacional, solícito y capaz de la mayor cultura anuncian siempre a la república un glorioso porvenir".[63]

ILUMINAR EL PORVENIR ANTIGUO: LA GRAN TAREA HISTORICISTA DE LORENTE

La tarea de Lorente sería la de iluminar los rincones oscuros de la historia nacional con una luz filosófica y con una pluma viva y amena, formando así una visión "armoniosa" de la totalidad de la historia de la civilización peruana a fin de promover la realización republicana de su antiguo destino: la perfecta armonía social y espiritual del hombre. El hecho literario es que esta "armonía" descansaba sobre la repetición del nombre propio "peruano" en todas las esferas y tiempos de la historia. En la introducción a su *Historia Antigua del Perú* (1860), Lorente explicó:

> decidido yo a escribir la historia del Perú que ha llegado a ser mi estudio constante por muchos años, no he podido desconocer el interés de tan importante periodo; olvidado el cual la civilización nacional habría sido para mí un enigma indescifrable, por no haberla tomado desde sus primeros orígenes. Deseando abrazar la vida del Perú en su evolución progresiva; darme razón de los hechos, ligándolos a sus causas y a sus consecuencias, y presentar a los demás una idea clara del conjunto, una imagen viva de los grandes sucesos, y una enseñanza práctica; claro es que no podía comprender la situación de la república sin haber estudiado la época colonial, el coloniaje sin el estudio de la conquista, la conquista echando en olvido el imperio de los incas, y el imperio, si desconocía la cultura primitiva.[64]

Y luego añade:

> Como deseo que el Perú sea mejor conocido para que con este conocimiento sea más apreciado de propios y extraños, y para que el sentimiento de la patria y la idea de nacionalidad, corazón e inteligencia de los pueblos, se fortifiquen y esclarezcan con el espectáculo de una existencia continuada con bienestar y gloria por muchos siglos; me propongo escribir la historia antigua del Perú con la menor imperfección que me permitan mi corto talento y la oscuridad que rodea aquel periodo [...] Por lo demás yo no necesito probar que desearía hablar a la imaginación, al corazón y al espíritu, unir el arte de la exposición a la ciencia de los hechos y a la inteligencia filosófica de la civilización, y acercarme en lo posible al ideal de la historia tal como hoy se concibe y como la han escrito los grandes maestros.[65]

El deseo de desenmarañar el enigma del Perú y ofrecer sus "lecciones

prácticas” lleva entonces a Lorente a una investigación cada vez más profunda del “desarrollo nacional”. Esta búsqueda a través de los tiempos trajo a la vista los “elementos permanentes y armoniosos” de la civilización peruana. Estos elementos forman la estructura narrativa de su historia, creando un efecto de mimesis entre “las cosas” o hechos descritos y “las palabras” o el relato. Descansa en este efecto literario “la verdad” de la historia peruana. La profundidad y la longevidad de la historia genealógica o mimética de la civilización peruana de Lorente descansarán precisamente en su armonía poética, en el sonido común o resonancia verídica entre “el Perú” (la patria, el país, el sujeto madre y soberano) y “los peruanos” (el pueblo sujeto y soberano). En efecto, para Lorente la tarea del historiador era conseguir este efecto mimético en el relato como una “forma de verdad”. Así, Lorente insiste en que “lo que el historiador de la cultura peruana no debe perder nunca de vista es la armonía entre todos los elementos civilizadores; el todo orgánico, que constituye la civilización, ha de reaparecer distintamente en el conjunto armonioso de su historia escrita.”[66] Esta “armonía” sigue reapareciendo hoy en todas partes, formando ya el sentido común de los peruanos.

Historia de la civilización peruana (1879) fue el logro máximo de Lorente. Hoy completamente olvidada, esta concisa historia cristaliza su obra y anticipa muchas de las principales preocupaciones del pensamiento social peruano del siglo XX. La tesis del libro es que el elemento permanente de la civilización peruana antigua y moderna es un “espíritu comunal” constante, aunque flexible y por lo tanto reformable. Esta *Volksgeist* andina es anterior y más duradera que el Estado inca. Orquestado por el “reformador” Manco Cápac a gran escala y sin violencia, y consolidado por los monarcas incas que centralizaron su ley, el “espíritu comunal” del Perú había conseguido lo que sólo la Esparta antigua había logrado (aunque en una escala mucho más pequeña), y que los comunistas nunca pudieron reproducir, ya que, a ojos de Lorente, el comunismo a gran escala había sido relegado por la historia al rol marginal de una “utopía peligrosa”.[67] En el Perú antiguo, sin embargo, aquella cosa no era utópica sino real, puesto que lograba un equilibrio entre “el espíritu de Oriente” y “el espíritu de Occidente”. Era precisamente el “espíritu comunal” y la arquitectura comunista de base del Estado inca lo que distinguía a la antigua civilización peruana de los estados orientales “más despóticos” y del extinto ejemplo de Esparta.

¿Por qué esta singular estructura estatal basada en el “espíritu comunal” no consiguió perpetuarse en el Perú? “El socialismo en la escala más vasta [...] no podía durar, porque contrariando los más poderosos sentimientos de libertad,

propiedad y familia debía debilitarse y corromperse a medida que se extendiera, y de continuo estuvo expuesto a una destrucción súbita, porque la jerarquía social dejaba el destino de todos pendiente de una sola cabeza”.[68] El problema era que “los intereses de la Patria se confundían con los de la autoridad”.[69] Su extensión excesiva y su estructura monárquica demasiado centralizada condenaron al socialismo inca al basurero de la historia. El “espíritu comunal” de Lorente debía entonces distinguirse de la “monarquía” de los incas. Aquí Lorente se aparta de Humboldt y Prescott, asignando a los peruanos un “espíritu” más profundo *y* generoso, uno que no sea “un obstáculo” para el progreso. Es anterior, más autóctono y más duradero que el reinado centralizador de los incas o las dinastías españolas.

En síntesis, las comunidades locales eran los cimientos sobre los cuales se construía el Estado en todas las épocas de la historia del Perú. Es por ello que las comunidades del Perú sobrevivieron a la caída de la dinastía inca, *y* sin duda más allá de la derrota de la dinastía española en manos de las fuerzas patrióticas que fundaron la República.[70] Aun así, las comunidades, en su forma tradicional, no podían ser las bases de la nueva nación del Perú contemporáneo. Esto se debía a la extendida red de parentesco que estructuraba internamente las comunidades, *y* que “violentaba el corazón humano”. Los “sentimientos comunistas” basados en el parentesco de las comunidades inhibían el desarrollo de la “intimidad” en la familia, la igualdad de sexos, haciendo imposible la “deliciosa abnegación” en el espacio cívico. Puesto que la familia nuclear o monogámica era la base fraternal de una nación bien construida, la familia extendida o la estructura de parentesco en la comunidad o ayllu representaban un obstáculo a la completa realización de la fraternidad y la libertad.[71] Sin embargo, esta estructura basada en el parentesco no era lo único en juego en el “espíritu comunal” del Perú. Algunos aspectos positivos de ese espíritu sobrevivirían para servir de ladrillos en la construcción de la futura nación democrática. Lorente había observado ese productivo “espíritu comunal” en el Valle del Mantaro en la década de 1850, y pudo comprender de primera mano tanto sus límites como su gran potencialidad para transformarse en verdaderas prácticas republicanas.

LA HISTORIA “BAJO...” O EL NOMBRE DEL PROGRESO

Lorente argumentaba que la “civilización peruana” presentaba una historia singular de “desarrollo nacional” que apuntaba hacia un destino providencial o universal: la plena libertad del hombre. “Bajo” las dinastías inca, austríaca y

borbónica, el Perú abrigaba un antiguo “espíritu comunal” que podía servir de guía hacia el porvenir. En efecto, la historia republicana de Lorente desbancaba sutilmente al sujeto real-aristocrático de la historia imperial o del “Libro de los Reyes”. Lo que distingue a la filosofía republicana de la historia de Lorente, por ejemplo, de la “epistemología patriótica” de los historiadores criollos del siglo XVIII es la centralidad del sujeto invariable “civilización peruana” *bajo* tal o cual dinastía. Cañizares-Esguerra señala que, de acuerdo con las normas renacentistas y barrocas de la evidencia, el discurso histórico criollo de la “epistemología patriótica” casi siempre privilegiaba las informaciones provenientes de la aristocracia nativa, desautorizando con facilidad las opiniones del vulgo. Como resultado de ello, la epistemología patriótica colonial, a pesar de su patriotismo americano, seguía debatiéndose en las estructuras de la historia dinástica imperial. En una palabra, Lorente construye la primera historia del Perú “desde abajo”, o más precisamente, “bajo las dinastías”. Porque lo que atrajo la imaginación histórica republicana de Lorente fue la “civilización primitiva” en su “movimiento general”. En ese movimiento, los monarcas podían ser los instrumentos de la unidad y el orden, así como los elementos organizadores de la narración histórica. En la larga evolución o progreso “genético” de la civilización del pueblo, las dinastías “ultramarinas” de los Borbones o los Habsburgo eran figuras impuestas pero finalmente pasajeras; ellas afianzaban o estorbaban el movimiento de la civilización, pero no eran su “alma” perdurable y luminosa.

¿Cuál era la historia de la civilización peruana “bajo” las dinastías ultramarinas y cómo escribirla? La “historia antigua” del Perú se había encontrado de repente con la “vanguardia de Europa”. El resultado universal del acontecimiento de la conquista, destructivo pero finalmente creador, fue el nacimiento de la era moderna. En el Perú, la “Historia Moderna” estuvo marcada por una “sujeción colonial” que “hacía perder el sentimiento de la existencia nacional. Colocado el poder central al otro lado de los mares no era dado a la nación tener la idea clara de sus necesidades, ni de sus recursos”. Por otro, “la Providencia [...] jamás borra unos nombres del libro de la vida, sino para escribir otros”.[72] Aunque la “idea clara de la Nación” se encontraba opacada, aquello no significaba que su “nombre primitivo” había sido borrado. El palimpsesto histórico de la Providencia se aseguraría de ello, porque “al desaparecer el Imperio de los Incas hacía germinar las semillas de una nueva nación”. En efecto, “los mismos principios que habían dado origen a la conquista, debían producir la independencia de la colonia”, ya que “ninguna fuerza de la tierra era bastante [par] a ahogar los gérmenes de progreso: la cultura de los Incas, el cristianismo y la influencia española, quedaron en el Perú junto con la grandeza

imperecedera del país para reparar los estragos que siguieron a la caída del Imperio" incaico.[73] No sólo había "progreso" en el Perú colonial moderno: "el Virreinato daba a los Peruanos una influencia más extensa y más gloriosa que la dominación de los Incas, y bajo las apariencias uniformes de la inmovilidad ocultaba un progreso variado".[74] La Lima virreinal, centro del poder peruano colonial, "contribuyó [...] a formar las nuevas sociedades, con las que la emancipación había de establecer siete Repúblicas hispano-americanas y uno de los estados de la federación colombiana".[75] En el fondo, el nombre primitivo de la civilización peruana seguía vivo como la mónada neoplatónica de Leibniz, cuya obra filosófica junto con la de Kant, ejerció una gran influencia en Lorente. Para Lorente, entonces, el "progreso" no es una fuerza foránea importada de la Europa moderna sino la renovación histórica del "nombre primitivo" del Perú en "la nueva nación" peruana germinada por la cultura virreinal tras la conquista. El lenguaje del "progreso" de Lorente es historicista en el sentido de Leibniz y Herder descrito por Friedrich Meinecke: una fuerza de autocrecimiento y renovación filogenético que se extiende al reino espiritual, donde el "progreso" está grabado en un "germen" o "nombre" preformado.[76]

Al igual que sus contemporáneos Jules Michelet y Leopoldo von Ranke, y como ellos inspirado en la filosofía y lenguaje de Vico y Herder, a Lorente le repugna el "espíritu sistemático" de la Iluminación francesa a la Voltaire, con su escepticismo destructor y su alienante ironía, pero está dispuesto a utilizar algunos de sus probados instrumentos metodológicos.[77] La historia de las civilizaciones debía estar basada en sólidas evidencias, pero debía también ser amena, concisa y brillante como la carrera de la humanidad misma y puesta a su servicio. "Bástale para sus altos fines, que los hechos estén perfectamente determinados y atribuidos a sus verdaderas causas".[78]

Lorente creyó profundamente en el poder luminoso de la narración limpia de los hechos y movimientos de la historia. La narración histórica debe desembarazarse

> de cuanto entorpecería su marcha o la haría menos sencilla y metódica, evita [ndo] las digresiones que tocan en la anécdota, todo adorno postizo y sobre todo las largas reflexiones. Yo creo que debo sugerirlas al lector, no trasmitírselas; que los hechos hablen por sí mismos y la historia suministre sus elocuentes enseñanzas con sólo el auxilio del sentido común, sin pedirlas prestadas a la filosofía, que puesta en lugar de la narración la hace siempre sospechosa, de un sentido parcial y de aplicaciones más limitadas.[79]

Así, Lorente se vale de la estrategia narrativa que Hayden White ha identificado como "explicación por la trama" *(explication by emplotmeni)* .[80]

Bajo este régimen literario de la verdad, el historiador hace que "los hechos hablen por sí mismos", buscando refugiarse siempre en la lectura o "recepción" desde "el sentido común". Asimismo, en toda su obra Lorente siempre evita

> el vicio pomposo de las citas de que algunos historiadores recargan sus páginas. Esta intempestiva erudición que jamás usaron los de primer orden, hace perder de vista el espectáculo de lo que fue por escuchar lo que otros dijeron, quita al pensamiento propio la unidad de concepción, a la narración el colorido y al estilo su libre movimiento; y presenta así la realidad que pretendía reproducir más fielmente, sin verdad, sin luz y sin vida. SÍ se pretende con este sistema fatigoso de citas continuas autorizar el propio testimonio con el de otros historiadores, se olvida sin duda que semejante pretensión conduciría de ordinario a discusiones interminables, y que en la mayoría de los casos el trabajo de las citas no quedaría compensado con el crédito que el historiador puede buscar por lo común con medios más naturales y de éxito más seguro.[81]

Las técnicas narrativas de la representación realista, en Lorente, emanan de su filosofía de la historia. No indican falta de erudición o carencia de datos como lo han querido insinuar sus críticos. La narración histórica no es un simple espejo de todos los hechos sino una "pintura fiel y viva de la realidad" misma, y por lo tanto legible desde el "sentido común", porque brota de la lógica real de los hechos cotidianos de los hombres. Para Lorente, los hechos históricos nunca son "caprichos del acaso" porque

> estando sujetas a las leyes físicas y morales las evoluciones de la humanidad por la doble acción de la Providencia y de la libertad humana, toda exposición desordenada, en que aparezcan los sucesos sin relaciones con el tiempo, con los lugares, con las personas y con las demás influencias, no será la pintura fiel y viva de la realidad, será la imagen del caos, el tenebroso reflejo de siglos vacíos o turbulentos, apariencias fugitivas sin significación para el progreso, las que a lo más podrán alimentar la vana curiosidad, ya que no extravíen el pensamiento.[82]

La historia escrita no debe ser nunca una "imagen del caos"; el historiador siempre debe buscar la "verdadera armonía" entre el texto que elabora y la esencia de la realidad retratada. Y como la moderna "historia de la civilización" es la única que contempla la "armonía entre todos los elementos civilizadores" de la humanidad es ella la más alta *y* "verdadera historia". Así es que "la historia metódica de la civilización, la verdadera historia presentando los hechos en su unidad viviente y luminosa, merecerá llamarse según el lenguaje de Cicerón, luz de la verdad y maestra de la vida".[83]

Frente a un indigenismo criollo que, durante el periodo inmediatamente posterior a la independencia, erigió una leyenda negra antiespañola sobre el "coloniaje", en efecto convirtiéndolo en "un paréntesis retrógrado y letárgico" en el desarrollo nacional del Perú,[84] Lorente defendió una visión filosófica del desarrollo histórico de la civilización peruana. Tal visión historicista jamás pudo

admitir una negación tan “superficial” y “cínica” en la larga historia de la civilización del pueblo peruano. Era una ley filosófica de la historia, de orden leibniziana y vicosina, que la Providencia siempre proveía resultados lógicos y positivos, ya que jamás “borra un nombre del libro de la vida” sin reemplazarlo con otro. Aunque su visión del periodo colonial es bastante crítica, para Lorente era obvio que había emergido una “nueva nacionalidad peruana” bajo las influencias de España, por entonces “vanguardia de Europa”, y su ferviente catolicismo colonial. La nueva nacionalidad de la vieja civilización peruana era “más sólida” de lo que había sido bajo el “frágil” orden de los incas. El Perú conservó su nombre.

La historia del Perú independiente y republicano de Lorente formaba parte de la historia mundial de la “edad contemporánea” iniciada por la Revolución francesa. “Desde 1789 hasta nuestros días [...] puede decirse que nos hallamos en la edad de las revoluciones” en que “se deja sentir más y más la dominación del gran número; si no todo se hace por el pueblo, se procura manifestar que todo es para el pueblo.”[85] A pesar de las convulsiones políticas en el Perú, la Edad de las Revoluciones se caracterizaba por “el predominio de la democracia, la solidaridad creciente de los pueblos y el progreso rápido”.[86] De hecho, “la civilización del siglo XIX alcanza una grandeza, a que nada puede compararse en los tiempos antiguos, ni en los modernos, sin que por eso esté exenta de sufrimientos y de extravíos”.[87] Y a pesar de las oleadas reaccionarias en Europa, el liberalismo popular o republicano, “fundamento de toda revolución contemporánea”, avanzaba tanto en Europa como en América, y eran evidentes los signos de progreso en los “Estados despóticos” del África colonial y también en Asia. Lorente señala que en la India hubo progreso durante el colonialismo británico. “Calcuta y otros grandes centros ostentaban bellos establecimientos de instrucción y beneficencia. Mas el despotismo de la Compañía de las Indias Orientales se hacía más y más intolerable”.[88] El motín de 1857 frenó los peores abusos de la rapaz Compañía, pero la rebelión fracasó a causa de divisiones religiosas y del llamado de las castas más poderosas a volver a la monarquía mogul. En cambio, la reina de Inglaterra prometió reformas económicas y justicia social.[89] Era solo una cuestión de tiempo antes de que la India también obtuviese su independencia republicana.

Las revoluciones en Hispanoamérica tardaron en llegar, pues hace tiempo que los americanos y sobre todo los peruanos estaban ya bien preparados por su historia para una vida independiente de la metrópoli. A diferencia de muchos, en el relato independentista de Lorente no existe ningún “todavía no” (*noch nicht* o *notyei*). En efecto, la grandeza y los recursos de las colonias siempre habían

sobrepasado los de la metrópoli, y “la antigua grandeza de los imperios peruano y mexicano respondía del porvenir de poderosos estados”. Bajo el dominio colonial “habían ocurrido tentativas de emancipación, a las que solo faltó la oportunidad para el éxito completo [...] El gobierno español no sabía administrar bien países, que apenas conocía [...] Además de las absurdas y ruinosas restricciones impuestas al movimiento civilizador”.[90] El Iluminismo hispanoamericano del siglo XVIII (Lorente tiene en mente figuras como Peralta y Unanue) proveyó de las luces filosóficas para la germinación de la libertad. El éxito de los Estados Unidos impulsaba a los criollos, al mismo tiempo que la feroz represión de los alzamientos de esclavos en Haití minaba su resolución. Pero la Revolución francesa, a pesar del Terror, “vino a revelar los derechos, las conveniencias y las aspiraciones, que condenaban el coloniaje”.[91] Apartándose de aquellos que afirmaban que un Perú recalcitrante había sido arrastrado a la independencia, Lorente argumentaba que en América del Sur los primeros gritos de independencia se escucharon en el Perú en 1804, con la conspiración “de Aguilar y Ubalde en el Cuzco”. Más tarde, las incursiones de los británicos en Buenos Aires fueron rechazadas y allí floreció el patriotismo. Los movimientos independentistas se esparcieron rápidamente a través del continente en 1808, ya que la guerra que libraba la propia España por su independencia contra la Francia napoleónica brindó a las colonias el momento oportuno para liberarse. El golpe militar liberal de 1820 en España puso fin al reinado absolutista de Fernando VII, colaborando con la causa de la libertad en América.[92]

En Lima, el ejército libertador de San Martín fue recibido cálidamente: de no haber sido por la simpatía del general rioplatense hacia la monarquía constitucional, la revolución republicana por la independencia, activa en Lima, podría haber evitado el derramamiento de sangre. Las dudas de San Martín y las maniobras del último virrey, La Serna, preparaban la escena para la intervención política y militar, necesaria y definitiva, de Simón Bolívar, cuyas fuerzas finalmente triunfaron en Ayacucho en 1824.[93] Bolívar fue entonces el hombre que se necesitaba, la personificación de la independencia, con “su mirada de águila, su exterior imperioso y su elocuencia vehemente avasallaban al vulgo; de aspiraciones sublimes, de vasta inteligencia, y de imaginación volcánica”.[94] El Perú y Sudamérica ya tenían un héroe cultural épico, un fundador brillante de la edad contemporánea de las revoluciones. Sin embargo, en el Perú y otras repúblicas sudamericanas, el legado más visible de la independencia fue un militarismo antidemocrático. ¿Pero no era acaso el mismo legado en Europa, donde los generales competían por el poder con rancios monarcas? Además, no todos los caudillos militares en América se oponían al “interés nacional”, como

sí lo hacían los monarcas imperialistas en Europa, ni tampoco estaban necesariamente desprovistos “de celo ilustrado por la grandeza y prosperidad de la patria”.[95] Un claro ejemplo de ello es Ramón Castilla en el Perú. Castilla había comandado la Revolución de 1854 que abolió la esclavitud, liberó a los indígenas de pagar tributos, acabó con la pena de muerte, suprimió el diezmo, amplió el derecho a voto, estableció una educación liberal y colocó al Perú en el camino de la prosperidad económica. A pesar del militarismo, la Revolución liberal de la república mantuvo sus promesas y avanzó hacia delante. La situación del Perú en la década de 1870 es relativamente estable, durante la presidencia civil de Manuel Pardo, aunque las intrigas reaccionarias y los problemas fiscales presentaban

> una situación gravísima, llena de sufrimientos y peligros. No por eso dejan de ser tan incuestionables, como grandiosos los progresos realizados por el Perú en medio siglo de vida independiente. La grandeza tradicional, el suelo privilegiado, las reformas emprendidas y el espíritu nacional, solícito y capaz de la mayor cultura, anuncian siempre a la república un glorioso porvenir.[96]

En parte podemos atribuir la fe manifiesta de Lorente en la capacidad y el progreso de la República al periodo en el que éste escribía sus historias. Entre la Revolución de 1854 y la guerra con Chile que comenzó en 1879, el Perú vivió un crecimiento económico sin precedentes y una relativa estabilidad política, gracias, principalmente y en palabras de Lorente, a la riqueza “providencial” derivada del fabuloso recurso natural del guano. Con la derrota de España y el desmantelamiento de su “absurdo” mercantilismo colonial, el Perú podía ahora aprovechar plenamente el potencial económico y civilizador de este antiguo “recurso nacional”.[97] Montado en las alas del comercio, el fertilizante de excremento de pájaro rico en nitrógeno llegó al rescate de los campos europeos de papas y maíz, vaciados de nutrientes y roídos por las plagas: otro don que los antiguos peruanos (y mexicanos) brindaron a la moderna civilización europea. La sabia administración de Castilla trajo entonces “el periodo más feliz en la historia del Perú independiente”[98] y, a pesar de una serie de intentonas reaccionarias, la presidencia civil de Manuel Pardo brindó una mayor estabilidad que durante el pasado caudillesco de las primeras décadas de la República. Sin embargo, la devastadora derrota del Perú y la ocupación chilena durante la Guerra del Pacífico (1879-1884) terminaron de forma abrupta y violenta la era de Lorente. Su síntesis suprema, *Historia de la civilización peruana*, publicada en las vísperas de la invasión chilena, fue su último libro. Murió en Lima en 1884.

EL FANTASMA DE LA INVENCIÓN, O EL PRESUPUESTO DE LA HISTORIOGRAFÍA PROFESIONAL

La minúscula cripta de Lorente en el viejo y deteriorado cementerio de Lima es modesta y hace algún tiempo desatendida. Es la típica cripta de un austero educador republicano, con un simple friso de mármol con su imagen en perfil, apenas visible tras el vidrio roto. Sea esta cripta una metáfora del minúsculo espacio para Lorente en el cementerio de la historiografía profesional del siglo XX. La historia republicana de la civilización peruana de Lorente no fue igualada en el Perú del siglo XIX, debido a su coherencia tanto filosófica como política, y a su vocación narrativa por una pedagogía popular que, hay que reconocerlo, lograba plenamente. Pero sus logros han sido callados o minimizados, y su lugar en la historia de la historia peruana eclipsado por otros. A causa de esta desatención, mi insistencia en el sentido ejemplar de los escritos de Lorente requiere una explicación de por qué Lorente fue abandonado por los historiadores profesionales peruanos del siglo XX. Sugiero que la amnesia profesional que rodea a Lorente revela más bien la presencia fantasmal de su narrativa genealógica o historicista de la nación peruana. En realidad, su narrativa maestra está hoy en todas partes, y por lo tanto es invisible; forma tanto el objeto cognitivo de los estudios históricos como la configuración de él como sujeto histórico colectivo singular, lo que no debe sorprendernos: suele ocurrir que las fundaciones o presupuestos de las disciplinas les sean invisibles. Este hecho brinda una lección fundamental: las posibles verdades de la disputada "historiografía nacional" descansan sobre un sentido colectivo mucho más profundo y consensual, es decir, sobre la base de una serie de verdades, culturalmente "instaladas" por la circulación cotidiana de un sentido "nacional" de ser y estar en el mundo. Este sentido es tan "total" como el del nombre mismo de "peruano", es decir, toca todos los aspectos de "la vida peruana" incluidos, desde luego, los pasados creados y debatidos por la historiografía profesional.

La mayoría de los historiadores profesionales del siglo XX o han ignorado a Lorente, o han realizado una lectura superficial de sus trabajos ya que, para muchos de ellos, la obra de Lorente es "superficial" y no merece mayor atención. Los orígenes de esta visión son, sin embargo, cualquier cosa salvo profesionales: puede observarse en los rivales contemporáneos de Lorente, quienes desde las columnas de opinión de los periódicos lanzaban ataques xenófobos contra su persona y sus escritos. Entre los más notables de estos ataques estaban las diatribas *ad hominem* de Manuel Atanasio Fuentes (bajo cubierto de seudónimos).[99] Pero aparentemente ese tono despectivo se convirtió

en dogma en el Perú académico, como consecuencia de los juicios sumarios del joven historiador José de la Riva-Agüero y su colega Víctor Andrés Belaúnde. Riva-Agüero es aún percibido como el "padre de la disciplina académica de la historia" en el Perú,[100] mientras que a Belaúnde suele dársele crédito (y él se lo da a sí mismo también) por haber iniciado a los lectores peruanos en la sociología moderna (aunque el crédito pertenezca a Carlos Lisson), y por inventar la idea de *peruanidad*. Quizá más por error que por acierto, las generaciones siguientes de historiadores sociales de izquierda parecieron coincidir con estos juicios sumarios, en parte (y sólo en parte), cabe sospechar, porque pocos se molestaban en leer a Lorente, cuyos libros ya no se imprimían.[101] De entre los historiadores más conocidos del siglo XX en Perú, sólo Raúl Porras Barrenechea parece haber leído a Lorente con suficiente atención para reconocer la gran importancia de su narrativa totalizadora.[102]

La cripta de Lorente como símbolo del olvido refleja en parte la del "progreso" y "prosperidad" de la República misma; luego esos conceptos en manos de los historiadores sociales del siglo XX, se convertirían en "ficticios". La devastadora Guerra del Pacífico (1879-1884) desgarró al Perú. Lima fue ocupada por un comando chileno que utilizó la Biblioteca Nacional para albergar tropas y administrar la ciudad. Campañas expedicionarias persiguieron a la resistencia peruana a través de las alturas de los Andes, y para empeorar más las cosas, la guerra civil entre quienes buscaban terminar cuanto antes con la guerra firmando la paz con Chile (los azules) y quienes veían a la paz como una deshonra para la patria (los colorados), prolongó el conflicto más allá de la retirada de las tropas chilenas en 1884. Perú perdió valiosos territorios en su frontera sur con Chile (de Arica a Antofagasta), y también fue obligado a compensar económicamente al vencedor. Las finanzas del Estado colapsaron cuando los bonistas extranjeros asumieron la deuda nacional con grandes ganancias y, como resultado de una guerra civil sangrienta, crecieron las tensiones políticas, étnicas y de clase. Perú volvió al control militar, aunque bajo el comprometido régimen del héroe patriótico de la resistencia "colorada", Andrés Avelino Cáceres. Durante la polvareda de la posguerra, muchos de los intelectuales más notables de Lima lanzaron duras críticas contra el disuelto orden republicano. La nación era inexistente, exclamaban. La república era una mera ilusión "formalista".[103]

En un interesante ensayo sobre el desarrollo de "los historicismos" peruanos, publicado en la década de 1970, Pablo Macera —frecuentemente señalado como el fundador de la historia social en el Perú— descartaba el trabajo de Lorente como meros "textos escolares".[104] Las reflexiones de Alberto Flores Galindo

sobre la historia de la historia peruana del siglo XIX, escritas en la década de 1980, seguían a Macera en este punto.[105] El desdén de Macera se volvió un credo[106] principalmente porque él y sus seguidores (todos historiadores sociales) entendían el pensamiento historicista (y en esto coincidían con Jorge Basadre) como una tendencia progresista, nacionalista, y colectivista, y para ellos estos elementos estaban obviamente ausentes antes del siglo XX.[107] De hecho, según Basadre la ausencia de un auténtico pensamiento historicista nacional era una de las principales causas del fracaso del Perú en tanto nación. Pero Basadre, ignoró casi por completo a Lorente,[108] caracterizando sus primeros escritos (*Pensamientos sobre el Perú*) en los mismos términos despectivos que Fuentes, caracterizándolos de forma caprichosa como "un testimonio ligero sobre el país profundo".[109] Lo irónico de esta sentencia es que la muy influyente obra historicista de Basadre termina reciclando muchos elementos filosóficos y narrativos de Lorente.[110]

Al ignorar a Lorente, Basadre y Macera siguen el ejemplo de José de la Riva-Agüero. En su influyente tesis doctoral, *La Historia en el Perú* (1910), Riva-Agüero excluye toda discusión seria de la obra de Lorente. A pesar de la incoherencia del título (si se tratara realmente de "la historia escrita en el Perú" tendría que ser mucho más amplia la obra; por otro lado, la tesis no se intitula "La historia escrita por peruanos" aunque, si fuera así, según nuestro criterio, Lorente asumiría un lugar fundacional en ella, y varios de los historiadores de los que trata la tesis habría que excluirlos) la excusa de esta escisión sería fácil ya que, después de todo, parece ser indiscutible que Lorente no había nacido "en el Perú". Pero hay razones para sospechar que la razón de esta escisión era más profunda que una simple y burda xenofobia a las fuentes. A regañadientes, y quizás tras sentir el tirón de su casa de estudios, donde Lorente había sido decano de Letras, Riva-Agüero agregó un apéndice de dos páginas de comentarios a su tesis. En estas escasas páginas otorga a Lorente el menospreciado "título de vulgarizador". Afirma Riva-Agüero que Lorente no merece ser calificado como "un pensador sino un modesto expositor [...] sin vocación erudita". No era "ni investigador ni sintético" sino un "simple narrador, agradable pero superficial".[111] Pero puede encontrarse una razón más "profesional" para la aparente escisión patriotera que hace Riva-Agüero de Lorente: reside en la incómoda sospecha de que el discurso histórico del "vulgarizador" era, en más de un sentido, cercano al suyo propio. Si removemos el andamiaje académico y los "nuevos descubrimientos" de la sociología positivista, podremos apreciar que no existen diferencias significativas entre el "método crítico" de Riva-Agüero y la "historia crítica" de Lorente. Ambos se

basan en los sencillos análisis comparativos de lo que entonces se llamaba "crítica histórica", combinados con amplias dosis de "sentido común".[112] Ambos intentaron escribir la "historia política" y la "historia de la civilización" (aunque en eso Lorente tuvo mucho más éxito). La unión indisoluble entre patriotismo e historia fue un dogma dé fe para ambos autores, identificable en todos sus escritos.[113] Ambos reivindicaban también, aunque con reservas críticas, el legado positivo del Inca Garcilaso de la Vega. En la cuestión del legado del Estado inca, sus posturas también eran similares. Ambos historiadores suscribían en mayor o menor medida la crítica liberal de William Prescott sobre el despotismo inca, aunque, sin dudas, el historiador neopositivista y luego conservador es más cercano a Prescott que el republicano liberal. Prescott había argumentado que los incas eran una "raza superior" de déspotas provenientes de Oriente, cuyo reinado aplastó las "energías individuales" de sus súbditos nativos, inferiores y dóciles.[114] En palabras de Riva-Agüero, el despotismo inca fue [4] en mucha parte responsable de los males que todavía afligen el moderno Perú".[115] A pesar de la inclinación de Riva-Agüero por los métodos positivistas y prácticas académicas "más modernos", ambos historiadores procuraron escribir "historias filosóficas" animadas, que sintetizasen las grandes tendencias y enseñanzas del largo pasado del Perú. Consideradas como discursos narrativos, la historia de Riva-Agüero y la de Lorente eran notablemente similares, y resulta razonable concluir que, en este terreno, Riva-Agüero no superó los logros duraderos de Lorente.

La tesis doctoral en jurisprudencia de Víctor Andrés Belaúnde, *El Perú antiguo y los modernos sociólogos* (1908), desprecia la obra de Lorente en términos aún menos generosos. Sin embargo, a juzgar por sus comentarios, los lectores de Lorente tienen fuertes razones para dudar si alguna vez Belaúnde leyó a Lorente de otra forma que no fuese superficial, o incluso de segunda mano. Belaúnde escribió: "Siguió a Prescott, informándose en el criterio de los trabajos sobre la historia de la civilización de Inglaterra de Buckle, el Señor Lorente, historiador superficial y diluido. Su obra, principalmente descriptiva, sin ideas de conjunto, es inferior al trabajo de Prescott".[116] En verdad, Lorente se alejaba mucho de Prescott en cuestiones centrales, y era muy crítico de la historia positivista de Inglaterra escrita por Buckle. La noción de historia de la civilización derivaba en Lorente del pensamiento historicista, de Leibniz, Kant y Vico, y no de la inspiración positivista de la cual era enemiga acérrima. Además, fue Lorente el único historiador peruano del siglo XIX capaz de ensamblar en una prosa clara y unificada una "idea de conjunto" de la historia peruana. Según los criterios de su época y escuela filosófica, la historia que escribió Lorente no es

para nada “descriptiva” ni “superficial” y tampoco “diluida”: todo lo contrario. Lorente sí leyó a Buckle, pero es abrumadoramente evidente que el positivista británico no tenía ninguna influencia sobre él. Al contrario, Lorente le fustiga a Buckle por su determinismo ambiental y “fatalismo y sensualismo” que, desde su punto de vista, condenaba a grandes poblaciones coloniales a una degeneración perpetua.[117]

Es cierto que los trabajos de Prescott están inspirados en métodos críticos similares y en una prefiguración o telos liberal, pero la historia filosófica de la civilización de Lorente es más generosa que la narrativa yanqui de Prescott acerca del decisivo topos del “declive español,” estudiada por Richard Kagan en otro contexto.[118] Asimismo, en otros puntos clave Lorente se aleja con sabiduría de los juicios valorativos de Prescott. Admite que la civilización inca, en tanto “Estado moral o ideal”, dejaba mucho que desear pues tendía al “reino de uno solo”, y por ende al inmovilismo. Pero desde la perspectiva de la *critica histórica*, esto es, hablando comparativamente, anota Lorente, el Estado inca era admirable, en primer lugar por elevar el bienestar general de su pueblo a niveles superiores que los de la Europa feudal, y segundo por unificar la enorme diversidad étnica de los pueblos andinos, pues “echaron las bases para la unidad y engrandecimiento del Perú”.[119] La interpretación que hace Lorente de la civilización inca es menos acusadora y orientalizadora que la de Prescott, en parte gracias a que la filosofía de la historia de Lorente, patriótica y republicana, era más comprensiva con las tesis del Inca Garcilaso; en parte porque Lorente buscaba los orígenes oscuros de la nación peruana, mientras Prescott consideraba que tal búsqueda yacía en “tierra de oscuridad más allá de la historia”, y, finalmente, porque Lorente estaba comprometido políticamente con un proyecto progresista de redención indígena, inspirado en el ejemplo de Bartolomé de Las Casas.[120]

A diferencia de Prescott, y a diferencia de la mayoría de sus contemporáneos peruanos, Lorente negó de manera sistemática que los nativos del Perú hubieran sido irremediable y significativamente degradados bajo los reinados inca y español. Aunque era cierto que los primeros estaban imbuidos de “un espíritu oriental”, transmitido por migraciones muy antiguas y marcas lingüísticas, este espíritu podía sin embargo servir al designio providencial de un “progreso” ordenado, entendido como la renovación historicista del “nombre” o “germen” de la “civilización peruana”. Todas las “declamaciones ya frías, ya vehementes contra su rudeza, ingratitud, pereza, indolencia, incapacidad y otros defectos más graves, que se suponen ingénitos e incurables” no son más que “la vieja calumnia de las razas opresoras contra las razas oprimidas”.[121] “Aun cuando la

degradación se hubiera consumado, ahí está la historia, que desmentiría su pretendida ineptitud con los hechos que atestiguan su cultura".[122] La defensa historicista de los indígenas que hace Lorente anticipó las posiciones indigenistas del Perú de las décadas de 1920 y 1930 pero remitiéndose también a la "epistemología patriótica" del siglo XVIII. La epistemología patriótica tendía a dividir claramente el pasado glorioso y aristocrático de los nativos con su presente miserable y común. Como ya he argumentado en otra parte, este cisma distópico caracterizó a gran parte del discurso histórico en el Perú del siglo XIX.[123] Sin embargo, en Lorente podemos observar los primeros anuncios de su colapso, ya que no era "necesario evocar el pasado para poner fuera de duda los bellos rasgos que le caracterizan" al indígena peruano.[124] Estos rasgos admirables se revelan

> de un valor sereno en el campo de batalla; brilla en la enseñanza superior, en la prensa, en la tribuna y en los libros; ha dado a la iglesia santos y a la patria héroes; su dulzura rara vez se ha desmentido, siendo en su raza más raros los atentados, que en las razas de mejores costumbres; su docilidad, que la ambición ajena ha explotado, puede arraigar el orden social más perfecto; cuando se ha acusado de insensible, derrama raudales de ternura en sus cantares, y con frecuencia el dolor comprimido causa en su corazón estragos irreparables; no son raras las muestras que da de abnegación sublime; su pereza, que es consiguiente al trabajo mal retribuido, se convierte en laboriosidad, desde que está seguro de alcanzar la recompensa merecida; es reservado porque tiene justos motivos para no expresar lo que siente [...] No hay pues, en los vicios, que se atribuyen a los indígenas, nada que no sea obra del artificio y de la violencia, y por lo tanto todos han de desaparecer y están desapareciendo con una cultura más liberal, inteligente y moralizadora.[125]

En suma, la historia filosófica de Lorente tendía a la abolición del abismo histórico entre el pasado glorioso y el presente miserable; su visión no podía aceptar el "todavía no" de los liberales bolivarianos (tales como Benito Laso y Juan Espinosa), que argumentaban que los indígenas "aún no estaban listos" para ser ciudadanos republicanos.

Lo más evidente para nosotros es que la llamada *historia ligera* (Basadre) o *historia superficial* (Belaúnde, Riva-Agíiero) de Lorente se ha hecho *historia profunda del Perú*. Es tan profunda que hoy en día pasa inadvertida en tanto fundación inconsciente de la narrativa contemporánea de la historia peruana. No fue Belaúnde,[126] ni Basadre, sino Lorente quien fundó la genealogía moderna de la civilización nacional del Perú, esto es, la narrativa historicista y totalizadora de la *peruanidad*. Lorente articuló y promulgó el discurso de la *historia peruana* como la evolución progresiva del "nombre" y del "espíritu comunal" de una antigua civilización que, solidificada bajo el poder imperial moderno y liberada por la revolución republicana poscolonial, conservaba a ambos en las costumbres cotidianas y en el "espíritu nacional". Sin saberlo quizás, Basadre

asumirá como propias las grandes líneas de la misma arquitectura genealógica y nominativa, aunque la completará con ciertos conceptos sociales y filosóficos propios del siglo XX.[127]

Desenterrar el discurso histórico nacional de Lorente de bajo la sepultura del abandono puede colaborar en una enseñanza crítica y deconstructiva de la escritura de la historia peruana. La profunda historia "superficial" del Perú de Lorente confirma visiblemente que las antiguas tumbas de las naciones modernas son, como tan bien argumenta Benedict Anderson, tan superficiales como rápidamente olvidadas, pero no por ello fácilmente desterradas.[128] Lo que resistió la sepultura y olvido de los historiadores profesionales fue precisamente el "cuerpo armonioso de su historia". Al igual que la noción de Peralta Barnuevo, según la cual la historia debe imitar el glorioso linaje del Príncipe, la historia republicana ahora reproducía el todo orgánico de la "civilización peruana" misma. Aquí el efecto "espejo" era resuelto por el nombre propio de la nación, porque los "peruanos", gracias a su "espíritu comunal" y su "alma nacional", unían el Perú primitivo y antiguo con el moderno y contemporáneo. La "historia peruana" ahora comenzaba con primitivas "lecciones de ortografía" que hacían que la palabra "civilización" pudiese ser leída como una "lección práctica" para el futuro del Perú. Además, la "civilización peruana" no sólo incluía sino se basaba en la historia de las comunidades indígenas. La contemplación de las vastas "armonías" de la historia peruana estaba al alcance de cualquier lector peruano, ya que éstas se habían tornado "sentido común". En efecto, parece difícil que llegue a estar alguna vez fuera de su alcance.

BIBLIOGRAFÍA

Abercrombie, Thomas, 2003, "Mothers and Mistresses of the Urban Bolivin Public Sphere: Postcolonial Predicament and National Imaginary in Oruros Carnival", en Mark Thurner y Andrés Guerrero (eds.), *After Spanish Rule: Postcobnial Predicaments of the Americas*, Durham, N.C., Duke University Press, pp. 176-220. Anderson, Benedict, 1993, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Nueva York, Verso, 1991 *(Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE).

Basadre, Jorge, 1968, *Historia de la República*, sexta edición, Lima, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Basadre, Jorge, 1958, *Perú: problema y posibilidad. Ensayo de una síntesis de la*

evolución histórica del Perú, Lima, J. Mejía Baca editor.
Belaúnde, Víctor Andrés, 1908, *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*, Lima, tesis de doctorado en Jurisprudencia.
Belaúnde, Víctor Andrés, 1931, *La realidad nacional*París, Le Livre libre.
Belaúnde, Víctor Andrés, 1957, *Peruanidad*, Lima, Eds. Libre Studium.
Cañeque, Alejandro, 2003, *The Kings Living Image*, Nueva York, Routledge.
Cañizares-Esguerra, Jorge, 2006, *Puritan Conquistadors and Other Essays*, Stanford, Stanford University Press.
Cañizares-Esguerra, Jorge, 2001, *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press.
Condamine, Charles-Marie de la, 1745, *Rélation abrégée dun voyage fait dans l'intérieur de TAmérique méridionale*, Paris, Veuve Pissot.
Córdova y Urrutia, J. M. de, 1839, *Estadística histórica, geográfica, industrial y comercial de los pueblos que componen las provincias del Departamento de Lima*, Lima, s.n.
Córdova y Urrutia, J. M. de, 1844, *Las tres épocas del Perú, o compendio de su historia*, Lima, Imprenta del autor.
Cortés, D. Cristóbal María, 1784, *Atahualpa: Tragedia premiada por la villa de Madrid*, Madrid, s.n.
Espinosa, Juan, 1855, *Diccionario para el pueblo*, Lima, Imprenta Liberal.
Flores Galindo, Alberto, 1986, "La imagen y el espejo", en *Márgenes*, Lima.
Fuentes, Manuel A., 1866, *Aletazos del Murciélago*, París, Ad Lainé y J. Havard, tomo 1.
Garcilaso de la Vega, Inca, 1609, *Primera parte de los Comentarios Reales*, Lisboa, P. Crasbeck.
Garcilaso de la Vega, Inca, 1617, *Historia general*, Córdova, viuda de Andrés Barrera.
Gisbert, Teresa, 1980, *Iconografía y mitos indígenas*, La Paz, Gisbert.
Humboldt, Alexander von, 1813, *Vues des Cordillères, et monuments des peuples indigenes de TAmérique*, Paris, 2. s.n.
Humboldt, Alexander von, 1814, *Researches Concerning the Institutions & Monuments of the Ancient Inhabitants of America, with Descriptioins & Views of Some of the Most Striking Scenes in the Cordilleras! Written in French by Alexandre de Humboldt & Translated in English by Helen Maria Williams*, Londres, Longman.
Kagan, Richard, "Prescott s Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain', *American Historical Review*, vol. 101, num. 2 (abril, 1996), pp. 423-446.

Kaulicke, Peter (ed.), 2001, *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Koselleck, Reinhart, 2004, *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, Nueva York, Columbia University Press.

Kristal, Efrain, 1991, *The Andes Viewed from the City: Literary and Political Discourse on the Indian, 1848-1930*, Nueva York, Peter Lang. (*Una visión urbana de los Andes: génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú, 1848-1930*, Lima, 1987).

Lorente, Sebastián, 1876, *Compendio de Historia Contemporánea para los colegios del Perú*, Lima, Benito Gil.

Lorente, Sebastián, 1876, *Compendio de la Historia Antigua de Oriente para los colegios del Perú*, Lima, Benito Gil.

Lorente, Sebastián, 1860, *Historia Antigua del Perú*, Masias, París-Lima.

Lorente, Sebastián, 1863, *Historia del Perú bajo la dinastía austríaca: 1542-1598*, Lima, Benito Gil.

Lorente, Sebastián, 1876, *Historia del Perú compendiada para el uso de los colegios y de las personas ilustradas*, Lima, Benito Gil.

Lorente, Sebastián, 1876, *Historia del Perú desde la proclamación de la independencia, Tomo I: 1821-1827*, Lima, Benito Gil.

Lorente, Sebastián, 1879, *Historia de la civilización peruana*, Lima, Imprenta Liberal.

Lorente, Sebastián, 1861, *Historia de la conquista del Perú*, París, Masias.

Lovejoy, Arthur O., 1978, *The Great Chain of Being*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

Macera, Pablo, 1977, "Historia e Ideología" y "El historiador y su oficio", *Trabajos de Historia*, Lima, Instituto Nacional de Cultura, tomo 1.

Mallon, Florencia, 2004, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press. *(Campesinado y nación*, Mexico, Ciesas, 1995).

Manrique, Nelson, 1981, *Campesinado y Nación: las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.

Montoya, Gustavo, 2002, "Jorge Basadre: el ensayo como estrategia", en Jorge Basadre, *La iniciación de la República*, Lima, Fondo Editorial de la Universidad Mayor de San Marcos.

Palma, Ricardo, 1863-1897, *Anales de la Inquisición de Lima*, Lima, tipografía de Aurelio Alfaro.

Palma, Ricardo, 1964, *Tradiciones peruanas completas*, Madrid, Aguilar.

Paz Soldán, Mariano Felipe, 1868, *Historia del Perú independiente, Primer periodo, 1819-1822*, Lima, s.n.

Peralta Barnuevo, Pedro, 1723, *Júbilos de Lima y fiestas reales*, Lima, Ignacio de Luna y Bohorques.

Peralta Barnuevo, Pedro, 1732, *Lima fundada o la conquista del Perú*, Lima, Francisco Sobrino.

Peralta Barnuevo, Pedro, 1730, *Historia de España vindicada*, Lima, Francisco Sobrino.

Porras Barrenechea, Raúl, 1963, *Fuentes Históricas Peruanas*, Lima, Instituto Raúl Porras Barrenechea.

Pratt, Mary Louise, 1992, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Nueva York, Routledge.

Prescott, William 1847, *History of the Conquest of Peru*, Filadelfia, Lippencott.

Quijada, Mónica, "Los 'incas arios: Historia, lengua y raza en la construcción naciónal hispanoamericana del siglo XIX", *Histórica*, vol. XX, núm. 2 (diciembre, 1996), pp. 246-247.

Rancière, Jacques, 1992, *The Names of History: On the Poetics ofKnowledge*, Minneapolis, University of Minnesota Press. *(Los nombres de la Historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1944).

Ranking, John, 1827, *Historical researches on the conquest of Peru, Mexico, Bogota, Natchez, and Talomeco in the thirteenth century, by the Mongols*, Londres, Longman.

Raynal, Guillaume-Thomas-François, 1783, *Histoire philosophique et politique des étab, Ossements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, Ginebra, Chez les Libraires associes.

Riva-Agüero, José de la, 1965, *La Historia en el Perú*, Lima, Instituto Riva-Agüero [1910].

Rivero, Mariano de y Juan Diego de Tschudi, 1851, *Antigüedades peruanas*, Viena, Imprenta imperial.

Sahuaraura Inca, Justo Apu, 1850, *Recuerdos de la monarquía peruana*, París, Librería Rosa y Bouret.

Solís, Antonio, 1684, *Historia de la conquista de Mexico, poblacion y progresos de la America Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España*, Madrid, Imprenta de D. Antonio de Sancha.

Squier, Ephraim George, 1877, *Peru: Incidents of Travel and Exploration in the Land of the Incas*, Nueva York, Harper & Brothers.

Szeminski, Jan, 1993, *La utopia tupamarista*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Thumer, Mark, "Jorge Basadres 'Peruvian History of Peru', or the Poetic Aporia of Historicism", *Hispanic American Historical Review,* vol. 88, núm. 2 (2008), pp. 247-283.

Thurner, Mark, 2003, “Peruvian Genealogies of History and Nation”, en Mark Thurner y Andrés Guerrero (eds.), *After Spanish Rule: Postcobnial Predicaments of the Americas*, Durham, N.C., Duke University Press, pp. 141-175.

Thurner, Mark, 2006, *From Two Republics to One Divided: Contradictions of Postcolonial Nationmaking in Andean Peru*. Durham, N.C., Duke University Press. *(Republicanos andinos*, Lima y Cuzco, IEP-CBC, 1997).

Ulloa, Antonio de y Jorge Juan, 1978, *Relación histórica del viaje a la América meridional*, Madrid, Fundación Universitaria Española.

Unanue, José Hipólito, 1806, *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*, Lima, Imprenta Real.

Ventura Calderón y Cevallos, Ángel, 1730, “Al Príncipe nuestro Señor”, en Pedro de Peralta Barnuevo, *Historia de España vindicada*, Lima, Francisco Sobrino.

Viscardo y Guzmán, Juan Pablo, 1988, *Obras Completas*, Lima, BCP.

White, Hayden, 1973, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Williams, Jerry M., 2003, “Introduction”, *Historia de España vindicada*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs.

Zamora, Margarita, 1988, *Languaje, Authority and Indigenous History in the Comentarios Reales de bs Incas*, Cambridge, Cambridge University Press.

Notas al pie

[1] Siguiendo los argumentos de Jacques Rancière y Hayden White, prefiero *no* utilizar el concepto de "historiografía", pues considero que es excesivamente limitado y, en todo caso, una presunción profesional inútil de origen Rankeano, que en vano pretende aislar los textos y las palabras (grafía, representación) de los hechos y las cosas (historia, presentación). Esta presunción permite imaginar a los historiadores profesionales de hoy (y de antaño) como siendo de alguna manera inmunes, o estando por encima de los protocolos lingüísticos heredados del discurso histórico y de la poética y la política más amplias de la época. En contraste, Rancière sostiene que la palabra "historia" es un concepto incrustado (o un homónimo) que hunde hábilmente la poética y la política de la narrativa y los hechos, las palabras y las cosas. Esto ocurre porque la historia se hace cuando los acontecimientos y las cosas están "propiamente" nombradas, es decir, cuando los nombres propios (los sujetos nombrados por el sujeto escritor) generan los hechos y las cosas haciéndolos reconocibles para los sujetos lectores. Ninguna "historiografía" puede escapar de esta historia circular "hecha" por los nombres. Y la "historia" no finge que puede. Véase White, *Metahistory*, y Rancière, *The Names of History.*

[2] Koselleck, *Futures Past.*

[3] Lorente, *Historia del Perú compendiada*, p. 4.

[4] Quijada, "Los 'incas arios' ", pp. 246-247.

[5] Riva Agüero reconoció con acierto la pobreza de los escritos de Mendiburu y Paz Soldán, señalando que en estos autores había una "falta de criterio filosófico y de visión sintética, estilo incoloro y pesado, total ausencia de animación y gracia por el relato". Riva Agüero, *La historia en el Perú*, p. 331. Además de por su confesa falta de capacidades literarias, Paz Soldán estaba inhibido por su propia concepción de la historia, que requería la separación entre "narración" y "filosofía" y que "el estilo sea sacrificado en el altar de los documentos". Véase sus comentarios preliminares en Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, pp. i-v.

[6] Palma, *Tradiciones peruanas completas*, p. 1207.

[7] Para el caso de Francia, véase Rancière, *The Names of History*.

[8] Espinosa, *Diccionario para el pueblo*, pp. 558-562.

[9] Lorente, *Historia del Perú desde la proclamación*, pp. 3-4.

[10] Lorente, *Historia Antigua del Perú*, pp. 7-9.

[11] Rivero y Tschudi, *Antigüedades peruanas*, vol. 1, p. i.

[12] *Ibid.*, vol. 2, p. iii.

[13] *Ibid.*, vol. 2, p. 309.

[14] Sobre la "logoización" de las ruinas en la imaginación nacional, véase Anderson, *Imagined Communities*, p. 182.

[15] Sobre los arcos efímeros como "espejos del príncipe" o del virrey en la América española, véase Cañeque, *The Kings Living Image.*

[16] Para una discusión sobre este discurso, véase Cañeque, *The Kings Living Image*.

[17] Szeminski, *La utopía tupamarista*.

[18] Randére, *The Names of History*, p. 66.

[19] Sobre el "nacionalismo oficial" en la Europa Central del siglo XIX en tanto estrategia reaccionaria para "naturalizar" las dinastías imperiales, véase Anderson, *Imagined Communities*, capítulo 6.

[20] Véase Williams, "Introduction", *Historia de España vindicada*, pp, xi-lii.

[21] *Idem*.

[22] Ventura Calderón y Cevallos, "Al Príncipe nuestro Señor", *Historia de España vindicada*.

[23] Peralta Barnuevo, *Historia de España vindicada.*

[24] Véase Peralta Barnuevo, *Descripción de las fiestas reales.*

[25] Peralta Barnuevo, *Lima fiindada o la conquista del Perú*, *sí*n.

[26] Zamora, *Languaje, Authority and Indigenous*, p. 14.

[27] La *Primera parte* de la historia de Garcilaso, publicada en Lisboa, fue dedicada a la reina regente de Portugal. La segunda edición de la *Primera parte* (Madrid, 1723) agrega una dedicatoria de Nicolás Rodríguez al rey Felipe V.

[28] Garcilaso, *Segunda parte*, prólogo, ff. 2v-3.

[29] Cortés, *Atahualpa.*

[30] Sobre el reinado de estos conceptos y su temporalización en el pensamiento europeo del siglo XVIII, véase Lovejoy, *The Great Chain of Being*,, capítulos VI-IX.

[31] Los escritos de historia natural de José Eusebio Llano Zapata también fueron destacables en este sentido, pero su trabajo no fue publicado. Aún más importante fue el mentor de Unanue, el científico naturalista Cosme Bueno. Bueno incorporó el estudio de las ciencias naturales *y* la geografía al plan de estudios de las universidades peruanas.

[32] Entre los muchos trabajos sobre Humboldt, véase Cañizares-Esguerra,

Puritan Conquistadors y Pratt, *Imperial Eyes.*

[33] Cañizares Esguerra, *How to Write.* La epistemología patriótica en el siglo XVIII era un discurso histórico, que privilegiaba el testimonio directo y las producciones materiales o culturales (tradiciones orales en los lenguajes nativos, señales, elementos mnemotécnicos como los quipus, monumentos, costumbres, etc.) producidos por la nobleza nativa y los sabios por sobre la observación de los viajeros europeos no hispánicos y las reflexiones de los filósofos y naturalistas europeos.

[34] En 1791 el *Mercurio Peruano* era la voz de una sociedad académica inicialmente llamada *Sociedad Académica de Amantes de Lima.* Posteriormente cambió su nombre a *Amantes del País.*

[35] *Mercurio Peruano*, 2 de enero de 1791.

[36] Viscardo y Guzmán, *Obras Completas*, p. 206.

[37] *Mercurio Peruano*, 2 de enero de 1791.

[38] José Hipólito Unanue, "Idea general de los monumentos del antiguo Perú", en *Mercurio Peruano*, 17 de marzo de 1791.

[39] Unanue, "Idea general", *Mercurio Peruano*, 17 de marzo de 1791.

[40] *Idem.*

[41] *Idem.*

[42] Unanue, "Geografía física del Perú", *Mercurio Peruano*, 5 de enero de 1792.

[43] *Idem.*

[44] Humboldt, *Researches*, pp. 28-33.

[45] Esto es cierto sólo en parte: Humboldt ubicó a los aztecas orientales en paisajes o escenarios románticos, con figuras de la mitología grecorromana. La imaginación orientalista siempre giraba en torno de imágenes, críticas y proyecciones de la cultura europea, y Humboldt no era una excepción a esta tendencia.

[46] Raynal, *Histoire philosophique et politique*, pp. 19-20.

[47] Para una crítica devastadora de la visión orientalista de Humboldt sobre los indios del Perú, véase Manuel Olaguer Feliú, "Discurso del señor Feliú en que hace la apología de los indios contra las imputaciones del varón de Humboldt", en *Noticias del Perú*, tomo 8, p. 83 (1811).

[48] Unanue, *Observaciones sobre el clima*, pp. 97-99.

[49] Rivero *y* Tschudi, *Antigüedades peruanas*, vol. 1, pp. 256-257.

[50] Había excepciones. En *Las tres épocas del Perú, o compendio de su historia* (pp. 1-2), el secretario e historiador peruano José María de Córdova y

Urrutia exclama indignado: “¡esto ha llegado al extremo de privarnos de la gloria de que Manco-Cápac hubiese nacido en el país, persuadiendo vinieron de afuera!”. El patriota peruano descreía de la influyente versión de Alexander von Humboldt según la cual las leyes y creencias religiosas de Manco Cápac eran de carácter “asiático”, y le parecía absurda la afirmación del anticuario británico John Ranking de que Manco era el “hijo perdido del gran Kublai Kahn”. En cambio, Córdova y Urrutia vuelve a la máxima autoridad peruana, el Inca Garcilaso, quien citaba una tradición oral incaica como prueba de que Manco Cápac y Mama Ocllo “salieron de una isleta de la laguna de Titicaca”.

[51] Condamine, *Rélation abrégée.*

[52] Rivero y Tschudi, *Antigüedades peruanas*, vol. 1, p. 210.

[53] Humboldt, *Vue des Cordillères*, p. 199.

[54] Pratt, *Imperial Eyes.*

[55] Para una discusión más extensa sobre Squier y la Puerta del Sol, véase Thurner, “Peruvian Genealogies”, pp. 141-175.

[56] Baalbek, o Heliópolis, era una antigua ciudad fenicia.

[57] Prescott, *History of the Conquest of Peru*, p. 14.

[58] Lorente, *Historia antigua del Perú*, pp. 15-16.

[59] *Ibid*., pp. 130-133.

[60] En *How to Write the History of the New World*, Cañizares Esguerra explica que los adherentes a esta escuela patriótica suelen considerar a Manco Cápac como el más sagaz de los “legisladores”, precisamente porque sus “leyes” estaban bien adaptadas al clima “enervante” y las costumbres “indolentes” de la parte tropical de América del Sur. Estos argumentos eran desarrollados por las élites coloniales para justificar el mantenimiento de formas tributarias de trabajos forzados, como la *mita* y el *repartimiento de mercancías.* Los oficiales argumentaban que, sin aquellos benévolos sistemas de coerción, los indolentes y estúpidos indios comunes retornarían a su estado primitivo de barbarismo. Sin embargo, hemos visto que la supuesta necesidad de producción compulsiva bajo las condiciones del antiguo régimen no era la única razón para venerar a Manco Cápac. El héroe cultural de los orígenes incas era un icono de la patria en la batalla historiográfica sobre los orígenes de la “civilización peruana”.

[61] Lorente, *Historia antigua del Perú*, p. 130.

[62] *Ibid*, pp. 132-133.

[63] Lorente, *Compendio de historia contemporánea*, p. 238.

[64] Lorente, *Historia Antigua del Perú*, pp. 9-10.

[65] *Ibid.*, p. 18.

[66] Lorente, *Historia de la civilización peruana*, p. 21.
[67] *Ibid.*, p. 4.
[68] Lorente, *Historia del Perú compendiada*, p. 23.
[69] Lorente, *Historia de la civilización peruana*, p. 4.
[70] *Ibid.*, pp. 153-154.
[71] *Idem*
[72] Lorente, *Historia de la Conquista del Perú*, p. 494.
[73] *Ibid.*, pp. 494-495.
[74] *Ibid.*, p. 498.
[75] Lorente, *Historia de la civilización peruana*, pp. 4-5.
[76] Véase Meinecke, *Génesis del Historicismo.*
[77] Sobre Michelet y Ranke, véase White 1973.
[78] Lorente, *Historia antigua del Peru*, p. 20.
[79] *Idem.*
[80] Sobre "*explanation by emplotmenf* en la historiografía europea del siglo XIX, véase White, Metahistory, pp. 7-11.
[81] Lorente, *Historia antigua del Perú* pp. 20-21.
[82] *Ibid.*, p. 21.
[83] *Ibid.*, p. 22.
[84] Lorente, *Historia de la civilización peruana*, p. 5.
[85] Lorente, *Compendio de Historia Contemporánea*, pp. i-iv.
[86] *Ibid.*, pp. iv-v.
[87] *Idem.*
[88] *Ibid.*, p. 184,
[89] *Ibid.*, pp. 185-186.
[90] *Ibid.*, p. 204.
[91] *Ibid.*, p. 205.
[92] Lorente, *Compendio de Historia Contemporánea*, pp. 204-206, y Lorente, *Historia del Perú bajo la dinastía austríaca*, pp. 382-383.
[93] Lorente, *Compendio de Historia Contemporánea*, pp. 204-206.
[94] *Ibid.*, p. 221.
[95] *Ibid.*, p. 278.
[96] *Ibid.*, pp. 238-239.
[97] *Ibid.*, p. 239.
[98] *Idem.*
[99] Véase, por ejemplo, "Tres preguntas al Señor Lorente", reimpreso en

Fuentes, *Retazos del Murciélago*, tomo 1, p. 164. También véase la diatriba firmada "Los Peruanos" en la edición de *El Comercio* del 7 de agosto de 1867. Estos rivales "peruanos" objetaban a Lorente por haber obtenido el contrato del gobierno para publicar las *Memorias de los Virreyes*, junto con otros documentos en su haber. Fuentes competía con Lorente para dirigir una atractiva comisión del gobierno para editar y publicar las *Memorias de los Virreyes del Perú*. En una serie de comentarios que aparecieron en el periódico más importante de Lima, *El Comercio*, y firmando satíricamente "Un bípedo", Fuentes ponía en cuestión las facultades mentales de Lorente, descartando su trabajo como el de un narrador vulgar que describía con aprobación "costumbres inmorales e impúdicas" como la corrida de toros andina.

[100] Véase por ejemplo Kaulicke, *Aportes y vigencia*, p. 78.

[101] Gracias a la Universidad de San Marcos, Lorente ya no está fuera de circulación. Véase Thurner, *Sebastián Lorente*.

[102] En su curso sobre fuentes en la universidad en 1945, publicado 18 años después como *Fuentes Históricas Peruanas* (Lima, 1963), Porras Barrenechea critica duramente el rechazo de Lorente por parte de Riva-Agüero. Porras describe a Lorente como "uno de los más grandes pioneros de la historia peruana" (p. 256). Otra figura de la historia del pensamiento en el Perú que parece haberse aprovechado de la lectura de Lorente es Pedro Zulen.

[103] Sobre la guerra y la depresión de posguerra, véase, Kristal, *The Andes Viewed*; Manrique, *Campesinado y Nación*; Mallon, *Peasant and Nation* y Thurner, *From Two Republics*. Manuel González Prada, Luis Carranza y Ricardo Palma fueron algunos de los que alzaron la voz y que encontraron un eco en el discurso histórico posterior.

[104] Al descalificar la historia del siglo XIX en el Perú como nada más que libros de texto y compilaciones, Macera argumenta que la generación de Riva-Agüero y Belaúnde es la responsable del "primer historicismo" en el Perú. Macera coloca a este "historicismo tradicional" en el periodo que va de la Guerra del Pacífico y la primera guerra mundial, citando específicamente a Riva-Agüero y Belaúnde como sus representantes. Véase Macera, "Historia e Ideología" y "El historiador y su oficio", tomo 1, pp. 5-7 y 129-130.

[105] Flores Galindo, "La imagen y el espejo", p. 4.

[106] Excepción notable es la inteligente y útil ponencia presentada al *VColoquio de Estudiantes de Historia en el Perú* (1994) por Gabriel Ramón Joffré, intitulada "La Historia del Perú según Sebastián Lorente".

[107] Desgraciadamente esta idea sigue vigente. En su lectura reciente sobre el trabajo de Basadre, el joven historiador Gustavo Montoya repite la dudosa

afirmación de Macera de que ningún historiador antes de Basadre había "producido una síntesis del proceso histórico peruano". Véase Montoya, "Jorge Basadre", p. 18.

[108] Es cierto que en otro momento Basadre parece rectificar su opinión, señalando (en su enciclopédica *Historia de la República del Perú*, tomo VII, pp. 169-172) que Lorente "inicia en el Perú la historiografía universitaria" y que "aparece como el único historiador avecindado en el Perú que ha intentado hacer el estudio total de la experiencia histórica nacional en un plano distinto del texto escolar, presentando el estado de los conocimientos según los materiales utilizables en su época". Estas frases son más bien notas tomadas de los escritos de su colega Raúl Porras Barrenechea, el único historiador del siglo XX que reconoció la importancia del trabajo de Lorente. El hecho es que Basadre nunca reconoció su deuda con su predecesor.

[109] Basadre, *Historia de la República*, tomo V, p. 66.

[110] Thurner, "Jorge Basadres 'Peruvian History of Peru

[111] Riva-Agüero, *La Historia en el Perú*, pp. 539-540.

[112] *Ibid.*, pp. 140-143.

[113] *Ibid.*, pp. 504-505.

[114] Véase Prescott, *The Conquest of Peru*,

[115] Riva-Agüero, *La Historia en el Perú*, pp. 179-180.

[116] Belaúnde, *El Perú antiguo*, p. 32.

[117] Lorente, *Historia de la civilización peruana*, pp. 8-9.

[118] Véase Kagan, "Prescott's Paradigm". Prescott utilizó una narrativa similar para las civilizaciones inca y azteca, al igual que para el imperio español en América.

[119] Lorente, *Historia de la civilización peruana*, pp. 146-147.

[120] Lorente era un miembro fundador *y* activo de la Sociedad de Amigos de los Indios, que encabezó la defensa legal de los indígenas contra los abusos de terratenientes y oficiales. La sociedad también publicó los escritos de Las Casas en defensa de los indígenas.

[121] Lorente, *Historia de la civilización peruana*, pp. 146-147.

[122] *Ibid*, p. 147.

[123] Véase Thurner, "Peruvian Genealogies", pp. 141-175.

[124] Lorente, *op. cit.*, p. 146.

[125] *Ibid.*, pp. 146-147.

[126] Sobre la *peruanidad*, véase Belaúnde, *La realidad nacional y Peruanidad.*

[127] Sobre Basadre, véase Thurner, "Jorge Basadres 'Peruvian History of Peru

[128] Anderson, *Imagined Communities*.

LA CONSTRUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA DE LA NACIÓN ECUATORIANA EN LOS TEXTOS TEMPRANOS

ANA BURIANO C
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

> *La revelación de nuestras identidades y de la identidad común que resulta de nuestra diversidad asombrosa, pasa por el rescate de nuestra historia. Pueblos que no saben de dónde vienen, de que raíces, de qué mezcla., de qué actos de amor, de qué violaciones, difícilmente pueden saber a dónde van..*
>
> EDUARDO GALEANO

Fundamentar la existencia histórica de la nación ha sido siempre una de las labores complejas a las que se ha enfrentado la historiografía, tarea tanto más ardua cuanto más débil ha sido la configuración nacional a cuya existencia ha tenido que dar basamento. Y éste es el caso de los Estados nacidos de las excolonias ibéricas que pugnaban por consolidarse. Décadas después de consumada la independencia, la integración de la nación era un objetivo no alcanzado. Tras esta lucha se conjuntaron esfuerzos en el plano normativo, en el político-institucional, en la construcción de la ciudadanía como forma de

pertenencia,[1] en la creación de un sistema de referencias común y compartido, en el establecimiento de los símbolos y los “artefactos” destinados a la escenificación y la pedagogía cívicas de la nación.[2]

En la búsqueda de opciones identitarias, la historia jugó un papel destacado en la forja de la amalgama nacional; sumó sus fuerzas a los estados y a las élites políticas latinoamericanas para impulsar los intentos integradores. La historia lo hizo a su manera, de acuerdo con sus posibilidades, estilo y naturaleza. En la brega por la nación apeló al pasado desde su presente conflictivo para buscar aquellos elementos que dieran asidero, cohesión y sentido de pertenencia al colectivo social. De esta forma, en la segunda década posindependiente se produjo una verdadera construcción historiográfica de la nación.

Ecuador se inscribió en este mismo esquema, pese a las dificultades que encontró la historiografía fundadora para asir los elementos aglutinadores que le permitieran incursionar en la promoción de la nación. Todo era complejo y desconcertante en la realidad ecuatoriana. Si la historia se atenía al territorio colonial, elemento básico para fincar la existencia de la nación sobre un área geográfica, la confusión devenía de los vaivenes jurisdiccionales de la Audiencia de Quito entre los virreinatos del Perú *y* Santa Fe,[3] que terminaron por semiadscribirla a una matriz colonial con la que no tuvo el suficiente contacto para desarrollar lazos de alto arraigo. Si apelaba al pasado independentista, se constataba una descoordinación *y* un desfase del movimiento surgido a partir de la disolución de la monarquía ibérica. Quito, la capital audiencial, descontenta con las medidas administrativas, económicas, fiscales y aun religiosas que impuso el reformismo borbónico, se lanzó precozmente a un doble movimiento juntista, pero quedó aislada con el sólo apoyo de los cabildos y corregimientos de su circunscripción. La reticencia del resto de la Audiencia a acompañarla determinó el aniquilamiento del movimiento con la consiguiente pérdida, casi total, de sus cuadros dirigentes, el 10 de agosto de 1810. En tanto, las muy satisfechas con la política librecambista Guayaquil y Cuenca se mantuvieron inconmoviblemente realistas. El retardo de las áreas mal subordinadas a la capital en asumir la independencia, motivado además por el autonomismo de la tradición contractualista hispánica,[4] se modificó recién una década después, el 9 de octubre de 1820, cuando el puerto comenzó a sentir los trastornos provocados por las derrotas de las tropas realistas y cuando las campañas de Bolívar y San Martín llegaban casi a sus fronteras.

Liberada Quito por las multinacionales —si acaso corresponde denominarlas así— fuerzas al mando de Sucre, se incorporó junto con Cuenca a la Gran Colombia, en tanto Guayaquil manifestó una persistente voluntad autonómica

que resistió, durante más de un año, las presiones ejercidas por Bolívar y San Martín, vivamente interesados ambos en la posesión del segundo puerto del Pacífico Sur, situación que el Libertador zanjó con un golpe de fuerza poco antes de recibir al Protector en el puerto para celebrar la histórica entrevista.[5]

De esta manera, la Audiencia de Quito nació a la vida independiente dentro del proyecto boliviariano, dividida en tres departamentos —Ecuador, Guayaquil y Azuay—[6] colectivamente denominados el Distrito del Sur de Colombia, mal administrados desde Bogotá y con escasa ingerencia de sus hombres en las decisiones centrales del Estado grancolombino.[7] Fue, desde entonces, un gran centro de abastecimientos en hombres y recursos materiales para las campañas de Bolívar en Perú y Bolivia, mientras el gobierno de los departamentos que integraban el distrito sureño estuvo en manos de los hombres del Libertador y, después del asesinato de Sucre, influenciado de forma indiscutible por uno de ellos, el venezolano Juan José Flores, que separó el sur de la Gran Colombia, en 1830, cuando el acariciado proyecto de unidad hispanoamericana tocaba su fin.

El aniquilamiento del sector dirigente quiteño en 1810 y el hecho de haber formado parte de una ola independentista que vino del norte en su auxilio, privó al futuro país de “generales” nacidos en el territorio. Esta ausencia lo inhibió de poseer grandes proceres, estrictamente propios, a los cuales recurrir para dar una base histórica a la fundación del moderno Ecuador, nombre del Estado al que se arribó en la Constituyente de 1830 como una “tregua semántica”,[8] para evitar la mención a Quito, la capital centralizadora, que ofendía a las celosas partes contratantes.[9] La fuerza de las regiones era tal entonces, que lograron imprimir su existencia en la Carta Magna mediante un pacto confederal que establecía la unión de tres departamentos en igualdad de condiciones y representación para formar el Estado.[10]

Si estas dificultades para hilar el discurso historiográfico constitutivo fueran insuficientes, se sumaba un problema de la formación colonial que había evolucionado históricamente hasta configurarse, en toda su crudeza, como la “cuestión regional.” Elaborar una fundamentadón histórica inclusiva para el conjunto del espacio era un desafío demasiado grande por vencer para la historiografía fundadora, que se enfrentaba a una realidad de intenso parcelamiento. La Audiencia se había constituido en torno a tres “ciudades regionales” que ejercían influencia sobre las áreas rurales aledañas: Quito, en la sierra centro norte, Cuenca en la sierra sur y Guayaquil en la costa.[11] En el transcurso del proceso independentista y en los primeros años independientes se consolidó una estructura regional tripartita, aunque con dos núcleos poderosos: Quito y Guayaquil. De alguna manera la región azuaya, seducida por la costa y

la frontera norperuana, se inclinó en una u otra dirección de acuerdo con las circunstancias. Estas regiones, no homogéneas, atraídas por polos dinámicos del espacio andino colindantes con sus fronteras,[12] manifestaron una sostenida tendencia autonómica.

Múltiples inarmonías se encargaron de fraccionar el espacio ecuatoriano desde épocas tempranas. El segundo pacto colonial, con sus medidas administrativas, económicas y fiscales aunadas a la crisis minera del XVII y su proyección al siguiente siglo,[13] arruinaron la manufactura textil serrana, la encerraron dentro de la hacienda y la eliminaron del mercado internacional, incapaz de competir con los textiles ingleses importados.[14] Al mismo tiempo, las pragmáticas de libre comercio abrieron Guayaquil al mercado interprovincial y directamente al español, la convirtieron en la primera abastecedora de cacao para la metrópoli, fortalecieron su posición de segundo puerto del Pacífico e iniciaron un crecimiento demográfico sobre una costa subpoblada que se convirtió en competidora de la mano de obra serrana.[15] Se configuraron así dos zonas intensamente diferenciadas por sus intereses, su estructura productiva y la social. Una costa comercial, cosmopolita y rica, abierta al comercio y a las ideas, generó una sociedad racialmente diversificada, menos estratificada que contrastaba intensamente con una sierra centro norte basada en grandes haciendas pobladas de conciertos,[16] dependiente del tributo, dotada de un fuerte integrismo religioso, con una sociedad estamentaria y nobiliaria, que gozaba de la ventaja de poseer a Quito, la capital.[17]

Las grandes carencias en infraestructura de comunicaciones, la geografía cordillerana y las intensas inundaciones en la zona costera, aislaron regiones cuyos circuitos comerciales estaban ya destruidos de tiempo atrás y se encargaron de generar sentimientos de rivalidad muy sentidos en aquellas áreas que, como la costa, generaban las riquezas y los ingresos aduanales que sostenían el funcionamiento del Estado central, sito en una capital serrana, percibido como improductivo y dilapidador de recursos ajenos.

LOS DÉBILES INICIOS DEL ESTADO RECIÉN FUNDADO, 1830-1845

A este sentimiento de pertenencias múltiples se enfrentaba el Estado en su nacimiento. Separado Ecuador de la Gran Colombia, se abrió un trilustro (1830-1845) dominado por la figura de Juan José Flores, de relativa estabilidad política en medio de la debilidad estatal, de sublevaciones de los mal pagados batallones

colombianos aún asentados en Ecuador y guerras civiles promovidas por los sectores costeros que iniciaron una oposición, de tibio corte liberal, al presidente venezolano, identificado con la oligarquía terrateniente serrana por la vía matrimonial.[18] Un gran manejo del poder y capacidad para desarrollar pactos políticos permitieron a Flores, luego de algunas represiones, sellar una especie de acuerdo de convivencia con la oligarquía costera, alternando el gobierno con su representante Vicente Rocafuerte, ex líder del partido "chihuahua".[19] El breve gobierno de Rocafuerte (1835-1839), tildado por la historiografía contemporánea como un "paréntesis civilizador"[20] en alusión a su intento de institucionalización civilista de la vida política, extensión de la educación, profesionalización del ejército y otras medidas reformistas, culminó en la reasunción del gobierno por Juan José Flores, en una segunda administración (1840-1845). Su intento de realizar una fuerte centralización del Estado, en medio de la epidemia de fiebre amarilla que sufrió el puerto de Guayaquil en 1842, desembocó en la revolución del 6 de marzo de 1845, que lo depuso de la presidencia y lo desterró del país. Se inauguró entonces un proyecto diferente de integración nacional con los regímenes conocidos como "marcistas", en alusión al mes en que se procesó el recambio gubernativo.

UNA HISTORIA EXTEMPORÁNEA AL SERVICIO DEL PRESENTE

Precisamente, en el último periodo floreano, cuando la oligarquía serrana intentó fortalecer el aparato central del Estado para iniciar el control de las regiones, sometiendo las provincias al control directo del ejecutivo y suprimiendo los órganos municipales,[21] hizo aparición el primer libro de historia impreso en el país. Es imposible inscribirlo en el marco de la historiografía fundadora, simplemente por el hecho de que *La historia del Reino de Quito en la América Meridional, escrita por el Presbítero Dn. Juan de Velasco, nativo del mismo Reino*, fue manuscrita en Faenza, en 1789, en tres volúmenes: el primero dedicado a la Historia natural mientras el segundo y el tercero a lo que llamó Historia Antigua y Moderna. El manuscrito de Velasco, jesuita del extrañamiento, sufrió muchos avatares. Confiado a su muerte, en 1792, a su sobrino José Dávalos, clérigo de la misma compañía, don Modesto Larrea los recogió en Verona, entre 1822 y 1825. Larrea los mandó encuadernar en París y los llevó a Quito, con el fin de que fueran corregidos y arreglados antes de la edición. Los regresó consigo a París en 1837 y los retiró disconforme porque se

“dio a la luz un primer fragmento desfigurado y galicano que excitó muy justamente a la censura de nuestros compatriotas”. Por cuarta vez repasaron los océanos, hasta que finalmente, “Agustín Yerovi publicó la obra, fuera de los *Apéndices*, íntegra y completa, cual la escribió el autor y cual corre por el mundo literario”.[22] Lo hizo en la Imprenta del Gobierno a cargo de J. Campuzano, en 1841.[23] Privilegió los volúmenes históricos y concluyó, en 1844, con el primero de menor interés para sus propósitos.[24] La estrechez del erario exigió el patrocinio de Modesto Larrea, a la sazón ministro de Flores,[25] y la edición se completó con una suscripción pública que se abrió en Quito el 20 de Agosto de 1841.

La obra de Velasco se inscribe en el gran efecto que había tenido el Iluminismo dieciochesco en la Audiencia de Quito, con la irrupción de una pléyade de científicos criollos que cartografiaron, historiaron, revisaron la física y la filosofía y, con su actividad descriptiva, lograron crear una imagen singular de Quito que generó un sentimiento de “quiteñidad incipiente”.[26] El padre Velasco había participado de este espíritu desde la lejanía de su exilio y en la añoranza de su lugar natal. El sentido fundamental de su *Historia*, como la de otros jesuitas expulsos,[27] era contradecir las tendencias europeas sostenedoras de prejuicios raciales, como las de Pauw, Raynal, Marmontel, Bufón y Robertson, quienes afirmaban, “sin moverse del mundo antiguo”,[28] que todo degeneraba en América.[29] Frente a estas concepciones biologicistas, Velasco magnificó a los hombres y la naturaleza de la Audiencia. Se plegó así a las viejas leyendas que hablaban de gigantes en las costas de Santa Elena y que describían insectos maravillosos que se transformaban en plantas.

Elaborar un relato compartido de este “mosaico de pertenencias grupales” no era una posibilidad viable para un historiador de la época.[30] Por ello, y al margen del marco iluminista criollo en el que había sido escrita, la *Historia del Reino* de Velasco coincidía con las necesidades del Estado central ecuatoriano. Era la única obra histórica criolla de la que se disponía. Si bien es cierto que existió una profusa actividad de los cronistas, menores y mayores desde 1534, que recopilaron las noticias de la conquista y la primera organización colonial, muy atentos al virreinato del Perú del que la Audiencia formaba parte,[31] la de Velasco era un recopilación propiamente quiteña y, al margen de las inexactitudes de su contenido, no era una crónica,[32] ya que el jesuita apelaba al pasado desde su presente, como lo hace habitualmente la historia y, aunque en una forma primaria, se apoyaba en la autoridad de algunas fuentes.[33]

La obra de Velasco ha dado lugar a polémicas historiográficas indicativas de un efecto significativo como base de relato nacional. Fuera de discusión está el

carácter fantasioso de su historia natural, que tiene valor en tanto compilación de tradiciones autóctonas relativas a la flora y la fauna ecuatorianas, ya que el jesuita riobambeño, en el marco del desempeño de su vida religiosa, había recorrido el territorio y era un conocedor de la lengua quichua, de la que incluso escribió un vocabulario. Ello le permitió recapitular tradiciones y leyendas con el propósito de exaltar las maravillas de la naturaleza americana desprestigiada junto con los pobladores autóctonos por las concepciones enciclopedistas.

Con el mismo fin, Velasco narró la historia de la existencia de asentamientos primitivos en el territorio de la Audiencia y afirmó que uno de ellos, ubicado en la sierra norte, había sido conquistado por el pueblo costero de los Caras, quienes iniciaron una aguerrida expansión hacia el norte y el sur del territorio, guiados por sus *scyris* (reyes). En alianza matrimonial con los *Puruhaes* conformaron un reino con capital en Quito, de gran desarrollo cultural y mayor capacidad de contactos, hasta el punto que sellaron alianzas con los *cañarisy* al sur, y con varios pueblos de la costa. En ese estado se encontraban cuando enfrentaron la invasión incaica de Tupac Yupanqui. El poderío de los *scyris* quiteños les permitió intentar la reconquista de territorios perdidos en manos del incario. Su carácter indómito determinó que Huayna Capac, para garantizar el dominio, celebrara una alianza matrimonial con Paccha, la hija del scyri, de la que nació Atahualpa en Tomebamba, la actual Cuenca. A la muerte del inca, sus dos descendientes, Huáscar, de la línea cuzqueña y Atahualpa de la quiteña, se proclamaron herederos e iniciaron una guerra de la que salió triunfante Atahualpa, poco antes de enfrentar la conquista ibérica.[34] El bello relato implicaba, para la época de su publicación, la existencia de un reino poderoso preincásico que quiteñizó al incario por la vía del amor y que era el digno precedente autóctono que Quito requería, una marca original de su grandeza escamoteada desde fines de la colonia, durante el periodo grancolombino y en el propio acto independentista.

Pese a que el *Reino* de Velasco resultó ser absolutamente mítico, ya que no aparecieron, ni entonces ni ahora, los menores vestigios arqueológicos ni existe coincidencia entre su descripción y los estadios culturales hallados en la región, tuvo, empero, un alto impacto en los imaginarios tempranos,[35] ya que fincaba la nación en una alta cultura de la humanidad, si no superior, por lo menos igual a la incaica, sobre la que terminó imponiéndose el inca “quiteño”. Era el clásico mito fundador, de carácter primigenio: los *quitus* habían sido “primero” que los incas, un estribo para dar pie a los esfuerzos de afirmar una identidad cultural. El jesuita hacía, además, un esfuerzo de delimitación territorial al hablar de un Quito propio, el centro de la región colonizada y un Quito impropio, en

referencia a las áreas donde la penetración era insuficiente o no se había logrado siquiera.

Velasco no quedó solo en la empresa. Juan José Flores, en cuyo segundo gobierno se editó la obra, lo acompañó con sus efluvios poéticos. Desde su retiro en su hacienda La Elvira, en 1838, durante el interludio de Rocafuerte, intentó dotar al país de un himno nacional que, si bien no prosperó (tanto porque los valores poéticos de Flores no eran altos como porque el país distaba mucho de adquirir el grado de integración necesaria), es indicativo de los afanes iniciales por generar los "artefactos" de la nación, los símbolos de pertenencia a un colectivo.[36]

Nada más ocurrió en materia historiográfica hasta que el sentido de lo nacional irrumpió con mayor fuerza. Los hombres llamados a escribir la historia de Ecuador estuvieron demasiado ocupados en hacerla como para desviarse de su propósito.

DOS PROYECTOS DE SIGNO DIFERENTE EN DISPUTA POR LA NACIÓN

El difuso liberalismo costero y los fracasos en la integración nacional, 1845-1859

Los guayaquileños ligados al cacao, que asumieron el gobierno a partir de 1845, implantaron una propuesta de cohesión nacional a partir de una mayor descentralización en el régimen interno de Ecuador, sin perder el carácter unitario del Estado, es decir, respetando cierta autonomía provincial dentro de una representación igualitaria por departamento.[37] Los "hombres de marzo" pusieron su acento discursivo en presentarse como "nacionales", tanto por oposición al "extranjerismo" militarista venezolano, cuanto por la expresión de un deseo de superación de las identidades regionales y locales. Fueron gobiernos perfilados hacia un republicanismo antiaristocrático,[38] que se afirmaron en oposición al floreanismo, al que debieron enfrentar, desde 1846, en su intento de regresar a Ecuador al cobijo de María Cristina de Borbón, a partir de un proyecto monárquico que, aunque fracasado, mantuvo su presencia amenazante durante muchos años.[39]

En medio de cierta inestabilidad política se impuso un sector del "marcismo" que implantó un proyecto de más nítido perfil "liberal con acentos

democráticos” y fuerte apoyo popular, en un momento en que avanzaba la producción cauchera y se fortalecía el precio del cacao y el de la cascarilla.[40] José María Urbina se hizo del gobierno, en 1851, a partir de un golpe de Estado gestado con el apoyo de la guarnición de Guayaquil, cuando el área era propensa al liberalismo. Aunque en Ecuador las tendencias políticas presentaban un importante grado de indefinición, que habilitaba a todo hombre amante de la civilización y acorde con el siglo a proclamarse “liberal”, el proyecto urbinista estableció un hito de polarización. En el plano político los congresos constituyentes del periodo de Urbina y su sucesor y adepto Robles, generaron un sistema sofisticado que centró la elección presidencial en una Asamblea de Electores,[41] establecieron la justicia por sistema de jurados, expulsaron a la Compañía de Jesús,[42] manumitieron a los esclavos, abolieron las protecturías indígenas con el argumento de que el indio no era un menor de edad para que se le limitase el derecho de enajenar sus tierras y, a partir de una coyuntura propicia para basar los presupuestos estatales en los ingresos de aduana, en 1857, extinguieron el tributo indígena y lo sustituyeron por una contribución subsidiaria que gravaba a todos los habitantes.[43] Las medidas tendientes a la ciudadanización del indio encontraron resistencia en las comunidades, promovieron su descomposición,[44] y tuvieron la intención de liberar mano de obra que pudiera desplazarse hacia la costa que iniciaba un auge productivo y comercial. Paralelamente, se levantaron los aranceles aduanales en el marco de una amplia política de libre comercio.

Urbina se granjeó el odio de la aristocracia terrateniente serrana, que lo consideró un “rojo” radical, enemigo de la Iglesia, que basaba su poder en unas fuerzas armadas que escapaban a su control, los famosos batallones “tauras” formados por negros manumisos y montubios costeros,[45] bien pagados y extraordinariamente adeptos a su jefe. Esta irrupción de masas populares, que sostuvo al urbinismo, hizo temer por el dominio social que ejercían los terratenientes sobre sus explotados peones conciertos.

Pese a todas estas transformaciones modernizadoras, y por la ruptura del consenso entre las élites regionales que ellas supusieron, los gobiernos de los ricos guayaquileños no lograron estabilizar el país. Por el contrario, lo sumieron en una de las mayores crisis de su historia. A partir de la relativa bonanza exportadora que vivía Ecuador, los gobiernos de Urbina y Robles se abocaron a negociar la enorme deuda externa que se arrastraba desde el periodo independentista con la Asociación de Acreedores Extranjeros. En el marco de las negociaciones se firmaron múltiples tratados que suponían la cesión de territorios y el proyecto de hipotecar las Galápagos como garantía de un

préstamo que Estados Unidos otorgaría a Ecuador.[46] En 1859, el liberal Ramón Castilla, presidente de Perú, reclamó los territorios involucrados y su flota invadió Guayaquil.[47] El descontento de los terratenientes serranos encontró la ocasión de hacer valer su fuerza. Con la inminente amenaza extranjera, la oposición retiró al ejecutivo las facultades extraordinarias y se alió con Perú con el argumento de que el general Castilla no hacía la guerra a Ecuador, sino sólo a su mal gobierno.

La invasión peruana de 1859 fue el detonante de un caos disgregador latente en el país, pero más o menos disimulado por la apariencia de una mínima unidad institucional. Ecuador se fragmentó en varias regiones y localidades. Cuatro gobiernos se disputaban el poder y una pequeña ciudad azuaya, Lo ja, se segregó en una forma gubernativa federal, en una expresión extrema de separatismo. Con el país al borde de la disolución, irrumpieron los proyectos anexionistas promovidos por quienes dudaban de la capacidad de las fuerzas internas para vertebrar la nación. Se abrieron paso planes para participar en un tardío intento de recreación de la Gran Colombia y para solicitar el protectorado de la Francia de Napoleón III. Todo ello ocurría mientras Perú y Nueva Granada entraban en tratos diplomáticos para repartirse regiones enteras de Ecuador.

La construcción de la nación según el proyecto conservador, 1860-1875

Francia se negó a aceptar el protectorado que algunos desanimados sectores serranos le ofrecían en medio de la crisis, entre 1859 y 1862. La negativa no parece haber provenido exclusivamente de la coincidencia con el inicio de la aventura mexicana que emprendió la potencia europea. Ecuador no era México, sino un país difícil de integrar y gobernar que exigía fuertes inversiones para obtener resultados poco promisorios.[48] La situación del país, su estado de balcanización, el desprecio francés a la propuesta y el peligro de ser absorbidos por los estados vecinos, conmocionó a élites políticas y sectores dominantes de las parceladas oligarquías regionales. Así adquirió sustento la aplicación de un modelo alternativo de integración nacional. Cabeza indiscutible del intento fue Gabriel García Moreno, un guayaquileño devenido serrano por la via matrimonial, que unificó en torno suyo y/o derrotó a los gobiernos surgidos de la crisis de 1859 y logró presentarse, particularmente durante su primera administración, como una especie de tabla de salvación, por encima de la “provinciocracia”, acompañado por un espectro político más amplio del sector

conservador al que encarnó. Gobernó o ejerció su influencia sobre el país durante tres lustros (1860-1875) y fue construyendo la hegemonía o afirmando su dominación de forma multivalente, equilibrando las fuerzas para impulsar un proyecto nacional en medio de intereses y sentimientos contradictorios,[49] con una sociedad en intensos movimiento y transformación. El proyecto se vertebró en torno a la unidad religiosa del país. La Iglesia católica fue manejada, no sin conflicto, como la materia prima básica que permitiría cementar las fisuras políticas, regionales y sociales. Fue también la punta de lanza de una política de extensión y transformación educativa, que hizo hincapié en la formación técnica, a partir de un acuerdo de Concordato con la Santa Sede. Ello le permitió iniciar una acelerada reforma religiosa de las órdenes regulares nacionales, que fueron sustituidas por un clero culto e importado de las mejores escuelas y universidades de Francia y Alemania. El impulso progresista, que tendió a actualizar a Ecuador con el siglo, a desarrollar la infraestructura de comunicaciones que uniría al país, a urbanizar grandes áreas del corredor interandino, a crear cierto mercado interno, a insertar plenamente al país en los circuitos del mercado mundial, a culminar la desintegración de la comunidad indígena tanto por la vía del trabajo subsidiario asignado a las obras públicas como por la decadencia de las antiguas manufacturas, respondió y se acompasó al inicio de un auge cacaotero, que ya se vislumbraba desde finales de la administración urbinista. El conjunto de las transformaciones que el garcianismo introdujo en Ecuador preparó al país para el nuevo ciclo agroexportador en el que se insertaría a partir del incremento de la demanda de cacao de las metrópolis europeas. Liberaron mano de obra que pudo migrar a la costa y aplicarse al cacao. La gran actividad productiva y comercial de Guayaquil dotó al Estado central de los ingresos de aduana necesarios para su transformación y habilitó el surgimiento del capital bancario. Esta banca se convirtió en la prestamista de los gobiernos conservadores, sobre los que ejerció gran influencia y control. En el plano normativo,[50] y después de superar algunos fracasos iniciales, el conservatismo golpeó la estructura departamentalizada del poder estatal y logró imponer la representación proporcional a la población sobre la base de una ciudadanía ampliada y extendida a partir de la liquidación de los requisitos censatarios para ser elector. Cuando el proyecto conservador abandonó su gradualismo inicial, calificó a esta ciudadanía ampliada, al imponerle la condición de catolicidad para su ejercicio y, pocos años después, consagró la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús. De más está decir que todo esto afectó muchos intereses de distinto signo y concepciones ideológicas. El proyecto conservador se batió en todos los planos e hizo gala de un efluvio

represivo no conocido en el país hasta entonces. Se abrió paso con violencia, con tortura, con deportaciones y también con concesiones. Si no pudo vencer, reprimió, y si ello no fue suficiente, marginó. Dio también gran batalla ideológica en todos los ámbitos para convencer acerca de que su modernidad católica alternativa tenía futuro en un mundo ganado por el impío liberalismo. No logró perpetuarse ni continuarse conforme estas bases, que caducaron a partir del violento magnicidio de su principal impulsor el 6 de agosto de 1875. Diversos elementos internos y externos, coyunturales y no tanto, se conjuraron para poner fin al proyecto conservador garciano. Sin embargo, a su muerte, Ecuador presentaba una fisonomía radicalmente transformada e infinitamente más integrada que cuando Francia se permitió rechazarlo.[51]

El nacimiento de la historia oficial republicana

El periodo inmediatamente posterior a la revolución de marzo de 1845 no era propicio para escribir la historia. Los intentos que existieron no prosperaron. El joven Agustín Yerovi, miembro del senado de 1847 y afamado por los empeños puestos en la edición de Velasco, fue encargado de la misión en coautoría con Nicolás Espinosa, con la supervisión del erudito José Fernández Salvador. La misma cámara habilitó el acceso a los archivos para este equipo, pero no se vieron los resultados.[52] Nada fructificó hasta superada la mitad del siglo cuando, al unísono de una elevación del sentido nacional,[53] comenzó a escribirse lo que plasmaría como la primer expresión historiográfica del periodo republicano. Su autor fue un hombre tensionado por dos líneas enfrentadas, por dos visiones del desarrollo histórico de la nación.[54]

Las “Advertencias” que preceden al *Resumen de la historia del Ecuador, desde sus orígenes hasta 1845* de Pedro Fermín Cevallos están fechadas en diciembre de 1858, aunque el autor recién logró editarlo en Lima, en la Imprenta del Estado, en sus cinco primeros volúmenes.[55] En 1855 Cevallos publicó, en varios números del periódico *La Democracia* de Quito, un “Cuadro Sinóptico de la República del Ecuador” que parece haber sido el germen inicial de sus incursiones en el campo de la historia pues, según expresó en la segunda de las cinco “Advertencias”, el *Resumen* fue escrito “con motivo” de aquel cuadro y a partir de múltiples correcciones que le hicieron llegar lectores interesados, particularmente Miguel Riofrío. Cevallos reconoció la validez de la crítica a unos artículos escritos “en un par de horas, con la seguridad que se tiene de que, leídos o no leídos, quedan olvidados para siempre”,[56] autocrítica que revela a un

historiador sensible y motivado a enmendar la pluma, en una obra de mayor aliento. El *Resumen* consumió por lo menos, una década de su vida y, como mantuvo este espíritu abierto, capaz de acoger toda objeción fundada, continuó incorporando las observaciones hasta la segunda edición, la de Guayaquil, de 1886.

No estamos, empero, muy seguros de que esta actitud fuera reflejo de un hondo espíritu científico, tan deseable en su profesión. No queremos decir que Cevallos fuera un hombre falto de "dignidad" como afirmó Manuel J. Calle,[57] pero si nos atenemos a la famosa biografía que sobre su persona escribió Juan León Mera[58] resulta imposible sustraerse a la tentación de suponer que don Pedro Fermín pudo haberse arrepentido de afectar su amistad con Juan Montalvo por haber mantenido una muy cercana relación con el otro Juan de Ambato.[59] Cevallos y Mera se biografiaron el uno al otro. ¿Cómo determinar si aquella en la que Mera lo "pintó", y que fue originalmente publicada en 1874,[60] responde acaso a una forma particular de relación entre dos hombres que sostenían una amistad aunque discrepaban en el plano ideológico, o si fue una reciprocidad a críticas que Cevallos deslizó en la biografía del autor de Cumandá? En su biografía de Mera, Cevallos fue sarcástico en torno al origen de sus convicciones doctrinales y religiosas.[61] Debe de haber existido, seguramente, una especie de esgrima intelectual permanente entre ambos. Más allá del hecho, queda claro que Mera poseía un espíritu crítico implacable y que Cevallos tenía una tolerancia infinita para con su amigo y paisano.[62]

La biografía de Mera sobre Cevallos, base de todas las otras que se han escrito, es demoledora.[63] En el ámbito privado parece un prontuario del biografiado: un "epicureísta" dado a las francachelas aun después de haberse doctorado y contraído nupcias; remiso para el estudio, desde su más tierna infancia hasta muy avanzada su vida adulta; incapaz de estar ausente en un baile, un jolgorio, una libación, pecado por el que casi paga la vida en un arranque de furia del "negro" Otamendi, el fiel lugarteniente de Flores. Tampoco Mera fue contemplativo con la dignidad personal de Cevallos, en su vida pública. Nacido en 1812 en Ambato, estudió Humanidades y Filosofía en Quito en el Seminario de San Luis y luego Jurisprudencia. Unido al liberalismo guayaquileño, ámbito en el que ejercía su profesión de abogado, fue electo diputado por Pichincha, en 1847;[64] se pronunció por la candidatura de Elizalde en 1849 y a partir del año siguiente formó filas dentro del liberalismo urbinista. Fue ministro del Interior de este régimen por pocos meses y en el Congreso de 1852 sustituyó a Javier Espinosa en la Secretaría de la Cámara de Diputados, quien renunció para evitar firmar el decreto de expulsión de la orden jesuítica. Cevallos estampó su firma

gustoso y luego Urbina lo designó fiscal de la Corte Superior de Justicia de Guayaquil. Una vez de regresó en Quito, en 1853, “tuvo feliz remate la transformación moral y la verdadera invención del tesoro intelectual del Dr. Cevallos”, dice Mera. Atribuye el intenso viraje de la personalidad a su participación en los negocios públicos, al cambio de ambiente, al contacto con hombres ilustrados entre los que tenía que mostrarse culto y “hasta algunos trabajillos que no le faltarían mientras rodaba distante del propio techo”,[65] afirmación ofensiva que no todos sus amigos le hubieran tolerado.

A los 40 años inició estudios más profundos, mientras desempeñaba en Quito la misma fiscalía de Justicia y, a partir del “Cuadro”, las publicaciones se sucedieron: un *Breve catálogo de errores en orden a la lengua y al lenguaje*, en defensa a la pureza del castellano en la revista *El Iris*,[66] en 1861, la *Galería de Ecuatorianos ilustres*, y en 1867, *Instituciones de derecho práctico ecuatoriano* para la cátedra de Procedimiento que dictaba en la Universidad Central, desde el inicio del régimen garciano.[67]

Aunque después de las conmociones que se desataron en el país en 1858-1859 Cevallos se retiró a la vida privada y se dedicó de manera más plena a su *Resumen*, participó en la Constituyente de 1861 y luego en las dos Asambleas del Interregno, las de 1867 y 1868, entre las dos administraciones de García Moreno, aunque ya desde posiciones muy moderadas.[68] Cometió otros pecadillos, según Mera, tales como vender sus propiedades en Ambato y establecerse definitivamente en Quito, desentendiéndose del sano “provincialismo”. Lo hizo por “¿Necesidad?” o por “¿Egoísmo?”, se preguntaba su duro crítico, que era un adalid del retorno bucólico a la naturaleza y de la protección en la pureza del campo ante el avance del impío liberalismo, corruptor de las urbes. Luego de la muerte de García Moreno, fue partidario de la candidatura de Antonio Borrero y sorteó sin molestias la dictadura de Veintemilla. El Congreso de 1883» a inicios del periodo “progresista”, lo nombró ministro juez de la Corte Suprema de Justicia, al tiempo que dirigía la Academia Ecuatoriana de la Lengua correspondiente a la Española. A ambos cargos renunció por la ceguera de su vejez y, para gran consuelo de un Mera, fundador del germen del Partido Conservador, Cevallos no murió impío, en 1893. Solicitó que el presbítero González Suárez (el gran historiador) le diera la extremaunción. Además, se hizo traer en procesión al Santísimo, “con música y pompa”: “Para que sepa todo el mundo que el herejazo de Cevallos ha muerto católico”, le atribuye Mera haber dicho cuando le preguntó para qué quería tanto boato mortuorio.[69]

Los apuntes biográficos nos hablan de dos Cevallos: el liberal “profesor de

epicureismo” y el hombre moderado y colaboracionista con los proyectos de “orden” y progreso católico, en que se convirtió. Quizá esa especie de victoria ideológica que proclama Mera, no existió. Cevallos siguió una trayectoria extraordinariamente común entre los hombres de su generación, expuestos a las tensiones que generaron las circunstancias políticas de su época; él tomó opción por la causa de la integración nacional. Su persistente voluntad de escribir y publicar el primer libro de historia, habla de una conciencia firme en este sentido, que lo debe de haber llevado a acompañar y cobijar iniciativas políticas que, si bien no coincidían plenamente con su signo ideológico, eran percibidas como las únicas viables para evitar la desintegración de un país que enfrentaba grandes dificultades identitarias.

Los estudios historiográficos poco han penetrado en el Cevallos historiador.[70] Quienes lo han abordado no exaltan su metodología o sus extraordinarías virtudes analíticas. Le reconocen su intención de dar apoyo histórico a la nacionalidad, por abrir el camino inicial, sin capacidad de crear una escuela historiográfica. Antonio Borrero lo degradó a la condición de “padre de la historia política” ecuatoriana.[71] “Cevallos relata más que raciocina; indaga más que falla; en algunos sucesos parece que fía demasiado del discernimiento del lector, y se limita a exponerlos; en otros deja toda la responsabilidad a los que le han suministrado las noticias”, apuntó Mera que, por momentos, parece no querer dejar en pie una sola virtud de su paisano.[72]

Aunque muy reconocido, Cevallos no siempre fue bien tratado por la crítica historiográfica, pese a su apertura para acoger sugerencias. Efectivamente, el *Resumen* de Cevallos no es una obra deslumbrante en sí misma. Tiene una marcada recurrencia a los ciclos, muy al tono del romanticismo. Se inicia con un epígrafe de las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand, de donde recoge que “la historia no es más que la repetición de los mismos hechos”, mención que no parece tener más objeto que cerrar un círculo pues, al finalizar el relato expresa el deseo de que: “Ojalá que quien trate de continuar la narración de los sucesos de la patria [...] no se vea en la necesidad de servirse como nosotros, de las palabras de Chateaubriand”.[73] Las aspiraciones que expresa en sus “Advertencias” hablan de una propuesta modesta: no intenta ver de nuevo a Velasco sino simplemente utilizarlo para “encadenar la historia antigua de mi patria con la moderna” y declara que sólo revisó las opiniones del jesuita cuando consideró preferible el criterio de Prescott u otros historiadores antiguos. Prefirió avanzar a la época independiente y dejar intocado un relato bien internalizado, que lo hubiera expuesto a múltiples sinsabores, si no lograba fundar su revisión en fuentes sólidas. Se prevenía también contra las acusaciones de ausencias de

originalidad. De las seis partes que componían la obra,[74] descartaba como originales la primera, en la que transcribió a Velasco, y la cuarta dedicada al estudio del Ecuador durante la Gran Colombia muy apoyada en Restrepo, en Manuel José Caicedo, en Barros Arana, en Bennet y otros historiadores.[75] Pese a ello, Cevallos introdujo sus opiniones en torno a Bolívar y al previsible destino que era dable esperar a una unión tan poco respetuosa de las soberanías provinciales.

En cuanto a las partes que reclama como propias, puede afirmarse que hizo pocos aportes a un periodo colonial que tuvo que seguir esperando por su historiador. En relación con la independencia, Cevallos introdujo muchos testimonios orales que recibió de quienes habían presenciado los sucesos revolucionarios, reunió algunos papeles de los que quedaban en los archivos, no demasiados, afirma Barrera, porque ya habían sido enviados a Colombia por requerimientos de Restrepo, o habían desaparecido, ya sustraídos por los mismos participantes o simplemente perdidos. Quizá se esperaba de él mayor exaltación de lo que siempre se señaló como "la cuna de la revolución del continente": la revolución quiteña de 1809. Cevallos dio su lugar al hecho con un dejo de burla en la "puerilidad" de las "heráldicas pretensiones" de la primera junta y con un reconocimiento a la heroicidad popular, muy en el tono del antiaristocraticismo y la exaltación de masas del urbinismo. Quiso demostrar que los "mártires quiteños" del 2 de agosto de 1810 no fueron solamente la dirigencia detenida sino los hombres, las mujeres y los niños del pueblo. Cevallos aclara que con estos relatos minuciosos de testimonios orales intentó rebatir al historiador español Torrente, quien narró la masacre como el enfrentamiento de dos ejércitos, cuando no fue más que "un 2 de mayo de 1808 en Madrid", es decir, la victoria de un ejército de línea contra un pueblo desarmado que insurreccionó con heroísmo.[76]

Más aún, culpa a las divisiones internas de la dirección revolucionaria, al enfrentamiento entre Quiroga, Salinas y Morales con los Montúfares, haber precipitado el asalto a los penales que desató la masacre. Su objetivo fue asentar una enseñanza histórica para su presente: el rechazo al enfrentamiento partidario, causa de desunión y ruina de la nación. "La lógica de los partidos que han llegado a encelarse y a exaltarse, ha sido y será siempre así: desatentada, vanidosa, intolerante, irracional, y desdeñarán los abanderizados hasta su propia salvación, hasta la de su propia causa, por no recibirla de parte de sus enemigos."[77] Como historiador apeló a la "recta imparcialidad de su pluma" y se dijo hombre no involucrado en el partidismo, pese a una actuación que, salvo en algunos momentos, fue secundaria. Cevallos se percibía fuera de sus antiguas

adhesiones políticas frente al inicio de los grandes desórdenes que pusieron en peligro su patria, a finales de 1858, momento en que está fechado su prólogo. Abjuró también de su regalismo. El propio Mera le reclamó haber evidenciado un "exagerado celo en favor de la Compañía de Jesús" en el capítulo dedicado a estudiarla desde sus orígenes hasta la expulsión de Carlos III. Quizá Cevallos deseaba expiar su culpa por haber firmado un decreto análogo, en 1852.[78] Mantuvo así la actitud de historiador de apariencia ascética, que muchos le censuraron, para analizar la historia contemporánea hasta el año en que decidió avanzar, el de 1845. Sus detractores dijeron que sostuvo una acendrada amistad con Flores Jijón, que debió haberlo inhibido para censurar de manera más firme a su padre. Cevallos no era un hombre de arrojo, por lo menos en su segunda etapa. Al margen de que sabía lo suficiente de la historia como para no arrogarse el papel de juez, hay que reconocer que fue cuidadoso en su posición de historiador oficial. Su actitud ante la historia fue la de explicar a los hombres y las instituciones por las circunstancias de su tiempo. Así lo muestra al hacer la caracterización del Estado naciente:

> 1830. Hallábase pues ya legalmente constituido el Ecuador, y hallábanse ya satisfechos los vivos deseos del pueblo por hombrearse con las otras naciones como soberano y libre; mas, las circunstancias en que entraba a ejercer sus derechos propios eran las menos adecuadas para el bienestar, cuanto más para el progreso y prosperidad. Una ley fundamental y leyes secundarias cargadas de vicios y llenas de vacíos; una división departamental mal meditada y que había de brotar celos recíprocos; un ejército permanente, compuesto en la mayor parte de extranjeros [...], un sistema de hacienda que, si lo había, no podía llamarse tal; multitud de créditos pasivos de deuda doméstica o extranjera [...] intereses disconformes entre los tres departamentos de que se componía el Estado; pretensiones pendientes y encontradas entre las naciones vecinas; escasez de hombres públicos o entendidos en materias de gobierno, y escasez de luces en las de rentas y contabilidad [...] tales eran los obstáculos con que la pobre patria, hecha ya señora y soberana, iba a tropezar en su camino, y tal la triste perspectiva con que entraba a hombrearse con las viejas naciones del antiguo y nuevo continente. Ya veremos presentarse uno a uno, o reunidos, muchos de esos obstáculos, atajando, cual nuestras montañas gigantescas, los pasos bien o mal encaminados que se daban para conducir al nuevo Estado por la senda del progreso.[79]

El fragmento trascrito no sólo es útil para ejemplificar el análisis histórico de Cevallos, su capacidad para identificar los grandes problemas históricos nacionales, sino su particular forma de manejo del idioma. Tampoco en ese plano escapó a la crítica. Él se consideraba un cultor del castellano puro. Al final de sus "Advertencias" se jacta de despreciar la "campanuda fraseología de los escritores afrancesados". Evitar los "galicismos de sentido" le obsesiona tanto como combatir los errores del habla popular, que no dejan de estar presentes en sus testimonios orales.

Cevallos se concibió a sí mismo como un eslabón en la cadena del saber histórico. Su propuesta fue un *Resumen*, no demasiado original pero de alta

utilidad para la época. Su obra no es una síntesis correctamente jerarquizada, y cuando intenta engarzar la gesta ecuatoriana con el gran movimiento independentista de la región, se le diñculta abrir la perspectiva y proyectarse más allá de Quito. Quiere ver un Ecuador mayor de edad, que lucha por "hombrearse" con las demás naciones desde un difícil punto de partida. Era muy común en la reflexión política ecuatoriana concebir a Ecuador como un "país niño", al que no era posible aplicar soluciones políticas que sólo eran útiles en naciones "adultas", como el federalismo, por ejemplo. Así lo señalaban Rocafuerte y algunas alocuciones parlamentarias en el Congreso de 1861. Esta minoridad era la que Cevallos se proponía combatir y desacreditar.[80]

Cevallos estaba apurado por lanzar su obra al ruedo, la sabía necesaria y la redujo a la condición menor de *Resumen*, aunque no breve, por cierto. Quiso también poner la documentación recogida a disposición del futuro historiográfico de la nación. Los avatares de la edición, que tuvo intentos fallidos en Guayaquil y en el Colegio de Latacunga, determinaron que se perdieran en Lima, a la muerte de su editor Vicente Emilio Molestina, los documentos reunidos. Cuando tuvo más tiempo, en la segunda edición de 1886, incorporó parte de los que logró recuperar, distribuidos en los volúmenes correspondientes. Amplió el área geográfica del último volumen que no había sido editado y le incorporó un subtítulo de *Costumbres públicas*, estudio influenciado por la racionalidad moderna y el ascetismo que intenta imponerse desde el periodo garciano. Se trata de un interesante cuadro social descriptivo y crítico, del que no escapan los carnavales "bárbaros", la crítica a las corridas de toros, al maquillaje femenino, la música, las festividades locales y la degradada situación del indio, narrada con el habitual tono lastimero que se adoptó en el siglo XIX para referirse al tema. Es interesante también la descripción de la población autóctona del oriente amazónico. Quizá sólo en esta ocasión, Cevallos escapó a la rigidez del tratamiento político para incursionar en lo social y cultural con cierta agudeza y mayor libertad de estilo. Historia oficial por muchas décadas, el efecto del *Resumen* de Cevallos superó a sus críticos, no demasiado errados al señalar sus limitaciones. Los dos Cevallos están presentes en una obra desigual en el tratamiento, pero funcional a los fines para los que fue escrita.

LA HISTORIA CONTESTATARIA "ENGAVETADA"

Aunque Pedro Fermín Cevallos inició su obra en el periodo anterior, se plasmó en imprenta durante la época garciana y con el apoyo que le proporcionó este

régimen. El *Resumen* fue la historia oficial, a partir de la publicación de su primer volumen. Fue también un buen complemento en la gran batalla integradora que libró el garcianismo,[81] régimen en que no se enajenó toda la intelectualidad, pues muchos mantuvieron muy puras sus concepciones liberales en medio de la marejada conservadora. Nada afectó la aparente uniformidad interpretativa del desarrollo histórico nacional en tanto García Moreno dominó el escenario.

Pero toda homogeneidad esconde, de manera intrínseca, la diferencia. La dominación conservadora vivió una fractura, un interregno entre las dos administraciones garcianas (septiembre de 1865-enero de 1869), que la hizo peligrar. García Moreno seleccionó a sus sucesores al finalizar su primer periodo constitucional. En primera instancia puso el gobierno en manos de Jerónimo Carrión, quien enfrentó dificultades para retenerlo, apenas durante dos años. No se plegó a la política represiva garciana, sino que garantizó la libre expresión de las ideas y afirmó la pureza electoral al punto de que,[82] en las elecciones para el Congreso de 1868, triunfaron plenamente los liberales y Pedro Carbo, el jefe de la tendencia, fue electo presidente de una Asamblea que se permitió impedir a García Moreno asumir el cargo de senador por Pichincha. Cuando se produjo un enfrentamiento entre Carrión, su ministro Bustamante y el Congreso, el caudillo conservador envió inmediatamente un emisario a exigirle la renuncia.

Lo sustituyó con el doctor Javier Espinosa, con una especie de gran acuerdo nacional entre liberales y conservadores. Como, al decir de Antonio Borrero, Espinosa "[...] no quiso ser pupilo de García Moreno; quiso gobernar con su cabeza y su conciencia",[83] tampoco lo respaldó. Durante estos pocos años de respeto a las garantías individuales, los opositores cuencanos y guayaquileños lograron estructurarse y elevar la candidatura del costero Francisco Xavier Aguirre Abad, quien tenía perfil de estadista, concitaba la adhesión de todas las tendencias opositoras y se presentaba con un programa escrito y definido. El carácter civilista de Espinosa no se prestaba a trucos y García Moreno temió por la suerte del conjunto de su proyecto. Acusó a Aguirre de "rojo" conectado con Urbina de quien era concuñado y, en enero de 1869, fraguó un pronunciamiento. Se reinstaló en el poder con este golpe de Estado y fue finalmente legitimado en la Asamblea Constituyente del mismo año.[84]

Este violento regreso del garcianismo generó una verdadera dispersión de la oposición. Muchos, como Montalvo, salieron al exilio, otros se replegaron a la vida privada. Esa fue la actitud de Aguirre Abad quien, a partir de la frustración de su candidatura, se dedicó a escribir un *Bosquejo histórico de la República del Ecuador.* La historia de Aguirre tiene una muy escasa consideración en los

estudios historiográficos ecuatorianos, ya que permaneció “engavetada” más de un siglo y recién fue publicada en 1972. Más allá de las circunstancias que impidieron en su momento la edición, sorprende el prolongado retardo, que algunos explican como un deseo de los descendientes de no molestar a la familia Flores con las críticas que Aguirre hizo al “padre de la patria”, pues se habían establecido lazos de parentesco.[85]

Cuando se lee el *Bosquejo histórico* se comprende mejor el bien fundado temor que la candidatura de Aguirre Abad despertó en García Moreno, pues hubiera tenido que enfrentar a un enemigo de alta estatura intelectual. Nacido en la villa de Baba, en 1808, Aguirre inició sus estudios en el Colegio de San Luis de Quito poco antes de que estallara la revolución de independencia en Guayaquil. Pudo apreciar en gran panorámica la batalla de Pichincha y, en el Convictorio de San Fernando obtuvo su doctorado en Jurisprudencia. Su ejercicio profesional se inició en el puerto, vinculado a la poderosa casa comercial de Manuel Antonio Luzurraga.[86] Nació a la vida política dentro del liberalismo, a cuyo servicio puso más el intelecto que su persona. Simpatizó con la revolución que depuso a Flores, en 1845, pero fue renuente a participar en la actividad pública nacional; en este ámbito sólo aceptó encargos acordes con sus dotes o que le permitieran desarrollarlas. En 1852, como diputado por Guayas a la Convención urbinista, tuvo una brillante participación legislativa al promover importantes leyes de corte humanista, como la abolición de la pena de muerte por delitos políticos, la que privilegiaba la instrucción primaria frente a la secundaria y la superior, y su proyecto de *Creación de un impuesto sobre testamentarías y a los capitales para reunir fondos y manumitir a los esclavos*, que una vez aprobado se convirtió en ley y dio lugar a las juntas de Manumisiones.[87] Hacia 1855 representó a Ecuador en misiones diplomáticas, como encargado de Negocios en Lima, en los momentos en que Flores conspiraba desde este país y al año siguiente ejerció el mismo cargo en Chile, donde celebró el tratado Continental que garantizaba el control de las expediciones armadas de opositores desde los territorios signatarios. En estas gestiones mantuvo una decidida posición hispanoamericanista frente a las amenazas europeas. Fue firmante del primer tratado celebrado por Ecuador con la Asociación de Acreedores Extranjeros, el Aguirre-Mocatta. Hacia fines del periodo urbinista se retiró a la vida privada, ya con una sólida posición económica generada tanto por su origen social, como por el ejercicio de su profesión y por haber sido beneficiado con un fideicomiso de Luzurraga, que le permitió adquirir una hacienda y destinar parte a obras educativas y sociales en Guayaquil. Desde los inicios del periodo garciano asesoró a Carbo en la parte

jurídica del famoso folleto contrario al Concordato.[88] Durante el interregno, desde la presidencia del Concejo Cantonal de Guayaquil, fue proyectado a la candidatura presidencial de 1869 y no por primera vez, pues ya había sido presidenciable en 1852. Sobrepasó en Guayaquil las inclemencias del garcianismo, que no se atrevió a molestarlo. Pocas incursiones hizo luego en la vida pública. Fue diputado al Congreso de 1878, desechó la vicepresidencia de la república y, desde ese momento hasta su muerte, en 1882, ejerció la Rectoría de la Universidad de Guayaquil.[89]

Aguirre pretendió escribir una historia de Ecuador desde sus posiciones éticas, acorde con su nivel de reflexión y muy actualizada con la documentación de la que había sido portador y testigo presencial. Sin embargo, la obra quedó inconclusa, ya que avanzó sólo hasta 1859. La enfermedad lo obligó a truncarla en un punto de análisis que, por lo abrupto del corte, indica claramente que el autor se proponía continuar. El *Bosquejo* no era una justificación histórica de su actuación ni un ensayo partidista, sino una historia reflexiva y estructurada a partir de una periodización singular por épocas: “Los indios”, “Los españoles”, “Los criollos”, “Los colombianos” y “Los ecuatorianos”. Las denominaciones que Aguirre eligió para caracterizar las épocas de la historia daban relevancia al origen nacional de los actores en cada periodo. Aun la primera época que parece escapar a esta determinación, es muy original. Aguirre menciona apenas al Reino de Quito como uno de los agrupamientos humanos que junto con las poblaciones llegadas a las costas constituían los núcleos “menos incultos.” Reconoce que los *caras* conquistadores tenían régulos conocidos como *scyris.* Pero se aparta mucho de las historias oficiales cuando, en el marco de su opción por las nacionalidades, le llama peruanos a los incas vencedores de los *caras*. Peruanizar el incario significaba una ruptura con aquellos relatos históricos hegemónicos que lo habían ecuatorianizado.[90] Aguirre no tenía el menor interés en reclamar esa herencia para su patria porque esos peruanos no eran civilizadores de pueblos sometidos sino déspotas destinados a aniquilar todo espíritu superior. Esta capacidad “entontecedora” del incario sobre las poblaciones autóctonas serranas disminuía en la periferia, sobre todo en las costas, donde “los peruanos” no habían logrado penetrar plenamente.[91] Aunque poco tienen de científicas las observaciones de Aguirre sobre los incas, cumplen varias funciones en su relato: estigmatizan toda forma de despotismo, marcan las diferencias con el vecino al que Aguirre debió enfrentar durante su vida diplomática y exaltan el mejor origen espiritual de la costa frente a las sierras donde la población autóctona había escapado a la plancha niveladora del incario, que había sometido al indio a la abyección del ilotismo, le había negado todo

derecho a la propiedad en beneficio del Estado, había creado “el comunismo que existía en el Imperio peruano” apto sólo para sociedades salvajes o en estado de disolución pero incapaz de realizarse entre pueblos civilizados, “por más excesos que se comentan” para sujetar al hombre “a un modo de vivir en que voluntariamente se prive de su libertad individual”.[92] Con Aguirre aparece el concepto de la nación fincada en la oposición al “Otro”. Los gérmenes nacionales no preexisten en el Reino, sino en el concepto abstracto de la libertad del hombre, definición que le permitía censurar al déspota que dominaba el Ecuador. Toda la obra de Aguirre está salpicada de reflexiones que apuntan a exaltar una dirección teleológica que no podría lograrse sino por la consumación de la libertad, como lo expresa en el siguiente párrafo:

> Ahora, si la felicidad consiste en la tranquilidad impasible de la servidumbre [...] bien puede decirse que los indios han sido y son felices. Pero no tal la felicidad a que aspira la especie humana, que marcha aunque lentamente y venciendo grandes obstáculos, en la vía de la civilización que la Providencia la ha señalado para perfeccionar a un tiempo, cuanto es posible, su condición intelectual, moral y material.[93]

Aguirre aporta al tratamiento de Cevallos sobre el periodo colonial, la dimensión costera, para cuya documentación debe haber tenido mejores oportunidades de acceso.[94] En esos casos Aguirre se atreve a asentar la corrección correspondiente a las omisiones del historiador oficial. El interés de la obra comienza en el periodo independentista, su tercera época, la de “Los criollos”. Aguirre precede el estudio con la enunciación del encadenamiento causal capaz de precipitar el movimiento: la disolución de la monarquía aunada a la rivalidad de las clases más elevadas de la sociedad.[95] Si bien reconoce que Quito tuvo bien ganado el título de “Luz de América”, no admite su posición de vanguardia en el movimiento independentista. Tampoco se siente obligado a excusar a las demás secciones de la Audiencia por su realismo contumaz que permitió el restablecimiento del poder español. Y ello, porque la revolución quiteña, “que tuvo su origen en la ambición de los nobles de esa capital”, no sólo “se había hecho odiosa, sino lo que es peor, ridicula”.[96] Es cuidadoso en narrar la revolución porteña de 1820, aunque demasiado parco con la batalla de Pichincha, que viera desde sus balcones. Gran interés presenta el tratamiento de los partidos formados en Guayaquil para definir el futuro del puerto presionado por las dos campañas. Al analizar a “Los colombianos” se convierte en un duro censor de Sucre y también de Bolívar, no sólo por la violación de la soberanía provincial en el acto de la anexión, sino por haber inventado un Estado gigante mal integrado, a partir de “su escasa penetración y de su falta de habilidad en la dirección de los negocios públicos”.[97] Pese a esta crítica, matiza las opiniones de

Cevallos en torno a los excesos cometidos por los colombianos, que considera quizá exageradas por las pasiones exaltadas. Por oposición, San Martín es el patriota abnegado que se sustrajo a las pasiones caudillescas, con su retiro a Europa.[98]

Desde el momento en que inicia el estudio de la separación y la conformación del Estado, en la época de "Los ecuatorianos", Aguirre es un firme sostenedor de la necesidad de la igualdad departamental de representación, al tiempo que un implacable crítico de Flores: ambicioso, pródigo con las rentas públicas, carente de juicio y de instrucción. Tampoco se le puede acusar de haber preferido la personalidad histórica de Rocafuerte. Por el contrario, lo describe como un hombre fatuo y ostentoso, que: "Muy poco hubo de solidez en cuanto puso mano".[99] Lo acusa de violar sus muy proclamados principio liberales, de ser responsable de haber aplicado, o tolerar que se aplicara, la pena de muerte: "La Historia juzga únicamente por sus acciones a los hombres".[100] La época analizada se completa con un interesante estudio económico que abarca el fin del periodo Rocafuerte y la segunda presidencia de Flores, particularmente detenido en algunos decretos de aquél, en la consideración del estado lamentable de la hacienda pública y el tratamiento que recibieron las rentas aduanales en ambos periodos. Es, sin duda, un liberal económico convencido de que la industria extranjera no debe ser temida en el país. Tiene, también presente, las diferentes coyunturas del precio del cacao en ambas administraciones: muy favorables para Rocafuerte y lo contrario para Flores. De esta manera, el *Bosquejo* contiene un tratamiento económico poco común en la historiografía de la época.

Al llegar a la parte más rica y documentada de su relato, al tipificar la "oligarquía militar", Aguirre la censura sin miramientos, aunque reconoce en Urbina al más inteligente de la cohorte que lo rodeaba, con el mérito de no haber sido nunca sanguinario. No se trata de la benevolencia del parentesco, porque llegó a caracterizarlo como "el otro Flores". Se detuvo en la elección presidencial de 1852, en la que su persona recibió cinco votos que le fueron negados a Urbina, hecho que molestó al caudillo del militarismo "nacional". Aguirre habla de sí en tercera persona del plural, se muestra imparcial, actuando al lado del liberalismo civilista y promoviendo la actividad legislativa que tanto lo honró.

Defiende de manera irrestricta las tratativas que realizó con el agente Mocatta y los tratados que se celebraron con Estados Unidos para la defensa de las Galápagos. Desde ese momento, la obra se desliza hacia el tratamiento de las temáticas internacionales y preserva la riqueza documental de quien fue actor de primera línea en las gestiones diplomáticas con Perú y Chile en momentos

difíciles. Contiene también un recuento de los proyectos monárquicos en el continente, del apoyo y el beneplácito que recibieron de las aristocracias criollas y de la inclinación de los agentes diplomáticos europeos en favor de estas posiciones, especialmente en aquellas repúblicas donde se había asentado el caudillaje militar. Las últimas páginas del *Bosquejo* dan amplia consideración a la gestión de Juan Celestino Cavero, el representante de Perú en Ecuador, y esgrimen una justificación de los tratados que motivaron la invasión de Castilla. Es un férreo defensor de la soberanía que Ecuador ejercía y que le habilitaba a disponer de sus territorios.

Reig Satorres, su editor, ha negado que el *Bosquejo* pueda considerarse una historia y Aguirre un historiador. Le impresiona mucho la forma teológica con la que el guayaquileño inicia el estudio y sus declaraciones de fidelidad a la doctrina católica.[101] El editor parece olvidar que, hasta inicios del siglo XX, no hubo "una tradición o formación específicamente histórica" en Ecuador.[102] Cierto es que no desplegó un aparato crítico, pero su obra no puede ser calificada propiamente como ensayo, y menos aún, identificada con un material circunstancial de combate. Citó a Cevallos cuando lo consideró conveniente, como apoyo o para asentar una discrepancia a partir de su conocimiento directo de los hechos. Aguirre narró desde su provincia-nación. No era una obra para la unidad pero debió de haber coexistido y complementado a Cevallos. La visión costera de Aguirre, sus análisis monetarios, de fiscalidad y la caracterización general de los regímenes sobrepasan la visión meramente política del ambateño. Tiene, además, mejores dotes para generalizar, para caracterizar y no sólo narrar; para abstraer, sin quedar atrapado en la trama de los hechos. Es un hombre independiente y confrontado con el poder, inspirado por una vocación política y humana: la nación y su forja están inmersas en la lucha por la libertad y la dignidad del hombre. A esta libertad sólo se arribaría por el civilismo, el respeto irrestricto a la ley, la concordia y el consenso político y social. No eran, ni el hombre ni el discurso historiográfico, admisibles para el proyecto homogeneizador que impulsaba García Moreno.

Otros intentos parecen haber existido en el marco del interregno. *El Nacional* de Quito daba cuenta, en 1866, de la aparición del primer volumen de unos *Estudios sobre la historia contemporánea de la República del Ecuador*, de José Subía, que abarcaban desde la presidencia de Francisco Robles y la batalla deTulcán, a inicios del periodo garciano.[103] Nada más parece haber ocurrido en el campo de la historia mientras Cevallos mantenía el monopolio interpretativo con su *Resumen*.

DEL LIBERALISMO CATÓLICO A LA REVOLUCIÓN LIBERAL, 1876-1895

Las casi dos décadas que median entre el asesinato de García Moreno y el estallido de la revolución liberal, constituyen una de las etapas más complejas de la historia ecuatoriana. La súbita desaparición de García Moreno desarticuló, durante un periodo, la vida política del país. Los intentos de reorientar el rumbo nacional según la figura del moderado cuencano liberal católico Antonio Borrero Cortazar, fracasaron estruendosamente. Enemistado con conservadores y liberales fue depuesto a los pocos meses por un golpe de Estado militar liderado por Ignacio de Veintemilla, originalmente apoyado por el liberalismo ecuatoriano. Pedro Carbo se convirtió en su ministro del Interior, y el régimen fue apreciado por los conservadores como la conjunción de la Internacional y la Comuna en el gobierno del país andino.[104] Pese a que el *boom* cacaotero estaba en su clímax, Veintemilla no logró aprovechar la coyuntura para dar continuidad a las inversiones de infraestructura. Los recursos fueron aplicados a fortalecer y modernizar técnicamente un aparato armado de grandes dimensiones. El liberalismo suprimió el Concordato y restableció el Patronato; las relaciones con la Iglesia y los conservadores se tornaron críticas cuando el arzobispo de Quito, Monseñor Checa y Barba, fue envenenado con estricnina colocada en el cáliz durante la misa del viernes santo de 1877. En medio de estas agitaciones, el liberalismo retiró el apoyo al régimen, Montalvo escribió sus famosas *Catilinarias* contra el tirano, que le supusieron prisión y nuevo exilio. Cuando Veintemilla trató de perpetuarse, liberales y conservadores se coaligaron para derrocarlo en una intensa guerra civil que terminó con su poder, en 1883.

En pocos años de intenso trastorno, el Ecuador garciano con su incipiente despegue cacaotero, había quedado atrás. En 1880 la estructura demográfica había cambiado radicalmente. Guayaquil era ya la mayor concentración urbana de Ecuador.[105] Los movimientos poblacionales iniciados desde el segundo periodo conservador se precipitaron en la misma medida en que se incrementaba la demanda externa de cacao. El capitalismo se recuperaba de la crisis de 1873 y Guayaquil crecía al ritmo que le imponía la coyuntura. La guerra del Pacífico de 1879 lo favoreció frente a El Callao y Valparaíso, involucrados en el conflicto; la apertura del Canal de Panamá redujo de manera muy importante el tiempo de viaje con los centros consumidores y, finalmente, las innovaciones en el empleo del chocolate, su procesamiento de pulverización y mezcla con leche, lo convirtieron en un producto preciado por las grandes empresas monopólicas suizas, belgas y estadonidenses.[106]

Guayaquil entró en plena ebullición. Nuevas tecnologías se incorporaron en algunas haciendas cacaoteras mientras la moneda privó en las relaciones laborales. La economía se monetizó con mucha fuerza, el sucre sustituyó al peso, mientras la acumulación dineraria se concentró extraordinariamente en un pequeño sector muy dinámico, vinculado a la banca, al comercio y al capital externo. Fueron unas pocas familias, "cogollo estrecho, crema y nata de una oligarquía agrofinanciera y comercial", que tendieron cada vez más a alejarse de sus raíces agrarias[107] y a invertir sus capitales en grandes casas comerciales y en el sector terciario de la economía portuaria. Las clases altas porteñas entraron en un proceso de diferenciación que se expresó en la banca. El sector comercial importador, desconforme con la política crediticia del Banco del Ecuador, trató de crear sus propias casas financieras, al tiempo que el capital externo penetraba la minería, las vías férreas y la navegación fluvial.

Un tan evidente dinamismo costeño no podía dejar intactas la sociedad y la vida política. Las más o menos confusas tendencias políticas del periodo garciano adquirieron mayor grado de estructuración. Partidos primarios, en la forma de sociedades y clubes, esbozaron ciertos cuerpos doctrinarios. Conservadores y liberales no lograron mantener la unidad ni la pureza de sus perfiles, y alas de ambas tendencias se desprendieron, se acercaron entre sí o se polarizaron, en las dos décadas finales del siglo. Dos corrientes se separaron entre el elenco civil de los conservadores, con su correlato hacia el clerical: la Unión Republicana, surgida en 1883, se escindió entre los conservadores genuinos, agrupados en la Sociedad Católica Republicana y un segmento liberal católico de larga data en Ecuador, a partir de su cuna cuencana, que encarnó en la tendencia conocida como el Progresismo, una tercera posición dispuesta, como decía Caamaño, su representante más influyente, "a aceptar el término medio en política"; como "herm afroditas" los catalogaban los conservadores puros, acusándolos de estar dispuestos a tributar culto "a Dios y Baal".[108] El liberalismo tampoco fue monolítico. Desde la guerra civil de 1883 irrumpió con fuerza un sector radical "machetero"; así se le llamaba porque entre sus filas figuraban combatientes colombianos y centroamericanos agrupado en torno a Eloy Alfaro, un antiguo jefe revolucionario convencido de la imposibilidad de arribar al poder por la vía electoral y promotor de montoneras costeras armadas. En oposición al radicalismo armado, un sector moderado se estructuró en 1890 como el Partido Liberal Nacional.[109]

La montonera alfarista jugó un papel fundamental en el derrocamiento de Veintemilla, pero los moderados prefirieron unir sus fuerzas al progresismo, en un acercamiento de alas moderadas extraordinariamente común en el continente

a finales del siglo XIX. Entre 1884 y 1895, el Progresismo gobernó el Ecuador en las administraciones de José Ma. Plácido Caamaño (1884-1888), Antonio Flores Jijón (1888-1892) y Luis Cordero (1892-1895). Sus representantes hicieron gobiernos de "poca política y mucha administración". Consideraron que debían abandonarse aquellas propuestas que fincaban la unidad nacional en posiciones ideológicas y definiciones devotas. Por el contrario, sostuvieron que esta unidad se plasmaría en el marco de una rápida modernización del país que redundaría en su mejora material y en la plena integración nacional. Emparentados casi todos ellos entre sí, constituían un riquísimo sector, conocido como "La Argolla", conformado por los más ricos terratenientes costeros unidos a algunos serranos que aspiraban a participar en la dinámica comercial, afirmados en la banca y el capital internacional. Totalmente ajenos al carácter confesional del Estado, partidarios de la tolerancia, gozaron de la mayor antipatía por parte de los conservadores puros y también de los liberales radicales, cuyas expediciones combatieron y derrotaron con el poderoso y moderno ejército que Veintemilla les legó. Caamaño finalizó su periodo enfrentado con la nueva administración del Banco del Ecuador. Sin embargo, desde la gubernatura del Guayas se mantuvo como el gran poder en las sombras, dirigiendo la política nacional.

Ecuador presentaba síntomas de alta polarización, cuando Flores hijo asumió el poder, después de derrotar electoralmente a Alfaro. Las constituyentes progresistas habían establecido por fin el sufragio verdaderamente universal, al eliminar los requisitos censatarios para ser electo.[110] El segundo Flores fue el verdadero adalid del capital internacional, sin cuyo concurso estaba convencido de que no lograría desarrollar la infraestructura ferroviaria. Vinculó los convenios del tendido de vías férreas con la renegociación de la deuda inglesa, en una política que, además de poco exitosa, era contraria a la preferencia conservadora por el desarrollo autogenerado, sin peligrosos capitales externos. Se enfrentó también con este Partido en torno a la concurrencia a la Exposición del Centenario en el Congreso de 1888. Los conservadores se negaron a que la República del Sagrado Corazón de Jesús estuviera presente en las celebraciones parisinas que honraban la "cuna de la impiedad".[111] Sus excelentes relaciones con Roma le permitieron sellar un acuerdo de sustitución del diezmo por un impuesto predial sobre las fincas rústicas de tres por mil, innovación resistida tanto por la Iglesia, privada de su renta, como por los grandes terratenientes serranos poseedores de enormes extensiones que serían, finalmente, los afectados por esta reforma fiscal. Peores resultados aún le acarreó su intento de fundar una banca nacional, a partir de una institución parisina que proveería los capitales, con capacidad emisora y como nueva prestamista del Estado, decisión

que resultó inaceptable para las instituciones de crédito portuarias que decidieron, desde ese momento, volcar plenamente su apoyo a las fuerzas montoneras de Alfaro.[112]

Pese a que la modernización estatal impulsada por el progresismo dio mayores consistencia y capacidad de penetración al Estado en el conjunto nacional,[113] enfrentó grandes oposiciones políticas y sociales que se expresaron durante el gobierno de Luis Cordero, a partir del episodio conocido como "la venta de la bandera". Si bien Chile se había declarado neutral en el conflicto sino-japonés de 1894, vendió un buque de guerra y pagó una alta suma al gobernador de Guayas, el poderoso Caamaño, por el arriendo del pabellón ecuatoriano. El ilícito económico dio cauce al descontento que se había gestado contra la política estrecha del progresismo. La banca, el comercio, los pequeños industriales y manufactureros arruinados por las lujosas importaciones que ingresaban por el puerto, los propietarios de las haciendas cacaoteras con menor tecnología que no estaban ligados al comercio y las finanzas, los peones que resentían el incremento de las medidas productivistas y todos aquellos sectores inconformes con el progresismo, que resentía también el descenso de los precios del cacao a partir de la gran depresión de 1893» conformaron una junta de notables en Guayaquil y, el 5 de junio de 1895, designaron a Eloy Alfaro como jefe supremo. Cuando lo hicieron no podían llamarse a engaño: conocían la composición social de masas populares de las huestes macheteras y la radicalidad de su caudillo. Estaban todos ellos convencidos de que sólo una revolución con estas características exterminaría las trabas que obstruían aún la plena consolidación del Estado nacional que tanto necesitaban.[114]

LA IRRUPCIÓN DEL ENSAYO HISTÓRICO DE COMBATE

En épocas de alta pluralidad y polarización ¿cómo exigir homogeneidad historiográfica? Frente a las monolíticas versiones anteriores de la historia nacional, en la década de los años ochenta el relato histórico se abre en un gran abanico de posiciones encontradas. El control estatal ya no es capaz de mantener una sola versión histórica del desarrollo nacional. Tampoco va su vida en ello. Ecuador seguirá viviendo momentos críticos; pero su existencia como país no volvió a ser cuestionada interna ni externamente. La producción historiográfica de entonces tuvo una intención inmediatista: trató de dar sustento histórico a las posiciones enfrentadas en la coyuntura. Viejos actores políticos salieron a la lid ahora, desde el campo de la historia; son generalmente hombres mayores en un

semi retiro de la actividad pública, con una amplia producción intelectual anterior en otros géneros. Detrás suyo hay una historia de combate que se vuelca en el relato histórico y que se ampara, muchas veces, en fuentes documentales reunidas a lo largo de la acción. Ninguno de ellos es propiamente historiador. Los trabajos oscilan entre el ensayo y la memoria y sus páginas queman al calor de las pasiones que incendiaron sus vidas. Tienen mucho del indeclinable deseo del hombre de legar por escrito la huella que imprimió en la historia.

El Ecuador de 1825 a 1875: sus hombres, sus instituciones y sus leyes, de Pedro Moncayo es, quizá, el más prístino exponente del género. El más peligroso de los liberales, como estaba conceptuado, aunque octogenario, ciego en su exilio chileno, con su biblioteca arrasada por un incendio,[115] se rehizo para publicar una versión abreviada de su proyecto original. Dio por resultado una obra de más de 366 páginas, en 1885,[116] un "folleto" como le llamó indebidamente Pedro José Cevallos Salvador en la crítica que hizo a la obra.[117] Don Pedro era un sobreviviente de gran parte de la época independiente y toda la vida republicana del Ecuador. Nacido en Ibarra, en 1807, encarnaba un extraño espécimen de serrano liberal. Pasó en Quito por los claustros comunes de toda su generación, el Convictorio de San Fernando y la Universidad de Santo Tomás, donde se graduó como abogado en 1832. Se vinculó inmediatamente a las sociedades opositoras a Juan José Flores, particularmente a la de *El Quiteño Libre*, inspirada por el coronel Hall, arribado a Ecuador con las tropas de Sucre, después de que Benthan se lo había enviado a Bolívar como asesor. La sociedad tenía una nítida inspiración liberal y Rocafuerte, recién llegado, se convirtió en su adalid. Fundó un periódico de combate, con el mismo nombre de la sociedad, que atacaba el dispendio, la corrupción y las arbitrariedades de la recién nacida administración floreana. Moncayo fue su fundador y editor. Flores los aniquiló, masacró a sus miembros en Quito, colgó los cuerpos del coronel Hall y de otros en los postes de la plaza de San Francisco. Moncayo y otros adherentes evitaron la muerte porque habían sido remitidos presos a Guayaquil. Participó de las revoluciones "chihuahuas" después de la claudicación de Rocafuerte; salió a su primer destierro en Piura, Perú, donde fundó su segundo periódico de guerra, *La linterna mágica y,* por solicitud de Ecuador, el gobierno peruano lo desterró a Lima para alejarlo de la frontera. Regresó después de la caída de Flores, en 1845. Fue legislador en las asambleas de la época y presidió la famosa Convención urbinista de 1852, donde se aprobó la abolición de la esclavitud. Periodista por esencia fundó varios periódicos más,[118] ejerció representaciones diplomáticas en Perú para discutir las discrepancias de límites, en tanto Flores conspiraba y luego llevó la representación a Inglaterra y Francia. Al regresar a

Ecuador en 1858, fue opositor al gobierno de Robles; se vio involucrado en la confusa trama histórica del 59 y se manifestó contrario a las iniciales tentativas que García Moreno realizó ante Castilla para obtener el apoyo peruano. Abandonó Ecuador en 1862 para instalarse definitivamente en Chile, donde ejerció como profesor universitario. Fue vicepresidente de la Sociedad Unión Americana; hizo vibrantes piezas oratorias cuando el bombardeo de la flota española a El Callao y Valparaíso, escribió artículos contra Veintemi11a y alentó el alfarismo, hasta su muerte, en 1888.[119]

El muy extenso *Ecuador* de Moncayo tiene un título muy preciso como corresponde a un periodista buen conocedor del valor de las primeras planas. Su preocupación fueron los "hombres" interactuando con las "instituciones" y las "leyes": "El carácter de los hombres que nos han hecho tanto mal" parece el objetivo fundamental, como dice Moncayo en su Introducción.[120] Sus "apuntes", como los calificó, lo son en blanco y negro: destella un Sucre puro y digno frente a un Bolívar centralista y autocrático, extraña apreciación histórica en un medio que rendía culto al Libertador.[121] Pero Moncayo era un rupturista. Flores fue el centro principal de la censura de todos los historia dores liberales: responsable del asesinato de Berruecos, corruptor maquiavélico de un Rocafuerte exculpado por no tener voluntad propia, porque después del pacto "ya no era el mismo hombre".[122] Flores "el extranjero", el invasor, el que "se arrastraba como un gusano" ante las cortes europeas y gobiernos latinoamericanos.[123] En fin, casi un volumen de cortos capítulos, dedicado a medir a los hombres actuando en sus circunstancias conforme la severa vara del liberalismo, con juicios que generaron intensas polémicas y réplicas de la poderosa familia involucrada. El militarismo nacional, con el que colaboró, le merece una censura por militarista, ligeramente amortiguada por su condición de "nacional". Moncayo es un civilista en pugna por el triunfo de las instituciones y las leyes. Narra los crímenes represivos de García Moreno con detalles; los epítetos son sobrios pero contundentes: traidor a la patria y a las repúblicas del Pacífico, monstruo atroz del que, no obstante, nada tiene que decir "como legislador y hombre de Estado".[124] Se percibe un suspiro de alivio en Moncayo al dar el *Finis y* dejar instalado a Borrero en el gobierno. Narrar tanto horror revive el dolor que siente por su patria. Declara: "Hemos concluido nuestra tarea dando a los hombres y a las cosas su forma y su esencia. No era posible ocultar los crímenes de los malvados, ni escasear los elogios de los hombres de mérito".[125] Moncayo aspiró a escribir una gran historia, como un altar al culto que profesó a la libertad. Ella quedó limitada y apocada a un producto que podría "servir de guía" a otros que llevaran adelante la empresa trunca. Legó un desgano, la tarea de hacer la gran

historia liberal y complementó la herencia con un valioso apéndice documental comentado y dedicado íntegramente a la polémica con Flores hijo, en torno a la figura y hechos de su padre, así como a distintas precisiones en otras obras históricas.

Por las mismas fechas y a contracorriente, irrumpe un Juan León Mera historiador, mostrando una más de sus brillantes facetas intelectuales, con su obra *La dictadura y la restauración en la República del Ecuador: ensayo de historia crítica*,[126] escrita en 1884, cuando ya era un literato de fama, con una larga trayectoria política y cuando había alcanzado la condición plena de teórico puro del conservadurismo e impulsor de su concreción en partido. Mera escribe desde su hondo desengaño por las divisiones internas y la falta de perspectiva política de sus correligionarios. La obra no fue publicada sino en el centenario de su nacimiento, en 1932, por acuerdo de la Academia Ecuatoriana Correspondiente a la Española, según narra Tobar Donoso en la biografía de Mera que precede la obra. Nos cuenta que el gran ambateño presentó los manuscritos a la Academia en 1884 con la advertencia de que la historia del periodo estaba inconclusa por su mala salud y que lo enviado no era más que un bosquejo sujeto a la consideración de este cuerpo. Parece que los revisores le hicieron observaciones que Mera no pudo incorporar. Tobar Donoso retomó algunas con el consentimiento de uno de sus hijos y, si bien el editor declara que las alteraciones al texto original fueron correcciones puntuales, reconoce: “he suprimido frases impropias, fruto tal vez de meros decires...”.[127] El hecho de que la obra no fuera publicada en su momento y de que el gran representante de la escuela historiográfica conservadora que fue Tobar Donoso haya ejercido este tipo de supresiones, nos habla de un texto en el que se siente “el calor del incendio” que culminó con la Restauración. Mera historiador fue, así, censurado por los hombres de su misma corriente.

El autor de *Cumandd* era mucho más joven que Moncayo, había nacido en Ambato en 1832, se había criado en la mayor reclusión dentro del ambiente más que provinciano de la aldea de Atocha, como hijo único de una madre abandonada que vertió sobre él toda su atención. Recibió la formación de su tío Nicolás Martínez y de otros parientes. No fue un profesional como sus contemporáneos y sólo viajo a Quito para estudiar pintura, aprendizaje que abandonó pero que parece haberlo sellado en su labor literaria. Siempre se describió como un pintor de la pluma, en cuyas descripciones utilizó los claroscuros de la técnica pictórica.[128] Sus primeras poesías aparecieron en el círculo intelectual quiteño, en 1853. Fascinó a Cevallos, a Miño y a Montalvo y entró por la puerta grande que ellos le abrieron. Inserto en el romanticismo inició

estudios más profundos de la corriente europea, en un permanente movimiento entre la capital y su “patria chica” e irrumpió recién a la vida política como diputado a la primera Constituyente garciana de 1861, donde expresó las posiciones que luego, en su *Ojeada histórico crítica de la poesía ecuatoriana*, describió como “resabios liberalescos”. En esta Convención, Mera fue un adalid en la defensa de la extensión irrestricta del sufragio. Sostuvo la posición más radical al oponerse a la condición de que el ciudadano supiera leer y escribir, pues opinaba que esta restricción dejaba fuera de la ciudadanía a la mayoría de la población. Fue ardiente opositor a la pena de muerte, se trabó en una discusión fuerte con el general Juan José Flores; se alineó con la defensa de la más amplia descentralización administrativa en el régimen interior de la República, posición finalmente triunfante. Salvo en el aspecto de la extensión del sufragio, Mera fue opositor al garcianismo. Perteneció, empero, a los sectores fascinados por el proyecto nacional que el caudillo impulsaba desde la más pura ortodoxia católica. Fue cooptado por el régimen y se convirtió en su intelectual orgánico. En ese mismo año del 61, obtuvo un gran logro literario al publicar *La virgen del sol y* otras obras de peso. Fue ganado para la política, para la defensa de los intereses católicos y repartió el tiempo entre algunos cargos públicos, la escritura del más antihispánico Himno Nacional de toda Latinoamérica y varias publicaciones ya citadas. Impulsó el golpe de Estado de 1869, fue gobernador garciano en Tungurahua, editor del periódico oficial, *El Nacional*, senador en la Convención de 1873. Durante el gobierno de Borrero fundó *La civilización católica*, como diario de combate de las ideas conservadoras. Mera estaba convencido de que el momento histórico e ideológico de su patria y del mundo exigía abandonar la caracterización de *conservador*, porque era estrecha. La de “católico”, por el contrario, promovía la unidad entre los hombres que profesaban la devoción en ambas tendencias; de esta manera agregaba a sus muchas dotes la condición de buen ideólogo político. Durante la dictadura veintemillista se refugió en su Atocha natal y produjo la más conocida y exitosa de sus obras: *Cumandá*. Con seudónimo mantuvo su presencia como periodista de combate. Luego de la Restauración, a la caída de Veintemilla, logró formar la Sociedad Católica Republicana, redactó su programa y, en ese marco, escribió la historia que nos ocupa. Fue opositor moderado al Progresismo, aunque con activas iniciativas en el campo educativo. Mantuvo y elevó el nacionalismo conservador al más alto grado. Se fue distanciando de las tendencias extremas de su muy divido partido y asistió, con lúcida impotencia, a la debacle de los conservadores. Ocupó cargos públicos muy menores en medio de una situación económica apremiante, mientras daba cuerpo a su *García Moreno*,[129] y murió en Atocha, angustiado por el episodio de la “venta de la bandera”, en diciembre de

1894, sin ver consumada aún la revolución liberal, pero intuyéndola.[130]

Mera era un hombre de perfecciones y no precisamente un neófito en el campo de la historia, como lo prueban su *Ojeada histórico crítica y* otros textos. Había elaborado una reflexión sobre la disciplina, que vertió en la introducción a *La Dictadura*. Maestra de generaciones que toma la materia prima de la crónica y la pasa por el filtro de la crítica, la historia era para Mera una fotografía de la realidad pasada por el escalpelo del historiador-escultor, la historia era altar y templo. Aunque no se sintió "destituido" para enfrentar el reto, el temor lo llevó a reducir el desafío a un ensayo desde la firmeza de sus convicciones, pero con la "amargura" del "divorcio del negocio público", es decir, fuera "de la pasión del partidismo". Aunque confundió imparcialidad con objetividad, tenía claro el compromiso con una causa, no con sus hombres. Consideró que en el centro de la historia se arremolina una fuerza providencial que da unidad a las épocas y hace de las historias particulares las "partes de un gran todo". Su análisis se centró entre 1875 y 1882.[131]

La división política del partido conservador gana el relato. Mera sabe buscar las causas en la inexperiencia en el personalismo de García Moreno, quien no supo ver que las doctrinas necesitan "las agrupaciones de hombres." Pese a que fue enemigo del liberalismo católico, Mera critica la estrechez de los sectores radicales del conservatismo y, particularmente, la actuación de monseñor Macchi, delegado apostólico incapaz de moderar las posiciones extremas que se expresaban en artículos del *Semanario Popular*, del ultramontano arzobispo Ordóñez, una vez aprobada la sustitución del diezmo. La gran inteligencia de Mera le permitió presentar su trabajo como lo que realmente era, un ensayo de combate, con toda la amargura y el pesimismo que invadía a los hombres de su tendencia, a finales del siglo XIX. Es una obra valiosa, extraordinariamente polémica y una gran fuente para estudiar las concepciones políticas del conservatismo puro expresadas por su más lúcido intérprete. El ritmo de la exposición es brillante y la metodología muy especial. A menudo Mera recurre a su autoridad y sus intenciones para fundar los hechos.

Muy poco después aparecieron en el Ecuador dos nuevas obras directamente ligadas a la historiografía de combate. La primera fue la del padre redentorista francés, Agustín Berthe,[132] quien en una extensa obra de más de 800 páginas elevó al martirologio al presidente conservador, se expresó en tonos intensamente críticos y acusatorios hacia los liberales católicos ecuatorianos, precisamente cuando sectores de esta tendencia ocupaban el gobierno y provocó la virulenta reacción de Antonio Borrero Cortazar, quien le dedicó una más extensa *Refutación* (a la primera edición francesa de Berthe),[133] de manera que

no recogió todas las correcciones que este padre hizo en la edición española. En sus tres extensos volúmenes, Borrero siguió paso a paso el capitulado de Berthe, es decir, desde el descubrimiento de América hasta la dictadura veintemillista que lo destituyó del gobierno. Obra de respuesta a errores, infundios, ataques al grupo político por él representado, la *Refutación* de Borrero contiene una importantísima recopilación documental y testimonial que la convierte en una inexcusable fuente para abordar el periodo. Por su lado, en la edición española, el redentorista galo polemizó con gran fuerza. Defendió sus fuentes, tanto las testimoniales como las escritas, más las que pudo sumar entre la primera edición francesa y en la española. Se retractó con gracia de los errores, pidió disculpas con dignidad, sacó la polémica del plano nacional y personal y la situó en el doctrinal: la diferencia residía entre quienes, como Bolívar, se afiliaron en 1789 y creyeron que la autoridad del pueblo es el único poder, y quienes supieron que sobre el pueblo están Jesucristo y su Iglesia.[134] Berthe destacó la muy favorable acogida a la edición francesa, treinta y cinco mil ejemplares en cinco años, expresión de una nación que cree "en su propio restablecimiento", éxito que esperó se reiterara con la edición española. Deseó que ella sirviera para que todos los católicos del mundo gozaran "en contemplar en la cima de los Andes, y en tiempos de apostasía [...] una nación asaz cristiana para tremolar, como paladión, la bandera del Sagrado Corazón de Jesús".[135] García Moreno fue un hombre que arremolinó pasiones en vida y después de su muerte.

En la última década del siglo XIX irrumpen en el escenario intelectual dos obras de carácter histórico. De manera insólita para la época, una de ellas corresponde a una mujer que apenas sobrepasaba los 30 años cuando, en 1890, sus *Páginas del Ecuador* salieron de una imprenta de Lima, donde vivía desterrada.[136] Marietta Veintemilla, nacida en 1858, huérfana de una soprano italiana y del general José Veintemilla, asesinado en marzo de 1869 en medio de la asonada que estalló en Guayaquil posterior al golpe de Estado de García Moreno, fue una mujer singular. Poseedora de cultura, belleza y el don de desafío social, en una capital extraordinariamente pacata, lo innovó todo desde los vestidos hasta los usos sociales. Estas capacidades encontraron amplio marco una vez que su tío llegó al gobierno. Fungió como primera dama, hizo grandes tertulias musicales y literarias en los salones del Palacio de Carondelet, actuó como mecenas de las artes y contribuyó, no en poca medida, a los despilfarros del gobierno. Una vez que su tío Ignacio Veintemilla se concentró en Guayaquil, gobernó virtualmente la capital y se expuso a todas las críticas sociales. Aplastó conjuras contra el régimen con su sola presencia y la fuerza de su voz. Iniciada la guerra de Restauración, defendió la capital al frente de las tropas, con las

armas en la mano y con una valentía inigualable, hasta que debió rendirse. Hecha prisionera vivió situaciones difíciles durante ocho meses antes de ser deportada a Perú.[137]

Sus *Páginas* tienen como objeto la reivindicación de su tío, una intención memorística, de combate y de cobro de cuentas. El método elegido no es vulgar. Poseedora de una pluma privilegiada, de una extraordinaria capacidad de síntesis histórica, reseñó la vida política del Ecuador desde el primer Flores, con objeto de dar marco de contraste a la dictadura de su tío. Tuvo la convicción de que: "Antes de juzgar a los hombres penetremos en el espíritu de la época, único medio de pronunciar acerca de ellos, un fallo acertado e imparcial".[138] Sus fuentes fueron los enemigos de Veintemilla. De Moncayo, acérrimo crítico, se valió para verificar las debilidades humanas de Flores y de García Moreno, el responsable de su orfandad. El juego de su planteamiento es habilísimo. Reconoce virtudes para grabar con fuego las atrocidades. García Moreno tuvo sus logros, pero fue un "tigre" de piel "limpia y lustrosa". Sobre Borrero volcó un odio feroz, que extendió hacia los "terroristas", nombre que los liberales daban a la tendencia garciana y su proyección posterior. En este marco histórico insertó su testimonio personal. El control de las tropas ante la traición de Cornelio Vernaza, el inicio de la lucha restauradora por el dominio de Quito y su papel en el combate, la prisión y el camino al destierro. La narración es maravillosa, Marietta convence. La obra fue muy refutada, produjo gran escándalo político en Ecuador, agravado por el hecho de que trascendió al exterior, incluso a Europa. El carisma de esta mujer y su superioridad intelectual la situaron muy por encima de sus atacantes. Salió a la defensa de sus *Páginas* en polémicas periodísticas; regresó a Ecuador, donde mantuvo una viva presencia intelectual en salones y conferencias sobre las nuevas tendencias culturales. Vivió una vida plena, incursionó en el espiritismo y falleció, en 1907, para convertirse en un símbolo del feminismo latinoamericano temprano.

El ensayo histórico florecía sin cesar al acabarse el siglo. En el mismo año en que Marietta publicó sus *Páginas*, salía de las prensas de Chile, donde su autor había sido deportado en 1886, *La historia del Ecuador de 1876a 1888: precedida de un resumen histórico de 1830 a 1875*, de Juan Murillo Miró,[139] un guayaquileño puro, nacido en 1847 y que no incursionó por la capital. Sus estudios se desarrollaron en el medio portuario, junto a su padre que fue el primer impresor que tuvo el puerto; viajó a Europa con objeto de importar tipos y papel, materia prima escasa y cara. Se instaló en Hamburgo como representante de casas comerciales, pero debió regresar a Guayaquil a la muerte de sus padres y de su esposa. Heredó la imprenta, conocía el oficio y pertenecía

a una familia de origen liberal. En pleno régimen caamañista, en 1884, con las montoneras alfaristas en lucha y derrotadas, inició la publicación de un periódico abiertamente unido al liberalismo, *El Telégrafo*. Su imprenta era un centro de conspiración en apoyo al movimiento armado. Cuando las fuerzas del gobierno fusilaron al coronel guerrillero Nicolás Infante, en 1885, *El Telégrafo* imprimió una hoja suelta de protesta firmada por centenares de guayaquileños, que produjo un verdadero tumulto en las puertas del periódico. Esta acción lo centró en la mira represiva de Caamaño y finalizó con el destierro de Murillo.[140] En Chile mantuvo su labor de impresor y escribió una biografía de Moncayo, recién fallecido. Descubrió el negociado de la "venta de la bandera" al ver un barco de guerra con el pabellón ecuatoriano en Valparaíso; lo hizo saber a sus colegas de la prensa nacional, obtuvo copias legalizadas de las operaciones y dio inició al escándalo que culminó en el estallido de la revolución liberal. Regresó a Guayaquil después del triunfo de Alfaro y reinició la publicación de *El Telégrafo*, pero se trasladó a Quito por razones de salud. Fue brazo derecho del viejo luchador en la capital hostil. Fundó *El Quiteño* en sociedad con otro importante periodista, Manuel J. Calle. Dirigió la Escuela de Artes y Oficios y murió en 1900.

Pese a que inicialmente la obra fue concebida en dos volúmenes, Murillo Miró jamás llegó a escribir el segundo y no pudo cumplir, por tanto, con el periodo anunciado en el título, sino que alcanzó a documentar hasta 1883 cuando, tomada Guayaquil, Alfaro licenció a sus tropas mientras el ejército de la restauración permaneció en el puerto con la decisión de imponer a Caamaño. Como señala Muñoz Vicuña, Murillo Miró estuvo demasiado ocupado en seguir haciendo la historia como para finalizar su escritura. El único volumen publicado está dividido en dos partes. La primera es escueta, compuesta de capítulos cortos y abarca desde la separación de la Gran Colombia hasta el asesinato de García Moreno. En la segunda, hay mayor detenimiento en los hechos y un tratamiento más cuidadoso.

Murillo es diáfano, no apela a la objetividad sino a "la verdad y la justicia." Asume a plenitud el compromiso de historiar la lucha entre "el despotismo doméstico y la libertad". Y para ello cree que hay que hacer la autopsia de ese "político cuerpo" que es Ecuador, al que hay que entrarle con un "bien dirígido bisturí".[141] Buena pluma, aunque sobria, juicios claros pero no altisonantes, limpieza de estilo, posición claramente favorable al liberalismo, manejo de las principales obras históricas nacionales y colombianas hacen notar que, si bien hay un aprovechamiento de la técnica periodística, se está en presencia de una historia basada en fuentes. Ése es precisamente el inmenso valor de la obra de

Murillo. Casi podría decirse que desea diluir al historiador detrás del documento o, por lo menos, lo hace aparecer sólo cuando su mano es necesaria para hilar el relato. Las intervenciones son cortas y frecuentes, particularmente en la segunda parte de la obra, donde fue capaz de hacer viajar al lector por todos los escenarios de guerra: del norte al sur y de ahí al litoral. Su propósito no es denostar sino probar. Murillo no afirma que Flores haya asesinado a Sucre, ofrece documentos y los hilvana con las opiniones de Restrepo y Benedetti. Está convencido de que sólo se pudo castigar al brazo ejecutor, "no a la cabeza que lo concibió".[142] Como todos los liberales, es parco con la figura de Rocafuerte. El pacto es tildado de "vergonzoso" y media cuartilla basta para calificar su gestión.[143] La censura más fuerte está dirigida hacia la política de fusión que tan mal resultado daría luego, durante la guerra de restauración.

El periodo marcista en su fase urbinista, transcurre a la misma velocidad y sólo se detiene para considerar con cuidado el pago de la deuda y los territorios cedidos a los acreedores, no a los estados. Acusa a Flores de haber convencido a Castilla de que la autonomía del continente corría peligro ante las cesiones.

El tratamiento de la etapa garciana da pie a señalar los inicios de la gran lucha de Alfaro, de quien es devoto. Sus juicios sobre García Moreno son sorprendentemente equilibrados para un liberal radical: "García Moreno, cristianísimo, y acaso sincero, proclamaba la libertad, pero la libertad con todas las restricciones que le sugería el temor de ver desquiciado su Gobierno y frustrada su ambición de perpetuarse en el poder para continuar haciendo a su modo feliz al Ecuador".[144] Y con enorme sobriedad aclara: "pero fue un tirano". Así termina la primera parte, caracterizada como "resumen" para entrar a "la verdadera historia". Ningún historiador contemporáneo que pretenda abordar el periodo puede dejar de lado la masa documental que presentó Murillo. Y es extraordinariamente variada: decretos, discursos, hojas volantes, circulares; no faltan, por supuesto, las menciones hemerográficas. Debió de tener un gran archivo personal con este tipo de fuentes. Logró una gran caracterización del periodo de Borrero, en todos los planos: en cuanto a su capacidad como gobernante, las fracciones políticas que se conformaban y la mecánica del golpe de Estado de Veintemilla. Las páginas dedicadas a describir las administraciones son extraordinariamente atractivas: Cornejo *y* su *Carta a los Obispos*, la documentación de los juicios por el envenenamiento del arzobispo Checa *y* Barba, la absolución que dio Murillo al presidente a partir de un razonamiento detectivesco *y* el conjunto de avatares que vivió la relación Iglesia-Estado en el periodo. Los capítulos finales son una fiel descripción de los frentes de guerra. Los personajes quedan como suspendidos en el tiempo para ampliar el escenario

a otros lugares y retomarlos luego, reinsertados en la acción, con maestría singular. La traición de Caamaño, la inexperiencia política de Alfaro al licenciar a sus tropas y las intrigas del poderoso círculo, detienen la acción con la promesa incumplida del “continuará”.

Murillo Miró no presume de objetivo, pero sí de documentado. Claro que la documentación publicada no se caracteriza por un equilibrio para presentar las posiciones en pugna. La imparcialidad no está en el interés del historiador que legó, empero, una joya historiográfica, signada por un optimismo histórico implícito, de un hombre que deja traslucir poco el gran fuego que lo anima al hacer la historia de la victoria que sobrevendrá poco después. 1890 fue un año de eclosión historiográfica. A las dos obras anteriores se sumaron los ocho folletos que publicó, en su exilio limeño, don Roberto Andrade y que tuvieron por título: *Estudios históricos: Montalvo y García Moreno*,[145] No era el primer ensayo de Andrade, quien tenía una predilección por esta forma de folletos por entregas. No se trataba de un capricho particular, sino de la manera posible de costear las ediciones. Roberto Andrade y Abelardo Moncayo fueron los dos únicos sobrevivientes del grupo de jovencitos liberales que participó directamente en el magnicidio de García Moreno. Imbabureño de origen, Andrade nació en 1850, hizo sus primeros estudios en la hacienda paterna y apareció en el escenario político en 1868 como estudiante de la escuela jesuítica de San Gabriel, mientras vivía con sus parientes los Gómez de la Torre. En esas circunstancias leyó los escritos de Juan Montalvo contra García Moreno, particularmente *El Cosmopolita*, y su muy libre tendencia a expresar opiniones culminó con su expulsión de esta institución, plenamente dedicada a homenajear al mandatario, al punto que llevaba su nombre. Cuando estudiaba jurisprudencia en la Universidad Central llegó a sus manos “La dictadura perpetua”, artículo publicado por Montalvo en el *Star and Herald* de Panamá,[146] como respuesta a los editores que recomendaban la reelección del caudillo. El artículo era una clara profecía e instigación al asesinato. Andrade se unió al grupo de liberales que desde tiempo atrás planificaban esta acción y tuvo una participación directa, aunque poco efectiva por su inexperiencia. A partir de ese momento se inició una larguísima persecución que lo convirtió en un perpetuo exiliado pues, si bien logró regresar al país en algunas coyunturas favorables para el liberalismo, su muy proclamada condición de participante en el asesinato lo hizo objeto del más feroz odio de los conservadores que es encargaban de reactivar el juicio en su contra, en cada ocasión. Su exilio tampoco fue tranquilo. Sufrió prisión y persecución diplomática en Bogotá y Lima. Desde comienzos de los años ochenta tuvo contacto con Eloy Alfaro y trató de unirse a sus fuerzas en

Centroamérica. Cuando el vapor en el que viajaba tocó Guayaquil, en 1893, fue detenido y estuvo preso en el Panóptico, la famosa cárcel garciana, hasta el triunfo de la revolución liberal. Cercano a Alfaro, aunque por momentos enemistado, debió exiliarse nuevamente por las diatribas que lanzó contra Leonidas Plaza después del linchamiento del jefe de su Estado mayor y la muerte de su hermano Julio Andrade. Vivió en Peni, en Nueva York y en La Habana, regresó a Ecuador y falleció en 1938. Logró ver impresa su *Historia del Ecuador*, por Reed and Reed, en 1934, inmensa obra por entregas de más de 2 000 páginas. Imposible saber cuándo comenzó a escribirla, cómo la fue alimentando con datos y documentación, e imposible reseñar la enorme producción editorial de este liberal radical. Toda ella reflejó un odio feroz contra los conservadores. Su centro de atención fue la figura de Juan Montalvo; se convirtió en su recopilador oficial. Es difícil encontrar muchos de los folletos y ediciones originales, pues tan pronto salían, sus enemigos las compraban masivamente y desaparecían; actualmente han sido reeditades. Su *Historia* sorprendió porque Andrade era conceptuado como agitador político y no precisamente como un historiador dispuesto a documentar sus datos. De ahí el asombro, porque en su *Historia* vertió una enorme cantidad de fuentes, algunas proporcionadas por su hermano Julio Andrade durante su gestión diplomática en Bogotá. Incorporó así documentación desconocida en el país para el primer grito de independencia, la revolución y el periodo grancolombino. Enorme obra en siete volúmenes, que escapa a nuestro análisis. En todo caso, debe incluirse el estudio histórico comparativo entre García Moreno y Montalvo, que se inserta en el género ensayístico de la historiografía liberal previa a la victoria de Alfaro. Andrade compara lo incomparable, con una clara intención laudatoria por oposición.[147]

LA FORMACIÓN DE LA GRAN ESCUELA HISTORIOGRÁFICA ECUATORIANA

¿Por qué 1890 es un año de eclosión historiográfica? En las previsiones del liberalismo, el año contenía un simbolismo esperanzador. Se cumplía un ciclo más de trilustros que parecían marcar el desarrollo histórico ecuatoriano: quince años de periodo floreano, quince del marcista, el mismo periodo se constataba para el garcianismo, muerto junto con su inspirador, en 1875. De esta manera, 1890 era el año clave para la apertura de una nueva era.[148] Pese a que la previsión no se cumpliría con exactitud matemática, los liberales percibían en la

descomposición del régimen progresista imperante, la apertura de vías para su acceso al poder. La relativa madurez que alcanzaba esta tendencia política fructificaba en los apasionados ensayos históricos pletóricos de optimismo en una época que marchaba inexorablemente en su favor.

En este clima, mientras el ensayo histórico entraba de lleno al combate partidista apareció, en el mismo año noventa, el primer volumen de la vasta *Historia general de la República del Ecuador*, del presbítero Federico González Suárez.[149] Su autor era ya conocido en el país y no podría decirse que éste fuera su primer producto histórico, ni mucho menos, aunque sí el mayor, y que lo consagraba como el "príncipe" de la historiografía ecuatoriana, por inaugurar la aplicación del método científico en el análisis histórico. Junto a una intensa actividad como orador sagrado, como expositor doctrinario y como clérigo, González Suárez había publicado desde 1878 obras de valor histórico y arqueológico, como su *Estudio histórico sobre los Cañaris* y, en 1881, la *Historia eclesiástica del Ecuador.* Eran pequeños avances para lo que sería su obra trascendente. Resulta imposible en los límites de este trabajo, abundar en todos los datos biográficos de su extensa vida clerical, política y científica. Sólo podemos hacer una breve reseña, a modo de presentación.

Quien sería el futuro arzobispo de Quito durante la revolución liberal, nació en la capital, en 1844, en un hogar extremadamente pobre. Abandonada la familia por el padre, sus biógrafos refieren la mala salud de que sufrió durante su vida, consecuencia de las pésimas condiciones en que transcurrió su infancia. Hizo estudios en la escuela de Santo Domingo, en 1862 ingresó en la Compañía de Jesús como novicio, donde se formó y permaneció diez años en su seno, según refirió en sus *Memorias íntimas*, para aligerar el estado de mendicidad en que había caído su madre. No logró ser aceptado en las diócesis de Quito e Ibarra. Sin embargo, el obispo de Cuenca, Remigio Estévez Toral, lo acogió en la suya y lo asignó como sacerdote en el Templo de la Concepción, no sin haber recibido recriminaciones del superior de la Compañía por haber aceptado a un desertor. La recepción que González Suárez tuvo en Cuenca parece tener gran importancia para su alineamiento y para el desarrollo de sus concepciones. El obispo le asignó la responsabilidad de dar el sermón fúnebre en la muerte de García Moreno e hizo algo insólito. Dijo, casi al inicio de su alocución: "Yo no pertenecí a su partido político, como es notorio; por lo mismo, mis palabras están lejos de ser dictadas por la pasión, antes me inspira la justicia. García Moreno tuvo defectos notables, pero estos defectos nacían de sus mismas buenas prendas, mejor dicho eran excesos de sus mismas cualidades".[150] La declaración produjo el efecto de un artefacto explosivo en un medio dedicado a beatificar al

ex mandatario como mártir cristiano. Lo interesante deviene de la distancia que González Suárez marcó con el partido al que había pertenecido el mandatario y revelaba un aspecto que debe considerarse con atención: el mundo católico ecuatoriano estaba agitado y su inquietud coincidía con aquella que movía a la Iglesia universal decimonónica. Luego de abandonar la Compañía, González Suárez vivió once años en Cuenca, la cuna del liberalismo católico ecuatoriano y sostuvo fuertes vínculos con esta tendencia. Su padrino de ordenación sacerdotal fue Antonio Borrero Cortázar y el Obispo Toral vivió todo el periodo garciano en confrontación con el mandatario quien, hasta poco antes de su muerte, estuvo tramitando en Roma, sin éxito, la sustitución del molesto Obispo.[151] En el marco de sus innegables inclinaciones hacia las corrientes de la Iglesia universal que trataban de conciliar la razón con la fe, la Iglesia libre en el Estado libre, hizo importantes estudios críticos de Lacordaire, Lamenais, Montalambert y otros representantes del catolicismo liberal francés, a los que citaba con frecuencia. Incluso en un estudio que dedicó a Chateaubriand marcó su crítica a Bonald y de Maistre según las siguientes pautas: “Bonald amor sincero de la verdad; pero, por defender los derechos de la revelación, no vacila en sacrificar algún tanto los fueros de la razón”; sobre de Maistre expresó que pese a sus virtudes y esfuerzos contra el galicanismo: “no paró mientes en el cambio trascendental que la revolución estaba operando en los pueblos europeos, y, por eso, hacía depender el orden social de una forma de constitución política, en la cual la democracia, que es el elemento moderno no se tomaba en cuenta para nada.[152]

Este comentario crítico evidencia con mayor claridad que cualquier otro, su alineación doctrinal. En la escandalosa frase del sermón operó además su arraigada convicción de que el clero debía participar en política, pero no dentro de los partidos. Era una determinación difícil de sostener, en medio de la vorágine política del Ecuador finisecular, por un clérigo que tenía, además, extrañas costumbres. Cuenta uno de sus discípulos, Carlos Manuel Larrea, que para alentarlos sobre las dificultades que enfrentarían en el desarrollo de su profesión, les narraba con qué discreción debió iniciar sus excavaciones arqueológicas en Cuenca, para hacer su estudio sobre los Cañaris, pues sus fieles sospechaban que era un saqueador de huacas, con fines de hechicerías.[153] Pese a que logró imprimir 100 ejemplares, la obra fue recibida con total indiferencia y su autor muy criticado por andar ocupado en “cosas de indios”, en lugar de ejercer su ministerio.

El furibundo ataque del primer veintemillismo contra la Iglesia unificó todas las posiciones eclesiásticas contra el régimen, particularmente después de la supresión del Concordato. La prensa liberal dio cabida a muchos ataques de la

intelectualidad. Manuel Cornejo Cevallos publicó, en este marco, una célebre *Carta a los Obispos* donde proponía,[154] desde su devoción católica, la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de conciencia que, finalmente era el núcleo duro de la polémica. Mientras el conjunto de las jerarquías se pronunciaron de forma ultramontana, el obispo de Cuenca dio el encargo a su subordinado, González Suárez. La respuesta fue, como siempre, singular: acusó a Cornejo de ser muy poco original y haber plagiado grandes partes del discurso de Montalambert en el Congreso de Malinas. Aunque partió de la base de la unidad consustancial Iglesia-Estado, aceptó la hipótesis de los matices nacionales. Si bien en muchos países de Europa, decía, la situación debía ser aceptada pues el hecho estaba consumado, hizo notar las diferencias con el caso ecuatoriano donde la unidad religiosa era indiscutible. De esta manera, cerró la brecha que Cornejo trataba de mostrar que había entre la actitud de ambos cleros, el ecuatoriano y el europeo. En cuanto a la libertad de conciencia, se explicó de la siguiente manera: "En naciones católicas es ocasión para que los malos blasfemen de Dios; en naciones indiferentes es el medio para que los buenos le bendigan."[155] Había un matiz indudable que lo separaba del resto de los obispos que acostumbraban "fulminar" estas liberalidades con el "rayo de la excomunión".

Diputado por Azuay ante la Asamblea de Ambato de 1878, recibió humillaciones por parte del sector liberal predominante, pero mantuvo firme la defensa del papel de la Iglesia, en un diálogo algo más abierto con el liberalismo. Corresponde tener presente que, finalmente, González Suárez se alineaba con las nuevas tendencias del papado de León XIII, con su política proclive a disminuir las tensiones con los poderes temporales, con su exhortación a respetarlos aunque exigiendo las mejores condiciones para el desarrollo del catolicismo. Aun en este plano, su agudo espíritu crítico lo llevó a establecer diferencia de matices entre la obediencia irrestricta a los aspectos del dogma y los opinables, donde la disciplina sería deseable, pero no más.[156]

En 1883, el Arzobispo Ignacio Ordóñez lo atrajo a Quito como Canónigo de la Catedral y su secretario.[157] En esa condición lo acompañó en una visita a Roma y permaneció luego dos años en España, ocupado en la revisión del Archivo de Indias, de Alcalá de Henares y de Simancas, copiando documentos relativos a su patria,[158] en contacto con Menéndez Pelayo, Toribio Medina, Jiménez de la Espada y muchos americanistas. Provisto de estas fuentes primarias se sintió en condiciones de finalizar su gran *Historia*. Entre 1890 y 1892 salieron de la imprenta los tres primeros volúmenes y el *Atlas arqueológico*,.

Al regresar a su patria había finalizado la guerra de Restauración y las jerarquías eclesiásticas nacionales se alineaban junto a los conservadores puros en el combate al liberalismo. Frente a las posiciones extremas como las del obispo Pedro Schumacher de Portoviejo, González Suárez mantuvo una posición de firme defensa del catolicismo, pero renuente a extremar el conflicto. Cuando en 1893 quedó vacante el obispado de Ibarra, fue preferido en la terna pero solicitó al Papa, en varias ocasiones, ser rechazado. La negativa a ocupar el cargo provenía de un agravamiento mayor en las relaciones con sus homólogos y con los delegados apostólicos.

El diferendo original se basaba en su diferente perspectiva, en el deseo de encontrar una alternativa válida en ese mundo en cambio entre dos siglos y en un prurito de defensa del clero nacional frente al extranjero.[159] Se retiró del Congreso de 1894, por ejemplo, para evitar sumar su voto a la expulsión del doctor Felicísimo López que había sido excomulgado por el obispo alemán, en una actitud que fue muy resentida por el conjunto de la jerarquía. González Suárez se defendió con su agudeza y lógica implacable. Dijo entonces que nadie más que Schumacher era el culpable de la elección de López pues, como era aborrecido en su diócesis, con la excomunión no había hecho más que elevar la candidatura del liberal.[160] En medio de sus vacilaciones para asumir el obispado, la aparición del "tomo" cuarto de su *Historia general* produjo un escándalo nacional. En esta parte de la obra describía el deplorable estado moral de las órdenes en la Colonia. El *Diario de avisos y La Prensa* de Guayaquil se encargaron de dar primeras planas a la noticia y los prelados lo acusaron de las peores cosas. Particularmente, el superior italiano de los dominicos, el padre Reginaldo Duranti, le respondió con un folleto titulado "La veracidad del señor doctor don Federico González Suárez en orden a ciertos hechos históricos referidos en el tomo IV de su Historia General", en un tono de agresividad extrema.[161] El obispo Schumacher se solidarizó con Duranti; se llegó a afirmar que la obra no gozaba de las respectivas dispensas y se tramitó en Roma que fuera incluido en el *Index*. González Suárez se negó a cualquier tipo de retractación y cuando las tensiones se extremaron, ofreció publicar la documentación correspondiente que amparaba la veracidad de su análisis histórico. Por supuesto que el delegado apostólico le ordenó callar; ofreció alguna explicación privada al Papa y el volumen siguió circulando con muy buen éxito de público.[162] Muchos años después, en 1911, González Suárez escribió *Defensa de mi criterio histórico*,[163] donde expuso su criterio de verdad en relación con el estudio de los regulares. Asumió finalmente el obispado de Ibarra, en condiciones muy adversas.

La revolución liberal irrumpió como una gran oleada de masas populares. La montonera arrastró consigo a los migrantes no asentados de la desarticulada manufactura, a los jornaleros costeños sometidos a mayores condiciones de explotación y a toda aquella población no absorbida por la agricultura de exportación. Se sumaban las peonadas junto a una tropa de 20 000 indígenas. Al tiempo que Alfaro avanzaba hacia la capital, los conciertos de las haciendas serranas iban incrementando la montonera.[164] Su avance desde el puerto enfrentó una resistencia feroz que se convirtió muy pronto en guerra civil. Los conservadores, con el clero al frente, la convirtieron en una guerra santa. Cuando Alfaro se acercaba a las poblaciones, el clero organizaba peregrinaciones al son de una letanía que rezaba: "Del indio Alfaro, líbranos Señor". La mayor parte del clero tomó las armas y defendió las poblaciones desde los campanarios de las iglesias. El anticlericalismo campeaba entre los sectores populares costeños, que hicieron suyo el grito de guerra: ¡Muera Cristo! ¡Viva Alfaro!

El jefe de la revolución entró a Quito el 26 de agosto de 1895 con una fría recepción. La mayoría de los prelados, con un Schumacher armado y combatiente a la cabeza, se retiró al norte amparada por la protección que les dio el gobierno conservador de Colombia. González Suárez y la minoría del clero permanecieron en el país. Los primeros contactos con la dirigencia revolucionaria no fueron precisamente tersos. La primera Constituyente liberal, de 1896, aprobó la libertad de cultos y el manifiesto de protesta lo redactó González Suárez. Debió querellar también con el obispo de Pasto, motivado al enfrentamiento por el obispo alemán. La prensa liberal se encargaba de exaltar las posiciones del obispo de Ibarra, mientras los emigrados preparaban una invasión por el norte y penetraban al territorio. La guerra en la frontera con Colombia fue muy cruenta. González Suárez predicó siempre por la paz y no apoyó estas incursiones.

El avance de las reformas liberales fue imparable. Se abolió el impuesto de tres por mil que había sustituido al diezmo, se expidió la Ley del Patronato para someter a la Iglesia al control del Estado, se desconsagró la república al Sagrado Corazón y se expropiaron los cementerios. El único obispo residente en el país protestó junto a las autoridades de las diócesis, pero prohibió la participación en cualquier movimiento que alterara el orden.[165] Aun más: en 1900 se concentraron en Colombia fuerzas ecuatorianas muy numerosas y la tensión se extremó; se preveía que los conservadores atacarían apoyados directamente por el Estado vecino. González Suárez intervino personalmente enviando una carta abierta a su vicario general, donde expresó ideas que caracterizarían el resto de su gestión. Le dijo entonces: "Nuestros sacerdotes se han de mantener por

encima de todo partido político". Le señaló además que participar de la invasión colombiana sería un crimen de *lessa* patria "y nosotros los eclesiásticos no debemos nunca sacrificar la Patria para salvar la Religión".[166] Dentro y fuera del Ecuador la gritería en su contra fue muy fuerte y la defensa que hizo el obispo de su posición no quedó atrás. En algo se suavizaron las relaciones entre Ecuador y el Vaticano, aunque las tensiones se mantuvieron.

Durante el gobierno de Leonidas Plaza se profundizó la legislación liberal: ley de matrimonio civil, de divorcio, del Registro civil, ley de cultos (que suprimió los noviciados y les retiró la administración de los bienes) y, finalmente, la plena secularización con separación de la Iglesia del Estado, laicización de la enseñanza y ley de manos muertas. Las protestas de González Suárez fueron durísimas e inteligentes. De todas maneras, carecieron de éxito.[167]

En medio de los enfrentamientos, el arzobispo y otros prelados habían fallecido y el Vaticano lo designó arzobispo de Quito en 1906, en el segundo gobierno de Alfaro. El presidente quiso aplicar la Ley del Patronato y desconocerlo. Recibió una respuesta fulminante de González Suárez: le propuso que lo encerrara en el Panóptico. Concitó mucho apoyo y el jefe liberal decidió desentenderse del asunto y dejarlo ejercer su misión, *de facto*.[168] Con marcado nacionalismo apoyó al gobierno liberal en 1910, bendijo las banderas de los batallones ante la inminencia de la guerra con Perú,[169] estuvo presente con entusiasmo en el momento de la inauguración del ferrocarril trasandino y tuvo gran influencia en el entorno alfarista.

No se expuso para evitar el tumulto que terminó en la "hoguera bárbara" con el linchamiento y la quema de Alfaro y sus principales hombres.[170] Convivió con las administraciones posteriores, reorganizó las diócesis privadas de rentas y bienes con mucha habilidad y capacidad de concertación, en fin, mantuvo a flote a la Iglesia católica en la más dura adversidad. Su producción editorial siguió siendo inmensa y en medio del torbellino mantuvo su preocupación por la historia. En 1909 formó y presidió la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos. Murió en 1917.

Intentar un análisis historiográfico de la *Historia general* es un desafío. Se trata de la obra predilecta de los historiógrafos, por consecuencia resulta casi imposible incursionar en algún aspecto que haya sido desatendido por estos estudios. El González Suárez historiador no se resuelve exclusivamente en su *Historia magna* sino que se justifica en una reflexión posterior y es indisociable de su experiencia como actor social. Como observa el padre Vargas,[171] sólo después de las polémicas en torno a su "tomo cuarto" sintió el presbítero mayor necesidad de explicitar su criterio histórico en obras como la *Defensa*, de ser más

agresivo a modo de protección contra sus detractores. Sus posiciones posteriores fueron, empero, extraordinariamente coherentes con lo que ya había enunciado en su *Historia*. En ella explicó su propuesta. Lo hizo en el primer volumen, de manera diáfana y no cargada aún del espíritu de combate al que lo obligaron posteriormente sus detractores. En el "Prólogo" y el "Discurso de introducción" del primer volumen de su *Historia generaU* están sentadas las bases explícitas de su intención y su propuesta metodológica, que luego desarrollaría.

El prólogo es una explicación de motivos y un ritual de sentidos agradecimientos. El presbítero explicó el origen de la obra a partir de la insatisfacción que le produjo el *Resumen* de Cevallos, en lo que al tratamiento de razas indígenas se refiere. La concibió originalmente como un apéndice de notas a lo que, hasta entonces, era la historia oficial del Ecuador. En el decurso del trabajo, adquirió dimensión propia, como para independizarse de la historia madre. Así, Cevallos fungió como un primer estímulo. En las *Memorias íntimas* reconoció otras fuentes de inspiración. Fue un temprano lector adolescente del *Reino* de Velasco, del Inca Garcilaso y de la *Historia Universal* de César Cantú, de Feijoo y otros.[172] Szászsdi sospecha que deben de haber existido otras influencias: el historiador jesuita español Ricardo Cappa, que enseñaba en Ecuador por las épocas en que González Suárez pertenecía a la Compañía, y del colombiano José María Groot, que el presbítero reconoce.[173] Dos personajes tuvieron peso determinante en que la *Historia general se* concretara: el obispo Toral, por quien guarda un recuerdo entrañable, que lo instó a publicar, y el arzobispo Ordóñez que no sólo le posibilitó el acceso a los archivos sino que hizo venir una nueva imprenta para que pudiera materializarse la edición. Los agradecimientos se extienden también al Congreso de 1885 que habilitó los recursos, así como a Pablo Herrera y Clemente Ballén. Es cuidadoso en especificar los repositorios consultados en España y en dolerse del pésimo estado de los nacionales. Sin "gazmoñería" afirmó que, pese a la cantidad de fuentes consultadas, la obra no es más que un "ensayo imperfecto" y lleno de errores, particularmente en el estudio de las razas indígenas, debido al escaso desarrollo de la arqueología nacional y a la humildad de los recursos que él pudo invertir para iniciar esas investigaciones. Dejó asentado que debió conocer más de los pueblos autóctonos americanos para insertar, en ese todo, sus estudios nacionales. Algo hizo en breves viajes por Argentina, Chile; se asomó a las culturas vecinas en Perú y Colombia, pero de manera insuficiente. Sin el Archivo de Indias, afirmó, hubiera sido "moralmente" imposible escribir la obra. Esta idea ética, que tendrá luego mayor desarrollo, se explica en el prólogo como una búsqueda de la verdad con ahínco.[174]

En el discurso de introducción explicitó por primera vez su definición de la disciplina: “enseñanza severa de la moral, presentada a las generaciones venideras en los acontecimientos de las generaciones del pasado”, a partir del criterio de la adhesión a los principios de la Iglesia católica, sin apartarse de la verdad y la justicia.[175] Historia, Moral *y* Verdad son las categorías privilegiadas por la concepción del presbítero: “el estudio de la Historia ha sido el más moralizador de todos los estudios [...] grito de la recta conciencia humana, que escarnece al crimen triunfante, *y* protesta contra las violencias e injusticias de que la virtud suele ser víctima en este mundo”. Se adhirió a la idea ciceroniana de la historia como “maestra de la vida” y dignificadora de la existencia humana: “ennoblece nuestro carácter, comunica generosidad a los pechos más egoístas, pone de manifiesto la acción de la Providencia divina [...] y en las desgracias de los tiempos pasados nos da ejemplos que imitar y escarmientos para lo futuro”.[176]

La *Historia general* se proyectó a partir de una estructura de espiral, cronológica y temática, en un intento por profundizar la realidad social. González Suárez supo, de todas maneras, que no era el todo social, sino aquel al que podían llegar sus limitadas fuerzas. Su primer volumen está plenamente dedicado a las razas indígenas anteriores a la conquista. Los volúmenes segundo, tercero y quinto desarrollan la trama histórico-cronológica de la obra, es decir, el descubrimiento y la conquista (1513-1564) y la Colonia dividida en dos etapas y respectivamente contenida en cada volumen (1564-1718), hasta la supresión de la Audiencia, y 1718-1809, en los albores de la independencia, momento en el que se detiene el avance del tratamiento. De manera que la *Historia general* quedó reducida a una historia colonial. Si bien organizó los volúmenes cronológicos ciñéndose al análisis de las presidencias, introdujo apartados para considerar la organización y el estado de la Colonia, así como la condición social del indio, en los siglos decimosexto, séptimo y octavo, con un tratamiento más libre y comprensivo de aspectos no estrictamente políticos del desarrollo histórico. Los volúmenes cuarto, sexto y séptimo responden a una proyección temática. El famoso “tomo cuarto” es una historia eclesial del periodo colonial, que González Suárez concibó como indisociable de la historia civil, porque Quito era, finalmente, la Iglesia católica por predestino y por realidad social. Dijo, efectivamente, algunas cosas lacerantes, pero realmente nada que no se hubiera dicho en el periodo de Rocafuerte y García Moreno y que todo mundo conocía. Y lo hizo porque: “La Historia perdería su dignidad de ciencia de moral social, si el escritor careciera de paciencia para descubrir la verdad y de valor para decirla lealmente”. González Suárez fundamentó así su decisión de exponer

el estado de las órdenes regulares, antes de ser atacado por ello.[177] Dedicó el sexto tomo al estudio del Oriente y las regiones trasandinas, con la advertencia de que el apartado estaba centrado en lo etnológico y no en lo histórico. Dio, también, aviso de que los relatos podían desagradar, en alusión a las costumbres jíbaras, y no propiamente a las misiones orientales y jesuíticas. El séptimo fue dedicado al estudio del estado de la cultura literaria, científica y artística, en tanto que grado de cultura intelectual de la nación ecuatoriana. Advirtió entonces que no lo hacía como un estudio de especialidad de estas manifestaciones. Esta estructura supuso, lógicamente, superposiciones cronológicas de periodos abordados desde distinta perspectiva.

No dejó de lado, en su enunciado de principios, el papel del historiador en tanto que emanación de la sociedad de origen: "Para medir el grado de civilización de un pueblo, bastará conocer la manera como sus escritores han concebido la Historia, y el modo como la han narrado a sus contemporáneos".[178] González Suárez tuvo perfecta conciencia del estado de la sociedad para la que hacía su historia, del grado de integración nacional alcanzado y su creciente complejidad social. No bastaba entonces la leyenda fundadora; por eso basó la historia de los orígenes sociales en estudios científicos. Había que saber de dónde provenía el hombre que llegó a Ecuador, cómo se formaron los primeros agolpamientos humanos, cómo evolucionaron históricamente. No pudo eludir remitirse al relato de Velasco y a los cronistas anteriores. Lo hizo con reservas. Observó que, si bien era imposible discernir hasta qué punto se mezclaban las tradiciones con la fábula, el espíritu científico brindaba la convicción que había mucho de legendario en relatos cargados de reminiscencias bíblicas. Apoyó sus afirmaciones en cuantas fuentes pudo. Hasta publicó, en notas, una carta de Teodoro Wolf respondiéndole una consulta hecha en torno a la existencia de gigantes en las costas del Ecuador, en la que el científico alemán no sólo negaba el legendario aserto sino que explicaba el origen de la leyenda. En lo posible, basó el estudio en los modestos avances realizados en el campo de la filología y la arqueología, particularmente sus estudios sobre los Cañaris, con todas las limitaciones de recursos y deficiencias interpretativas que ellos le dejaron.[179] No era "moralmente" posible que una nación, imperfecta pero avanzada, siguiera buscando sus orígenes fuera de la "verdad". Y esta verdad, para González Suárez, había que buscarla de la conjunción entre razón y fe, espíritu científico y devoción, en la que basó el conjunto de su actuar apostólico, político e historiográfico. Tuvo perfecta conciencia de que la historia debía valerse de las ciencias auxiliares, y lo hizo cuando ellas, particularmente la arqueología, tenían un desarrollo relativamente incipiente en América. Por eso, cuando en 1908

publicó *Los aborígenes de Imbabura y el Carchi*, ya había modificado mucho algunas opiniones que vertió en la *Historia generaL* Si bien en esta primera obra dudó de Velasco, más de una década después estuvo ya convencido de la necesidad de eliminar del relato la historia de la dinastía de los soberanos de Quito.[180]

En fin, con González Suárez la disciplina histórica adquirió la mayoría de edad en Ecuador, engarzada con el cientificismo del siglo. El romanticismo no estuvo ausente de su propuesta. Se expresó en la descripción de la naturaleza, campo de la aventura del hombre, y en la idea de "nación ecuatoriana" que pertenece a "la familia humana esparcida por toda la redondez de la tierra", como designio de una Providencia "que no hace distinción de lenguas, razas ni fronteras". Vio así nacer la nación, no como un agregado adherido a la sociedad, sino como una emanación que emerge orgánicamente de ella, por un designio providencial.[181] Con mayor claridad expuso la idea en el capítulo primero de la *Defensa*, con el subtítulo de: "Nuestro concepto acerca de la historia en general". Utilizó, entonces, la imagen de la casta Susana, tomada del *Libro ¿le las Profecías* de Daniel, para equipararla con la historia. Como Susana, la historia es la casta esposa de la Verdad que trata de ser corrompida por dos fuerzas en tensión: los lisonjeadores de todo acto o persona, que faltan a la verdad para obtener intereses terrenales; o quienes con odio le exigen que mienta. Como Susana, la historia está blindada por la Providencia y, como ella, debe morir antes que "ocultar el crimen o disimularlo". Porque la verdad es el alma, la esencia misma de la historia, en tanto ella es una ciencia de la moral social que sólo cabe en la concepción de la "escuela histórica católica". Al presbítero le pareció que ninguna otra concepción religiosa era capaz de formar una cabal idea de lo que es la nación, como linaje humano provisto de un destino providencial no individual, sino como pueblo al que Dios le ha asignado el fin de glorificarlo en el tiempo.

En el marco de este predestino, la historia de la humanidad posee sólo dos épocas: la anterior y la posterior al nacimiento de Cristo. En la primera etapa, el hombre, que aborrece el mal pero que tiene una inclinación poderosa hacia él, puede cumplirlo libremente, porque la Providencia lo dotó del libre albedrío. En esta etapa inicial, el humano está "desordenado y, su naturaleza, trastornada". En la segunda etapa queda sujeto al sistema de premios y castigos que impone la Providencia, de forma no sólo individual, sino "los pueblos como pueblos", "las naciones como naciones". Por ello: "en la Historia se han de contar no sólo las virtudes sino también las prevaricaciones de los pueblos". Si el historiador callara esas verdades, las desgracias de los pueblos serían enigmáticas: "la

Providencia y la libertad humana explican admirablemente toda clase de sucesos y acaecimientos en la Historia".[182]

Este condensado de teoría histórica no fungió sólo como una mera formulación circunstancial de respuesta a quienes lo censuraron; fue escrita mucho tiempo después y publicada más tarde aún. Claro que González Suárez tuvo presentes a quienes no entendieron su filosofía de la historia, pero el discurso no estuvo precisamente dirigido a ellos. Es algo más profundo, que los comprende pero los supera por elevación. Agoglia asocia a González Suárez con elementos del romanticismo herderiano, por su inserción del devenir humano dentro del cosmos y por hacerle cumplir un destino a los "pueblos" y las "naciones". Es una especie de romanticismo teísta.[183] De la Torre Reyes y Cevallos García coinciden con esta apreciación según la visión de que, por debajo del providencialismo agustinista, se deslizan los "hilos románticos de tipo decimonónico".[184]

Detrás de las concepciones ceñidas al dogma, en González Suárez hay un gran historiador, prevenido contra el anacronismo, como uno de los peligros metodológicos del análisis social:

> No conviene sacar a los hombres del siglo en que nacieron y vivieron, para juzgarlos según las ideas y las exigencias sociales del tiempo en que nosotros vivimos; ese juicio no sería justo [...] El punto de vista elevado, desde el cual han de ser examinados los hombres y las cosas de los tiempos que fueron, es el conocimiento de las necesidades sociales de cada época y del modo como procuraron remediarlas los encargados del gobierno de los pueblos.[185]

Con su saber, su tesón y su prestigio, González Suárez fue responsable de la creación de una escuela histórica. Desde sus posiciones católico-liberales, fundó la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos que luego el gobierno liberal convirtió en la Academia Nacional de la Historia, dándole un reconocimiento oficial. Con esta sanción de legitimidad liberal se conformó la escuela historiográfica conservadora, con su *Boletín* y un conjunto de obras monográficas y biográficas centradas en la historia política *y* de contenido apologético para el periodo conservador.[186] El Acta fundacional, del 24 de julio de 1909, fue firmada por el arzobispo, Luis Felipe Borja, Alfredo Mores y Caamaño, Cristóbal Gangotena y Jijón, Jacinto Jijón y Caamaño, Carlos Manuel Larrea, Aníbal Viteri Lafronte, Juan León Mera y José Gabriel Navarro. Pocos años después fueron aceptados Celiano Monge e Isaac Barrera quiénes, a diferencia de los fundadores, provenían del liberalismo moderado. Conformaban una generación joven que veneraba al maestro.[187] Enrique Ayala reconoce la altísima calidad de esta escuela "oficial" que no se limitó a la apología sino que

realizó aportes interpretativos de gran aliento y produjo, desde su nacimiento hasta nuestros días, una verdadera pléyade de historiadores conservadores.[188] En la introducción a la *Defensa de mi criterio histórico*, se transcribió una carta de González Suárez a sus discípulos:

> Cuando di principio a mi labor histórica estaba solo, aislado: ahora cuando para mí se aproxima ya el ocaso de la vida, no estoy solo, no me encuentro aislado [...] Mi palabra ha caído en tierra fecunda, mi trabajo no ha sido estéril [...] Vuestra labor comienza: no he hecho más que trazaros el camino [...] Mañana, vuestros trabajos dejarán eclipsado mi nombre, y de ellos yo no me duelo [...] ¿por qué habría de dolerme? [...] antes me alegro, porque con vuestros trabajos progresarán los estudios históricos, y con ellos habrá luz, y con la luz se conocerá mejor la verdad.

La formación de la Escuela ha dado motivo a múltiples reflexiones historiográficas. Cierto es que nació en medio de la revolución liberal, al decir de Jorge Núñez, como un nicho protector de sectores conservadores acorralados por el avance del proceso de secularización, que los había barrido de la enseñanza y de múltiples esferas de influencia social.[189] Sin embargo, es un fenómeno singular en el continente, el que el Estado oligárquico ecuatoriano se integre y consolide con un proyecto liberal, pero conforme las bases historiográficas de sus contrarios ideológicos. El hecho ha recibido diversas explicaciones: la superioridad metodológica y técnica del arzobispo, no alcanzable por la ensayística liberal contemporánea; el hecho de que, con su liberalismo católico, González Suárez no fuera percibido como un enemigo acérrimo del liberalismo; la condición de privilegio social de quienes formaron la Escuela, lo que les permitía costear investigaciones de largo aliento y monopolizar los archivos.[190]

Finalmente, el Estado ecuatoriano y, por tanto, la interpretación historiográfica de la nación, cuajó dentro de la mixtura y el acercamiento entre posiciones que concertaron, cedieron y consensaron acuerdos de coexistencia para plasmar un esbozo de nación imperfecta, inacabada y portadora del legado de culturas políticas enfrentadas. Éste es, quizá, un campo privilegiado para observar que las desagradables e injustas categorías del mundo empresarial contemporáneo, “vencedores y vencidos,” carecen de validez para el análisis de la vida social.

PERIÓDICOS

El Nacional, Quito [microfilm]
1866, ene.-1868, die. Rollo 8.

En LC. Ecuador. Registro oficial.

BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA

Agoglia, Rodolfo, 1988, "Estudio introductorio y selección", *Pensamiento romántico ecuatoriano*, Quito, Banco Central del Ecuador, pp. 11-62.

Aguirre Abad, Francisco Xavier, 1972, *Bosquejo histórico de la República ¿leí Ecuador*, Guayaquil, Corporación de Estudios y Publicaciones (Anuario Histórico-Jurídico Ecuatoriano; 3).

——, 1986, "Exposición al Congreso de 1854 sobre la manumisión de esclavos", *Pensamiento agrario ecuatoriano*, Carlos Marchán Romero (estudio introductorio y selección), Quito, Banco Central del Ecuador/Corporación Editora Nacional, pp. 77-92.

——, 1995, *Bosquejo histórico de la República del Ecuador,* Quito, Corporación de Estudios y Publicaciones (Biblioteca Ecuatoriana Clásica; 30).

Alvarado Garaicoa, Teodoro, 1952, *Sinopsis del derecho territorial ecuatoriano*, Guayaquil, Cervantes.

Andrade, Roberto, 1890, *Estudios históricos: Montalvo y García Moreno*, Lima, Francisca Grau y Cot.

——, 1937, *Historia del Ecuador,* Guayaquil, Reed and Reed, 7 v. Originalmente publicado en entregas.

——, 1960, "Selecciones de 'Montalvo y García Moreno'", *Cronistas de la independencia y de la República*, Puebla, Cajica (Biblioteca Ecuatoriana Mínima, La colonia y la República), pp. 567-604.

Andrien, KennetJ., 1995, *The kingdom of Quito, 1690-1830*, Nueva York, Cambridge University Press.

Ayala Mora, Enrique, 1978, *Lucha política y origen de los partidos en Ecuador*, Quito, Universidad Católica del Ecuador.

——, 1988, "Estudio introductorio y selección", *Federico González Suárez y la polémica sobre el Estado laico*, Quito, Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional, pp. 11-68.

——, 1989, *Historia, compromiso y política*, Quito, Letraviva, Planeta del Ecuador.

——, 1993, "El Ecuador del siglo XIX y Pedro Moncayo", Enrique Ayala Mora (ed.), *Pensamiento de Pedro Moncayo,* Quito, Corporación Editora Nacional, pp. 9-26.

——, 1994, *Historia de la Revolución Liberal ecuatoriana,*, Quito, Corporación Editora Nacional.

——, 1994, *Resumen de la historia del Ecuador,* Quito, Corporación Editora Nacional.
——, 2002, "Centralismo y descentralización en la historia del Ecuador: del pasado a la situación actual", *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, núm. 19, Quito, UASB, pp. 203-222.
——, 2003, *El Reino de Quito y nuestra verdadera historia*, http://www.dlh.lahora.com.ec/paginas/historia/historia2c.htm
Ayala Mora, Enrique (ed.), 1985, *La historia del Ecuador: ensayos de interpretación,* Quito, Corporación Editora Nacional.
Barrera, Isaac, 1956, *Historiografía del Ecuador,* México, IPGH.
——, 1960, "Estudio preliminar de Roberto Andrade", *Cronistas de la independencia y de la República*, Puebla, Cajica (Biblioteca Ecuatoriana Mínima, La colonia y la República), pp. 559-566.
——, 1968, *Federico González Suárez.* Pedro Fermín Cevallo, México, IPGH.
Barrera, Isaac y José Ma. Vargas, 1976, *Tres historiadores ecuatorianos*, Caracas, IPGH, Italgráfica.
Benítez Vinuenza, Leopoldo, 1950, *Ecuador: drama y paradoja*, México, FCE.
Berthe, Agustín, 1885, *García Moreno, president de L'Equateur: vengeur et martyr du droit chrétien,1821-1875*, Paris, Retaux-Bray/Libraire-Editeur.
——, 1892, *Garcia Moreno, presidente de la República del Ecuador: vengador y mártir del derecho cristiano,* París, Víctor Retaux e Hijo/Libreros Editores, 2 v.
Bhabha, Homi, 1990, *Nation and narration*, Nueva York, Routledge.
Borrero Cortázar, Antonio, 1889, *Refutación del libro del Rvdo. Padre A. Berthe titulado 'García Moreno, Presidente del Ecuador, vengador y mártir del derecho cristiano,'* Guayaquil, Imprenta de la Nación.
——, 1957, *Refutación del libro del Rvdo. Padre A. Berthe titulado 'García Moreno, Presidente del Ecuador, vengador y mártir del derecho cristianó,'* prol. y notas, Víctor Manuel Albornoz, 2da. ed., Cuenca, Ecuador, Casa de la Cultura Ecuatoriana/Núcleo del Azuay, 3 v.
Bossano, Luis, I960, "Estudio preliminar de Marietta de Veintemilla", *Cronistas de la independencia y de la República*, Puebla, Cajica (Biblioteca Ecuatoriana Mínima, La colonia y la República), pp. 363-378.
Braubaker, George A., 1968, "Federico González Suárez historiador del Ecuador, traducido y publicado bajo el título: Un estudio norteamericano sobre el Ilustrísimo Federico González Suárez", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. 51, num. 112, Quito, Ecuatoriana, pp. 256-267.
Bustos, Guillermo, 1993, " 'El Ecuador de 1825 a 1875': notas para su análisis historiográfico", Enrique Ayala Mora (ed.), *Pensamiento de Pedro Moncayo*,

Quito, Corporación Editora Nacional, pp. 97-104.
——, 2004, “La producción historiográfica contemporánea sobre la Independencia ecuatoriana, 1980-2001”, *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, núm. 20, Quito, UASB, pp. 19-36.
Calle, Manuel J., 1960, “Semblanza de Juan Murillo Miró”, *Cronistas de la independencia y de la República*, Puebla, Cajica (Biblioteca Ecuatoriana Mínima, La colonia y la República), pp. 461-476.
Castillo-Illingworth, Santiago J., 1999, “González Suárez y la Santa Sede”, *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, núm. 14, Quito, UASB, pp. 69-83.
Cevallos, Pedro Fermín, 1870, *Resumen de la historia del Ecuador, desde su origen hasta 1845*, Lima, Imprenta del Estado, 5 v.
——, 1879, *Compendio de la historia del Ecuador*, Quito, Imprenta del clero.
——, 1886-1888, *Resumen de la historia del Ecuador, desde su origen hasta 1845*, Guayaquil, Imprenta de la Nación/Lima, Imprenta del Estado, 6 v.
——, 1959, “Galería Ecuatorianos ilustres”, Isaac Barrera (prol. y selec.), *Pedro Fermín Cevallos*, Puebla, Cajica, 1960 (Biblioteca Ecuatoriana Mínima), pp. 482-515. Cervantes virtual, Portal Ecuador, *http://www.cervantesvirtualcomlFichaAutor.html?Ref=6641óportal=86*
——, 1959, *Pedro Fermín Cevallos*, estudio y selección de Isaac J. Barrera, Puebla, Cajica. Cervantes virtual, Portal Ecuador, *http://www.cervantesvirtuaícomlFichaAutor.html?Ref-6641óportal=86*
Cevallos García, Gabriel, 1944, *Teoría del hombre-pueblo: intento de interpretación de la obra histórica de Monseñor Federico González*, Cuenca, Ecuador, Talleres Tipográficos Municipales.
Cevallos Salvador, Pedro José, 1870, *El doctor Pedro Moncayo y su folleto “El Ecuador de 1825 a 1875: sus hombres, sus instituciones y sus leyes” ante la Historia*, Quito, Imprenta del Gobierno.
Clayton, L. A., 1978, *Los astilleros del Guayaquil colonial*, Guayaquil, Archivo Histórico del Guayas.
Colombia, 1988, “Ley de división territorial 1824”, Enrique Ayala Mora (ed.), *Nueva historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional/Grijalbo Ecuatoriana, v. 15, pp. 91-97.
Contreras, Carlos, 1994, “Guayaquil y su región en el primer *boom* cacaotero”, Juan Maiguashca (ed.), *Historia y región en el Ecuador, 1830-1930*, Quito, Corporación Editora Nacional/FLACSO/CERLAC, pp. 189-250.
Cornejo Cevallos, Manuel, 1988, “Carta a los Obispos”, *Federico González Suárez y la polémica sobre el Estado laico*, Enrique Ayala Mora, estudio introductorio y selección, Quito, Banco Central del Ecuador/Corporación Editora Nacional, pp. 413-442.

Chiaramonte, José Carlos, 2003, “Modificaciones del pacto imperial”, Antonio Annino y FX Guerra (coords.), *Inventando la nación: Iberoaméneoy siglo XX*,; México, FCE, pp. 85-116.

Chiriboga, Manuel, 1980, *Jornaleros y grandes propietarios en 135 años de exportación cacaotera, 1790-1925*, Quito, Consejo Provincial de Pichincha.

——, 1988, “Las fuerzas del poder durante el periodo de la independencia y la Gran Colombia”, Enrique Ayala Mora (ed.), *Nueva historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional/Grijalbo Ecuatoriana, v. 6, pp. 267-313.

Davis, Roger, 1983, *Ecuador under Gran Colombia, 1820-1830: regionalism, bcalism and legitimacy in the emergence republic*, Michigan, Ann Arbor University, Tesis de doctorado.

Ecuador, 1861, *Diario de los trabajos de la Convención Nacional reunida en la capital de la República*., *el año de 1861*, Quito, Imprenta del Gobierno.

——, 1988, “Constitución 1830”, Enrique Ayala Mora (ed.), *Nueva historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional/Grijalbo Ecuatoriana, v. 15, pp. 134-147.

Eguiguren Valdivieso, Genaro, 1992, *El gobierno federal de Loja: la crisis de 1858*, Quito, Corporación Editora Nacional.

Fabre, Amedée, 1966, “Informe de Fabre a Thouvenel, Quito, l^ero^. de febrero de 1862”, Wilfrido Loor, *Cartas de García Moreno*, Quito, Ecuatoriana, v. 3, pp. 3-15.

Fuentealba, Gerardo, 1988, “La sociedad indígena en las primeras décadas de la república: continuidades coloniales y cambios republicanos”, Enrique Ayala Mora (ed.), *Nueva historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional/Grijalbo Ecuatoriana, v. 8, pp. 45-78.

Gimeno, Ana, 1988, *Una tentativa monárquica en América: el caso ecuatoriano*, Quito, Banco Central del Ecuador.

González Suárez, Federico, 1878, *Estudio histórico sobre los Cañaris*, Quito, Imprenta del clero.

——, 1881, *Historia eclesiástica del Ecuador desde los tiempos de la conquista hasta nuestros días*, Quito, Imprenta del clero, por I. Miranda.

——, 1890, *Historia general de la República del Ecuador*, Quito, Imprenta del clero, 7 vols, y adas con 44 pliegos. Biblioteca Cervantes Virtual, Portal Ecuador, *http:/www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref-13042*

——, 1937, *Defensa de mi criterio histórico*, Quito, Talleres Municipales.

——, 1988, “Chateaubriand”, *Pensamiento romántico ecuatoriano*, Rodolfo Agoglia, Estudio (introd. y selec.), Quito, Banco Central del Ecuador, pp. 321-336.

——, 1988, “Nuestro concepto acerca de la historia en general”, *Pensamiento*

romántico ecuatoriano, Rodolfo Agoglia (estudio introd. y selec.), Quito, Banco Central del Ecuador, pp. 337-351.

Guerrero, Andrés, 1980, *Los oligarcas del cacao: ensayo sobre la acumulación originaria en el Ecuador: hacendados cacaoteros, banqueros exportadores y comerciantes en Guayaquil, 1890-1910*, Quito, Conejo.

Hamerly, Michael, 1973, *Historia social y económica de la antigua provincia de Guayaquil, 1763-1842*, Guayaquil, Archivo Histórico del Guayas.

Historiografía ecuatoriana, 1984, Rodolfo Agloglia (estudio introd. y selec.), Quito, Banco Central del Ecuador.

Jaramillo Alvarado, Pío, 1938, *La presidencia de Quito: memoria histórico-jurídica de los orígenes de la nacionalidad ecuatoriana y de su defensa territorial*, Quito, El Comercio, 2 v.

Landázuri Camacho, Carlos, 2004, "Balance historiográfico sobre la Independencia del Ecuador, 1830-1980", *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, núm. 20, Quito, UASB, pp. 3-18.

Larrea, Carlos Manuel, 1960, "Estudio y selecciones", *Federico González Suárez*, Puebla, Cajica, pp. 22-74. Cervantes virtual, Portal Ecuador, *http://www.cervantesvirtual.com/servletfSirveObras/01383819788137625423*

Laviana Cuetos, Ma. Luisa, 1987, *Guayaquil en el siglo XVIII: recursos naturales y desarrollo económico*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos.

León, Dora y Adam Szászdi, 1971, *El problema jurisdiccional de Guayaquil antes de la independencia*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Lomné, Georges, 2003, "El espejo roto de la Gran Colombia bolivariana, 1820-1850", Antonio Annino y EX. Guerra (coords.), *Inventando la nación: Iberoamérica, siglo XX*, México, fce, pp. 475-500.

Maiguashca, Juan, 1994, "El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830-1930", Juan Maiguashca (ed.), *Historia y región en el Ecuador, 1830-1930*, Quito, Corporación Editora Nacional/FLACSO/CERLAC, pp. 335-420.

Mera, Juan León, 1904, *García Moreno*, libro inédito, Quito, Imprenta del Clero.

——, 1932, *La dictadura y la restauración en la República del Ecuador: ensayo de historia crítica*, Quito, Editorial Ecuatoriana.

——, 1988, "Carta dirigida al redactor de La Prensa de Guayaquil", *Revista ecuatoriana*, núm. 57, Quito, sept. 1893, republicada en *Colección de Revistas ecuatorianas*, 37, tomo 5, núms. 49-60, ene.-dic. 1893, Quito, Banco Central del Ecuador, pp. 341-344.

——, 1988, "El doctor don Pedro Fermín Cevallos: apuntes biográficos", *Revista ecuatoriana*, núms. 54-57, Quito, jun.-sept. 1893, republicada en *Colección de Revistas ecuatorianas*, 37, tomo 5, núms. 49-60, ene.-dic. 1893, Quito,

Banco Central del Ecuador, pp. 228-234; 249-254; 289-299; 329-344.
——, 1988, “Nuestra historia referida por el Dr. D.P.F. Cevallos”, *Revista ecuatoriana*, núm. 61-62, ene.-feb. 1894, republicada en *Colección de Revistas ecuatorianas*, 37, tomo 6, núms. 61-68, Quito, Banco Central del Ecuador, pp. 13-21; 66-73.
Moncayo, Pedro, 1870, *El Ecuador de 1825 a 1875: sus hombres, sus instituciones y sus leyes*, Santiago de Chile, Rafael Jover.
——, 1979, *El Ecuador de 1825 a 1875: sus hombres, sus instituciones y sus leyes*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2 vols.
Morelli, Federica, 1988, “¿Regiones o ciudades-regionales? Una revisión del concepto de región: el caso de la Audiencia de Quito, 1765-1809” en *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, núm. 12, Quito, UASB, pp. 137-142.
——, 1997, “Las reformas de Quito. La redistribución del poder y la consolidación de la jurisdicción municipal, 1765-1809” ,*Jahrbuch furgeschichte von staat, wirtschafi und gesellschaft Lateinamerikas*, núm. 34, Hamburgo, Alemania, Bohlau Verlag Koln Weimar Wien, pp. 183-208.
Muñoz Vicuña, Elias, 1993, “Estudio introductorio”, Juan Murillo Miró, *Historia del Ecuador, de 1876a 1888: precedida de un resumen histórico de 1830 a 1875*, Quito, Corporación Editora Nacional, pp. 7-42.
Murillo Miró, Juan, 1890, *Historia del Ecuador, 1876a 1888: precedida de un resumen histórico de 1830 a 1875*, Santiago de Chile, Imprenta de Santiago.
——, 1993, *Historia del Ecuador, de 1876a 1888: precedida de un resumen histórico de 1830 a 1875*, Quito, Corporación Editora Nacional.
Naranjo, Plutarco, 1977, *La primera Internacional en Latinoamérica*. Quito: Universidad Central.
——, 1985, “Las raíces de nuestra historia”, Enrique Ayala Mora (ed.), *La historia del Ecuador: ensayos de interpretación*, Quito, Corporación Editora Nacional, pp. 197-222.
Núñez, Jorge, 2000, “La actual historiografía ecuatoriana y ecuatorianista”, Jorge Núñez (comp.), Quito, FLACSO, http://www.flacso.org.ec/docslanthistoria.pdf
O’Phelan, Scarlett e Yves Saint-Geours (comps.), 1998, *El norte en la historia regional*, Lima, cipca/ifea.
Ospina, Pablo, 1996, “Imaginarios nacionalistas: historia y significados nacionales en Ecuador: siglos XIX y XX”, *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, núm. 9, Quito, UASB, pp. 111-123.
Páez, Roberto J., 1960, Estudio, biografías y selecciones, Cronistas coloniales (Primera y segunda parte), Puebla, Cajica, pp. 1-120, Cervantes Virtual,

Portal Ecuador. *http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=12442&portal-86*

Paladines, Carlos, 1991, *Sentido y trayectoria del pensamiento ecuatoriano*, México, UNAM/CCyDEL.

——, 1994, "La conformación del Estado-Nacional desde la perspectiva del pensamiento ilustrado y romántico ecuatoriano", *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, núm. 6, Quito, UASB, pp. 71-81.

Paredes Ramírez, Willington, 2002-2003, "Región, regionalidad y Estado nacional", *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, núm. 19, Quito, UASB, pp. 171-202.

Pareja Diezcanseco, Alfredo, 1944, *La hoguera bárbara: vida de Eloy Alfaro*, México, Compañía General Editora.

Peñaherrera de Costales, Pilar y Alfredo Costales, 1964, *Historia social del Ecuador*, Quito, Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía, 3 v.

Pérez Concha, Jorge, 1979, *Derecho territorial ecuatoriano: síntesis histórica*, Guayaquil, Universidad de Guayaquil.

Pérez Pimentel, Rodolfo, 1987, *Diccionario biográfico del Ecuador*, Guayaquil, Ecuador, Universidad de Guayaquil, 23 v. *htp://www.diccionariobiograficoecuador.com/*

Quintero, Rafael, 1978, *Los partidos políticos en el Ecuador y la clase terrateniente en las transformaciones del Estado*, Chapell Hill, Carolina del Norte, tesis de doctorado.

——, 1980, *El mito del populismo en el Ecuador: análisis de los fundamentos del Estado ecuatoriano moderno, 1895-1934*, Quito, FLACSO.

Quintero, Rafael y Erika Silva, 1991, *Ecuador: una nación en ciernes*, Quito, Abya Yala, 3 v.

Reig Satorres, José, 1995, "Prólogo", Francisco Xavier Aguirre Abad, *Bosquejo histórico de la República del Ecuador*, Quito, Corporación de Estudios y Publicaciones, pp. 3-89.

Reyes, Óscar Efrén, 1931, *Historia de la República: esquema de ideas y hechos del Ecuador*, Quito, Imprenta Nacional.

Robalino Dávila, Luis, 1967-1968, *García Moreno*, Puebla, Cajica, fifívol. 4 *de Orígenes del Ecuador de hoy*.

Rodríguez O, Jaime, 2004, "De la fidelidad a la revolución: el proceso de independencia de la Antigua Provincia de Guayaquil, 1809-1830", *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, num. 21, Quito, UASB, pp. 35-88.

Rosanvailon, Pierre, 1999, *La consagración del ciudadano: historia del sufragio universal en Francia*, México, Instituto Mora.

Saint-Geours, Yves, 1988, "Economía y sociedad en la sierra centro norte, 1830-

1875” Enrique Ayala Mora (ed.), *Nueva historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional/Grijalbo Ecuatoriana, v. 7, pp 37-68.

Silva, Erika, 1992, *Los mitos de la ecuatorianidad: ensayo sobre la identidad nacional*, Quito, Abya Yala.

Szászdi, Adam, 1964, “The Historiography of the Republic of Ecuador”, *The Hispanic American Historical Review*, vol. 44, num. 4, Durham, North Carolina, Duke University Press, pp. 503-550.

Tobar Donoso, Julio, 1922, “García Moreno y la instrucción pública”, *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, v. 4, núm. 9, Quito, Prensa Católica, ene-feb.

——, 1960, “Estudio de Juan León Mera”, Cronistas de la independencia y de la República, Puebla, Cajica (Biblioteca Ecuatoriana Mínima, La colonia y la República), pp. 217-258.

Tobar Donoso, Julio y Alfredo Luna Tobar, 1979, *Derecho territorial ecuatoriano*, Quito, Artes Gráficas.

Torre Reyes, Carlos de la, 2000, “Teoría histórica de González Suárez”, *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, núm. 15, Quito, UASB, pp. 95-123.

Van Aken, Mark J., 1995, *El rey de la noche: Juan José Flores y el Ecuador, 1824-1864*, edición revisada y aumentada, Quito, Banco Central.

Vargas, José Ma., 1965, *Historia de la cultura ecuatoriana*, Quito, Casa de la Cultura ecuatoriana, Cervantes virtual, Portal Ecuador: *http://www.cervantesvirtual.comfservlet/SirveObrasl04701737577926795432*

Veintemilla, Marietta de, 1890, *Páginas del Ecuador,* Lima, Imprenta liberal de E Mesías y Co.

——, 1960, “Selecciones de ‘Páginas del Ecuador ”, *Cronistas de la independencia y de la República*, Puebla, Cajica (Biblioteca Ecuatoriana Mínima, La colonia y la República), pp. 379-460.

Velasco, Juan, 1840, *Histoire du Royaume de Quito, par don Juan de Velasco...* Inédito, Paris, A. Bertrand, 2 v.

——, 1841-1844, *Historia del Reino de Quito en la América Meridional escrita por elpresbítero Dn. Juan de Velasco... Año de 1789*, Quito, Imprenta del Gobierno, 3 v.

Villegas Domínguez, Rodrigo, 1993, “Rasgos biográficos de Pedro Moncayo”, Enrique Ayala Mora (ed.), *Pensamiento de Pedro Moncayo*, Quito, Corporación Editora Nacional, pp. *21 Al.*

Notas al pie

[1] Rosanvallon, *La consagración*, p. 311.

[2] Bhabha, *Nation and narration.*

[3] La colonial Audiencia de Quito sufrió un verdadero desmembramiento territorial en el marco de la política borbónica. Originalmente sometida al virreinato del Perú fue asignada, en 1717, al recién creado de Nueva Granada; cuando se suprimió este virreinato en 1723, regresó a su subordinación original. Una vez restablecido el virreinato neogranadino se reintegró bajo su dependencia, en 1739. Algunas de sus áreas, como el puerto de Guayaquil, vivieron sus propios cambios estatutarios: sometido en lo económico al Consulado de Lima y por momentos a Cartagena, en lo religioso a Cuenca, que a su vez era sufragánea de Lima, transferido a Perú en 1803 al margen del resto de la Audiencia y regresado a Nueva Granada, en 1819. Otras jurisdicciones en los territorios amazónicos se vieron afectadas por la misma voluntad, como Jaén y Mainas, traspasados a Lima por real cédula de 1802. El alcance de esta transferencia constituyó la base de largos conflictos territoriales entre los futuros Estados. *Cfr.* Jaramillo Alvarado, *La presidencia*, v. 1 ; Pérez Concha, *Derecho territorial*, Tobar Donoso y Luna Tobar, *Derecho territorial*; Aivarado Garaicoa, *Sinopsis*; León y Szászdi, *El problema jurisdiccional.*

[4] Rodríguez O, “De la fidelidad”, pp. 89-113.

[5] La entrevista de Guayaquil entre Bolívar y San Martín se celebró el 27 de julio de 1822. Sin embargo, el 13 de julio Bolívar había tomado la provincia bajo su protección.

[6] Por la Ley de División Territorial aprobada en el Congreso de Colombia, en 1824. *Cfr*. Ayala Mora (ed.), *Nueva historia*, v. 15, pp. 91-97.

[7] Davis, *Ecuador under Gran Colombia..*

[8] Expresión feliz, tomada de la página central de Casa de la Cultura Ecuatoriana: *http://cce.org.ec*

[9] Ayala Mora, “Centralismo y descentralización”, p. 205.

[10] “Artículo 1.— Los Departamentos del Azuay, Guayas y Quito quedan reunidos entre sí formando un solo cuerpo independiente con el nombre de Estado del Ecuador. Artículo 2 — El Estado del Ecuador se une y confedera con los demás Estados de Colombia, para formar una sola Nación con el nombre República de Colombia. Ecuador, *Constitución 1830*, Ayala Mora (ed.), *Nueva*

historia, vol. 15, pp. 134-147.

[11] Federica Morelli insiste en el carácter histórico de la aparición de las regiones y niega su existencia en el periodo 1765-1809. Considera que en esta etapa sería más riguroso hablar de "ciudades regionales" que dan sentido de pertenencia colectiva a su área rural. Morelli, "¿Regiones o ciudades", pp. 137-142.

[12] Es el caso de las intensas relaciones económicas entre la sierra sur, particularmente, Loja y el norte peruano. *Cfr.* O'Phelan, Saint-Geours (comps.), *El norte.*

[13] *Cfr.* Andrien, *The kingdom*, pp. 190-215; Chiriboga, "Las fuerzas", v. 6, pp. 271-276.

[14] *Cfr.* Saint-Geours, "Economía y sociedad", v. 6.

[15] Clayton, *Los astilleros;* Laviana Cuetos, *Guayaquil en el siglo XVIII*; Hamerly, *Historia social;* Contreras, *Guayaquil y su región.*

[16] Concertaje. Contrato laboral de dependencia extraeconómica que se estableció en las haciendas serranas, a partir de 1812, momento en que fue abolida la mita. *Cfr.* Peñaherrera de Costales *y* Costales, *Historia social*., v. 1, pp. 6.

[17] Quintero, Silva, *Ecuador*, v. 1, p. 27.

[18] Flores, como otros generales venezolanos, había contraído nupcias con una descendiente del marquesado de Casa Jijón, título nobiliario que mantenía presencia en la sociedad serrana.

[19] La denominación deviene de la actuación política de Rocafuerte en México. Él se había opuesto al absolutismo de Fernando VII e integrado al partido liberal en las Cortes de Cádiz; en México se vinculó con los opositores a las pretensiones monárquicas de Iturbide. Reig Satorres afirma que "chihuahua" era un despectivo asociado a una moneda deforme acuñada en la ciudad mexicana del mismo nombre. Reig Satorres, "Prólogo", p. 70.

[20] Benítez, *Ecuador.*

[21] Maiguashca, "El proceso", pp. 363, 366.

[22] Cevallos, "Galería de ecuatorianos ilustres", p. 488.

[23] Un año antes, en 1840, la *Historia* del padre Velasco había tenido una primera edición francesa en dos volúmenes, París por A. Bertrand, quien hizo constar su carácter inédito. Cevallos opinó que: "Difícil como es que el presbítero Dávalos, el depositario de los manuscritos, los hubiese entregado a un extranjero, es de creer que Mr. Terneaux-Compans, el editor francés, los tomó de los que paraban en Madrid". Cevallos, "Galería de ecuatorianos ilustres", p. 487, nota 67.

[24] Barrera, *Historiografía*, pp. 32-42.

[25] Larrea se suscribió con 100 ejemplares para asignar a bibliotecas, seminarios y conventos. Si bien el gobierno no costeó los gastos de la edición, el periódico oficial estimuló suscripciones privadas. *Gaceta*, agosto 22 1841 citada en Van Aken, *El rey*, p. 227. Los tres volúmenes tuvieron el muy alto costo de diez pesos.

[26] Paladines, *Sentido y trayectoria*, p. 27.

[27] Francisco Javier Clavijero y su *Historia Antigua de México*, por ejemplo, o Francisco Javier Alegre.

[28] Velasco citado en Barrera, *Historiografía*, p. 35.

[29] *Cfr.* Naranjo, "Las raíces", p. 199.

[30] Chiaramonte, "Modificaciones", p. 111.

[31] *Cfr.* Páez, "Estudio, biografía": *http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref-12442&portal-86*

[32] Existieron múltiples crónicas, relaciones, cuadros cronológicos, así como el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*... [Madrid, Blas Román, 1786-89], de Alcedo. Según señala Cevallos, las de "Acosta, Garcilaso, Gómara y nuestro compatriota el indígena Collahuazo; mas, fuera de que ellas no se contraen al Reino de Quito propiamente dicho, según era conocido entonces, las narraciones eran limitadas a tal o cual periodo de tiempo, o tal o cual suceso particular; *y* escasas y poco difundidas como andaban, casi mutiladas y truncas, ni podían satisfacer a los inteligentes ni menos ser conocidas del pueblo". Cevallos, "Galería de ecuatorianos ilustres", p. 384.

[33] Dice Cevallos en la biografía de Velasco: "Fuera de las obras, cuya lectura era común para la multitud, consultó las de Jeres, Oviedo, Cieza o Chieca de León, Zárate y Rodríguez que estaban ya publicadas, y las inéditas de Palomino, oficial de Benalcázar, Nisa, A. Montenegro, Bravo de Saravia, P. de la Peña y Montenegro, obispo de Quito, Severeno, Montesinos, Maldonado y los PE Ferrer, Lucero, casi todos moradores del tiempo de la Presidencia". Cevallos, "Galería de ecuatorianos ilustres", p. 489, nota 68.

[34] Ayala Mora, *El Reino de Quito*, *http://www.dlh.labora.com.ec/paginasfhistoriafhistoria2c.htm*

[35] Logró, además, un segundo y muy fuerte aire durante el proceso afirmación de la nacionalidad, inmediatamente posterior al trauma del gran cercenamiento territorial de 1941. La historiografía de la época reaccionó peruanizando al incario y asimilando el gran enfrentamiento territorial del siglo XX con la lucha Quito-Cuzco, Atahualpa-Huáscar. *Cfr.* Ospina, "Imaginarios nacionalistas", pp. 111-123 y Silvia, *Los mitos de la ecuatorianidad*. La polémica mantiene aún

presencia en el nacionalismo ecuatoriano. Szásdi, “The Historiography’, pp. 509-510.

[36] “Y la nueva nación de entre ruinas/ Con orgullo se vio levantar/ ‘Ecuador, ‘Ecuador, caro nombre;/ Por doquier se oyó resonar”. Citado en Lomné, “El espejo roto”, p. 489.

[37] Maiguashca, “El proceso”, p. 363.

[38] Las presidencias del periodo estuvieron en manos de Ramón Roca, Diego Noboa, José María Urbina, Francisco Robles, todos ellos ricos terratenientes y militares costeros.

[39] Ana Gimeno, *Una tentativa monárquica*.

[40] Ayala Mora, *Lucha política*, pp. 95-96.

[41] Externa al Congreso. Maiguashca, “El proceso”, p. 378.

[42] En Ecuador se había concentrado gran parte de los jesuitas expulsados de Colombia por el régimen liberal de José Hilario López, ya que la orden había sido restaurada en el país.

[43] Este tributo había sido abolido en Ecuador por la legislación liberal santanderiana» medida que sólo pudo mantenerse en la costa pero no en las sierras donde constituyó la base sobre la que se apoyó el fisco.

[44] Fuentealba, “La sociedad indígena”, v. 8, pp. 51-55.

[45] Montubio. Mezcla de indio y de negro; tipo social característico de las clases bajas costeras.

[46] El tratado Aguirre-Mocatta, el Espinel-Mocatta y el Icaza-Pritchett.

[47] Reyes, *Historia*, pp. 109-118, 184-190.

[48] *Cfr.* “Informe de Fabre a Thouvenel, Quito, 1 de febrero de 1862”, Loor, *Cartas*, v. 3, pp. 3-15.

[49] Ayala Mora, *Lucha política*, p. 172.

[50] Maiguashca, “El proceso”, p. 372.

[51] Robalino Dávila, *García Moreno*, p. 647; Ayala Mora, *Lucha política*, pp. 112-166; Quintero, Silvia, *Ecuador*, v. 1, pp. 113-157.

[52] Pérez Pimentel, *Diccionario biográfico*, Yerovi Pintado, *http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo17/yl.htm*

[53] Maiguashca, “El proceso”, pp. 394-395.

[54] Cevallos inició la escritura de su obra durante el periodo urbinista, debió de estar muy avanzada cuando el primer Congreso de la época garciana, de 1861, habilitó que se le abonaran deudas para que pudiera iniciar la edición, que logró llevar a Lima en 1868.

[55] El sexto, dedicado a la geografía política se publicó en la segunda edición

de Guayaquil, de 1886.

[56] Mera, “El doctor don Pedro Fermín”, núm. 56, p. 289; Cevallos, *Resumen*, p. 3.

[57] Pérez Pimentel, *Diccionario biográfico*, Cevallos Villacreces, *http://www.diccionariobio-graficoecuador.com/tomosftomo8fc4.htm*

[58] Mera, “El doctor don Pedro Fermín”, *Revista ecuatoriana*, jun.-ago., 1893.

[59] La enemistad de Mera y Montalvo era proverbial, incluso llegaron a liarse a golpes. Para Montalvo fue una grave ofensa que Cevallos biografiara a su paisano ambateño y lo ignorara a él.

[60] Se publicó originalmente en *La América Ilustrada* de Nueva York y fue reproducida en *La Revista Ecuatoriana*, con motivo de la muerte de Cevallos.

[61] Tobar Donoso, “Estudio introductorio”, p. 227.

[62] Rasgo que resalta Mera cuando expresa: “Su tolerancia práctica es a prueba de toda contradicción”, Mera, “El doctor don Pedro Fermín” núm. 57, p. 333.

[63] No se trata de una impresión personal, sino que Mera fue agriamente recriminado por esta biografía. Así lo hizo notar *La Prensa* de Guayaquil, a cuyo redactor escribió Mera una carta fechada en Ambato, el 16 de septiembre de 1874, en respuesta a una censura publicada en ese periódico por personas a las que identifica como “nuestros amigos N. y N.”, quienes lo acusaron de pretender lastimar a Cevallos con sus apuntes biográficos. Dice Mera: “Sabe Ud. que una biografía es una historia, *y* es inútil recordarle cuánta es la diferencia que la separa de un elogio”. Mera, “Carta al redactor”, núm. 57, p. 342.

[64] Desde las primeras constituciones era norma que los representantes fueran electos por cualquier provincia *y* no necesariamente por la natal, con el fin de evitar el voto imperativo.

[65] Mera, “El doctor don Pedro Fermín”, núm. 55, p. 254.

[66] El *Breve catálogo de errores*, tuvo muchas reediciones posteriores. *El Iris* era la publicación promovida por los maestros granadinos que habían formado el muy moderno Colegio de la Unión. Tobar Donoso, *García Moreno y la instrucción pública.*

[67] Pérez Pimentel, *Diccionario biográfico*, Cevallos Villacreces, *http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo8/c4.htm*

[68] “Inmensa es la diferencia que se nota entre el secretario general de Urbina de 1851 y el senador de 1867”, Mera, “El doctor don Pedro Fermín”, núm. 57, pp. 329-333.

[69] Mera, “El doctor don Pedro Fermín”, núm. 57, septiembre, p. 340.

[70] Ayala Mora, *Historia*, *compromiso*, p. 11.

[71] Barrera, "Prólogo", p. 33, *http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/35726397114794495222202/*

[72] Mera, "El doctor don Pedro Fermín", num. 51, p. 296. Sin embargo, el mismo Mera publicó una muy elogiosa reseña de los primeros volúmenes del *Resumen* en Ambato 1870, que luego reprodujo en la misma *Revista ecuatoriana*, en los núms. 61-62, de enero y febrero de 1894 con el título de "Nuestra historia referida", pp. 13-21 y 66-73.

[73] Barrera, *Federico González*, p. 63.

[74] 1. La historia de los aborígenes y la de la conquista hasta el establecimiento del primer gobierno colonial: 2. El periodo de la colonia, 3. La revolución de independencia, 1809-22; 4. El periodo colombiano, 1822-30; 5. La época ecuatoriana hasta 1845; 6. Geografía política.

[75] Restrepo, *Historia de la revolución*; Caicedo, *Viaje imaginario*; Arana, *Historia general*; Bennet, *Relación histórica*.

[76] Cevallos, *Resumen*, p. 283.

[77] *Ibid.*, p. 286.

[78] Mera dice: "es que el Dr. Cevallos en su *Resumen* vence al autor de aquella censura en templanza y miramiento", "El doctor don Pedro Fermín", num. 56, p. 297.

[79] Cevallos, *Resumen*, pp. 353-354.

[80] *Cfr.* Eguiguren Valdivieso, *El gobierno*, pp. 39-40; la intervención de Felipe Sarrade en la Convención Constituyente de 1861, Ecuador, *Diario*, Sesión del 11 de febrero 1861.

[81] El Congreso de 1871 estableció como texto escolar, el *Compendio de la historia del Ecuador* de Cevallos, una versión condensada de su *Resumen*. Sin embargo, la primera edición que se conoce de esta obra data de 1879 en la Imprenta del clero. Habría que sospechar que no estaba publicada aún cuando se le dio esta condición.

[82] Juan Montalvo publicaba *El Cosmopolita*, al tiempo que se produjo un verdadero efluvio de libertad de prensa y de publicación de folletería política.

[83] Borrero, *Refutación*, v. 2, p. 125.

[84] Robalino Dávila, *García Moreno*, p. 272 y Ayala Mora, *Lucha política*, pp. 162-163.

[85] Cercano a la muerte, Aguirre confió los manuscritos a un sobrino, quien los mantuvo en la caja de seguridad de un banco guayaquileño hasta 1972. Se publicaron, en el puerto, por Corporación de Estudios y Publicaciones, dentro de la serie Anuario Histórico-Jurídico ecuatoriano; parecería que Aguirre preparó

una sección documental para que fuera publicada en volumen aparte, pero se quemó en el gran incendio de 1896. Pérez Pimentel, *Diccionario biográfico*, Aguirre Abad, *http://www.diccionariobiograficoecuador.comftomos/tomol/a1.htm*

[86] Riquísimo comerciante agiotista y naviero español, que reunió una enorme cantidad de comercializaciones y fundó el primer banco del país.

[87] Presentó su posición en un folleto explicativo, ante la legislatura del 1854, que dio fin a la esclavitud en Ecuador, titulado: "Exposición al Congreso de 1854 sobre la manumisión de esclavos. Pensamiento agrario", pp. 77-92.

[88] El folleto de 66 páginas tuvo por título *La República y la Iglesia: defensa de la exposición del Concejo Cantonal de Guayaquil sobre la inconstitucionalidad del Concordato celebrado entre el Presidente del Ecuador y la Santa Sede.*

[89] Anexo al *Bosquejo*, en la edición de 1972, se encuentra un estudio biográfico, sermones fúnebres, artículos periodísticos y otros documentos relativos a Francisco Xavier Aguirre Abad, pp. 445-476. La segunda edición de 1995 cuenta con un Prólogo de Reig Satorres que, en sus 89 pp., contiene datos biográficos y un estudio historiográfico de la obra.

[90] El capítulo segundo de su primera época tiene por subtítulo:"Los quitus, los caras, los peruanos".

[91] Aguirre Abad, *Bosquejo*, p. 21.

[92] *Ibid*,, p. 22.

[93] *Ibid.*, p. 23.

[94] Las invasiones piráticas, por ejemplo.

[95] Aguirre Abad, *op. cit.*, pp. 153-154.

[96] *Ibid.*, p. 177.

[97] *Ibid.*, p. 199.

[98] Es una opinión muy singular. Otros historiadores liberales han sido críticos con Bolívar, pero no han dado esta consideración al Protector.

[99] Aguirre Abad, *op. cit*,. 287.

[100] *Ibid*., p. 296.

[101] Reig Satorres, "Prólogo", pp. 29-37.

[102] Bustos, "El Ecuador", p. 98.

[103] *El Nacional*, núm. 220, 10 de marzo de 1866.

[104] En 1876 Montalvo había fundado en Quito la Sociedad Republicana como la expresión ecuatoriana de la I Internacional, y Marcos Alfaro creó el periódico *El Popular,* para defender la Internacional y la Comuna. Muñoz Vicuña,

“Estudio introductorio”, pp. 30-31.

[105] Ayala Mora, *Lucha política*, p. 203.

[106] Chiriboga, *Jornaleros*, p. 363.

[107] Guerrero, *Los oligarcas*, pp. 59-82.

[108] Ayala Mora, *Lucha política*, pp. 297-309.

[109] Ayala Mora, *Resumen*, pp. 82-83; Ayala Mora, *Lucha política*, pp. 283-297.

[110] Estos mismos requisitos habían sido ya eliminados en relación con los electores, en 1861, en el régimen garciano. La restricción persistía, empero, con los elegibles.

[111] Tobar Donoso, “Estudio”, pp. 239-240.

[112] Ayala Mora, *Lucha política*, pp. 189-199; Quintero, *Los partidos*, pp. 207-230.

[113] Maiguashca, “El proceso”, p. 365.

[114] Ayala Mora, *Historia de la Revolución*, pp. 69-74.

[115] Cierto es que los incendios eran muy comunes en la época. Sin embargo,varios liberales sufrieron este percance que mutiló parte de sus obras: Moncayo, Carbo, Murillo Miró y otros. Se sospechaba que había intencionalidad en estos accidentes.

[116] La primera edición chilena fue de Rafael Jover (ed.), 1885, y hubo varias posteriores, la segunda en 1906 en el periodo alfarista, con un estudio introductorio y notas de Carlos E. Moncayo y Luis F. Veloz.

[117] *El doctor Pedro Moncayo y su folleto*, 1887. *Cfr.* Ayala Mora, *La historia del Ecuador*, p. 16.

[118] *Fray Francisco, El Padre Tarugo y El viejo Chihuahua* para promover la candidatura de Elizalde en 1848.

[119] Villegas, “Rasgos biográficos”, pp. 27-41.

[120] Moncayo, *El Ecuador,* v. 1, p. 19.

[121] Ayala Mora, “El Ecuador” p. 22, nota 23.

[122] Pese a las reiteradas críticas hay un dejo de absolución hacia su compañero de aventuras, al fin de su obra: “Rocafuerte es para nosotros el modelo de buen gobernante, salvo sus pequeñas manchas cometidas por la desgraciada situación que le prepararon sus enemigos”. Moncayo, *El Ecuador,* v. 2, p. 171.

[123] *Ibid.,* v. 1, p. 87.

[124] *Ibid.,* v. 2, p. 170.

[125] *Ibid.,* v. 2, p. 171.

[126] La obra fue publicada por Editorial Ecuatoriana en 1932.

[127] Tobar Donoso, “Estudio”, p. 251.

[128] Mera, “Carta dirigida al redactor”, núm. 57, pp. 343-344.

[129] Mera, *García Moreno: libro inédito*, Quito, Imprenta del Clero, 1904.

[130] Tobar Donoso, “Estudio”, pp. 220-253

[131] Mera, *La dictadura*, pp. 259-263.

[132] Berthe, *García Moreno, president de L'Equateur: vengeur et martyr du droit chrétien, 1821-1875*, Paris: Retaux-Bray, Libraire-Editeur, 1887, con una edición en Londres a cargo de Burns and Gates en 1889 y una en español, en Paris, Victor Retaux e Hijo, Libreros Editores, 1892, 2 v.

[133] Borrero, *Refutación*, 3 v. La obra fue originalmente publicada en Guayaquil por la Imprenta de la Nación en 1889.

[134] Berthe, *García Moreno*, xv.

[135] *Ibid.*, xiv.

[136] Marietta de Veintemilla, *Páginas del Ecuador*, Lima, Imprenta liberal de F. Mesías y Co., 1890, 411 p. Existen numerosas versiones legendarias de la vida de Marietta. Una de ellas relata que mientras padecía la pobreza del ostracismo en Perú, ingresó ilegalmente a Guayaquil y cobró a su deudor Carlos Stagg Flores, pistola en mano, una deuda cuyo dinero le posibilitó costear la impresión de la obra.

[137] Luis Bossano, “Estudio preliminar”, pp. 365-375.

[138] M. Veintemilla, *Páginas*, p. 407.

[139] Murillo Miró, *Historia*, 1890.

[140] Destruge, *Historia de la prensa*, citado en Muñoz Vicuña, “Estudio introductorio”, p. 15.

[141] Murillo Miró, *Historia*, p. 42.

[142] *Ibid.*, p. 64.

[143] *Ibid*, p. 82.

[144] *Ibid.*, pp. 139-140.

[145] Roberto Andrade, *Estudios históricos: Montalvo y García Moreno*, Lima, Francisca Grau y Cot, 1890, 304 p. La obra quedó trunca *y* tuvo una conflictiva reedición en Guayaquil.

[146] Naranjo, *La primera Internacional*, p. 155. “[...] no se va todavía, la esfinge no se mueve: su castigo está madurando en el seno de la Providencia; más yo pienso que se ha de ir cuando menos acordamos y sin ruido: ha de dar dos piruetas en el aire y se ha de desvanecer, dejando un fuerte olor a azufre en torno suyo”.

[147] Pérez Pimentel, *Diccionario biográfico*, Andrade Rodríguez, *http://www.diccionariobio-graficoecuador.com/tornos/tomol/a4.htm;* Barrera, *Historiografía*, pp. 106-108.

[148] Muñoz Vicuña, "Estudio introductorio", pp. 22-23.

[149] González Suárez, *Historia general de la República del Ecuador,* Quito, Imprenta del clero, 1890-1903, 7 vols, y atlas con 44 pliegos.

[150] Barrera, *Federico González Suárez*, p. 18 *y* Ayala Mora, "Estudio introductorio", p. 25.

[151] Ayala Mora, "Estudio introductorio", p. 27. Estévez Toral llegó a "fulminar con el rayo de la excomunión" a Carlos Ordóñez, el gobernador garciano de Cuenca.

[152] González Suárez, "Chateaubriand", p. 322.

[153] Larrea, "Estudio", p. 34.

[154] Cornejo Cevallos "Carta a los Obispos", pp. 413-442.

[155] González Suárez, "Carta de un sacerdote católico", p. 28.

[156] Castillo-Illingworth, "González Suárez", p. 70.

[157] Ignacio Ordóñez era cuencano, miembro de una poderosa familia azuaya. Ahí se conocieron y trabaron amistad pese a que Ordóñez, como toda su familia, era un garciano inflexible.

[158] "Leía despacio, documento por documento, foja por foja, sometiéndolo todo al análisis minucioso de la crítica histórica. Luego, copié varios documentos y extracté muchísimos". Vargas, *Historia de la cultura*, p. 549, *http://www.cervantesvirtual.comfservlet/SirveObras/04701737577926795432268*

[159] Dice en carta a su amigo, ex jesuita y coautor del asesinato de García Moreno, Abelardo Moncayo: "Los eclesiásticos europeos se unen entre ellos, se apoyan y sostienen, buscando siempre el modo de hundir a los nacionales". Castillo-Illingworth, "González Suárez", p. 77.

[160] Torre Reyes, "Teoría histórica", p. 106.

[161] Duranti llegó a preguntarle: "Y quién le ha dado a usted señor Arcediano el oficio de difamador? ¿Acaso para ser historiador es indispensable ejercer ese oficio". Torre Reyes, *op.cit*., p. 112.

[162] *Ibid.*, pp. 111-114.

[163] Que recién se publicó en 1937.

[164] Chiriboga, *Jornaleros*, pp. 117-118; Quintero, *El mito*, pp. 106-107.

[165] Ayala Mora, "Estudio introductorio", pp. 37-38.

[166] González Suárez, *Carta*, Ibarra 31 de mayo de 1900, citada en Ayala Mora, "Estudio introductorio", p. 39.

[167] Ayala Mora, *op. cit.*, pp. 46-52.

[168] *Ibid.*, pp. 53-54.

[169] "Si la patria debe morir, que lo haga peleando contra el enemigo y no envuelta en las sutiles redes de la diplomacia", Pérez Pimentel, *Diccionario biográfico*, González Suárez, *httpillwww. diccionariobiograficoecuador. co m!tomos/to mo3/g9. htm*

[170] Pareja Diezcanseco, *La hoguera bárbara, vida de Eloy Alfaro.*

[171] Vargas, *Historia de la cultura*, p. 550.

[172] Torre Reyes, "Teoría histórica", p. 98.

[173] Szászdi, "The historiography", pp. 511-512.

[174] González Suárez, *Historia general*, v. 1, i-xv.

[175] *Ibid.*, pp. 2-3.

[176] *Ibid.*, p. 23.

[177] *Ibid.*, v. 4, vii.

[178] *Ibid.*, v. 1, p. 23.

[179] Larrea, "Estudio y selecciones", pp. 40-74.

[180] Larrea, "Estudio y selecciones", p. 50.

[181] Agoglia, "Estudio introductorio", p. 45.

[182] González Suárez, "Nuestro concepto", pp. 337-351.

[183] Agoglia, "Estudio introductorio", pp. 56-57.

[184] Torre Reyes, "Teoría histórica", pp. 100-101, 107.

[185] González Suárez, *Historia general*, v. 7, p. 3.

[186] Ayala Mora (ed.), *La historia*, p. 21.

[187] Vargas, *Historia de la cultura*, p. 553.

[188] Ayala Mora (éd.), *op. cit.*, p. 23.

[189] Núñez, "La actual historiografía", *http://www.flacso.org.ecldocslanthistoria.pdf*

[190] Ayala Mora (ed.), *op. cit.*, pp. 21-22.

EL PUEBLO SOBERANO *VERSUS* LA PLEBE PROSELITISTA. DISCURSO HISTORIOGRÁFICO Y ETNIZACIÓN POLÍTICA EN BOLIVIA, 1825-1922[1]

MARTA IRUROZQUI
Instituto de Historia, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid)

Con relación a la candidatura presidencial de Evo Morales y al triunfo del Movimiento al Socialismo (MAS) del 18 de diciembre de 2005, se han sucedido en diversos medios de comunicación comentarios dicotómicos sobre la población indígena y su vinculación a la política nacional. Se ha dicho tanto que "las culturas precolombinas habrían sido profundamente democráticas y no habrían conocido relaciones de explotación y subordinación", como que son los pueblos indígenas y los estratos sociales explotados a lo largo de los siglos "los que encarnan algunas cualidades poco propicias con respecto a la cultura cívica moderna, a la vigencia de los derechos humanos y al despliegue de una actitud básicamente crítica". También se ha señalado tanto que las sociedades indígenas "van a tomar el poder político después de 500 años de marginación del mismo" y a gobernar con "modelo propio sin las detestables influencias del norte", como que las condiciones de bienestar que reclaman —acceso al mercado, a la educación moderna o a un mejor nivel de vida— no habían "surgido de la tradición propia de estas culturas". E incluso se ha pasado de hacer elogios al "capitalismo andino" a tachar de "primitiva" a una colectividad a la que se acusa de no poder "resistir al avance del acero toledano (y no dominar) nunca la agricultura ni la metalurgia".[2] Tales comentarios muestran un escenario público

“etnificado” en el que las identidades sociales y públicas se dirimen en términos raciales,[3] actuando las categorías de indio, dada ahora a Evo Morales, o la de cholo, con la que se le habría catalogado años antes, de registros referenciales excluyentes que limitan la representatividad política o que legitiman el acceso al poder. ¿Cómo se traduce en términos historiográficos esa polaridad discursiva para que el discurso étnico resulte hoy básico en la identificación de los líderes como indígenas, cholos o blancos?

Las opiniones periodísticas recogidas coinciden con muchas de las aseveraciones académicas que se repiten desde la segunda mitad del siglo XIX. De un lado, se ha dicho que el proyecto de Estado-nación boliviano fracasó debido al intento criollo-mestizo de constituir una nación a partir de la negación de los derechos del ciudadano moderno a la gran mayoría de la población (mujeres e indígenas), catalogando tal situación de “nacionalismo sin nación”.[4] De otro, se ha insistido en presentar a los indios como una raza que nada tenía que aportar al proceso de civilización y que lo enviciaba por representar la pervivencia de mentalidades premodernas en medio de un proceso de modernización acelerada, ya que siempre habían sido ajenos al mundo occidental, impermeables a cualquier influencia externa y desinteresados en aprender el funcionamiento de las instituciones y del sistema político. Estas dos posiciones extremas muestran, por una parte, la existencia de una visión victimista del pasado indio que se resuelve con una exagerada dignificación de las virtudes innatas de su identidad frente a la maldad congénita de las élites blancas; y, por otra, una postura despreciativa hacia esta población que, catalogándola de arcaica, fundamentalista e ignorante recalcitrante, niega a sus miembros la condición de sujetos políticos y la condena a la subordinación natural. Sin embargo, pese a sus diferencias, ambas posturas coinciden en considerar al indio o a lo indio como un “otro” inalterable en el tiempo, que con paciencia acecha en la sombra para conquistar su libertad o para subvertir la modernidad.[5] El resultado es una lectura naturalizada y cosificada que dificulta un relato histórico compartido y conjunto.

Dada la importancia de las investigaciones históricas actuales que desmienten la absoluta exclusión política de los indígenas de la sociedad, que rescatan sus esfuerzos de inserción nacional, su importancia en el desarrollo de políticas públicas o su centralidad en la definición gubernamental,[6] en este texto no se va a insistir en el discurso victimista ni tampoco en los posibles problemas que ha ocasionado u ocasiona la elaboración de estereotipos basados en él. Empero, la contradicción entre lo que se cuenta que hicieron o dejaron de hacer los indios y entre lo que el trabajo académico revela, obliga a centrarse en el segundo

discurso, el de su negación como sujetos históricos, y mostrar algunas de las claves de su elaboración. Ello requiere realizar una reflexión general sobre la construcción en el tiempo de esa concepción negativa de lo indio y esto, a su vez, implica necesariamente analizarla en un contexto nacional en el que lo indígena es un ingrediente más junto a lo mestizo y lo blanco. Por tanto, el abordaje de la narración de los estereotipos raciales conlleva un análisis de las maneras en que los relatos historiográficos posindependencia establecieron una jerarquía de papeles sociales en torno del tema de quiénes debían construir la nueva nación.

En la medida en que la historiografía escrita en el siglo XIX contenía las necesidades de legitimación de los estados nacionales y la urgencia de construir identidades colectivas que diesen cohesión a las nuevas sociedades, también asentaba los cometidos y las responsabilidades de los diferentes grupos sociales en dicho proceso. Como al hacerlo fundaba tradiciones y generaba un imaginario colectivo, los estereotipos de lo indio o de cualquier otro actor social creados por circunstancias históricas concretas, coyunturales y grupales, fueron quedando fijados en el tiempo y convertidos en "verdades" inalterables. Esta conversión de un prejuicio o un interés personal en una certeza inobjetable estuvo relacionada con el hecho de que la historia escrita en el siglo XIX partía de la premisa de que los acontecimientos estaban dotados e investidos de vida propia, al margen del historiador, que sólo cumplía la tarea de recuperarlos, expresando con ello no sólo la "objetividad" del pasado sino también la suya propia.[7] La historia, con su discurso de "la verdad" de la nación, era muy atractiva para proyectar por medio de ella diversos intereses grupales y sociales, concebir el origen de las repúblicas, dotarlas de una genealogía gloriosa y crear un sentido de nacionalidad.[8] Su escritura se convertía en una manera de participar en la construcción de las nacientes repúblicas,[9] lo que transformaba al historiador en "un padre de la patria historiográfica",[10] que recogía los acontecimientos del pasado para que la posteridad pudiera conocerlos. A esas concepciones de "verdad" y de "responsabilidad patriótica" se sumaba el que los historiadores, bajo el doble peso de la tradición ilustrada y del historicismo positivista, concebían que el desarrollo del presente y del futuro nacionales dependía de las experiencias históricas del pasado, ya que el conocimiento de éste ayudaba a lidiar con los hechos venideros. Asimismo, también creyeron en un programa maestro de organización social que mostraba en distintos lugares características de diferentes etapas, pero todas dentro de un modelo de evolución único y constante. Dado que consideraban su propia historia como una extensión de la europea y a Europa el punto final del camino, juzgaban que las naciones habían

progresado o se habían desarrollado en la medida en que iban pareciéndose más a ella. Y cuando el bienestar y la prosperidad anhelados tardaron en llegar, se vieron obligados a explicar el fracaso o la tardanza en la europeización.

Por lo anterior, si en un inicio rearticularon la experiencia histórica nacional en términos de un legado colonial que se debía negar y de una etapa revolucionaria que debía reivindicarse por contener las semillas sobre las que se construiría la patria, años después se interrogaron sobre a dónde iba la nación. Con ello se centraron en la calidad moral de sus poblaciones conforme el supuesto de que la historia era un movimiento continuo hacia la realización del bienestar general, pudiéndose éste retrasar por la naturaleza del pueblo. Tal concepción llevaba implícita la condena de los obstáculos que se presentaban antes de llegar a una civilización compleja y deseable, siendo principalmente objeto de su censura los resabios tradicionales populares. Catalogados de lesivos por retrógrados, hubo un esfuerzo de marginación en la construcción del entramado nacional de todo aquello o aquellos que fueran sospechosos de arcaísmo y de antiguo régimen, es decir, de pervivencia del legado colonial. Este rechazo se entendió contra España y contra lo arcaico que ésta había generado en América. SÍ tras la independencia siguieron considerándose europeos gracias a España, también sus problemas se los debían a ella, por lo que a medida que aumentaron las dificultades en la construcción nacional, más se denostó la herencia hispánica. Además, el que todo lo alejado de la modernidad europea significara barbarie y retroceso supuso que a lo largo del siglo XIX las clases populares fueran quedando al margen del imaginario nacional o fueran incorporadas en un papel subalterno, con lo que se produjó una serie de rupturas y exclusiones narrativas dentro del concepto de lo nacional.[11]

Según el supuesto de que el legado colonial amenazaba la coherencia ideológica del proyecto liberal y entendiendo la asunción de la independencia como el inicio de una vida nacional abocada al progreso, muchos intelectua les escribieron historia y biografías políticas protagonizadas por los líderes-héroes que habían facilitado dicho bienestar. A partir de ellas, del relato sobre cómo habían sucedido los acontecimientos y sobre sus protagonistas, establecieron quiénes eran los artífices de la nación y quiénes debían quedar marginados de su dirección. Tal ordenamiento del pasado estuvo moldeado por las interpretaciones y por los valores que suscribían los escritores. Y ese hecho, en vez de subrayar su subjetividad en la escritura del pasado, los condujo a atribuirle una uniformidad que armonizaba con sus intereses, más que con las experiencias sobre el mismo. Así, aunque cada autor ensalzó a diferentes gobernantes según fueran sus convicciones, posiciones y deseos políticos, todos coincidieron en que las hazañas de las figuras culminantes de la historia nacional constituían las

acciones de la historia, mientras que los otros factores y actores históricos simplemente las ambientaban. Con ello desarrollaron un discurso elitista del discurrir histórico nacional en el que los individuos intervenían y obraban en el pasado según la importancia social que se les quisiera dar en el presente. Es decir, en la narración histórica quedó sintetizado no sólo el estilo de vida de la minoría como si ésta representara a la mayoría, sino fundamentalmente la jerarquía de poder que deseaba desarrollar en su proyecto de nación. El lema fue: "A más protagonismo histórico, mayor capacidad de decisión política."

Pese a las sinceras veleidades de los historiadores de ofrecer a la posteridad Kla verdad" del pasado, lo que en realidad brindaron fiie la extrapolación de su percepción pública y de su cosmología grupal. Y dado que ésta no sólo podía orientar y formar las percepciones de los lectores, sino que lo hizo, este texto se centra en los relatos de nación realizados por historiadores y literatos con dos propósitos básicos. Se busca mostrar, primero, cómo la historiografía boliviana recreó una identidad nacional que conllevaba una jerarquización social de sus habitantes en su participación en el diseño del país; segundo, que tal jerarquización se construyó a partir de la elaboración de tópicos sobre cada grupo social en la que confluyeron formas sociales y organizativas del periodo colonial e imperativos de gobernabilidad republicana con premisas doctrinales del constitucionalismo, del republicanismo oligárquico, del liberalismo y de las vanguardias científicas; y, tercero, que tales tópicos, a pesar de responder a contextos históricos determinados, tuvieron tal trascendencia que su influjo se prolongó en el tiempo tornándolos en "verdades" consustanciales a la naturaleza de los grupos afectados. Por tanto, con la intención de incidir en el proceso de elaboración historiográfica de tópicos, prejuicios o estereotipos sociales, las preguntas que articulan el texto son: ¿quiénes tenían que liderar la construcción nacional?, ¿en qué grado debían hacerlo? y ¿de qué forma lo ejecutaron?

Dado que este fenómeno historiográfico de recreación identitaria conllevó a la larga una etnificación política de la historia, se tratará de resolver los interrogantes mencionados teniendo en cuenta la naturaleza cambiante de la progresiva estigmatización de las categorías de indio y de mestizo frente a la de blanco. Aunque estas nociones no son objetivas, sí cumplieron en el tiempo con funciones objetivas.[12] De ahí que sea ambición de este texto señalar cómo mucho de lo que actualmente se dice y se escribe sobre los individuos englobados en ellas, respondió a lógicas de poder del siglo XIX y de comienzos del siglo XX. Éstas han desaparecido, pero no así sus efectos al ser recreados una y otra vez los diferentes clichés étnicos no sólo por los medios de comunicación, sino también por el mundo académico. Con el fin de concretar esa afirmación, el

texto se organiza en tres partes que abordan, el origen de los males nacionales, los problemas de la república tras la guerra de independencia y el proceso narrativo de etnización de éstos. Aunque éste es un texto sobre la historiografía del siglo XIX, el periodo cronológico escogido va desde 1825 hasta 1922, fecha en la que se publicó *Historia General de Bolivia* de Alcides Arguedas. La razón de ello ha sido que a este autor y a otros escritores coetáneos se les reconoce como los responsables de asentar la tendencia de explicar los males de Bolivia en clave racial.[13]

Debido a que, como señala Fernando Unzueta, "el estudio de la historia está ligado a la construcción discursiva de la nación y la novela está dedicada a representar la historia, costumbres, ideas y sentimientos de las nuevas sociedades del continente en un proceso de producción imaginativa de sus comunidades nacionales",[14] los autores seleccionados son tanto historiadores como literatos. En todos los casos, el desempeño de papeles activos en la formación y en la administración de las instituciones nacionales,[15] los convirtió tanto en objetos de la historia como en sujetos o agentes que podían escribir sobre el discurrir de sus naciones y orientar su destino.[16] En calidad de historiadores figuran Manuel Sánchez de Velasco (1784-1864), Manuel José Cortés (1811-1865), Ramón Sotomayor Valdés (1830-1903),[17] Gabriel René Moreno (1836-1908)[18] y Alcides Arguedas (1879-1946),[19] quienes, a su vez, recogieron en su obra las referencias historiográficas de Luis Mariano Guzmán (1820-1886), Manuel María de Urcullu (1785-1856), Miguel María Aguirre (1798-1873), José María Santibáñez o Juan Ramón Muñoz Cabrera (1819-1869).[20] A ellos se unen ensayistas políticos como Rigoberto Paredes (1870-1950), Juan Francisco Bedregal (1883-1955), José Salmón Ballivián (1881-1963), Manuel Vicente Ballivián (1848-1921), Bautista Saavedra (1869-1939), Octavio Salamanca (1873-1953) o Carlos Romero (1888-1962). Con independencia de que unos autores sostuvieran que los hechos hablaban por sí mismos y que otros confiasen en la intuición, la imaginación y la perspicacia para construir los estudios del pasado, todos ellos fueron definidos como historiadores apegados a la labor de archivo e investigación propugnada por la escuela positivista, y creyentes en que la historia poseía una visión moral y pedagógica, con o sin connotaciones religiosas.[21] En cuanto a los literatos, se hace referencia a novelas de Vicente Ballivián (1810-1891), Bartolomé Mitre (1821-1906), Nataniel Aguirre (1843-1888), Alcides Arguedas, Demetrio Canelas (1881-1864), Enrique Finot (1890-1952), Armando Chirveches (1881-1926) o Gustavo A. Navarro (Tristan Maroff) (1898-1979). En palabras de Aguirre, la novela no sólo debía usarse como un género auxiliar de la historia, sino como impulso y complemento de ésta.

Proporcionaba “detalles interesantes, un reflejo de antiguas costumbres, otras cosillas”, en fin, todo aquello de lo que “no se ocupan los graves historiadores”,[22] pero que contenía los ingredientes básicos de la nacionalidad. El reconocimiento de lo cotidiano y de lo no contado como factores imprescindibles en la definición del ser de Bolivia, hacía de la literatura un sustituto de la historia en la narración del pasado, convirtiéndola en un instrumento de construcción nacional. Como consecuencia se dio la conversión de la novela en la portadora de una verdad histórica. A medida que era revelada, asentaba los fundamentos de la nación futura porque el conocimiento del pasado develaba cómo debía ser idealmente el presente.[23]

EL ORIGEN: EL “HECHO COLONIAL”

Todos los autores escogidos coincidieron en percibir y pensar el “hecho colonial” —la ocupación y la modificación europeas del continente— como una esencia o un fundamento configurador de la historia republicana. Esta centralidad del “hecho colonial” tuvo dos expresiones historiográficas: ruptura y herencia. Mientras la ruptura hacía referencia a los cambios de titularidad colectiva del poder y a la configuración de nuevas sociedades, la herencia se centraba en las permanencias y las inercias. De los diversos acontecimientos históricos, la independencia representó un momento fundamental en el que el “hecho colonial” en su doble dimensión de ruptura y herencia se hacía presente y mediatizaba la mirada historiográfica. El carácter fundacional de la independencia impuso una forma concreta de percibir y contar el pasado que, aunque estuvo definida por el tipo de presente que se deseaba construir —ruptura—, también lo relataba a partir del pasado (o la experiencia colonial) que quedó identificado como aquello frente a lo que se reaccionaba o se debía reaccionar —herencia—. En consecuencia, desde la perspectiva de la elaboración de un relato histórico, el acto independentista se convirtió en un eje de inflexión, cuyo resultado fue que la historia precolombina, la historia virreinal española y la historia republicana de América resultasen en gran medida escritas desde los prejuicios, tópicos, imperativos e intereses nacionales que imponía la aparición de naciones independientes. ¿Cómo se calificaba la colonia a partir del acto independentista? y ¿qué actores históricos lo hicieron posible?, son las dos preguntas que organizan este primer apartado sobre el modo en que la memoria nacional del “hecho colonial” ha condicionado las aproximaciones a la historia boliviana.

Respecto al legado colonial, Manuel Sánchez de Velasco calificaba la fecha del 25 de mayo de 1826, como un día de gloria para Bolivia porque "se reunió la augusta representación nacional para constituir un pueblo libre que había luchado más de quince años por romper las cadenas que lo oprimían". Gracias a la independencia, los bolivianos obtendrían las virtudes que les faltaban, aumentaría la civilización y ésta engrandecería "las ciudades y [...] las fortunas", dándose por finalizado "el entorpecimiento de la razón" a que estaban sometidos.[24] Manuel José Cortés declaraba que "la esclavitud no tiene historia" y que sólo "con la libertad hacen los pueblos suyo el elogio o el vituperio y cargan con la responsabilidad de sus acciones", de manera que la historia de los países hispanoamericanos únicamente podía comenzar con el relato de la guerra de independencia. Su origen no estuvo en la invasión napoleónica de la península, sino en la "desigualdad establecida entre españoles y americanos, las rentas ingentes de la América empleadas en provecho ajeno, las trabas del comercio *y* las demasías de todo género". Sin embargo, aunque para la independencia bastaba la acción, para la libertad eran necesarias "las instituciones, las costumbres profundamente arraigadas en el pueblo, las luces derramadas con profusión". Si éstas tardaban en llegar a Bolivia, la razón residía en los trescientos años de opresión española.[25] Ramón Sotomayor Valdés opinaba que "las colonias sufrían de su grado el yugo de la metrópoli". Habían optado por las juntas movidas por su seguridad y por lealtad a España, de manera que sólo terminaron independientes debido a que las autoridades establecidas "apellidaron insurrección y deslealtad el esfuerzo con que los americanos procuraron poner su suerte y sus destinos fuera de las fluctuaciones de la madre patria". Pese a tal lectura, coincidía con Cortés en que la dominación española había mantenido ignorantes a los americanos en "la conciencia de sus derechos, las ideas de soberanía y de buen régimen de gobierno, de unidad de miras y deseos a que es consiguiente el acuerdo en la acción". Con ello reconocía que la gran revolución hispanoamericana había conducido a la mitad del nuevo mundo "a la emigración e industria del antiguo y al ensayo de los gobiernos democráticos".[26] Si bien Gabriel René Moreno también señalaba que "los naturales, sin distinción entre indios, mestizos y criollos, amaban en el Alto Perú a la madre patria y la generalidad estaba contenta con su dominación el año 1808", incidía en la idea de lo negativo del legado español, al decir que la colonia había dado a los americanos "el espíritu de obediencia ciega, el hábito de abdicar la iniciativa personal en punto a trabajo y con respecto a la cosa pública, para esperarlo todo de la autoridad".[27]

La vinculación de "hábitos de esclavitud y humillación" con el pasado

colonial presente en los textos históricos, quedaba escenificada en el romance de *Soledad*,. Ubicada en la Bolivia de 1826, la novela narra una historia de amor en una hacienda de La Paz. La protagonista, Soledad, a causa de la pérdida de la fortuna familiar por la filiación patriótica de su padre durante la guerra, fue obligada por su madre a casarse con don Ricardo, un viejo español realista. Éste, en su anhelo de ser amado por la joven, ejercía actos de tiranía contra ella, quien se defendía "conservando la dignidad de la víctima". La tristeza y la desesperanza de su vida la habían tornado vulnerable al acoso sexual de Eduardo, sobrino de unos vecinos amigos de la familia, quien antes había seducido a su prima Cecilia con promesas de matrimonio que no quiso asumir cuando ésta le comunicó su embarazo. Pero a punto de convertirse en una víctima de su seducción, Soledad fue salvada gracias a la llegada a la hacienda de su primo, Enrique, un capitán patriota colaborador del general Lanza. Aunque había estado comprometida en matrimonio con él desde niña, tal lazo se había roto cuando él, de muchacho, se marchó para luchar por la independencia de la patria. A su regreso, consciente de que la situación de su prima se debía en parte a su marcha a la guerra, Enrique no sólo impidió que Soledad sucumbiera al acoso amoroso de Eduardo, sino que también ayudaba a éste y a Cecilia a resolver sus problemas. Al primero le instaba a descubrir su amor por la segunda y, con ello, a cumplir sus promesas matrimoniales, y a ella, al salvarla del suicidio en el estanque, a que no mancillase su entorno familiar y a que pudiera convertirse de nuevo en madre de bolivianos. Tales actos de protección y rescate convertían a este personaje, denominado en el capítulo décimo "el ángel de la guarda", en un redentor de su medio enviado por la Providencia. Representaba la fuerza revolucionaria que salvaba a las fuerzas de la nación, concentradas en los tres jóvenes —Soledad, Eduardo y Cecilia—, de su injusto destino en caso de no mediar los efectos regeneradores de la Independencia y del compromiso refundador de construir una nueva patria. En Soledad, atada en vida a un viejo, liberaba a Bolivia de las inercias de los antiguos, caducos e ilegítimos vínculos que había generado la experiencia colonial; en Eduardo, con su conducta disoluta, denunciaba el riesgo a la indolencia de los criollos para que se avergonzasen de ello y asumiesen su liderazgo público frente a la sociedad; y, por último, en Cecilia, presa de una pasión amorosa inocente pero irresponsable, mostraba los peligros de sucumbir a los excesos y a los engaños de los demagogos. Esta triple ruptura (con el pasado, con el vicio moral y con la traición), por la acción benefactora de la independencia, hacía realidad la posibilidad de un progreso nacional predeterminado. Las palabras de don Ricardo en su lecho de muerte, bendiciendo el amor de los dos primos y pidiéndoles perdón por obligar a Soledad a supeditarse al amor insensato de un

viejo, revelaban el triunfo de la nueva república que al proyectarse sobre el futuro negaba un “paternal” sistema colonial despótico. De hecho, la novela, terminada de escribir en 1845, insistía en que lo sucedido en 1826 no podría volver a darse, porque “entonces Bolivia no era lo que es hoy; una nación que no comprende ni puede comprender otro sistema que el representativo republicano”.[28] Con ello ofrecía una lectura positiva del presente, en la que el progreso histórico había vencido los obstáculos que se interponían en el desarrollo del futuro de la república, imponiéndose una visión teleológica y romántica del discurrir histórico.[29]

Todos los autores escogidos coincidieron en asumir que la independencia fue, primero, un acto históricamente necesario e inevitable que surgió debido a los sentimientos nacionalistas manifestados a lo largo del periodo colonial y, segundo, un movimiento de liberación nacional contra el despotismo y la opresión metropolitanos. En contrapartida, la colonia era presentada en términos negativos al reducirla a un lastre que impedía el desarrollo de la nacionalidad. La conversión de lo español en un legado poco deseado revelaba una construcción histórica en la que el pasado, en vez de proporcionar los orígenes de la nacionalidad como en Europa, representaba una situación en la que ésta había sido sojuzgada por un sistema colonial que limitaba su desarrollo y su continua marcha hacia la libertad. De manera que para llevar a cabo una recreación de la nación que sustentara figuraciones positivas de ésta, era necesario que no se le concibiese sustentada por el suelo ni la historia, sino por el interés en una tarea en común, siendo la guerra de la independencia el escenario de dichas acción y demostración. De ahí que se impusiera un orden de prelación en la responsabilidad de la construcción nacional, de forma que según fuese la naturaleza y la intensidad de la actuación bélica de los diferentes actores sociales, así sería su desempeño en la dirección del discurrir nacional. ¿Pero quiénes eran los actores y qué grado de protagonismo tenían en la construcción nacional?

En opinión de Cortés, durante la contienda independentista “no había casta en rivalidad con otras, no había una sociedad interesada en domeñar o destruir otra sociedad, no había más que principios opuestos y debía vencer el que tuviese de su parte la razón”. De este conjunto social eran los españoles de América, herederos de la sangre peninsular y de “su constancia y su valor heroico”, quienes de modo natural debían asumir su relevo. Llegados a la edad de la emancipación vencían a sus padres, porque “la raza española del nuevo mundo no quería ser dominada por la raza española del antiguo”. No negaba que junto a ellos había combatido “una gran población indígena del Alto Perú”, pero eran

los hijos de los españoles los que la habían ideado y liderado y, en consecuencia, ganado el derecho a asumir la dirección de la nueva nación.[30] La supeditación que debían aceptar los indios respondía a dos razones. Por un lado, éstos habían apoyado al bando patriota por miedo a que con el triunfo de los españoles volvieran "a caer bajo el yugo de hierro que habían detestado en silencio", en vez de hacerlo por un acto de madurez nacional como los criollos. Por otro, en el pasado se habían sublevado contra el poder despótico español, pero como ocurrió en el levantamiento de Tomás Catari, no habían aprovechado esta ocasión para generar una acción conjunta en la que "hubieran invocado en la contienda los intereses de todos los americanos y no solamente los de la raza indígena que parecía amenazar a las otras". Al contrario, su levantamiento había desencadenado "crueldad y furia devastadora indígenas" contra muchos vecinos inocentes.[31] Según Cortés, ese egoísmo de raza explicaría que al iniciarse la vida republicana, los indios permanecieran todavía "completamente separados de la raza de origen español en ideas, sentimientos, costumbres". Su incapacidad para subsumirse en la nación los conservaba ignorantes y, a causa de esa situación, no hacían "valer sus derechos, que no son más que de nombre, y todo el mundo se cree facultado a abusar de aquella clase degradada por nuestra sociedad". Sin embargo, Cortés, confiado todavía en la capacidad de las leyes y de las instituciones republicanas para transformar la sociedad, estaba seguro de que esa "triste condición de los indios no es sino de hecho y la ley tiende a destruir un estado social sobremanera perjudicial para la clase más útil de la República".[32]

Sotomayor escribía que antes de "estallar la gran revolución", el Alto Perú estaba conformado por cuatro grupos. "La nata de esta población" era la raza blanca, "que educada bajo el régimen colonial, calculado para prolongarse indefinidamente", no había tenido la oportunidad ni el estímulo para desenvolver sus más nobles facultades. En pos de ella se situaba la raza mestiza, "fuerte, inquieta, apasionada, despreciadora del indio y émula hasta cierto punto de los blancos". Su instrucción apenas abarcaba las nociones rudimentales de la escuela y su industria se cifraba en las artes manuales más necesarias y en los oficios serviles. Después venía la raza india a la que describía como "supersticiosa, ignorante, disimulada, humilde al fuerte, insolente con el débil, aferrada a sus tradiciones y costumbres" y gravada por el tributo, la mita y otras gabelas más o menos arbitrarias. Aunque la consideraba "el brazo principal de la agricultura, minería y muchas artes necesarias", había desaprovechado los esfuerzos de la metrópoli destinados a que se establecieran escuelas en sus parroquias, debido a que siempre habían mirado la instrucción escolar "con indiferencia y aun con aversión". Por último, estaba "otra grada social, ínfima y era la que ocupaba la

esclavitud, compuestos por individuos de raza africana y mulata”. A consecuencia de la guerra de la independencia hubo una aproximación entre todas las clases sociales, especialmente entre la blanca y la mestiza, que condujo a que ambas se convirtiesen en “los árbitros del país”.[33] Pese a que a los indios podía haberles sucedido lo mismo, esto no ocurrió por tres razones. Primera, no se conmovieron “con motivo de los primeros hechos independentistas”, ya que para ellos la guerra fue una división intestina de familia de sus opresores. Ello no significó que no interviniesen en el conflicto, ya que actuaron de ejército auxiliar tanto en el bando patriota como en el realista. Pero tales colaboraciones no se produjeron porque creyeran en alguna causa, sino porque la guerra sólo les había deparado “mayor opresión, nuevas gabelas y nuevos sufrimientos”. Segunda, no podían hacer causa común duradera con la casta criolla, porque ésta les había esclavizado y explotado “inhumanamente”, de manera que lo único que perseguían “era librarse enteramente de la dominación de una raza que venida siglos atrás de un mundo desconocido, trastornó el patriarcal imperio de los incas y se apropió orgullosa sus inmensas fortunas”. Déspués del fracaso de la gran insurrección indígena de 1780, los indios habían permanecido pasivos con la secreta esperanza de encontrar una nueva y definitiva ocasión para hacer desaparecer a la raza conquistadora en una guerra de castas, y al no encontrarla en la guerra independentista, permanecían expectantes a una nueva oportunidad. Tercera, su condición de vencidos y su empeño en reconquistar la gloria pasada les tornaba tanto en un cuerpo homogéneo para sí y, por tanto, heterogéneo para el resto de la sociedad, como en un colectivo extraño a las ideas nuevas de soberanía popular y de gobierno representativo por su empeño en mirar con desconfianza “la revolución en que tantas y tan hermosas esperanzas cifraron los criollos o descendientes de conquistadores”.[34] De lo anterior se desprendía que los indios no podían formar parte de la dirección nacional a causa de ser una raza vencida en el pasado que, por la experiencia colonial, no supo aprovechar las oportunidades de regeneración ofrecidas por la guerra de la independencia. Su afán conservacionista y su rencor al blanco hacían que tras cuarenta años de vida republicana, este grupo siguiera “colocado en la última grada de la social, sin propiedad y sin cultura, entregado a la más extravagante mezcla de supersticiones paganas y de prácticas cristianas, libre e igual a los demás según la ley, esclavo y el último a todos según el hecho”. Pero Sotomayor, al contrario que Cortés, vistos los antecedentes de resistencia india, dudaba que la acción benéfica de leyes e instituciones por sí misma rescatara a esta población de su condición de servidumbre. De ahí que fuese partidario de las medidas discutidas en la década de 1860, referentes a preparar “la regeneración de la raza indígena

hasta incorporarla como un elemento vivo y fecundo en el nuevo sistema de vida política y social engendrado con la independencia".[35]

Moreno también hacía hincapié en la imposibilidad en el Alto Perú de alianzas en pos de una homogeneidad nacional por medio de la guerra de independencia, porque todas las razas desconfiaban unas de otras y las clases ilustradas no lograban "disipar las aprehensiones del vulgo".[36] De hecho, la guerra dio oportunidad a que las castas mestiza e indígena pudieran intervenir en la construcción nacional. Pero tal opción fue viciada por éstas, debido a su incapacidad "para comprender y practicar los deberes republicanos". Y ello complicaba la formación de un verdadero pueblo soberano, al dominar la escena política dos fuerzas sociales: la soldadesca pretoriana y la plebe proselitista.[37] Esta etnificadón de la vida política desde 1808 fue reiterada y recreada por Alcides Arguedas. Según él, salvo la élite blanca "el resto de la población permanecía ajena a toda idea de cultura e ilustración [...] casi sin cabales nociones de las corrientes de ideas y propósitos que circulaban por el occidente civilizador". Aunque a este grupo se debió el liderazgo para librarse de la tiranía española, durante el conflicto otros sectores, como la casta mestiza que recibía del indio "su sumisión a los poderosos y fuertes, su falta de iniciativa", tomaron una importancia equivocada de su fuerza. En los momentos de constitución de la nacionalidad carecía de verdadera importancia y su rol era secundario en los movimientos de opinión o en las actividades económicas del país. Empero, para sostener la guerra, se hizo necesario mimarla, adularla y prometerle "toda suerte de beneficios despertando en ella la vaga noción de su valor como unidad y el concepto todavía confuso de su fuerza". La preponderancia adquirida por los mestizos había reducido la historia de Bolivia a "la del cholo en sus diferentes encarnaciones, bien sea como gobernante, legislador, magistrado, industrial y hombre de empresa", siendo, en consecuencia, la "mestización" el fenómeno que más se había desarrollado durante el siglo XIX y por el que se explicaba el retraso de la república. Pero éste, pese a que se sintetizaba en lo mestizo, tenía en lo indio gran parte de su origen, ya que su barbarie y su salvajismo, sin los correctivos de la inmigración, habían impedido desde un comienzo el "poder constituir una nueva nacionalidad positiva".[38]

En *Juan de la Rosa*,[39] Nataniel Aguirre popularizaba una lectura de la guerra de la independencia acorde con las visiones de Cortés y Sotomayor en lo relativo a la contribución criolla, pero contraria a Moreno y Arguedas al postular el mestizaje como el elemento integrador de la nacionalidad.[40] En la novela se ofrece un proceso por el que acciones, meritorias o vergonzosas, ocurridas en el pasado, tienen capacidad de proyectarse en el presente y transformarlo. En este

sentido, el conocimiento del pasado, de la historia, se torna el elemento imprescindible para la correcta definición de una identidad nacional. Entre las múltiples revelaciones que contenía el relato de acontecimientos pasados, destaca la referida a quienes hicieron posible la independencia. Este aspecto era fundamental porque en la novela sólo aquellos que habían demostrado talento y conducta patriótica eran reconocidos como capaces para dirigir la nación futura. Mediante una descripción, en términos étnicos, del comportamiento grupal de los distintos actores sociales, Nataniel Aguirre determinó quiénes serían los ciudadanos de la Bolivia renacida tras la guerra del Pacífico. Para reconocerlos, estableció una correspondencia directa entre su actuación en el pasado y las responsabilidades públicas y políticas en el presente. No sólo se trataba de situar a cada sujeto histórico en el lugar que le correspondía por los actos que ejecutó, sino de definir también su futuro en virtud de las responsabilidades y acciones asumidas en el pasado. El argumento que subyacía en esa selección fue que únicamente aquellos que hicieron posible la independencia demostraron las cualidades y el valor necesarios para volver a construir la nación.

Si bien en *Juan de la Rosa* la independencia aparece como un logro colectivo, no todos los participantes tuvieron la misma responsabilidad en su conquista. Los principales artífices fueron los criollos y los mestizos letrados.[41] Estos últimos se diferenciaban de la “multitud” o “pueblo” —moralmente débil, carente de ética y disciplina, presa fácil del fanatismo y tendente a un bullicio agresivo que le llevaba a apedrear las casas de los chapetones o de personas sospechosas de serlo al grito “Que se mueran..y más tarde a escapar de la batalla cobardemente—, porque el conocimiento de la escritura les permitió rebelarse y mostrar un comportamiento patriota. Precisamente, gracias a ello, representaban la fuerza moral que podría guiar y canalizar la energía de la multitud. Por tanto, su calidad de individuos letrados (lectores y escritores) no sólo los convertía en una minoría con el valor y el honor de los hombres-ciudadanos para encarar la historia y hacer la nación, sino que los convertía en los responsables de formar ciudadanos que crearan la nación futura. Ese fue el caso del pariente del protagonista Juancito, Alejo Calatayud, “un joven de 25 años, de sangre mezclada como ellos, oficial de platería, excepcionalmente enseñado a leer y escribir por su padre, o tal vez como tú, por algún bondadoso fraile”, y autor de la rebelión de 1730, “un heroico y prematuro esfuerzo”. Alejo Calatayud fue acusado de atreverse “a llevar en la mano el bastón que no corresponde a los de su clase” y de “no inclinar la cabeza ante los predilectos vasallos del rey nuestro señor”. Sin embargo, el hecho de que poseyera un “sentimiento profundo de la igualdad humana”, capaz de hacerle decir que se comportaba así porque era “tan hombre como ellos mismos”, con “fuerzas para proteger a mis hermanos

desgraciados”,[42] llevó a Aguirre a considerarlo como un primer patriota. Al hacer esto, lo señalaba como diferente al resto de sus iguales por casta, es decir, como uno de los pocos mestizos que podía trascender su origen y convertirse en élite. Si bien él no lo logró por su muerte prematura, su descendiente Juancito sí podría conseguir ser líder gracias a sus inquietudes intelectuales.

Ante esa clasificación, la pregunta que se impone es ¿por qué el novelista vinculó secuencialmente con la independencia rebeliones realizadas por mestizos y no consideró antecedente de la misma las sublevaciones indias de 1780? Se destaca este tema porque en el proceso de refundación nacional promovido en la novela, la población indígena quedaba al margen y no se le reconocía como coautora de la nación futura. ¿Por qué ocurría eso? En un ensayo sobre Simón Bolívar, publicado en 1883 tras su participación en un concurso organizado por el presidente Narciso Campero con ocasión del centenario del nacimiento del prócer caraqueño, el novelista mencionaba las acciones de rebeldía de José Gabriel Condorcanqui y Tomás Catari, pero sin interpretar la sublevación de indios “desde Cuzco hasta Jujuy” como un movimiento precursor de la independencia. La razón era que, aunque los líderes indios quisieron “hacer partícipes de tan grande pronunciamiento a criollos y mestizos”, les fue imposible “dominar los odios de las razas enconadas y divididas por el régimen colonial”.[43] En *Juan de la Rosa* se reiteraba el argumento sobre “las sangrientas convulsiones en que la raza indígena ha querido locamente recobrar su independencia, proclamando para perderse sin remedio, la guerra de razas”.[44] Al ser concebidas las iniciativas de la población india en términos de “guerra de razas”, eran imposibles de conciliar con los proyectos de otros sectores sociales, ya que estaban pensadas en términos de ruptura con el resto de la sociedad. En su ideario no estaba presente la unión de los americanos sino su desunión étnica. Ello tornaba al movimiento indio ajeno a la independencia, porque contradecía los principios de fraternidad y hermandad futuras insertos en ella. Como resultado, esta población quedaba excluida del diseño de la nación futura, ya que había demostrado ser incapaz de propender a la uniformidad y había defendido sólo la segregación en un momento en el que debía primar una propuesta de unidad y conciliación: “no se debe matar a nadie cuando se va a hacer vivir a la patria”.[45]

Si bien Aguirre no admitía la ingerencia política de los indígenas por considerarla destructora de la nación, sí abogó por su futura incorporación a la ciudadanía, siempre y cuando asumiesen un papel secundario y actuaran con la tutela de aquellos que sí entendían la nación como un proyecto de concordia. Esto podría suceder siempre y cuando se aboliese el tributo “del que nace su tal

vez incurable abyección” y los privilegios corporativos representados por las comunidades, responsables de “la mayor degradación de los indios llamados forasteros, la holganza de los comunarios y el empobrecimiento general del país”.[46] El autor defendió un tipo de incorporación tutelada,[47] porque reconocía que hubo presencia india en las guerras independentistas, ya fuese como simples espectadores que asistían a los héroes en la hora de la muerte, o como comparsas movilizadas por los hacendados. En definitiva, la población india sería integrada a la nueva nación, pero no podría marcar su ritmo formativo: primero, porque el odio acumulado le impediría convivir en términos políticos con el resto de los bolivianos y a la larga promovería su destrucción; segundo, porque al ser una “pobre raza conquistada”, reducida a “la condición de bestias de labor”, el sufrimiento había desarrollado en ella hábitos de indiferencia, había perdido su capacidad de pensar y, por consiguiente, carecía de la voluntad y la pasión históricas necesarias para gestar una nación; y, tercero, había olvidado el dominio de su propia lengua y su torpe manejo del castellano no le permitía aún su conversión en letrada.[48] Tales argumentos explicaban también por qué el mestizaje, pese a su aparente connotación positiva, revelaba una necesaria jerarquización racial en la que la contribución criolla “blanca” al mismo, era vista como superior a la indígena.[49]

De las lecturas citadas se desprende que, aunque la independencia fue ante todo una gesta criolla, su acción permitió la liberación de los grupos oprimidos por los españoles, como la población indígena y la de origen africano. Sin embargo, el hecho de ser salvados, colocaba a estos dos grupos en una posición de subordinación que quedaba legitimada por su ignorancia, su atavismo y su falta de solidaridad nacional. Si bien se reconocía que tales taras estaban relacionadas con la situación de esclavitud y humillación a que fueron sometidos por el conquistador español, también se señalaba que la conquista los había degenerado de tal modo que su fuerza vital había quedado inhabilitada para liderar cambios políticos. En ese estado sólo les quedaba asumir la preeminencia natural de los herederos de los conquistadores y subsumirse progresivamente en su proyecto nacional. Henri Favre, en su excelente estudio sobre la importancia concedida por el pensamiento bolivariano a la América indígena, recogía ese mismo argumento al mostrar cómo Bolívar, tanto en la *Carta de Jamaica* como en el *Discurso de Angostura*, convertía a los criollos en los herederos del legado español en América. Los derechos que tenían en América venían de España y procedían de la conquista. Éstos podrían serles disputados por los naturales del continente, los indios. Sin embargo, tal acto no podía producirse porque los últimos habían sido aniquilados, no teniendo las víctimas de la expoliación

descendientes ni sucesores. En consecuencia, gracias a la rebelión de los criollos contra la metrópoli (la independencia), ellos recibían la posesión del continente americano que los españoles conquistaron. Aunque no era una posesión legítima por ser obtenida a la fuerza, los criollos podían gozar de ella sin temor ni riesgo, ya que los primitivos dueños habían muerto o habían sido esclavizados, perdiendo toda capacidad de reivindicación y liderazgo.[50]

Ahora bien, los indios no estaban muertos, formaban un alto porcentaje de la población americana y habían demostrado en numerosas ocasiones su capacidad para defenderse y reivindicar derechos usurpados. Como tal situación no sólo se había evidenciado cotidianamente durante la colonia,[51] sino que a lo largo de la guerra se habían sucedido numerosas ocasiones en que la población indígena había demostrado madurez e iniciativas políticas, era preciso asentar una narrativa nacional que colocara a los criollos en una posición de ventaja y legitimidad ante las posibles reclamaciones de otros colectivos acerca de la dirección en el discurrir nacional. En auxilio acudieron la Historia, en su calidad de ciencia de la "verdad", y la Literatura, en tanto generadora de alegorías sobre la misma, mediante una narrativa múltiple de descalificación de los contendientes que desafiaban su hegemonía.

Antes de recrear los componentes de ese discurso, es preciso señalar que no se articuló como tal y actuó con toda contundencia sobre el sentir general de la sociedad hasta avanzada la segunda mitad del siglo XIX. Ello no evitó que desde inicios de la república estuvieran presentes variados ingredientes de descalificación, destinados a disciplinar socialmente a los sujetos nacionales sobre el lugar y la función que cada a uno le correspondía en la nueva nación. El resultado fue que a lo largo del siglo XIX el protagonismo político del "pueblo" experimentó en la definición nacional, tanto un proceso de reduccionismo étnico o de étnización de los grupos sociales, como otro de degradación discursiva. El pueblo dejó de entenderse como el conjunto de personas que componían la nación y se dividió entre el "verdadero pueblo" y la plebe. El primer término englobaba a una población de fenotipo múltiple, pero socialmente considerada como blanca, en su mayor parte consciente de las obligaciones nacionales. El segundo se refería a la gente común y humilde que integraba el país y que se había deslegitimado como pueblo soberano por estar a merced de sus pasiones personales y grupales, siendo esta población de baja extracción social asociada a lo mestizo y, sobre todo, a lo cholo. Calificada de "canalla o populacho" y descrita como ignorante, fácil de corromper y débil ante los demagogos, fue por tales atributos culpada, primero, de la ingobernabilidad boliviana y, más tarde, responsabilizada de la degeneración nacional.[52]

Pero mientras a este sector se le reconocía una notable centralidad en la construcción nacional, se asumió que la población indígena fue un actor histórico contrario al progreso del país y, por tanto, a la posibilidad de existencia de éste. Es más, se le consideró una amenaza a la civilización por su incapacidad para subsumirse en un proyecto colectivo nacional. De ahí que el argumento central de su descalificación pública girase en torno de negarle toda aspiración de poder o toda aptitud para ejercerlo. Para apuntalarlo aparecieron tres subargumentos. El primero se basaba en el contraste entre dos tipos de indio a los que había que proteger y tutelar. Por un lado estaba el indio desventurado, pariente del indio idealizado, objeto arqueológico o etnológico alejado en el espacio y el tiempo, el salvaje de carácter apacible que no pretendía la autoridad porque ni la ambicionaba ni creía poder ejercerla y sólo deseaba la paz de los suyos.[53] Por otro lado, el indio criminal, un sujeto histórico al que se veía como un ser bárbaro, ignorante, mancillado y sin principios morales que lo guiaran. El segundo subargumento los denostaba, tildándolos de ser un sujeto colectivo interesado únicamente en la conservación de sus privilegios corporativos. Este mantenimiento de la personería jurídica de las comunidades indígenas que protegía la propiedad indivisa e inalienable de sus tierras era contrario al desarrollo económico del país, porque equivalía a conservar la holgazanería y demás vicios, ya que el usufructo desalentaba el trabajo. Y el tercer subargumento se centraba en el principio de que los indios jamás consentirán en disolverse en una unidad nacional. Ello se debía a una historia de tres siglos marcada por la opresión y la explotación coloniales a las que habían cooperado los criollos. El recuerdo mantenía al indio en el rencor y el odio hacia el blanco y contribuía a encerrarlo en su etnicidad, como si la naturaleza enfrentara a indios y a criollos de manera irremediable.[54]

A esta percepción habría que añadir el peligro de la reincidencia. A lo largo de la contienda independentista, los indios no sólo apoyaron en muchos casos a los realistas y se involucraron en favor del proceso constitucionalista español que favoreció formas de autogestión comunitario por medio del municipalismo, sino que para sorpresa de los patriotas no tuvieron el interés esperado por la independencia y sus promesas liberadoras. De ahí que en la narrativa de descalificación mostrada, se subrayara de manera insistente su alineación y la consiguiente orfandad y necesidad de defensa frente a ésta. No se les podía definir como el enemigo, debido a que la emancipación se legitimaba en parte por la liberación indígena del yugo español, pero sí se podía contrarrestar su capacidad de modificar el curso de los acontecimientos con un discurso sobre su minusvalía. En este sentido, paradójicamente, los decretos de Bolívar, al incidir

en la igualdad ante la ley en contra de la protección jurídica a que estaban sujetos los indios, significaron un modo de control y deslegitimación de su conducta nacional. Aunque abrieron la posibilidad de una integración pública que implicaría la desaparición de fronteras étnicas, también supusieron hacer oídos sordos a formas de convivencia política que habían demostrado ser compatibles con el constitucionalismo gaditano y evolucionar políticamente por medio del mismo, pero que implicaban asumir que los indios estaban en una dimensión de igualdad en la construcción nacional, que los criollos no parecían dispuestos a aceptar. En realidad, aunque las iniciativas de Bolívar pronto quedaron en desuso y durante los primeros años republicanos hubo una concepción cívica de la ciudadanía, que favoreció el corporativismo en términos de servicio a la patria, en la segunda mitad del siglo XIX volvieron a reaparecer y se impusieron en nombre del progreso de la nación. A partir de ese momento el indio quedó naturalizado en su etnicidad y se le negó toda condición de copartícipe en la construcción nacional.[55] Veamos ese proceso con mayor detenimiento.

LOS MALES DE LA GUERRA

Si la colonia había imbuido el espíritu de los americanos del hábito de la esclavitud, ¿qué trajo la independencia? En la novela *Soledad*, el realista don Ricardo preguntaba:

> ¿Dice usted que hemos ganado en el cambio de cosas que se ha ejecutado?, y ¿qué hemos ganado? ¡Pasar a ser esclavos de otros tiranos mayores que los que teníamos antes, que disponen a su antojo de nuestras vidas y propiedades; tener derechos escritos en el papel, siendo la voluntad del caudillo la única que impera; entrar en el camino del desorden y la anarquía en vez del de los adelantos y las mejoras y, por último, ser una nación soberana e independiente sólo para buscar querellas con nuestros vecinos! Vivimos en medio del desorden, la pobreza y la sangre.[56]

Los temores del realista hallaban justificación en *Claudio y Elena* de Vicente Ballivián. La historia de la novela transcurría en la Grecia que luchaba por su libertad en el siglo XIX. Allí, Claudio mantenía una relación de amor con Elena, casada con un viejo soldado. El sacrificio de la protagonista al contraer matrimonio con Rodolfo, para recompensar su patriotismo, resultó ser estéril e innecesario cuando descubrió que él, en vez de un “hombre virtuoso”, era un individuo “sujeto a la avaricia”. Su heroísmo no había sido impulsado por amor a la patria, sino por “el botín del enemigo”. El posterior asesinato de Elena por su esposo, cuando supo que ella había decidido abandonarlo a causa de su

indignidad patriótica y huir con su amado Claudio, obligaba a este último a dejar Grecia y regresar a su lugar de origen en América. Allí, al llegar a la hacienda paterna descubría que sus progenitores habían muerto, quedando sólo sus dos ayos, Leandro y Cecilia, para recibirle. Desesperanzado y presa de la tristeza por la pérdida de sus seres queridos, el protagonista enferma de fiebre y muere. El trágico fallecimiento de los enamorados puede interpretarse como un anuncio de los desastres que amenazaban y sobrevinieron a Bolivia después de su independencia. En el caso del asesinato de Elena, "estrella de su patria", por "el iracundo y caduco" Rodolfo, se mostraba la traición a la república por aquellos que habían sido falsamente encumbrados por sus actos durante la independencia. El deceso de Claudio sintetizaba las consecuencias en la nueva nación de los excesos de todos los dirigentes ilegítimos que empleaban engañosa y demagógicamente la retórica de la patria para acceder al poder. En los dos casos, la muerte resumía lo poco que podía esperar una nación en términos de prosperidad y de desarrollo públicos, cuando sus miembros estaban viciados por la codicia y desconocían el compromiso comunitario.[57]

Aunque con menos dramatismo, los historiadores bolivianos del siglo XDC también mostraban su preocupación por el modo en que Bolivia debía organizar su discurrir nacional y por los males que acechaban una correcta evolución marcada por los signos del bienestar y del progreso. Para Sánchez de Velasco el problema fundamental del funcionamiento defectuoso de la república estaba en el mal entendimiento del sistema de gobierno que se había abrazado. Tras la independencia, la nación había quedado tan envanecida "con el ejercicio de la libertad y la soberanía" que, en vez de procurar su engrandecimiento "con juicio", los bolivianos cayeron en "la presuntuosa vanagloria del pueblo soberano", provocando con ello el despotismo y la consiguiente insubordinación. Esto es, la confusión de toda manifestación tumultuosa con la soberanía en ejercicio había conducido al desconocimiento de la autoridad, al desorden y al desgobierno, siendo el faccionaÜsmo político la síntesis del problema nacional.[58] Al respecto, Cortés opinaba que "las sociedades hispanoamericanas no estaban preparadas para el sistema representativo". Desde luego, América tenía que independizarse, pero como en sus pueblos la instrucción no estaba difundida y habían tenido escasa participación en la dirección de los negocios públicos, no podían adquirir de improviso la capacidad para gobernarse. Lo demostraba el hecho de que caído el rey, todos los ciudadanos se creyeron con derecho a intervenir en el gobierno, y la igualdad se convirtió en uno de los elementos constitutivos de la nueva sociedad. El resultado había sido el triunfo de la "turba y chusma depravada" sobre el verdadero pueblo, siendo lo peor que

los extravíos de la nación habían sido azuzados por los excesos, tanto tiránicos como demagógicos, de los gobiernos. Éstos, reducidos a facciones, habían permitido que campeara a su gusto “el espíritu militar y la empleomanía”; para contrarrestarlos, Cortés consideraba básicos dos elementos: el carácter de los hombres públicos y las luces del pueblo. Sólo de esa forma podrían “ponerse en armonía el orden y la libertad”.[59]

Al igual que los dos autores citados, Sotomayor sostenía que cortado el vínculo colonial y difundidos durante la revolución los principios de soberanía, de libertad y de igualdad, la democracia había sido el resultado necesario e inmediato de la independencia. Sin embargo, para que ésta enraizara e hiciera gobernable Bolivia era indispensable “una larga y laboriosa depuración” de este sistema, para asimilarlo y convertirlo en realidad. Pero antes se debían subsanar tres obstáculos. El primero residía en que “la guerra tenaz y sin cuartel”, además de haber esquilmado y desangrado “hasta los últimos villorrios” de Bolivia, había roto “todo vínculo de autoridad y obediencia”. La consecuencia directa de ello era que la implantación de un gobierno propio habría de resentirse por largos años “de la anarquía y vehementes pasiones engendradas y arraigadas en esa época”. El segundo obstáculo era que en “los pueblos recién venidos a la vida de la libertad, en los cuales todo era necesario renovarlo y ensayarlo”, la gran mayoría de la población no comprendía que para que se diese un paso en el progreso era imprescindible el empuje de la autoridad. Es decir, para el correcto desarrollo de un sistema representativo y para que revirtiese positivamente en el desarrollo nacional, no sólo eran básicas las leyes y constituciones, sino también el talento de los gobernantes. Sólo la existencia de un genio superior acompañado de gran probidad y dotado del poder legítimo podría “contener las pasiones subversivas, abrir horizontes al trabajo y fomentar la industria, hacer respetar la justicia y la ley y dar a la actividad mal empleada de los ciudadanos un teatro digno del progreso y de la civilización”. El tercer obstáculo era que la anarquía y el despotismo se avivaban a causa de la demagogia y el regionalismo. La primera era producto del deseo de conservación de cada gobierno, que lo conducía “a transigir con todas las exigencias inmorales y a condescender con todos los vicios”. Ello reducía la política a un cúmulo de conspiraciones partidarias y de pronunciamientos cuyo único fin consistía en conseguir empleos con la consiguiente “desmoralización de la patria”. El regionalismo era heredero del tradicional antagonismo local fomentado por la política de la metrópoli que, al exacerbarse durante la guerra, había provocado que Bolivia padeciera “el espíritu de localidad y cada boliviano, una vez fuera del lugar de su nacimiento”, fuese extranjero dentro de su propia patria. En suma, para Sotomayor, el desgobierno causado por un entendimiento incorrecto de la democracia había

llevado a la incongruencia entre las leyes y las costumbres y a decretos sin cumplimiento, a la alternancia entre tiranía y anarquía debido a la ignorancia política que dominaba en el pueblo, a las ambiciones particulares de los caudillos y a los resquemores regionales. Todo ello dificultaba el progreso de Bolivia.[60]

Por último, Moreno consideraba el faccionalismo, "banderíos antisociales llamados políticos", como la síntesis de los males bolivianos. Por su culpa, la plebe se veía obligada a tomarse la justicia por su mano y a "reasumir tumultuariamente la soberanía", como ilustraba el linchamiento de Yáñez en 1861, después de que se le considerase culpable de la muerte de los prisioneros belcistas.[61] Frente a este pueblo ignorante, pero honrado, se situaba la soldadesca pretoriana y la plebe proselitista que abarcaba una comunidad "compuesta de soldados, de supuestívoros, de plebe turbulenta y holgazana, de señorío sin civismo ni mayor cultura, de indiada estúpida y de industriales tímidamente egoístas". Todos ellos eran incapaces de comprender y practicar los deberes republicanos y, por tanto, imposibilitaban con sus actos el desarrollo de Bolivia.[62] En contrapartida a los actos de la plebe inocente y del populacho pervertido, Moreno señalaba la experiencia del club de Potosí, "de índole pacífica, ajeno al espíritu de caudillaje y ceñido en todo a la ley". Su lema era veneración a la carta fundamental, el respeto a la autoridad y la mutua tolerancia. Tales virtudes eran esenciales para lograr el bienestar social y las garantías individuales mediante el ejercicio de las facultades constitucionales de reunión y de asociación otorgadas al ciudadano, y que el club se proponía practicar como actos preparatorios "para ejercer madura y colectivamente el derecho de petición, ante los poderes públicos y las autoridades locales". Aunque en esta asociación también había "nombres adocenados y vulgares [...] doctorcitos empleomaniacos e intrigantes, pero ningún militar retirado o cuartista", lo elemental era que todos trabajasen para que la necesidad moral del orden se impusiese como una urgencia inaplazable en la sociedad. Según eso, lo eminentemente práctico y útil era que "estas fuerzas naturales e interesadas de la sociabilidad" conformasen "un legítimo partido republicano, armado para sostener donde quiera a toda costa el régimen vigente" contra los abusos autoritarios y en favor del "ensanche en el ejercicio de las libertades públicas". En opinión de Moreno, aunque la experiencia del club de Potosí era excelente, pecaba de ingenua. Los miembros del club trataban a todos como iguales, sin darse cuenta de que, salvo aquellos que sabían leer y escribir, "la mayoría era sorda", y si bien la fuerza de la "plebe revolucionaria" era mucha, también lo era su propensión a sostener "el caudillaje". Por tanto, proponer "la concordia

derivada de las ideas reformistas de un agrupamiento de ciudadanos” como contrapeso “al poder provocador y como elemento conservador del orden”, carecía de sentido práctico.[63]

José María Santibáñez también señalaba la responsabilidad del militarismo, proveniente de las facciones y de las invasiones extranjeras, en los proble mas nacionales. Sin embargo, en su opinión, el grado de institucionalización política de un país, y sus consiguientes prosperidad y civilización, dependían de las políticas públicas acordes con la naturaleza de los pueblos y los recursos de los gobernantes. A lo largo de su vida republicana, Bolivia había tenido gobiernos conservadores favorables a reformas graduales y presidencias innovadoras con programas ultraliberales, habiendo probado diferentes tipos de constituciones: las de 1831, 1834 y 1843 tendían a dar mayor autoridad al ejecutivo, mientras que las de 1839, 1851 y 1868 ofrecían mayores restricciones al poder y primaban las libertades públicas frente a la preservación del orden. Todo ello con el fin de satisfacer la necesidad fundamental de las sociedades: la paz pública. Tales experiencias le autorizaban a señalar que había sido un error histórico confiar en el “poder virtual de las instituciones esperándolo todo de ellas”. Éstas tenían que ser manejadas por los hombres y si éstos “malean, malean también aquéllas”. Por ello aducía que si las leyes se habían desnaturalizado o no habían sido cumplidas había sido “por falta de cordura, de moralidad política y de civismo, tanto de parte de los gobernantes como de los gobernados”. La estabilidad del país no había dependido de desarrollar en Bolivia las instituciones más avanzadas, sino de haber cuidado que se convirtiesen en un remedio eficaz “para curar males que reconocen causas complejas y permanentes que sólo al tiempo y a un civismo perseverante les es dado remover o modificar”.[64]

El relato de la historia de Bolivia del siglo XIX, realizado por los autores mencionados, consistía en una historia de sus presidentes en su ascenso y descenso o de las revoluciones que les encumbraban y expulsaban del poder. Si a unos la legitimidad del liderazgo les provenía de haber participado en el bando patriota durante la guerra de la independencia, otros la habían obtenido en gestas bélicas posteriores, como la de Ingavi (1840). En cualquier caso, cada historiador primaba las acciones de determinados personaje y periodo sobre el resto, según como creyese que debían obtenerse la moral del pueblo y la prosperidad de la república. Ello implicaba establecer un periodo de desastre y otro de bonanza, siendo este último el que se convertía en un hito de refundación nacional, desde el cual empezar nuevamente la construcción de la nación. Por medio de una narración basada en el ensalzamiento de las acciones de héroes y en la condena de los villanos, se buscaba crear referentes sociales comunes que

ayudaran a acrecentar la moral ciudadana y el amor a la nacionalidad naciente. Por ello, con independencia de las diferencias entre Sánchez, Cortés, Sotomayor, Moreno o Santibáñez, ellos compartían una serie de principios constitutivos de la nación que es necesario exponer y relacionar entre sí.

La idea general que articulaba sus diversas exposiciones era que la independencia no había producido la prosperidad y la civilización esperadas. Como no podían renegar de ella, ya que significaría negar el origen de la legitimación nacional que debían documentar y demostrar, elaboraron una narrativa sobre las dificultades de los bolivianos a la hora de tornar su patria en una nación venturosa. Entre las causas centrales figuraban dos. Por un lado, las guerras con los países americanos fronterizos que, a su vez, habían generado las guerras civiles. El resultado era el pernicioso militarismo; por otro lado, la excesiva modernidad del régimen político que había creado en la población una conciencia equivocada de su lugar público y social. Frente a ambos males, todos coincidían en que la solución residía en la educación. Según Sánchez, "la clase más decente y honrada de los ciudadanos" debía sostener al gobierno o al jefe que habían elegido, poniéndose alrededor de él, "bien sea para darle prestigio con muestras de estimación y respeto, bien para ayudarle con el consejo que es preciso". Pero para que esto fuese posible, los jefes debían deponer sus pasiones y corresponder a sus conciudadanos con consideraciones conformes con la calidad de cada uno, teniendo siempre presente que no eran de "naturaleza diferente a los demás ciudadanos que formaban la sociedad". Cortés opinaba que para lograr ese respeto entre gobernados y gobernantes, la dirección de los negocios del Estado sólo podía recaer en los grupos educados; si éstos coincidían con las clases sociales con mayores bienes, era lógico que fueran ellas la garantía de orden y que fuese imperativo constreñir "las peligrosas pasiones de la canalla" hasta que fuese ilustrada.

Sotomayor también criticaba "la tiranía de la democracia o más propiamente la tiranía del populacho" que había entronizado Belzu. Reconocía que tal acto había tenido la virtud de "haber levantado al terreno de la dignidad del ciudadano a las masas populares y dado con ello un gran empuje a la democracia", pero consideraba ilegítimo tal acto por haberlo ejecutado demasiado deprisa y con fines particulares. De manera que sólo había logrado despertar la conciencia "del poder animal del pueblo" por medio del halago y la seducción, sin que mediara una educación profunda en los valores cívicos. Por eso se hacía perentorio que los gobiernos y los partidos respetasen "los estatutos y reglamentos de instrucción y, sobre todo, los fondos destinados a su servicio", para que Bolivia pudiera llegar "en pocos años a un envidiable grado de progreso intelectual y de prosperidad material". Para Moreno, los vicios sociales

y políticos se combatían con una educación de la población destinada a crear las "categorías del verdadero mérito", para que la igualdad de la razón fuese "la esencia del cuerpo colectivo".[65] En suma, para los cuatro autores, la sociedad boliviana, en su mayoría, constituía un sector manipulable y manipulado por su calidad de iletrada. Y hasta que esto se subsanase, cualquier intervención del pueblo no se debería a su propia motivación sino a personajes o instituciones que se encontraban fuera de él, como los líderes inescrupulosos o la prensa sediciosa.

Aunque la historia de Bolivia mostrada por Sánchez, Cortés, Sotomayor y Moreno relataba guerras perdidas, desmembración de territorios, inestabilidad política, golpes de Estado continuos y gobernantes incapaces, aún no era una historia construida basada en repudio; al contrario, pese a las malas experiencias, los escritos de todos ellos estaban elaborados con esperanza, y las soluciones que ofrecían las percibían posibles e inevitables, a la vez que intrínsecas a su oficio de historiadores. Como señala Rossana Barragán, la idea de fracaso que permeaba la historiografía boliviana del siglo XX sobre el siglo XIX, se articuló como una tradición a partir de Alcides Arguedas, y fue en directa crítica a su trabajo que desde Carlos Montenegro hasta José Fellmann Velarde fueron escritos nuevos proyectos de sociedad y nuevas lecturas del pasado. Fue entonces, y en nombre de nuevos movimientos de refundación nacional, cuando todo el pasado decimonónico se asumió como "frustración, escamoteo y traición". Tal acto evidenciaba que la historia, en tanto narración nacional, constituía una disputa entre proyectos nacionales, siendo la negación del otro un elemento sustancial de dicha elaboración.[66]

ETNIFICACIÓN DEL RELATO HISTÓRICO

En contraste con lo contado sobre la independencia, en las historias citadas la población indígena apenas aparecía, siendo mencionada de pasada y en relación con una actividad de comparsa en alguna de las innumerables contiendas civiles. A esta ausencia de protagonismo como personajes históricos, se contraponía el hecho de que otro de los males que impedían la construcción nacional era la heterogeneidad de las razas. En el caso de Sánchez y Cortés se hacía referencia a este problema de modo general, interpretándolo como otro resabio colonial que iría desapareciendo en virtud del poder benefactor de leyes y constituciones. Sotomayor vinculaba el problema de que Bolivia tuviese "una población escasa y diseminada en un vastísimo territorio, compuesta de clases y razas diversas y heterogéneas", con el cúmulo de "sufrimientos y calamidades que habían de

experimentar en el difícil ensayo de la democracia". Tal situación se tornaba más preocupante porque "la raza aimará y la larga familia de los quechuas con costumbres semibárbaras" constituían la mayoría de la población. Pese a que desde la conquista habían participado de los hábitos e ideas de los españoles, "aunque bajo una forma tosca y degenerada", conservaban muchos de los "rasgos de su tipo original y primitivo" y se resistían "obstinadamente a hablar el idioma de los conquistadores", con lo que se automarginaban de la civilización. Esa complacencia en el pasado y en el atraso hacía que Bolivia se moviera en una dualidad —"cristianismo y gentilidad, comunismo y propiedad, señores y siervos, orgullo u abyección"— que era necesario corregir uniformando la variedad de razas, idiomas y costumbres, mediante el blanqueamiento (físico o psicológico).[67] Moreno también compartía la opinión de Sotomayor acerca de la dificultad de que pudiera prosperar en Bolivia un gobierno democrático mientras no se refundieran "en una sola capa compacta y soberana, las estratificaciones sociales formadas por la mayoría de indios quichuistas o aimaristas o guaraníes, por los mestizos provenientes de estas razas entre sí y con la española y por los criollos que forman desde la colonia en escasa minoría la superficie superior que sabe leer y escribir y habla castellano". Sin embargo, mientras Sotomayor interpretaba tal situación sub-sanable en el futuro, Moreno lo dudaba. Como argumento mostraba que los esfuerzos de los miembros del club de Potosí por demostrar que todos los habitantes de Bolivia tenían "igual aptitud para el gobierno de sí mismos por sí mismos", habían fracasado. Y la causa residía en "la masa mestiza que entró allí a hombrearse en son de igualdad democrática con el señorío", siendo tales prácticas democráticas "anglosajonas y atenienses imposibles en una sociabilidad compuesta de indios, mestizos y criollos, etnológicamente antagónicos, socialmente inamalgamables al efecto de producir, en consorcio, un mismo interés y una homogénea aptitud para la cosa pública".[68]

De las afirmaciones anteriores se extrae que a la población indígena no se le consideraba un actor histórico de progreso y, por tanto, relevante en la construcción nacional. Es más, quedaba clasificada como una amenaza a la civilización, ya que la cuestión nunca fue si había que europeizarla, sino cómo hacerlo. Las razones de tal incapacidad para estar a la altura de las instituciones republicanas eran variadas: la explotación por los españoles, la educación servil, la debilidad pública de los ignorantes o la inferioridad congénita. Sánchez, Cortés y hasta Sotomayor parecían partidarios de las primeras causas, mientras que Moreno se decantaba por la última. Aunque en *Ultimos dias coloniales* y en *Las matanzas de Yáñez>* tal aseveración no quedaba tan clara, sí lo estaba en la biografía de Nicomedes Antelo escrita en 1885. Este texto se inscribía en el

discurso, surgido en la segunda mitad del siglo XIX en Europa, que trataba de explicar los efectos “anormales” de la modernización mediante las teorías médico-biológicas. En una reseña emotiva sobre la personalidad de su paisano cruceño Antelo, Moreno identificó la heterogeneidad de razas como un problema fundamental para la unidad nacional al manifestar que el indio y el mestizaje que de él provenía, constituían la razón del atraso boliviano. Si para los otros autores citados, la educación cívica era la solución para tornar la heterogeneidad racial en homogeneidad, Moreno, por medio del naturalista, negaba sus potencialidades regeneradoras y señalaba que los indios no servirían al desarrollo nacional ni siquiera educados, y que lo único aceptable era su extinción ante el empuje de la raza blanca. Conforme los postulados del social-darwinismo, Antelo atribuía a la calidad de la raza “decisivas eficiencias morales y políticas, un determinismo trascendente a la condición y destino del pueblo”, siendo la extinción de los inferiores una de las condiciones del progreso universal. Debido a que “el cerebro indígena” era celularmente incapaz “de concebir la libertad republicana con su altivez deliberativa y sus prestaciones de civismo”, el cerebro mestizo adolecía de lo mismo, de manera que “aun salido de su esfera por la educación y bajo influencias benéficas, el cholo, a la menor solicitud de su interés o de sus pasiones” propendía “al ocio, a la reyerta y a la intriga, gérmenes del bolinche y del caudillaje”. Así, si el indio incásico no había aportado nada “a la cultura ni al curso de la actividad moderna” y sólo constituía “una masa de resistencia pasiva”, el mestizo representaba en la especie humana una variedad subalterna que correspondía a una degeneración confusa de la impetuosidad española y del apocamiento indio, que sólo había producido “caudillaje”. Ante este panorama desolador, la única solución para Bolivia era que esos elementos se desintegrasen y que como resultado de la emigración se produjera “un depuramiento completo y la unificación caucásica de la raza nacional”. De lo contrario todas serían en Bolivia “progenies sin hervor patriótico en la sangre”.[69]

Si con la obra de Moreno cobraba vigor el argumento de que las dificultades del desarrollo nacional eran provocadas por el problema etnológico de las razas bolivianas, con Alcides Arguedas y con otros intelectuales coetáneos a él, adquiría resonancia de “verdad” histórica. Gracias al discurso de la degeneración producida por causa de la mezcla racial y a la autoridad de la ciencia europea, Arguedas logró dotar de cierta legitimidad a muchos prejuicios sociales existentes en la Bolivia republicana. Edmundo Paz Soldán señala que el estudio de la obra de Arguedas resulta central para un conocimiento adecuado de las líneas directrices de la cultura nacional boliviana, ya que este autor se convirtió en el centro del debate “por la virulencia de sus ideas, la seriedad moral con que

asumió el problema nacional y porque se atrevió a explicitar los principios racistas que existían entre las élites”.[70]

En 1922 Arguedas publicó su *Historia general de Bolivia*. Ante la falta de apoyo financiero para los ocho volúmenes que tenía proyectado redactar sobre su visión histórica de Bolivia, ésta fue concebida como un resumen de los tres libros que finalmente llegó a escribir a su cuidado Simón I. Patiño.[71] Fue definida como la historia de “una tristeza infinita, pues es la historia de un pueblo pobre y sin cultura”. Su intención era superar los relatos históricos anteriores que sólo habían considerado el aspecto militar y meramente político de los sucesos, siendo el único protagonista “el hombre de partido, afanado en la lucha por la posesión del poder [...] pero sin personalidad, sumergido en la torrentosa corriente de las revoluciones”. En su lugar, quería mostrar la conducta de “la masa, la colectividad, con sus peculiaridades, con sus afanes de vida cotidianos, sus preocupaciones, hábitos y costumbres”. Influido por el pensamiento biológico de Lamarck e ignorando las leyes de la herencia de Mendel, Arguedas creía que una raza podía heredar el temperamento y las cualidades morales de sus antepasados. Dado que en su opinión el más hondo de los problemas sociales en Bolivia era que el elemento humano carecía de principios morales y sólo se guiaba por su apetito y su interés,[72] el balance nacional sólo podía ser negativo. La combinación de la raza con el medio ambiente y el momento histórico mostraba un escenario del fracaso boliviano en su intento de constituirse en una nación moderna. Y aunque los historiadores anteriores a él habían preferido realizar una empresa de entusiasmo y glorificación nacionalista, Arguedas creía que era una obligación moral del historiador denunciar los vicios de su patria. Como sólo aprendiendo del pasado podía corregirse el presente, había que revelar la desagradable “verdad” histórica de la nación, de su desarrollo regresivo, degenerado, no “acorde con las leyes naturales de la evolución”. Frente a ello, Arguedas buscó la regeneración del país por medio del discurso de la degeneración, al que contraponía como única salida una revolución moral en el sujeto boliviano. Sin embargo, como en su narrativa dominaba su íntima convicción de que los males del país eran inherentes a su composición racial y, por tanto, carecían de solución, sus esfuerzos regeneradores nacían frustrados, convirtiéndose su obra en la recreación de una imposibilidad nacional.[73]

En su obra histórica, Arguedas volvía a repetir el esquema narrativo tradicional del ascenso de un gobernante, su biografía, los sucesos que ocurrían durante su presidencia y su caída. La diferencia respecto a las historias anteriores no residía, por tanto, en los protagonistas, sino en el hecho de que éstos eran

vistos en clave racial. Al contrario de los historiadores decimonónicos, Arguedas juzgaba equivocada la mentalidad ilustrada *y* cívica del siglo XIX de creer que por medio de leyes y de instituciones republicanas y democráticas se podía "cambiar la mentalidad de un pueblo y fijar definitivamente normas de conducta individual y colectiva". El resultado fue la narración de los males nacionales a partir de la barbarie de los caudillos mestizos del siglo XIX y de su relación dialéctica con la masa popular. El predominio del componente indígena y cholo en el país había sido la causa principal de su fracaso en el proceso modernizador, de su inestabilidad política y de la inmoralidad reinante en la sociedad. Parafraseando al diputado Valle, Arguedas señalaba que la América española había sido educada en el más duro y vil coloniaje. La degradación se había impreso sobre todas las razas, de manera que "al pasar súbitamente de la esclavitud a la libertad" sólo se había obtenido "una raza degradada, forzada al trabajo por sus señores, sin artes ni industrias de ningún género". Y ésta no podía dejar de ser lo que era, con el agravante de que "en los 45 años de independencia lejos de mejorar ha empeorado porque ha adquirido los vicios consiguientes a la licencia más bien que a la libertad". Para asentar esa afirmación mostraba que a medida que la aristocracia blanca, que poseía las virtudes morales necesarias para conducir los destinos del país, había perdido su poder en favor de los caudillos mestizos, debido a la falta de inmigración que regenerase el componente nacional, habían ido desapareciendo las dos fuerzas de valor positivo en los pueblos: riqueza económica y principios morales. Sin ellas, "la chusma" constituía "el cuerpo social", y ocupaba todos los puestos de responsabilidad, dando lugar, con su corrupción, a los excesos de una plebe incapaz de controlar sus deseos. Así, Bolivia, nacida con el destino grandioso gestado en la guerra de la independencia de ser "un nuevo organismo que se interpusiese entre los ya formados y viniese a guardar el necesario equilibrio en esa vasta y rica porción del continente", fue sucumbiendo al mestizaje y, con él, a la degeneración. De ello resultaba el predominio del "tipo criollo perezoso, atrabiliario, de gustos primitivos", ajeno a las virtudes republicanas y sin preparación cívica, siendo muy difícil un desarrollo cultural que crease "aristocracias pensantes y de rango sin las cuales no es posible concebir ningún progreso".[74]

Conforme el supuesto de que la historia no sólo mostraba sino que también podía emitir una condena moral a una sociedad que se había degradado con el discurrir de los años, en la *Historia general* Arguedas reiteraba sobre los indios, el germen inicial de la degeneración, argumentos mencionados por los historiadores decimonónicos: los sentimientos de propia iniciativa y de libertad individual habían sido casi completamente anulados en ellos "en los trescientos

y tanto años que duró esa dominación despótica del Inca y en los que se moldeó a la servilidad". Adaptados "ya su carácter y temperamento a la obediencia pasiva, totalmente domesticados para no saber obrar ni aun pensar por cuenta propia", los indios llevaban una vida "con poca o ninguna complicación sentimental y relativamente feliz por la ausencia de grandes y trascendentales aspiraciones [...] vacía acaso de ideales de solidaridad humana". En esas circunstancias llegaron los conquistadores y, ante la brutalidad del blanco, el indio buscó "como toda raza débil su defensa en los vicios femeninos de la mentira, la hipocresía, la disimulación y el engaño". Aunque estos vicios no eran innatos de la raza, las circunstancias históricas le obligaron a emplearlos con la raza dominadora y después con el resto de bolivianos, "cualesquiera que sea[n] su condición y casta", con la consiguiente acentuación de su cerrazón e insolidaridad respecto a los otros pobladores del país. Y si bien los indios constituían una masa formidable por su volumen, no representaban un elemento de progreso porque eran pasivos e ignorantes, ajenos a las fluctuaciones políticas, económicas, sociales y religiosas del medio donde se desenvolvían. No sólo su aporte no resultaba decisivo al empuje nacional, sino que al ser "una raza ineducada tradicionalmente", era más fácil que arraigaran en ella "los vicios y no las sólidas virtudes del trabajo, de la previsión, de la economía, de la austeridad moral, del sano patriotismo".[75]

Si en la *Historia general* lo indígena era sinónimo de ignorancia e improductividad, en una obra anterior, la novela *Raza de bronce* publicada en 1919, Arguedas había calificado de violentos, vengativos y presas del rencor contra los blancos a los nativos. Con ello había mantenido vigente el discurso de la *guerra de razas*. Pese a que los historiadores del siglo XIX habían hecho referencia a este fenómeno en relación con las sublevaciones indias del siglo XVIII, y merced a él habían descrito a esta población anclada en una identidad inmutable y arcaica que dificultaba el progreso nacional, ninguno de los acontecimientos bélicos que habían vivido y conocido les permitía decir que tal manifestación se había repetido. Pero si para ellos la *guerra de razas* era una amenaza más o menos retórica, en el caso de Arguedas no sucedía así, debido a los acontecimientos acaecidos durante la Guerra Federal de 1899. El enfrentamiento armado entre el Partido Conservador, en el gobierno, y el Partido Liberal, en la oposición, llevó al último a formar un ejército auxiliar indígena dirigido por el líder aymara Zárate Willka.[76] Aunque éste siempre actuó en función de los intereses y estrategias de los liberales, hubo un hecho que les hizo sospechar que los indígenas habían participado en el conflicto con miras autónomas a sus dictados. Entre el 28 de febrero y el 1 de marzo de 1899, ciento

veinte integrantes del batallón liberal Pando, varios vecinos del pueblo y la familia Rocha, fueron muertos en esta localidad y en sus inmediaciones por un grupo de indios liderado por Lorenzo Ramírez, lugarteniente de Zárate. Pese a lo sangriento y bárbaro, el suceso se inscribía en la lógica de la guerra, habiéndose realizado actos semejantes contra los conservadores sin que la opinión pública se sublevase ante tal hecho y exigiese el enjuiciamiento de los culpables. Pero lo acaecido en Mohoza se sobredimensionó y se magnificó intencionalmente como la síntesis de todo lo que podían llegar a ocasionar los indígenas contra la sociedad boliviana y su progreso, si tenían presencia política y militar y estaban infundidos del "sentido de la fuerza y predominio sobre el blanco". Con independencia de las complejas razones políticas que llevaron al general Pando a permitir el encarcelamiento y juicio de su ex aliado indígena, tal gesto estuvo favorecido por un contexto social y cultural en el que la memoria colectiva, el auge de una jerarquización racial avalada por la ciencia de la época y la invención del delito como un problema social, inducían a creer con facilidad que los blancos eran víctimas del odio ancestral de los indios y, éstos, reductos de incivilización. El resultado fue que la matanza, interpretada no sólo como una traición al Partido Liberal, sino como una traición de los indios a Bolivia, a cuya población odiaban y querían masacrar en venganza por siglos de opresión, condenó a la población aymara a la cuarentena y minusvalía públicas.

De ahí que tras el juicio de Mohoza (1901-1904), en el que Bautista Saavedra y Natalio Fernández Antezana actuaron de abogados defensores de los inculpados,[77] la población aymara del altiplano quedase verbalmente reducida a un colectivo insolidario, corporativo, atrofiado y deshumanizado y, por tanto, carente del espíritu patriótico necesario para su individualización y el reconocimiento público de sus miembros como constructores de la nación. Esa caracterización del indio como criminal, unida a su contraparte, la visión de éste como víctima de inmemoriales "vejámenes, hostilidades y cacerías", significó la explícita negación de la legitimidad de sus reivindicaciones políticas, sociales y étnicas y de su derecho a exigirlas y, por tanto, de su autorreconocimiento colectivo como sujetos nacionales que podían decidir sobre el orden nacional y su posición en él. En consecuencia, sus demandas y acciones quedaron reducidas a simples estallidos de "una pobre raza atrofiada y degradada próxima a la desaparición", que "no podrá jamás sobreponerse a una raza superior por mil títulos y de la cual le separan siglos de siglos de civilización". Convertidos discursivamente en un colectivo bárbaro, sangriento, inasimilable por la civilización y, en consecuencia, necesitado de una tutela disciplinadora de su potencial arcaico, los indios fueron objeto de una política de invisibilidad pública resultado de achacarles una criminalidad innata por estar "en continuo

acecho de la raza blanca”, y de ser una población eternamente infantil incapaz de subvertir sus instintos por los años de opresión y tiranía ejercida durante la colonia y la época de los caudillos. Ambas imágenes, la del “indio víctima” y la del “indio criminal”, lo redujeron a un ser al tiempo peligroso e inferior. Y, aunque no lo negaban como boliviano, le impedían tomar un papel activo en la confección de la nación, encasillándolo en una imagen apolítica que lo imposibilitaba como ciudadano y lo tornaba objeto de políticas públicas.[78]

En *Raza de bronce* Arguedas participó en la triple inhabilitación nacional de los indígenas por insolidarios, por ser incapaces de entender la unidad nacional y por constituir resabios animalizados del pasado a que condujo el juicio de Mohoza. De los tres componentes se hizo eco la percepción social de los indios como peligrosos para la población blanca debido a la imposibilidad de reconciliación entre las razas. Tal hecho se sintetizaba en la venganza pedida por Agiali a su comunidad tras la violación y muerte de su esposa, Wata Wara, a manos de los patrones. La violencia que sobrevenía a los criminales no era sólo resultado de una venganza personal, sino que se describía como el factor desencadenante de un odio racial contenido, pero gestado durante largo tiempo. Muestra de ello es la conversación mantenida entre el anciano de comunidad, Choquehuanka, y Agiali, cuando éste fue a comunicarle la muerte de la protagonista. En esa ocasión, ambos hombres pactaron organizar la vindicta. Para que fuera posible, era necesario ocultar las terribles circunstancias de la muerte de Wata Wara, de ahí que en el episodio del lago, Agiali disimulara sus sentimientos ante el patrón Pantoja y sus amigos. Aunque mientras servía de remero en la cacería nocturna Agiali fingió que aquella seguía viva y que no le había revelado nada de lo ocurrido, Suárez, el poeta, percibió que algo terrible se estaba gestando al descubrir “la sonrisa cruel y amarga” que el indio dirigía a Pantoja cuando éste le interrogaba sobre el amor que profesaba a su esposa. Sin embargo, sus miedos fueron desoídos por el resto de los amigos que se tomaban a la ligera el potencial subversivo indígena y la fortaleza de su rencor hacia el blanco. Gracias a tal imprudencia, Agiali pudo reunirse con los miembros de su comunidad para establecer un plan de ataque. Choquehuanka presentó la destrucción de la hacienda y de sus habitantes como la única salida que tenían para recobrar su humanidad vulnerada desde la época de los conquistadores. Aunque sobreviniera su propia ruina, había que “hacerles ver (a los opresores) que no somos todavía bestias y después abrir entre ellos y nosotros profundos abismos de sangre y muerte, de manera que el odio viva latente en nuestra raza hasta que sea fuerte y se imponga o sucumba a los males”. La venganza se convertía en un acto de liberación racial contra los patrones mestizos, cuyas atrocidades e irresponsabilidades hacían imposible mantener una situación de

subordinación legítima.[79]

Raza de bronce finalizaba con el incendio de la hacienda y la muerte de sus integrantes, es decir, con el inicio de una *guerra de razas* en favor de los indígenas vilipendiados. Tal acto, más que como el comienzo de una resurrección racial, era narrado como un último acto desesperado de una raza condenada a la extinción debido a que la esclavitud contra la que se revolvían confirmaba su incapacidad para el progreso. Si bien la decisión tomada por los comuneros de combatir "con inexorables castigos la maldad y los abusos" les permitía recobrar su dignidad perdida, también los conducía a su propia desgracia, como señalaba Choquehuanka al recordarles que "una sola gota de sangre blanca la pagamos con torrentes de la nuestra".[80] La venganza en clave de desesperación no era, por tanto, un gesto de civilización sino una respuesta primaria de la naturaleza. Y esa identificación de los indígenas con lo natural los situaba en oposición a lo civilizado y, convertía su rebelión en futilidad destructiva no sólo para ellos mismos, sino también para la nación. Esto es, el hecho de que únicamente los indios pudieran recobrar su dignidad mediante una fatalista *guerra de razas* que aniquilaría sus posibilidades de convivencia con el resto de la población boliviana, demostraba no sólo que estaban fuera del espacio civilizado, sino también su inferioridad racial.

En su análisis de *Pueblo enfermo*, Josefa Salmón señala que el discurso de la superioridad racial utilizado por Arguedas reafirmaba una estructura social que se estaba desintegrando. Desde un concepto historicista consistente en valorar el presente histórico europeo como el último escalón del progreso, Arguedas asumía que América era un continente nuevo determinado por el plano físico de la naturaleza, lo que significaba que funcionaba dentro del discurso de lo no evolucionado (lo no histórico), ya que la naturaleza virgen (ahistórica) estaba en oposición al espacio civilizado (histórico) de la ciudad. La historia como proceso evolutivo y civilizador de la naturaleza hacia un desarrollo urbano incidía en que Bolivia no sólo debía desarrollarse desde una perspectiva europea sino también debía de adoptar ese modelo. De suceder lo contrario, la sociedad criolla no podría garantizar su propia supervivencia cultural y sucumbiría ante lo indígena. Y este miedo a la extinción, muy semejante al miedo de Bolívar ante la perspectiva de perder el auxilio europeo,[81] hacía necesario considerar a Europa como centro de la civilización que legitimara la superioridad racial de sus imitadores frente a los naturales. Tal consideración convertía la homogeneización racial —el blanqueamiento— en la entrada a la civilización y a la cultura universal, así como el modelo de progreso y modernidad de las naciones industrializadas.[82] Pero el establecimiento de una jerarquía social

mediante la ascendencia racial no sólo estaba destinado a contener a los indios, también poseía otras funciones consagradas al colectivo que representaban los patrones mestizos de *Raza de bronce*, autores de la violación y el asesinato de Wata Wara. Aunque a Arguedas le interesaba el tema indígena y su conflictiva incorporación en los proyectos de configuración nacional, era consciente de que discursivamente lo indio había quedado neutralizado tras el juicio de Mohoza; de ahí que, como ya se ha dicho, quienes más le preocupasen como objetos de disciplinamiento social fuesen los mestizos, en la medida que demostraban ser herederos de ambos mundos, el indígena y el blanco.[83] Con la conversión de la mezcla racial en un mal nacional —la enfermedad del pueblo— buscaba desprestigiar a los mestizos en el poder, estableciendo un distanciamiento racial de diferenciación con la "gente blanca" dominada por rasgos morales y en la cumbre de la jerarquía social y, así, frustrar sus aspiraciones de ocupar la posición social de la vieja aristocracia. En este sentido, el discurso racial sintetizaba una protesta contra los cambios sociales de la época y en favor de mantener la estructura social existente.[84]

Si Arguedas satanizó la conducta política y pública del mestizo por medio de su conversión discursiva en lo cholo, otros escritores de ensayos políticos y literarios de la época, como Rigoberto Paredes, Juan Francisco Pedregal, José Salmón Ballivián, Enrique Finot, Armando Chirveches, Demetrio Canelas, Bautista Saavedra, Octavio Salamanca o Carlos Romero, la compartieron y propagaron. Al igual que en ocasiones anteriores, su narrativa estuvo articulada en torno de los dos males fundamentales para el desarrollo del país: el caudillismo y la imposibilidad democrática. La diferencia respecto a los autores decimonónicos estuvo en el hecho racial y, por tanto, en la contemplación del atraso boliviano como un problema étnico, siendo la raza la categoría fundamental del análisis de la identidad nacional. Mientras en *Jmn de La Rosa*, el mestizo letrado personificado en Juancito sintetizaba al ciudadano del futuro, en los textos de comienzos del siglo XX, el mestizo era siempre un individuo corrupto y arribista que no tenía reparos en explotar a la población indígena en su versión de terrateniente, cura o corregidor, o que recurría a la política para anteponer sus ambiciones personales a los intereses de la nación. Veamos ahora una síntesis de la narrativa del prejuicio anticholo para que éste quedase deslegitimado como artífice de la construcción nacional.

Según Rigoberto Paredes, tras la guerra de independencia, el militarismo, entendido como caudillismo, con su leva de hombres, contribuciones forzosas y dilapidaciones, vició los hábitos de los provincianos, bastardeando su carácter y haciéndolos "malos y holgazanes". El consiguiente renacimiento del

regionalismo generó “mestizos dañinos” que, con sus abusos, obligaron a los principales vecinos a emigrar a las ciudades, quedando en el lugar “los peores elementos sociales” que hacían desaparecer de “los pueblos las garantías individuales” e imponían a la juventud aniquilarse en “los ejércitos banderizados”. El campo se despoblaba de hacendados capaces y de laboriosa mano de obra, reduciéndose la riqueza agraria del país y las posibilidades de progreso, sin que sus pobladores pudieran ser sustituidos por “ninguna otra raza superior”. Ese vacío dejado por los hacendados tradicionales hizo que “la raza mestiza” descuidara y abandonase al aborigen el laboreo de la tierra. Para mayor desesperación, la mayoría de los pueblos que componían las provincias se encontraba dividida en bandos que se odiaban encarnizadamente debido a que sus habitantes, en gran parte mestizos, habían heredado los sentimientos indios “de exclusivismo localista”, ajenos a la solidaridad nacional y a la idea de pertenencia “a la República de Bolivia”.[85] Mientras eso sucedía en el campo, en la ciudad crecía la población chola, originada por la inmigración india, que por su falta de instrucción era víctima fácil de los demagogos. Éstos, en opinión de Juan Francisco Pedregal, deseosos de acceder al poder, buscaban utilizarla como clientela en sus pleitos políticos y la hacían creerse “fuente pura de todas las virtudes y abnegaciones”. Y ella, en sus ansias de mejora social, ofrecía su apoyo a cualquiera que la embriagara con “los humos capciosos de ideas, que ni nosotros [la élite] comprendemos bien pero que las sabemos utilizar óptimamente; democracia, igualdad, socialismo, sufragio, que son para ellos más perjudiciales que el aguardiente y la chicha”. El resultado de las prácticas caudillistas, sostenidas gracias a la ignorancia, el sentimentalismo, la audacia y el fanatismo de los cholos, era el desvirtuamiento del régimen de partidos y del sistema político en general. Para Paredes, éste estaba viciado por dos motivos. Uno era la incapacidad de los electores populares, y otro la desidia de los notables de la sociedad que, con “su ineptitud, negligencia y gandulería”, había permitido “la abundancia desproporcionada del elemento mestizo y el predominio pernicioso de la plebe”. Esa acción los convertía a ellos y a los demagogos blancos, que distraían a los mestizos de sus actividades manuales, en “cholos más inútiles que todos los cholos”.[86]

La insistencia en que el problema del subdesarrollo boliviano estaba relacionado con la calidad de la población, hizo depender la existencia de la democracia del comportamiento de los dirigidos y no de los dirigentes. Para Octavio Salamanca, el retraso boliviano obedecía a la ausencia de unidad étnica en la población, garante de la fuerza nacional. La cuestión no era tanto la diversidad de razas y de idiomas como su falta de asimilación, que no se

producía a causa del desfase cultural entre los diversos pueblos que habitaban el país. No podía darse un proceso de homogeneización racial porque los elementos indios eran incapaces de gobernarse a sí mismos, debido a la obediencia ciega y pasiva que habían desarrollado con los gobiernos incaico y español. Aunque los criollos y mestizos también habían estado expuestos a la tiranía española y no estaban muy acostumbrados a gobernarse a sí mismos, fueron capaces de rebelarse persiguiendo un sueño, un paraíso político no conocido. Ello les evitó la indiferencia y, por tanto, la conformación de una pasividad atávica a la manera indígena. Con este argumento, Salamanca señalaba que el proceso de unidad nacional no pasaba por una fusión de los elementos étnicos, dando lugar a una nueva identidad cultural mestiza de la que todos fueran partícipes, sino por la hegemonía de lo blanco. Carlos Romero insistía en lo mismo al señalar que el amorfismo de las masas y los intereses de la oligarquía eran los dos factores que hacían que la democracia en Bolivia fuese un sistema de gobierno poco recomendable "para un país incipiente, pobre y sin cultura".

Para Bautista Saavedra, presidente de Bolivia entre 1921 y 1925, la geografía y la raza eran también causantes del retraso en la conformación de la comunidad nacional, ya que hasta el momento Bolivia no era más que un "artificial agregado de pueblos y provincias sin concordancia nacional, henchidos de odios y recelos recíprocos". Eso se debía a que el mestizaje boliviano no había alcanzado el equilibrio por lo diverso de la estructura moral de las razas que habían confluido en él. Con el agravante de que el país no había recibido el flujo de inmigración necesario para que se produjese una renovación étnica que fortaleciera la composición social y provocase progresos materiales y políticos. El régimen colonial no sólo gestó entre los bolivianos un temperamento dogmático, sino que evitó la adquisición de los "valores sociales que forman el capital moral de un pueblo", con el resultado de que durante la república, la democracia no existió. Daba igual que se invocaran fórmulas políticas ideales. La forma social y política a la que un pueblo podía llegar estaba determinada por su carácter y su pasado, y en Bolivia todavía se requería una larga evolución educativa que formase en la raza una verdadera estructura moral. Mientras eso no sucediera, no se podía esperar ni que los mandatarios públicos dejasen "de malear la representación popular" ni que el pueblo resistiera "las presiones de arriba". Y sin voluntad nacional era imposible que funcionase el régimen parlamentario.

Como consecuencia de lo anterior, Saavedra afirmaba que "la práctica de la soberanía popular", expresada en el sufragio, sólo había servido "al encumbramiento de los inferiores", debido a que las decisiones de los votantes "no estaban basadas ni en la reflexión ni en el estudio de los problemas sociales

que cada elección comportaba". En ese sentido, una democracia fundada en el "alma movible, apasionada, impulsiva y versátil de las masas populares", era un fracaso. Había, entonces, que darse cuenta de que la democracia no era "una forma de solución de los problemas mismos de la vida humana", sino "una disciplina educativa de los pueblos para que conquistasen autonomía y cumpliesen mejor sus destinos". Por ello, el sufragio debería "ser ante todo una función ética y no una operación aritmética"; es decir, el principio de igualdad únicamente había creado mayorías ficticias por desconocer las desigualdades naturales; luego, la democracia para ser un régimen de verdad y de libertad, debería ser un régimen de desigualdad, pero no basado "en aristocracias de sangre o de nacimiento, sino en las aristocracias formadas por la superioridad de la inteligencia, del saber, de la competencia, de la elevación moral". De esta manera, la democracia sería la acción de minorías, moral e intelectualmente superiores, encargadas de orientar los intereses particulares hacia finalidades comunes con la supervigilancia de mayorías cultas. El sufragio no tendría otro objeto que operar la selección de los mejores, encargados de cultivar constantemente las aptitudes del pueblo para su propio gobierno. De ahí que Saavedra sostuviera que el discurso sobre la incapacidad del pueblo para practicar la soberanía fuera en realidad el discurso sobre la incapacidad y la inmoralidad de los conductores de la nación.[87] En suma, para los intelectuales de la época, la democracia en Bolivia dependía de una población homogénea depurada de sus herencias y antecedentes étnicos, históricos *y* políticos.[88]

En las novelas de la época, como *La candidatura de Rojas* (1908) de Armando Chirveches, *Aguas estancadas* de Demetrio Canelas (1907),[89] *Vida criolla* (1905) de Alcides Arguedas,[90] o *Los cívicos* (1918) de Gustavo A. Navarro (Tristán Maroff),[91] se recrearon y potenciaron los tópicos raciales presentes en los ensayos. En tono de sátira o con tintes dramáticos, la corrupción política propiciada por los mestizos quedaba expresada en el triunfo de candidatos como el "tata Pérez" y Manuel María Garabito, el general Reyes o el candidato Peña, quienes accedían al poder gracias a una serie de desfiles protagonizados por los artesanos cholos "en perpetua orgía carnal y alcohólica", a la presión de los enjambres de matones y a una turba de "embozados con cara india". Desde las posiciones de preeminencia política alcanzada, devolvían el favor a sus adeptos, compensando los actos corruptos y vandálicos con puestos de la administración. Ello provocaba el quiebre moral de las instituciones públicas. Era el triunfo de la "barbarocracia y la canallacracia" que habían sido impuestas por un presidente, en cuya cara "se adivinaba al mestizo [...] al engendro fatal de negro africano, pervertido y sátiro, hablador y tirano, con la

pasividad del indio, esclavo y vil”.[92]

Pero el triunfo de “la cholada” no siempre era de carácter electoral ni se obtenía mediante la exaltación de los malos hábitos de los electores, en él intervenían muchas veces las mismas élites, que en sus ansias por encumbrarse y alcanzar más prebendas, aceptaban el matrimonio de sus hijos con mestizos enriquecidos dedicados a la política. Esta actitud tan poco escrupulosa respecto a la raza, dificultaba la conversión de Bolivia en una nación civilizada que no fuese conocida en el exterior como un país de cholos e indios. Armando Chirveches abordó las responsabilidades étnicas de los padres en dos novelas, *Celeste* (1905) y *La virgen del lago* (1920), con soluciones diferentes. En una triunfa “el cholo”, y en la otra se impone el amor; ambas narran un romance entre una joven muy bella y un muchacho de grandes virtudes morales y de noble origen, aunque sin grandes recursos económicos, en el que interfería un mestizo rico dispuesto a contraer matrimonio con la protagonista. Si bien los dos enamorados “blancos” poseen las mismas características físicas en ambas narraciones, los dos pretendientes cholos no. En *Celeste*, don Práxedes Urcullo tiene “rasgos antropológicos que hubiéranle hecho clasificar por un psiquiatra moderno como a criminal nato o como loco moral”. Senador vitalicio y dueño de una cuantiosa fortuna, “era el producto de un bastardo ayuntamiento de razas, tenía sangre de conquistador, sangre de indio y sangre de esclavo”.[93] En *La virgen del lago*, Abelardo Topa resulta elegante y carece “de esa vanidad hiperestezada de los mestizos, de suceptibilidad morbosa e innata desconfianza”, a pesar de conservar “ciertas cualidades de su raza: el espíritu práctico, el disimulo, la reserva, el arte de emplear bien su dinero y el hábito de velar por sus intereses”.[94] Pese a la lógica, el primer pretendiente mestizo accede al matrimonio gracias a su nombramiento como ministro, mientras que el otro tiene que resignarse a ver cómo la pareja enamorada se casaba. La diferencia entre ambos casos residía no sólo en la madurez de la muchacha, sino también en la conducta de sus padres, que si en *Celeste* eran plutocráticos, frívolos y egoístas al no preocuparse por “las herencias vergonzosas” que traería la futura progenie de su hija,[95] en *La virgen del lago* demostraban ser responsables con su condición social al recomendar a su hija que no se casase “ni [con] un *quídam* ni [con] un bribón; pero prefiere casarte con un bribón o un *quídam* a hacerlo con un indio. No destruyas, no eches a perder tu raza”.[96]

Las consecuencias negativas para la protagonista por acceder a casarse con un cholo no se relataban en *Celeste*, pero sí en *El cholo Portales* (1926) de Enrique Finot, donde la señorita Vélez moría a causa del maltrato psicológico y la tacañería de su esposo. Al contrario de lo que sucede en los textos citados, en los

que el cholo era un personaje secundario que ensombrecía con sus manejos políticos y sociales el desarrollo de la nación y la felicidad de los protagonistas, en la obra de Finot ocupa el papel estelar. Esto permitió a su autor explicitar la catástrofe nacional que significaba el acceso de los mestizos a la dirección de los asuntos nacionales. En este texto se relatan los medios de los que se servía Evangelista Portales, prototipo del nuevo caudillo, para escalar socialmente y convertirse en un posible presidente de Bolivia. El personaje reúne todas las características de los cholos hasta ahora mencionadas: adulador con los superiores, despótico con los subordinados, tacaño, avaricioso, mezquino, sin escrúpulos ni conciencia política, ingrato, traidor e incapaz de lealtad filial. Hijo de una chola y un cura, lo protegía desde la niñez un eminente abogado que le financiaba los estudios universitarios y para quien trabajaba su progenitora como cocinera. Gracias a las amistades adquiridas, casó con una mujer de la élite que le ayudaba a situarse socialmente, siendo consolidada tal posición mediante prácticas que desatendían las sabias recomendaciones de su tutor, que en la novela encarna la honestidad criolla-blanca que sucumbe ante la ambición desenfrenada de los cholos. Pero su falta social no sólo radicaba en tener deseos por encima de su origen, sino en ascender con éxito por entender la política como un negocio, como una actividad niveladora que todo lo corrompe y lo pervierte. Al utilizar sus conocimientos universitarios en beneficio propio, viciaba la esencia y el destino del mestizo letrado descrito por Aguirre, demostrando que, pese a la apariencia de progreso material, todavía Bolivia era “una toldería de indios, manejada por algunos mestizos audaces y más o menos letrados”. Eso llevaba a que el autor, por medio del personaje del doctor Pérez Benavente, negase los resultados de las investigaciones antropológicas y psicológicas que ponían “de moda la igualdad de la especie humana”, y a afirmar que el ambiente moral no había mejorado en el país a causa de que no dominaba la raza blanca, que era la única capaz de “comprender, amar y practicar la democracia”, frente a la masa mestiza que todo lo arrollaba ansiosa de poder y autora del caudillismo y la anarquía. Esa polaridad se traducía en una inminente “guerra de razas” que determinaría el porvenir de Bolivia.[97]

El desenlace de la novela con los políticos honestos en el exilio, traicionados por enésima vez por las malas artes de Evangelista Portales en su desenfrenada carrera hacia la presidencia, confirmaba a la raza como el factor fundamental del deterioro boliviano. Esa conclusión era también una advertencia para que los blancos no se extralimitasen en su piedad hacia los subalternos. Si no tenían cuidado, a los “bien nacidos” podía sucederles lo mismo que a los expulsados a Antofagasta y perder sus privilegios y estatus. Esto es, si no discriminaban a los cholos en nombre del bien nacional, volvería el caudillismo y con él una

movilidad social difícil de controlar. Por ello, aunque la novela de Finot era un claro ataque al Partido Republicano y a su presidente Bautista Saavedra, lo importante en ella no era tanto la caricatura de la vida política boliviana, sino su simplificación mediante criterios étnicos. El tópico del cholo expresaba un llamado a la solidaridad de sangre y una censura a cualquier gesto que pusiera en duda la conveniencia de una sociedad de castas. De no ocurrir así, los malos hábitos y herencias de la población chola desvirtuarían el sistema partidario impidiendo que fuera un canal adecuado para la modernización nacional. El régimen democrático sólo serviría entonces para el encumbramiento de los inferiores e impediría la transformación nacional de Bolivia.[98]

En términos de la época, la *ficción democrática*,» escenificada en los ensayos y las novelas escritos en las primeras décadas del siglo XX, era resultado del caudillismo que había perpetuado la incapacidad moral del país. La conversión del ejecutivo y del pueblo ignorante e inmoral en los dos culpables de la farsa electoral, tenía dos niveles instrumentales. Mientras el primero actuaba de mecanismo de deslegitimación política destinado a restar poder al contrario, el segundo conllevaba la desvalorización del voto ciudadano por dejarse corromper e incluso inducir a ese hecho a los candidatos. Aunque ambas dimensiones actuaron en conjunto, por la naturaleza de este texto sólo se va a insistir en la segunda. En todas las descripciones de los comicios fue el elemento popular el que más violencia ejerció y sufrió. Los encarcelados, los apaleados, los que vitoreaban y los que se emborrachaban, eran siempre artesanos, obreros, mineros, comunarios y peones de hacienda. Pero, pese a lo masivo y entusiasta de su participación electoral, siempre se les menospreció y se puso en duda la validez de su intervención hasta el punto de decir que con su presencia corrompían el principio democrático y con su debilidad retardaban la educación política de los pueblos nuevos. Aunque hablaban de una democracia nacida de la “muchedumbre, del populacho, del bajo fondo, del pueblo”, la consideraban una idea extravagante, dada la “estructura social heterogénea y en el fondo aristocrática” del país;[99] por tanto, para los políticos e intelectuales contemporáneos, *ficción democrática* no significaba que no hubiera elecciones con público interesado en votar, sino todo lo contrario: que había demasiado público indeseable ejerciendo de ciudadano. El sufragio no era libre porque existía una numerosa población mercenaria a la espera de ser corrompida. La inmoralidad y el arribismo de las masas dispuestas a vender su voto imposibilitaban la conformación de una Bolivia democrática, en la que primasen el progreso, el orden y la estabilidad, expresiones de un mundo civilizado. Esto sucedía fundamentalmente por las condiciones raciales del país. Existía, así, una

tendencia a minusvalorarse nacionalmente en términos étnicos, y a interpretar el pragmatismo y la corrupción como un estigma de barbarie imposible de eliminar. Es probable que esa actitud de desprecio por el país en que vivían, por bárbaro y retrasado, fuese una consecuencia de su percepción como pertenecientes a una nación aislada, de geografía difícil, desposeída de territorios, golpeada por guerras y desoída en los foros de la diplomacia internacional. Pero también denotaba una voluntad de clase destinada a marginar de las decisiones públicas a gran parte de la población, y a hacerlo en la medida en que dicha población demostraba de modo creciente su conciencia de pueblo soberano. Es decir, los relatos sobre los comicios y la *ficción democrática* no hacían necesariamente referencia a su inexistencia sino que estaban relacionados con los esfuerzos de la élite por controlar y regular el ascenso social y por dosificar las respuestas que sus propuestas de construcción nacional provocaban en la sociedad. La narrativa de la *ficción democrática* actuaba, entonces, como un discurso disciplinador con fuertes ingredientes de discriminación étnica, y significaba censura de la participación popular a medida que ésta se hacía más necesaria en el juego político y adquiría con ello mayor comprensión de su poder social.[100]

En este proceso disciplinatorio la raza actuaba en calidad de fatalidad ineludible, que aislaba al indio en su esencialismo étnico y condenaba al mestizo a una depravada existencia de cholo. Aunque en esta última transformación subyacía un rediseño de las relaciones de poder, se generalizó también el deseo de la élite de monopolizar lo mestizo como su identidad nacional futura, destinando lo cholo a aquellos que debían permanecer en estratos sociales inferiores. La necesidad de darle cobertura científica en ensayos y novelas, mostraba que los últimos no estaban tan dispuestos a asumir una identidad negativa que les negaba o posponía una existencia política y social. Para Rossana Barragán, la ambigüedad, la neutralidad y la identidad positiva adquirida por el término mestizo, convirtió dicho proceso en “una válvula de escape, un lugar intermedio” y un espacio de lucha y disputa, porque permitió la autoidentificación de todos los grupos sociales.[101] Si eso es cierto, los textos mencionados contribuyeron a crear opiniones y percepciones en torno del prejuicio anticholo, en el sentido de que se evitase revertir el proceso de mestizo a cholo en de cholo a mestizo. Esto es, el relato del modo en que los cholos con poder destrozaban la posibilidad del engrandecimiento nacional boliviano, buscaba el disciplinamiento de este colectivo en el sentido de hacerle interiorizar su incapacidad pública y renunciar a sus anhelos de ascenso social. De ahí que las narrativas sobre el caudillismo y sobre la *ficción democrática* informasen de una tendencia intelectual discursiva que enraizaba el descontento nacional en

una causa étnica.

CONCLUSIÓN

Los autores y los relatos mencionados han mostrado cómo la historia, lejos de ser una disciplina pasiva o meramente contemplativa, contenía una visión crítica del pasado, articulada desde un presente determinado y con ciertos presupuestos ideológicos. En la medida en que la realidad, en cuanto reconstrucción de una estructura histórica, era transmitida por ellos mediante los discursos de la "verdad" que elaboraban sobre la misma, la literatura de carácter fundacional que proporcionaba alegorías de la nación se tornaba también en reveladora de "verdades" nacionales. Como ambas materias generaban prácticas discursivas que no sólo representaban objetos, incluida la nación, sino que también los formaban,[102] su faceta política resultaba central. La formación del discurso histórico nacional iba unida a la construcción de la nación, poseyendo su gestación política una función educativa altamente moralizadora en lo relativo a insuflar entre la población el espíritu patriótico que la haría posible. Esta necesidad de tornar y de representar a la nación como un todo unitario implicó necesariamente un proceso de homogeneización, discursivo, institucional y físico, que condujo a un continuo replanteamiento de la noción de pueblo en tanto depositario de la soberanía nacional. De ahí que este texto se haya propuesto mostrar al lector cómo el quehacer historiográfico narró la historia de Bolivia a partir de establecer quiénes habían participado en ella, con qué intensidad, en calidad de qué y cuáles habían sido los frutos nacionales de tal intervención en términos de progreso y de civilización.

La respuesta historiográfica a tales interrogantes supuso la recreación de escenarios históricos en los que hechos políticos y militares tuvieron especial relevancia en la medida en que su cometido fue explicar por qué unas sociedades triunfaban y otras fracasaban. Como esa pregunta afectaba de manera directa a la naturaleza heterogénea de la población, sus posibles respuestas a lo largo del tiempo coincidieron en contraponer pueblo soberano y plebe proselitista, primero, con argumentos de índole patriótica —moral pública, educación, tributación, trabajo y contribución armada— y, después, de carácter étnico —degeneración racial—. El resultado fue que aquellos colectivos a los que el relato histórico identificó como los gestores del devenir nacional gracias a sus hazañas en las guerras de liberación, quedaron autorizados por la "verdad" de la historia a seguir liderando tal esfuerzo, siendo sancionado su proyecto grupal

como nacional. En contrapartida, los descritos como ignorantes, refractarios a la nación o más dañinos a su engrandecimiento, quedaron consignados como subalternos, cuya habilitación pública se iría haciendo posible en la medida en que se adecuaran a las iniciativas de los primeros según el presupuesto de blanqueamiento-occidentalización. Sólo así posibilitarían que Bolivia entrase a la civilización y a la cultura universal y pudiera igualarse en progreso y modernidad a las naciones industrializadas. Si autores decimonónicos como Sánchez, Cortés, Sotomayor y Aguirre asumieron una actitud voluntarista y concibieron que esta operación de homogeneización moralizadora podía llevarse a cabo por medio de las leyes y la educación, para Moreno, Arguedas y los escritores contemporáneos a éste, resultaba casi imposible por la incompatibilidad racial. Tal diferencia a la hora de transformar a la plebe proselitista en pueblo soberano denotaba distintos contextos ideológicos de pertenencia de los autores.

Para los primeros, cuyas obras fueron publicadas entre 1848 y 1865-1885, la conversión de los nacionales en ciudadanos no exigía necesariamente condiciones étnicas, de riqueza o de preeminencia social, sino que dependía de criterios de utilidad a la nación. Ello significaba que todos aquellos individuos que sirviesen a la comunidad de manera reconocida por ésta y que al hacerlo expresasen activamente virtudes cívicas en favor de la patria —como trabajador, contribuyente o soldado de milicias— podrían acceder a la ciudadanía, lo que tornaba a esta categoría en una conquista individual a la que podían aspirar todos los sujetos que estuviesen dispuestos al sacrificio de sus ambiciones personales y de sus identidades corporativas por el bien común, debiendo ser públicamente demostrado tal comportamiento, ya que tal exhibición sintetizaba el compromiso de un individuo con la patria. Convertida en un premio al compromiso nacional, la ciudadanía hacía, en consecuencia, referencia a una comunidad unitaria definida por una tradición y la experiencia comunes, que no se concebían necesariamente como preexistentes, sino que además de poder adquirirse gracias a la acción benéfica de las instituciones, podían lograrse mediante actos patriotas ejercidos en términos de cooperación nacional. Sin embargo, para los segundos autores, cuyas obras aparecieron entre finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX, influidas por corrientes de pensamiento que jerarquizaban a la población en virtud de su origen étnico y por un entorno nacional con problemas territoriales y de gobernabilidad entre el centro y las periferias nacionales, los controles de reconocimiento público se vincularon al criterio de civilización; es decir, la determinación de si un sujeto era o no ciudadano ya no se situaba en la demostración por parte del aspirante de utilidad, cooperación y compromiso patrióticos, sino que dependía de su grado de civilización en

términos de homogeneidad cultural. Ello provocó que muchos nacionales se asumiesen imposibles de redimir por sus taras ancestrales y a causa de su origen étnico, y que también se cuestionaran las posibilidades institucionales de la ciudadanía para lograr una comunidad nacional. Luego, el ser ciudadano ya no dependía de lo ejecutado por un individuo y refrendado por el ámbito local, sino de lo que la sociedad civilizada juzgase que éste había hecho.[103]

En suma, aunque en todos los textos la persecución del bien común de la nación se asociaba a la naturaleza del pueblo, tanto ésta como las posibilidades de progreso que permitía variaban. En unos casos, el carácter moral de la población se dignificaba mediante contribuciones productivas de cooperación comunitaria-nacional, haciendo posible el desarrollo positivo de un sistema representativo; en otros, tales esfuerzos resultaban inútiles porque la degeneración racial los embrutecía, con lo que la democracia se reducía a una ficción generada por la incapacidad de los bolivianos, específicamente de sus sectores populares. En ambos casos, el intelectual (historiador-novelista-ensayista) se colocaba en una situación de preeminencia consistente en identificar, delatar y buscar soluciones a los males del país. Sus narraciones, juicios y críticas no eran simples opiniones académicas y desinteresadas, sino que llevaban implícito el deseo de decidir políticamente acerca del futuro boliviano y conseguir preeminencia personal con ello. En este sentido, se distinguen dos niveles relativos a la función social del escritor respecto a la nación y a sí mismo. Primero, la conceptuación del pueblo como soberano o proselitista implicaba el esfuerzo de éstos por crear consensos nacionales acerca del origen de los males bolivianos con el fin de monopolizar sus posibles soluciones. Si ellos eran los que diagnosticaban la dolencia fundamental del país, la explicitaban científicamente y la materializaban y divulgaban en relatos históricos o literarios, sólo ellos tenían la capacidad de resolverla. Al ofrecerse a sí mismos como salvadores de la nación, gracias a su perspicacia en descubrir sus males, encontraron una forma de hacerse individuos indispensables en su destino y de alcanzar, por tanto, posiciones políticas de responsabilidad que les permitieran intervenir en el diseño nacional; de este modo, quedaban legitimados el discurso de la historia y el de la literatura como aquellos capaces no sólo de revelar el pasado de la nación, sino también de sugerir su futuro. Segundo, en la medida en que este grupo creaba opinión e influía después en ella, reforzaban su calidad de imprescindible en el ámbito nacional. Los intelectuales se convertían, así, en líderes con la fuerza moral necesaria para guiar y canalizar la energía de la multitud y, por tanto, como los únicos con capacidad legítima para regir el destino de Bolivia. Ello reforzaba la autolegitimación del intelectual como el poseedor del discurso pedagógico que enseñaría el rumbo que debería seguirse, a

los futuros nacionales.[104]

Han pasado los años y las modalidades discursivas basadas en contraposiciones raciales siguen vigentes, aunque los intereses, ambiciones y proyectos temporales que representaban hayan desaparecido y hayan sido sustituidos por otros. Si en el pasado en nombre de la "verdad" histórica se legitimaron prejuicios sociales mediante los que se negó discursivamente a parte de la población boliviana la capacidad de gestionar la nación, en la actualidad se reeditan los esencialismos identitarios para justificar nuevas exclusiones de los agentes históricos. En un caso y otro había y hay héroes y villanos, pero que no dejan de ser efectos de la naturalización de colectivos sociales cuya acción se puede subvertir por medio de la Historia.

HEMEROGRAFÍA

La Prensa
Bolpress
El país

BIBLIOGRAFÍA

Abecia Valdivieso, Valentín, 1965, *Historiografía boliviana*, La Paz, Ed. Letras.

Adelman, Jeremy, 2005» "Colonialism and nacional histories: José Manuel Restrepo and Bartolomé Mitre", en Schmidt-Nowara y Nieto-Philips (eds.), pp. 163-186.

Albarracín Millán, Juan, 1976, *Orígenes del pensamiento social contemporáneo de Bolivia*, La Paz, Empresa Editora Universo, 1.1.

——, 1978, *El gran debate. Positivismo e irracionalismo en el estudio de la sociedad boliviana* I, La Paz, Empresa Editora Universo, t. II.

——, 1979, *La sociedad opresora. Corrientes eclécticas de transición del positivismo al marxismo*, La Paz, Empresa Editora Universo, t. III.

——, 1979, *Alcides Arguedas: la conciencia de una época*, La Paz, Empresa Editora Universo.

Alda, Sonia, 2000, *La participación indígena en la construcción de la república de Guatemala, s. XIX*, Madrid, UAM.

Aguirre, Nataniel, 1989, *Juan de La Rosa*, La Paz, Ed. Juventud (1885).

——, 1973, *El Libertador*, La Paz, Ediciones Camarlinghi.

Aguirre, Nataniel y Fidel Aranibar, 1885, *Intereses nacionales*, Cochabamba, lmp. de “El 14 de septiembre”.
Aguirre, Carlos y Charles Walker (eds.), 1990, *Bandoleros, abigeos y montoneros*, Lima, Instituto de Apoyo Agrario.
Arguedas, Alcides, 1975, *Historia general ¿le Bolivia*, La Paz, Ed. Gisbert & Cía. (1922).
——, 1975, *Los caudillos bárbaros*, La Paz, Ed. Gisbert & Cía. (1923).
——, 1981, *Los caudillos letrados*, La Paz, Ed. Juventud (1923).
——, 1981, *Vida criolla*, La Paz, Ed. Juventud.
——, 1988, *Raza de bronce*, Madrid, Colección Archivos (edición crítica coordinada por Antonio Lorente Medina).
——, 1991, *La plebe en acción*, La Paz, Ed. Juventud (1924).
Arnade, Charles, “La historiografía colonial y moderna de Bolivia”, *Historia y Cultura*, núm. 12 (1987), pp. 141-194.
Arze, José Roberto, “Arguedismo y antiarguedismo”, *Signo. Cuadernos bolivianos de cultura*, núm. 39-40 (1993), pp. 225-234.
Arze Aguirre, René D., 2002, *El naturalista francés Alcides D'Orbigny en la visión de los bolivianos*, La Paz, IFEA-Plural-Embajada de Francia.
Avendaño, Xiomara, 1995, “Procesos electorales y clase política en la Federación de Centroamérica (1810-1840)”, tesis de Doctorado en Historia, Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México.
Ballivián, Vicente, 1969, *Claudio y Elena*, La Paz, Ed. José Camarlinghi (1834).
Baptista Gumucio, Mariano, 1979, *Alcides Argue das: Juicios bolivianos sobre el autor de Pueblo Enfermo*, La Paz, Ed. Amigos del Libro.
Barnadas, Joseph, 1988, *Gabriel René Moreno (1836-1908): drama y gloria de un boliviano*, La Paz, Ed. Altiplano.
Barnadas, Joseph (coord.), 2002, *Diccionario histórico de Bolivia*, Sucre, Grupo de Estudios Históricos, tomos I y II.
Barragán, Rossana, 1996, “*Los múltiples rostros y disputas por el ser mestizo*” *Mestizaje: ilusiones y realidades*, La Paz, Museo Nacional de Etnografía y Folklore. La Paz.
——, 2000, “¿Categoría fiscal o categoría social? La campesinización del indio”, en König, Platt y Lewis (coords.), pp. 143-167.
——, “Tramas, dramas, epopeyas y mitos en las historias bolivianas del siglo XIX”, *Historias. .. de mitos de ayer y hoy. Revista de la Coordinadora de Historia*, núm. 4 (2000), pp. 51-94.
Barragán, Rossana, Dora Cajías y Seemín Qayum (comps.), 1997, *El siglo XIX en Bolivia y América Latina*, La Paz, IFEA-Coordinadora de Historia.
Bastos, Isabel, 1995, “Imaginario liberal e indigenismo estatal”, *Memorias*, pp.

113-120.
Burns, Bradford E., 1990, *La pobreza del progreso*, México, Siglo XXI editores.
Bustamante, Daniel, 1918, *Programa político. Problemas en Bolivia en 1918*, La Paz, Imp. Velarde.
Cancino, Hugo (coord.), 2005, *Los Intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición, siglos XIX y XX*, Frankfurt, Ahila-Iberoamericana-Vervuet (Cuadernos de Historia Latinoamericana, 11).
Canelas, Demetrio, 1965, *Aguas estancadas. Fragmentos de la vida boliviana*, Cochabamba, Ed. Canelas (1907).
Chirveches, Armando, 1976, *Celeste*, La Paz, Ed. Urquizo (1905).
——, 1920, *La virgen del lago*, La Paz, Editores Libreros.
Condarco Morales, Ramiro, 1971, *Grandeza y soledad de Moreno. Esbozo bio-biográfico*, La Paz, Talleres Gráficos Bolivianos.
——, 1983, *Zárate. El temible Willka. Historia de la rebelión indígena de 1899*, La Paz, Imp. Renovación.
Cortés, Manuel José, 1981, *Ensayo sobre la historia de Bolivia*, La Paz, Empresa Editora Ltda. (1861).
Cortes, Teresa, Consuelo Naranjo y Alfredo Uribe (eds.), 1998, *El Caribe y América Latina: el 98 en la coyuntura imperial*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-CSIC-Universidad de Puerto Rico.
Dalence, José María, 1975, *Bosquejo estadístico de Bolivia*, La Paz, UMSA.
Demelas-Bohy, Marie Danielle, 1980, *Nationalisme sans nation. La Bolivia aux siècle XIXe-XXe siècles*, Paris, Éditions du CNRS.
——, "Darwinismo a la criolla: el darwinismo social en Bolivia 1880-1910", *Historia Boliviana*, núm. 1-2 (1981), pp. 55-82.
Diez de Medina, Fernando, 1981, *Literatura boliviana*, La Paz, Ed. Los Amigos del Libro.
D'Orbigny, Alcides, 1958, *Viajes por Bolivia*, La Paz, Ministerio de Educación, t. I.
Dym, Jordana, 2005, "La soberanía de los pueblos: ciudad e independencia en Centroamérica, 1808-1823", en Rodríguez O. (coord.), pp. 309-338.
Escobar, Antonio y Romana Falcón (coords.), 2002, *Los ejes de la disputa: movimientos sociales y actores colectivos*, Madrid, Iberoamericana.
Estenssoro, Juan Carlos, 2003, *Del paganismo a la santidad. La incorporación de los indios del Perú al catolicismo, 1532-1750*, Lima, IFEA-PUCP.
Favre, Henri, "Bolívar y los indios", *Histórica*, vol. X, núm. 1 (1996), pp. 1-18.
Fernández Antezana, Natalio, 1905, *La hecatombe de Mohoza. La supuesta complicación del cura Jacinto Escobar y la comprobación de su inocencia mediante la defensa hecha por el doctor.*.La Paz, Tip. de la Unión.

Finot, Enrique, 1964, *Historia de la literatura boliviana*, La Paz, Ed. Gisbert & Cía.
——, 1977, *El cholo Portales*. La Paz, Ed. Juventud (1926).
Francovich, Guillermo, 1987, *La filosofa de la historia*, La Paz, Ed. Juventud.
García, Alvaro *et ai*, 2001, *Tiempos de rebelión*, La Paz, Muela del Diablo Editores.
García Jordán, Pilar, Gabriela Dalla Corte *et ai* (coords.), 2004, *Relaciones Sociales e indentidades en América. IX Encuentro-debate América Latina ayer y hoy*, Barcelona, Universidad de Barcelona.
Gotkowitz, Laura, 1997, "¡No hay hombres!: Género, nación y las Heroínas de la Coronilla de Cochabamba, 1885-1926", Barragán, Cajías y Qayum (comps.), pp. 701-716.
Guarisco, Claudia, 2004, *Etnicidady ciudadanía en México y Perú (1770-1850)*, Toluca, Colegio Mexicanense.
Irurozqui, Marta, "La masacre de Mohoza, 1899: la (re)invención de una tradición", *Revista Andina*, núm. 22 (1993), pp. 163-200.
——, "¿Qué hacer con el indio? Análisis de las obras de Franz Tamayo y Alcides Arguedas", *Revista de Indias*, núm. 195-196, Monográfico del Dpto. de Hª de América (1993), pp. 559-587.
——, 1994, *La armonía de las desigualdades. Élites y conflictos de poder en Bolivia, 1880-1920*, Cuzco, CBC-CSIC.
——, "La amenaza Chola. La participación popular en las elecciones bolivianas, 1900-1930", *Revista Andina*, núm. 26 (1995), pp. 357-388.
——, 1996, "El negocio de la política. Indios y mestizos en el discurso de las élites bolivianas, 1900-1920", en Pinto, pp. 117-140.
——, 1998, "Insolidarios y sangrientos. El indio en Juan de La Rosa y la Guerra Federal de 1899", en Cortes, Naranjo y Uribe (eds.), pp. 335-356.
——, "Las paradojas de la tributación. Ciudadanía y política estatal indígenas en Bolivia, 1825-1900", *Revista de Indias*, núm. 217, monográfico sobre Estado y política indígena. Hispanoamérica, Estados Unidos y Australia, s. XVI-XX (1999), pp. 705-740.
——, 2000, *A bala., piedra y palo. La construcción política de la ciudadanía en Bolivia, 1825-1952)* Sevilla, Diputación de Sevilla.
——, 2003, "El bautismo de la violencia. Indígenas patriotas en la revolución de 1870 en Bolivia", en Salmón y Delgado (eds.), pp. 115-152.
——, 2004, "Conversos a la patria boliviana. Identidad y participación política indígenas en las revoluciones de 1870 y 1899", en García Jordán, Dalla Corte *et al.* (coords.), pp. 385-400.
——, 2005, *La ciudadanía en debate en América Latina. Discusiones*

historiográficas y una propuesta teórica sobre el valor público de la infracción electoral. Documento de Trabajo 139, Lima, IEP.
——, 2005, "Los hombres chacales en armas. Militarización y criminalización indígenas en la Revolución Federal de 1899", en Irurozqui (éd.), pp. 285-320.
——, "Sobre el tributo y otros atributos ciudadanos. Sufragio censitario, fiscalidad y comunidades indias en Bolivia, 1825-1839", *Bicentenario. Revista de Historia y de Ciencias Sociales*, núm. 6 (2006), pp. 35-66.
——, "Sobre indios, tópicos victimistas y maneras de ser ciudadano. Bolivia en el siglo XIX", *Guaraguao*, núm. 15 (2007).
——, "Sobre caudillos, demagogos y otros males étnicos. La narrativa antichola en las novelas bolivianas, 1900-1940", *Jahrbuch fur Geschichte Lateinamerikas*, núm. 35 (1998), pp. 189-218.
Irurozqui, Marta (ed.), 2005, *La mirada esquiva. Reflexiones históricas sobre la interacción del Estado y la ciudadanía en los Andes (Bolivia, Ecuador y Perú), siglo XIX*, Madrid, CSIC.
Konig, Hans Joachim, Tristan Platt y Colin Lewis (coords.), 2000, *Cuadernos de Historia Latinoamericana: Estado-nación, comunidad indígena, industria. Tres debates al final del milenio*, Ridderkerk, AHILA 8.
Krüggeler, Thomas y Ulrich Mücke (eds.), 2001, *Muchas Hispanoaméricas. Antropología, historia y enfoques culturales en los estudios latino americanistas*, Madrid y Frankfurt, Iberoamericana y Vervuert.
Larson, Brooke, 2002, *Indígenas, élites y Estado en la formación de las repúblicas andinas*, Lima, PUCP-IEP.
Lavaud, Jean-Pierre y Françoise Lestage, "Contar a los indígenas: Bolivia, México, Estados Unidos", *Tinkazos*, núm. 13 (2002), pp. 11-50.
Lema, Ana María (coord.), 1994, *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia con sus resultados, presentado al examen de la Nación por un Aldeano hijo de ella. Año de 1830*, La Paz, Plural-UMSA.
Lorente Medina, Antonio, "Alcides Arguedas y la literatura nacional boliviana", *Epos*, núm. 2, pp. 177-185.
Mallon, Florencia, 1995, *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Perú*, Berkeley, University of California Press.
Medinaceli, Carlos, 1972, *La inactualidad de Alcides Arguedas.* La Paz, Ed. Los Amigos del Libro.
Memorias, 1995, *Memorias Jomadas Andinas de Literatura Latinoamericana*, La Paz, Plural Editores.
Méndez, Cecilia, "The Power of Naming, or the Construction of Ethnic and National Identities in Peru: Myth, History and the Iquichanos", *Past and*

Present, núm. 171 (2001).
——, 2005, *The Plebeian Republic: The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State: Ayacucho, 1820-1850*, Durham, Duke University Press.
Mendieta, Pilar, 1994, "Resistencia y rebelión en Mohoza: la masacre de 1899", tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz.
Mitre, Bartolomé, 1993, *Soledad*, La Paz, Ed. Juventud (1847).
Morelli, Federica, 2001, "Un neosincredsmo político. Representación política y sociedad indígena durante el primer liberalismo hispanoamericano: el caso de la Audiencia de Quito (1813-1830)", en Krüggeler y Mücke (eds.), pp. 151-165.
Moreno, Gabriel Rene, "Nicomedes Antelo", *Notas biográficas y bibliográficas* (1901), pp. 117-179.
——, 1954, *Anales de la prensa boliviana. Matanzas de Yañez*, Potosí, Ed. Potosí (1886).
——, 1997, *Últimos dias coloniales en el Alto Perú*, La Paz, Ed. Juventud (1896).
Navarro, Gustavo A., 1918, *Los cívicos. Novela de lucha y dolor*, La Paz, Arnó Hnos.
Ocampo, Eduardo, 1953, *Reflexiones sobre la historiografía boliviana*, Cochabamba, UMSS.
Paredes, Manuel Rigoberto, 1906, *Provincia Inquisivi. Estudios geográficos, estadísticos y sociales*, La Paz, Tip. J.M. Gamarra.
——, 1955, *La Altiplanicie. Anotaciones etnográficas, geográficas y sociales de la Comunidad Aymara*, La Paz, Ed. Isla (1911).
——, 1992, *Política parlamentaria en Bolivia. Estudio de psicología colectiva*, La Paz, Ediciones Cerid.
Paz Soldán, Alba María, 1986, "Una articulación simbólica de lo nacional: Juan de la Rosa de Nataniel Aguirre", tesis de Doctorado, Universidad de Pittsburg.
Paz Soldán, Edmundo, 2003, *Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma*, La Paz, Ed. Plural.
Pedregal, Juan Francisco, 1924, *La máscara de estuco*, La Paz, Arno Hnos.
Pentland, J.B., 1975, *Infirme sobre Bolivia (1826)*, Potosí, Ed. Potosí.
Peralta, Víctor, 2003, *En defensa de la autoridad. Política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal, 1806-1816*, Madrid, CSIC.
Pinto, Jorge (comp.), 1996, *Del discurso colonial al proindigenismo. Ensayos de historia latinoamericana*, Temuco, Universidad de La Frontera.
Platt, Tristán, 1990, "La experiencia andina del liberalismo boliviano entre 1825 y 1900: raíces de la rebelión de Chayanta (Potosí) durante el siglo XIX", en Stern, pp. 261-303.

Polo, Luis H. y Napoleón Fernández Antezana, 1905, *Recurso de apelación ante los Sres. Ptes. Y W de la Corte Superior*, La Paz, Tip. La Unión.

Quijada, Mónica, Carmen Bernard y Arnd Schneider, 2000, *Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX-XX*, Madrid, CSIC.

Roca, José Luis (ed.), 1979, *Epistolario de Arguedas. La generación de la amargura*, La Paz, Fundación Manuel Vicente Ballivián.

Rodríguez O., Jaime E. (coord.), "Las primeras elecciones constitucionales en el reino de Quito, 1809-1814 y 1821-1822", *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, núm. 14 (1999), pp. 3-52.

——, 2005, *Revolución, independencia y Lis Nuevas Naciones*, Madrid, Fundación Mapfre-Tavera.

Romero, Carlos, 1919, *Las taras de nuestra democracia*, La Paz, Arno Hnos.

Salamanca, Daniel, *Programa del Partido Republicano Genuino, Oruro* (3 de enero de 1915), pp. 72-73.

Salamanca, Octavio, 1915, *Nuestra vida republicana. Esbozos de Sociología boliviana*, Cochabamba, Tip. Ponce de León.

Salmón, Josefa, 1997, *El espejo indígena. El discurso indigenista en Bolivia 1900-1956*, La Paz, Plural-UMSA.

Salmón, Josefa y Guillermo Delgado (eds.), 2003, *Identidad, ciudadanía y participación popular desde la colonia al siglo XX*, La Paz, Ed. Plural.

Sánchez, Manuel, 1938, *Memorias para la Historia de Bolivia desde el año de 1808 por el coronel Manuel Sánchez en la ciudad de Sucre. Año de 1848*, Sucre, Ed. Charcas.

Sandoval, Isaac, "La historia de la historiografía nacional", *Presencia Literaria* (9 de enero de 1983).

Santibáñez, José María, 1891, *Vida del general José Ballivián*, Nueva York.

Saavedra, Bautista, 1902, *Defensa del abogado Bautista Saavedra pronunciada en la Audiencia del 12 de octubre de 1901*, La Paz, Tip. Artística Velarde, Aldazosa y Cía.

——, 1955, "La criminalidad aymara en el proceso de Mohoza", en Saavedra, Bautista, 1903, *El ayllu: estudios sociológicos*, La Paz, Gísbert.

——, 1921, *La democracia en nuestra historia*. La Paz, González y Medina.

Schmidt-Nowara, Christopher y John M. Nieto-Philips (eds.), 2005, *Interpreting Spanish colonialism*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Sotomayor Valdés, Ramón, 1874, *Estudio Histórico de Bolivia bajo la administración del general José María de Achá con una introducción que contiene el compendio de la guerra de la Independencia y de los gobiernos de dicha república hasta 1861*, Santiago, Imp. Andrés Bello.

Stern, Steve, 1990, *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes*,

Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
Thurner, Mark, 1997, *From Two Republics to One Divided. Contradictions of Postcolonial Nationmaking in Andean Perú*, Durham y Londres, Duke University Press.
Unzueta, Fernando, 1996, *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*, Lima-Berkeley, Latinoamericana Editores.
Villafán, Medardo, 1921, *La importancia de la instrucción. Fibsofia popular. Pequeño extracto dedicado a las clases obreras*, La Paz, Imp. Eléctrica.
Walker, Charles, 1990, "Montoneros, bandoleros, malhechores: criminalidad y política en las primeras décadas republicanas", en Aguirre y Walker (eds.).
Zermeño, Guillermo, 2005, "La Historia, una ciencia de Estado. Notas sobre la función social del historiador en el México del siglo XIX", en Cancino (coord.), pp. 19-33.

Notas al pie

[1] Este texto se inscribe en los proyectos de investigación I+D: HUM2006-01703/CISO y HUM2006-10136.

[2] H.C.E Mansilla, “El ámbito precolombino y la cultura autoritaria”, *La Prensa*, La Paz, 30 de octubre de 2005; “La aristocracia tradicional y la moderna élite política”, *La Prensa*, La Paz, 27 de noviembre de 2005; “Las áreas donde se origina el sentimiento de crisis”, *La Prensa*, La Paz, 1 de enero de 2006; Xavier Iturralde, “Primitivismo político o modernidad”, *Bolpress*, 11 de enero de 2006; “Entrevista a Alvaro García Linera: El evismo está marcando una línea continental”, *La Prensa*, La Paz, 3 de enero de 2006; “La vía Evo Morales”, *El País*, Madrid, 5 de enero de 2006.

[3] Sobre el discurso estatal de la diversidad como una máscara para encubrir la desigualdad al no reconocer a los diferentes pueblos como totalidades sociales, véase García *et al*., *Tiempos.*

[4] El eslogan pertenece a Demelas-Bohy, *Nationalisme.*

[5] Una crítica a la inmutabilidad identitaria en Méndez, “The Power”.

[6] Como muestra de ello para el periodo republicano véase: Alda, *La participación*; Avendaño, “Procesos”; Escobar y Falcón (coords.), *Los ejes*; Dym, “La soberanía”; Rodríguez O., “Las primeras”; Morelli, “Un neosineretismo”; Peralta, *En defensa;* Mallon, *Peasant;* Walker, “Montoneros”; Thurner, *From Two;* Méndez, *The Plebeian*; Quijada, Bernard y Schneider, *Homogeneidad*, Guarisco, *Etnicidad;* Irurozqui, “El bautismo”.

[7] Paz Soldán, *Alcides*, p. 71.

[8] Sobre educación, estadística e historia como instrumentos básicos para la construcción de la nación véase Zermefio, “La Historia”.

[9] Barnadas, *Gabriel*, p. 144.

[10] Parafraseo una expresión de Guillermo Palacios, editor de este volumen .

[11] Burns, *La pobreza*, pp. 48-65; Unzueta, *La imaginación*, p. 22.

[12] Al respecto véase los sugerentes textos de Barragán, “¿Categoría...” (perspectiva histórica); y Lavaud y Lestage, “Contar” (perspectiva actual).

[13] Un estudio historiográfico a partir de la influencia de Arguedas, en Barragán, “Tramas”. Sobre historiografía consúltese también Arnade, “La historiografía”; Ocampo, *Reflexiones*, pp. 34-65; Abecia Valdivieso, *Historiografía*; Albarracín Millán, *Orígenes*, *El gran debate y La sociedad*;

Sandoval, “La historia”; Francovich, *La filosofía*.

[14] Unzueta, *La imaginación*, p. 143; Finot, *Historia*; Diez de Medina, *Literatura*; Bastos, “Imaginario”.

[15] Información extensa al respecto en Barnadas (coord.), *Diccionario.*

[16] Unzueta, *La imaginación*, p. 63.

[17] Al contrario de todos los autores mencionados, Ramón Sotomayor Valdés era de nació nalidad chilena. Casado con la boliviana Edelmira Lemoine Jordán, su quehacer como historiador de Bolivia estuvo ligado a las actividades diplomáticas que realizó en este país a partir de 1867.

[18] Condarco Morales, *Grandeza.*

[19] Albarracín Millán, *Alcides*; Roca (ed.); Lorente Medina, “Alcides”; Medinaceli, *La inactmlidad-y* Baptista Gumucio, *Alcides.*

[20] No se incluye el análisis de textos como Lema, *Bosquejo*; Pentland, *Informe* o Dalence, *Bosquejo*, por ser ensayos políticos sin una intencionalidad histórica.

[21] Burns, *La pobreza*, pp. 51 y 56; Paz Soldán, *Alcides*, p. 56.

[22] Aguirre, *Juan de la Rosa*, p. 8.

[23] Irurozqui, “Insolidarios”.

[24] Sánchez, *Memorias*, pp. II-III y 167.

[25] Cortés, *Ensayo*, pp. 29, 45-48 y 121.

[26] Sotomayor Valdés, *Estudio*, pp. 6-7 y 9.

[27] Moreno, *Últimos días*, pp. 57, 79, 216, 143 *y Anales*, pp. 309 y 346-347.

[28] Mitre, *Soledad*, pp. 32, 39 y 97.

[29] Un análisis pormenorizado de la novela en Unzueta, *La imaginación*, pp. 167-170. Unzueta lee *Soledad* como un romance nacional que colectiviza la historia de amor familiar en términos de un proceso forjador de la nacionalidad y afín a la ideología histórica del liberalismo. Y ante la imposibilidad de separar esta obra de la formación y unificación simbólica de la nacionalidad, reclama que se la considere un romance de la historia latinoamericana. También véase Adelman, “Colonialism”, pp. 163-186.

[30] Cortés, *Ensayo*, p. 121.

[31] *Ibid*., pp. 49-57, 69-71, 86, 89, 96-97 y 104.

[32] *Ibid.*, pp. 316-320.

[33] Sotomayor Valdes, *Estudio*, pp. 49-54.

[34] *Ibid.*, pp. 17-18, 29-30 y 72-73.

[35] *Ibid.*, pp. 300-307.

[36] Moreno, *Últimos días*, pp. 276-277.

[37] Moreno, *Anales*, p. 110.

[38] Arguedas, *Historia*, pp. 74-81.

[39] Aguirre, *Juan*. Originalmente la novela fue publicada en una serie de entregas sin firma en el periódico cochabambino *El Heraldo*, entre enero y agosto de 1885, apareciendo como libro el 14 de septiembre de ese mismo año.

[40] Sobre este texto vease: Gotkowitz, "¡No hay hombres!"; Paz Soldán, "Una articulación".

[41] Aguirre, *Juan de la Rosa*, pp. 18-19, 23, 28-30 y 142.

[42] *Ibid.*, pp. 38-41.

[43] Aguirre, *El Libertador*, p. 23.

[44] Aguirre, *Juan de la Rosa*, p. 38.

[45] *Ibid.*, p. 32.

[46] *Ibid.*, p. 91.

[47] Aguirre y Aranibar, *Intereses*, pp. 11-15.

[48] Aguirre, *Juan de la Rosa*, pp. 25, 61, 75, 126-127, y 140-141.

[49] En contraste con la lectura y propuesta de mestizaje de Aguirre, el mismo año de 1885, Moreno escribió "Nicómedes An telo", el texto que iniciaría el discurso de la degeneración de Bolivia, y con el que Moreno rechazaba la articulación de la nación por medio del mestizaje, si se quería conseguir una nación moderna.

[50] Favre, "Bolívar".

[51] Un último y excelente estudio sobre ello en Estenssoro, *Del paganismo*.

[52] Favre señalaba que ya Bolívar había condenado el mestizaje y la integración por medio de él, porque consideraba que albergaba las taras y los vicios de todas las razas y ninguna de sus cualidades. Favre, "Bolívar", p. 14.

[53] Este argumento se refleja en D'Orbigny, *Viajes*, p. 48. Sobre este viajero francés véase Arze Aguirre, *El naturalista*; Pentland, *Informe*, pp. 150-151.

[54] Favre, al referirse a "la enemistad natural de los colores" mencionada por Bolívar, señalaba que el fantasma del irredentismo indígena respondía tanto a un sentimiento de culpabilidad del blanco, consciente de lo que significó la colonización para el indio, como al temor ante la falta de auxilios exteriores provenientes de la metrópoli. La racionalización de esa angustia llevó a los criollos al convencimiento de que la amenaza india sólo podía desaparecer con la eliminación física o simbólica del indio. Favre, *op. cit.*, pp. 15-16.

[55] Irurozqui, "El negocio", "Las paradojas, "Sobre el tributo" y "Sobre indios".

[56] Mitre, *Soledad*, pp. 40-41.

[57] Ballivián, *Claudio*.

[58] Sánchez, *Memorias*, pp. 170 y 210.

[59] Cortés, *Ensayo*, pp. 224, 243-246, 250-252 y 299.

[60] Sotomayor Valdés, *Estudio Histórico*, pp. 10, 55, 107-108, 128, 197, 281 y 323.

[61] Partidarios políticos del general Isidoro Belzu (1848-1856).

[62] Moreno, *Anales*, pp. 11-12, 17, 33, 76, 108, 110, 216, 338, 340, 344-345.

[63] *Ibid*., pp. 348-385.

[64] Santibáñez, *Vida*, pp. 124-125, 136 *y* 240.

[65] Sánchez, *Memorias*, pp. 327-28; Cortés, *Ensayo*, pp. 249-251; Sotomayor Valdés, *Estudio*, pp. 89, 93-94, 106, 143; Moreno, *Anales*, p. 163.

[66] Barragán, "Tramas", pp. 52, 69 y 78-88.

[67] Sotomayor Valdés, *Estudio*, pp. 45-49.

[68] Moreno, *Anafes*, pp. 352, 355 y 357.

[69] Moreno, "Nicomedes", pp. 140, 144, 146, 148, 152-159, 161 y 173-175.

[70] Paz Soldán, *Alcides*, pp. 20 y 49; Arze, "Arguedismo"; Irurozqui, "¿Qué hacer...".

[71] Arguedas, *Los caudillos letrados*; *Los caudillos bárbaros y La plebe*.

[72] La moral para Arguedas consistía en "la armonía de actividades en vista del bienestar general". Arguedas, *Historia*, p. 74.

[73] *Ibid.*, pp. 14-15, 163-165 y 321.

[74] *Ibid.*, pp. 15-16, 59, 165, 250, 329, 348, 454 y 465-491.

[75] *Ibid.*, pp. 72, 144, 184-185, 161-162, 209, 299-301, 306 y 538.

[76] Condarco Morales, *Zárate*; Platt, "La experiencia"; Demelas-Bohy, " Darwin ismo"; Irurozqui, "La masacre" *y "Los hombres*Mendieta, "Resistencia"; Larson, *Indígenas*.

[77] Saavedra, *Defensa*, pp. 11-12, 13-14 y 17, y "La criminalidad", pp. 171-172, 180, 192-203 y 208-209; Fernández Antezana, *La hecatombes* Polo y Fernández Antezana, *Recurso*.

[78] Irurozqui, "Los hombres" y "Conversos".

[79] Arguedas, *Raza*, pp. 321-326, 332 y 344.

[80] *Ibid.*, pp. 341-345.

[81] Favre, "Bolívar", pp. 5-6.

[82] Salmón, *El espejo*, pp. 65-68.

[83] Irurozqui, "¿Qué hacer...", pp. 559-587; Paz Soldán, *Alcides*, pp. 44-71 y 115-142.

[84] Salmón, *op. cit.*, pp. 64-72.

[85] Paredes, *Provincia*, pp. 80 y 83, *y La Altiplanicie*, pp. 97, 106-109, 115, 119, 130, 134, 182, 199-200 y 205.

[86] Paredes, *Política*, pp. 37-40; Pedregal, *La máscara*, pp. 162 y 174.

[87] Salamanca, *Programa y Nuestra*, p. 111; Romero, *Las taras*, pp. 187-223; Saavedra, *La democracia*, pp. 20-37, 83-86 *y* 213-263; Villafán, *La importancia*, pp. 15-19; Bustamante, *Programa*, p. 18.

[88] Estos argumentos están desarrollados en Irurozqui, *A bala*, pp. 101-141.

[89] Canelas, *Aguas*, p. 93.

[90] Arguedas, *Vida criolla*, p. 22.

[91] Navarro, *Los cívicos.*

[92] *Ibid.*, p. 70.

[93] Chirveches, *Celeste*, pp. 53 y 56.

[94] Chirveches, *La virgen*, p. 165.

[95] Chirveches, *Celeste*, p. 41.

[96] Chirveches, *La virgen*, p. 108.

[97] Finot, *El cholo*, pp. 43-45, 85-90 y 100.

[98] Para mayor desarrollo véase Irurozqui, “La amenaza”, y “Sobre caudillos”.

[99] Bustamante, *Programa*, p. 5; Romero, *Las taras*, p. 38.

[100] Véase la relación entre corrupción política y *ficción democrática* en Irurozqui, *La ciudadanía*, pp. 50-55.

[101] Barragán, “Los múltiples”, pp. 99-101.

[102] Unzueta, *La imaginación*, p. 19; Paz Soldán, *Alcides*, p. 16.

[103] Sobre esta división traducida en ciudadanía cívica y ciudadanía civil, véase Irurozqui, *La ciudadanía*, pp. 60-77.

[104] Irurozqui, *La armonía*, pp. 163-174; Salmón, *El espejo*, pp. 67-71.

EMBLEMAS DE BRASIL EN LA HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XIX:
MONARQUÍA, UNIDAD TERRITORIAL Y EVOLUCIÓN NATURAL

MARÍA LIGIA COELHO PRADO
Universidad de Sáo Paulo

Durante el período de construcción y consolidación de los estados nacionales en América Latina, Brasil fue un país muy peculiar. Su enorme extensión, la no fragmentación del territorio colonial, la elección de la monarquía como régimen político, un príncipe portugués como uno de los protagonistas del movimiento de independencia, son elementos que confieren al país una singularidad que lo distinguió de las demás futuras repúblicas latinoamericanas. La ausencia de guerras prolongadas en el camino de la independencia en 1822 y la permanencia en el Brasil independiente de parte del aparato burocrático-administrativo de la Corona portuguesa, explican algunas cuestiones relativas a la concepción y la elaboración de los primeros textos de Historia nacional.

Poco tiempo después de la independencia se delineaban ya las líneas maestras de la interpretación de la historiografía brasileña. Hubo una confluencia notable entre la determinación de ciertos individuos, la fundación de ciertas instituciones y el patrocinio del gobierno imperial. De esa convergencia de ideas y de voluntades políticas, nació la historiografía oficial brasileña con coherencia de objetivos, repetición de imágenes y amplia permanencia de algunas de sus ideas cardinales. Era fundamental configurar un perfil para la nación brasileña y constituir una memoria nacional colectiva dentro de la tradición de civilización y

progreso propia de la Ilustración. En esa perspectiva, el pasado colonial también debería ser reconstituido, pues se presentaba como el cimiento histórico del presente. Por tanto, siguiendo las directrices europeas, era necesario investigar y organizar los documentos históricos comprobatorios de los "hechos auténticos". Así, al igual que en otros países de América Latina, se inició en Brasil una búsqueda de documentos oficiales con los cuales los estudiosos trataban de llegar a la "comprobación" de los hechos históricos.

El nacimiento de la historiografía nacional estuvo íntimamente vinculado a una institución con sede en Río de Janeiro, el Instituto Histórico e Geográfico do Brasil (IHGB), fundado en 1838 a imagen y semejanza del Institut Historique de París, creado en 1834. De acuerdo con el discurso de inaugu ración pronunciado por su primer secretario, el canónigo Januário da Cunha Barbosa, sus actividades deberían pautarse por dos directrices principales: la recolección de documentos y el incentivo a la enseñanza de la Historia de Brasil. Como afirma Manuel Salgado, la historiografía confeccionada por el IHGB pretendía "producir una homogeneización de la visión de Brasil al interior de las élites brasileñas".[1]

De los 27 socios fundadores del IHGB, 22 ocupaban posiciones en la alta burocracia del Estado, habiendo sido elegidos con base en relaciones sociales y políticas que seguían los moldes de las academias ilustradas europeas. Quedaba indicado de manera objetiva que parte de la élite política del periodo, muchos de cuyos miembros habían nacido en Portugal, integraba la institución que se proponía como tarea la escritura de la Historia de Brasil. Los vínculos entre el Instituto y la monarquía brasileña se hacían aún más explícitos al constatarse que el Imperio contribuía con donaciones que alcanzaban 75% de su presupuesto, y que el emperador Pedro II fue un asiduo de sus sesiones entre 1849 y 1889.

La *Revista* del Instituto, publicada trimestralmente, comenzó a ser editada en 1839. Se dividía en tres partes: la primera estaba compuesta por documentos y artículos sobre "temas relevantes" presentados con la adecuada interpretación de los hechos históricos; la segunda estaba formada por biografías de brasileños ilustres, e incluía genealogías y nobiliarias; en la tercera se transcribían las actas de las reuniones del Instituto.

La dimensión del trabajo del IHGB no puede ser debidamente apreciada si no se menciona su relación con la producción de los primeros manuales escolares sobre Historia de Brasil. A partir de finales de la década de 1850, la enseñanza de la Historia se tornó obligatoria para los exámenes que permitían la entrada a los cursos superiores y la materia Historia de Brasil fue introducida en las escuelas de nivel básico y en el programa del Colegio Pedro II. Éste, creado por decreto en 1837, fue escuela-modelo y centro de referencia de la mejor educación secundaria del país durante el periodo imperial. El decreto

determinaba la enseñanza de lenguas (latín, griego, francés) y de principios elementales de historia, geografía, álgebra, geometría, astronomía y zoología. Era mantenido por el emperador, y recibió el privilegio de ser la única institución que realizaba los exámenes necesarios para el ingreso a los cursos superiores.

Circe Maria Bittencourt afirma, con relación a los manuales de Historia, que "los primeros escritores de textos didácticos tuvieron estrechas relaciones con el saber oficial [...] se situaban junto al poder [...] dialogando con intelectuales y políticos con asiento en el gobierno y participación en el IHGB". El mejor ejemplo es el de Joaquim Manoel de Macedo (1820-1882), miembro del IHGB, escritor de novelas, profesor del Colegio Pedro II y autor del manual didáctico más leído del siglo XIX. Su libro, *Lecciones de historia de Brasil*, tuvo once ediciones consecutivas de seis mil ejemplares cada una de ellas.[2]

Otra institución, la Academia Imperial de Bellas Artes de Río de Janeiro, también debe ser mencionada en este conjunto productor de imágenes fundacionales de Brasil. La Academia fue una consecuencia del arribo de la llamada Misión Francesa a la Corte en Río de Janeiro, en 1816, por invitación de Joáo VI. En ese mismo año fue creada la Escuela Real de Ciencias, Artes y Oficios que cambió de nombre varias veces hasta llegar al de Academia Imperial de Bellas Artes. Ella enmarcó actuaciones decisivas de algunos pintores franceses integrantes de la Misión, entre quienes destacaron Jean Baptista Debret, como profesor de pintura histórica, y Nicolas Antoine Taunay, como profesor de paisaje.[3] Es interesante recordar que las directrices de la Academia mandaban investir al emperador con los títulos de Fundador y Protector de la misma. Fue allí donde estudiaron y dictaron cátedra los más importantes pintores brasileños del siglo XIX, entre ellos, Pedro Américo y Victor Meirelles. También es preciso señalar que fueron múltiples las convergencias de intereses entre el IHGB y la Academia.

Hay que destacar la importancia de la pintura histórica en la construcción de la nación y de un sentimiento de identidad en el escenario político brasileño (y también hispanoamericano) del siglo XIX. Las imágenes y los símbolos impresos en una tela debían representar acontecimientos históricos que serían comprendidos de un golpe por la mirada del público. Las decisiones del Estado monárquico para costear los estudios de pintura en Europa para jóvenes promisorios resultaron importantes. El gobierno brasileño ofreció becas y también encargó a los artistas cuadros *y* esculturas sobre temas patrióticos, que serían posteriormente expuestos en edificios públicos, en especial en museos históricos que comenzaban a ser concebidas como guardianes de la memoria nacional. Un ejemplo notable es la celebrada tela de Victor Meirelles (1832-

1903),[4] *A Primeira Missa no Brasil*, de 1861.[5] Es necesario recalcar que los libros de Historia reproducen invariablemente, hasta nuestros días, esta tela como ilustración del inicio de la colonización portuguesa. En el cuadro, expuesto en París con relativo éxito, está representada la llegada de los lusitanos a Brasil en el momento en que "bautizaban" aquella tierra desconocida. En el centro, en medio de la floresta, se ve a fray Henrique de Coimbra, en un plano más elevado que el de los dos fieles, diciendo misa frente a un altar con una enorme cruz de madera. En un plano inferior, los portugueses arrodillados siguen el ritual con devoción, mientras los indios sentados en el suelo o trepados en árboles, miran respetuosos el centro de la escena, con sorpresa o admiración. La pintura anuncia la evangelización consentida de los indígenas y su "tranquila sumisión". En esta visión, Brasil estaba simbólicamente siendo fundado de forma armoniosa por la inspiración de la Cruz y de la Corona, congregando a los habitantes nativos y a los portugueses recién llegados.

No hay duda de que el IHGB debe ser considerado el núcleo central de la producción historiográfica brasileña del siglo XIX, que estaba sintonizada con los referenciales teóricos y procedimientos de la producción europea, especialmente la francesa.[6] La Historia, como afirmaba con visión pragmática el ya citado secretario del Instituto, Januário da Cunha Barbosa, daba consejos a los hombres de Estado, "tan seguros como desinteresados, que le aclaran los caminos que debe seguir, los escollos que debe evitar, y el puerto seguro, al que una sólida maniobra puede felizmente hacer llegar la nao del Estado".[7] El historiador debería voltear hacia el pasado para indicar los pasos para el futuro de la nación.

Victor Meirelles. *A primeira Missa no Brasil.* Óleo sobre tela, 2.68 × 3.56 m.
Museu Nacional de Belas Artes.

De esa manera, me parece particularmente relevante entender la construcción de temas y la formulación de interpretaciones de la Historia de Brasil por parte de los integrantes del IHGB. Al examinar la *Revista* de la institución, Guimaráes indicó que fueron tres los temas centrales abordados por la publicación en ese periodo: la problemática indígena, los viajes y las exploraciones científicos y el debate sobre la historia regional.[8] Pero para los fines de este texto, dentro de la vasta *y* diversificada producción del Instituto me decidí por tres temáticas, cuya elección, empero, no fue arbitraria. Al contrario, son cuestiones centrales alojadas en el cierne de la construcción historiográfica nacional y que marcaron indeleblemente a las generaciones posteriores de historiadores, como poderosas ideas formadoras del imaginario social y como integrantes de las mitologías políticas brasileñas. La primera gran cuestión se refiere a la elaboración de la idea de la monarquía como garante de la unidad del territorio y de la grandeza nacional, por oposición a las repúblicas de la América de colonización española. El segundo punto se refiere a la idea de Brasil como una sociedad única, resultado de las mezclas raciales y culturales entre blancos, indios y negros. Y el tercero tiene su núcleo en la construcción de la visión de la Historia de Brasil como una evolución suave y continua en la que destaca la ausencia de rupturas violentas.

MONARQUÍA, TERRITORIO Y GRANDEZA NACIONAL

Comencemos por la primera cuestión, la del régimen monárquico dedicado a la promoción y la garantía de la unidad nacional. Esa idea fue elaborada de manera precisa por el vencedor del concurso internacional promovido por el IHGB, que invitaba a los posibles participantes a responder a la siguiente pregunta: "¿Cómo se debe escribir la Historia de Brasil?". El triunfador fue el naturalista Karl Friedrich Phillip von Martius, que estableció en su texto, publicado en 1844, algunas directrices seguidas posteriormente por sus sucesores. Él había visitado Brasil antes de la independencia, en calidad de botánico participante de un viaje científico organizado por la Real Academia de Ciencia de Munich. Esa aproximación entre historia y botánica podría parecer incongruente a primera vista. Sin embargo, no había incompatibilidad entre ambos saberes "en momentos en que estos campos del conocimiento no estaban aún rígidamente definidos y las ciencias de la naturaleza parecían proporcionar los medios más seguros para la realización de un trabajo metódico y científico".[9] De ese modo se explica el tránsito habitual de los intelectuales de ese periodo entre diversas áreas del conocimiento.

Ese artículo causó una impresión tan positiva entre los miembros del Instituto, que von Martius fue inquirido para escribir un libro de Historia de Brasil, lo que jamás sucedió. Su interpretación, pensada por él como filosófica y pragmática, estaba en consonancia con las discusiones sobre la disciplina histórica que se abordaban en Alemania. Su aplicación a Brasil produjo ideas que acabaron "por constituirse en un conjunto de principios y directrices orientadores para pensar una historia nacional de Brasil, presentes en los trabajos y reflexiones del Instituto Histórico así como en la obra-emblema de este esfuerzo de construcción simbólica de la nación en el Brasil del siglo XIX: la *História do Brasil* de Francisco Adolfo de Varnhagen".[10]

Varnhagen (1816-1878), que recibió el título de vizconde de Porto Seguro y fue socio emérito del IHGB, dominó el escenario historiográfico brasileño del siglo XIX. Las polémicas del periodo sobre temas históricos encontraron en él un centro polarizador y una referencia obligatoria. Escribió una extensa obra, en la que se destaca la mencionada *História Geral do Brasil*, cuyo primer volumen fue publicado en 1854,[11] y la *História da Independencia do Brasil*.[12] Para el historiador Nilo Odália, la obra de Varnhagen demuestra que el autor estaba involucrado en "un proyecto político de Nación, que se desea ver implantado en el presente y en el futuro, y sólidamente afianzado y alimentado en la savia que lo puede legitimar: el pasado colonial. Su inmersión en nuestra historia colonial

es un gesto de creación y de protección, que busca hacer que de ella surja una nación blanca y europea —coherente con el paisaje tropical civilizado por el hombre blanco”.[13]

Tanto von Martius como Varnhagen loaban el régimen monárquico como garante de la unidad nacional y del orden social y defendían a la monarquía como el sistema ideal para Brasil, en contraposición a las repúblicas de la América hispana, generadoras de la fragmentación, del “caos social y de la anarquía política”. De esa manera, estaba clara la diferencia que se debía establecer entre “nosotros” y “ellos”, entre Brasil y los demás países de América del Sur, donde prevalecían “el desorden, la desunión y la fragmentación”, todas alimentadas por las ideas republicanas. Brasil, al contrario, era “fuerte, unido” y, por tanto, “poderoso”. La monarquía brasileña había impedido la des-estructuración territorial y mantenido el país cohesionado. Durante el periodo imperial se construyó una identidad brasileña, mirando al exterior, que se apoyaba en la oposición entre regímenes políticos antagónicos, la monarquía y la república. Los demás países de Iberoamérica eran enemigos políticos potenciales de Brasil y la barbarie era la representación que los constituía.[14] Esta interpretación modeló los textos historiográficos y obtuvo una enorme proyección al ser difundida en las escuelas, copiada en los manuales escolares, repetida en la prensa de la Corte y de las provincias, en los púlpitos, en los banquetes y en los discursos de la Cámara de Diputados y del Senado.

En el texto de von Martius se lee que en Brasil había mucha gente con “ideas políticas inmaduras”. Se refería a las repudiadas ideas republicanas. Él pensaba que la Historia de Brasil debía escribirse pensando fundamentalmente en los republicanos, pues era necesario convencerlos de lo impracticable de sus proyectos “utópicos”. El prusiano von Martius estaba sintonizado con los pensadores liberales europeos, que entendían generalmente que la monarquía constitucional era el régimen más apropiado para los grandes estados, mientras que la república era adecuada para los pequeños estados, siguiendo la célebre clasificación de Montesquieu. Vale recordar, por ejemplo, que Hegel entendía que e la monarquía constitucional, forma por excelencia del Estado moderno, la libertad civil estaba mejor protegida. La forma de gobierno monárquico era “la última” a la que llegara la historia universal, y no existía ninguna mejor alternativa para la época.[15]

Von Martius consideraba inconveniente discutir el republicanismo y afirmaba la necesidad de la monarquía en un país como Brasil, donde había “un tan gran número de esclavos”.[16] Para nuestro autor, el país apenas comenzaba a entenderse como un todo unido y por eso mismo era urgente que los

historiadores buscaran “probar que Brasil, país tan vasto y rico en fuentes variadísimas de ventura y prosperidad civil, alcanzará su más favorable desarrollo si llega, con sus habitantes firmes en la sustentación de la Monarquía, a establecer, mediante una sabia organización entre todas las provincias, relaciones recíprocas”. Para concluir, advertía que el historiador brasileño “para prestar un verdadero servicio a su patria deberá escribir como autor monárquico-constitucional, como unitario en el más puro sentido de la palabra.”[17] Varnhagen, si bien de forma más sutil, también establecía diferencias entre monarquía y república, al asociar la primera a la unidad y la segunda a la división territorial. En el capítulo sobre la “Revolución Pernambucana de 1817”, decía que éste era “un asunto poco simpático” a su ánimo,[18] pues la rebelión habría defendido “prematuramente” la independencia de Portugal y la implantación de una república en Brasil. Enumeraba las desventajas de ese movimiento, en especial en lo que se refería a la posible fragmentación del país que sería promovida por los revoltosos. Para él, las separaciones eran muy fáciles mientras que las uniones resultaban muy costosas:

> Olvidar la nación por la provincia, dice un ilustre publicista americano, es un síntoma de disolución política: es el principio de un estado de cosas como el de Centroamérica. Al provincialismo se asocian tan sólo ideas de intereses provinciales, cuando las gloriosas andan principalmente anexas al patriotismo, sentimiento tan sublime que hasta hace desaparecer en el hombre el egoísmo, al llevarlo a exponer su propia vida por la patria, o por el soberano que personifica su lustre y su gloria.[19]

De ese modo, Varnhagen asociaba negativamente la fragmentación a la república y positivamente el patriotismo y las altas virtudes al soberano de un país unificado. Esa elaboración discursiva puede parecer voluntarista o excesivamente abstracta. Sin embargo, hay una relación entre esos discursos y la situación político-cultural de Brasil desde el comienzo del siglo XIX. A la par de la llegada de Joáo VI y de su Corte a Brasil en 1808, se fueron elaborando diversos argumentos para justificar las acciones oficiales del gobierno. La presencia del rey en el escenario americano aguzó las disputas coloniales entre Portugal y España en la América meridional y estimuló las prácticas expansionistas de la Corona portuguesa.[20]

Desde 1810, cuando iniciaron las luchas por la independencia en las colonias españolas, Portugal (después también Brasil) y Buenos Aires se disputaron el dominio sobre la Banda Oriental, antigua denominación del futuro Uruguay. En 1821, la región fue incorporada a Brasil, con el nombre de Provincia Cisplatina. Una vez alcanzada la independencia de Brasil, el emperador D. Pedro I siguió la política exterior ya establecida, y fue objeto de críticas políticas agudas por parte

de los republicanos hispanoamericanos. Como afirma Garrido Pimenta

> [...] la figura de D. Pedro es interpretada por los hispanoamericanos como la propia personificación de la guerra. Las constantes referencias despectivas al Emperador enfatizaban el hecho de ser él europeo y por lo tanto anti-americano ("déspota luso-brasileño", "tirano europeo", "el Nerón del Continente Americano"), y se le comparaba a Fernando VII como enemigo de América y al execrado Agustín de México, "tirano" y "usurpador".[21]

La disputa entre Buenos Aires y Brasil alcanzó un punto máximo de tensión cuando, en 1825, la lucha de los uruguayos por la reconquista de su territorio anuló los compromisos políticos con Brasil y reintegró la Banda Oriental a las Provincias Unidas del Río de la Plata. La subsiguiente guerra entre Brasil y Buenos Aires terminó sin victoriosos. Con el arbitraje de Gran Bretaña, el Estado Oriental de Uruguay, como país soberano, nacía en 1828.[22] En Brasil, desde la incorporación de la Banda Oriental al territorio, hubo muchas manifestaciones públicas favorables a la anexión, incluso en la prensa.[23] Con la guerra por la Cisplatina los argumentos se repetían indicando el acierto de la decisión belicosa por parte del gobierno brasileño. En las justificativas se hacía hincapié en la superioridad del régimen monárquico sobre el republicano y se modelaba un delineamiento que oponía a los dos regímenes políticos vistos como divergentes.

Con la abdicación de Pedro I en 1831 y el inicio de la menoridad del sucesor del trono brasileño, el futuro Pedro II, dio inicio un periodo conocido como el de las Regencias. En esos años Brasil fue sacudido por una serie de rebeliones de fuerte cuño regionalista, muchas de ellas propalando la separación del resto del país, lo que las convirtió en "amenazador peligro" de disolución del orden y de la unidad del Imperio. La más duradera de esas rebeliones fue la Farroupilha (1835-1845), en la provincia de Río Grande do Sul, que puso en riesgo el mantenimiento de las "fronteras naturales" del sur del país. El intento de separación se apoyaba en propuestas republicanas de gobierno, que se concretaron con la creación de la República de Piratini. El fantasma de la ya perdida Provincia Cisplatina rondaba la corte imperial, y el envolvimiento de grupos uruguayos en las luchas de Río Grande do Sul indicaba la presencia de intereses económicos y políticos comunes, así como de fronteras bastante flexibles.

La difícil y tardada derrota de las rebeliones regionales necesitaba ser legitimada con el refuerzo del discurso de la unidad. Los círculos del poder monárquico insistieron en la existencia de una íntima relación entre el régimen monárquico y la unidad territorial, utilizando los mismos argumentos anteriores pero dándoles más visibilidad, constancia y refinamiento. Así, se completaba

una interpretación que valoraba la monarquía como la responsable del mantenimiento de la “grandeza” del territorio brasileño, dádiva “natural” de la Divina Providencia, y que demonizaba a las repúblicas hispanas, víctimas de la “dolorosa fragmentación”, fruto de la “historia republicana”. Es necesario advertir que a principios de la década de 1850, las mismas oposiciones entre república y monarquía continuaban vigentes y eran empleadas como argumentos en la política exterior de Brasil frente a sus vecinos del Plata. El Imperio se mantuvo atento a los acontecimientos políticos en el sur del continente. De ese modo, envió tropas que se integraron a los ejércitos del general rioplatense Justo José de Urquiza en la decisiva batalla de Caseros que, en 1852, definió el derrocamiento de Juan Manuel de Rosas del gobierno de Buenos Aires. El autor del plan de intervención brasileño fue Paulino José Soares de Souza, futuro vizconde de Uruguay, figura fundamental en la construcción de la política externa brasileña del periodo.[24] En mayo de 1852, él expuso los motivos que habrían llevado a Brasil a intervenir en la región del Plata:

> Los esfuerzos realizados por los generales Rosas y Oribe [de Uruguay] para separar a la Provincia de Rio Grande do Sul del Imperio; la manera como cortejaron la rebelión de 1835 y contribuyeron para aumentar las exageradas pretensiones de hacer revivir el nulo tratado de 1777, y de recobrar los pueblos de Misiones que conquistamos, y de los cuáles hace tanto tiempo estamos en posesión; las constantes tropelías, violencias y extorsiones cometidas contra súbditos y propiedades brasileñas en el territorio Oriental y en la frontera, agitando la Provincia de Rio Grande do Sul, y haciendo inminente un rompimiento de un día para otro, son las circunstancias que nos debían hacer desear y empeñar todos los esfuerzos para una solución definitiva de esas cuestiones, que, apartando los peligros inminentes de la posición en que se encontraba el Imperio, nos ofrecieran garantías y nos permitieran vivir tranquilos.[25]

Además, afirmaba que Rosas pretendía acabar con la monarquía, “planta exótica” en suelo americano, y promover una rebelión de esclavos. Por otro lado, nótese la importancia dada en el texto a los lazos establecidos entre Uruguay y la provincia de Rio Grande do Sul que “había sido pacificada” tan sólo siete años antes.

La perspectiva del acierto que significó la intervención brasileña para el derrocamiento de Rosas puede ser encontrada en otros círculos alejados de la Corte de Río de Janeiro. Es el caso del historiador de Maranhao, Joao Francisco Lisboa (1812-1863), quien en un artículo periodístico intitulado *A Questao do Prata*, de 1852, elogiaba la actuación del ejército brasileño en la deposición de Rosas: “Saludemos, pues, el regreso de esa gloriosa falange, que brilló en los combates, por su valor y disciplina [...]”. Rosas era “un déspota orgulloso”, “vecino malo e inquieto”, que “degollaba y robaba a nuestros ciudadanos”. Hoy sólo queda [de Rosas] la memoria de sus sangrientas orgías y las ruinas y cadáveres que dejó como rastro por toda parte a donde llegó su dominio”.[26]

Lisboa es una referencia interesante pues pretendió escribir una historia de su provincia, la de Maranhao, tan distante del centro nacional del poder político. Sin embargo, no pudo concluir esa tarea y dejó tan sólo anotaciones referentes a dicho emprendimiento.[27] Al revisar documentos en Portugal demostró gran interés por la cuestión federativa y señaló la importancia de la "doctrina histórica del Municipio". Miembro del IHGB, fue autor del *Jornal do Timaos* en el cual se proponía denunciar las costumbres políticas *maranhenses*,[28]

El análisis de la producción historiográfica del periodo indica que los miembros del IHGB trabajaron con la premisa de que el régimen monárquico fuera considerado como un "acontecimiento natural" en el país, y menospreciaron el debate de ideas sobre el republicanismo.[29] No obstante, mantener el vigor de la monarquía requirió defensores que utilizaran muchos argumentos para justificarla y atacar el régimen republicano. Figuras políticas importantes, como los hermanos José Bonifacio de Andrada e Silva y Martim Francisco Ribeiro de Andrada, incluso antes del periodo regencial, pronunciaban vehementes discursos en la Cámara para defender el régimen monárquico. Como fue el caso de Martim Francisco quien, al señalar la presencia de republicanos en la propia Cámara y demostrar su conocimiento de las relaciones establecidas por Montesquieu entre repúblicas y virtud, afirmaba:

> No se deriva, sin embargo, de lo que he consignado, que yo condene el régimen republicano, por lo contrario, lo reputo el sistema político más perfecto, y que por eso demanda la mayor suma de virtudes de parte del mayor número de miembros de cualquier asociación; pero, ¿estamos nosotros en esa situación? O, mejor, ¿no tenemos ante los ojos diariamente testimonios ininterrumpidos de nuestra inmoralidad y del desarreglo habitual de nuestras costumbres? ¿Qué importa que yo encuentre, en el seno de esta Cámara, algunos republicanos honrados y virtuosos que amo y respeto? ¿Por acaso el gran todo nacional se cifra en ellos?[30]

Otro ejemplo paradigmático fue el del padre Antonio Feijó, político que ejerció importantes cargos y que alcanzó el pináculo de su carrera al ser nombrado Regente Único de Brasil, entre 1835 y 1837. Él también se preguntaba cuál sería el régimen más adecuado para el país. En un artículo de 1835, intitulado "¿Es la Monarquía necesaria en Brasil?", se situaba en una posición contraria a los abusos de la monarquía absolutista y defendía la "monarquía moderada", en la que la constitución era la pieza fundamental. "Consérvese la monarquía, lo repetimos, ella nos conviene, nos es necesaria; pero que se despoje de las formas de que se revestía cuando era absoluta." Criticaba los títulos de nobleza y las condecoraciones y proponía una monarquía "barata y destituida de aparatos superfluos, pesados y odiosos a la nación [...]", lo que mostraba su conocimiento de las críticas comunes a la época en el sentido de que

los regímenes monárquicos eran demasiado onerosos para cualquier país.[31]

Los autores vinculados al IHGB sofocaron las controversias y minimizaron la presencia de ideas republicanas durante el Imperio. Engendraron un discurso original (pletórico de ideas, imágenes y símbolos) que fundó una interpretación sobre la Historia de Brasil. Pienso que la repetición continuada de los mismos argumentos contribuyó para la constitución de un imaginario (que acabó por forjar una memoria colectiva) sobre los fundamentos monárquicos de la nación brasileña.[32] En el contexto del análisis de Girardet, estos textos constituyen "verdaderas narrativas míticas" que tienen una doble finalidad, la explicativa y la movilizadora. O, tomando la idea de Nicolas Shumway, pueden ser considerados "ficciones-orientadoras", es decir, escritos necesarios para que los individuos de una sociedad acepten un sentido de nación, una identidad colectiva, un objetivo nacional.[33] Creo que la fuerza de esas ideas fue tal que hasta nuestros días persiste una visión hegemónica positiva y favorable al Imperio que no fue destruida con la llegada de la república en 1889.

LA FUSIÓN DE RAZAS

El segundo módulo de análisis fue sugerido por otra construcción interpretativa fundamental de von Martius. El autor afirmaba que todo aquel que pretendiera escribir la Historia de Brasil, "país que tanto promete", no podría perder de vista los "tres elementos" que "concurren para el desarrollo del hombre" en el país. Decía que la sociedad brasileña se constituyó como resultado de la "fusión" de las tres razas: "la color de cobre, la blanca y la negra", con lo que sedimentaba un poderoso emblema para la idea de una identidad nacional interna. Según él, eran "tres elementos de naturaleza muy diversa", pero fue como resultado de su encuentro, de su mezcla, de sus relaciones mutuas y transformaciones, como se formó la población brasileña "cuya historia por eso mismo tiene un cuño muy particular".[34] A continuación discurría sobre la necesidad de que se estudiara a los indios, a los portugueses y, con menos interés, a los negros. Proponía un amplio programa de estudios. La "historia del indio como parte de la historia de Brasil" debería comenzar "por el juicio preciso sobre la naturaleza primitiva de los autóctonos brasileños"; después debía seguir con el estudio de las lenguas, empezando por la principal, el tupí; y, por último, la mitología, las teogonias y las geogonías de las "razas indígenas brasileñas". Resulta inesperada su advertencia sobre la relevancia de la comparación entre las manifestaciones materiales de los grupos brasileños y las de otros pueblos del Nuevo Mundo,

como los de México, donde destacaba las edificaciones monumentales en ruinas, construidas por sus antiguos habitantes. De acuerdo con la visión eurocéntrica del periodo, von Martius no confería a los tres elementos los mismos papeles e importancia; había una nítida jerarquía que partía de la cima con el blanco, pasaba por el indio y llegaba al negro, que se situaba en el nivel más bajo.

Esta invención de Brasil como resultado del encuentro de las tres razas obtuvo un reconocimiento inmediato, tanto que en la *História Geral* de Varnhagen, el autor encontró el momento histórico perfecto para indicar cómo las tres razas se habían unido para "salvar a Brasil" de las así llamadas invasiones holandesas del siglo XVIL[35] En la sección XXXI del volumen III de la obra, Varnhagen narra todas las peripecias de la lucha armada contra los holandeses en Pernambuco. En esa lucha, decía él, se unieron "las tres razas" en pro de un objetivo común: la expulsión del "extranjero". Este autor presenta repetidas veces en un mismo párrafo "los tres elementos juntos": "el gobernador de los negros Henrique Dias" con su tropa, "el capitán-mayor de los indios y comendador Camaráo" con su grupo y el teniente coronel André Vidal (blanco).[36] Su importancia en la narrativa es tal que de los tres hay ilustraciones, diseñadas por E. Klasing.[37] En la batalla decisiva de Guararapes, en 1648, describe la importancia de las tropas de indios y de negros para alcanzar "la espléndida victoria": "sin esa victoria, es más probable que parte de Brasil habría sido entregada a los holandeses por las Cortes, dadas las aflicciones en que se veía."[38] Nuestro autor coincidía en la idea de la mezcla de razas en la formación del "hombre brasileño", pero indicaba que era necesario orientar las relaciones raciales en el sentido del blanqueamiento de la población y en la disposición de reforzar el dominio significado por la colonización portuguesa.

El gobernador de los negros Henrique Dias, el capitán-mayor de los indios y comendador Camarão y el teniente coronel André Vidal. Retratos de E. Klasing.

Cuando pasamos al ya mencionado manual escolar de Historia de Brasil de

Joaquim Manoel de Macedo, vemos la misma idea repetida. De la lección XVII a la XXIII, el autor describe las "Invasiones Holandesas" con minuciosos detalles de la resistencia local al invasor. En esos capítulos son innumerables las referencias al indio y al negro, descritos como piezas indispensables en la lucha contra los holandeses. Después de valorar la participación militar del "célebre indio Poty", más tarde conocido como Antonio Felipe Camaráo, en las batallas trabadas, narraba su muerte en los últimos meses de 1648 y lo llamaba "bravo", "ilustre", "intrépido soldado", que mereció del rey "el título de Dom para él y para sus herederos, el fuero de hidalgo y el hábito de Cristo con pensión pecuniaria y la patente de capitán-mor de los indios".[39] El mismo tratamiento se le confiere al negro Henrique Dias: "noble", "valiente", "bravo", que aun habiendo recibido una "bala en la mano izquierda, continuó batiéndose después de mandar amputar la mano herida".[40] Y terminaba diciendo que Henrique Dias "fue nombrado *mestre* de campo de un regimiento de negros de Bahia, regimiento que nunca se extinguiría y que se llamaría perpetuamente *Henrique Dias"*, denominación gloriosa que se extendió a los regimientas de negros de otras capitanías".[41]

Esta idea de la "fusión de razas" fue muy poderosa y marcó cierta manera de concebir la formación de la sociedad brasileña. Eso no significa negar la discriminación o el prejuicio raciales, pero hay cierto imaginario hegemónico que atraviesa a la sociedad brasileña hasta nuestros días y que absorbió, de manera positiva, la perspectiva de que los brasileños son el resultado de mixturas étnicas. Vale la pena hacer notar que la elaboración de textos escritos sobre la Historia de Brasil viene acompañada de una producción pictórica que reproduce esa misma perspectiva. La tesis de von Martius sobre la convivencia de las tres razas se ilustra con muchas imágenes pintadas por extranjeros y viajantes que escogieron como temas a indios y negros. Elegimos presentar aquí algunas imágenes del ya mencionado maestro francés Jean Baptise Debret, que además de profesor de la Academia Imperial de Bellas Artes también viajó por Brasil y publicó el resultado de sus viajes en libros que contenían numerosas ilustraciones. De la misma manera que otros extranjeros que viajaron por Iberoamérica, Debret captó los "aspectos pintorescos" de Brasil y dejó una profusión de imágenes de indígenas y de negros esclavos. Es importante recalcar que hasta el presente los manuales escolares de Historia de Brasil estampan esas figuras y componen una imaginería que define al Brasil del siglo XIX.[42]

En ese periodo hubo un interesante debate con relación a los indígenas de Brasil. Como ya dijimos, ése fue un tema recurrente en la *Revista* del IHGB. Hay que tener en mente que el tráfico internacional de esclavos se terminó en Brasil

en 1850, lo que significó que la esclavitud de los africanos estaba con los días contados. Las alternativas se fijaban en la llegada de inmigrantes europeos o en el empleo de mano de obra nacional, en la cual se incluía a los indios que fueran "educados" para esa función. En ese cuadro, el IHGB valoraba a los indígenas y se proponía promover su "civilización" y la integración subordinada a la nación brasileña. Sus miembros le daban al Estado el papel central en la educación y el contacto con las poblaciones indígenas (si bien no excluyesen a las órdenes religiosas de esas tareas).[43]

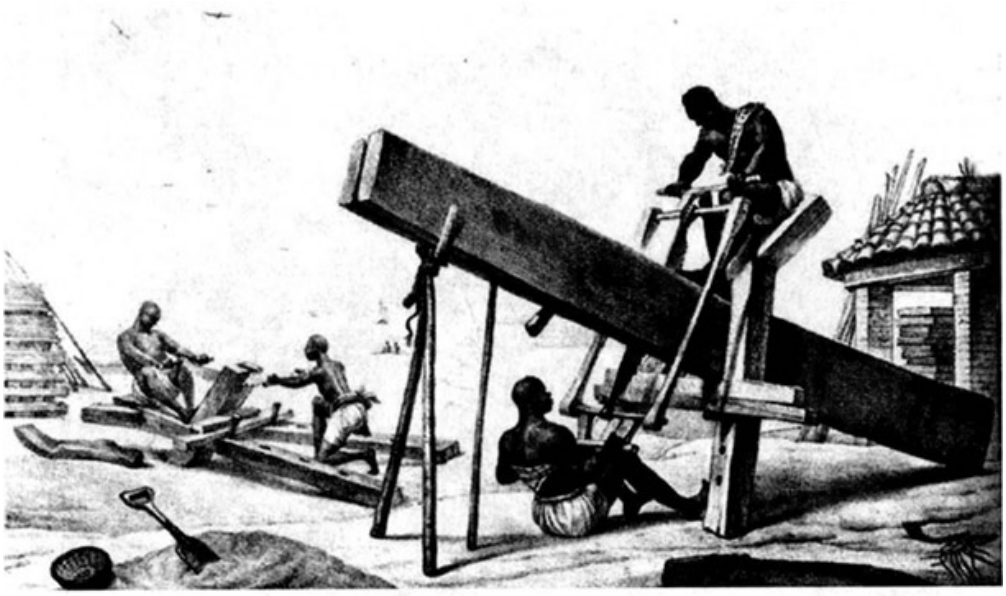
Jean Baptiste Debret. *Tribo guaicuru em busca de novas pastagens* (en Viagem, 1834-39). Litografía sobre papel, 21.8 × 32.7 cm.

Jean Baptiste Debret. *Sinal de retirada* (Coroados) (en Viagem, 1834-39). Litografía sobre papel, 32.7 × 23.5 cm.

Jean Baptiste Debret. *Penteados indígenas*.
Lámina 29 de la obra *Viagem Pitoresca*
e Histórica ao Brasil, tomo I.

Jean Baptiste Debret. *O cirurgião negro* (en Viagem, 1834-39).
Litografía sobre papel, 14.7 × 20.4 cm.

Jean Baptiste Debret. *Negociante de tabaco em sua loja* (en Viagem, 1834-39).
Litografía sobre papel, 17.9 × 22.1 cm.



Jean Baptiste Debret. *Negros serradores de tábuas* (en Viagem, 1834-39).
Litografía sobre papel, 19.5 × 31.439 cm.

Apartándose de esa perspectiva, los escritores románticos se internaban por caminos un poco diferentes. Para esa generación, los indígenas representaban los orígenes distantes sobre los cuales se apoyaba la nación. De allí surgió el *indianismo*, que buscaba las raíces nacionales a partir del siglo XVI e idealizaba al indio al transformarlo, en algunos poemas y novelas, en un verdadero héroe.[44] El poeta Gonçalves de Magalháes, considerado el "iniciador" del romanticismo en Brasil, hizo una apasionada defensa de los indígenas en "Os indígenas do Brasil", publicado en 1860 en la *Revista* del IHGB, donde criticaba la perspectiva de Varnhagen quien, en su opinión, no daba la debida importancia a los primeros habitantes del país. Afirmaba que el objetivo de su trabajo era "rehabilitar al elemento indígena que hace parte de la población de Brasil". Para él era

> una deuda sagrada contraída por nuestros mayores, y por nosotros que en pleno gozo estamos de las tierras tomadas a los padres de esos infelices, que, privados hoy del litoral, y de los mares y ríos que navegaban, viven separados, en pequeños grupos, sin comunicación, embreñándose cada vez más y sin medios para perfeccionarse si no los socorremos.[45]

Él destacaba las cualidades de los "usos y costumbres" indígenas como "el religioso respeto a las vírgenes hasta la edad de la pubertad", la fraternidad en la que convivían, la hospitalidad y la generosidad. Discordaba de los que les negaban "la importancia en la población, colonización y prosperidad del país, como también las nociones de Dios y de justicia y algunos nobles sentimientos".[46] Contraponía "la inmensa ignara y embrutecida población de

Europa”, cuyas costumbres extinguieran “poco a poco todos los nobles sentimientos y la idea misma de qué son los hombres”, a los indígenas, quienes “en la independencia de su carácter, en la fuerza de su voluntad, en la altivez de su espíritu y en el garbo de su porte” conservaban todos los bellos atributos de la especie humana.[47] De ese modo, los orígenes de la nacionalidad brasileña se asentaban en hombres con altos valores morales.

La cuestión indígena también estaba presente en las discusiones referentes al problema de la lengua portuguesa hablada y escrita en Brasil. El léxico y la pronunciación (aun cuando la última fuera ya reconocida como diferente de la de Portugal) fueron asuntos centrales en los debates del siglo XIX sobre la existencia o no de una variante brasileña del portugués.[48] Varnhagen, naturalmente, defendía la unidad de la lengua entre Portugal y Brasil, mientras que los poetas y novelistas románticos asumían la posición opuesta. Puesto que muchos de ellos tomaron a los indios brasileños como tema de sus obras, los lazos con el tupi, lengua general de Brasil hasta el siglo XVIII, resultaban relevantes. Una de las marcas registradas del portugués hablado y escrito en Brasil era la incorporación de un vocabulario proveniente del tupi. Como afirmaba el poeta Gonçalves Dias, que publicó en 1857 un *Dicionário da lingua tupi, chamada geral dos indígenas do Brasil:* “Para bien o para mal, la lengua tupi lanzó raíces profundísimas en el portugués que hablamos y no podemos, ni debemos apartarlas a un rincón con el pretexto de que a otros les parecen bárbaras o altisonantes”.[49] En el famoso prefacio del libro de Gonçalves de Magalhaes, *Suspiros poéticos e saudades*, marco inicial del romanticismo en Brasil, el autor informaba que “Se encontrarán en este libro algunas palabras que en los diccionarios portugueses no se encuentran; pero las lenguas vivas se enriquecen con el progreso de la civilización y de las ciencias *y* una nueva idea pide un nuevo término”.[50] Así, a pesar del distanciamiento y el desdén que las élites brasileñas mantuvieron con relación a las culturas indígenas, el vocabulario del portugués escrito y hablado en Brasil continúa hasta nuestros días nutrido de innumerables palabras de origen tupi.

Otro aspecto de la perspectiva de los románticos sobre los indios se manifestaba en las novelas en las que la formación de parejas amorosas interétnicas asumía una clara centralidad. Al mirar al interior de la sociedad que les rodeaba, los escritores no podían escapar a la idea de que el presente era el resultado de mezclas y mixturas étnicas que sucedían desde el inicio de la colonización. Un ejemplo emblemático, es el de José de Alencar, referencia importante en la historia de la literatura brasileña. Sus libros fueron muy populares, y era común que los lectores supieran de memoria pasajes enteros de

sus textos. Defensor del “abrasileñamiento” de la lengua portuguesa, Alencar fue considerado “el padre de la literatura nacional” y el iniciador de la moderna novela en Brasil. Para el crítico Afránio Coutinho, Alencar escribía con la mirada puesta en el futuro, entendiendo que Brasil no estaba simplemente constituido por blancos, negros o indígenas, sino que era un país mestizo.[51] Es el caso de la novela *Iracema*, “la virgen india de los labios de miel” como él la describió. Iracema era una india, hija del chamán, consagrada al culto de la Jure ma[*] y que, por tanto, debía preservar su virginidad. Sin embargo, al conocer a Martim, un soldado portugués que fue hecho prisionero por su tribu, se enamoró a primera vista de él. Después de conseguir salvarlo de todos los peligros, Iracema aceptó el amor del soldado y huyó con él por las florestas y playas de Ceará (provincia del nordeste de Brasil, tierra natal de Alencar). Pero no resistió el parto de su hijo, Moacir, y murió. Martim, muy triste y acompañado por su fiel amigo, el también indio Poti, salió en busca de otros colonos para poblar el lugar en el que Iracema diera a luz y muriera. Moacir es el Brasil mestizo, fruto del conquistador portugués y de la amorosa y bella india, hija de la tierra.[52] En esta novela, como en tantas otras de la época, la nación se imponía sin ceremonia y la identidad nacional, vista a través de los ojos románticos, estaba constituida para mostrar que las sociedades no se componían tan sólo de blancos, y que “los otros” debían ser tomados en cuenta, aunque en su “natural” condición subalterna, para la conformación de la unidad nacional.

Victor Meirelles. *Moema* (1866). Óleo sobre tela, 129 × 190 cm.
Museu de Artes de São Paulo Assis Chateaubriand.

La perspectiva idealizada del encuentro del mundo indígena con el blanco puede ser también vislumbrada en las obras pictóricas. Una de las pinturas indianistas más reconocidas y más difundidas es el cuadro *Moema* de Victor Meirelles. El tema fue inspirado en el Canto VI del poema épico *Caramuru* (1781) de fray Santa Rita Duráo de la orden de San Agustín, poeta nacido en Minas Gerais (1722-1784). El poema canta el descubrimiento de Brasil y narra las aventuras del náufrago portugués Diogo Alvares Correia. Salvado por los indios, recibió el apodo de Caramuru por usar armas de fuego.** El encuentro amoroso interétnico también está presente: su casta novia era la india Paraguaçu, hija de un cacique. Habiendo absorbido la moral católica, ella debía permanecer virgen hasta el casamiento, que se realizaría en Francia. Los novios se embarcaron, pero la despedida fue triste pues Caramuru era muy admirado por las mujeres de la tribu que, inconformes con su partida, nadaron acompañando el navio que se alejaba de la costa. Sin embargo, cansadas, volvieron a la playa. Tan sólo la joven Moema, perdidamente enamorada de él, no desistió y terminó muriendo ahogada.

Meirelles pinta a Moema muerta en la playa. La imagen sensual de la india surge en primer plano. Su cuerpo no es un cadáver que se debatiera en el mar. Permanece bello e intacto como si hubiera acabado de fallecer. Su figura está integrada a la naturaleza de la que es parte y que la envuelve. Sus cabellos, como un abanico abierto, se mezclan con la arena del mar. Al fondo aparecen grupos

de indígenas y a lo lejos el barco que se aleja. De acuerdo con Luciano Miglicaccio, Meirelles reformuló en términos nacionales el paisaje histórico que, al unir el indianismo al romance sentimental y al erotismo, por medio de la imagen femenina, se tornó característico de la pintura brasileña de la segunda mitad del siglo XIX. Concentra en el cuerpo femenino la reflexión histórica acerca del destino de un pueblo y de una cultura.[53] Ese destino es el de la mezcla y el de la integración subordinada al mundo de los blancos. Moema se desespera con la partida de Caramuru; desea que permanezca, quiere unirse a él por amor. Entregó su vida al portugués colonizador y murió por él. Brasil es el resultado de esos encuentros asimétricos.

Si en este periodo el debate sobre los "elementos color cobrizo" es intenso y presenta diversas facetas, no sucede lo mismo con relación al negro. No hay duda de que la persistencia de la esclavitud imposibilitó una discusión tan diversificada como la que se entabló en torno a los indios, a quienes los románticos consideraban ancestros de los brasileños. Los africanos, por su condición de esclavos y de "extranjeros", no podían estar directamente asociados a los orígenes de la nacionalidad. Empero, Castro Alves (1847-1871), poeta romántico, republicano y abolicionista, se distanció del indianismo y pasó a la historia como el poeta de los esclavos, autor de poemas abolicionistas, como *Navio Negreiro* y *Vozes d'África*.

Aun cuando se admitieran los encuentros interétnicos y alguna contribución de los negros a la formación de Brasil, la esclavitud impedía el surgimiento de interpretaciones en las que el negro proveniente de África tuviera la misma estatura concedida al indígena.[54] A partir de la década de 1870 las ideas abolicionistas denunciaban cada vez con más fuerza la esclavitud, pero no producían textos que afirmaran de manera positiva el lugar del negro en la socie dad brasileña. Las teorías del "blanqueamiento" conquistaron espacios al reafirmar la "inferioridad" de la raza negra. Nada más elocuente sobre esa visión que el cuadro de Modesto Bracos, *A Redençâo de Cam*, de 1895. En él se

Modesto Brocos. *A Redenção de Cam* (1895). Óleo sobre tela, 199 × 166 cm. Museu Nacional de Belas Artes.

observa una familia que, “acompañando la evolución natural”, se va blanqueando alegremente. Desde la abuela negra hasta el bebé “prácticamente blanco” la “redención” se dio.

Fue preciso esperar hasta bien entrado el siglo XX para que los debates sobre las relaciones entre blancos y negros adquirieran importancia y asumieran espacios en el escenario político-cultural brasileño. En la década de 1930, Gilberto Freyre elaboró la idea de que en Brasil existía una *democracia racial*, al señalar las especificidades de la esclavitud brasileña y la peculiar convivencia entre blancos y negros, construida sin tensiones profundas.[55] Desde mi perspectiva, esa tesis mistificadora e injusta es producto, en alguna medida, de la idea de la “fusión de razas”, elaborada casi un siglo antes.

EVOLUCIÓN NATURAL Y CONTINUIDAD ARMÓNICA

Nuestro tercer núcleo se refiere a la elaboración, por parte de los historiadores decimonónicos del IHGB, de la noción de una “vocación singular de la Historia de Brasil”, marcada por una armoniosa continuidad. En ese sentido, las grandes transformaciones de la historia sucedieron en Brasil de forma suave. La Independencia, como acontecimiento crucial de ruptura, se interpreta de manera particular. El “momento preciso” de tal episodio fue 1822, cuando la alabada figura de Pedro I condujo a Brasil hacia la independencia y consagró la monarquía como régimen político. La derrota de las tentativas independentistas anteriores —“radicales y republicanas”—, como la Conjura Minera, la Conjura Bahiana de los Sastres o la Revolución Pernambucana de 1817, también demostró haber sido necesaria’.[56] En esos episodios, la república nos acechaba y podría haber comprometido la unidad nacional. Como afirmé con anterioridad, Varnhagen no vio con simpatía la Revolución Pernambucana de 1817. “De esta manera, aun esta vez (y no fue la última) el brazo de la Providencia, si bien a costa de lamentables víctimas y sacrificios, amparó a Brasil, trabajando a favor de su integridad.”[57]

Con respecto a la Conjura Minera de 1789, Varnhagen decía lamentar las víctimas de la conspiración “que tantas simpatías inspira a todas las almas generosas”, pero era de la opinión de que “su éxito, aun cuando la revolución llegara efectivamente a realizarse, no podría ser diferente de lo que fue; y que, por lo tanto, casi parece haber sido un bien que no estallara, para no comprometer a mucha más gente, e inducir a la provincia a una guerra civil, que devastara esas poblaciones, que comenzaban a expandirse.”[58] Es preciso

destacar, no obstante, que la Conjura Minera, tan despreciada por Varnhagen, llamó la atención de otro historiador, Joaquim Norberto de Souza Silva (1820-1891), también miembro del IHGB. Habiendo encontrado en los archivos de la Secretaría de Estado de los Negocios del Imperio, los documentos originales de las dos investigaciones realizadas en Minas Gerais y en Río de Janeiro, Joaquim Norberto, en un estudio amplio y minucioso publicado en 1873, trató de entender las motivaciones y los personajes de la trama. Además de haber sido el pionero en el estudio de ese episodio, Joaquim Norberto también se interesó particularmente por las mujeres que se involucraron en el movimiento, en especial por la poetisa Bárbara Heliodora, mujer del conjurado Alvarenga Peixoto, y por Maria Dorotéia Joaquina de Seixas, musa del poeta Tomás Antonio Gonzaga, también comprometido en la conspiración.[59]

Volviendo a Varnhagen, hay que admitir que él creó una interpretación sobre la independencia que conquistó muchos seguidores. Afirmó que la carta real de don Joáo sobre la liberación de los puertos, en enero de 1808, fue el origen de la independencia de Brasil.[60] El gran protagonista de esa transformación fundamental, el muy elogiado don Joáo, habría sido "si no el primer emperador, por lo menos el primero en proclamar la idea de fundar en Brasil un nuevo imperio". Don Joao "era naturalmente bueno, religioso y justo". Varnhagen le hacía explícita su gratitud por los "innumerables mejoramientos" que trajera para Brasil (la tipografía real, el jardín botánico, la biblioteca nacional, la academia de bellas artes, el banco, la fábrica de pólvora). Eran "instituciones más que suficientes para que, por los siglos de los siglos, Brasil bendiga la memoria del gobierno de don Joao".[61]

Así, la independencia habría llegado en el momento esperado. Inspirado "por el genio de la gloria" y "guiado por la mano de la Providencia Divina", y a la luz de las circunstancias, don Pedro I, hijo de don Joao, habría optado por la independencia. Según Varnhagen, "estaba proclamado el Imperio, pero no el luso-brasileño, formado por don Joao VI, y que entonces concluía, sino el brasileño puro."[62] Decía nuestro autor que "de acuerdo con el orden natural de los acontecimientos", Brasil debería alcanzar la independencia de su metrópoli, como había sucedido con las colonias hispanoamericanas. Pero

> meditando bien sobre los hechos relatados, no podemos dejar de creer que, sin la presencia del heredero de la corona, tal vez la Independencia no hubiera aún triunfado en esta época en todas las provincias, y menos aun se habría llevado a cabo ese movimiento, que organizó una sola nación unida y fuerte, por la unión, desde el Amazonas hasta Rio Grande do Sul. Concluimos, pues, saludando, con veneración y reverencia, la memoria del príncipe Fundador del Imperio.[63]

La misma perspectiva, con el uso de casi las mismas palabras, está en el volumen didáctico de Joaquim Manuel de Macedo, quien afirma:

> Brasil debe ser grato a la memoria del príncipe regente Joáo que lo amó, que le fue útil, y deseó serlo aún más, que lo elevó a la categoría de reino por decreto de 26 de diciembre de 1815, y que siempre manifestó la mayor estima por el país donde vino a encontrar más tranquilidad e independencia, y que lo sorprendió en 1808, presentándole entre sus hijos estadistas, poetas, oradores, y artistas de un merecimiento superior e incontestable.[64]

Se reafirma la continuidad de una situación histórica a otra, y se hace hincapié en el "curso natural" de los acontecimientos.

En 1909 fue publicado un libro sobre Joáo VI que tendría gran repercusión. Su autor, un importante historiador y diplomático, Manuel de Oliveira Lima (1867-1928), nunca escondió su simpatía por el régimen monárquico. La imagen positiva de don Joáo se mantiene. Su bondad personal, su sentido práctico, su afabilidad son resaltados por el autor. Por otro lado, éste construye la imagen de un rey gordo, sanguíneo, con un rostro redondo carente de majestad, una figura que no impone su autoridad; en el lado opuesto, la mujer, doña Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII de España, aparece retratada de forma negativa.[65] Para Oliveira Lima, don Joáo "permitió" la transición de colonia a país independiente comandada por su hijo, don Pedro. El autor remarca el olfato político de don Joáo VI quien, al determinar la transferencia de la Corte a Brasil para huir de la invasión francesa, logró escapar también de las humillaciones personales infligidas por Napoleón Bonaparte a los representantes de "derecho divino", como los Borbones de España y de Italia, el rey de Prusia y el emperador de Austria. De esa manera, la imagen positiva del rey que trajo "tantos beneficios a Brasil", el mayor de ellos la abertura de los puertos al comercio internacional, continuaba siendo alabada.

En la visión oficial del Imperio, era preciso ofrecer a los brasileños una pintura que representara la independencia del país. Así, la Comisión del Monumento del Ipiranga, que soñaba con la construcción de un museo en Sao Paulo, donde iniciara la Independencia, le hizo un encargo al pintor Pedro Américo de Figueiredo e Meló. Con ese acto nacía la imagen canónica de la independencia de Brasil estampada en el monumental cuadro *Independência ou Morte*, también conocido como *O Grito do Ipiranga* que se reproduce hasta el presente en diversos medios, como son libros escolares, folletos conmemorativos e incluso calendarios.[66] El cuadro estampa el momento en que don Pedro, montado a caballo, levanta la espada y proclama la Independencia de Brasil a la orilla del riacho de Ipiranga, en Sao Paulo, el 7 de septiembre de 1822, gritando la frase: "¡Independencia o muerte!". Don Pedro ocupa el lugar central en el

lienzo. Su guardia, vestida con traje de gala, aprueba el gesto que representa el rompimiento con Portugal. En primer plano, de espaldas al espectador, un caballero de su guardia de honor se arranca del uniforme el lazo rojo y azul que simbolizaba la unión entre la colonia y la metrópoli. En frente, a la izquierda, un habitante común del interior, un *caipira*,* observa todo con admiración y sorpresa mientras jala su yunta de bueyes. De lo alto, una luz esplendorosa ilumina a los personajes principales. Este cuadro ocupa un lugar de honor en el Museo del Ipiranga desde 1895, año de su inauguración.

Pedro Américo. *Independência ou Morte*. Óleo sobre tela, 7.60 × 4.15 m. Museu Paulista-USP.

Pedro Américo escribió un pequeño libro sobre *Independência ou Morte* que está dividido en dos partes: el evento y la pintura. En él trata de explicar sus ideas sobre el acontecimiento histórico y sobre los problemas de orden técnico y práctico que tuvo que enfrentar para lograr la concepción más perfecta de la obra. El problema de la verdad histórica ocupa parte de su reflexión. Defendía la idea de que “la realidad inspira y no esclaviza al pintor”. Un cuadro histórico debía estar basado en la verdad y reproducir aspectos esenciales del hecho, pero el autor también podía permitirse ponderaciones sobre circunstancias verosímiles y probables, relacionadas con el conocimiento de las convenciones del arte. Pedro Américo visitó el local del “Grito” y realizó extensas indagaciones históricas. No obstante, le pareció que algunas alteraciones eran necesarias: el riachuelo Ipiranga se ubicó más cercano al lugar del “Grito” para que apareciera en el cuadro; el color de los lazos del uniforme se cambió de blanco y azul para rojo y azul, para que se adaptara mejor a la composición cromática; se incorporaron, inventados, una casa, árboles circundantes e incluso el declive del terreno. En fin, su deseo era “restaurar con el lenguaje del arte un

acontecimiento que todos desean contemplar revestido de los esplendores de la inmortalidad". Y argumentaba que, desde los caballos hasta los uniformes de la guardia de honor, todos tenían que estar de acuerdo con aquella época 'ceremoniosa y brillante". Algunos decían que el caballo de don Pedro era un asno bayo, pero él pintó un corcel castaño oscuro, siguiendo otra fuente. Según el pintor, aquél tenía una fisonomía noble y él no podía pintarlo con el rostro desaliñado (más probable en ese momento) porque, conforme a las crónicas, había tenido un "desarreglo gástrico" que persistía en el momento del "Grito". Era preciso pintar al príncipe "propenso a las pompas del trono".[67]

En suma, la apariencia —la pompa, los trajes— era indispensable para Pedro Américo, pues era parte de la imagen de la monarquía e integraba su significado. Monárquico convicto, plasmaba en la pintura los emblemas del régimen. Pero la ruptura ocasionada por la independencia era retratada sin sangre ni violencia y se reducía al gesto dramático de la retirada del lazo portugués del uniforme de un soldado de la guardia del príncipe. Así, Pedro Américo dejó para la posteridad la imagen de la gloria del nacimiento de la nación y, al mismo tiempo, de la continuidad del Imperio con el liderazgo del hijo del rey de Portugal.

Otro acontecimiento político que marcó una fuerte ruptura fue la transición de la monarquía a república en 1889. Pero también en ese caso se remarca el cambio tranquilo, sin derramamiento de sangre. En el ya citado *Manual de História do Brasil* de Joaquim Manuel de Macedo se lee: "La República era una antigua y nunca sofocada aspiración de Brasil. La abolición, el descontento de los hacendados, y sucesivas cuestiones militares' que habían disgustado al ejército, causaron una indignación que fue hábilmente aprovechada por el partido republicano".[68] El final del capítulo acentúa el tono melancólico al narrar el embarque forzado del emperador y de su familia para Europa el día 17 de noviembre de 1889, después del decreto de su deposición y expulsión. No se encuentra ninguna referencia contraria a la monarquía o al emperador.[69]

Los positivistas brasileños, poderosos defensores de las ideas republicanas, mantuvieron la misma perspectiva con relación a la transición del Imperio a la República. En los discursos de sus líderes, el cambio se había hecho de forma evolutiva y natural. En 1881, en el día de la conmemoración de la independencia, antes incluso de la proclamación de la república, el destacado positivista, Teixeira Mendes, afirmaba:

> Firmemos, sí, el objeto de nuestras aspiraciones republicanas, pero miremos el pasado sin odios, sin las pasiones efímeras del presente, y evocando la imagen sagrada de la Patria agradezcamos a las generaciones que nos precedieron la hechura de esta misma Patria y prometamos servirla con la misma dedicación, aunque con las ideas y las creencias de nuestro tiempo.[70]

Una vez más, la pintura histórica tenía un papel revelador de la importancia de las concepciones e interpretaciones de la Historia nacional. La tela de Pedro Américo, *Paz e Concordia*, concluida en diciembre de 1902, representaba la idea de la continuidad evolutiva en la historia brasileña. El pintor, si bien monárquico, acabó por "aceptar" la república. Decía con relación al cuadro: "He concluido un cuadro representando a la República de Brasil siendo saludada por las principales potencias del mundo [...] Es una especie de apoteosis de la Nación que entró, finalmente, en un periodo de paz y concordia gracias a la sabiduría de su gobierno".[71] En el centro del cuadro aparecía la Nación brasileña coronada doblemente por la Gloria que bajaba las escaleras con dos guirnaldas de hojas de oro en las manos. La nación está personalizada en una figura femenina de acuerdo con el modelo de la Tercera República francesa: "Representa una República victoriosa, joven y grave, el imaginario cristalizado en Francia entre la alegoría de la libertad o de una república libertaria y popular —el símbolo del gorro frigio— y la alegoría del triunfo de la propia nación —simbolizada por la corona de laureles—".[72] Al fondo está representado el Templo de la Paz y la Concordia, que es un "conjunto arquitectónico compuesto de un gran pórtico, sostenido por columnas de orden compuesto, rematado por tres conjuntos de estatuas que rememoran el poder y la gloria de los ideales clásicos".[73] Las principales naciones del mundo se dirigían hacia la nación brasileña para prestarle homenaje; al frente, la estadunidense, reconocible por la ropa con la imagen de reproduce su bandera. También en primer plano, una figura alada y oscura, el genio del mal, yace herida por una flecha. A ambos lados del cuadro, en lo alto, como flotando, están representadas, a la izquierda, la tradición pagana personificada en un grupo de figuras femeninas y, a la derecha, la cristiana, por un grupo femenino que sostiene una cruz de cobre sobre la nación brasileña. Es interesante notar que en la pared interior del pórtico, Pedro Américo reprodujo su propia tela sobre la independencia, como para mostrar la continuidad de la historia de Brasil, desde la independencia proclamada por el propio monarca, Pedro I, hasta la proclamación de la república. Por eso, este cuadro es emblemático, porque indica con claridad la idea de continuidad de la Historia de Brasil y de su siempre alabada "suave evolución".

Pedro Américo. *Paz e Concórdia* (1902). Óleo sobre tela, 300 × 431 cm. Museu Paulista-USP.

A fines del siglo XIX, Brasil había pasado por transformaciones políticas significativas. Además del nacimiento de la república, se había dado el hecho trascendental de la abolición de la esclavitud (1888). Desde la década de 1870 circulaban nuevas ideas (positivistas, evolucionistas spencerianas) que conquistaban espacios en el escenario político.[74] También la escuela de la crítica histórica alemana encontraba adeptos en Brasil, lo que indicaba nuevos rumbos para nuestra historiografía. En ese cuadro se destaca Capistrano de Abreu (1853-1927), quien naciera en Ceará, se formara vinculado al grupo de la llamada Escuela de Recife, tributaria de las ideas evolucionistas y que tenía en Tobías Barreto su referencia filosófica central.[*] Capistrano, que ingresó al IHGB en 1887, escribió uno de los más importantes obituarios para Varnhagen, en el cual reconocía su contribución fundamental a la historiografía brasileña; por un lado, señalaba los límites de su producción, patentes en la falta de preocupación por producir una síntesis explicativa a partir de modelos científicos claros. Si Varnhagen fue el historiador del litoral, o, mejor, del núcleo centro del poder (Río de Janeiro), Capistrano se volteó hacia el interior de Brasil. Además de dedicarse al estudio de las culturas indígenas, investigando sus lenguas y gramáticas,[75] escribió un libro que se transformó en un clásico, *Capítulos de História Colonial (1500-1800)*, publicado en 1907. Lo interesante es que ese libro nació de un proyecto de investigación para anotar la *Historia Geral* de Varnhagen.

Lector de Taine, Ranke, Buckle, Ratzel y Agassiz, Capistrano se mostraba crítico de la colonización portuguesa y poco esperanzado con relación al futuro de Brasil, en oposición al optimismo de Varnhagen. "Tributario de un determinismo físico y geográfico que había absorbido de sus lecturas del pensamiento germánico de la época, veremos en su escritura una Historia que, marcada por esos rígidos cuadros, señalaría poderosas fuerzas que impedían el proceso de socialización."[76] Esa perspectiva también será muy difundida a lo largo del siglo XX y conquistará muchos adeptos en el campo historiográfico. Si bien la discusión de este tema rebasa el espacio de este artículo, quiero dejar señalado que esa visión negativa convivió con la perspectiva hegemónica producida por Varnhagen y Joaquim Manuel de Macedo.

A finales del siglo XIX la Escuela de Recife obtuvo gran respetabilidad intelectual. En un libro reciente, Angela Alonso afirma que el más famoso de sus miembros, el crítico literario Silvio Romero, fue el responsable del lugar privilegiado que esta Escuela ocupó en el panorama de la historia de la ideas en Brasil, con Tobías Barreto como su gran mentor. Romero lanzó una especie de plataforma generacional y se proclamó a sí mismo y a su grupo como la vanguardia intelectual destinada a renovar las ideas en Brasil.[77]

Silvio Romero publicó en 1888 una *História da Literatura Brasileira*, en dos tomos, que se convirtió en —y sigue siendo— una obra de referencia y de consulta obligatoria para la reflexión sobre la literatura nacional hasta nuestros días. Para él, la literatura brasileña era diferente de la portuguesa por causa de factores particulares relacionados con la raza, una perspectiva habitual de la época. Romero "se preciaba de haber establecido en el estudio de la literatura brasileña el criterio etnográfico', o sea, la interpretación basada en el estudio de la contribución de las razas que componen nuestra población".[78] José Veríssimo, con quien se disputaba el lugar del más importante crítico del periodo, lo provocaba afirmando que Romero había aprendido a pensar en la cuestión étnica con von Martius.

Dentro de los nuevos parámetros de los paradigmas vigentes, Silvio Romero fue un crítico feroz del romanticismo. Y, naturalmente, el *indianismo* de los románticos sufrió duros ataques, no sólo por parte de él, sino de toda la generación de 1870¿ Romero decía que "la romántica brasileña tuvo el prestigio de falsificar y oscurecer el estudio de nuestros orígenes y acumular tinieblas sobre los tres primeros siglos de nuestra existencia". Al defender las nuevas interpretaciones basadas en la ciencia, opinaba que

> El futuro de este país debe estar en las convicciones sinceras, en los caracteres intransigentes, sacrificados a la honra, diseminados por cualquier lugar, desdeñados por los poderosos del día y que

osan decir la verdad al pueblo como —al rey; no la pretendida verdad de los declamadores; sino la verdad de la historia, la verdad de la ciencia.[79]

Pero a pesar de las posiciones negativas referentes al pasado y al futuro de Brasil, tan caras a esa generación, hay que notar que en el momento de las conmemoraciones oficiales del centenario de la independencia de Brasil, en 1922, la perspectiva de la continuidad armoniosa de la historia del país asumía su plena configuración. El centenario, celebrado con gran gala por el presidente Epitácio Pessoa, promovió fiestas a las que, de acuerdo con la prensa, asistió un público entusiasta. Entre los muchos eventos, programados estuvo la gran Exposición Internacional en Río de Janeiro. El discurso oficial mantuvo las líneas maestras de las interpretaciones historiográficas forjadas en el siglo XIX, o sea, las de la armonía de los opuestos y de la unidad y grandiosidad del territorio. De acuerdo con Noé Freire, hubo una sutil transformación en el discurso oficial, pues ahora se permitió la plena aceptación de la perspectiva de la incorporación de la tradición monárquica a la historia republicana.[80] La independencia, el imperio y la república habían sido los pasos de una "evolución" natural y benéfica. El símbolo de esa unidad se vislumbra en un decreto de 1920 en el que el presidente, con el pretexto de preparar las celebraciones "apaciguadas" del centenario, determinaba el traslado a Brasil de los restos mortales del último emperador brasileño, Pedro II, y de la emperatriz Teresa Cristina.[81]

Tristao Cunha publicó un artículo en la *Revista* del IHGB por ocasión del decreto que marcaba el fin del destierro real y del retorno de los restos mortales del último emperador brasileño y de la emperatriz a Brasil, en el que manifestaba la misma opinión:

Muerto [el emperador] he aquí que viene regresando poco a poco al país, moderado y digno como en él vivió y de él partió [...] Pero en esta reintegración familiar del emperador a nuestro cuerpo social habrá también algo como una oscura reacción de justicia, una necesidad instintiva de rectificar la iniquidad inútil que le hicimos [nosotros] los beneficiarios de su larga dedicación a la idea, y de su propósito de proporcionarnos una imagen de nosotros mismos capaz de exaltarnos lúcidamente.[82]

El *Jornal do Comércio* de 9 de enero de 1925 decía en esa misma línea:

Ese pasado que va de la mayoridad a la proclamación del régimen actual, es del que no podían renegar los republicanos de hoy, sobre quienes pesa la responsabilidad de nuestro destino, sin desprecio por nuestra historia y por nuestras bellas tradiciones. Por eso, el paso del cortejo fúnebre y el traslado de los restos mortales de los últimos emperadores asumieron ayer el carácter de la más importante solemnidad.[83]

De ese modo se cerraba, sin sobresaltos, la historia brasileña del siglo XIX: de la colonia a la nación independiente y de la monarquía a la república.

Hago ahora unas breves consideraciones finales. Me parece evidente que algunas de las primeras interpretaciones de la Historia de Brasil, elaboradas en el siglo XIX, fueron aceptadas por las élites brasileñas y difundidas por diversos medios —libros, debates parlamentarios, prensa, misas, pintura, literatura—, y ello contribuyó a generar un imaginario social poderoso, que tuvo la fuerza necesaria para perdurar a través de los siglos. Algunas ideas producidas durante ese siglo, se mantienen vigorosas aún en nuestros días, y afloran en los manuales escolares, en los programas de televisión o en los comentarios de la prensa escrita. Tal vez la perspectiva más notable y sobresaliente sea la de la aceptación de que la "formidable tarea" del mantenimiento de la "grandiosa" unidad territorial brasileña habría sido realizada por la monarquía. También es posible constatar en los libros didácticos de Historia de Brasil, hasta el día de hoy, una visión positiva del emperador Pedro II, retratado como un hombre respetable, sabio y moderado. Del mismo modo, la visión de que Brasil es un país mestizo —obviamente apoyada en la cotidianidad de los brasileños— es hegemónica y transita por todos los medios culturales. La perspectiva de que los brasileños son refractarios a las rupturas sangrientas continúa siendo repetida en tonos diferentes. Algunos, con mucha simpatía; otros, como "un rasgo" lamentable de la cultura brasileña que transforma a sus habitantes en seres pasivos y poco dispuestos a la crítica social y política.

Creo, además, que la historiografía contemporánea sobre el siglo XIX tampoco escapó ilesa de las interpretaciones aquí expuestas. La construcción de los temas fundamentales y su visión interpretativa permanecieron en las producciones historiográficas del siglo siguiente. La voz de personajes políticos del imperio brasileño —como los conservadores vizconde de Uruguay o Bernardo Pereira de Vasconcelos— continuó siendo invocada como referencia de autoridad. En mi opinión, los historiadores de ese siglo analizados en este texto, dejaron una contribución indiscutible —incluso si criticada y supuestamente superada— para las interpretaciones construidas por sus sucesores. Tengo la convicción de que el XIX, en función de las grandes novedades que constituyeron la independencia política y la construcción del Estado monárquico, fue el siglo de las grandes invenciones interpretativas sobre la Historia de Brasil.

BIBLIOGRAFÍA

Abreu, Capistrano de, 1976, *Capítulos de História Colonial*, Rio de Janeiro,

Civilizaçao Brasileira, Brasilia, INL.
Aguilar, José Antonio y Rojas, Rafael (coords.), 2002, *El republicanismo en Hispanoamérica: ensayos de historia intelectual y política*, México, Fondo de Cultura Económica.
Alonso, Ángela, 2002, *Idéias em movimento. Ageraçâo 1870 na crise do Brasil-Império*, Sao Paulo/Río de Janeiro, Paz e Terra/ANPOCS.
Américo, Pedro, 1999, "O Brado de Ipiranga ou a Proclamaçao da Independencia do Brasil", en Oliveira, pp. 19-20.
Berbel, Márcia Regina, 1999, *A naçâo como artefato. Deputados do Brasil nos cortes portuguesas (1821-1822)*, Sao Paulo, Hucitec.
Bittencourt, Circe Maria Fernandes, 1993, *Livro diddtico e conhecimento histórico: urna histôria do saber escolar*, Tese de doutoramento, Faculdade de Filosofía, Letras e Ciéncias Humanas da Universidade de Sao Paulo, Sao Paulo.
Bobbio, Norberto, Matteucci, Nicola e Pasquino, Gianfranco, 1992, *Dicionário de política*, Brasilia, Editora da UnB, 4a ediçao, 2 vols.
Braga, Theophilo, 1901, "Apreciaçao crítica", en Leal, p. VII
Caldeira, Jorge (org.), 1999, *Diogo Antonio Feijó*, Sao Paulo, Editora 34.
Carvalho, José Murilo de (org.), 1999, *Bernardo Pereira de Vasconcelos*, Sao Paulo, Editora 34.
——, 1999, *Paulino José Soares de Sousa. Visconde do Uruguai*, Sao Paulo, Editora 34.
Cervo, Amado Luiz y Mario Rapoport (orgs.), 1998, *Histôria do Cone Sul*, Rio de Janeiro/Brasília, Revan/Editora da UnB.
Christo, Maraliz Castro Vieira, 2005, "A pintura histórica brasileira no século XIX: incorporaçâo e subversao de imagens", en III Congreso Internacional de Teoria e Historia del Arte y XI Jornadas Del CAIA, Buenos Aires, Centro Argentino de Investigadores de Artes-CAIA.
Coli, Jorge, 2005, *Como estudar a arte brasileira do século XIX?*, Sao Paulo, Editora Senac Sao Paulo.
——, 1998, "A pintura e o olhar sobre si: Victor Meirelles e a invençao de urna histôria visual no século XIX brasileiro", en Freitas, pp. 375-404.
Costa, Emilia Viotti da, 1985, *The Brazilian Empire. Myths and Histories*, Chicago, Chicago University Press.
Coutinho, Afrânio, 1968, *A tradiçâo afortunada. O espirito de nacionalidade na crítica brasileira*, Rio de Janeiro, José Olympio Editora.
Debret, Jean Baptiste, 1978, *Viagem pitoresca e histórica ao Brasil*, Belo Horizonte/Sao Paulo, Itatiaia/Edusp.
Dolhnikoff, Miriam, 2005, *O pacto imperial. Origens do federalismo no Brasil*,

Sao Paulo, Globo, 2 vols.
Fernandes, Florestan, 1978, *A integraçâo do negro na sociedade de classes*, Sao Paulo, Editora Ática, 2 vols.
Ferreira, Gabriela Nunes, 1999, *Centralizaçao e descentralizaçao no Império. O debate entre Tavares Bastos e o Visconde do Uruguai*, Sao Paulo, Departamento de Ciencia Política da USPP/Editora 34.
Freitas, Marcos Cezar de (org.), 1998, *Historiografía brasileira emperspectiva*, Sao Paulo, USF/Contexto.
Gagliardi, José Mauro, 1989, *O indígena e a República*, Sao Paulo, Hucitec/Edusp/Secretaria de Estado da Cultura.
Girardet, Raoul, 1987, *Mitos e mitologías políticas*, Sao Paulo, Companhia das Letras.
Guimaraes, Manoel Luís Salgado, 2000, "Histôria e natureza em von Martius: esquadrinhando o Brasil para construir a naçao", *Histôria. Ciéncias, Saúde — Manguinhos*, vol. 7, núm. 2 (jul-out., 2000), pp. 391-413.
——, "Naçao e civilizaçao nos trópicos: o Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro e o projeto de urna Historia Nacional", *Estudos Históricos*, núm. 1 (1998), pp. 5-27.
Iglesias, Francisco, 2000, *Historiadores do Brasil: capítulos de historiografía brasileira*, Río de Janeiro, Ed. Nova Fronteira/Belo Horizonte/Ed. UFMG.
Janotti, Maria de Lourdes Mónaco, 1977, *Joao Francisco Lisboa: jomalista e historiador*, Sao Paulo, Ática.
Leal, Antonio Henriques (org.), 1901, *Obras de Joáo Francisco Lisboa*, Lisboa, Typographia Mattos Moreira & Pinheiro.
Lima, Manuel de Oliveira, 1996, *D. Joao VI do Brasil*, Río de Janeiro, Topbooks.
Lisboa, Karen Macknow, 1995, *A Nova Atlântida ou o gabinete naturalista dos doutores Spix e Martius: natureza e civilizaçao na Viagem pelo Brasil (1817-1820)*, Sao Paulo, Faculdade de Filosofía, Letras e Ciéncias Humanas da Universidade de Sao Paulo.
Macedo, Joaquim Manoel de, 1907, *Liçoes da Histéria do Brasil*, Río de Janeiro, Garnier.
Magalhaes, D.J.G. de, 1860, "Os indígenas do Brasil", *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Brasil*, Tomo xxiii (1860, 1er. Trimestre).
——, 1961, "Prefacio", en *Suspiros poéticos e saudades*, Río de Janeiro, Agir.
Magalhães Júnior, R., 1956, *Très panfletários do Segundo Reinado*, Sao Paulo, Companhia Editora Nacional.
Malatian, Teresa Maria, 2001, *Oliveira Lima e a construçâo da nacionalidade*, Bauru, Edusc.

Martius, Karl Friedrich Philipp von, 1844, “Como escrever a História do Brasil?”, *Revista do IHGB*, tomo 6 (1844).

Mattos, limar Rohloff de, 1990, *O tempo saquarema. A formaçao do Estado Imperial*, Sao Paulo, Hucitec.

Menezes, Gerson Galo Ledesma, 2000, *Festa e Forças Profundas na Comemoraçâo do Primeiro Centenário da Independencia na América Latina (.Estudos comparativos entre Colombia, Brasil, Chile e Argentina*), Tesis de Doctorado, Universidade de Brasilia, Brasilia.

Miglicaccio, Luciano (curador), 2000, *Mostra do Redescobrimento. Arte do sáculo XIX*, Sao Paulo, Associaçao Brasil 500 Anos Artes Visuais.

Nabuco, Joaquim, s/f, *Um estadista do Império*, Sao Paulo, Instituto Progresso Editorial.

Naves, Rodrigo, 1988, *A forma difícil. Ensaios sobre arte brasileira*, Sao Paulo, Ática, 2ª Ed.

Nora, Pierre (org.), 1984, *Le lieux de memóire - La République*, Paris, Gallimard.

Norberto, Joaquim, 1862, *Brasileiras Célebres*, Río de Janeiro, Garnier.

Odália, Nilo (org.), 1979, *Vamhagen*, Sao Paulo, Ática.

Oliveira, Cecilia Helena de Salles y Claudia Valladao de Mattos (org.), 1999, *O Brado do Ipiranga*, Sao Paulo, EDUSP/Museu Paulista/IMESP.

Palti, Elias José, 2005, *La invención de una legitimidad: razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político*), México, Fondo de Cultura Económica.

Pimenta, Joao Paulo Garrido, 1998, *Estado e naçâo na crise dos impérios ibéricos*, Tesis de Maestría, Faculdade de Filosofía, Letras e Ciéncias Humanas da Universidade de Sao Paulo, Sao Paulo.

Pizarro, Ana (org.), 1994, *América Latina, palavra, literatura e cultura*, Campinas, Editora da Unicamp, vol. 2.

Prado Júnior, Caio, 1945, *Historia Económica do Brasil*, Sao Paulo, Brasiliense.

Re is, José Carlos, 1999, *As identidades do Brasil. De Varhagen a FHC*, Río de Janeiro, Editora da FGV.

Romero, Silvio, 1978, *Teoría crítica e história literaria*, Sao Paulo, EDUSP.

Rosemberg, Liana Ruth Bergstein, 2002, *Pedro Américo e o olhar oitocentista*, Río de Janeiro, Barroso Produçôes Editorials.

Sandes, Noé Freire, 2000, *A invençâo da Naçâo. Entre a Monarquía e a República*, Goiánia, Editora da UFG/Agéncia Goiana de Cultura Pedro Ludovico Teixeira.

Schwarcz, Lilia Moritz, 1993, *O espetdculo das ragas*, Sao Paulo, Companhia das Letras.

Shumway, Nicolas, 1991, *The invention of Argentina*, Berkeley, University of

California Press.
Sommer, Doris, 1991, *Foundationalfictions. The National Romances of Latin America*, Berkeley, University of California Press.
Süssekind, Flora, 1988, *O Brasil nâo é longe daqui*, Sao Paulo, Companhia das Letras.
——, 1994, O escritor como genealogista: a funçao da literatura e a lingua literaria no romantismo brasileiro, en Pizarro, pp. 451-485.
Varnhagen, Francisco Adolfo de, 1957, *Historia da Independencia do Brasil*, Sao Paulo, Editora Melhoramentos, 3ª ed.
——, 1975, *História Geral do Brasil' isto é, do Descobrimento deste Estado hoje Império Independente, escrita em presença de muitos Documentos Autênticos recolhidos nos Arquivos do Brasil, de Portugal, da Espanha e da Holanda*, comentarios de Capistrano de Abreu y Rodolfo Garcia, Sao Paulo, Editora Melhoramentos, 5 vols.
Viñuales, Rodrigo Gutiérrez, 1997, "Bajo las alas de las academias. El neoclasicismo y el historicismo en la pintura iberoamericana del XIX", en Viñuales y Gutiérrez (orgs.), pp. 45-88.
Viñuales, Rodrigo Gutiérrez y Gutiérrez Ramón (orgs.), 1997, *Pintura, escultura y fotografía en Iberoamérica*, Madrid, Ediciones Cátedra.

Notas al pie

[1] *Cjr.* Manoel Luís Salgado Guimaráes, “Naçao e civilizaçao nos trópicos: o Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro e o projeto de urna História Nacional”, en *Estados Históricos*, 1, Río de Janeiro, 1988, pp. 6 y *ss.* El análisis de Guimaráes demuestra claramente los lazos umbilicales entre las finalidades del IHGB y los objetivos centralizadores de la monarquía brasileña. Sobre el IHGB véase también Lilia Moitz Schwarcz, *O espetáculo das raças*. Sao Paulo, Companhia das Letras, 1993.

[2] Circe Maria Fernandes Bittencourt, *Livro diddtico e conhecimento histórico: urna história do saber escolar.* Tesis de doctorado. Universidad de Sao Paulo, Faculdade de Filosofía, Letras e Ciéncias Humanas, 1993, pp. 205-206. Hay que recordar que Macedo fue el autor de una novela muy popular en el siglo XIX, *A Moreninha.*

[3] Don Joáo y la Corte portuguesa dejaron Lisboa para escapar de la invasión napoleónica. La primera medida tomada por don Joáo al llegar a Brasil, en enero de 1808, fue un decreto que abría los puertos "a las naciones amigas”, esto es, a Inglaterra. Durante su permanencia en la colonia (1808-1821), adoptó medidas de carácter económico (por ejemplo, la fundación del Banco de Brasil) y cultural (la creación de la Imprenta Real, del Jardín Botánico, del embrión de la Biblioteca Nacional, y de las primeras escuelas superiores, como la de Medicina). La Misión Francesa fue parte de esas innovaciones traídas por el rey. Ella introdujo en Brasil un sistema de enseñanza del arte que no existía en la propia metrópoli portuguesa. Además de los personajes citados, integraban la Misión, Joachim Lebreton (líder principal) y Auguste H.V. Grandjean de Montigny, arquitecto responsable de proyectos de varios edificios construidos en Rio de Janeiro.

[4] Victor Meirelles nació en Desterro (hoy Florianópolis) en 1832. Antes de completar 15 años llegó a Río de Janeiro para estudiar en la Academia Imperial de Bellas Artes, institución que le costeó su formación. En 1852 recibió una beca del gobierno para perfeccionarse en Europa; estudió en París, Roma y Florencia. De regreso a Brasil, fue nombrado profesor de la Academia. Murió pobre, en Río de Janeiro en 1903. Sus principales obras pictóricas son: *Passagem de Humaitá* (1868); *Combate Naval de Riachueb* (1872); *Batalha de Guararapes* (1879). Para un análisis del autor véase Jorge Col i, “A pintura e o olhar sobre si: Victor Meirelles e a invençâo de urna história visual do século XIX brasileiro”, en

Marcos Cezar de Freitas (coord.), *Historiografía brasileña em perspectiva*. Sao Paulo, USF/Contexto, 1998.

[5] Meirelles fue acusado por algunos de sus contemporáneos de haber copiado, en la concepción de su cuadro, *La Primera Misa en Kabilia*, de Horace Vernet. Pero los críticos olvidaban que en la pintura histórica del siglo XIX, las citas a y los modelos de otros pintores eran obligatorios y no significaban falta de creatividad. *Cfr.* Jorge Coli, *Como estudar a arte brasileña do sécub XIX?* Sao Paulo, Senac Sao Paulo, 2005. Después de Meirelles otros artistas retrataron la misma escena histórica en Hispanoamérica, como el pintor cubano José Arburu y Morell (1864-1889), autor de *La Primera Misa en América*, o el chileno Pedro Subercaseaux (1881-1955) que, casi 40 años después, produjo *La Primera Misa en Chile*. *Cfr.* Rodrigo Gutiérrez Viñuales, "Bajo las alas de las academias. El neoclasicismo y el historicismo en la pintura iberoamericana del XIX", en Rodrigo Gutiérrez Viñuales y Ramón Gutiérrez (coords.), *Pintura, escultura y fotografía en Iberoamérica*. Madrid, Cátedra, 1997.

[6] Jules Michelet (1798-1874) y François Guizot (1787-1874) dos de los autores más citados por los historiadores del IHGB.

[7] Januário da Cunha Barbosa, "Discurso de inauguración del IHGB", en *Revista do IBGH*, 1839, citado por Guimaráes, "Naçâo e civilizaçâo", p. 15.

[8] *Cfr.* Guimaráes, art. cit., p. 20.

[9] *Cfr.* Guimaráes, "Historia e natureza em von Martius: esquadrinhando o Brasil para construir a naçâo", en *História. Ciencias. Saúde-Manguinhos*, vol. 7, 2, Río de Janeiro, julio-octubre de 2000, p. 394.

[10] *Idem*, p. 391.

[11] Francisco Adolfo de Varnhagen, *História Geral do Brasil, isto é, do Descobrimento deste Estado hoje Império Independente, escrita em presença de muitos Documentos Autênticos recolhidos nos Arquivos do Brasil, de Portugal, da Espanha e da Holanda*. Las citas en este texto se refieren a la edición publicada en cinco volúmenes por Melhoramentos en 1975, con comentarios de Capistrano de Abreu y Rodolfo Garcia.

[12] Este texto sólo fue publicado en 1916 en la *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, t. LXXIX.

[13] Nilo Odália (comp.), *Varnhagen*. Sao Paulo, Ática, 1979, p. 15.

[14] *Cfr*. Guimaraes, "Naçâo e civil izaçao", p. 7.

[15] *Cfr.* Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, *Dicionário da política*. Brasilia, Editora de la UnB, 1992 (4ª éd.), pp. 135 y *ss.*

[16] Karl Friedrich Philipp von Martius, "Como escrever a História do Brasil?" en *Revista do IHGB*, tomo 6, Río de Janeiro, 1844, p. 410.

[17] *Idem*, p. 411.

[18] Varnhagen, “Seção LI: Revoluçao Pernambucana de 1817, Rodeador, etc.”, en *Historia General*, tomo v, p. 149.

[19] Odália (comp.), *Varnhagen*, p. 177.

[20] Portugal no olvidaba las antiguas ambiciones de obtener el control de, por ejemplo, la colonia de Sacramento en la entrada del Río de la Plata, perdida para España en 1777, con la firma del Tratado de San Ildefonso, después de un siglo de conflictos. Hasta el historiador monárquico, Oliveira Lima, admitía que D. Joáo VI llevó a cabo una política expansionista: “El reinado brasileño de D. Joáo VI fue el único periodo de imperialismo consciente que registra nuestra historia”, en *D. João VI no Brasil.* Río de Janeiro: Topbooks, 1996, 3ª ed., citado en Teresa Maria Malatian, *Oliveira Lima e a construçao da nadonalidade.* Bauru, Edusc, 2001.

[21] João Paulo Garrido Pimenta, *Estado e naçâo na crise dos impérios ibéricos.* Sao Paulo, Faculdade de Filosofía, Letras e Ciencias Humanas de la Universidade de Sao Paulo, 1998. Tesis de maestría, p. 232.

[22] De acuerdo con Pimenta, uno de los argumentos que se esgrimían en Buenos Aires en favor de la guerra contra Brasil, estaba basado en la asociación entre la falta de respeto por los derechos individuales y el régimen monárquico. El periódico bonaerense *Nacional* caracterizaba la guerra como un conflicto entre monarquía y república, advertía sobre el inminente desmoronamiento del imperio brasileño *y* denunciaba el “carácter” europeo y anti-americano del sistema político brasileño. Por oposición, asociaba la idea de libertad al régimen republicano, que significaba el rompimiento con Europa y marcaba la dimensión de una identidad americana. Pimenta, *op. cit.*, pp. 233 y *ss.*

[23] La prensa brasileña justificaba la anexión al denunciar la “usurpación” de los españoles del territorio que “siempre nos perteneció”. En 1823, una carta de un lector del *Observador Constitucional*, transcrita en el *Diário do Govemo*, afirmaba que la Banda Oriental estaría mucho mejor con la protección y el cuidado del monarca portugués, pues “el resto de la América Española [está] retazado en estados diferentes, y muchos de éstos aun divididos en partidos, mal pudiendo cuidar cada uno de su seguridad y arreglos internos, y mucho menos concurrir por medio de socorros para la de los otros; que en estas circunstancias le es sin comparación más ventajosa su incorporación al Imperio de Brasil, poderoso, respetado, y ya desde su nacimiento sólidamente fundado, como se encuentra, que a otro cualquier Estado”. La carta es del 30 de enero de 1823, publicada en el *Diário do Govemo*, 33, de 11 de febrero de 1823, citada en Pimenta, *op. cit.*, pp. 196-197.

[24] Souza fue ministro de los Negocios Extranjeros entre octubre de 1849 y septiembre de 1853.

[25] Citado en Gabriela Nunes Ferreira, *Centralizaçâo e descentralizaçâo no Império. O debate entre Tavares Bastos e o Visconde do Uruguai*. Sao Paulo, Departamento de Ciencia Política da USP/Editora 34, 1999, p. 146.

[26] Antonio Henriques Leal (comp.), *Obras de Joáo Francisco Lisboa*. Lisboa, Typographia Mattos Moreira & Pinheiro, 1901, pp. 581 *y ss.*

[27] *Cfr.* Theophilo Braga, "Apreciaçao crítica", en Leal, *op. cit.*, p. vii. Sobre Lisboa véase Maria de Lourdes Monaco Janotti, *Joao Francisco Lisboa: jomalista e historiador.* Sao Paulo, Ática, 1977.

[28] Lisboa escribió una polémica *Vida do Padre António Vieira*, famoso predicador jesuita del siglo XVIII, que él presentaba como un personaje servil ante las conveniencias de la Corte portuguesa. De esa manera demostraba su anti-jesuitismo y una posición crítica hacia el régimen colonial. Le dio mucha importancia histórica a una rebelión ocurrida en 1684 en Maranhao, cuyo líder, Manuel Beckman, fue por él considerado como un héroe popular. *Cfr*. Janotti, *op*. *cit.*, pp. 222-223.

[29] En libros recientes se señala la poca importancia dada al republicanismo en la América española. En ese sentido, véase Elias José Palti, *La invención de una legitimidad: razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las firmas del discurso político).* México, Fondo de Cultura Económica, 2005; y José Antonio Aguilar y Rafael Rojas (coords.), *El republicanismo en Hispanoamérica: ensayos de historia intelectual y política.* México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

[30] *Anais da Cámara dos Deputados, 1839, sessâo de 15 dejunho,* citado em Miriam Dolhnikoff, *O pacto imperial. Origens do federalismo no Brasil*. Sao Paulo, Globo, 2005, p. 71.

[31] Jorge Caldera (comp.), *Diogo Antonio Feijó,* Sao Paulo, Editora 34, 1999, p. 167.

[32] *Cfr.* Pierre Nora (comp.), *Le lieux de la mémoire-La République*. París, Gallimard, 1984.

[33] Raoul Girardet, *Mitos e mitologías políticas*. Sao Paulo, Companhia das Letras, 1987, p. 162. Nicolas Shumway, *The invention of Argentina.* Berkeley, University of California Press, 1991, p. xi.

[34] Von Martius, "Como se deve escrever", p. 187.

[35] Durante el periodo en que Portugal estuvo unido a la Corona española (1580-1640), los holandeses, interesados en el comercio del azúcar, se establecieron en el nordeste brasileño (Bahía, 1624-1625, *y* Pernambuco, 1630-

1654). Entre 1637 *y* 1644, el príncipe holandés Mauricio de Nassau gobernó Pernambuco. La insurrección contra el dominio flamengo inició en ese último año y se extendió hasta 1654, fecha de la expulsión definitiva de los holandeses.

[36] Varnhagen, "Seção XXXI: Revoluçâo de Pernambuco até a primeira açao dos Guararapes", em *História Geral*, tomo III, p. 16.

[37] *Idem*, p. 19.

[38] *Idem*, p. 56.

[39] Joaquim Manoel de Macedo, *Liçôes da História do Brasil.* Río de Janeiro, Gamier, 1907, pp. 156 y 198.

[40] *Idem*, p. 167.

[41] *Idem*, p. 207.

[42] Jean Baptiste Debret, *Viagem Pitoresca e Histérica ao Brasil.* Belo Horizonte, Itatiaia; Sao Paulo, EDUSP, 1978, 2 vols. Sobre Debret, véase Rodrigo Naves, *A jbrma difícil Ensaios sobre arte brasileira.* Sáo Paulo, Ática, 1988, 2ª éd., y Flora Süssekind, *O Brasil nâo é longe daqui.* Sao Paulo, Companhia das Letras, 1988.

[43] Guimaráes, "Nação e civilização", pp. 21 y *ss.*

[44] El *indianismo* fue criticado tanto por sus contemporáneos como por las generaciones posteriores que no aceptaban la "idealización" de los indígenas. Sus representantes más célebres fueron, en la prosa, José de Alencar (1829-1877), con *O Guaraní*, *Iracema* y *Ubirajara*, entre otros, y en la poesía Gonçalves Dias (1823-1864), con sus "poesías americanas" que se encuentran distribuidas en diversos libros, entre las que destacan los poemas *I-Juca Pirama* y *Marabá*, así como el inconcluso *Os Timbiras.*

[45] D.J.G. de Magalháes, "Os indígenas do Brasil", en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Brasil*, tomo xxiii, 1er trimestre, Río de Janeiro, 1860, p. 66.

[46] *Idem*, pp. 6 y 7.

[47] *Idem*, pp. 64 y 65.

[48] *Cfr.* Flora Süssekind, "O escritor como genealogista: a funçao da literatura e a lingua literária no romantismo brasileiro", en Ana Pizarro (comp.), *América Latina, palavra, literatura e cultura*, vol. 2. Campinas, Editora da Unicamp, 1994.

[49] Gonçalves Dias, *Carta ao Dr. Pedro Nunes Leal [1857]*, citado en Süssekind, art. cit., p. 460.

[50] D.J.G. de Magalhaes, "Prefacio" a *Suspirospoéticos e saudades.* Río de Janeiro, Agir, 1961.

[51] *Cfr.* Afránio Coutinho, *A tradição afortunada. O espirito de nacionalidade na crítica brasileña.* Río de Janeiro, José Olympio, 1968.

[*] Planta de la cual se extrae una bebida alucinógena que se emplea para producir trances [N. del E].

[52] Sobre este tema véase Doris Sommer, *Foundational fictions. The National Romances of Latin America.* Berkeley, University of California Press, 1991.

[**] *Caramuru* significa en tupi "hijo del trueno" o "dragón del mar" [N. del E.].

[53] *Cfr.* Luciano Miglicaccio (curador), *Mostra do Redescobrimento. Arte do século XIX.* Sao Paulo, Associaçao Brasil 500 Anos Artes Visuais, 2000.

[54] Algunos escritores escogieron el tema de la esclavitud. José de Alencar escribió una obra de teatro, *Mae,* montada en 1860 y que constituye una denuncia de la esclavitud; en la trama, el personaje principal, Jorge, posee una esclava que le sirve con devoción. El secreto es que ella es su misma madre. La popular novela *A escrava Isaura,* de Bernardo de Guimaráes, publicada en 1875, también pretendía criticar la esclavitud. Sin embargo, Isaura, el personaje principal, a pesar de ser esclava era de piel blanca.

[55] La tesis de Freyre fue duramente criticada, en particular a partir de la década de 1960, por muchos autores. Destaco los clásicos: Emilia Viotti da Costa, *The Brazilian Empire. Myths and Histories.* Chicago, Chicago University Press, 1985; Florestan Fernandes, *A integraça do negro na sociedade de classes,* 2 vols., Sao Paulo, Ática, 1978.

[56] La *Conjuração Mincira* fue una rebelión que ocurrió en 1789, en Minas Gerais, contra el dominio portugués. El descontento nació de la determinación de la metrópoli de cobrar impuestos sobre el oro, que se agotaba. Los revoltosos querían la independencia y la república. Denunciados por uno de los conspiradores, fueron apresados, llevados a Río de Janeiro, juzgados y condenados. El único condenado a muerte fue uno de los líderes, Joaquim José da Silva Xavier, conocido como *Tiradentes.* La llamada conjura *dos alfaiates* (de los sastres), tuvo lugar en Bahía, en 1798. Los insurrectos muchos de ellos mulatos y negros libertos, querían la independencia, la república, la abolición de la esclavitud y el comercio libres. La "Revoluçâo Pernambucana" de 1817 explotó cuando la corte portuguesa ya se encontraba en Río de Janeiro. El descontento en Pernambuco tenía que ver con las dificultades económicas de la región y con el inconformismo con los privilegios concedidos a los portugueses. Participaron en ella amplios segmentos de la sociedad: propietarios rurales, jueces, artesanos y un elevado número de sacerdotes que querían la república, la igualdad de derechos (sin afectar la esclavitud) y la tolerancia religiosa. La

rebelión duró mas de dos meses, fue aplastada, sus líderes presos y ejecutados.

[57] Varnhagen, “Seção LII: Revoluçâo Pernambucana de 1817, Rodeador, etc.”, en *História Gérai*, tomo V, p. 177.

[58] Varnhagen, “Seção XLVII: Idéias e conluios em favor da independencia em Minas”, en *op. cit.*, tomo IV, p. 322.

[59] Joaquim Norberto también escribió, “por puro amor a la patria”, *Brasileiras Célebres* (Río de Janeiro, Garnier, 1862), un libro en el que, decía el autor, presentaba a las mujeres “merecedoras de las páginas de la historia.”

[60] Esa misma tesis fue defendida por el importante historiador marxista Caio Prado Junior en su *História Económica do Brasil*, cuya primera edición es de 1945 (Sao Paulo, Brasiliense).

[61] Varnhagen, “Seçao L: Chegada do Príncipe ao Brasil. Sua administraçao”, en *História Geral*, tomo v, pp. 90 y *ss.*

[62] Francisco Adolfo de Varnhagen, “Jornadas a Sao Paulo e Proclamaçâo da Independéncia”, en *História da Independencia do Brasil.* Sáo Paulo: Melhoramentos, 3ª ed., 1957.

[63] *Idem*, “Tratado do reconhecimento da Independencia”, en *op. cit*pp. 258-9.

[64] Macedo, *Liçoes de Historia*, pp. 279-280.

[65] Oliveira Lima la considera “uno de los mayores, sino el mayor estorbo en la vida de D. Joao”. Era considerada ambiciosa, “con un deseo inmoderado de poder”, que construyó una red de intrigas y pretendió el dominio del virreinato del Río de la Plata. *Cfr.* Manuel de Oliveira Lima, *D. João VI do Brasil*. Río de Janeiro: Topbooks, 1996.

[66] Pedro Américo de Figueiredo e Meló nació en 1843, en la Provincia de Paraíba. Desde pequeño mostró habilidades para el dibujo. A los 10 años fue contratado como dibujante por el naturalista francés Louis Jacques Bruner que viajó por el sertón del nordeste. Estudió en el Colegio Pedro II y en 1865 ingresó a la Academia Imperial de Bellas Artes. En 1859 fue becado por el emperador para viajar a Francia. Estudió en la Sorbona, donde se dedicó a la pintura, la literatura y la ciencia. Vivió unos años en Italia y volvió a Brasil en 1864 como profesor de la Academia. Casó con una de las hijas del pintor Araújo Porto Alegre. Algunos de sus cuadros más importantes son: *Carioca* (1882), *Batalha do Avaí* (1877), *O Grito do Ipiranga* (1888), *Tiradentes Esquartejado* (1893), *Paz e Concordia* (1900). Pintó muchos cuadros con temas de historia sagrada, como *Judith*. Murió en Florencia, en 1905.

[*] Habitante del campo, por lo general un agricultor de subsistencia [N. del E.].

[67] Pedro Américo, “O Brado de Ipiranga ou a Proclamaçao da Independéncia

do Brasil", em Cecilia Helena de Salles Oliveira y Claudia Valladáo de Mattos (comp.), *O Brado do Ipiranga.* Sao Paulo: EDUSP/Museu Paulista/IMESP, 1999. Sobre Pedro Américo véase Maraliz Castro Vieira Christo, "A pintura histórica brasileira no século XIX: incorporaçâo e subversao de imagens", en ill Congreso Internacional de Teoría e Historia del Arte y XI Jornadas del CAIA. Buenos Aires: Centro Argentino de Investigadores de Artes-CAIA, 2005.

[68] Macedo, *op. cit.*, p. 429.

[69] Después de la muerte de Macedo, las *Liçõcs* fueron redactas por el poeta Olavo Bilac.

[70] Raimundo Teixeira Mendes, "A Patria". Discurso leído el 7 de septiembre de 1881. Río de Janeiro: Publicaçôes do Centro Positivista, 1881, citado en Noé Freire Sandes, *A invençâo da naçâo. Entre a Monarquía e a República.* Goiania, Editora da UFG/Agéncia Goiana de Cultura Pedro Ludovico Teixeira, 2000, p. 66.

[71] Carta de Pedro Américo citada por Liana Ruth Bergstein Rosenberg, *Pedro Américo e o olhar oitocentista*. Río de Janeiro: Barroso Produçoes Edito riais, 2002, p. 95.

[72] Rosenberg, *op. cit.*, p. 98.

[73] *Idem*, p. 97.

[74] Para este tema consúltese Ángela Alonso, *Idéias em movimiento. A geraçâo de 1870 na crise do Brasil-Império.* Sao Paulo/Rio de Janeiro: Paz e Terra, ANPOCS, 2002.

[*] Tobías Barreto, poeta, jurisconsulto y filósofo brasileño, nacido en la provincia de Sergipe. Germanista notable, fue catedrático de la prestigiosa Facultad de Derecho de Recife y miembro de la Academia Brasileña de Letras. Autor de varios ensayos sobre literatura alemana y filosofía y crítica. [N. del E].

[75] Capistrano estaba profundamente interesado en la lingüística y en la etnografía. En 1897 publicó un estudio intitulado "A lingua dos Bacaeris *(Revista Brasileira*, año 1, tomos III y IV)' y en 1911-1912, "Dois documentos sobre Caxinauás", en el *Jornal do Comércio*, de Río de Janeiro. Sobre Capistrano véase Francisco Iglesias, *Historiadores do Brasil: capítulos de historiografía brasileira.* Río de Janeiro: Nova Fronteira / Belo Horizonte: UFMG, 2000.

[76] *Cfr.* Manuel Salgado, *Porque releer Capistrano de Abreu* en *www.pvceara.org.br/opinioes/2003/outubro/20htm*, acceso el 30/06/2006, p. 2. Véase también José Honório Rodrigues, "Intro duçâo", en Abreu, *Capítulos de História Colonial* Río de Janeiro: Civilizaçâo Brasileira; Brasilia: INL, 1976.

[77] Esa interpretación está en el artículo de Silvio Romero, "A prioridade de Pernambuco no movimento espiritual brasileiro", publicado en la *Revista*

Brasileira en 1879. *Cfr.* Alonso, *op. cit.*, p. 134.

[78] Antonio Cándido afirma que la obra vasta y polémica dejada por Romero da cierta idea de torbellino, tanto en el sentido propio como en el figurado. *Cfr.* Antonio Cándido, "Introduçào", en Silvio Romero, *Teoría crítica e história literária.* Sao Paulo: EDUSP, 1978, p. XIX.

[79] Romero, *op. cit.*, pp. 5-6.

[80] Noé Freire Sandes, *op. cit.*, capítulo V.

[81] Numerosas comitivas estuvieron presentes en las celebraciones. Además de los más importantes países europeos y de Estados Unidos, prácticamente todos los gobiernos de América Latina enviaron delegaciones, incluso Argentina, que mandó construir un imponente pabellón en la tan elogiada Exposición Internacional de Río de Janeiro. Paraguay también estuvo presente y elogió lo que consideraba la nueva política internacional de Brasil, centrada en la solidaridad continental. Merece mención aparte la visita de José Vasconcelos, secretario de Educación de México y jefe de su delegación. Como él mismo escribió en sus anotaciones del viaje a Brasil, su estancia en el país fue fundamental para la concepción de los principales argumentos de su futuro libro, *La Raza Cósmica*. Sobre el tema véase Gerson Galo Ledesma Menezes, "Festa e Forças Profundas na Comemoraçâo do Primeiro Centenario da Independencia na América Latina (Estudos comparativos entre Colombia, Brasil, Chile e Argentina)". Brasilia, Universidade de Brasilia, 2000. Tesis de doctorado.

[82] Citado en Sandes, *op. cit.*, p. 194.

[83] Citado en *Idem*, p. 200.

DE LA HISTORIA NATURAL A LA HISTORIA NACIONAL:
LA *HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA* DE CLAUDIO GAY Y LA NACIÓN CHILENA[1]

RAFAEL SAGREDO BAEZA[2]
Universidad Católica de Chile

El papel de la historiografía en el proceso de formación de las naciones que surgen en América luego de la independencia, no admite discusión y ha sido suficientemente aquilatado por los estudiosos de este proceso.[3] Sin embargo, en la valoración de la historia como instrumento para la construcción de las nacionalidades, sólo se ha atendido aquella producción que responde a la noción decimonónica, clásica, de historia; esto es, como narración *y* exposición de los acontecimientos pasados, esencialmente políticos, de un pueblo o sociedad. Se ha olvidado que algunas de las llamadas "historias nacionales" producidas en América durante la primera centuria republicana, no sólo son el resultado del quehacer de naturalistas, sino que corresponden a historias naturales, en el sentido de trabajos que estudian los tres reinos de la naturaleza buscando ofrecer una completa descripción de la realidad física que, al estar circunscrita a los espacios sobre los cuales los nuevos estados comenzaban a ejercer su soberanía, permitieron también a sus autores identificar los rasgos característicos de la sociedad explorada.

Obras como las de Claudio Gay sobre Chile, Alcide d'Orbigny respecto de Bolivia, o la de Antonio Raimondi en relación con Perú, permiten apreciar el

papel determinante que los naturalistas tuvieron en el reconocimiento científico de los países que exploraron, pero también en la conformación de nacionalidades, el desarrollo de identidades regionales, la integración de pueblos y sociedades o, esencial, en la identificación de un destino, futuro, común. Ahora como estados nacionales.

Considerando que la mayor parte de los naturalistas que exploraron y se ocuparon de estudiar las distintas regiones de América en el siglo XIX, siguió más o menos fielmente el modelo científico practicado por Alexander von Humboldt, no debe extrañar que el resultado de sus investigaciones avalara la existencia de los estados nacionales. Ellos, en su afán por abarcarlo todo y conocer los ambientes, especies y recursos naturales de los territorios sometidos a la soberanía de las noveles repúblicas objeto de su preocupación, terminaron justificando apasionadamente la existencia de los estados, legitimando científicamente su viabilidad económica y social, pero también identificando las características culturales de las unidades políticas nacionales. De este modo, si Humboldt después de sus investigaciones por el mundo fue capaz de concebir el *Cosmos*, naturalistas y exploradores como Gay, d'Orbigny o Raimondi, al describir precisa y exactamente los territorios de Chile, Bolivia y Perú, contribuyeron a la creación, desde el conocimiento científico, de las nuevas repúblicas sudamericanas que definieron entusiastamente. Demostración de ello son la *Historia física y política de Chile* de Gay, *El Perú* de Raimondi o la *Descripción geográfica, histórica y estadística de Bolivia* de d'Orbigny; todas, verdaderos certificados de identidad de las nuevas unidades políticas, a la vez que fundamentos culturales e intelectuales de las respectivas naciones.

ATLAS
DE
LA HISTORIA FISICA Y POLITICA
DE CHILE
POR
CLAUDIO GAY
PARIS

Estas obras, concebidas originalmente como historias naturales, debido a las necesidades de las autoridades republicanas, terminaron transformándose también en historias nacionales, en las que la narración del pasado acompañó y complementó las descripciones científicas y las representaciones cartográficas. Entre los ejemplos que se pueden citar, el quehacer y la obra del naturalista Claudio Gay constituyen uno de los más ilustrativos; tanto por su gestación y su preparación, como por su culminación, la *Historia física y política de Chile*, la primera narración histórica del pasado

chileno elaborada en el periodo republicano y base de la nacionalidad chilena, entre otras razones, por la efectiva representación gráfica de ese país que difundió a través de las láminas del *Atlas* que la integran.

UN CIENTÍFICO EN CHILE

Según sus principales biógrafos, el arribo de Claudio Gay al país en los primeros días de diciembre de 1828 fue consecuencia de su contratación como profesor del Colegio de Santiago, cuyas actividades docentes se iniciarían en marzo de 1829. El naturalista, que lograría fama gracias a sus investigaciones sobre Chile, había nacido en marzo de 1800 en Draguignan, departamento del Var, en la Provenza, en una familia de pequeños propietarios agrícolas.[4]

Consta que desde su infancia, Gay mostró inclinación por el estudio de las ciencias naturales, que se manifestó en lecturas sobre botánica elemental y herborizaciones, así como en periódicas excursiones en los alrededores de su pueblo natal. En ellas, que con el paso de los años se fueron ampliando a prácticamente todo el departamento del Var y a parte de los bajos Alpes, el joven se preocupaba de recolectar material botánico y zoológico y de averiguar sobre la mineralogía y la geología de los sitios visitados. Completada su primera educación, alrededor de 1820, Gay arribó a París para seguir estudios superiores de medicina y farmacia. Sin embargo, su curiosidad por el cultivo de las ciencias pudo más que la práctica profesional y comenzó a concurrir a los cursos públicos de ciencias naturales del Museo de Historia Natural y de la Sorbona. En aquellos años, aprovechaba sus vacaciones para emprender excursiones destinadas a herborizar fuera de Francia, o para cumplir comisiones encargadas por el Museo. Recorrió Suiza, una parte de los Alpes, el norte de Italia, una porción de Grecia, algunas islas del Mediterráneo y el norte de Asia menor. Durante sus años en París, entre 1821 y 1828, además de la botánica y la entomología, sus aficiones preferidas, Gay también se adentró en el estudio de la física y la química, para más tarde seguir cursos de geología y de anatomía comparada. De esta manera adquirió vastos conocimientos y también se inició en la investigación científica al lado de eminentes maestros.

Como acertadamente hace notar Stuardo Ortiz, Gay se vio favorecido por el ambiente científico existente en París en las primeras décadas del siglo XIX. Entonces diversas instituciones, como la Sociedad Philomatica, la Sociedad

Linneana, el Museo de Historia Natural y la Facultad de Ciencias de la Universidad de París, tenían como objetivo esencial promover el desarrollo de las ciencias naturales.

Además de beneficiarse de la actividades que en ellas se realizaban, Claudio Gay recibió la influencia de grandes investigadores y maestros como Alexandre Brongniart en mineralogía, Pierre-Louis-Antoine Cordier en geología, André-Marie-Constant Duméril en herpetología, Georges Cuvier en anatomía comparada, René-Louiche Desfontaines y Adrien de Jussieu en botánica, Pierre-André Latreille en entomología, André Laugier o Louis-Nicolás Vauquelin en química *y* Joseph-Louis Gay-Lussac en física, entre otros.

Los detalles del origen de la preocupación de Gay por nuestro país, y de su venida a Chile, permanecen inciertos en muchos aspectos, aunque se sabe que su arribo fue consecuencia directa de haber aceptado la oferta del periodista y aventurero Pedro Chapuis, que en 1828 organizaba en París un grupo de profesores para establecer un colegio en Santiago. Años después, y al comienzo de su monumental obra, el naturalista afirmó que fueron sus maestros de París quienes le habían señalado la república de Chile como la más a propósito para satisfacer las exigencias de una desmedida curiosidad que lo impulsaba a investigar las producciones de algún remoto clima que no pareciera muy andado; consejo que siguió, comenzando desde entonces a tomar nota de lo muy poco que se había dicho de la historia y de la geografía de esta parte de América. Más tarde escribiría, en el prólogo del tomo I de la *Historia Física y Política de Chile*, que había sido en medio de esa situación que “una circunstancia imprevista se adelantó a mis deseos llevándome a las afortunadas costas de ultramar mucho antes de lo que yo presumiera”.[5]

Además de sus motivaciones particulares, es preciso tener presente que en el ambiente científico del París de la década de 1820, “entre los diversos países que sería importante explorar en interés de la historia natural, el Perú y Chile pueden ser colocados en primera fila, en todo sentido”, pues “la parte de América meridional que ocupan estas dos vastas regiones no ha sido visitada aún sino por un número muy pequeño de viajeros, y sus exploraciones, por lo demás asaz incompletas, se remontan ya a una época muy alejada”.[6] Contratado como profesor de física, química e historia natural, Gay vio en su viaje a Chile, más que el inicio de una carrera destinada a la docencia, la posibilidad cierta de dedicarse a la investigación en un país casi total y absolutamente desconocido para los hombres de ciencia europeos.

Ya instalado en Santiago, Claudio Gay, a la par que atender sus clases en el Colegio de Santiago, se dio tiempo para recorrer diversos sitios y recolectar

material científico, llegando a formar en corto lapso colecciones de plantas, de animales y de rocas. Más entusiasmado con sus excursiones que con sus clases, a la vez que revelando los motivos que lo habían traído a Chile, el propio Gay escribía a Alexandre Brongniart, el 9 de diciembre de 1829, que a pesar de que "no disponía más que de un día a la semana en provecho de las ciencias" y que, sobre todo al comienzo de su estadía no le era posible más que "visitar solamente los alrededores de Santiago o realizar un viaje rápido a la orilla del mar o a la cordillera", ya había realizado "una buena serie de observaciones que bastarán para dar a conocer estas comarcas tan poco visitadas por los naturalistas".[7]

El celo y la pasión que Gay mostraba por la historia natural, expresadas en su infatigable actividad y dedicación al estudio, no sólo llamaron la atención de los pocos sujetos con interés por las ciencias naturales existentes en Santiago. También llegó a conocimiento de las autoridades, que acariciaban la idea de estudiar científicamente el país, una antigua aspiración que no había podido materializarse por falta de una persona idónea para acometer la empresa.[8] En el Chile de la organización republicana, donde todo estaba por hacerse, y en medio de las tribulaciones políticas y la pobreza del erario, hubo gobernantes que tuvieron plena conciencia de la necesidad de conocer cabal y científicamente el territorio y la realidad nacional. Entonces ni siquiera existían mapas medianamente aceptables; poco se sabía de la situación exacta de las ciudades y los puntos geográficos de importancia; nadie había estudiado sistemáticamente las especies naturales; y, menos aún, preocupado de las características geológicas o de precisar adecuadamente las condiciones climáticas de los ambientes en que comenzaba a desenvolverse la república.[9]

Alentado por sus cercanos, en julio de 1830 Gay redactó una presentación dirigida al vicepresidente de la república en la cual ofrecía sus servicios para trabajar en la preparación de una historia natural, general y particular de Chile; una geografía física y descriptiva del país; una geología que haría conocer la composición de todos los terrenos, la estructura de las rocas y la dirección de las minas; y una estadística completa de las actividades productivas y de la población. Además de los trabajos nombrados, el científico se comprometía a formar un gabinete de historia natural que contuviera la mayor parte de las producciones de la república, con sus nombres vulgares y científicos, así como una colección, tan completa como fuera posible, de todas las piedras y minerales que pudiera recolectar; analizar químicamente todas las aguas minerales que encontrara; a elaborar cuadros estadísticos de todas la provincias; hacer un catálogo de todas las minas; preparar planos de las principales ciudades y ríos,

así como de todas las haciendas que pudiera visitar; y, finalmente, si el gobierno así lo quería, instruir a dos alumnos en todas las ciencias sobre las que él se ocupaba. Es decir, Gay se obligaba a una tarea monumental, que le llevaría casi toda la vida.

A cambio de sus trabajos, que declaraba, sólo podrían ser publicados en Europa, el naturalista solicitaba auxilio para continuar sus investigaciones y el auspicio del gobierno para las obras que proponía. Se mostraba dispuesto a que se nombrase una comisión que inspeccionara lo realizado por él hasta entonces y los trabajos que en adelante emprendería, así como también a demostrar los medios que poseía para llevar adelante sus estudios. A este último respecto, y para avalar su petición, Gay hacía saber al gobernante que las ciencias naturales habían sido objeto de sus preocupaciones desde temprana edad y que había elegido a Chile como escenario de sus investigaciones con el único fin de satisfacer su interés científico, "y el deseo que tengo de hacerme útil dando a conocer a la nación chilena, las producciones de su industria y de su territorio, y poniendo a la vista de las otras un país muy poco conocido, pero sin embargo muy digno de serlo por su feliz posición, por la riqueza de la tierra y por los extraordinarios productos de su agricultura".[10]

Un elemento decisivo en la determinación que el gobierno tomó, finalmente, fue el trabajo ya adelantado por Gay en el país, que demostraba su capacidad de naturalista. Como el propio científico lo hacía notar, y quienes lo auspiciaban sabían, en el lapso de un año había podido investigar acerca de la historia natural y la geología de los alrededores de Santiago; describir y dibujar la mayor parte de los objetos relacionados con ellas; preparar un plano de la ciudad capital y cartas geográficas del territorio; analizar las aguas minerales de Apoquindo; recopilar estadísticas del país en casi todas las administraciones y, por último, recorrer parte del litoral central y de la cordillera frente a Santiago. De este modo, escribió en su ofrecimiento, no tenía más trabajos en la capital y se encontraba listo para emprender investigaciones en la provincia, que estaba postergada por falta de recursos.

En pago de sus servicios, Gay no pidió al gobierno ni grandes salarios ni demasiados favores, "sino sólo su protección cerca de las autoridades provinciales y los gastos indispensables de los viajes que mis investigaciones me obligan a hacer". Como garantía de los recursos que se le entregarían, ofrecía "depositar en el lugar que se sirva designarme, una parte de mis colecciones, y a más mi biblioteca compuesta de cerca de cuatrocientos volúmenes, obras científicas y escogidas", todo lo cual quedaría en poder de la Biblioteca Nacional si no cumplía con las obligaciones contraídas.

Atendidos los antecedentes, no debe extrañar que en septiembre de 1830 se

autorizara al ministro del Interior, Diego Portales, para suscribir un contrato con Gay en virtud del cual quedaría sellado el viaje científico por el territorio. Como justificaciones se esgrimían, tanto la importancia de la iniciativa, como las cualidades de Gay para verificarlo con ventaja para el país. Además, y recogiendo la propuesta del francés, el ministro había conformado el 31 de julio de 1830 una comisión científica destinada a verificar la calidad de sus trabajos. Ésta emitió un informe favorable con fecha de 13 de agosto del mismo año, en el que se afirmaba que "todo hace esperar ventajas del viaje proyectado".

De acuerdo con el contrato firmado el 14 de septiembre de 1830, Gay quedó obligado a hacer un viaje científico por todo el territorio de la república, en el término de tres años y medio, con el objeto de investigar la historia natural de Chile, su geografía, su geología, su estadística y todo aquello que contribuyera a dar a conocer los productos naturales del país, su industria, su comercio y su administración. Además, al cuarto año debería presentar un bosquejo de las siguientes obras: una historia natural general de la república que contuviera la descripción de casi todos los animales, vegetales y minerales, acompañadas de láminas coloreadas proporcionadas a los objetos que describa; una geografía física y descriptiva de Chile, con observaciones sobre el clima y la temperatura de cada provincia, y adornada con cartas geográficas de cada una, y con láminas y planos de las principales ciudades, puertos y ríos; un tratado de geología relativo a Chile; y una estadística general y particular de la república, ordenada por provincias. También se comprometía a formar un gabinete de historia natural con las principales producciones vegetales y minerales del territorio y un catálogo de todas las aguas minerales existentes en el país, con sus respectivos análisis químicos.[11]

Considerando que uno de los propósitos del Estado chileno al confiar a Gay la comisión que éste se comprometía a realizar era "dar a conocer las riquezas del territorio de la república, para estimular la industria de sus habitantes y atraer la de los extranjeros", el científico se comprometió también a publicar su obra tres años después de concluida su labor. Gay recibiría ciento veinticinco pesos mensuales durante los próximos cuatro años, los instrumentos para sus observaciones geográficas, un premio de tres mil pesos si cumplía con lo prometido, y la promesa de la autoridad de hacer llegar a los intendentes de las provincias, a los gobernadores de los pueblos y a los jueces territoriales, una circular para que facilitasen todas las noticias que requiriese para el puntual desempeño de su trabajo.[12]

LA EXPLORACIÓN DEL TERRITORIO

Concluidos los trámites administrativos y los preparativos indispensables para emprender el viaje científico, Gay se dispuso a acometer la exploración del territorio nacional, empresa que inició por la provincia de Colchagua en diciembre de 1830.[13] Una vez instalado en San Fernando, durante meses realizó cuatro salidas por la jurisdicción provincial que lo llevaron a reconocer la laguna de Tagua-Tagua y sus alrededores, la cordillera de la zona a lo largo del curso del Cachapoal *y* el de su afluente el río Cipreses, el volcán Tinguiririca y, por último, la costa colchagüina siguiendo el curso de los ríos Tinguiririca y Rapel hasta el Pacífico. Luego de una breve estadía en Santiago, destinada a ordenar el material recolectado, a comienzos de julio de 1831, Gay emprendió viaje al norte, en un recorrido que lo llevó por Colina, Polpaico, Til-Til y la cuesta de la Dormida hasta Puchuncaví. En diciembre de ese mismo año, y a la espera de poder abordar un barco para Europa, a donde se dirigía para comprar instrumentos y libros adecuados para su trabajo, Gay exploró los sitios cercanos a Valparaíso y realizó un viaje al archipiélago de Juan Fernández que se extendió hasta mediados de febrero, y posteriormente zarpó hacia Francia el 14 de marzo de 1832.

En París fue recibido entusiastamente por sus maestros, con quienes mantenía contacto epistolar, y frente a quienes, ahora personalmente, desplegó el fruto de su trabajo científico en Chile. En esa ocasión obsequió al Museo de Historia Natural parisino, minerales, fósiles, semillas y colecciones de especies recolectadas en Chile, y algunos de los dibujos y pinturas que había realizado hasta entonces. El reconocimiento por su labor fue inmediato y se materializó, entre otras medidas, en que el gobierno francés lo distinguiera con la cruz de la Legión de Honor.

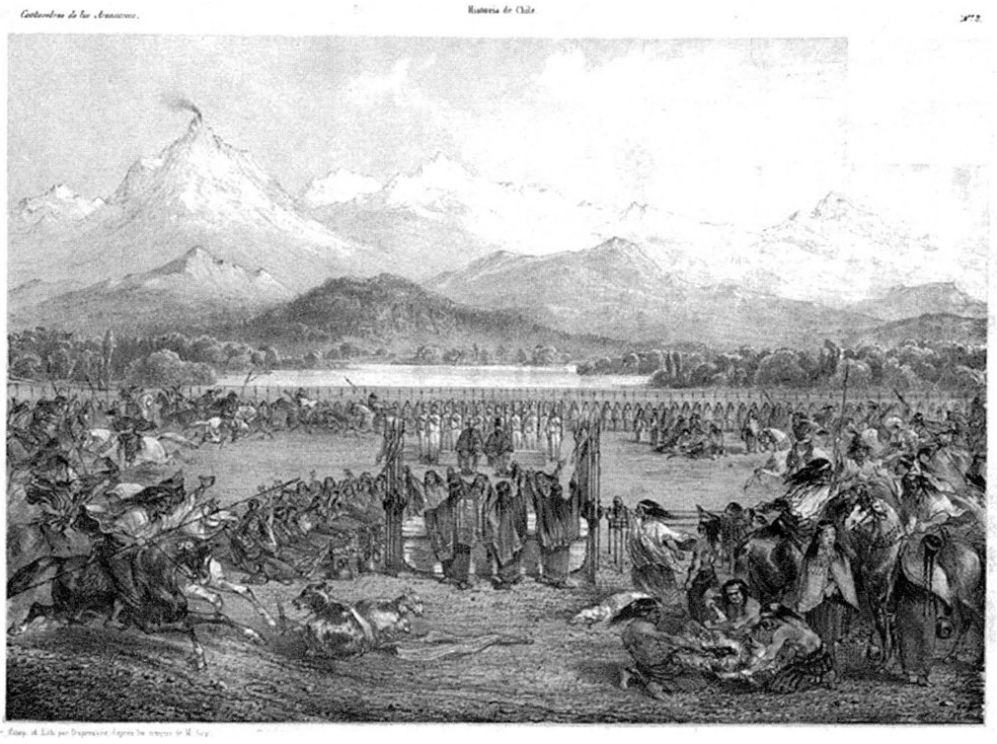
En Europa, Gay adquirió numerosos instrumentos para sus observaciones, los más modernos existentes en la época. Agujas para medir la declinación magnética, imanes, agujas para levantar planos, instrumentos para calcular la latitud, cronómetros, microscopios, telescopios, barómetros, termómetros, higrómetros, eudiómetros, areómetros, un aparato para observar la electricidad atmosférica y hasta una cámara oscura, probablemente una de las primeras que llegaron al país, fueron algunos de los aparatos adquiridos por encargo del Estado chileno. Ya provisto con los instrumentos científicos necesarios para sus trabajos, así como con el material para incrementar el gabinete de historia natural, Gay se trasladó a Melipilla y Casablanca en junio, para regresar a Santiago y dirigirse a Valdivia en octubre del mismo año, llegando a la bahía de Corral a fines de mes. Luego de remontar el río Valdivia y de recorrer y explorar los sitios aledaños a la ciudad del mismo nombre, en enero de 1835 se dirigió a investigar a los contornos del lago Raneo. Concluida esta expedición tomó

rumbo a Osorno con el propósito de llegar al lago Llanquihue, en cuyos márgenes permaneció hasta mediados de febrero. De regreso en Valdivia, en abril, se embarcó hacia el lago Panguipulli para asistir a la ceremonia de entierro del cacique Cathiji, de la que da cuenta en una de las conocidas láminas de su *Atlas*. Permaneció en Valdivia todo el invierno de 1835, aprovechando su estadía para realizar breves excursiones a Corral destinadas, entre otros objetivos, a levantar planos de los fuertes de la bahía. También desde Valdivia realizó una excursión al volcán Villarrica en octubre de ese año, donde alcanzó sus nieves eternas.

En los últimos días de noviembre de 1835, Gay esta instalado en Ancud, en la isla de Chiloé. Desde ahí realizó breves excursiones a las cercanías, como a Pudeto, y, atravesó el canal de Chacao, donde exploró el lado norte del seno de Reloncaví, y visitó los poblados de Carelmapu, Calbuco y Carmel. A mediados de febrero de 1836 se dirigió hacia el sur de la isla grande, hasta Queilén, luego de pasar por Puntra, Mocopulli, Castro y Chonchi. De regreso al norte se dedicó a herborizar en las orillas del lago Huillinco y en las cercanías de Cucao. Luego de su larga estadía en la isla de Chiloé, y previa escala en Valdivia y Talcahuano, el 17 de mayo recalaba en Valparaíso.

La siguiente etapa de su recorrido lo llevó a la provincia de Coquimbo, donde se instaló en La Serena en septiembre de 1836. Visitó las minas de Arqueros y zonas aledañas como Chingóles, Yerbas Buenas, Juan Soldado y Los Porotos. Luego, en noviembre, se dispuso a recorrer el valle de Elqui. Pasó por Saturno, Marquesa, Tambo, Vicuña, San Isidro, Rivadavia, Chapilca y Guanta, sitio desde el cual inició el ascenso de la cordillera, alcanzando hasta Tilito, a 4 000 metros de altura. Siguió a la cordillera Doña Ana, volviendo por los Baños del Toro y Rivadavia, para arribar finalmente a La Serena a comienzos de diciembre del mismo año. A finales de ese mes reinició sus excursiones dirigiéndose hacia Andacollo y a las minas de sus alrededores. En su recorrido por la zona pasó por Huamalata y Ovalle, visitó también las minas de Tamaya para, ya en enero de 1837, internarse en la cordillera siguiendo el curso del río Rapel. Entonces su itinerario lo llevó por Sotaquí, Monte Patria, La Junta, Arcos, Rapel y el sendero cordillerano que sale de Las Mollacas y conduce al paso de Valle Hermoso. A su regreso bajó por el río Hurtado para arribar a Vicuña, pasar por El Tambo, y terminar en La Serena los primeros días de febrero. Desde esta ciudad, y llevado por su afán de conocer los yacimientos de mercurio existentes en esas latitudes, emprendió un viaje hacia el extremo sur de la provincia de Coquimbo. Punitaqui, Quilitapia, Pama e Illapel fueron visitadas por el naturalista hasta fines de abril, y permaneció en Illapel todo el invierno, para explorar los parajes aledaños a aquel pueblo y excursionar hasta La Serena pasando por Combarbalá, Cogotí y

Ovalle. En otra oportunidad, ahora a principios de la primavera, Gay salió de Ovalle y tomó la ribera sur del río Limarí hasta Barraza, marchando por Zorrilla y Talinay, hasta llegar a Maitencillo, pasando por El Teniente; llegó a Mincha y de ahí se dirigió nuevamente a Illapel.



Los últimos días de septiembre de 1837 se dispuso a volver al sur desde Illapel. Siguió el curso del río Choapa hasta llegar a Huentelauquén en la costa, desde donde siguió hacia el sur y visitó Longotoma y Petorca, poblado al que arribó en los primeros días de octubre. La siguiente etapa lo llevó por la cuesta del Melón y San Felipe para alcanzar Los Andes a finales del mismo mes, lugar en el que permaneció hasta comienzos de diciembre. Durante el mes de enero y parte de febrero de 1838, el sabio francés se dedicó a excursionar en los parajes cordilleranos frente a Santiago, internándose por el cajón del río Maipo, pasando por San José de Maipo y El Volcán, hasta llegar al volcán San José.

Incansable, en septiembre salió de Santiago con destino a las provincias del llano central. San Fernando, Vichuquén, Pencahue, Constitución, Chanco, Cauquenes, Quirihue, Coelemu, Rafael, Tomé, Penco y Concepción vieron llegar al naturalista. Entre octubre y noviembre visitó la costa de Arauco hasta Tirúa. En diciembre estaba en Nacimiento, ahí visitó la cordillera de Nahuelbuta para luego emprender viaje a Los Ángeles a finales de mes. Más tarde se internó hacia Santa Bárbara y llegó hasta Trapa-Trapa. De regreso en Los Ángeles, en

los últimos días de enero de 1839, salió hacia Antuco, Laguna de la Laja y la Sierra Velluda. Luego de subir el volcán Antuco, regresó por el pueblo de Tucapel hacia el Salto del Laja, de ahí siguió a Yumbel y La Florida, para llegar a Concepción casi al terminar febrero.

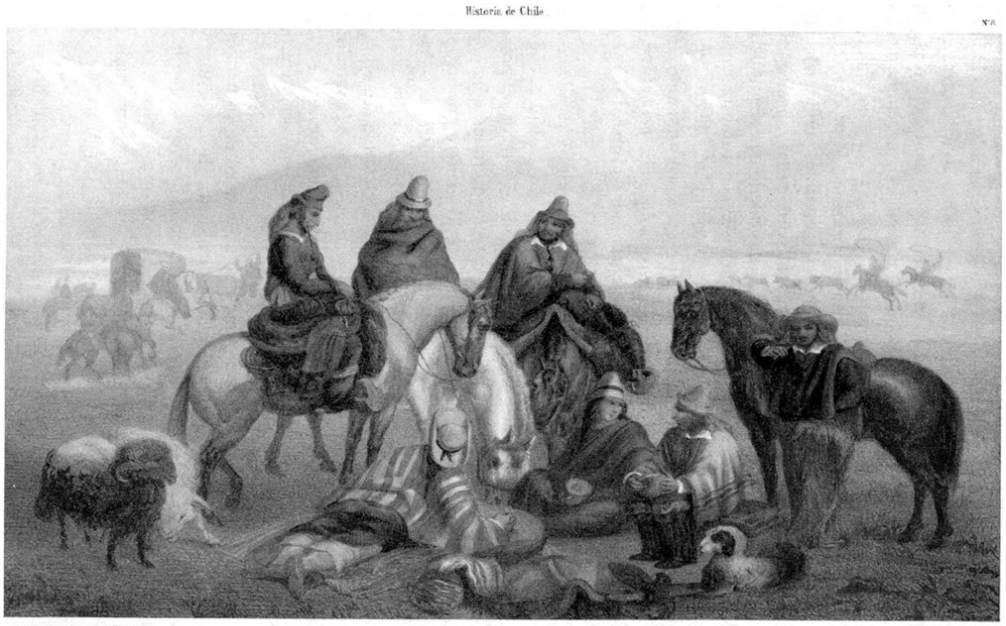
En marzo siguiente se encontraba en Chillán, ciudad desde la cual tomó hacia el norte por el llano, pasando por San Carlos, Parral y Linares, llegando a Talca el 31 del mismo mes. Su excursión prosiguió por Curicó, Teño, San Fernando, Rancagua y Maipú, y culminó en Santiago a mediados de abril. En este viaje, además de sus tareas científicas habituales, dibujó algunos paisajes que luego incluyó en su *Atlas* como láminas. Entre ellas: “Los pinares de Nahuelbuta”, “Laguna del Laja”, “Volcán Antuco”, “Salto del Laja” y “Molino de Puchacay”.

Luego de un viaje a Perú iniciado en marzo de 1839, que le significó alejarse poco más de un año y cuyo propósito fue revisar los archivos limeños en busca de documentación relativa a la historia de Chile, se dirigió a Copiapó en diciembre de 1841. En la provincia de Atacama visitó Caldera, Cerro Ramadillas, la capital provincial, Tierra Amarilla, Nantoco, Totoralillo, Hornito y Chañarcillo. A continuación pasó a La Pucheta y alcanzó hasta La Puerta, La Capilla, Potrero Grande y Amapolas. Siguiendo el curso del río Manflas llegó hasta La Jarilla y a Vallenar. Más tarde pasó a Freirina y en enero de 1842 llegaba al puerto de Huasco para regresar al sur. Con esta última excursión, y luego de cuatro o cinco intentos fallidos por llegar a la provincia de Atacama, finalmente Gay cumplía su íntimo anhelo de “no dejar ningún punto de Chile sin haberlo realmente visitado”, como se lo hizo saber a Ignacio Domeyko en carta fechada el 8 de diciembre de 1841. Al respecto, no debe olvidarse que en esa época el desierto de Atacama era el límite septentrional del país, y que todavía no se iniciaba el esfuerzo destinado a asegurar la soberanía nacional sobre el estrecho de Magallanes y su entorno.

Durante sus excursiones, y gracias a haber permanecido sucesivamente en cada una de las provincias que componían la república, y que recorrió minuciosamente, Gay recogió muestras de la mayor parte de las especies animales y vegetales existentes en el territorio considerado chileno en ese entonces. Llamando la atención sobre este aspecto de su quehacer, el naturalista explicó que la única forma de acceder al conocimiento de los ejemplares de una región era permaneciendo “más o menos tiempo en cada provincia, estudiando cuidadosamente y bajo un punto de vista comparativo y sobre todo geográfico, cuantos objetos haya obtenido a fuerza de investigaciones y cacerías: solo así puede conocerse bien la fauna de un país”.[14]

En el cumplimiento de su comisión, desarrolló un patrón de conducta que cumplió rigurosamente durante sus excursiones, y que explica el éxito final de su

empresa científica. En cada lugar que visitó o recorrió, procedió a examinar y estudiar las especies naturales, recolectando todas aquellas que le resultaban de interés. Preocupación especial mostró siempre por herborizar y por observar la adaptación de las plantas en las regiones altas de las cordilleras. Fijar con exactitud la situación de los puntos geográficos, auxiliado por los modernos instrumentos adquiridos en Europa, fue también su interés. Los estudios geológicos y el levantamiento de la respectiva carta geográfica de la zona visitada constituyó otra de sus ocupaciones permanentes. En los lugares en que existían, procedía también a analizar las aguas termales, determinando, entre otras características, si eran sulfurosas o salinas. La recopilación de estadísticas, de documentación y de todo tipo de noticias de los parajes y poblados recorridos, fue también actividad característica suya. Por último, sus observaciones climáticas y sus mediciones meteorológicas, así como las destinadas a determinar el magnetismo terrestre, fueron otra constante de su acción. Pero, y como ha sido señalado, en todas partes Gay conversaba con la gente y observaba las formas de vida y los métodos de trabajo, práctica que no sólo fue muy útil para la preparación de su texto sobre la agricultura chilena, sino en especial para identificar los rasgos propios del pueblo chileno.[15]



Durante los períodos de sedentarismo, el naturalista procedía a ordenar, clasificar, describir, dibujar y acondicionar las especies y los objetos recolectados, redactar los informes científicos para el gobierno chileno y mantener viva su correspondencia con colegas europeos, a los cuales informaba

detalladamente de sus estudios y de las novedades que iba descubriendo en su recorrido por el país. Ejemplo de lo que afirmamos, así como de la admiración que nuestra realidad física le provocó, es un párrafo de uno de sus textos. En él, y refiriéndose a la vida natural en las islas de la entonces existente laguna de Tagua-Tagua, escribió que era tal la cantidad de "especies nuevas, tanto para mí como para la ciencia, que ellas hacen de este país una mansión de delicias y admiración, en que la naturaleza ha hecho todo el costo, y sólo espera la mano del hombre para disputarle la belleza y la hermosura a los encantadores alrededores de Como, de Constanza y aun de Ginebra".[16]

En sus viajes por el país, Claudio Gay no sólo debió enfrentar todo tipo de adversidades, producto de la falta de vías de comunicación o de albergues adecuados, además, sufrió los rigores de las condiciones ambientales extremas de algunas de las regiones. Según testimonios de quienes lo conocieron, como relata Barros Arana:

> era un hombre infatigable en el trabajo, que pasaba días enteros sobre el caballo sin demostrar el menor cansancio, que trepaba los cerros más altos o bajaba a los precipicios más profundos a pie o a caballo sin arredrarse por ningún peligro, que soportaba el hambre y la sed, el frío y el calor sin quejarse de nada, y siempre con un incontrastable buen humor, que dormía indiferentemente al aire libre o bajo techo, y que su salud vigorosa no sufría nunca ni las consecuencias de la mala alimentación ni los resultados de las agitaciones y desarreglos de aquellas penosas exploraciones.[17]

Muestra de su pasión por la ciencia, en cada una de sus excursiones cumplió fielmente con lo prometido al gobierno, desarrollando a plenitud sus observaciones, mediciones, recolecciones y estudios.[18] Aun en medio de las Ümitaciones presupuestarias, las alteraciones políticas experimentadas por el país o la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, Gay, paciente, sistemática y casi anónimamente, durante aproximadamente una década llevó a cabo su comisión, sentando las bases del desarrollo científico del país y recopilando antecedentes que más tarde serían los fundamentos de la nacionalidad chilena. Una tarea que a pesar de carecer de sucesos espectaculares o llamativos, tuvo importancia fundamental en el desenvolvimiento de la nación. Concluida esta, ahora sólo quedaba el trabajo, no menor, de dar a conocer el fruto de sus investigaciones por el territorio nacional por medio de la respectiva publicación que, como sabemos, incluyó la primera historia nacional del país.

CLAUDIO GAY HISTORIADOR

Como se habrá advertido, en su propuesta original al gobierno chileno, el

naturalista no incluyó la preparación de una historia civil. Su ofrecimiento fue trabajar en una “Historia Natural, general y particular de la República de Chile”, que contendría “la descripción de casi todos los animales, vegetales y minerales de todo el territorio, con sus nombres vulgares, utilidades y localidades”.[19] Incluso en los planes del científico no estaba la tarea de investigar el pasado de Chile, y su única alusión a la historia en sentido clásico es cuando se refiere a sus trabajos de geografía física y descriptiva y alude a que tendrán “consideraciones sobre la historia de las ciudades”.

Sería el gobierno chileno, por medio de su Ministro de Instrucción Pública, quien sugeriría a Gay la conveniencia de redactar una historia nacional que se incluyera en la magna obra que estaba preparando.[20] El impulso vino de Mariano Egaña, y el momento en que éste se produjo, puede ayudar a explicar la actitud del secretario de Estado pues fue en 1839, en medio de la euforia nacional desatada por el triunfo chileno del mes de enero de aquel año en el conflicto militar que lo había enfrentado contra Perú y Bolivia en la llamada, en Chile, guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.

Alentados por el éxito militar del “Ejército Restaurador” encabezado por el general Manuel Bulnes, y estimulados por el entusiasmo popular y el fervor patriótico que se desencadenó luego de la Batalla de Yungay que liquidó las aspiraciones del mariscal Andrés de Santa Cruz, ánimo que se prolongaría durante prácticamente todo el año hasta que el 18 de diciembre de 1839, el general vencedor y sus tropas entraron en Santiago, el gobierno aquilató la conveniencia de contar con una historia de Chile digna, a la altura de la república que había conquistado la gloria en los campos de batalla.[21]

Hasta entonces, pensaban sus autoridades, Chile no contaba con una historia concebida con criterio moderno, propio del siglo XIX que, alejada de las preocupaciones de naturaleza religiosa, narrara los sucesos después de haberlos confrontado con las fuentes. El ministro Egaña quería una historia que respirara sentido crítico, ajena a la incertidumbre, la leyenda, la imaginación y la tradición, y pensó que el único que entonces podía escribirla era, precisamente, el científico Claudio Gay. Muy probablemente el influyente Andrés Bello también estuvo tras esta aspiración de los gobernantes de la época. Así se deduce, entre otros antecedentes, de sus palabras una vez aparecida la obra de Gay, cuando resumió las necesidades que venía a llenar el trabajo de naturalista,

> la historia de los estados erigidos en el Nuevo Mundo, desde su ocupación por la España hasta la revolución que les ha dado una existencia independiente; la política del gobierno que las tuvo tres siglos bajo su tutela; la naturaleza de los elementos con que se emprendió y llevó a cabo esa revolución; el carácter peculiar de ésta, injustamente calumniado por la parcialidad o la ignorancia; sus resultados, su

porvenir... en la parte, no la menos gloriosa, que en este grandioso panorama toca a Chile.[22]

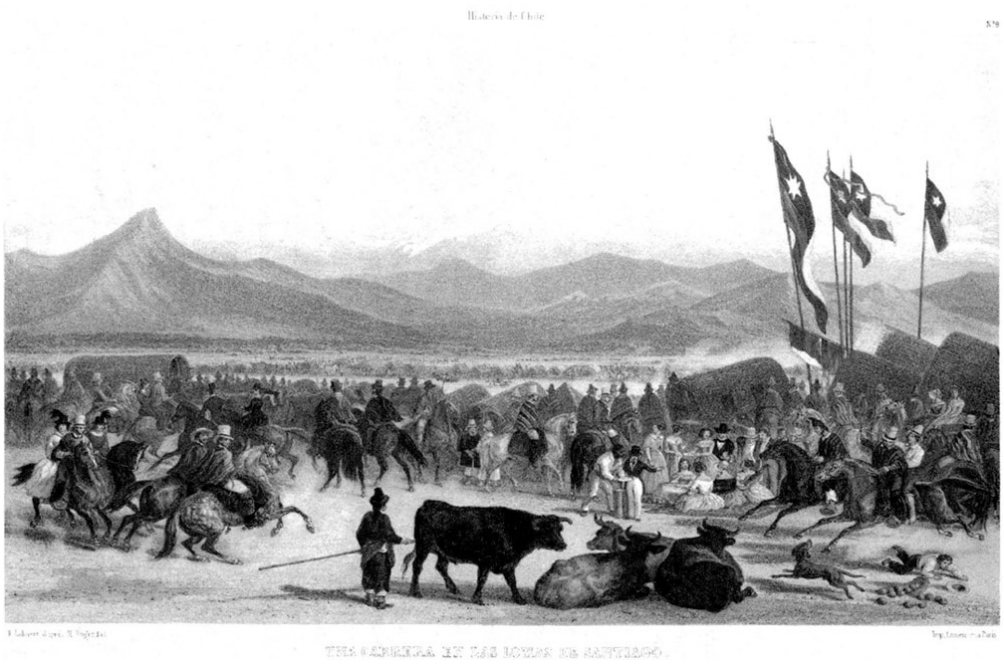
La primera reacción de Gay a la petición que se le formuló refleja bien su formación como naturalista, pero también su visión eurocéntrica, pues preguntó a Egaña si acaso creía que el pasado de Chile significaba algo en el concierto de la civilización. La respuesta del gobernante no sólo no se hizo esperar, definitivamente marcó el rumbo al improvisado historiador, y creemos que el de la historiografía nacional, cuando escribió:

> Ciertamente, ese aporte es algo. La civilización española se salvó en Chile de pasar a manos de los holandeses o de los ingleses en la época del filibusterismo. La guerra de Arauco durante casi tres siglos hirió aquí de muerte el concepto imperial castellano al doblegar el orgullo de las armas españolas, que desde entonces perdieron fe en ia invencibilidad. Después, fue en Chile donde se dieron las dos batallas decisivas de la libertad de América: Chacabuco y Maipú. La expedición Libertadora del Perú hizo imposible la continuación del imperio español en este continente. Además, actualmente es Chile el único país organizado en estos momentos que existe en América, sometido a un régimen político y respetuoso de su sistema republicano. Es, pues, algo de lo que Chile ha dado a la civilización europea.[23]

Como se apreciará, la noción sobre las excepcionales situación y trayectoria chilena en el concierto americano estuvo presente en las élites de ese país de la época aun antes que se escribiera la historia nacional. Era consecuencia de la realidad, del contexto local e internacional existente entonces y que éstas vivieron de manera intensa y terrible; como su participación en la independencia, la organización republicana y la guerra contra la Confederación lo habían demostrado. Pero también de la ponderación que el abate jesuita Ignacio de Molina había hecho de Chile en su leído *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*, publicado en español en 1788, verdadero resumen de la conciencia criolla local, para la cual Chile, en palabras de Molina, era “el jardín de la América meridional... extendiéndose... mucho más a lo largo que a lo ancho, tiene la proporción necesaria para recibir y madurar todo género de producciones apetecibles”.[24]

Precisamente por todo lo anterior era preciso escribir una historia de Chile. Como Mariano Egaña se lo hizo saber a su amigo Claudio Gay, era “una necesidad nacional”, pues esa ponderación de la realidad natural y del pasado chileno, pero en especial de su ordenada evolución luego de la independencia, sería la base sobre la que se sustentaría la unidad nacional. Gay tomó la recomendación del ministro Egaña como una verdadera orden, convenciéndose de que, en medio del precario nivel intelectual nacional, efectivamente era el único que entonces podía escribir una historia de Chile, poniendo ahora en ella el método y el rigor que caracterizaba a sus investigaciones en el ámbito de la

historia natural. Debe de haber contribuido a su decisión el que durante sus excursiones por el país, mucho antes de pensar siquiera en escribir una historia de Chile, y sólo llevado por su curiosidad y su espíritu de investigador, tomara notas de sus conversaciones con toda clase de personas que podían ilustrarlo con sus informaciones y declaraciones sobre lo que habían visto u oído sobre el pasado chileno. Con esas anotaciones, que por lo demás se encuentran por cientos en su archivo, Gay terminará enriqueciendo su obra con datos sobre las costumbres, el folclore, las creencias y supersticiones populares, la música, el canto, la comida y las fiestas locales, entre otros muchos elementos que no sólo aportan información histórica, antropológica o etnográfica, sino que constituyen parte fundamental de la cultura nacional.[25]



Tomada su determinación, el acopio de materiales, en este caso de documentación que buscó en archivos públicos y entre las familias protagonistas de la independencia, fue el primer paso dado por Gay para fundar su historia; el mismo que lo llevó a Perú en junio de 1839, aprovechando la presencia chilena para revisar archivos y recopilar memorias, correspondencia, informes y crónicas en el antiguo virreinato del que Chile había formado parte.[26] En su “Informe al ministro de instrucción pública sobre el viaje al Perú”, junto a las noticias concretas de su búsqueda de documentación relativa a la historia de Chile, Gay ofrece luces sobre su concepción de la historia, así como sobre su entendimiento de sus obligaciones como estudioso del pasado, que tienen el valor de haber sido planteadas al comienzo de su trabajo como historiador y no

como explicaciones *a posteriori* para justificar su obra y sus resultados.

Como ya se mencionó, la investigación estaba basada en la pesquisa y la revisión de manuscritos originales, por ello lamentó profundamente el incendio que en 1821 consumiera los archivos del virreinato, así como los saqueos que posteriormente habían sustraído del conocimiento de los historiadores los acervos documentales salvados del primer desastre. Especial dedicación mostró Gay por hacerse de documentos oficiales y de epistolarios de personalidades del gobierno colonial que le permitieran "aclarar" lo que llamaba "puntos importantes de la historia de Chile". La compulsa de documentos, la obtención de estadísticas relativas a Chile o de noticias sobre los indios chilenos fueron también parte de sus afanes como investigador.

Interés mostró también por acopiar noticias sobre lo que llama "historia de la independencia", para lo que tuvo la fortuna de hallar epistolarios de autoridades monárquicas de la época de las luchas militares entre patriotas y realistas, que demostraban, como Egaña se lo había señalado, la trascendencia de la batalla de Maipú sobre la suerte de América y las naciones que surgieron como consecuencia de la gesta libertaria. Ya entonces Gay pudo concluir, como lo expresa en su informe, respecto de la "parte activa y decisiva" que desempeño Chile, valorando así a una sociedad que hasta ese momento sólo se había considerado "como una parte integrante del Perú o como una de sus lejanas provincias". Ponderando los testimonios, en un rasgo que le fue característico, agregó que "tal vez el amor propio de ciertos pueblos no querrá reconocer esta gran influencia, pero será siempre confesada por las correspondencias de personajes que por su posición y sus opiniones no pueden sino merecer plena y completa confianza de parte del historiador imparcial". Estas y otras informaciones, como por ejemplo las que sus conversaciones con Bernardo O'Higgins le procuraron, formaban para Gay "la base de una buena historia de esa brillante época de la independencia"; sin duda ya, y aun antes de comenzar a escribir su obra, fueron parte trascendental de la misma.

De este modo, el naturalista que se convirtió en historiador debido a las urgencias del Estado-nación para el que prestaba sus servicios, hizo saber que su método sería el propio del positivismo, es decir, la recopilación y la crítica de tales documentos, que le servirían de material para la elaboración y redacción de su obra luego de un esfuerzo desapasionado por establecer los hechos. Así, y como se ha establecido, "Gay tuvo el mérito de señalar una orientación metodológica para el cultivo de la historia", estableciendo que antes de emprender una síntesis o una interpretación filosófica del pasado, era preciso realizar el esfuerzo de investigación, acopio de documentos, catalogación de archivos y elaboración de monografías, entre otros requisitos, para llegar a un

adecuado conocimiento de los hechos.[27]

La defensa que años después hizo de su obra, a propósito de algunas críticas que se dejaron oír luego de la aparición de la parte histórica, confirman lo que afirmamos. En septiembre de 1845 escribió, dirigiéndose al entonces Ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt:

> me reprochan escribir más bien una crónica que una verdadera historia, y agregan que no conozco bastante la filosofía de esta ciencia [la historia] para ser capaz de publicar una buena obra. Sin duda, me gustan mucho esas brillantes teorías engendradas por la escuela moderna... Pero antes de ahondar esta clase de materias, los señores periodistas debieran preguntarse si la bibliografía americana, y en particular la de Chile, ha avanzado bastante como para suministrar los materiales necesarios para este gran cuadro de conjunto y de crítica.[28]

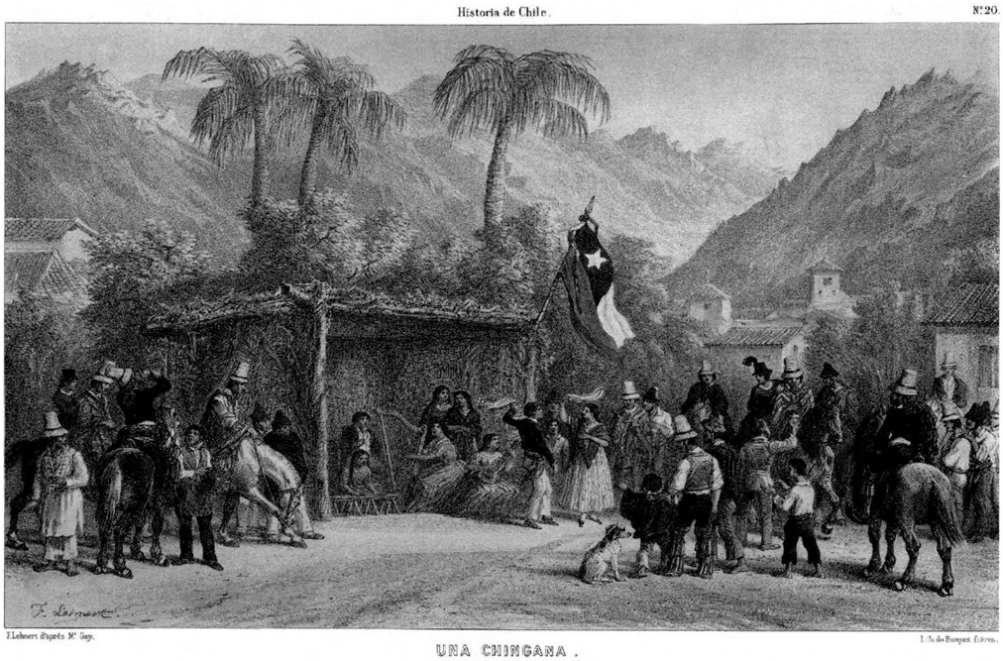
Aludiendo a los europeos que se le señalaban como ejemplo, advertía que quienes se ocupaban de los cuadros de conjunto, "dejándose llevar por su sola imaginación, por su solo genio", actuaban sobre la base de "millares de memorias particulares, trabajadas con el cuidado más tenaz por monografistas tan pacientes como concienzudos", inexistentes en el Chile de entonces. De ahí que, continuaba, "querer obrar de esta manera para la historia de Chile sería querer principiar por donde se debe terminar, querer dogmatizar en un plano calculado sobre el de otras naciones acerca de los acontecimientos más obscuros y los menos conocidos". Considerando que en Chile los hechos de su pasado no habían sido discutidos ni comentados, y que "se han adoptado de buena fe y sin crítica los resúmenes que por copia han sucedido hasta nosotros" preguntaba, "¿y es con esa clase de materiales con que se querría escribir una historia de Chile fundada en los preceptos de la escuela filosófica moderna?". Su respuesta no debe extrañar: "No sé si me engañe, pero me parece que esa clase de trabajos, por otra parte siempre útiles, no pueden en el estado actual de nuestro conocimiento del país formar parte de una obra seria". Para Gay la "historia era una ciencia de hechos, tal como han ocurrido", que se determinaban a partir de los documentos; en su concepto, "los únicos capaces de darnos resultados satisfactorios" si se buscaba, como se le había pedido, elaborar una historia mucho más "completa que la de mis antecesores".

Gay trasladó al estudio del pasado nacional las tareas propias del método científico, las mismas que había repetido una y otra vez durante sus exploraciones por el territorio nacional. Para escribir su historia reemplazó los años de herborizaciones, acopio de muestras, mediciones, recolección de restos, observaciones y descripciones minuciosas sobre el terreno, por la revisión de archivos, la búsqueda y compulsa de manuscritos, el cotejo de documentos y las entrevistas con contemporáneos y protagonistas de los procesos que marcaron su

época. Toda la información recopilada y seleccionada, sometida a una rigurosa crítica, permitió al sabio, como lo señala en el prólogo de su *Historia*, escapar de toda especulación, determinar los hechos que constituían la historia de Chile, desechar los sucesos inverosímiles y corregir las interpretaciones ligeras, satisfaciendo así "las esperanzas que el patriotismo chileno ha puesto en esta obra".[29]

LA PUBLICACIÓN DE *LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE*

De acuerdo con su propio testimonio, Gay había elegido Chile como teatro de sus investigaciones, "no solamente por la riqueza de su suelo y la variedad de su clima, sino también porque era un país desconocido absolutamente a los naturalistas".[30]



Sus afirmaciones tenían fundamento pues, si bien más de una expedición de carácter científico había arribado al territorio de la gobernación durante la Colonia, la más importante de ellas encabezada por Alejandro Malaspina entre 1789 y 1794, lo cierto es que a comienzos de la década de 1830 los resultados de sus observaciones permanecían casi absolutamente inéditos y desconocidos para los científicos europeos. Contribuía al desconocimiento de Chile el que expediciones como la de Alexander von Humboldt, que gracias a sus

publicaciones difundió notablemente la realidad natural y cultural de una importante porción del continente americano, no alcanzaron esta región. Por otra parte, Charles Darwin, que en los años de 1830 visitó y recorrió el país, tuvo objetivos muy diferentes de los que Gay se propuso, como lo demuestran los trabajos que ejecutó luego de su viaje en el Beagle.

Concluida la etapa de la investigación en terreno, que implicó también la prospección del material documental existente en los archivos públicos y en los privados, donde revisó, tomó nota o hizo copiar las piezas que le interesaban, para luego estudiarlas e informarse convenientemente de su contenido, Gay inició las tareas destinadas a publicar el fruto de sus años de trabajo. Antes de volver a Francia permaneció en Chile cerca de dos años, recopilando todavía más información sobre el país, clasificando y distribuyendo los objetos que había recolectado y ocupado en instrumentar el Museo de Historia Natural que había creado. En esa época, además, redactó el *Prospecto de su Historia física y política de Chile*, que se publicó en *El Araucano* del 29 de enero de 1841.[31] En él, junto con resumir las tareas científicas emprendidas con el auspicio del gobierno, defendía la edición que proponía tanto por el provecho que ella prestaría, como por la urgencia de dar a conocer el fruto de su quehacer científico para ventaja de los propios habitantes de Chile. Años después, y en una correspondencia al ministro de Instrucción Pública, fechada en París el 15 de junio de 1848, confesó que

> confiado en las promesas del gobierno francés de ayudarme en los gastos de la publicación, sólo se había decidido a publicar el *Prospecto* de su texto cuando varios chilenos movidos por un sentimiento de patriotismo, me aconsejaron hacer lo argumentando que encontraría en Chile un número de suscriptores suficiente para cubrir los gastos de una edición en español, y que sería una vergüenza para el país que se le publicase en otro idioma siendo la empresa tan eminentemente nacional.[32]

En su propuesta, el naturalista explicaba que editaría su obra sobre Chile, dividida en varias secciones, a saber: la flora, la fauna, la minería y geología, la física terrestre *y* meteorológica, la estadística, la geografía, la historia *y* las costumbres y los usos de los araucanos. Todas estas materias se editarían en cuadernillos o fascículos de 136 páginas, de tal modo que con cuatro de ellos se formara un volumen. Pero el plan no se limitaba sólo a la identificación y la descripción de las especies y los objetos recolectados y a la elaboración de los estudios realizados según su idea original; el sabio francés tuvo clara noción de la necesidad de acompañar sus textos de “una gran cantidad de láminas iluminadas”, no sólo de los animales, plantas y restos que el mundo natural le proporcionaría; también “con láminas de vistas, vestuarios y planos de las principales ciudades”, es decir, con dibujos que ilustrarían la sociedad y sus

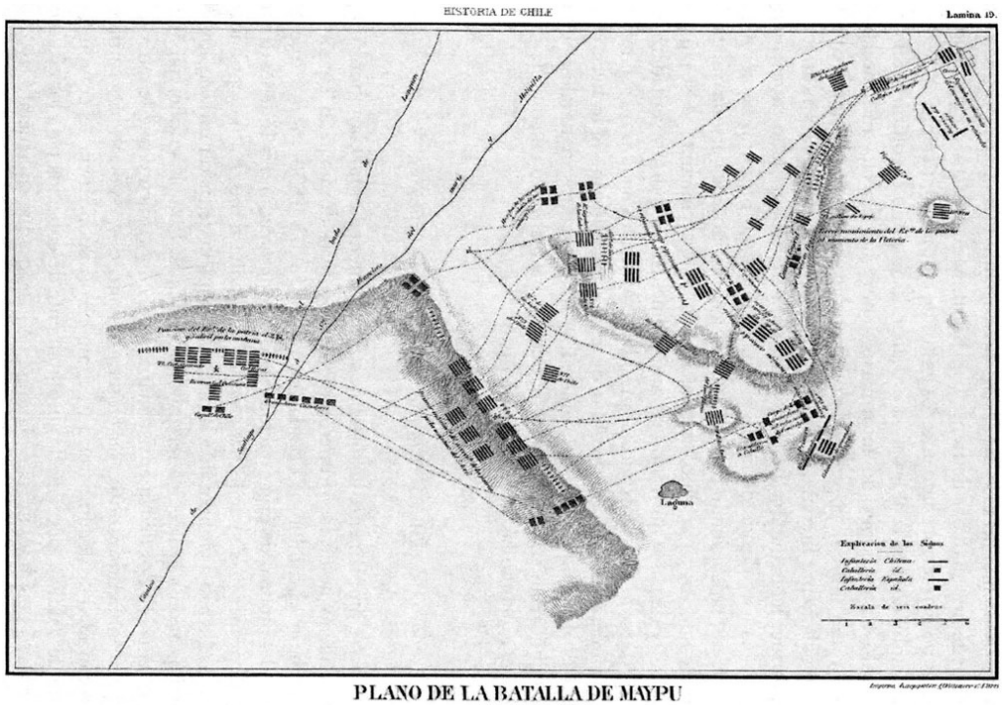
habitantes.

Instalado en París, en octubre de 1842 inició la tarea destinada a dar a la prensa su trabajo. Además de informar a la Academia de Ciencias y a la Sociedad de Geografía acerca de sus exploraciones y de sus planes de publicación de sus investigaciones sobre Chile, se ocupó de buscar colaboradores para la redacción de su *Historia*, tarea que le demandó muchas diligencias y no pocas fatigas en virtud de la escasez de recursos. En enero de 1843, en carta dirigida al entonces ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt, Gay informaba sobre la imposibilidad de obtener financiamiento del Estado francés para imprimir su obra, concluyendo que sólo podría contar con los "únicos recursos de Chile". Y sólo provendrían de las suscripciones que había logrado luego de publicar su *Prospecto*. Gay sumaba no más de "800 o 900 suscripciones", entre las que se contaban las tomadas por el Estado.[33] En efecto, la confianza que el trabajo emprendido por Gay daba al gobierno de Chile, además de la inversión ya realizada en sus investigaciones, llevó a la firma de un contrato entre ambos por el que el Estado se comprometió a adquirir cuatrocientos ejemplares de la obra, especificándose que del total, "200 serán con láminas iluminadas [coloreadas] 50 de lujo y 150 serán con láminas negras".[34] En diciembre de 1843 Gay pudo disponer de textos y láminas para iniciar la impresión de la primera entrega de su *Historia*, cuyo primer cuadernillo, con 130 páginas, salió de la imprenta en marzo de 1844. En agosto siguiente llegaron a Chile los primeros pliegos de la obra que era esperada con ansiedad, tanto por los suscriptores como por el gobierno. En esta primera entrega el sabio abordaba la historia civil del país, desde la situación española previa al descubrimiento de América, hasta los comienzos de la conquista de Chile.

Superando los contratiempos, lenta pero sistemáticamente, y venciendo todos los obstáculos que se le presentaron, entre 1844 y 1871 fueron apareciendo las sucesivas entregas que terminaron conformando una monumental obra de 28 tomos: ocho referidos a la historia, otros ocho a la botánica, también ocho para la zoología, dos de documentos históricos, y dos para la agricultura. Todos ellos, acompañados de dos tomos de láminas que constituyen el *Atlas*.[35] Las contrariedades, que fueron numerosas, no amilanaron a Gay, que en numerosas ocasiones reiteró la importancia de su texto y su compromiso de concluirlo. En septiembre de 1845 se quejaba ante Manuel Montt del tiempo que le quitaba la revisión de los textos y traducciones de sus colaboradores, aunque, escribía, no le importaba y deseaba "ardientemente conducir a buen fin una obra que no puede sino hacerme mucho honor", agregando: "ningún país de las dos

Américas, y aun de varias partes de Europa, podrán ofrecer una semejante”.[36] Años después, en agosto de 1850, insiste ante su protector que pese a lo contratiempos, él continuará poniendo todos sus esfuerzos “para terminar felizmente este gran trabajo, que si bien poco apreciado hoy, estoy seguro más tarde recibirá una aceptación más digna del trabajo y de las inquietudes que me da”.[37]

Como es conocido, y salvo por el interés y el apoyo que constantemente recibió de Manuel Montt, por lo demás siempre inmerso en tareas de gobierno que lo absorbían, entre los chilenos Gay tuvo no pocos críticos, e incluso opositores a su obra cuando ésta comenzó a publicarse. Si al principio se le reprochó el estilo, luego fueron ciertas imprecisiones en la información y algunos errores en sus mapas, culminando las críticas con las quejas “por el atraso que he puesto en terminar mi obra”.



PLANO DE LA BATALLA DE MAYPU
5 de Abril de 1818

Buscando una explicación para las contrariedades, el hombre de ciencia confesaba a su protector que tal vez “yo debiera haber pensado también un poco en el espíritu económico de los chilenos”, y haber publicado esta obra en una escala mucho más modesta, “no obstante la alta posición de Chile, que puede hoy marchar de frente con Brasil, México, Cuba, etc., cuyos gobiernos no han retrocedido ante los gastos de empresa semejante”.[38] Reflexionaba también sobre la alternativa de haber disminuido el volumen del trabajo y sólo haber

publicado información sobre las especies más notables y útiles, y aun sobre la posibilidad de haber dado a sus descripciones una forma sencillamente literaria, novelesca en ocasiones y siempre pintoresca. De esta forma, le aseguraba a Montt, “mi obra habría agradado momentáneamente, para ser dejada de mano más tarde, pero no importa, habría producido efecto, satisfaciendo todo lo que hubiera pedido una persona que no hubiera tenido en vista sino la especulación”. Reaccionando a sus propias palabras, y de paso mostrando el camino que debe seguir un verdadero estudioso, Claudio Gay le explica al presidente Montt que en lo que se refiere a él, le hubiera sido imposible obrar de una manera distinta a lo hecho pues, aclara, “habiendo reunido con solicitud y trabajo tantos materiales, he querido publicar un trabajo de valor permanente, y realizarlo tal como la ciencia lo exige, así como las necesidades del país”.[39]

LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE

En la parte propiamente histórica de su monumental obra, Gay abordó el pasado chileno desde los primeros momentos de la dominación española en Chile, hasta el cambio de década entre la de 1820 y 1830, momento culminante del proceso de organización nacional que sucedió a la Independencia.

El primer mérito de la *Historia* de Gay es que al momento de publicar su obra, nadie había emprendido la historia completa de las centurias coloniales, y menos abordado la etapa republicana de Chile. Para el periodo colonial, el texto tenía el valor de haber sistematizado el conocimiento que se tenía sobre la época, sometido a crítica las crónicas coloniales y, esencial, haber utilizado gran cantidad de documentos que, como la correspondencia del conquistador Pedro de Valdivia, permanecía absolutamente desconocida para los estudiosos del pasado de Chile. En este plano, se ha juzgado que en general Gay “había acometido un trabajo serio, profundo, investigado en fuentes inéditas de primera mano, y expuesto con método y claridad el asunto”. Más todavía, que había percibido que las crónicas no eran las únicas fuentes a que debía recurrirse para hacer una historia verdadera con criterio científico, comprendiendo que “sólo en la compulsa de documentos era posible fijar la exactitud o certidumbre del conocimiento histórico”.[40]

En los tomos I a IV de la *Historia*, los chilenos conocieron por primera vez y de manera sistemática, completa y acabada, su pasado colonial. Ahí estaba el cuadro histórico de las alternativas de una sociedad a la que, se deduce de la lectura de la obra, las adversidades habían desafiado una y otra vez,

imponiéndole sacrificios tremendos que había superado hasta surgir reponiéndose de sus pesares. De este modo, el "acontecer infausto", característico de la evolución chilena, al igual que la capacidad de la población para sobreponerse, pasó a constituir una de las notas distintivas, y motivo de orgullo, de la nueva nación; tanto como la idea de la aspiración por la libertad que, desde las primeras páginas, Gay señala como propia de los habitantes de Chile. Así, por ejemplo, refiriendo las alternativas de la expedición de Diego de Almagro y su encuentro violento con los indígenas del norte, anima el relato concluyendo: "éstas fueron las primicias de la sangre chilena y española que regó aquella tierra de libertad, aquel suelo de probado valor y exquisito heroísmo".[41]

En contraste con la época de libertad que se vivía luego de la Independencia, la obra del naturalista, como después la de los historiadores clásicos del siglo XIX, muestra el periodo colonial como una etapa de usurpación, desfavorable para los americanos, tanto como para sostener, como lo hace en el último tomo que dedica a ella que: "hasta ahora, la historia del reino de Chile ha sido puramente la historia de su infancia y de los males infinitos, increíbles que ha tenido que resistir para hacerse adulto, fuerte y capaz de existir por sí solo", profetizando que en razón de todos los elementos de su creación y de su naturaleza, Chile estaba destinado a "su duración futura o su perpetuidad de existencia".[42]

En conceptos que para sus lectores chilenos debieron ser motivo de satisfacción y orgullo, y que muestran elocuentemente el propósito esencial de su texto, el naturalista, luego de completar el relato de la época colonial, concluía que

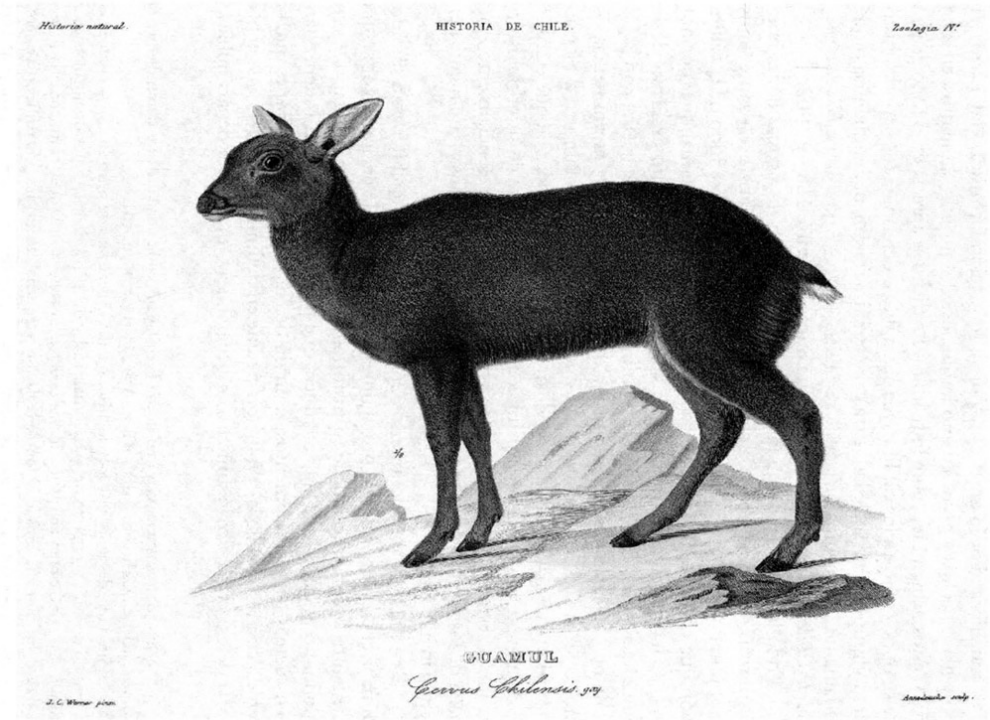
> el pensamiento de formar una grande familia, una nación perfectamente organizada y respetable se ve, desde un principio, en el arrojo y tesón de sus primeros colonos; en la unanimidad de sus miras; en la probidad y celo de sus administradores; en la perseverancia heroica de unos y de los otros en luchas contra adversidades que hubieran podido desanimarlos mil veces por una» mil veces que los hallaron sin el menor auxilio para contrarrestarlas, abandonados a sí mismos y al sólo impulso de sus brazos y de sus corazones; y, en fin, en la noble ambición de ilustrarse ansiando, pretendiendo y obteniendo a fuerza de constancia y de una conducta política fundada esencialmente en los más escrupulosos principios de honradez, los títulos y condiciones de existencia que constituyen un estado social completamente fundado, civilizado, respetable y respetado".[43]

En el resto de la sección histórica, en especial en los tomos V y VI, Gay aborda la Independencia, periodo al cual prestó especial dedicación en virtud del interés con que esta sección era esperada, precisamente por, en sus palabras, "ser la revolución chilena, sin disputa, la parte más noble, la más importante y la más gloriosa de su historia". En este contexto, el autor la presentaba como "emblema

del gran movimiento social que ha sacado al país de sus pañales y le ha hecho crecer de repente, comunicándole bastante fuerza para conquistar su nacionalidad, que el egoísmo le había negado hasta entonces”.[44] Aun antes de escribirla, la historia de la nación chilena había sido trazada por sus élites, cuando encargaron su obra a Gay, y por éste cuando concluye el último tomo dedicado a la colonia, ahí se lee en el párrafo final:

> A la gloria de la conquista más portentosa de cuantas se leen en historia alguna, gloria a la cual sería inútil buscar un parangón, los Chilenos han añadido la de la perseverancia más heroica en formar solos una grande y noble nación, solos, luchando contra resistencias internas y contra envidias extrañas; luchando contra los hombres y contra los elementos, sin haber desmayado nunca, y la civilización, y el mundo entero, y el cristianismo, les deben gracias y alabanzas que, a la verdad, la civilización y la religión mismas, lejos de negárselas, les tributan alta y umversalmente.[45]

Como se comprenderá, la historia de la Independencia y los primeros años de vida republicana, narrados en los tomos VII y VIII, y en especial el papel de sus actores, fue apreciada por la élite chilena prácticamente como una crónica de su pasado, muchos de cuyos miembros ofrecieron su testimonio en calidad de protagonistas de la que Gay califica como la etapa más “gloriosa” del pasado nacional. El naturalista, sin duda atento a la reacción del grupo gobernante que le había encargado la “historia de Chile”, dado las facilidades para su ejecución, financiado sus trabajos y prestado declaración, se sintió comprometido con ellos.[46] Por lo anterior, y por su formación científica, Gay narró, narró y narró hechos y hechos. Evitó los juicios y los pronunciamientos, en especial si éstos debían caer sobre individuos. Lo dicho se aprecia en el tono general de su obra, como en los calificativos que aplica a determinados periodos históricos y grupos de la sociedad. Esta característica, también, aunque más moderadamente, fue seguida más tarde por Diego Barros Arana en su *Historia general de Chile* que, en 16 volúmenes, fue publicada entre 1884 y 1902.



Todo lo dicho reviste gran importancia en razón de algunas de las notas distintivas de la historiografía chilena en tanto historia aristocratizante, elitista, capitalina, política y, esencialmente, triunfalista; en el sentido de la valoración que corrientemente se ha hecho de la trayectoria nacional que, por norma, se ha presentado como responsabilidad prácticamente exclusiva de las élites nacionales.[47] En rigor, se ha confundido la historia de la élite con la historia de Chile, siendo ésta una forma de legitimación de la preeminencia como sector social de la primera. Sin duda Gay contribuyó también a esta noción al privilegiar, y no podía ser de otro modo dado la época en que escribió, el documento como materia prima de la historia. La base de su obra histórica fue el testimonio oficial, sellado y firmado, aquel que esencialmente emanaba de los agentes del Estado, de los gobernantes que, mayoritariamente pertenecían a la élite.

Resultado de todo lo anterior, en el siglo XIX la élite chilena no sólo dominaba el presente, además protagonizaba el pasado de la nación, su obra, que mediante la construcción de su historiografía ayudaba a consolidar. De este modo, no es casual que Gay escribiera que para la historia de la Independencia, además de los documentos, se sirvió de “repetidas conversaciones que he tenido con testigos de la revolución”, y que en definitiva advirtiera que la historia de esa etapa, “en resumen y en general, será un registro de sus nobles y brillantes hechos”.[48] Sobra señalar que la historiografía clásica chilena siguió muy de cerca esta idea

de la historia, como las obras de Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y Miguel Luis Amunátegui lo demuestran. El método positivista, la crónica política y militar y el protagonismo de los personajes de gobierno es lo que caracteriza la obra de estos autores, haciendo de la trayectoria de las élites y de sus logros, la historia de Chile. Como se comprenderá, el que hasta bien entrado el siglo XX los cultores de la historia nacional fueran, precisamente, miembros de lo que tradicionalmente se ha considerado élite chilena, contribuyó también a prolongar esta concepción de la historia. Ellos escribieron sobre el grupo al que pertenecían por razones vinculadas a su condición social y su ideología política, o relacionadas con los desafíos de la época en que vivieron. Aunque también porque entonces, la historia, la historia verdadera, como estudiosos como Gay lo habían demostrado, era la de los grupos en el poder.[49]

En la época, la evaluación de los tomos referidos a la Independencia fue, en general, positiva. Al decir de Diego Barros Arana, en una muestra decisiva de que el método y la concepción de Gay habían calado hondamente en los historiadores clásicos, "los sucesos están distribuidos con método y contados con claridad: hay allí investigación propia, confrontación de autoridades y noticias importantes que en vano se buscarían en otros libros y que Gay había recogido de boca de los mismos autores".[50]

En la que llamó historia física de Chile, Claudio Gay abordó esencialmente la descripción de la flora y la fauna de Chile con los rótulos de botánica y zoología, destinando ocho volúmenes a cada una de las secciones de esta parte de su texto, en el que ofreció lo que consideraba "el catálogo más completo de las especies que habitan esta gran república".[51] Con ellos pretendía llenar los vacíos que sobre estas materias existían en las obras que, como las de Molina y Ruiz y Pavón, habían antecedido a la suya; pero también, y esencialmente, publicar una obra "de entera utilidad para los americanos, y sobre todos para los chilenos", que ahora contarían con una relación de flora y fauna que les permitiría conocer a fondo nociones de "gran provecho para la moral, para la industria, y para la pública felicidad".[52]

En la historia natural Chile también sobresalía pues, como Gay lo explicaba, tenía un carácter particular derivado de las barreras naturales que cerraban todo su contorno, transformándolo en una “región enteramente natural”. “De ahí nace, el que sean exclusivamente de ese país muchos de los productos naturales, y hay géneros particulares, que con todo de contar con numerosas especies, allí se encuentran concentrados por no haber podido salvar las imponentes barreras que los guardan”.[53] En lo que desde Pedro de Valdivia en adelante constituye un verdadero estereotipo o lugar común, el naturalista francés también señalaba el clima como otra cualidad propia del territorio nacional. De este modo, calificativos como el de “hermoso” o “delicioso” país que aplicó a Chile, no nos deben sorprender si consideramos que su objeto de estudio constituía un espacio natural de una “prodigiosa feracidad” que él, el científico, daba a conocer al ofrecer una acabada descripción de sus especies vegetales y animales.

Gay consideró pertinente hacer una descripción muy lata de las familias, de los géneros y después de las especies que estudió, tanto como de sus rasgos distintivos, las características de su ambiente natural y los límites extremos de su hábitat. Pero también, cuando correspondía, nociones respecto de las virtudes medicinales de algunos vegetales, como del empleo y la utilidad que se les podía dar a determinadas especies en los diferentes ramos de la industria nacional. Por último, pero no menos importante en razón de su efectos sobre la noción de lo chileno, “deseando que fácilmente se llegue al conocimiento de las especies”, entregó a los pintores la responsabilidad de grabar las láminas con las imágenes de plantas y animales.

EL *ATLAS DE LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE*

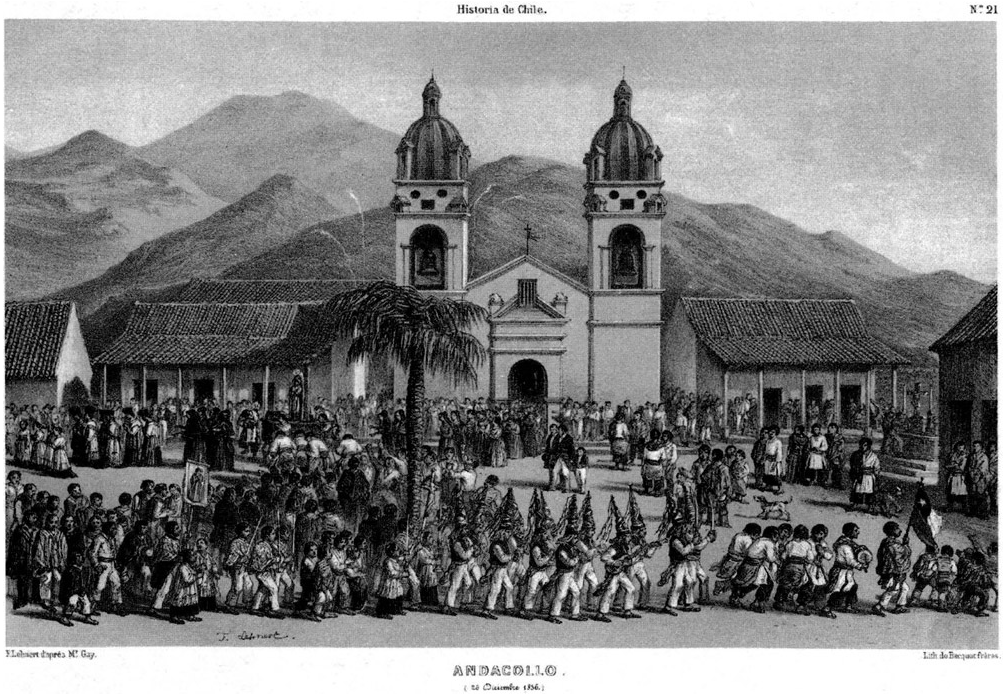
Para justificar la inclusión de las láminas que terminaron formando el *Atlas*, en el *Prospecto* de su trabajo Gay explicó que una obra como la suya "no puede carecer de estampas, indispensablemente necesarias para que se entienda la explicación de ciertos fenómenos y para facilitar el estudio de todo cuanto concierne a la geografía y a la historia natural". Por ello informa: "desde el momento en que arrostré la empresa sentí la necesidad de una colección semejante y, bien que mis numerosas ocupaciones consumieron casi todo mi tiempo, no he dejado por eso de dibujar los objetos vivos, principalmente aquellos que no era posible conservar con sus caracteres peculiares de forma y colorido".[54]

La preocupación del científico por dejar un registro gráfico de sus estudios estuvo presente desde el inicio de sus actividades. En su presentación al gobierno, en 1830, recordaba que durante el primer año de su estancia en Chile se había hecho cargo del estudio de la historia natural y de la geología de los alrededores de Santiago, fruto de lo cual eran "más de mil quinientos dibujos en colores" con descripciones de diferentes especies *y* objetos, así como un plano de la capital.[55] Además de las que podríamos calificar de razones didácticas, fueron necesidades propias de la ciencia las que llevaron a Gay a elaborar sus estampas. En efecto, un número significativo de las especies recolectadas era muy difícil de conservar y de describir, por sus delicados tejidos y brillantes colores, lo que hacía imprescindible dibujarlas y pintarlas en su estado de frescor natural. En una ocasión escribió, refiriéndose a determinados especímenes difíciles de mantener, "he debido pintarlos cuando vivos y describirlos al mismo tiempo menudamente para darlos a conocer con toda su belleza".[56]

Este afán por dejar un bosquejo gráfico de sus investigaciones había dado lugar, afirmó en su *Prospecto*, a un "cúmulo inmenso de diseños que pasaban ya de 3 000". De ellos ofrecía seleccionar "los más interesantes para, retocados por nuestros buenos pintores de género y grabados por nuestros más hábiles grabadores", pronosticaba, "formarían una colección que tendría el doble mérito de haber sido dibujada sobre la naturaleza viviente y de pertenecer a una sola región botánica y zoológica, facilitando así el estudio de esta bella parte de los conocimientos científicos". Avalaba la veracidad de los dibujos de Gay el hecho de que, como lo hemos señalado y él alguna vez lo afirmó en carta dirigida al presidente de la Academia de Ciencias en París, sólo se había marchado de Chile "después de haberlo recorrido durante once años sin descanso y con la satisfacción de no haber dejado casi ninguna región inexplorada".[57] Al proponer

su obra en 1841, el naturalista creía que el conjunto de dibujos, “perfectamente grabados e iluminados”, llegarían a formar tres o cuatro tomos, además de otro consagrado exclusivamente a la geografía. Sin duda, en el momento de idear su obra no pensó en el cúmulo de obstáculos que la publicación debería enfrentar, y que le impidieron llevar adelante sus planes originales en lo relativo a las láminas para los respectivos tomos de su texto.

Muestra de la preocupación que la parte gráfica de su *Historia* tenía para Gay, concluida la primera entrega, y sin disimular su satisfacción, se apresuró a enviar a Chile tres ejemplares. Uno de ellos se lo hizo llegar a Manuel Montt acompañado de una carta fechada el 24 de marzo de 1844, en la que le hacía saber que: “he dedicado a las láminas todo mi cuidado y puedo asegurar aV.S. que hasta ahora no se ha hecho nada mejor en obras de esta naturaleza, *y* al decir de algunos autores... pocas las igualan”. Las estampas a que el autor aludía, todas en gran formato, eran cuatro: una sobre Valparaíso, dos sobre zoología *y* una sobre botánica. Para dar todavía mayor mérito a su texto y cumplir con su plan original, Gay había añadido en su primera entrega el “retrato de la reina Isabel, principal motor del descubrimiento de América”. A él sumó el de Colón y esperaba agregar el de Pedo de Valdivia, como el de todos los presidentes que habían gobernado a Chile y que pudiese conseguir, entre los que incluía a los gobernadores coloniales que luego pasaron a ser virreyes de Perú. Independiente de que finalmente la serie de personajes que el científico anunció en su prólogo no continuó, el que la planificara refleja una concepción de la historia característica del siglo XIX, que valoraba las individualidades y su quehacer.



Finalmente, aunque lejos de sus propósitos originales, sólo aparecieron dos grandes volúmenes de láminas que conforman el atlas geográfico, científico y de escenas pintorescas, cuyas primeras estampas se publicaron en 1844.[58] La primera edición de los tomos del *Atlas de la Historia Física y Política de Chile* data de 1854. La mayor parte de ellos apareció con sus láminas iluminadas, aunque también los hubo con láminas en blanco y negro. De acuerdo con las investigaciones de Carlos Stuardo Ortiz, los tomos del *Atlas* contienen un total de 315 láminas, distribuidas de la siguiente forma: un retrato de Diego Portales, 21 de geografía, dos de antigüedades chilenas, seis de costumbres de los araucanos, 47 de ciudades, costumbres, paisajes, etc., 103 de botánica y 35 de zoología.[59]

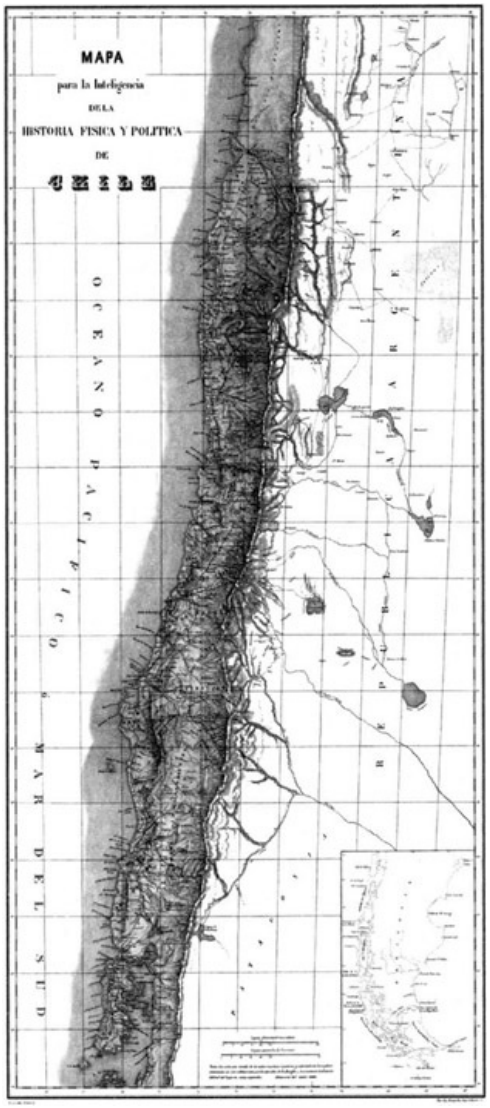
Las estampas, que cubren aspectos históricos, culturales y geográficos, además de reproducir especies de los mundos animal, vegetal y mineral, fueron preparadas por Gay por considerarlas indispensables para facilitar la inteligencia y el estudio de la geografía y de la historia natural de Chile. De este modo, aunque son parte integrante de su monumental *Historia*, lo cierto es que por sí mismas representan un testimonio de primer orden para el conocimiento de la evolución chilena. Constituyen un elocuente repertorio de imágenes en las que está plasmado el Chile de las primeras décadas de la república, tanto en su realidad material, natural y cultural, como en la profundidad de las costumbres, mentalidad, los valores y formas de ser que reflejan.

Por medio de las láminas publicadas, Gay ofrece una visión ilustrada, gráfica,

del país. Una imagen que conforma un registro fundamental para la historia de la representación iconográfica de Chile en la etapa de su consolidación como nación. Es decir, cuando la noción sobre lo chileno estaba en gestación, tanto para los nacionales como para los extranjeros ante los que daba a conocer el país. El *Atlas* de Gay ofreció por primera vez para Chile, y como nunca antes había ocurrido, la fuerza de la imagen como instrumento de divulgación. No sólo del conocimiento científico, también de la fisonomía y naturaleza de una sociedad que se da a conocer mediante la representación de sus modelos sociales, ambientes propios, tareas y diversiones características. Por ello es que en el contexto de la evolución republicana, el quehacer de Claudio Gay tiene el mérito de ser uno de los factores esenciales del proceso de conformación de una imagen de Chile y, por tanto, de constitución de la nacionalidad.[60] La sola observación de las estampas y los temas que ilustran, permite vislumbrar su valor.

En primer término, ahí están los quince mapas que representan las diferentes provincias del país y algunos de los principales hitos geográficos del territorio. Su existencia, además de facilitar la historia de la cartografía nacional y enseñar acerca de la conformación política y administrativa de la joven república, muestra la trascendencia que el Estado de la época le asignaba a la información geográfica y el valor que Gay les atribuía para la comprensión de su trabajo. No puede existir otra explicación para que incluyera dichas cartas, y que en ellas se ocupara de algunos accidentes específicos, como el estrecho de Magallanes, las islas de Juan Fernández o el archipiélago de los Chonos, todos elementos geográficos de gran importancia para la época, como se deduce de su presencia en el *Atlas*. Más todavía, la inclusión, como primera imagen, de una lámina gigante que debe desplegarse para ser observada, a la que Gay nombra "Mapa para la inteligencia de la *Historia Física y Política de Chile*", *y* en la que se representa todo el país, muestra el afán del naturalista por ofrecer una visión completa del Chile de entonces, en este caso, por medio de su presentación *in extenso*, a pesar de las dificultades que siempre ha significado exhibir cartográficamente el territorio chileno debido a su largo desarrollo longitudinal.

La importancia de este mapa se puede apreciar desde numerosas perspectivas. En primer término, por su valor en tanto representación geográfica del territorio, en una época en que éstas son prácticamente inexistentes y poco confiables. Precisamente porque Gay quería hacer saber de la confiabilidad de su mapa, en una nota al calce informa que había sido preparado a partir de cartas españolas e inglesas "levantadas en estos últimos años". Además, porque en el mapa se ofrece la visión existente en el Chile del siglo XIX sobre los espacios que conformaban su territorialidad. En



efecto, en la carta sólo está representado el territorio, entre los Andes y el Pacífico, comprendido entre el desierto de Atacama *y* la isla de Chiloé, aunque, cierto, con el agregado del recuadro que muestra el estrecho de Magallanes y sus espacios adyacentes. Es decir, un Chile ajeno, como lo era en realidad, a los inhóspitos desiertos de sus extremos y totalmente circunscrito al breve espacio que la cordillera de los Andes deja antes de alcanzar el mar. Pero el mapa ofrece también, junto con los caminos coloniales (o "camino real" como lo nombra Gay), el itinerario del propio naturalista en Chile. Muestra fehaciente de que su trabajo era fruto de la exploración, de la investigación en terreno y, por tanto, garantía de seriedad y acuciosidad científica. La comparación entre el camino real y los derroteros seguidos por el estudioso, refleja que éste no se limitó a recorrer aquellos lugares y regiones más accesibles, sino que fue más allá en su afán por reconocer *y* describir a la naciente república.

Por último, el mapa muestra los caminos que permitían "pasar las cordilleras", tanto en dirección a la "República de la Plata", como en el interior del país, sin duda una representación fundamental con el fin de facilitar el tránsito, tanto de productos y bienes, como de personas.

En términos de la noción geográfica de Chile, interesante resulta constatar que los mapas de las provincias de Cauquenes, Talca, Colchagua, Santiago y Valparaíso aparecen, en especial las tres primeras, en representaciones con una disposición Este-Oeste y no Norte-Sur. En el Chile de entonces, en proceso de organización y consolidación nacional, Gay percibe que en algunas zonas aún prevalece el ordenamiento espacial en función de ejes horizontales o transversales marcados por el curso de los ríos que van de cordillera a mar. Éstos

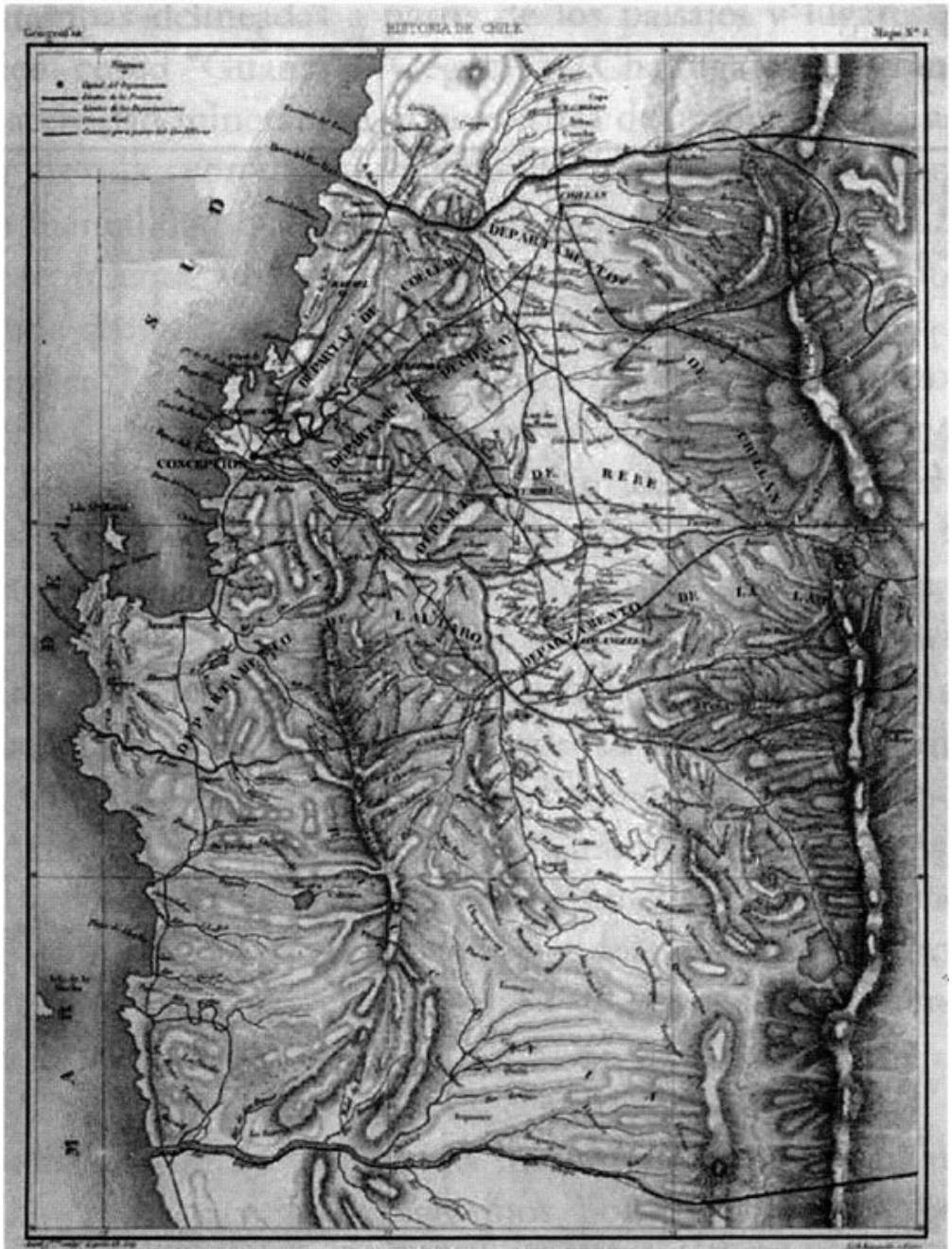
determinan y organizan un espacio regional todavía ajeno al proceso de unificación territorial del Estado y la nación que, sabemos, desestructurara los ejes regionales horizontales en favor de un solo eje vertical, Norte-Sur, una de cuyas expresiones será el ferrocarril longitudinal. Sin duda, una manifestación geográfica de la consolidación y del dominio del Estado centralizado sobre el territorio *y*, por tanto, de consolidación de la nación.

El tomo I del *Atlas* también incluye cuatro planos de bahías y puertos de Chile. Se ilustran los más importantes de entonces, como Valparaíso y Constitución, tanto por su valor estratégico, como por el tránsito que se realizaba a través de ellos. El plano de Santiago muestra el papel preeminente que, desde su fundación, había tenido la ciudad y que Gay también reflejaba al incluir el detalle de su traza. La inclusión del plano de la batalla de Maipú, que había sellado la independencia nacional, ejemplifica que tras la elección de las representaciones existió una meditada decisión destinada a destacar los hitos constitutivos de la nación. Ejemplo a su vez del imaginario sobre el país presente en los chilenos de aquel periodo fundante. Tal vez lo dicho explique también la presencia de la lámina que muestra el “Presidio de Juan Fernández”, que Gay visitó en 1832, lugar de reclusión de algunos de los patriotas que habían luchado por la Independencia. La misma evoca los rigores sufridos por la élite dirigente, cuyos miembros deben habérselos referido y transmitido a Gay como un sacrificio imprescindible en aras de la libertad. La estampa, al recordar gráficamente un aspecto del riguroso bautismo que debieron experimentar los líderes de la aristocracia criolla para acceder a su condición de hombres libres, la exalta como parte distinguida de la sociedad, reflejando de este modo acertadamente al Chile de la época.

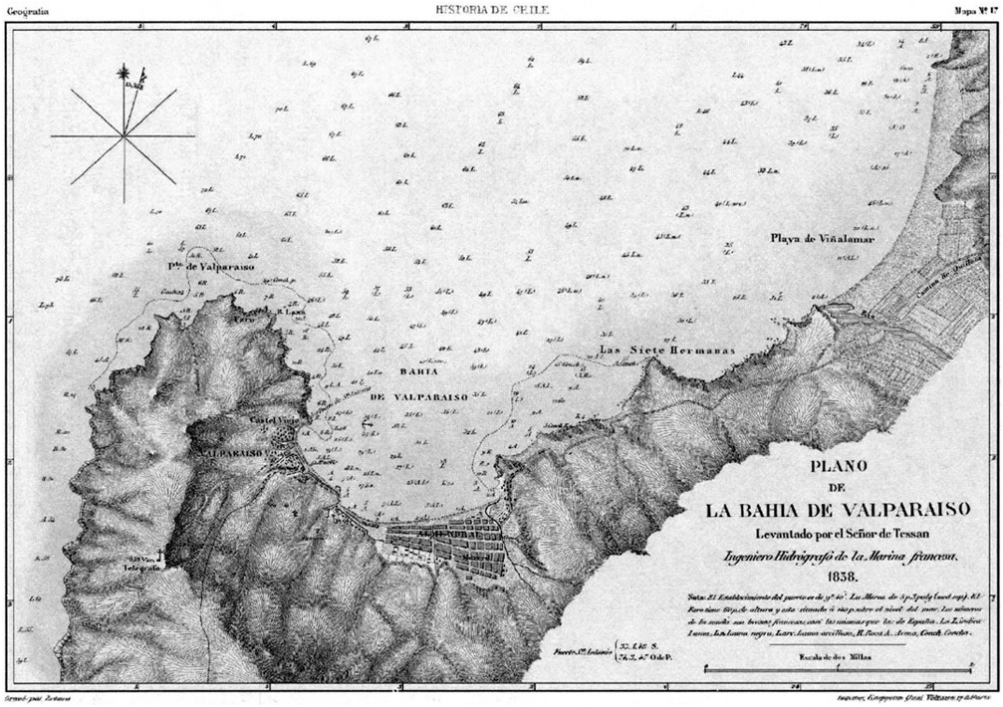
La sensibilidad de Claudio Gay para internarse en su objeto de estudio explica también que incluya, inmediatamente después del mapa del territorio de Chile, el grabado de Diego Portales, el organizador de la república para las élites, y no sólo de aquellos tiempos. Ahí está el todopoderoso gobernante, encabezando la nación que Gay orgullosamente exhibía ante el mundo en sus ilustraciones. Es la exaltación del modelo civil y legal, aunque hoy podamos discutirlo para el caso del ministro Portales, en desmedro de los héroes militares de la Independencia. Una forma de representar la institucionalidad, el orden, el imperio de la ley que desde entonces se ha creído, y en ocasiones, y para largos periodos de nuestra evolución, no sin razón, caracteriza la evolución republicana del país.

Apreciando el valor de las estampas, Claudio Gay reúne en su *Atlas* cuarenta y seis láminas que permiten apreciar el estado de una población particular, la belleza de un paisaje natural o la representación de un hecho significativo para la historia, como por ejemplo un parlamento en la Araucanía o el incendio de Valparaíso. Todas, preciosos testimonios del quehacer de culturas originales, como las que muestran restos arqueológicos, o bien de espacios urbaños o hábitats naturales tal vez hoy inexistentes. Pero también de costumbres, modos de ser, hábitos, faenas y tareas campesinas y mineras, medios de transporte,

vestidos, diversiones y tipos sociales ya desaparecidos. En general, las láminas que Carlos Stuardo llama de ciudades, costumbres y paisajes, reflejan no sólo su paso por diferentes regiones del país sino que Gay supo distinguir las principales actividades, preocupaciones, hitos históricos, usos, características, fiestas y elementos distintivos del país que recorrió, estudio, describió y representó. En la que nombró “Huayco”, se aprecia la convivencia entre los símbolos de modernidad que, como el vapor, comenzaban a llegar a nuestras costas, y los resabios de un pasado precolombino todavía presente, en este caso, reflejado en las balsas de cuero de lobo marino. Pero ahí está también la forma de embarque colonial de los productos de exportación nacional, que todavía habría de prolongarse por mucho tiempo, y la sencillez, cuando no precariedad, de la vida en el desierto.



PROVINCIA DE CONCEPCION



Las estampas delineadas a partir de los paisajes y lugares propios del Norte Chico, como “Guanta”, “Cogotí” y “Chalinga”, muestran la conjunción de la actividad minera, tan característica de la zona, con la agrícola, circunscrita a los valles con disponibilidad de agua. Sin duda, y una vez más reflejando la mentalidad del país que le tocó conocer, Gay idealiza el paisaje agrícola al representar una vegetación y un ambiente más propios de los valles de la zona central que del árido y reseco suelo nortino. En todo caso, ahí están los mineros, los hornos de fundición y los trapiches, junto a los campos sembrados y las arboledas, todos en medio de cerros sin vegetación. Por el contrario, en las láminas delineadas a partir de sus excursiones por el valle central, los contrafuertes cordilleranos, la zona centro sur, la Araucanía y Chiloé, Gay ofrece el verdor propio de algunas de estas regiones, en especial durante el invierno, mostrando de paso las actividades más características de sus habitantes, así como escenas de la vida natural. “Laguna de Acúleo”, “Vista de la Laguna de la Laja en el nacimiento del río” y “Los pinares de Nahuelbuta”, son ejemplos elocuentes del paisaje que llamó la atención del naturalista. Así como “Una trilla”, “Una matanza” y “Caza a los cóndores”, muestran bien que el sabio supo distinguir aquellas tareas propias de una vida dedicada a la producción agrícola y ganadera que, por los ritmos propios de la naturaleza, transformaron las faenas más características en manifestaciones del folclore nacional.

“Ternero atacado por los cóndores cerca del volcán San José” y “León cazando guanacos”, ofrecen escenas del mundo animal que llamaron la atención

de Gay, entre otras razones, creemos, por lo perjudicial que resultaban para la actividad ganadera o por la expresiva manifestación de la lucha por la sobrevivencia entre las especies salvajes del país. En todo caso, ambas láminas eran representaciones de una realidad tan cotidiana y conocida que, pensamos, se justificaba llevarlas al grabado como propias del territorio estudiado. Pero como al francés no sólo le interesó el paisaje natural, sino también el cultural, no debe sorprender su serie de láminas dedicadas a mostrar formas de entretenimiento y de sociabilidad propios de los habitantes del país, tanto del mundo rural como del urbano. “Una carrera en las lomas de Santiago”, “Juego de bola” y “Una chingana”, son tal vez las más representativas de las entretenciones, y en algunos casos, vicios, del pueblo. Mientras que las estampas “Valparaíso”, “Paseo de la Cañada”, “Un baile en la Casa de Gobierno”, “Paseo a los baños de Colina” y las dos referidas a la tertulia, ofrecen una representación de las formas de recreación y sociabilidad, en especial de los grupos acomodados. En el caso de “Valparaíso” y “Vista del monte Aconcagua”, entre otras, la entretención está asociada al contacto y la contemplación de la naturaleza, como probablemente lo era también un paseo a las aguas termales. En cambio, bailes y tertulias muestran las costumbres más propiamente citadinas de las élites nacionales. Atento a captar todo aquello que reflejara la realidad del país, Gay no podía obviar las fiestas religiosas y formas de piedad popular, como las que ilustra en las láminas “Andacollo” y “El viático”.

Vistas de Valparaíso, Santiago y Valdivia, así como de espacios y edificios capitalinos, ofrecen una selecta muestra de las principales ciudades del país y de la vida y la realidad material que era posible encontrar en ellas. Mientras que en las láminas “Camino de Valparaíso a Santiago” y “Un bodegón”, Claudio Gay representa el activo tránsito del principal camino del país, reflejo del dinamismo económico de la época, así como las características de las posadas que aliviaban al viajero. En la serie sobre tipos humanos y sociales, se ofrecen estampas de mineros, carreteros, capataces, gente de campo, vendedores y peones. Todos con sus vestimentas características, con las indumentarias y los utensilios, productos y herramientas que les daban identidad, la misma que además de diferenciarlos entre sí y respecto de otros grupos sociales, hacía posible apreciar de mejor forma la composición social del país.[61] Pero no sólo eso, la organización de las láminas destinadas a mostrar escenas públicas, la actitud de sus protagonistas, sujetos de diversos sectores sociales que interactúan y se comunican entre sí, muestra que Gay observó entre los grupos que componían la sociedad chilena de la época, algún grado de integración, como si todos formaran parte de una comunidad que, no cabe duda por la evolución chilena posterior, el naturalista no imaginó sino que reflejó o, por último, anticipó con sus representaciones.

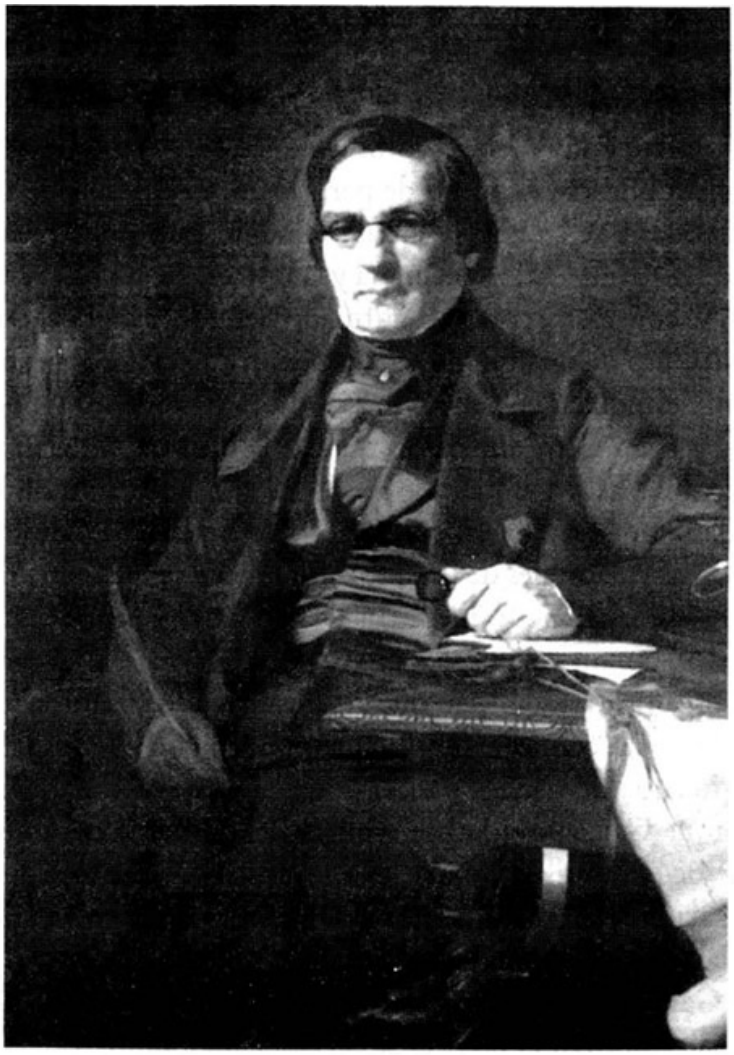
Si la realidad económica, social y cultural de Chile está registrada en el *Atlas*, las representaciones del mundo natural y de las especies que entonces lo habitaban, también se ofrecen en toda su magnitud, integrando así el mundo natural a los componentes de la nueva nación. Estampas de diversos vegetales y animales ofrecen un ilustrativo registro de la flora y la fauna características del territorio nacional.[62] Entre ellas el huemul y el cóndor, especies a las que Gay dedica en su texto detenidos análisis, pues formaban parte del escudo de armas de la república desde 1834.[63]

A MODO DE CONCLUSIONES

A pesar de que la *Historia* de Gay fue objeto de críticas y objeciones, pues efectivamente presenta algunos vacíos y limitaciones, lo cierto es que ha sido una obra de consulta obligada, el punto de partida imprescindible de nuevas investigaciones y necesaria referencia de quienes, desde entonces, se han adentrado en el estudio de la naturaleza, la geografía y la historia de Chile. Su valor se comprende bien si se considera, como ha afirmado Sergio Villalobos, que "desde entonces Chile dispuso de una fuente segura de información sobre su historia y la flora y la fauna, estudiada con método científico y moderno".[64] No sin razón, Stuardo Ortiz y Feliú Cruz afirmaron que en la historia del desenvolvimiento intelectual de Chile, así en el literario como en el científico, Claudio Gay ocupa un lugar destacadísimo, pues, como hombre de ciencia, "dio a conocer las condiciones físicas y naturales de un territorio prácticamente virgen".[65] Además, la historiografía chilena prácticamente nació con la *Historia* de Claudio Gay; no sólo porque su aparición coincidió con la fundación de la Universidad de Chile en cuya ley orgánica se estableció que la Universidad se reuniría todos los años en sesión pública para conocer "un discurso sobre alguno de los hechos más señalados de la historia de Chile", dando origen así los "historiadores universitarios"; sino porque Gay, apoyado por Andrés Bello, marcó el camino que éstos recorrieron desde entonces al exigírseles apoyar los pormenores que abordaban en sus investigaciones en "documentos auténticos, y desenvolviendo su carácter y consecuencias con imparcialidad y verdad".[66]

Claudio Gay, naturalista por formación e historiador por necesidad del Estado al que sirvió, tuvo el mérito de orientar metodológicamente a los historiadores clásicos chilenos. Con su obra estableció que antes de elaborar síntesis o interpretaciones filosóficas del pasado, era preciso llevar adelante un gran esfuerzo de investigación, recopilación de documentos, catalogación de archivos

y preparación de monografías, entre otros pasos destinados a alcanzar un adecuado conocimiento de los hechos.



Óleo de Claudio Gay de Alexander Laemlein (1845). El pintor hace resaltar en este retrato al hombre de ciencia, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo es capaz de aportar al conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría. Que no fue otro el fin que tuvo el quehacer científico de Claudio Gay en Chile.

Los más destacados historiadores chilenos del siglo XIX, Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna siguieron las orientaciones de Gay y Bello, caracterizándose por adoptar la "narración y la crítica filológica como método histórico y el positivismo como concepción científica", diferenciándose claramente de su predecesor en materias ideológicas, pues fueron declarados "liberales".[67]

De la historiografía clásica, la obra de Barros Arana sin duda es la más relevante, en especial su *Historia general de Chile*, publicada en 16 volúmenes entre 1884 y 1902.[68] Ésta representa el aporte más significativo al conocimiento del pasado nacional que abarca, esto es, desde las primeras etapas de desenvolvimiento de los pueblos aborígenes hasta la promulgación de la Constitución de 1833. Pero el historiador Barros Arana, con un uso impecable del método de la crítica filológica y una exposición clara, precisa y fácil que dio mérito literario al sistema narrativo que adoptó, contribuyó también decisivamente a conformar la nacionalidad chilena al reconstruir un pasado nacional en el cual la sociedad chilena se reconoció e identificó, culminando así un proceso iniciado en las década de 1830 con la obra del naturalista Claudio Gay.

BIBLIOGRAFÍA

Annino, Antonio, y François-Xavier Guerra (coords.), 2003, *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica.

Archivo Nacional, 1963, *Catálogo del Archivo de Claudio Gay.* Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Barros Arana, Diego, 1911. *Don Claudio Gay; su vida y sus obras*, en *Obras completas de Diego Barros Arana*, tomo XI. Santiago, Imprenta Cervantes.

——, 2000-2006. *Historia general de Chile.* Santiago, Editorial Universitaria/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Bello, Andrés, 1981: *Obras completa de... Temas de historia y geografía*, tomo XXIII. Caracas: La Casa de Bello.

Burucúa, José Emilio y Fabián Alejandro Campagne: "Mitos y simbologías nacionales en los países del cono sur", en Annino y Guerra (coords.), pp. 433-474. Colmenares, Germán, 1989, *Las convenciones contra la cultura.* Bogotá, Tercer Mundo Editores.

Feliú Cruz, Guillermo, 1965, *Claudio Gay historiador de Chile. 1800-1873. Ensayo crítico*. Santiago, Editorial del Pacífico. También reproducido en Stuardo Ortiz, 1973, tomo I.

——, 1965, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile. 1808-1826*. Santiago, Andrés Bello.

——, "Perfil de un sabio: Claudio Gay a través de su correspondencia", en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, tomo II.

—— y Carlos Stuardo Ortiz, “Claudio Gay a través de su correspondencia”, en Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay.*

——, 1962, *Correspondencia de Claudio Gay.* Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional.

Gay, Claudio, 1844-1865, *Historia física y política de Chile.* París, Casa del autor.

——, 1973, *Agricultura chilena.* Santiago, Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA).

——, 2004, *Atlas de la historia física y política de Chile.* Santiago, LOM Ediciones/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Lomné, Georges, “El espejo roto de la Colombia bolivariana (1820-1850)”, en Annino y Guerra (coords.), pp. 475-500.

Matyoka Yeager, Gertrude, 1981, *Barros Aranas Historia General de Chile: Politics, History, and National Identity.* Forth Worth, Texas, Christian University Pres.

Molina, Juan Ignacio, 2000, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*. Madrid, Antonio de Sancha, 1788. Edición facsimilar, Santiago, Pehuén Editores.

Mizón, Luis, 2002, *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*. Santiago: Editorial Universitaria.

Orbigny, Alcide d’, 2003, *Viaje a la América meridional.* La Paz, Instituto Francés de Estudios Andinos/Plural Ediciones.

Riviale, Pascal, 2000, *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914).* Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos/Pontificia Universidad Católica del Perú.

Sagredo Baeza, Rafael, 1996, “Élites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, en *Cuadernos de Historia*, 16, pp. 103-132.

——, 1998, “La ‘idea' geográfica de Chile en el siglo XIX”, en *Mapocho*, 44, pp. 123-164.

—— y José Ignacio González Leiva, 2004, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*. Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Stuardo Ortiz, Carlos, 1973, *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos.* Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina/Editorial Nascimento.

Torres Marín, Manuel, 1990, *Así nos vió la Novara. Impresiones austríacas sobre Chile y el Perú en 1859.* Santiago, Andrés Bello.

Universidad de Chile, 1998, *Anales de la Universidad de Chile. Edición facsimilar del primer número de bs Anales de la Universidad de Chile”.*

Santiago, Impresos Universitaria.
Villalobos R., Sergio, 1973, *Imagen de Chile histórico. El album de Gay.* Santiago, Editorial Universitaria.
——, 1980, *Historia ¿leípueblo chileno.* Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos.

Notas al pie

[1] Este trabajo fue preparado en el contexto del proyecto Fondecyt núm. 1051016, “Ciencia y nacionalidad. La obra científica de Claudio Gay en la formación de la nación chilena”.

[2] Académico del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile, investigador del Centro Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

[3] Desde el magnífico ensayo de Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*, hasta las más recientes y estimulantes monografías contenidas en la cuarta parte de la obra *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*; no por nada llamada la “Construcción de los imaginarios”, numerosas obras abordan la función de la historiografía en la formación de las naciones americanas.

[4] Carlos Stuardo Ortiz es quien más acabadamente ha investigado acerca de la vida del científico. En su obra póstuma, *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, se reproducen numerosos escritos de Gay, o concernientes a su labor en Chile, así como diversos textos relativos a su persona.

[5] En su manuscrito sobre los araucanos, todavía inédito, Claudio Gay relaciona su arribo a Chile con la política francesa respecto de Latinoamérica, ahí escribió: “En esa época las repúblicas americanas habían sido más o menos reconocidas por las potencias europeas. Francia era una de las más atrasadas en ese justo deber... por ese mismo motivo decidió crear en Santiago un colegio universitario compuesto únicamente por profesores franceses. Habiendo sido designado para la clase de física y química me encontraba en condiciones de realizar mi pasión por los viajes..Agradecemos a Luis Mizón el darnos a conocer este texto, así como su traducción. Como se advertirá, la versión del naturalista difiere de la ofrecida por todos los estudiosos de su vida y obra.

[6] Carta de la Administración del Museo de Historia Natural de París al ministro del Interior, fechada el 25 de noviembre de 1825, y generada por la expectativa de que el naturalista Alcide d’Orbigny se dirigiera a América en misión científica. Citada por Pascal Riviale en su obra *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, p. 34.

[7] Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, 1962, p. 2.

[8] Guillermo Feliú Cruz en su ensayo crítico “Claudio Gay, historiador de

Chile”, señala que el boticario .Vicente Bustillos; el canónigo de la catedral, José Alejo Bezanilla; el conservador de la Biblioteca Nacional, Francisco García Huidobro y el médico francés Carlos Bouston, fueron los primeros amigos del científico en Chile, y quienes mencionaron al gobierno su presencia y de la posibilidad de confiarle el estudio de la naturaleza del territorio nacional.

[9] La preocupación de los gobiernos por conocer la geografía nacional, y con ellas las riquezas del territorio, se había hecho presente ya en 1823. Entonces se contrató al aventurero Juan José Dauxion de Lavaysse para que realizara un estudio científico del país. El mismo año, otro decreto comisionó al ingeniero militar José Alberto Backler D’Albe y al ingeniero geógrafo Ambrosio Lozier para que levantaran la carta corográfica y geodésica de Chile. Como se sabe, ambas empresas fracasaron y no pasaron de ser simples ensayos. Barros Arana, en su trabajo *Don Claudio Gay; su vida y sus obras*, ofrece un completo panorama de los esfuerzos del Estado “por hacer estudiar y por dar a conocer la geografía de nuestro país y las producciones de su suelo”.

Los afanes republicanos por conocer los territorios sobre los que comenzaban a ejercer soberanía están estrechamente relacionados y son una herencia del espíritu ilustrado que, a lo largo del siglo XVIII, había llevado a las potencias europeas a organizar, financiar y promover expediciones científicas a suelos y costas americanas, entre otras razones, para obtener ventajas económicas de ellos. Al respecto véase la obra en que somos coautores con José Ignacio González, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*

[10] El texto en el cual Gay ofreció sus servicios al gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, 1973, t. II, pp. 87-90.

[11] El texto del contrato entre Gay y el gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, 1973, t. II, pp. 91-93.

[12] No sobra señalar que las diligencias destinadas a contratar a Claudio Gay se realizaron casi exactamente después de la visita a Chile del naturalista Alcide d’Orbigny. Éste había sido enviado por el Museo de Historia Natural de París para realizar una misión científica que, prolongándose entre 1826 y 1833, lo llevó a explorar Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia y Perú.

El autor de *Viaje a la América meridional*, arribó a Valparaíso el 16 de febrero de 1830, puerto del que salió el 8 de abril luego de visitar también Santiago. En la capital del país permaneció sólo ocho días, en los cuales no sólo recorrió sus alrededores y conoció diversas personas, también, realizó una ascensión a los Andes en compañía de Claudio Gay.

Fue al momento de salir de Chile que d’Orbigny recibió, por intermedio del cónsul francés en el puerto, la carta del general Santa Cruz, entonces presidente

de Bolivia, invitándolo a investigar las riquezas naturales del país del altiplano, adelantándole que le conseguiría, como efectivamente ocurrió, todas las facilidades deseables para sus exploraciones y estudios. En su monumental obra, publicada entre 1835 y 1847 en nueve tomos y 11 volúmenes, d'Orbigny refiere que su corta estadía en Chile no le permitió "generalizar mis observaciones, lo que me obliga a pasar por alto lo que podría decir de Chile", agregando todavía: "por lo demás, no quiero usurpar el derecho que una larga permanencia en la República de Chile da al señor Gay para describirla".

[13] Barros Arana (1911), y Stuardo Ortiz (1973), ofrecen abundante información para reconstruir las exploraciones de Claudio Gay por Chile.

[14] Gay, 1844-1865, *Zoobgta*, t. i, pp. 5-6.

[15] En el prólogo de la *Agricultura*, el científico alude a "sus largos viajes por Chile, cuando visitaba sus inmensas haciendas [...], pensé estudiar minuciosamente [...] como un simple capitulo de una obra general sobre Chile [...], pero a medida que se extendían mis investigaciones, mis notas se aumentaron de tal manera y llegaron a ser tan interesantes, que ha concluido por tomar las proporciones de un libro de abultado volumen".

[16] El párrafo en su "Viaje científico. Informe a la Comisión Científica sobre sus exploraciones de la provincia de Colchagua", en Stuardo Ortiz, 1973, t. II, p. 94.

[17] Barros Arana, 1911, p. 284.

[18] No debe olvidarse que a Claudio Gay se debe también la organización del Museo de Historia Natural, del que fue su primer director, y al que se destinaron las colecciones que su trabajo proporcionó, así como los objetos y especies que periódicamente hizo llegar desde Europa una vez de regreso en Francia.

[19] Stuardo Ortiz, 1973, t. II, p. 88.

[20] Véase Feliú Cruz, 1965, pp. 10-11.

[21] A falta de fuentes de primera mano, deducimos nuestra interpretación de la información que ofrece Feliú Cruz, 1965, pp. 13-15.

[22] La reseña de Bello se titula "Historia física y política de Chile por Claudio Gay", entrega Iª, y apareció en el diario oficial *El Araucano* el 6 de septiembre de 1844. Véase *Obras Completas de Andrés Bello*, t. XXIII, 1981, pp. 127-132.

[23] El texto es citado por Feliú Cruz, 1965, pp. 14-15.

[24] Molina, 1788, p. IV.

[25] El Archivo Claudio Gay, depositado en el Archivo Nacional de Chile, consta de 70 volúmenes de documentos de las materias más diversas, todos recopilados por el naturalista durante sus viajes y estudios en Chile.

[26] El texto del informe mencionado, en Stuardo Ortiz, 1973, t. II, pp. 266-273.

[27] Villalobos, 1980, p. 11.

[28] La carta de Gay a Montt en Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, 1962, pp. 74-83.

[29] Gay, *Historia*, t. I, pp. V-XVI.

[30] Véase el texto de julio de 1830 en que ofrece sus servicios al gobierno, en Stuardo Ortiz, 1973, t. II, p. 88. Lo que en 1830 no sabía era que la historia civil de Chile también era ignorada, no sólo por los extranjeros, también por los propios chilenos, y que sería él quién también llenaría este vacío.

[31] El texto del *Prospecto*, como tantos otros debidos a la pluma de Gay, está reproducido en Stuardo Ortiz, 1973, t. II, pp. 274-283.

[32] El texto de la carta en Stuardo Ortiz, 1973, t. II, pp. 134-137.

[33] Además de los destinados a las bibliotecas y a los establecimientos educacionales públicos, los ejemplares que el gobierno adquirió entonces fueron utilizados para difundir el conocimiento sobre Chile en el mundo. Por ejemplo, se entregó a comisiones científicas que, ocasionalmente, arribaban el país y que luego los depositaban en las bibliotecas de sus países de origen. Así lo demuestra la carta de agradecimiento que la Dirección de la Academia Imperial de Ciencias de Viena dirigió al presidente de la república de Chile el 28 de octubre de 1868. En ella se acusa recibo y se ponderan los ejemplares de la obra de Gay que los miembros científicos de la fragata *Novara*, de paso por Chile en 1859, habían llevado al imperio de Austria.

[34] El texto del contrato de suscripción de la obra por parte del gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, 1973, t. II, pp. 314-316.

[35] De la *Historia*..., según se deduce de la información disponible, se tiraron 1 250 ejemplares, cuatrocientos para el gobierno chileno, *y* el resto para ser comercializados por su autor.

[36] El texto de la carta, en Feliu Cruz, 1962, t. il, pp. 74-83.

[37] *Ibid*., pp. 113-116.

[38] En carta a Manuel Montt fechada el 14 de noviembre de 1853. Véase Feliú Cruz, 1962, p. 124.

[39] *Idem.*

[40] Feliú Cruz, 1965, pp. 65 y 73.

[41] Gay, 1844-1865, *Historia*, t. I, p. 113.

[42] Gay, *op. cit.*, t. IV, p. 5.

[43] *Ibid.*, pp. 4-5.

[44] *Ibid.*, t. V, p. V.

[45] *Ibid.*, t. IV, p. 498.

[46] Según Barros Arana, Gay “no quería herir las susceptibilidades de los descendientes de los personajes cuyos hechos narra”. Barros Arana, 1911, t. XI, p. 401.

[47] Sin duda, desde sus orígenes, la historiografía chilena ha sido poco analítica, también en el sentido de crítica, respecto del pasado nacional y del papel de los grupos dominantes en el mismo. Las condiciones en que nació, las características de sus cultores, tanto como la necesidad de contribuir a la consolidación de la nación por medio de una historia edificante y heroica que insuflara espíritu patriótico, explican el tono de la mayor parte de ella; cuando no la especie de “censura” que impidió una historia menos complaciente debido a que podía poner en cuestión que la que se sostenía era la obra de las élites nacionales, es decir, la organización republicana y la consolidación nacional.

[48] Las palabras del naturalista en el prólogo de los tomos dedicados a la independencia. Véase Gay, 1844-1865, t. V, p. XXI.

[49] Para una caracterización de la historiografía chilena decimonónica en relación con este punto, véase Sagredo Baeza, 1996, pp. 103-107.

[50] Barros Arana, 1911, t. XI, pp. 401-402. Los textos de Barros Arana sobre Gay y su obra datan de 1875.

[51] Gay, 1844-1865, *Zoología*, t. I, p. 6.

[52] Gay, 1844-1865, *Botánica*, t. I, pp. 15-16.

[53] *Ibid*., p. *4*.

[54] Véase el *Prospecto* en Stuardo Ortiz, 1973, t. II, p. 282.

[55] Véase su propuesta en *ibid.*, t. n, p. 88.,

[56] Citado en *ibid.*, t. I, p. 283.

[57] El texto de la carta en *ibid.*, t. II, pp. 329-338.

[58] Además de las láminas que compuso Gay, en su *Atlas* es posible encontrar dibujos de Juan Mauricio Rugendas y también del chileno José Gandarillas. Del pintor de origen bávaro seleccionó numerosas imágenes, entre las más conocidas, “Un malón”, “Incendio de Valparaíso”, “Paseo a los baños de Colina”, “Vista del pico de Aconcagua, sacada de los altos de Valparaíso”, y “Trajes de la gente de campo”. Del chileno utilizó el dibujo “La laguna de Acúleo”.

[59] Con las estampas sobrantes de la edición original, el naturalista formó ejemplares, muy escasos, que obsequió a algunos de sus más cercanos e íntimos amigos y colaboradores y que llevan por título, *Album dun Voyage dans la république du Chili par Claudio Gay*, fechados también en 1854. Luego de estas ediciones, en 1864 Gay realizó una segunda de los tomos I y II, esta vez

compuesta casi en su totalidad por láminas en blanco y negro.

[60] Luis Mizón, en su *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*, señala el aporte del naturalista en el conjunto de la pléyade de extranjeros que llegaron a Chile a lo largo del siglo XIX, todos los cuales, sostiene, formaron parte de un proyecto cultural cuyo objetivo fue la formación de la identidad nacional.

[61] Incluso sus láminas sobre los araucanos, entre las que se cuentan episodios históricos y costumbres propias de aquel pueblo, reflejan la atracción que en el europeo despertó esa cultura, entonces todavía un elemento representativo de lo que se entendía por chileno.

[62] En este sentido, y sin duda por influencia de Humboldt, el *Atlas* ofrece un magnífico ejemplo de la estrecha dependencia entre arte y ciencia.

[63] Gay, 1844-1865, *Botánica*, t. I, pp. 159-161 y 193-198. Respecto del huemul, un bello animal y el más singular del territorio nacional, Gay corrige al abate Molina señalando que no se trata de una especie de caballo como éste había afirmado en su *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reino de Chile*. Del cóndor, además de su descripción científica y sus características en cuanto ave rapaz, el naturalista refiere alguna de las cualidades que lo hicieron parte del escudo nacional, esto es, su fuerza y su majestuosidad.

[64] Villalobos R., 1973, pp. 19-20.

[65] Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, 1962, p. VII.

[66] Las citas corresponden a frases del artículo 28 de la Ley Orgánica de la Universidad de Chile que, esencialmente redactada por Bello, fue promulgada en noviembre de 1842. El texto completo de la norma en los *Anales de la Universidad de Chile*, num. 1, correspondiente a los años 1843-1844, pp. 3-10.

[67] La “Introducción para una nueva historia”, que Sergio Villalobos R. escribió para iniciar su *Historia del pueblo chileno*, contiene una de las más acabadas caracterizaciones de los historiadores chilenos decimonónicos. Véase Villalobos R., 1980, pp. 9-51.

[68] En una reciente edición de la *Historia general de Chile*, Sergio Villalobos R. ofrece un prólogo que da cuenta de la obra de Barros Arana que, deteniéndose en la trayectoria del historiador, hace comprensible la gestación y la realización de su máxima tarea intelectual. Véase Barros Arana, 2000-2006,1.1, pp. XI-XXIX. Sobre la obra de Barros Arana y su comprensión en relación con el tema de la identidad nacional, véase también el trabajo de Matyoka Yeager, 1981.

VENEZUELA, 1830 Y 1858: LOS CONTENIDOS HISTORIOGRÁFICOS DE DOS DEBATES CONSTITUCIONALES

EZIO SERRANO PÁEZ
Universidad Simón Bolívar, Caracas-Venezuela

En este trabajo presento un análisis de los discursos e intervenciones de los diputados en dos congresos constituyentes. El primero de ellos, el llamado Congreso de Valencia, reunido a partir del 6 de mayo hasta el 14 de octubre de 1830. El segundo, también en la ciudad de Valencia, a partir del mes de julio de 1858. Estos debates en las asambleas se ven reforzados por la exposición de ideas relacionadas encontradas en algunos periódicos de la época, también incluidos en nuestro análisis.

En las intervenciones de los diputados participantes se pueden hallar, de manera tácita o explícita, alusiones cargadas de valor historiográfico que corresponden a la posición personal o de los partidos a que pertenecen quienes las emiten. Éstos analizan, evalúan y valoran determinados acontecimientos históricos con el fin de justificar el apoyo o el rechazo a los diversos aspectos que son debatidos, lo que en definitiva permite una *apreciación* de la forma y los contenidos de lo histórico en la conciencia de la élite política del momento que es, además, orientadora de los grandes procesos de cambio en los momentos históricos ya referidos.

Nuestro trabajo se reduce a determinar, dentro de esta percepción de lo histórico, el lugar ocupado por los conceptos de *patria, nación y Estado* en los contextos mencionados. A partir de estos conceptos y la forma como son

asumidos por los actores, puede decirse que se constituye un discurso historiográfico que sirvió de componente *nutricio* al proyecto político desplegado por esta misma élite. No obstante la focalización de nuestra investigación en los referidos conceptos, nos vimos obligados a realizar una exploración teórica o conceptual previa, con el propósito de establecer las posibles conexiones entre los discursos de los actores y una teoría más amplía sobre los estados nacionales hispanoamericanos.

ESTADO, NACIÓN Y PATRIA: SEMÁNTICA E INFLUENCIA EUROPEA

En el importante trabajo que Ruggiero Romano desarrollara sobre estos conceptos, nos muestra los puntos de encuentro, las diferencias, así como los cambios en las acepciones de estos términos y los enfoques historiográficos que se derivan de la articulación de los conceptos de Estado y nación.[1] Nos lleva el mencionado autor desde los tiempos premodernos en los que *patria* poseía una connotación más toponímica que política, en el sentido de indicar pura y llanamente el sitio en que se ha nacido. El sentido de la expresión se modifica, según Romano, en la alta Edad Media cuando adquiere significado místico-religioso (Jerusalén, única patria común) y en los estertores de la Edad Media (siglo XIII) su denotación es claramente política, sin perder el sentido originario como *lugar de origen*. Al respecto dice: "La patria, ahora, tiene que ser defendida; por la patria (de la cual la expresión más alta y más concreta es el rey), hay que pagar tributos e impuestos...".[2]

Esta transformación en la semántica expresa el uso vinculado cada vez más a un ámbito espacial con franca tendencia a la ampliación. Igual proceso sufrirá la expresión *natio* (también denota lugar de origen, nacimiento común), al trasladarse de este significado al más amplio que implica un espacio geográfico y cultural común. En ambos casos, estamos ante la presencia de cambios que parecen poseer una dirección, desde lo singular a la pluralidad, de la particularidad a la universalidad. Tal idea se ve reforzada con la irrupción en el siglo XVI de la palabra *Estado* que se orienta a sintetizar lo físico-geográfico y lo político-administrativo.

La idea de un Estado racional universal que sintetice en la ley general lo particular y local, ha supuesto la superación de las múltiples expresiones de aquello que está contenido en la idea de nación, la singularidad, con lo que se debe producir la simbiosis entre ambos componentes. Para alcanzar esta síntesis,

lo estatal procura regular, conducir, aprovechar, etc., lo nacional; si lo logra la nación se hace equivalente a la comunidad política estatal. Francesco Rossolillo, citando a Boyd C. Shater, señala al respecto que

> ...Mientras en el medioevo... un hombre debía sentirse antes que nada cristiano, en segundo lugar borgoñión, y solamente en tercer lugar un francés (...) en la historia reciente del continente europeo (...) la escala de lealtades ha sido rebasada, el sentido de pertenencia a la propia nación ha adquirido una posición de absoluto predominio respecto a cualquier otro sentimiento de pertenencia territorial, religioso, o ideológico.[3]

Lo anterior parece confirmarse en el fracaso de los movimientos de inspiración internacional como, por ejemplo, en los basados en el *internacionalismo proletario* que intentan sustituir lo estimativo nacional por la *mancomunidad* de intereses derivados de una posición de clase. Sin embargo, en la actualidad surgen otras formas supra nacionales tendientes a lograr formas de integración con cierto éxito, tal como el esquema de la Comunidad Económica Europea, lo cual podría eventualmente, conducir a una revisión de la influencia de variables de índole económica.

De cualquier modo, el concepto de nación, más que el de Estado, posee en la actualidad suficiente vaguedad como para que se le pueda utilizar de forma unívoca, cuestión que se hace más evidente en la medida en que el concepto de Estado diluye sus límites con el de nación. Ello, no obstante, no impide hacer un registro de los usos más corrientes del vocablo nación. Rossolillo, por ejemplo, intenta establecer *tres acepciones* que resultan de sumo interés a los efectos de nuestro trabajo, ellas son:[4]

a) La nación como expresión de un vínculo natural. En el fondo de esta acepción se encuentra la identificación de nación y raza, de uso frecuente por corrientes antropológicas que, históricamente, alcanzaron notoriedad con el nazismo. Se puede objetar a este concepto la no concordancia de lo racial con la nación moderna.

b) La nación como personalidad colectiva u organismo que posee vida propia. Lo que supone una diferencia entre la vida del sujeto y esta vida propia colectiva. Lo colectivo estaría determinado por la mancomunidad idiomática, de costumbres, religión, territorio y otros. SÍ en la perspectiva racial lo colectivo es equivalente a lo individual, igualdad de raza, en este caso queda un margen para las conductas individuales. Esta noción posee una debilidad si se le utiliza como criterio fundacional de lo estatal-moderno. El remarcar rasgos como la lengua, las costumbres, etc., a pesar de la importancia de los vínculos que generan en algunas comunidades (*v.gr*., la latinoamericana), no hace que éstas coincidan con el concepto moderno de Estado-nación. La nación, entendida a partir de la

unidad lingüística, de costumbres, etc., puede prescindir de la unidad de lo político estatal como expresión de su unidad interna.

c) La nación como expresión de una voluntad nacional. Rossolillo cuestiona esta concepción que diluye la nación en la existencia de una supuesta "voluntad de vivir juntos" o el "plebiscito de todos los días". Con lo que, evidentemente, se está evadiendo lo que se desea explicar, es decir, ¿cómo y por qué los miembros de la nación han de vivir juntos? Se trata pues, de una tautológica que como tal nada resuelve.

De acuerdo con Weber, no sólo son cualitativamente muy distintos los motivos en los cuales se apoya la creencia en la existencia de una *nación* propia, sino también la *conducta empírica* que resulta efectivamente de la pertenencia a la nación. "El sentimiento nacional de los alemanes, de los ingleses, de los norteamericanos, de los españoles, de los franceses y de los rusos no funciona del mismo modo".[5] La posición de Weber coloca el concepto de nación en la esfera de lo estimativo por lo que, si se desea traducir este concepto a un plano empírico, se debe intentar identificarlo con un *comportamiento nacional.* Dicho comportamiento se resolvería en la fidelidad hacia determinados aspectos de la vida colectiva que con seguridad van más allá de la fidelidad política estatal.[6]

Contradictoriamente, esto abre la posibilidad del manejo ideológico político del sentimiento nacional, puesto que la fidelidad a la "nación x" es a la vez sentimiento de pertenencia y fidelidad a un ente no concreto ni determinado. La vaguedad del ente receptor del sentimiento nacional lo coloca por encima del interés concreto derivado de una posición social. Dicho de otro modo, el sentimiento de pertenencia a determinada nación es, a la vez, sentimiento de pertenencia a una entidad pensada como realidad social orgánica, en la cual la nacionalidad está por encima del ser burgués o proletario, por ejemplo.[7] Esto puede permitir, en determinados momentos, la identificación del interés nacional con las llamadas *razones de Estado*, pero a la vez queda abierta la posibilidad de que algún sector particular de la sociedad pretenda *ser el portador* de aquellas razones de Estado.

Para Norberto Bobbio, los cambios operados en la recepción de los conceptos de patria, nación y Estado se pueden comprender mediante el análisis de lo que denomina la "gran dicotomía publico-privado".[8] En realidad esta gran dicotomía es una forma de agrupar los elementos por ser analizados, a sabiendas de colocarnos frente a una situación en la cual, si "se le atribuye un significado valorativo al primero, el segundo adquiere un significado valorativo negativo y viceversa".[9] De modo tal que, en la perspectiva de Bobbio, al abordar los conceptos de Estado, nación y patria, debemos afrontar una posición valorativa

que bien puede fundarse en el *privilegio de lo público*, o bien en el *privilegio de lo privado*. Ambas perspectivas pueden ser registradas en una revisión histórica.

PRIVILEGIO DE LO PRIVADO

Esta posición se afinca en la difusión en Occidente del Derecho Romano, que considera como instituciones principales "La familia, la propiedad, el contrato y los estamentos".[10] La difusión y la preponderancia adquiridas por el Derecho Privado Romano lo llevan a que se le considere como "valor de derecho de la razón". Su trascendencia se demuestra en la resistencia que opone el derecho de propiedad a la ingerencia del soberano, a pesar de que éste argumente el bien común. En Hobbes, Locke, Bodino, Kant y otros es posible observar cómo las categorías inherentes al Derecho Privado Romano adquieren la figura de "Derecho de Naturaleza".[11] De modo que la esfera estimativa capaz de admitir un desarrollo de los vínculos y aceptación de una autoridad superior debía surgir según las premisas de dar apoyo y seguridad a la familia, la propiedad, los contratos y estamentos. La idea de patria como lugar de origen, pero también como espacio afectivo colectivo (*nacional*5, se vería reforzada en tanto la organización superior de la sociedad, es decir, *el Estado*, se encaminara a salvaguardar o dar apoyo a las entidades arriba mencionadas. El privilegio de lo privado produce un esquema de análisis sin duda muy próximo a la descripción de la evolución de la sociedad burguesa.

PRIVILEGIO DE LO PÚBLICO

El bien común no es réductible a la sumatoria de los bienes individuales. Históricamente, el Derecho Público como cuerpo sistemático es un producto tardío respecto del derecho privado y se nutre de algunos preceptos de éste. Bobbio afirma que "el derecho público nace más tarde que el derecho privado, en la época de la formación del Estado moderno".[12] Pero lo que resulta de más interés para nuestro análisis es que la evolución de los conceptos nación y patria, al hacerse más amplios y por tanto menos concretos, introducen en su significación los contenidos políticos estatales hasta dibujar claramente la gran dicotomía público-privado. De modo que se acentúa la primacía de lo público, lo que en la práctica no es más que el incremento de la intervención estatal tendiente a regular o conducir el comportamiento de los individuos y grupos

sociales. A la nación fundada según el romanticismo, sobre los vínculos espirituales, se opone una realidad conflictiva que intenta ser absorbida por el Estado en una creciente intervención.

Patria y nación, en su sentido más temprano, diluyen lo relativo al poder, en tanto que la esfera de lo público no se encuentra, al menos plenamente, dibujada en su significación. La esfera del poder se convierte entonces en el Estado teniendo como intermediación el derecho o los derechos. Pero esto es ya evidente cuando también es una realidad la dicotomía publico-privado. Tal como lo expresa Bobbio:

> Cualquiera que sea el origen de la distinción y el momento de su nacimiento, la dicotomía clásica entre derecho privado y derecho público refleja la situación de un grupo social en el que ya se ha efectuado la diferenciación entre lo que pertenece al grupo en cuanto tal, a la colectividad, y lo que pertenece a cada uno de los miembros, o más en general entre la sociedad global y los posibles grupos menores (como la familia), o lo que es más, entre un poder central superior y los poderes periféricos inferiores, que gozarán respecto a éste de una autonomía relativa cuando no dependen de él completamente.[13]

De modo que la definición plena de la gran dicotomía arriba mencionada ya supone la existencia de una entidad superior, portadora de un *poder* que le confiere la capacidad para imponerse a los grupos periféricos, pero también puede aprovechar *los llamados vínculos espirituales* en función de su propia preservación, aunque éstos preexistan a la entidad superior. Una nueva fase en la apreciación teórica de la nación se abre con Rousseau, para quien ésta equivale a libertad en tanto los hombres contraen un pacto en el que, reuniéndose cada uno a todos, el individuo *no obedece, sin embargo, más que a sí mismo y queda libre como en el estado de naturaleza*.[14] En este sentido, la ley para ser justa, adecuada, y por tanto, para que garantice la libertad, tiene que guardar *concordia* con las costumbres, la moral y la espiritualidad del pueblo.[15] El punto de partida de Rousseau (el estado de naturaleza) con fuerte ingrediente axiológico positivo, es superado pero para conservar sus bondades (la libertad) de este estado natural.

La diferencia radica en que la libertad del primer estadio sólo es limitada por la voluntad individual, en tanto que la libertad civil será limitada sólo por la voluntad general. Afirma lo siguiente: “lo que pierde el hombre por el Contrato Social es su libertad natural y un derecho ilimitado a todo cuanto le tienta y que pueda alcanzar; lo que gana es la libertad civil y la propiedad de todo cuanto posee”.[16] La ley que guarda concordia con las costumbres y la espiritualidad del pueblo es la ley que interpreta a la nación para garantizar la libertad de ésta. Pero la propia emanación de la ley por medio del pacto es la emanación del Estado, con lo que está presente, de algún modo, la equivalencia nación-libertad, nación-Estado.

Las implicaciones historiográficas

En el trabajo ya citado de Ruggiero Romano, el autor muestra cómo a lo largo del siglo XVIII la idea de nación se consolida como hecho espiritual y más concretamente como *individualidad* espiritual carente de corporeidad. Desde el propio racionalismo de la época habría de surgir una categoría con características casi metafísicas, que habría de vincular la idea de *nación* con una supra espiritualidad del común o del colectivo. La noción *pueblo* aparece resumiendo esta *espiritualidad* común. La trascendencia de esta nueva concepción puede comprenderse si se toma en cuenta su sentido opuesto al carácter *determinante* que se le asignaba a los factores físico-naturales (léase geográficos y etnográficos) sobre el concepto de *nación*, tal como tardíamente procederían los historiadores positivistas.[17]

La introducción del binomio Nación-Libertad en la obra de Rousseau en cierta manera plantea un *choque* con respecto al racionalismo cartesiano imperante en el siglo XVIII. Si para Hobbes, Locke o Montesquieu, en la dicotomía público-privado, la legitimidad de lo estatal se resolvía a partir del gobierno *conforme con la razón*, Rousseau, en cambio, introduce un elemento desencajante del racionalismo cartesiano, se trata de la moral altruista que procura reafirmar lo apreciativo individual, es decir, la libertad de los individuos. Dentro del contexto histórico, esto representó la ruptura con las expresiones políticas del despotismo, y más concretamente, del *despotismo ilustrado* al que se vincularon algunos racionalistas. G. Lefebvre afirma lo siguiente:

> Mientras que los Racionalistas eran los representantes del despotismo ilustrado, de las luces, de la gran burguesía, como Voltaire, o de la aristocracia liberal como Montesquieu, Rousseau representó al pueblo, y por pueblo entendemos... no al proletariado, como se diría hoy, sino los tenderos, los artesanos, campesinos propietarios o agricultores, en realidad la pequeña burguesía...[18]

Si ya la historia desde el siglo XVI venía expresando el proceso de lucha que enmarcó el nacimiento de los estados nacionales,[19] ya en el siglo XVIII resultaba evidente que el racionalismo le dio una orientación tal que la producción de los ilustrados se orientaba también para los ilustrados. El mérito de Rousseau estaría en introducir, tal como lo señala Lefebvre, el interés por la historia social, la historia del pueblo, y no sólo los temas inherentes a las capas dominantes. De modo que si los pueblos tienen historia, es posible identificar una historia común para una *nación*.

La revolución francesa señala la irrupción política de los movimientos populares. El desarrollo de los acontecimientos revolucionarios habría de

generar una corriente contraria al extremismo *participacionista* que argüía la igualdad de todos y por tanto la igualdad en los derechos civiles. De lo que se trataba, en el fondo, era de establecer un equilibrio que permitiera la consagración de las libertades formales y, a la vez, el orden estatal sin llegar al *túnel sin fin* de unos estados generales permanentemente convocados. Entre estos dos extremos, la revolución y la ilustración racionalista (proclive al gobierno élitesco), surge una tendencia historiográfica *liberal*, cuyo contenido de base podría indicarse del modo siguiente:

> .. .Ya no se vio en la humanidad a una masa uniforme que en todas partes reaccionaba del mismo modo ante los actos de los políticos, sino a una multitud de nacionalidades diferenciadas, cada una de las cuales podía responder de un modo particular con arreglo a los modos tradicionales de conducta desarrollados por sus propias y particulares tradiciones...[20]

Los pueblos pueden reaccionar de modo distinto frente a un dilema político o de reorganización estatal, como el planteado en tiempos de la revolución francesa: revolución o restauración. Dilema que tuvo a la burguesía como actor principal y que pudo resolver favorablemente sólo en algunos países. La superación del dilema planteado ocurrió sólo en los países de Occidente donde *la unidad nacional* se vio satisfecha y se logró derrotar la disgregación. En otras regiones, en cambio, la unificación resultó un hecho tardío: Italia, Alemania, Rusia, Austria-Hungría, etc., no resolvieron el conflicto ni en los términos ni en el tiempo en que lo hicieron Inglaterra, Holanda, Francia. A partir de esta dualidad, se puede apreciar cómo en el primer caso la historiografía reflejó un matrimonio perfecto entre *Estado y nación*, en tanto que en el segundo caso subsist e el escozor producido por una unidad nacional deseada pero no satisfecha.

Romano indica en este punto la existencia de dos corrientes historiográficas: *la de las nacionalidades frustradas y la de las nacionalidades satisfechas*. Aquí el autor nos lleva a lo que es sustancial para nuestro trabajo. La historiografía satisfecha se remonta al pasado de manera victoriosa, sus interpretaciones son aquellas que explican el éxito de la unidad nacional. De este modo, logra resolver el binomio nación-libertad en el otro nación-Estado. Cosa muy distinta ocurre con la historiografía de las nacionalidades frustradas, puesto que el discurso libertario no ha logrado su verificación empírica. La consolidación de una historiografía que “explica” al Estado nacional exitoso, aumenta la minusvalía de la historiografía de las racionalidades frustradas. La primera se convierte en prototipo; sus elaboraciones serán imitadas por las otras provenientes de aquellas regiones donde el Estado-nación es una meta no

alcanzada: “El resultado fue que estas historias nacionales fueron, en buena parte, a los orígenes no sólo del sentido de nacionalidad... sino también del nacionalismo”.[21]

Esta búsqueda en y desde los orígenes, condujo con el romanticismo historiográfico a *hipostasear* no sólo los procesos (conducidos por fuerzas espirituales), sino también el producto de tales procesos como, por ejemplo, el Estado emanado de las revoluciones triunfantes, que además servirá de modelo a los países donde quedaba por resolverse el binomio nación-libertad, nación-independencia. No es por tanto casual que encontremos en la asimilación de nuestra historia las continuas referencias a los prototipos de la historiografía de las nacionalidades satisfechas y que se busque en ellas la fuente *espiritual* que debía aportar legitimidad a los proyectos de las élites protagonistas de los procesos políticos hispanos.

Hasta pudiera hablarse de un *efecto demostración historiográfico* para referirse al traslado de los discursos igualitarios, los modelos institucionales y, sobre todo, al buscar los orígenes de nuestras nacionalidades. Pero de igual modo se plantea un serio problema: ¿Por dónde empezar? Las nuevas naciones latinoamericanas, al tener como referencia la modernidad europea consagrada, procuraron introducir elementos de esta modernidad, que en Europa se venían gestando desde muchos siglos atrás: las formas del derecho público y privado, la moderna administración burocrática, el sentido capitalista de la propiedad privada, entre otros, son aspectos trasladados desde un marco de referencia totalmente distinto; y además, al existir prototipos hipostaseados por la historiografía satisfecha, los conceptos trasladados acentúan su divorcio de la realidad.

Por otro lado, los proyectos para la creación de las naciones latinoamericanas alcanzan cuerpo y se expresan de manera consciente sólo en las élites del momento. Éstas encontraron serias dificultades para concatenar sus aspiraciones políticas con el despertar de sentimientos de solidaridad nacionales que ellas propias no poseían. Si por una parte se miran los prototipos de nacionalidad satisfecha, por la otra se desconocieron los alcances y la propia capacidad para despertar impulsos unificadores y menos la capacidad para desplegar movimientos societales orientados hacia una acción especifica y comunitaria.

Por supuesto que el romanticismo histórico influyó haciendo que se desconocieran las propias desgarraduras que internamente mantenían nuestras sociedades al buscar respuestas en entelequias tales como un supuesto espíritu de los pueblos. Pero, a pesar de esto, una vez lograda la independencia política, las expresiones propias de esta corriente historiográfica servirán para construir el ideario de la nacionalidad. A partir de sus prototipos se construyen,

idealizándolos, las referencias nacionales, los hechos, las hazañas, los héroes. En otras palabras, el discurso en cuestión entró a formar parte de la elaboración justificadora tendiente a transformar las relaciones de fuerza en relaciones jurídicas; será éste uno de los aspectos más controvertidos en los debates que analizaremos puesto que ello encierra la búsqueda de la legitimidad que en nuestro caso es un problema que transciende la elaboración de un sistema para la legalidad.

EL DEBATE CONSTITUCIONAL DE 1830

El Congreso Constituyente de 1830 se instaló en Valencia el 6 de mayo y sesionó hasta el 14 de septiembre de ese mismo año. De este debate surgió una constitución que prolongó su vigencia durante 27 años, el mayor tiempo alcanzado por una en el siglo XIX venezolano. El marco histórico inmediato en el cual se desarrollan las decisiones es de notable conflictividad y trascendencia si tomamos en cuenta que tiene como contrapartida el llamado *Congreso Admirable* convocado por Bolívar para ese mismo año y reunido en Bogotá con Antonio José de Sucre en la presidencia. La convocatoria del Congreso Valenciano marcó el deslinde claro entre el anterior departamento de Venezuela y el de Nueva Granada, con el liderazgo de José Antonio Páez. Tiene por tanto un carácter *fundacional*, como veremos.

La hipostaseada confusión Nación, Patria y Estado

La élite que participa en la tarea fundacional elabora un discurso en el que es posible hallar un notable abigarramiento en las fuentes inspirativas de su fórmula política. Así por ejemplo, la idea del Pacto Social se interpreta en ocasiones de manera hobbseana y en otras desde la perspectiva de Rousseau. Parece efectuarse un traslado conceptual sin contexto en la producción del discurso, sobre todo cuando éste debe trasladarse al terreno de la práctica política. Al debatirse en el Congreso un proyecto para poner en libertad a los presos políticos, se dio lectura a su preámbulo, en el que se nos muestra el uso indiferenciado de los conceptos *nación* y *estado*:

> Teniendo presente que el restituir a esos mismos ciudadanos al goce de todos sus derechos es un acto de pura justicia por el cual no se destruye ni debilita el principio sagrado de que no puede atentarse contra el Gobierno constituido, pues esto se entiende cuando se conservan el sistema y formas adoptadas al

> constituirse una Nación o Estado.[22]

La atmósfera intelectual del romanticismo venezolano también mira su realidad como si el binomio nación-Estado fuese un hecho consumado. Pero es en la prensa del momento en la que los razonamientos de la élite aparecen mejor definidos. En *El Patriota Venezolano* leemos lo siguiente:

> Es innegable no haber cosa más ardua como el acto tremendo de constituir un pueblo. Tan grandiosa obra, convienen todos los políticos, debe ser el resultado de profundas meditaciones sobre las circunstancias del país, de repetidos ensayos sobre el carácter de sus habitantes, y de un perfecto conocimiento de sus fuertes costumbres.[23]

No parece haber distinción entre aquello propio de la esfera política y lo que correspondería al ámbito social. Pero también se está considerando que *constituir* un pueblo es un acto político equivalente a la elaboración de un cuerpo jurídico,[4] verdad" "avalada" por los clásicos de la filosofía política: ".. .Rousseau nos desenvuelve esta misma verdad con toda la delicadeza de su genio, cuando dice que una constitución será tanto mejor, en cuanto sea más conforme a los hábitos del pueblo a quien se da...".

Con lo que se explora la pretendida necesidad de conciliar la naturaleza de los pueblos con la legislación elaborada para regular su propia existencia. Tales argumentos son esgrimidos en ocasión del debate constitucional en torno al Artículo 9 de la ley fundamental que se pretende crear. Dicho artículo, referido a la libertad religiosa, crea una intensa polémica en el seno de la sociedad de la época. A pesar de que históricamente el estado venezolano no mantuvo buenas relaciones con la Iglesia, durante la segunda mitad del siglo XIX, la élite y el pueblo se identifican como católicos.

La legislación debe procurar la conservación de la naturaleza del pueblo para el que se elabora la ley (punto de vista del iusnaturalismo), y por tanto la religión profesada por ese pueblo, como parte constitutiva de esa naturaleza traducida en las costumbres, debe ser preservada. Pero el razonamiento va más allá, puesto que al admitir la religiosidad como fundamento de las costumbres, nada garantiza la funcionalidad de una legislación que no asimile esta naturaleza: "El legislador que emprenda su marcha por otro sendero, al fin tendrá que retroceder convencido de no poderse adelantar un solo paso contra la nueva naturaleza que forman las costumbres".[24] Por ello, el trabajo de fisiología política que debían desarrollar los diputados les requería armar el mecano de la nación con costumbres que debían ser acopladas a las leyes y viceversa. Pero además, las relaciones entre las instancias jurídicas y la sociedad, según lo anterior, suponen

una religión. Sólo ésta puede garantizar la *moralidad* ciudadana para que el interés egoísta e individual no limite la efectividad de la ley general, pues es la práctica del respeto a la ley lo que origina el *amor a la patria*, un sentimiento de base religiosa que se enraíza en las costumbres practicadas en el lugar donde se ha nacido y vivido:

> Un origen moral es el que hace tan bello el amor de la patria; y este amor no hubiera sido tan elevado en la opinión ni celebrado como una virtud, si no hubiera sido mantenido sino por la imagen o el espectáculo de abundantes riquezas derramadas sobre la tierra donde se ha nacido...[25]

Lo que alimenta el amor a la patria no es lo sensorial ni lo material; moral y religión parecen ser equivalentes como punto de partida para el respeto de la ley, lo que a su vez origina la identificación sentimental en la patria. No hay moral sin religión, tampoco hay respeto a la ley sin moral y, finalmente, si no se respeta la ley no hay amor a la patria, por lo que, querer a ésta es, ni más ni menos, acatar las instancias político-estatales:

> El amor de la patria en su fuerza, en su verdadera esencia es una memoria tierna y reconocida de la protección de que hemos gozado bajo la constitución social a que nos hemos prohijado; una memoria tierna y reconocida de los beneficios políticos, cuya influencia experimentamos a proporción que nuestra razón se ha desarrollado...[26]

La hipóstasis parece contener un círculo que se cierra, finalmente, en el agradecimiento al orden político por los beneficios que éste otorga. Las élites del momento parecen describir el recorrido histórico de las naciones exitosas al recoger en sus formulaciones una conexión virtuosa que surge de las costumbres, que incluye a la religión como fundamento de moralidad, continúa con el amor a la patria y la práctica de las leyes como principio de unidad nacional, y cierra con el apego a las normativo estatal. Tal círculo virtuoso, empíricamente próximo a la realidad de las sociedades exitosas de Europa, no pasaba de ser una visión quimérica que recogían los textos y las normas escritas en la Venezuela de la época.

A pesar de que la Constitución de 1830 declaró, por fin, la libertad religiosa, se preservó una más o menos evidente vinculación de símbolos nacionales con elementos de tipo religioso. Las imágenes providenciales en los símbolos nacionales son privilegiadas respecto a otros factores más terrenales como la geografía, las tradiciones gastronómicas o las riquezas naturales, por citar algunos. Si las tendencias metafísicas en la identificación de la nacionalidad no dominaron en el año 1830, en cambio, creemos que se consolidaron posteriormente al desplegarse el culto a los héroes, pero la élite del momento aún

debía aguardar para reconocer su estrepitoso fracaso en la formación de una nación-Estado. Por lo pronto, el factor religioso estaba presente como parte de un *espíritu cultural* encarnado en la élite. Así como preserva sus referencias al iusnaturalismo y al pasado clásico, asimismo apela a una moralidad fundada en la religión.

La presencia de los prototipos de las nacionalidades satisfechas

La independencia hispanoamericana, hemos dicho, halló en las expresiones revolucionarias de Europa y América su propia inspiración. La Francia revolucionaria, los modelos institucionales inglés y estadunidense, representaron el protoplasma de la ideología independentista. Pero lo más importante que podemos evidenciar en el debate objeto de nuestro análisis, es que no hay una ruptura cultural sino que la misma cultura europea, sus elaboraciones teóricas e historiográficas adquieren una dimensión peculiar sin alcanzar total originalidad. Para decirlo con Zea: "Los emancipadores americanos, sólo ante la incomprensión europea, se ven obligados a romper con las madres patrias. La rebeldía no es contra la cultura de que se saben hijos, sino contra el tutelaje que en nombre de la misma se quiere imponerles...".[27]

En nuestro caso concreto, la independencia habría producido el complejo y abigarrado Estado nacional gran colombiano a partir de las mismas justificaciones dadas por el derecho natural, los modelos institucionales y los argumentos contrarios al antiguo régimen. Pero al derrumbarse tal iniciativa unitaria, los partidarios de la separación conservan buena parte de aquellos argumentos antes esgrimidos contra España, y los reutilizan para justificar el desmembramiento de la Gran Colombia. Esto significa que en los debates de 1830 se pueden apreciar intervenciones que insisten, no en la fundación de una nueva sociedad, sino en el *rescate* o la *restauración* de algo que se perdió o que está en peligro de perderse:

> ¡Oh libertad, que encendiste en el corazón de los venezolanos el fuego santo del patriotismo para destruir el poder ambicioso y para derrocar la dictadura; reanimad el espíritu de los representantes de la nación, esforzad su ánimo para que, cumpliendo con sus deberes, completen la grande obra de nuestra generación.[28]

Los argumentos contra el despotismo español son los mismos que se esgrimen contra la dictadura de Bolívar. Es un régimen fundado en la arbitrariedad, que retrotrae a los tiempos de la lucha independentista:

> Considero a Colombia actualmente como se hallaba España en 1820 después que Riego y otros hicieron la revolución en contra del malvado FernandoVIL.. los españoles con los principios querían contener las maquinaciones de Fernando VII y éste, burlándose de esos principios seguía accionando. Esto mismo sucede con el *tirano de Colombia*. Por sostener los principios, estamos guardando consideraciones a personas que desean la ocasión oportuna para elevar el puñal para que triunfen las maquinaciones de su amo.[29]

Los principios de estos españoles mencionados, en lucha contra el despotismo de Fernando VII, se corresponden con el liberalismo de la época. Éste aparece con denotación axiológica universal. Es el mismo liberalismo que creen defender los diputados del Constituyente de 1830. La patria se funda en las libertades que un sistema liberal ha de proporcionar. La sola presencia de Bolívar, o lo que él representa, constituye un serio peligro para la libertad, y por tanto un peligro para la patria:

> ...En España tenemos venezolanos que si trataran de venir, no se les debería dejar entrar. Otros están en Curazao, y ¿Cómo permitir que entren los que están con el general Bolívar cuando se sabe que se halla en Cartagena? Sería lo mismo que permitir que viniesen a revolucionar el país hombres conocidos como contrarios a la patria.[30]

De modo que, al conservarse las fuentes de inspiración ideológica y al conservarse los enemigos reales o aparentes de la libertad, el binomio nación-Estado no logra configurarse plenamente cuando ni siquiera la propia élite está unificada. La inestabilidad, el estado larvario del proyecto en cuestión, hace que el discurso mantenga subyacente el binomio nación-libertad. El peligro deviene no de una “nación extraña”, sino de quienes pretenden asumir el control político para orientarlo de modo contrario a “la libertad”, que es como decir, la nación posee un déficit de valores que impide el encuentro de la diversidad. Así que la unidad no es cuestión de *natio* en su sentido temprano, sino de adhesión o no a la causa de la patria. Los propios venezolanos *contrarios a la libertad*, es decir, contrarios al principio liberal, son los enemigos por vencer.

Una doble ruptura. La acción municipal

Se procura enaltecer la ruptura con España y la ruptura con Bolívar. En ambos casos, las *municipalidades* han jugado un papel estelar. A la convocatoria hecha por Bolívar el 31 de agosto de 1829 invitando a los pueblos a expresar sus opiniones sobre la forma de gobierno, le siguieron manifestaciones en las provincias proclamando los principios constitucionales de 1811 surgidos de una acción iniciada por los Cabildos.[31] Ya el 26 de noviembre, la ciudad de Valencia

llama a la asamblea de los “vecinos y padres de familia”, como representación de los municipios o los pueblos y ya no de los cuerpos municipales. De esta manera emanó la decisión separatista. La coincidencia entre libertad y voluntad municipal aparece delineada en la propuesta que hace Ayala al Congreso:

> me atrevo a proponer el articulo adicional siguiente: Se declaran por días clásicos de la libertad en Venezuela el memorable 19 de Abril de 1810, el 5 de Julio de 1811 y el 26 de noviembre de 1829, en los que nació la libertad, se declaró la independencia y se recobró la libertad perdida. En estos días de feliz recordación, habrá fiestas populares...[32]

Debe destacarse que a lo largo de aquel debate, los ataques y referencias negativas sobre España mantienen un bajo perfil, pero además se debe tomar en cuenta que en los sucesos del 19 de abril de 1810, al crearse la Junta Protectora de los Derechos de Fernando VII, hubo una participación de nacidos en España, lo que es reconocido y a estos personajes se les trata con benevolencia, no así a quienes, a pesar de haber nacido en Venezuela, se identifican con la causa de Bolívar. Los ataques contra éste durante el Congreso llevan a plantear el perdón para quienes se habrían manifestado como opositores a su autoridad. En ocasión de discutirse un decreto de indulto a proscritos por actuaciones políticas, entre éstos a los implicados en el atentado del 25 de septiembre, Miguel Peña sostiene que:

> El gobierno ha hecho en esto más que la Convención, porque no solamente los ha puesto en libertad, sino que les ha facilitado recursos... el señor Carujo manifiesta que se retiró a su celda, a su cuarto, a reflexionar sobre si Bolívar era tirano; y que desde que se convenció de ello resolvió darle muerte...[33]

Peña duda de la conveniencia de extender el indulto a quienes, como Carujo, intentaron asesinar al Libertador; argumenta que Napoleón era tirano, y aun derrotado no se le asesinó. A estas dubitaciones de Peña en torno al proyecto de indulto, Ayala responde:

> ¿Quién puede negar que Bolívar ha sido un déspota en toda Colombia? El General Bolívar, señores, era un verdadero tirano de Colombia; suplantó las leyes, acabó con las municipalidades y amordazó la libertad... así, no puede quedar duda de que Bolívar ha tiranizado su patria...[34]

La posición de algunos diputados, como Ayala, demuestra que la vieja rivalidad planteada entre patriotas y realistas había cedido el paso a la antipatía hacia Bolívar; así vemos, con relación al decreto de indulto para los prisioneros, que:

> El decreto incluye no solamente a Carujo, sino a todos los del 25 de septiembre: Level De Goda ha

> nacido en Venezuela, y no puede dejar de ser venezolano tenga o no suspensos los derechos de ciudadano; y si se le ha perseguido por opiniones políticas, en la época de la guerra, estará en el mismo caso que muchos compatriotas que eran partidarios de España.[35]

En otras palabras, la nacionalidad y la nación pueden acoger en su seno incluso a quienes fueron partidarios de la causa española, pero no a Bolívar y sus partidarios. Por lo que no puede ser casual que la execración de toda acción bolivariana coincida con una marcada ambigüedad al hacer referencias a los acontecimientos históricos que vinculan la independencia con la vida de este personaje.

Pero, por otra parte, se destacan las menciones a los sucesos del 19 de Abril y el 5 de julio. Son éstas las referencias fundacionales de la nacionalidad, con lo que se da un peso decisivo a la *voluntad municipal y* se colocan en bajo perfil hechos en los que se destacan determinadas figuras. Así, ante la negativa de la provincia de Casanare a permanecer dentro de la jurisdicción neogranadina, y dada su solicitud de formar parte de Venezuela, el diputado Osío se muestra favorable y argumenta:

> Casanare formaba parte del Virreinato de Santa Fe, bajo el gobierno español. Así como las provincias de Venezuela componían una Capitanía General; pero por la revolución del año 1810, resolvieron, separarse de sus antiguos dominadores y constituir una República. Obtenida la independencia, todas pertenecían a la República de Colombia. Disuelto en absoluto el nuevo pacto, las diversas secciones han quedado en libertad de agregarse a la parte que más convenga; porque desde el año de 1810 desapareció con el Virreinato la subordinación que se quiere establecer.[36]

Siendo la provincia partícipe de un pacto, al disolverse éste, recupera su libertad de actuar y establecer un nuevo pacto conforme a sus intereses. Será éste el argumento de todos los que procuran unir al territorio venezolano el de Casanare. Pero a éstos se les oponen quienes consideran que tal posición constituye una agresión contra Nueva Granada. Para ellos, el enemigo es Bolívar, quien debe abandonar el territorio como condición para que los *nuevos estados* puedan establecer lazos amistosos.

Hay una posición separatista irreversible que, empero, aspira a la convivencia pacífica con la entidad territorial anteriormente unida. Al respecto, desde Nueva Ganada se produjo el ofrecimiento de una nueva constitución que permitiera un reacomodo, pero el Congreso respondió con un decreto en el que podemos leer lo siguiente:

> Que Venezuela ocupada de sus propia constitución conforme a la voluntad unánime de todos los pueblos, no admite la constitución que se le ofrece, ni como existe, ni con reformas, cualquiera que sean; pero está dispuesta a entrar en pactos recíprocos... luego que ambos estados estén perfectamente

constituidos y que el General Bolívar haya evacuado el territorio de Colombia.[37]

La doble ruptura observada lleva a considerar dos fuentes de legitimidad para el nuevo orden que los diputados desean implantar con su acción política: a) La adhesión a la causa de la independencia, surgida como hemos visto, de las acciones del 19 de abril de 1810 y el 5 de julio de 1811. De allí nadó la libertad, puesto que se expresó la *voluntad general, es decir, la voluntad de las provincias que ahora debían unirse*. b) La otra fuente es la adhesión a la causa contra Bolívar, puesto que esto equivale a *rescatar y reinstaurar la libertad malograda por su acción.*

La nacionalidad

De acuerdo con el planteamiento anterior, el hilo fundacional tendría que estar contenido dentro de los acontecimientos enmarcados históricamente por las fechas ya aludidas. Sin embargo, la dimensión espacial correspondiente a la racionalidad aparentemente sobrepasa dichos límites. Al utilizar la fórmula *uti possidetisy* la constitución que emerge de las discusiones establece como territorio nacional todo lo que antes de la transformación política de 1810 se denominaba Capitanía General de Venezuela.[38] Pero esta referencia a la real cédula de 1777 que crea la Capitanía General, no es una referencia caprichosa sino que los propios sucesos del 19 de abril y del 5 de julio avalan tal definición territorial. De modo que en 1830 se insiste en revivir los fundamentos del810yl811. Las provincias, que adquieren perfil en 1777, en las fechas aludidas reafirman su "personalidad jurídica" al expresar su "libre voluntad" y establecer un pacto: "El 21 de diciembre de 1811, el Congreso sancionó la Constitución Nacional que debía regir a los venezolanos, consagrando en sus bases cardinales el pacto que creaba la Confederación de Venezuela",[39] a pesar de no incluirse a las mismas provincias de 1777.

Para definir la nacionalidad, la fórmula es relativamente sencilla. Curiosamente, no se observa una clara insistencia en imitar fórmulas como las empleadas por la historiografía de las nacionalidades satisfechas, que "hurgan" en el pasado, en los orígenes más o menos remotos. En nuestro caso, esta búsqueda será posterior, en la historiografía que emerge bien avanzado el siglo XIX. Si hay una búsqueda de referencias en el debate de 1830, esto no sobrepasa los límites del año 1810. Así vemos que los criterios, para definir la nacionalidad, por una parte recurren al *ius soli*, con lo que se reconoce como

venezolanos a “Los hombres libres que hayan nacido en el territorio de Venezuela...”.[40]

Pero tal definición no resulta suficiente. Al discutirse la propuesta que definiría a los venezolanos por naturalización, se presenta con nitidez el aspecto socio-histórico de la ley que se discute, y nuevamente el referencial no sobrepasa los límites históricos ya definidos (1810-1811). La propuesta que se hace es la siguiente: “Son venezolanos por naturalización: *1)* Los nacidos en el territorio de Venezuela que el 19 de Abril de 1810 estaban domiciliados en cualquier punto de él, hayan permanecido fieles a la causa”.[41] En este punto, Peña interviene para señalar que: “Las palabras *hayan permanecido fieles* pueden ser embarazosas. Muchos españoles y algunos canarios de diferentes épocas se declararon venezolanos...”.[42] Para luego hacer la siguiente proposición que pudiera interpretarse como “conciliatoria”: *“que permanezcan fieles a la causa de la independencia*... todos sabemos que les tenemos mucho cariño a los españoles... pero sin embargo, como quiero la tranquilidad del país, deseo que se les dé la naturalización...”.[43]

Finalmente, el artículo recoge la propuesta de Peña, por lo que reza: “Son venezolanos por naturalización: los no nacidos en el territorio de Venezuela que el 19 de abril de 1810 estaban domiciliados en cualquier punto de él y permanezcan fieles a la causa de la independencia”.[44]

La idea de un sentido “conciliador” contenido en la propuesta de Peña parece reforzarse con los parágrafos dos y tres del Artículo 12, en los que, utilizando el *jus sanguinis* se extiende la nacionalidad a los nacidos de padre o madre venezolanos en el territorio de la antigua Colombia y a los nacidos en “países extranjeros”, de padres venezolanos ausentes en “servicio”, o por causa de la República.[45]

Cabría preguntarse cuál es el sentido de permanecer fiel a la causa de la independencia en momentos en que, de acuerdo con las intervenciones, la principal amenaza está representada por Bolívar. La élite, al conservar la referencia a la fidelidad a la “causa”, parece resolver una doble dificultad. La primera planteada por su propia división interna (originada en los días de la guerra independentista); y que se resuelve al actualizar dicha causa, logrando el concurso general, esta vez expresado en el “odio a Bolívar”, enemigo de la Libertad. No obstante, en cualquier época, la construcción de una entidad como el Estado, surgida para representación de *todos*, encontrará una fórmula discriminatoria al fundarse en la fidelidad de cualquier causa.

La segunda cuestión que parece resolverse, es que *la causa* defendida permite la recuperación de la antigua responsabilidad política de la élite, al servir de

referencia para derrotar el despotismo bolivariano. Esto indudablemente que está acompañado por la creencia de que los diputados presentes en la asamblea poseen una cultura específica que los hace acreedores a la dirección política y, por tanto, son los llamados a fundar la nación-Estado. Se juegan con esto su prestigio social y defienden sus intereses de diverso tipo. No por casualidad la Constitución que resultó de estos debates registra un equilibrio centro-federal y al ser votada contó con el apoyo de una abrumadora mayoría.

EL DEBATE CONSTITUCIONAL DE 1858

A partir de 1847 se inicia uno de los periodos más controvertidos de la historia política del siglo XIX venezolano: el ciclo de los Monagas, visto por nuestra historiografía como una época en la que prevalece el abuso y abyección al poder. Para este momento ya han transcurrido casi 40 años de la independencia y casi 30 de la existencia de Venezuela como república independiente. Es, además, una etapa en la que el nepotismo logra algo que resultaba difícil en aquel momento, es decir, logra la convergencia circunstancial de "conservadores y liberales" en torno al propósito común de derribar a José Tadeo Monagas. Lograda esta convergencia, se encontró en Julián Castro el conductor de una revolución que habría de estallar el 5 de marzo de 1858. Matthews afirma sobre estos aspectos, que "Surgida de una necesidad inmediata en 1857, la coalición de liberales y conservadores resultó efímera y, casi inmediatamente después de la Revolución de marzo, comenzó a disolverse...".[46]

A pesar de un clima proclive a la violencia, el 5 de julio del mismo año de la revolución, se decide una convención nacional en la ciudad de Valencia, precisamente donde había estallado el movimiento antimonaguista. A dicha convención asisten los dos partidos unidos contra Monagas, pero en franco proceso de ruptura. Liberales y conservadores desarrollan intensos debates en los que está presente la pugna centralismo *vs.* federalismo, y otros temas que propiciaron una candente confrontación. De manera que en los debates de este periodo se puede encontrar, por una parte, esta atmósfera de tensión, y por otra, el estado de crisis que obliga a rebuscar en las experiencias del pasado, en la evaluación del tiempo transcurrido, los argumentos para convencer con los planteamientos que se formulan. Todo ello le proporciona a los debates del año 1858, una riqueza historiográfica de mayor relevancia que la vista en los debates de 1830. Debe considerarse que, para ese momento, los logros o los beneficios de la independencia, tras varias décadas, no parecen ser percibidos. La crisis en

cuestión plantea la oportunidad de volverse sobre lo hecho: la razón histórica se vuelve tras de sí para procurar hallar sus propias respuestas. Se trata de ubicar el lugar ocupado por el pasado en la trama ideológica del momento. Una nacionalidad que no termina de fraguarse, busca en su horizonte histórico la razón de su estado caótico.

Hurgar en el pasado ya no es como en el año 1830, trasladarse a los acontecimientos que se habían vivido o presenciado, pero que no se habían "evaluado". Es pues, la ocasión para comprender el sentido de la unidad nacional y para re-leer el proyecto hasta ahora desarrollado. Pero, curiosamente, el movimiento revolucionario de marzo se efectúa con la consigna de *unión, perdón, y olvido del pasado*. Veremos cuán difícil va a resultar a los convencionalistas desprenderse de su propia memoria.

El olvido del pasado

Olvidar el pasado es el primer paso para lograr la unión. ¿Quiénes son los culpables de que la nación haya arribado al estado tan deplorable en que se encuentra? Si se trata de una asamblea en la que convergen conservadores y liberales, y habiendo participado ambos en la dirección política de la república, es muy probable que las responsabilidades se encuentren compartidas. Por ello se alude al pasado inmediato. Pero lo inmediato será ocultado por otro pasado, por el *glorioso pasado*, al que se acudirá para encontrar la¿ verdades incuestionables:

> ¿No queremos tomar consejo del Padre de la Patria? Acordémonos de Bolívar, señor, que el 1 de enero dijo con aquellos rasgos del héroe: "el año de 1826 queda borrado de los fastos de Colombia". Así es como nosotros deberíamos proceder, porque así procedía Bolívar, y procedía así... porque era grande...[47]

De modo que el Bolívar execrado durante el congreso anterior, es reivindicado como paradigma de sabiduría y como padre de la patria. Pero, con este punto de vista, resultó inevitable que el pasado vinculado a la independencia se glorificara, en tanto que lo inmediato en el tiempo se desea olvidar. Los acontecimientos vinculados al "glorioso pasado" son hipostaseados al igual que los personajes, ya convertidos en héroes. Se da una clara tendencia a la asociación del poder político con una simbología y un discurso que no parecen diferenciarse de lo religioso. Lo dicho por el héroe es inobjetable. Éste es un modelo de virtud moral y debe ser imitado, sobre todo por quienes tienen altas

responsabilidades, habida cuenta de que si no es así la Patria y Dios se lo "demandaran". En la sesión del 26 de julio se presentó el encargado del ejecutivo, general Julián Castro y Fermín Toro procedió a tomarle el juramento de rigor:

> Vais a cumplir un acto religioso: un doble homenaje a la razón y a la divinidad. La política debe tener por base la moral, y la moral no halla fundamento, sino en la religión... Al elevaros a tan alto puesto, no olvidéis que hay otro situado a mayor altura y rodeado de mayores resplandores: para ascender a él se necesita más valor que el del guerrero, más habilidad que la de los políticos comunes y virtudes por cierto, más esclarecidas que las de muchos de los que el mundo ha proclamado como héroes... Yo os invito, General, a prestar el juramento.[48]

El juramento compromete a una evaluación extra terrenal que reconoce la existencia de otro ubicado a *mayor altura*. Se plantea casi un reto a lograr las dimensiones de lo celestial a partir de la política que debe estar soportada por la religión. En tal línea de pensamiento, el pasado es atemporal, y sirve sólo como espacio de referencia para ejemplificar como actúan los verdaderos héroes. Es el *glorioso* pasado que permite olvidar el *oprobioso* pasado. Bolívar también decretó el perdón en 1827 y también debió apelar al olvido del pasado: "¿quién imputó debilidad, quién censuró, quién maldijo la conducta del Libertador en ese acto magnánimo, grande, que le honra más que muchas victorias?".[49]

La decisión del héroe es sabia, es verdadera *perse*. Trasciende toda posibilidad de duda, adquiere fuerza de ley. En la conciencia política nacional, y en general, latinoamericana, este olvido del pasado ha fundado la modalidad vinculada a la inestabilidad política, según la cual no se rinden cuentas de los actos efectuados al frente del poder. Al pasado inmediato (con sus implicaciones) se le echa la "tierra" del pasado glorioso y de los héroes. Al respecto veamos lo siguiente, con motivo de presentarse un proyecto sobre las Bases de la Nueva Constitución:

> La base que se ha presentado como cardinal de la Constitución Política, que debemos ordenar y establecer para los pueblos, es una especie de fósil desenterrado de constituciones caducas, un pentálogo desacreditado... A revoluciones nuevas, ideas nuevas: al pasado, olvido: al presente o el porvenir: nunca volver para atrás...[50]

La propia inestabilidad de nuestras sociedades parece consolidar un permanente "volver a empezar" que tiene como condición el olvido: "que no se toque el pasado, es preciso, señores, que echemos un velo sobre el pasado, es muy ominoso, pocos saldríamos limpios del pasado.. .".[51] Y hasta mentes muy esclarecidas, como la de Fermín Toro, participan de esta necesidad inapelable de olvidar. Se debe suponer que el olvido del pasado sea condición para la unidad:

> ... Espero señores, que un sentimiento justo de venganza, una irritación noble del patriotismo, no haga olvidar el programa de la revolución de Marzo: la unión de todos los venezolanos en el olvido de lo pasado...Yo olvido señores, con todo mi corazón, olvido como si hubiera bebido las aguas del Leteo, y espero que Venezuela olvide también, porque un pueblo que se vuelve atrás a romper el fango del pasado, merece la suerte del sepulturero, vivir siempre entre despojos humanos.[52]

De este modo, halla gran significación el olvido que reduce las dimensiones temporales de la conciencia y la acción humanas. Parece oportuna la expresión de Zea, al señalar que "la historia de la cultura iberoamericana es una historia en la que sus hombres realizan una permanente quema de naves",[53] pero, a la vez, con esto se deifican determinados acciones y personajes de manera atemporal.

La presencia de los modelos historiográficos de nacionalidades satisfechas

Cuestión inevitable para una nacionalidad en plena ebullición de su crisis, resultaba mirar en torno de sí. La élite racionaliza su fracaso y lo expone edulcorado por los ejemplos de nacionalidades exitosas. Un aspecto resalta de esta forma de proceder: algo semejante a un complejo de inferioridad que se entronca con la profusión de *La leyenda Negra.* ¿Por qué el federalismo funciona en el norte y no en el sur?

> Si en teoría son incuestionables las ventajas del sistema federal, en la práctica ochenta y pico de años que lleva de realizado en Norteamérica, han justificado su aplicación. Tejas unida a Méjico era una sección insignificante, no valía nada, plena de miserias, corrompida... y la simple anexión a los Estados Unidos del Norte la ha hecho un Estado hermosísimo, floreciente, prospero, una estrella del gran pabellón americano...[54]

La visión del norte exitoso, irremisiblemente descalifica la obra desarrollada en el sur para alimentar una perspectiva acomplejada que se hace presente no sólo cuando se defiende el liberalismo, sino también cuando se le ataca: "... El federalismo se estableció desde 1810, y hemos visto lo que ha sucedido en todas las Repúblicas de origen español. ¿Tendremos que volver al sistema colonial bajo la metrópoli para seguir ensayando?".[55]

La búsqueda de explicaciones frente al evidente fracaso de los ensayos republicanos, se hace considerando que hay algo que lo explica más allá de lo puramente institucional, más allá de la intencionalidad de los personajes o actores del momento. Debe haber una explicación que exima de responsabilidades concretas, por lo que se debe *apelar a la historia* para obtener

respuestas:

> La federación era allí necesaria... aquellos grupos se formaron de hombres que venían huyendo de la tiranía política y religiosa de Inglaterra, de hombres pensadores que venían a fundar instituciones democráticas... ¿Cómo se formaron los pueblos de nuestras Repúblicas?... En nombre de Cristo y sólo buscando el oro, venían de España bandas de forajidos que no pensaban sino en enriquecerse y destruir la raza indígena... Los mismos capitanes que traían la destrucción de Sur-América, se destrozaban entre sí; y éstos son los antecedentes históricos de Hispanoamérica.. .[56]

Si en los debates de 1830 se procuraba no ir más allá de 1810, en 1858 se llegó a debatir en términos de los orígenes mismos de la nacionalidad y sus componentes raciales de partida. Pero la búsqueda que se hace en la historia resulta exculpatoria de la élite, puesto que a la vez que se desdibujan los *orígenes*, haciéndoles sombríos y turbios, se dan saltos espectaculares en el tiempo que permiten mantener la deificación y la gloria de la etapa de la independencia y la gloria que le imprime su nota religiosa: "... La independencia de los Estados Unidos se hizo en cinco o seis años... la nuestra fue larga, heroica..." .[57]

La presencia de los modelos historiográficos de nacionalidad satisfecha, vendrían a ser una verdadera fuente desde la que se desprende una serie de consecuencias ideológicas que se pueden ver en los discursos. Hemos visto cómo la defensa del federalismo conduce a la apología del sistema estadunidense y cómo el rechazo de su aplicabilidad en la América Latina conduce a una visión oscura de los orígenes coincidentes con la *Leyenda Negra*. Éste será un argumento persistente que se encuentra en los debates, casi siempre que se pretende rebatir el planteamiento favorable al federalismo. El éxito estadunidense se explica por las condiciones originarias de su nacionalidad:

> Los norteamericanos, al tomar su rango entre las naciones civilizadas contaron con la literatura inglesa de siglos... contaron con sus artes mecánicas y liberales, con su espíritu mercantil y emprendedor, con sus instituciones de crédito público. . .con sus usos y costumbres de pueblo libre.. .[58]

Para luego proceder a exponer la visión acomplejada y la inmanente leyenda negra:

> ... Nosotros, pobres colonos españoles con una literatura aséptica, sin industrias y dominados solamente por las hogueras de la inquisición... Osaremos todavía apropiarnos impunemente esas instituciones Anglo-Sajonas...[59]

Y luego Gual pasa a la posición exculpatoria que permite la enmienda y deja abierto el camino al sempiterno *ahora sí*:

> ... Hace ya casi medio siglo que nos emancipamos de España y tengo el sentimiento de decir, aunque me cause algún rubor, yo no veo todavía entre nosotros al hombre nuevo... ojalá sea hoy mismo el punto de partida de esta época dichosa que proporcione la estabilidad institucional deseada.[60]

El necesario hombre nuevo expone la necesidad de una nacionalidad que debía nutrirse de otro espíritu, de otro origen, de otra materia constitutiva que no arrastre las taras evidentes en quienes conforman la población del fracaso. Pero mirar los paradigmas consagrados conduce a una curiosa contradicción. Si, por una parte, éstos inspiran los modelos en debate, por la otra, alimentan la impotencia para consolidarse *soberanamente*. Y son precisamente estos modelos, los que reafirman la intención de ejercer la soberanía territorial definida sobre el papel con el consabido *uti possidetis*, mientras que en la realidad, el predominio de lo local y de áreas de ocupación históricas mantenía una porción de este territorio fuera de control. Esta *impotencia para llegar a ser* pudiera tener relación con la búsqueda de alternativas y el rechazo frontal a los modelos planteados. Se intuyen los peligros de una imitación ciega, sin considerar la especificidad que lleva a buscar una reafirmación independiente; veamos:

> ...Méjico adoptó las instituciones norteamericanas y la consecuencia ha sido una serie de luchas intestinas que lo llevará quizá hasta perder completamente su nacionalidad. Otro tanto sucedió a Centro-América, que últimamente, para mayor mengua de la América española, se ha visto a los presidentes de Costa-Rica y Nicaragua solicitando la protección Europea contra el filibusterismo yankee... Hasta aquí ha precipitado a esos pueblos el espíritu de imitación de las instituciones Norte-Americanas.[61]

La soberanía emana de la voluntad general que se expresa en la decisión provincial de unirse para el bien común. La *unión interior,* el orden, la paz, los principios de moralidad (Fermín Toro), serán los factores que harán fuerte a la nación, será lo que permitirá ejercer la soberanía ante la amenaza de las potencias ya consolidadas: no lograr esto significa el fracaso, la desintegración y la impotencia:

> .. .Hemos visto a otras naciones sufrir también injusticias de parte de otras más poderosas y ésta parece que es la ley universal: el más débil siempre sufre. No podemos pretender otra cosa que a sufrir menos, alejar cuanto sea posible, las amenazas de las potencias que dominan el mundo... se echa de menos un poder para repeler la fuerza por la fuerza... pero no podemos. Debemos sí, no presentar para burla de esos mismos gobiernos el espectáculo de la división interna...[62]

De modo que la fortaleza de los modelos por imitar radica en la fuerza que amenaza a los países debilitados por las divisiones y los fracasos internos. Fracasos que les llevan hasta el punto de perder su integridad territorial. Y en estas circunstancias, ¿cuál es el ámbito de la soberanía nacional?, ¿cómo

desplazar la voluntad soberana provincial hacia una realidad nacional unificada? Las dificultades que se presentaban en este sentido, pudieran resultar hoy pueriles, pero en la época la discusión se daba en los siguientes términos:

> Si todavía no esta determinado cuál es el territorio de la República, cómo habría de fijarse... La constitución de 1830 se remite a los límites de la Capitanía General. ¿Cuál es el territorio de la Capitanía General? Lo conocemos por una parte, pero no por otra. En el año 1840 estuvieron por fijarse esos límites, como ahora, y los remitieron al tiempo de la Capitanía General...[63]

Las amenazas a la soberanía territorial parecen surgir del propio desconocimiento de los límites y alcances de unos territorios sólo imaginados por medio de algún documento. El fracaso de las élites llega al extremo de desconocer el ámbito espacial en el cual se propone ejercer su dominio político. Una condición esencial del *Estado moderno* se vuelve quimérica y explica iniciativas curiosas:

> Una compañía de particulares podría hacer una transacción, un convenio de compra de un territorio desierto... el principio de la América no debe poner obstáculo a que la Europa se funde en ella, porque nosotros lo que valemos, lo debemos a los europeos, y lo que sigamos valiendo, lo vamos a recibir del contacto con todos los hombres...[64]

La élite, imposibilitada de definir su propio perfil, acude a lo que considera sus verdaderos principios, sus verdaderos orígenes, pero no logra esconder su complejo de inferioridad ni su impotencia: en esto hay una curiosa coincidencia entre centralistas y federalistas. La disyunción aparece cuando se procura definir el *quehacer* político, hallar el fundamento y ejercicio de la soberanía. Gual, contrario al federalismo responde:

> Estoy muy lejos absolutamente, de creer que se rompan relaciones con Europa: Nosotros somos europeos, por relaciones de sangre, por la literatura, por vínculos mil... pero es muy distinto, señor, seguir el curso de éstas, a ver una parte de nuestro territorio sometido a la influencia europea...[65]

La consideración y el estudio de estas ideas expresadas por la élite en sus intervenciones revisten particular importancia si se considera que representantes de este sector social frecuentemente actuaron como responsables de la elaboración de las obras historiográficas por medio de las cuales, y durante mucho tiempo, se conoció el siglo XIX venezolano. No debe, por tanto, extrañar que dicha historiografía haya tenido un fuerte papel legitimador del orden creado, de la simbología patria que este sector social dominante desarrolló en la búsqueda de su consolidación.[66] Pero su impotencia manifiesta para lograr el propósito de unificar y controlar los espacios nacionales, sin duda corre pareja

con la búsqueda de respuestas historiográficas que resuelvan en el plano celestial lo que no logran resolver en el plano terrenal.

Legitimidad y soberanía» El lugar de lo histórico

Los aspectos relativos a la adopción de referencias historiográficas de nacionalidad satisfecha aparecen imbricados respecto de la búsqueda de una fuente de legitimidad que permite estabilizar el orden social y político. Pero también, y en buena medida, se produce el encuentro entre las justificaciones históricas permeadas de significados espirituales y los contenidos propiamente políticos. Por ello, vemos aproximarse la argumentación política y filosófica que procuró justificar la tarea emancipadora, creadora de la nacionalidad, con aquella que se esgrime para delimitar las posiciones enfrentadas en el debate. Esto podría inducir la idea de una realidad semejante, aunque se trate de tiempos obviamente distintos. Pero en todo caso, el tiempo transcurrido tras la independencia no ha sido suficiente como para deslindar claramente los contenidos de los discursos y, para un lector desprevenido, si el discurso es el mismo, el problema o los problemas básicos siguen siendo los mismos para lograr la consolidación del Estado-nación:

> ... El sistema federativo es la unión perfecta. Nunca estaremos más armonizados que cuando pongamos en práctica la federación, porque entonces, no teniendo estorbos ni corta-pisas las provincias para trabajar en su felicidad, no viendo con envidia la prosperidad y la grandeza de las provincias hermanas, no levantarán como Caín el puñal fratricida para asesinar a Abel, ni la sangre de Abel clamaría desde la tierra pidiendo venganza.[67]

La pugna que ha conducido a la inestabilidad tendría sus raíces en problemas no resueltos en el pasado, por lo que las referencias a éste se hicieron inevitables:

> Perfecta la Constitución de 1830, perfecto el deseo de los patriotas que la formularon, no me hallo distante de admitirlo; pero es más perfecto todavía para mí el deseo de los próceres de la independencia en 1811, que consultaron los verdaderos intereses locales...[68]

Para los federalistas, el centralismo es el que ha permitido la corrupción, sus representantes han engañado a *las localidades,* en tanto que para los centralistas, el federalismo facilitaría la anarquía y la discordia: la guerra civil. He allí una cuestión no resuelta y planteada desde los días de la independencia. Es lógico encontrar, entonces, la reedición de la cuestión en términos de regeneración,

vinculada a la conservación de la sensatez. Esto permite mantener la unión. Pero para los federalistas, la regeneración equivale a la recuperación por parte de las provincias, su autonomía. Es esto lo que podría eliminar las disputas interminables. Elias Acosta, al criticar las reformas administrativas introducidas por el Congreso de 1848, señala: "La República estaba dividida en grandes provincias, es verdad, pero esas provincias no estaban administradas independientemente del poder, que es a lo que aspiramos... con la división de la República en muchas provincias se efectúa efectivamente la regeneración...".[69]

Quienes se oponen a un control centralizado de la administración pública se hacen preguntas como ésta: "¿es posible que las provincias que vienen desde la dominación española con su título de tales, vengan a quedar nulas?".[70] No se encuentran en los argumentos centralistas ataques que nieguen contundentemente *el peso* del factor provincial como punto de partida de la legitimidad. El respeto a la autonomía provincial es, en opinión de muchos de los convencionalistas, la garantía para el verdadero ejercicio de la libertad. Pero más aún, la nación no existe sin la armonía que resulta del equilibrio provincial. La nación legítima es la asociación voluntaria de las provincias:

> Los pueblos como los individuos, cuando se unen se asocian para su bien; y así como están a las utilidades y ventajas, están también a las pérdidas y deterioros. De ahí viene que todo pueblo que sufre una gran calamidad, en cualquier gobierno que sea, la nación entera está obligada a restablecer a aquel pueblo...[71]

La existencia de las provincias y su especificidad no se discute. Por ello, la legitimidad del orden que surja, para que se base en la libre voluntad, debe permitir el ejercicio de la libertad, y esto debe ser posible en la localidad:

> El poder municipal principia o debe principiar en las parroquias: es la transición de la sociedad doméstica a la sociedad política, donde debemos establecerlo para que la vertiente corra pura y cristalina al raudal... falta a las parroquias la administración propia con empleados elegidos por el pueblo: es la escuela del gobierno político y democrático: la administración de las parroquias es para el gobierno político lo que la escuela primaria para los niños.. ,[72]

En este punto parecen imbricarse nuevamente la interpretación del iusnaturalismo con la tradición localista española que aparece como recordatorio, tal vez inconsciente, pero que en todo caso demuestra lo difícil que resulta desprenderse del pasado.[73]

EN RESUMEN

La tipología desprendida de las nacionalidades satisfechas dio impulso a unas fórmulas que parecían autocomprobarse y que alimentaron la creencia en un círculo virtuoso que se inicia con las condiciones espirituales de los pueblos, nutridos de una moralidad que puede fundar la nación con sentido unitario, lo cual a su vez puede fundar el respeto por la ley y los ordenamientos estatales. En este esquema, patria, nación y Estado lucen como una cadena armonizada por las causas que le explican y justifican. La historiografía habría de destinarse a la exaltación de las virtudes de los pueblos dignos de ser imitados.

Pero en las nacionalidades insatisfechas, el fracaso de los proyectos políticos unitarios habría de conducir a la búsqueda de explicaciones que hallaron en la historia la fuente que podría brindar, más que respuestas, justificaciones para los fallidos intentos de enlazar la patria con la nación y el Estado. A la nación fundada según el romanticismo, sobre los vínculos espirituales, se opone una realidad conflictiva que intenta ser absorbida por el Estado sin lograr lo y sin lograr su propia consolidación. Las nacionalidades insatisfechas deben afrontar la realidad de un Estado incapaz para cimentarse sobre una esfera estimativa, incapaz de producir los deslindes entre lo público y lo privado, e incapaz de hacer valer su propia aceptación por parte de la nación a partir de las premisas de dar apoyo y seguridad a la familia, la propiedad y los contratos. La idea de patria como lugar de origen, pero también como espacio afectivo colectivo *(nacional)* , tenía que ser reforzada por los logros materiales y concretos de los individuos, logros que debían ser garantizados por la organización superior de la sociedad.

Las élites, por una parte, miraron y se inspiraron en los prototipos de nacionalidad satisfecha, pero por la otra, desconocieron los alcances y la propia capacidad para despertar impulsos unificadores y la capacidad para desplegar movimientos societales orientados hacia una acción específica y comunitaria. Por supuesto que el romanticismo histórico influyó haciendo que se desconocieran las propias desgarraduras que internamente mantenían nuestras sociedades ai buscar respuestas en entelequias tales como un supuesto espíritu de los pueblos. Pero, a pesar de esto, una vez lograda la independencia política, las expresiones propias de esta corriente historiográfica servirán para construir el ideario de la nacionalidad. A partir de sus prototipos se construyen, idealizándoles, las referencias nacionales, los hechos, las hazañas, los héroes. La *historiografía patria* asumió la tarea justificatoria de los fracasos reiterados de las élites y también asumió el propósito de legitimar su dominio político. Para ello, procuró ofrecer explicaciones celestiales a los problemas terrenales que no se sabían enfrentar. Se hecha mano de los héroes mitológicos y los arquetipos virtuoso aunque estén ausentes de la realidad.

FUENTES

Primarias

Actas del Congreso Constituyente de 1830. Caracas, publicaciones del Congreso de la República de Venezuela.

Diario de Debates de la Convención de Valencia. Biblioteca Nacional de Venezuela, sección de Libros Raros, 1858.

El Copiador, Caracas, Noviembre de 1830, Hemeroteca Nacional de Venezuela (HNV)

El Patriota Venezolano, 1, Caracas, 1 de junio de 1830 (HNV)

Bibliográficas

Bobbio, N., *Estado Gobierno, Sociedad. (Contribución a una teoría General de la política)*, México, Plaza-Janés, 1986.

—— y Bovero M., *Origen y fundamentos del Poder Político*. México, Grijalbo, 1985.

Gil Fortoul, J., *Historia Constitucional de Venezuela.* Cumbre (Colección Biblioteca Simón Bolívar), 12 volúmenes, tomo X, 1979.

Gabaldón Márquez, J., *El Municipio. Raíz de la República*. Caracas, Academia Nacional de la Historia (Colee. El libro Menor), 1977.

Gordon Childe,V., *Teoría de la Historia.* Buenos Aires, La Pléyade, 1977.

Harwich Vellenilla, N., *National Identities and National Projects: Spanish American Historiography in the 19th and 20th centuries*. Caracas, UCAB, mimeografiado, 1990.

Lefebvre, G., *El Nacimiento de la Historiografía Moderna.* Barcelona, Martínez-Roca, 1975.

Matthews, R., *Violencia Rural en Venezuela, 1840-1858 (Antecedentes socio-económicos de la Guerra Federal).* Caracas, Monte Ávila, 1977.

Parra Aranguren, G., *La nacionalidad venezolana originaria*. Caracas, UCV, Facultad de Derecho, 1964.

——, *La Constitución de 1830y los venezolanos por naturalización.* Caracas, UCV, Facultad de Derecho, 1969.

Picón Rivas, U., *índice Constitucional de Venezuela*, Caracas, Élite, 1944.

Romano, R., "Algunas consideraciones alrededor de Nación, Estado (y libertad) en Europa y América centro-meridional", en Antonio Annino y otros, *América Latina del Estado Colonial al Estado Nación.* Milano, Italia. VII Congreso de la AHILA, 1985.

Rossolillo, E, “Nación”, en Norberto Bobbio y otros, *Diccionario de Política.* México, FCE, 1985.

Rousseau, J.J., *Del Contrato Social. Discursos.* Madrid, Alianza, 1985.

Siso, C., *La formación del pueblo Venezolano*. Caracas, Presidencia de la República, tomo II, 1986.

Vásquez, E., *Dialéctica y Ciencia.* Caracas, Búho de Minerva, 1987.

Weber, M., *Economía y Sociedad*, México, FCE, 2 v., 1964.

Zea, L., *América en la Historia.* Madrid, Revista de Occidente, 1968.

Notas al pie

[1] Romano, Ruggiero: “Algunas consideraciones alrededor de Nación, Estado y Libertad en Europa y América centro-meridional”, en A. Annino y otros: *América Latina: del Estado Colonial al Estado Nación.* Milano, Italia, VII Congreso de la AHILA, 1985.

[2] *Ibid.,* p. 2.

[3] Rossolillo, Francesco: “Nación”, en N. Bobbio y otros: *Diccionario de Política*. México, FCE, 1985, pp. 1075-1076.

[4] *Idem.*

[5] M. Weber: *Economía y Sociedad.* México, FCE, vol. II, p. 681.

[6] *Idem*.

[7] *Ibid.,* p. 1077.

[8] *Cfr.* N. Bobbio. *Estado, Gobierno, Sociedad. Contribución a una Teoría General de la Política.* México. Plaza Janés, 1986.

[9] *Ibid.,* p. 20.

[10] *Ibid.,* p. 21.

[11] *Idem*.

[12] *Ibid.,* p. 22.

[13] *Ibid*p. 13.

[14] *Cfr.* J.J. Rosseau, *Del Contrato Social Discursos*. Madrid, Alianza, 1985.

[15] Rousseau utiliza la expresión *Concordia* en la dedicatoria del *Discurso* sobre el origen de la desigualdad y luego la reitera a lo largo de este trabajo.

[16] *Op. cit.,* p. 27.

[17] La relación entre el carácter de los pueblos y su determinación por factores de índole geográfica y etnográfica ya se puede ver con nitidez suficiente en la obra de Montesquieu, *Del Espíritu de las leyes*. Madrid, Tecnos, 1985. En la historiografía venezolana correspondió a los positivistas el intento por explicar el carácter del pueblo venezolano como efecto de factores ambientales, geográficos y físicos. Véase al respecto: L. Vallenilla Lanz, *Obras Completas. Cesarismo democrático.* Caracas, Universidad Santa María, tomo I, 1984.

[18] G. Lefebvre, *El Nacimiento de la Historiográfica Moderna*. Barcelona-Espafia, Martínez-Roc., 1975, p. 160.

[19] Tómese en cuenta que durante los siglos XV, XVI y XVII, en Italia, Francia,

Inglaterra y Alemania, surgen obras historiográficas que revelan una tendencia afirmativa de lo nacional-estatal. Algunos títulos son ilustrativos: *Historia de Federico III de Austria* de Sylvius Piccolomini (Italia); *Britaninia y Anales* de Williams Camden (Inglaterra); *Episteme rerum Germanicarum* de Jacob Wimpfeling (Alemania) e *Hispania Ilustrada* de Juan Girona (España). Véase *op. cit.*

[20] V. Gordon Childe, *Teoría de la Historia.* Buenos Aires, La Pleyade, 1977, p. 55.

[21] Ruggiero Romano, *op. cit.*, p. 7.

[22] *Actas del Congreso Constituyente de 1830.* Caracas, Publicaciones del Congreso de la República, Venezuela, 1980, p. 110.

[23] *El Patriota Venezolano*, 1, Caracas, 1 de junio de 1830, p. 1.

[24] *Idem*.

[25] *El Copiador*, Caracas, noviembre 4 de 1830, p. 20.

[26] *Idem.*

[27] Leopoldo Zea, *América en la Historia*. Madrid, Revista de Occidente, 1970, p. 14.

[28] Actas del Congreso... *op. cit.*, Sesión del 2/07. Intervención de Juan de Dios Picón, tomo II, p. 13.

[29] *Ibid.*, tomo III, p. 80 (el subrayado es nuestro).

[30] *Ibid.*, Intervención de Ramón Ayala, p. 143.

[31] *Cfr.* J.Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela.* México. Cumbre (Colee. Biblioteca Simón Bolívar), 12 v., tomo X, 1979.

[32] *Op. cit.* , Intervención de Ramón Ayala, tomo III, p. 194.

[33] Intervención de Miguel Peña, tomo I, p. 235.

[34] Intervención de Ramón Ayala, tomo I, p. 235.

[35] *Idem*,

[36] *Ibid.*, Intervención de Osío, p. 210.

[37] Decreto de fecha 16 de agosto de 1830, en el que el Congreso se niega a admitir la Constitución ofrecida por el gobierno de Bogotá. *Op. cit.*, tomo III, p. 290.

[38] Ulises Picos Rivas, *índice Constitucional de Venezuela*, Caracas, Élite, 1944, p. 36.

[39] Carlos Siso, *La Formación del Puebb Venezolano*. Caracas, Edic. de la Presidencia de la República, 1986. Tomo II, p. 244.

[40] Actas del Congreso... *op. cit.*, Sesión del 27 de julio. Lectura de la propuesta del Artículo 10 de la Constitución. Tomo II, p. 169. Para una amplia

información sobre los aspectos jurídicos inherentes a la definición de la nacionalidad, puede verse: Gonzalo Parra Aranguren, *La Nacionalidad venezolana originaria*. Caracas, UCV, Facultad de Derecho, 1964, 2 v. También del mismo autor: *La Constitución de 1830y los venezolanos por naturalización*. Caracas, UCV, Facultad de Derecho, 1969.

[41] *Actas del Congreso... op. cit.,* p. 168.

[42] *Ibid.,* Intervención de Miguel Peña, p. 169.

[43] *Constitución...* Tomo II, p. 169.

[44] *Idem.*

[45] *Idem.*

[46] Robert Matthews, *Violencia Rural en Venezuela 1840-1858 (Antecedentes socio-económicos de la Guerra Federal).* Caracas, Monte Ávila, 1977, p. 157.

[47] *Diario de debates de la Convención Nacional.* Valencia, 1858. Intervención de Valentín Espinal. Tomo 1, p. 53.

[48] *Ibid.,* Sesión del 26 julio. Intervención de Fermín Toro, p. 40.

[49] *Ibid.,* Intervención de Valentín Espinal, p. 53.

[50] *Ibid.,* Intervención de José Silverio González, p. 53.

[51] *Ibid.,* Intervención de Lucia Siso, p. 76.

[52] *Ibid.,* Intervención de Fermín Toro, p. 47.

[53] Leopoldo Zea, *op. cit.,* p. 36.

[54] *Op. cit.,* Intervención de Silverio González, tomo I, p. 72.

[55] *Ibid,,* Intervención de Pedro Naranjo, p. 73.

[56] *Idem,*

[57] *Idem,*

[58] *Ibid.,* Intervención de Pedro Gual, p. 91.

[59] *Idem.*

[60] *Idem.*

[61] *Ibid.,* Intervención de Pedro Naranjo, tomo II, p. 76.

[62] *Ibid.,* Intervención de Fermín Toro, tomo II, p. 176.

[63] *Ibid.,* Intervención de Rufino González, tomo I, p. 63.

[64] *Ibid.,* Intervención de Valentín Espinal, p. 10.

[65] *Ibid.,* Intervención de Pedro Gual, p. 70.

[66] Una visión ampliada sobre estos aspectos puede verse en: Nikita Harwich Vallenilla, *National Identities and National Projects: Spanish American Historiography in the 19th and 20th centuries.* UCAB, mimeografiado, 1990.

[67] *Ibid.,* Intervención de Silverio González. Tomo II, p. 69.

[68] *Ibid*., p. 69.

[69] *Ibid.*, Intervención de Elias Acosta, p. 91.

[70] *Ibid.*, Intervención de F. Figueredo, p. 91.

[71] *Ibid.*, Sesión del 20 de julio, 1958. Intervención de José González, p. 35.

[72] *Ibid.*, Sesión del 9 de agosto. Intervención de José E. Gallegos. Tomo II, p. 91.

[73] Al respecto véase: Joaquín Gabaldón Márquez, *El municipio, Raíz de la República*. Caracas, Academia Nacional de la Historia (Colee. El Libro Menor), 1977.

COLABORADORES

Elias José Palti es doctor en Historia de la Universidad de California en Berkeley. Realizó estudios posdoctorales en El Colegio de México y la Universidad de Harvard. Actualmente se desempeña como docente en la Universidad de Quilmes y como investigador del Conicet, Argentina. Artículos suyos han sido publicados en revistas especializadas en 15 países. Entre sus publicaciones más recientes se encuentran *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su "crisis"* (FCE Argentina, 2005); *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (un estudio sobre las formas del discurso político)* (FCE, 2007); *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado* (Siglo XXI Argentina, 2007), y *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del Siglo XIX* (Eudeba, en prensa).

Juan Carlos Vélez Rendón es profesor del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia (Medellín-Colombia). Investigador del grupo Hegemonía, Guerra y Conflictos y doctor en Historia por El Colegio de México. Ha publicado ensayos sobre historiografía colombiana en *Historia y Sociedad* (Medellin, Colombia) y en el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá, Colombia).

Guillermo Zermenño Padilla es doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Historia por la Universidad de Frankfurt. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (nivel II). Profesor investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, donde dicta cursos de teoría de la historia y de historia cultural. Actualmente desarrolla investigaciones en el campo de la

historia intelectual y cultural con énfasis en la historia moderna de México. Sus libros más recientes son *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica* (El Colegio de México, 2002), y *Cartas edificantes y curiosas de algunos misioneros jesuítas del siglo XVIII. Travesías, itinerarios, testimonios* (Universidad Iberoamericana, 2006).

Mark Thurner, doctor en Antropología por la Universidad de Wisconsin. Profesor asociado de historia y antropología en la Universidad de Florida. Entre sus libros se destacan *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas* (Duke University Press, 2003), *Sebastián Lorente: escritos fundacionales de historia peruana* (Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2005) y *Republicanos andinos* (Instituto de Estudios Peruanos, 2006). Se han publicado artículos suyos en *Journal of Latin American Studies, Latin American Research Review, Hispanic American Historical Review, History and Theory* y *Postcolonial Studies.* Actualmente prepara un libro sobre la historia de la Historia peruana.

Ana Buriano Castro es doctora en Estudios Latinoamericanos por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y profesora investigadora titular en el Instituto José María Luis Mora de Investigaciones Sociales. Entre sus publicaciones más recientes se encuentran *Navegando en la borrasca. Construir la nación de la fe en el mundo de la impiedad, Ecuador.*; *1860-1875* (Instituto Mora, 2008); "Ecuador latitud 0: una mirada al proceso de construcción de la nación", en J.C. Chiaramonte, Carlos Marichal y Aimer Granados (coords.), *Los nombres de los países de América Latina: identidades políticas y nacionalismo* (Sudamericana, 2008), y "Ecuador: un régimen conservador en épocas de liberalismo rampante", en Sara Ortelli y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (coords.), *América en la época de Juárez* (Universidad Autónoma de Baja California/Universidad Autónoma Metropolitana, 2007).

Marta Irurozqui es doctora en Historia de América (Universidad Complutense de Madrid) y maestra en Historia Andina (Flacso sede Ecuador). Científica titular del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Entre sus publicaciones destacan: *La armonía de las desigualdades. Elites y conflictos de poder en Bolivia (1880-1920)* (CBC-CSIC, 1994); *A bala, piedra y palo'. La construcción de la ciudadanía política en Bolivia, 1826-1952* (Diputación de Sevilla, 2000); *La ciudadanía en debate en América Latina. Discusiones historiográficas y una propuesta teórica sobre el valor público de la infracción*

electoral (IEP, 2004), y la edición *La mirada esquiva. Reflexiones históricas sobre la interacción del Estado y la ciudadanía en bs Andes (Bolivia, Ecuador y Perú). Siglo XIX* (CSIC, 2005).

Maria Ligia Coelho Prado es doctora y libre docente en Historia por la Universidad de Sao Paulo, donde se desempeña como profesora titular de historia de América en el Departamento de Historia. Ha publicado diversos capítulos de libros y artículos en revistas especializadas. Es autora, entre otros, de *América Latina no século XIX. Tramas7 telas e textos* (EDUSP, 1999 y 2004) y de *Reflexoes sobre a democracia na América Latina*, en coautoría con Sylvia Colombo y Gabriela Pellegrino Soares (Editora SENAC, 2007), y coorganizadora de *História na política, a política na história.* V. 1. (Alameda, 2006). En la actualidad se desempeña como coordinadora del proyecto temático "Política e Cultura nas Américas: Circulaçao de idéias e configuraçâo de identidades (séculos XIX e XX)", con apoyo de la Fundaçao de Amparo à Pesquisa (Fapesp) y del estado de Sao Paulo.

Rafael Sagredo Baeza es doctor en Historia por El Colegio de México, académico de la Pontificia Universidad Católica de Chile y conservador de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional. Autor de obras sobre historia de Chile y América. Entre las más recientes destacan *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Editorial Universitaria de Santiago, 2004); *Historia de la vida privada en Chile*, en coautoría con Cristián Gazmuri (Taurus-Aguilar, 2004-2007) e *Imágenes de ¡a Comisión Científica del Pacífico en Chile* (Editorial Universitaria de Santiago, 2007).

Ezio Serrano es doctor en Historia por la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas. Es autor de "El patrimonialismo hispano y su debilidad estructural en América" *(Revista Anuario de Estudios Bolivarianos* núm. 9, 1999) y diversos ensayos periodísticos en el *Suplemento Cultural* del periódico *Últimas Noticias* de Caracas. Entre 2001 y 2003 fue coordinador general del Proyecto de Automatización de las Actas del Ayuntamiento de Valencia (1636-1946). Actualmente coordina el proyecto "Cátedra Bolivariana Virtual".

Guillermo Palacios es doctor en Historia por la Universidad de Princeton. Fue director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México entre 2001 y 2007, donde se desempeña en la actualidad como profesor investigador. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores y de la Academia Mexicana de

Ciencias. Entre sus publicaciones recientes destacan *La independencia y el comienzo de los regímenes representativos, 1810-1850* (en coautoría; Síntesis, 2003); *Campesinato e escravidáo no Brasil* (Editora da Universidade de Brasilia, 2004); *Ensayos sobre la* nueva *historia política de América Latina, siglo XIX* (El Colegio de México, 2007), e *Intimidades, confiitos e reconciliaçoes* (edusp, 2008).

La nación y su historia.
Independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación:
América Latina, siglo XIX
se terminó de imprimir en marzo de 2009
en los talleres de Reproducciones y Materiales, S.A de C.V.,
Presidentes 189-A, Col. Portales, 03300 México, D.F.
Portada de Ezequiel de la Rosa Mosco.
Composición tipográfica: Patricia Zepeda, en Redacta, S.A. de C. V.
Cuidó la edición el coordinador de la obra.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

El volumen que el lector tiene en sus manos es una consecuencia de los trabajos publicados en *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, siglo XIX* (El Colegio de México, 2007). La idea era simple: se trataba de ver hasta qué punto esa "nueva" historia, o nueva historiografía, como prefieren algunos, era capaz de lanzar una nueva mirada a la historia de la historiografía decimonónica en América Latina y a su emergencia en el contexto de la formación, lenta, difícil, enmarañada, de las naciones soberanas. Se buscaba descubrir, desde perspectivas actuales, las relaciones entre un parto y el otro, los vasos comunicantes que pudieran vincular la construcción del relato historiográfico de los avatares de la edificación de entidades nacionales y viceversa, y mostrar, en su caso, el compromiso de esa historiografía, o, si se quiere, de ese esfuerzo por construir un pasado específico, con un proyecto de nación. El volumen hace alusión a las independencias iberoamericanas en el subtítulo porque son ellas las que marcan un hito en las visiones que las élites regionales lanzan sobre el pasado con vistas al futuro, pero en una operación que busca cimentar su poder en el presente. Ellas, las guerras de independencia y los procesos inmediatos que les siguen, son el punto de partida de la "historia nacional" y la relación de esa historia nueva con el pasado colonial será en muchos casos, como sabemos, materia prima de la disputa entre liberales y conservadores. Se trata de "estabilizar" el pasado, de "fijarlo" de una vez por todas de acuerdo con determinada posición al interior de la sociedad y del Estado. Por eso, la cuestión de la "verdad" es un elemento central a muchos de los relatos analizados por los autores del volumen. Varias de las reconstrucciones del pasado se centran en el momento fundacional de la guerra, y en diversos casos la tarea es partir de lo que existe para, a través de un proceso de precisión y ajuste de los "hechos", llegar a la "verdad", de manera de repartir con justicia –y aquí la historia muestra su faz de juez y árbitro– laureles y espinas. Restaurar la "verdad" de los hechos y de los procesos equivale a recuperar una entidad del espíritu, una especie de "alma" que la nación necesita conocer y hacer funcionar para ella misma poder operar a contento.

Imagen de portada: *La Madeja*, núm. 19, Barcelona, La Madeja, 15 de agosto de 1875

ISBN: 978-607-462-014-6
9 786074 620146

EL COLEGIO DE MÉXICO